

el movimiento libertario español

Suplemento de Cuadernos de Ruedo Ibérico



Ruedo ibérico

Cuadernos de Ruedo ibérico

Suplemento

El movimiento libertario español

**Pasado, presente
y futuro**



Ruedo ibérico

Cuadernos de Ruedo Ibérico
Suplemento

El movimiento libertario español

Pasado, presente
y futuro



Ruedo Ibérico

El plan primitivo de un fascículo de *Cuadernos de Ruedo ibérico* sobre el movimiento libertario español tuvo que ser abandonado. Por las huellas que aquel proyecto haya podido dejar en la memoria de los invitados a participar en él por los encargados de llevarlo a cabo, hay que afirmar de entrada que este suplemento de *Cuadernos de Ruedo ibérico* nada tiene que ver con aquello que se proyectó en principio.

Con este suplemento pretendemos llenar por lo menos en parte una laguna, la más grande quizá que nos pueda reprochar un sector de nuestros lectores. Trabajo arduo sería hallar en nuestros precedentes fascículos las escasas alusiones al movimiento libertario español y al anarquismo. Gracias al esfuerzo de nuestro colaborador Francisco Carrasquer, en el fascículo 37-38, se pudo publicar un buen conjunto sobre los movimientos holandeses «provo» y «kabouter», en los que es fácil rastrear hilos que los unen al movimiento anarquista universal, pero quizá imposible los que lo puedan vincular al pasado y al presente —¿ al futuro?— del movimiento libertario español.

Tenemos plena conciencia de no haber logrado dar en estas páginas una imagen global del movimiento libertario español, ni de su historia ni de su situación actual, y mucho menos del anarquismo en tanto que filosofía y práctica social. Por descontado, ello estaba fuera del alcance de nuestras fuerzas.

El primer imperativo que nos impusimos fue el de evitar que nuestro conjunto tuviera un carácter arqueológico. Caer en la tentación arqueológica era fácil. Abordar la historia reciente del anarquismo español, tratar de la práctica actual de sus organizaciones, ceñir aunque sólo sea flojamente los problemas que tiene planteados es tarea ardua que nos ha procurado muchos sinsabores. El segundo imperativo era evitar el monolitismo, no incurrir en el pecado de aplicar una línea estricta al fascículo. Esto exigía no caer en «el fetichismo de las siglas», no centrarnos en el estudio de las organizaciones libertarias actuales y de las posiciones oficiales de éstas, sino intentar partir de una realidad más profunda, de la «corriente libertaria» a que aluden algunos de los colaboradores del suplemento, soporte no sólo de aquellas organizaciones y portadora de sus doctrinas «oficiales» sino fenómeno subyacente productor de una mayor riqueza de formas orgánicas, de valores ideológicos y de prácticas concretas. Imponía alinear a lo largo de sus páginas trabajos críticos contruidos a partir de ideologías no libertarias y colaboraciones de miembros de las diversas tendencias libertarias.

Consecuencia del primer imperativo es la casi total ausencia en el suplemento de trabajos que traten de la «protohistoria» y de la «edad antigua» del anarquismo español. Sólo los trabajos de Carlos da Fonseca y ciertas partes de los ensayos de Rudolf de Jong y de Gerard Brey y Jacques Maurice se refieren a esas épocas. El período que muchos consideran como «edad de oro» del anarquismo español (1930-1939) está más ampliamente representado. Se centran en esos años el trabajo de Rudolf de Jong, el ensayo de Brey y Maurice, «Objetividad y cultura liberal» de Noam Chomsky, las respuestas al cuestionario «Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español» de José Peirats, «La autogestión en la España revolucionaria» de Frank Mintz y los conjuntos documentales «Qué fue la FAI» y «Una polémica: 'treintistas' y 'faístas'». El resto del suplemento contiene trabajos, respuestas al cuestionario citado y documentos que se refieren en lo esencial a hechos y problemas posteriores a la guerra civil y en algunos casos muy recientes o actuales. Sería prolijo enumerarlos todos. Mencionemos entre ellos «Notas sobre anarquismo» de Noam Chomsky, la aportación de James Stuart Christie «Sobre presente y futuro del movimiento libertario español» y «El gran problema del anarquismo» de Francisco Carrasquer.

Hemos recurrido para constituir este suplemento a cuantas colaboraciones nos parecían accesibles —su accesibilidad en muchos casos ha resultado ser pura

ilusión nuestra—, dando una preferencia, evidente en los resultados obtenidos, a las de los propios medios libertarios. Ciertas deficiencias nos hemos esforzado en compensarlas como nos ha sido posible. Hay momentos de la evolución del movimiento libertario español y problemas actuales del anarquismo que nos parecen exigir un tratamiento en forma de exposición y análisis en profundidad. En hartos casos, los tratamos en forma de sucinta nota. Ciertas carencias, previsibles desde la iniciación de las gestiones encaminadas a la composición del suplemento pensamos poderlas eliminar, también desde aquel momento, mediante una encuesta, cuyo formulario sometimos a un número considerable de libertarios españoles. La cosecha lograda también en este caso será insuficiente para colmar los vacíos dejados por los ensayos y las notas. Pero —por lo menos— un amplio abanico de problemas inherentes al movimiento libertario español queda reflejado, con mayor o menor fortuna, según la especie, en el conjunto de respuestas obtenidas. Como colofón a las respuestas obtenidas, publicamos un trabajo de Felipe Orero que impugna la formulación del cuestionario que sirvió de guía a la encuesta, trabajo esencialmente polémico, pero que trata extensamente aspectos del movimiento libertario español, algunos bastante cercanos, que considerábamos importantes. Le sigue una aportación de Diego Abad de Santillán, «Ayer, hoy, mañana», suscitada igualmente por el aludido cuestionario. Algunos de nuestros colaboradores habituales han aportado análisis de los libros de reciente publicación o reedición, esenciales para el conocimiento del anarquismo español. Para completar el suplemento disponíamos de numerosos documentos relativos a la historia de las organizaciones libertarias españolas. Seleccionamos entre aquellos documentos únicamente algunos de los relativos a un aspecto del movimiento libertario español (la fundación de la Federación Anarquista Ibérica y su significado dentro de aquél), y a uno de sus momentos menos conocidos hoy (la polémica entre «treintistas» y «faístas» que lo conmovió profundamente en los años que precedieron a la guerra civil española). El nivel alcanzado por las luchas obreras en España, en el curso de los últimos años, presta a ambas series de documentos una actualidad —a nuestro juicio— indiscutible.

El editor de este suplemento ha tropezado con muchos escollos en esta empresa, de alguno de los cuales se hallará eco en otras páginas. Expresa aquí su agradecimiento en bloque a cuantos de una manera u otra le han ayudado en la tarea. La participación de José Martín-Artajo en la elaboración del suplemento ha sido fundamental, no sólo como colaborador, traductor y encuestador, sino —lo que es más apreciable—, como allanador de muchos de los obstáculos con que el editor tropezó en sus relaciones con un universo que él esperaba le fuese más permeable. Le expresa, pues, amistosa gratitud. Esta gratitud individualizada del editor va también a Fernando Gómez Peláez que —en plano distinto—, también le ha ayudado mucho.

José Martínez

Indice

Ensayos

Rudolf de Jong : El anarquismo en España	7
Gerard Brey y Jacques Maurice : Casas Viejas : reformismo y anarquismo en Andalucía (1870-1933)	17
Carlos-Peregrín Otero : Noam Chomsky	43
Noam Chomsky : Objetividad y cultura liberal	47
Notas sobre anarquismo	81
James Stuart Christie : Sobre presente y futuro del movimiento libertario español	93

Notas

Carlos da Fonseca : Sobre el proletariado español y la Asociación Internacional de Trabajadores en Portugal	109
Frank Mintz : La autogestión en la España revolucionaria	113
Juan García Durán : La CNT y la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas	123
Fernando Gómez Peláez : De « Soli » a « Frente Libertario ». Publicaciones libertarias en exilio	129
Albert Meltzer : CNT : lo que muere contra lo que nace	135
Freddy y Alicia : Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neanarquismo en España	141

Encuesta

Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español	147
---	-----

Introducción y notas de Cuadernos de Ruedo ibérico

Respuestas de Octavio Alberola, Ramón Alvarez, José Borrás, José Cabañas, José Campos, Salvador Cano, Francisco Carrasquer, Colectivo de Jóvenes ácratas, Eugenio Domingo, Víctor García, Juan García Durán, Miguel García, José García Pradas, Freddy Gómez, Juan Lorenzo, José Martín-Artajo, Juan Manuel Molina, Jaime Mora, Mikel Orrantía, Abel Paz y José Peirats

Al margen de la encuesta

Felipe Orero : Consideraciones sobre lo libertario	247
Diego Abad de Santillán : Ayer, hoy, mañana	271

Documentos

Salvador Seguí : Misión del sindicalismo	283
Por qué soy sindicalista	285

¿ Qué fue la FAI ?	287
---------------------------	-----

Testimonio de un fundador. Resumen del acta del Pleno regional de Grupos anarquistas de Cataluña (20-3-1927). Síntesis del acta de la Conferencia nacional de Valencia (24/25-7-1927). **¿ Quiénes somos ?** (Manifiesto). **Sentido actual de las enseñanzas de la FAI** (Grupos Autónomos de Combate)

Una polémica : « treintistas » y « faistas »	299
---	-----

El manifiesto de los « treinta ». Habla Buenaventura Durruti en nombre de la FAI. **Proceso de formación** (editorial de **Solidaridad Obrera**, 2-9-1931). Hablan Piñón y Arín después de la huelga de Barcelona. Habla Juan Pelró sobre el momento revolucionario. Habla García Oliver : **La FAI ante el momento español**

Libros

Carlos da Fonseca : Dos lecturas : « La revolución de 1868. Historia, pensamiento y literatura » y « Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873) » de Max Nettlau	317
--	-----

Fernando Claudín : « Los anarquistas españoles y el poder (1868-1969) » de César M. Lorenzo	319
--	-----

José Martín-Artajo : Veintidós años en las cárceles de Franco (« Franco's Prisoner » de Miguel García)	327
---	-----

Francisco Carrasquer : El gran problema del anarquismo (« El pueblo en armas. Durruti » de Abel Paz y « La guerrilla urbana » de Antonio Téllez)	339
--	-----

Dibujos

El anarquismo en España*

Vamos a dividir el tema en tres apartados: 1.º) El anarquismo en general; 2.º) El movimiento anarquista en España; 3.º) El anarquismo en la guerra civil española.

Todo el mundo sabe que el anarquismo se opone al Estado, al parlamentarismo y a la clásica formación de partidos políticos. También es del dominio público que el anarquismo anda reñido con el marxismo desde que, en 1872 y durante la Primera Internacional, se querellaron Marx y Bakunin. Pero con saber eso no sabemos el *porqué* de esa actitud hostil frente al Estado ni el *porqué* de la enemistad entre anarquistas y marxistas. Vamos a ver si puedo poner estas causas en claro.

El anarquismo es, al mismo título que el marxismo, una forma más de entre las muchas que encierra el socialismo tal y como se entendía en sus orígenes del pasado siglo. De hecho el socialismo no empezó a querer ser otra cosa que la realización de los ideales de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Al mismo tiempo representaba el socialismo una reacción frente al liberalismo, al «fallo», o si se quiere, a la «traición» del liberalismo. Porque el liberalismo había hecho suyos los ideales de libertad e igualdad, pero sólo para agitarlos como señuelo, no para realizarlos. Y, desde luego, el liberalismo no había proporcionado ni un ápice de libertad a los trabajadores.

Las causas de este frustrante estado de cosas eran, evidentemente, de índole económica: relaciones de poder por la posesión de bienes y relaciones de propiedad en el proceso de la producción. Contra semejante situación se levantaron los socialistas, que querían acabar con esas relaciones de propiedad, precisamente.

Anarquistas y marxistas coincidían en creer que para poner fin a esas relaciones de la propiedad tan injustas sólo podía lograrse por medio de la revolución. Y aunque no se concebía la revolución sin violencia, la revolución significaba antes que nada liquidar la estructura existente, pero no necesariamente en un supuesto de violencia y a partir de postulados violentos.

Pues bien; a partir de este punto es cuando marxistas y anarquistas bifurcan por caminos distintos y puede asegurarse que no están sobre un mismo plano, si bien tienen sus planos una misma línea de intersección.

En el pensamiento de Marx privaban los procesos históricos. Y para él es el socialismo el resultado de un proceso de desarrollo histórico. No llega a ser un

* Este texto es el que, con alguna modificación al reescribirlo ahora para Cuadernos de Ruedo Ibérico, me sirvió de base para la conferencia que di en el marco de una serie organizada por los estudiantes de historia Universidad de Leiden sobre el tema central «La guerra civil española» durante los meses de noviembre y diciembre de 1972. De ahí que seguramente resulte para los iniciados demasiado elemental y divulgadora esta charla, aparte del tono oral que he mantenido. Por este mismo carácter de charla para un público en su mayoría demasiado joven para estar enterado, no he dado referencias bibliográficas. He aquí, no obstante, algunos libros recientes que pueden ayudar al lector y corroborar mis afirmaciones:

1. J. Peirats: *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971 (3 tomos).
2. Gastón Leval: *L'Espagne libertaire 38-39. L'œuvre constructive de la Révolution espagnole*, París.
3. César M. Lorenzo: *Los anarquistas españoles y el poder 1868-1969*, Ruedo Ibérico, París, 1973.
4. Frank Mintz: *L'Autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, París, 1971.
5. J. Romero Maura: *The Spanish Case*, in «Anarchism today», ed. David E. Apter y James Jott, Londres-Nueva York, 1972.
6. Noam Chomsky: *American Power and the New Mandarins*, Londres-Nueva York, 1971. [NDR. En las p. 47-80, publicamos la parte de este libro de N. Chomsky consagrada a España.]

proceso mecánico, pero sí que va implícita en esa idea un cierto curso de desarrollo en gran medida inevitable al que están sujetos los socialistas mismos. A la pregunta ¿qué hay que hacer para propiciar el socialismo?, los marxistas contestan con el siguiente razonamiento: Vivimos y estamos obligados a trabajar en el marco de la actual sociedad capitalista y burguesa, y de ahí que tengamos que hacer uso de los instrumentos de la burguesía: partido político, Estado, gestación de un poder, dirigismo y centralización. Verdad es que el propio Marx estaba más que convencido de que « Estado » y « partido político » tendrían corta vida, puesto que como productos de la sociedad burguesa que son desaparecerían a no tardar en una sociedad socialista. Pero para crear un poder ostentado por los trabajadores dentro de la sociedad burguesa, los creía insustituibles, sin lugar a dudas.

Y de ahí arranca la crítica del marxismo por los anarquistas. « Cuidado —dicen éstos— que antes de que os deis cuenta habéis caído en el garlito. » Porque, ¿qué ocurre si los socialistas se sirven de los mismos métodos e instrumentos de poder de la burguesía? Que se hacen esclavos de lo mismo de que se sirven. Por eso los anarquistas le reprochan a Marx —y a sus seguidores— que introduzcan en el mundo socialista los métodos de la burguesía, esto es: que lleven el aburguesamiento al terreno de la revolución.

Para los marxistas la revolución es la toma del poder, una subversión de papeles, un cambio entre los dominados y los dominadores, como dice bien claro la tan citada frase de Marx: « La clase obrera se constituye en clase dominante. » Para un anarquista, sin embargo, es esto un absurdo y una injusticia, primero porque no quiere dominar y segundo porque no ve nada claro cómo podría dominar la clase trabajadora. El pensamiento, la concepción toda de eso que se llama « dictadura del proletariado » es para el anarquista no sólo recusable sino también un imposible, una *contradictio in terminis*. El anarquista considera la dictadura del proletariado una idea burguesa y no una solución en extremo revolucionaria, como se ha dicho, puesto que da paso a la burguesización del socialismo y a la dictadura sobre el proletariado ejercida por una nueva clase dominante.

Estas voces de alerta previniendo contra el peligro de aburguesamiento de los trabajadores, es decir contra la peligrosa ilusión de emanciparse dentro de la existente sociedad burguesa, se hicieron oír ya muy pronto entre las críticas anarquistas contra Marx. Por si fuera poco, el mismo Marx, por haber tomado como punto de partida de su pensamiento el proceso de desarrollo y ser para él los más importantes propulsores del mismo el adelanto técnico y la prosperidad económica, no tenía ojos más que para los centros más industrializados en que se desarrollaba el proletariado industrial. El anarquismo, en cambio, se sentía más bien atraído por los países en que el capitalismo tenía menos auge y en cuyo pueblo y entre cuyos trabajadores no había penetrado tanto la mentalidad capitalista.

En suma, para un anarquista el socialismo de Marx no es un socialismo cabal por estar inficionado todavía con pensamiento burgués.

Así pues, en vez de tratar de apoderarse de las armas de la burguesía, el anarquismo intenta hacerse con métodos y procedimientos de lucha socialistas ahora ya, en la misma sociedad capitalista, con el fin de que los trabajadores vayan formando la contrapartida, como si dijéramos, de una propia sociedad socialista dentro del sistema social existente. Tanto en los métodos de lucha como en la organización de la misma hay que procurar ser y comportarse lo más socialista posible, empeñándose en hacer realidad en todo momento la libertad y la igualdad dentro de sus filas y medios.

La libertad está en el corazón del pensamiento anarquista, la libertad social, se entiende, que puede definirse como la relación entre seres humanos fundada sobre un mismo pie de igualdad para todos.

El « arsenal » privativo de los trabajadores —no procedente de lo burgués— se compone de: huelga y boicot, organización de los trabajadores a base de su posición económica y su condición de productor en un sindicato, y de aquí a centrales sindicales y federaciones, pasando previamente por los consejos de empresa y federaciones de industria, siempre dentro de un sistema descentralizado y antijerárquico. El federalismo es también un aspecto anarquista característico, con autonomía de barrios y municipios. Otra característica es la solidaridad en la acción directa haciendo hincapié en los aspectos morales de la lucha. Todo esto es lo que sale a relucir a poco que se repase la historia de los movimientos anarquistas. En términos generales, podríamos resumir diciendo que el anarquismo busca aquellas formas que, incluso en la lucha, sean susceptibles de acabar con toda alienación del hombre. El ideal anarquista es una sociedad que se autodetermina y se gobierna a sí misma, una comunidad de autogestión. De ahí la importancia que los anarquistas dan a las pequeñas unidades, a los consejos de obreros, grupos de viviendas, municipios todos asociados entre sí federativamente.

Falta ahora saber si este ideal y estos métodos pueden llevarse a cabo. En cuanto a su realización, podemos distinguir dos criterios distintos: El primero parte de la base de que el pueblo está en condiciones de asumir la revolución y, por lo tanto, trata de acelerar el advenimiento de esa revolución todo lo posible. El segundo arranca de la creencia de que la revolución hay que prepararla primero, de que aun trabajando en la sociedad capitalista actual, hay que ir forjando una antiestructura contra la misma lo más fuerte posible a base de formas de organización federalista inspiradas por una mentalidad anarquista. Entre estas dos diferentes concepciones de la realización del ideal anarquista hay y han habido, naturalmente, tensiones que, en la práctica del movimiento libertario español, no podían faltar.

Con lo que pasamos a considerar ahora el anarquismo en España. Primera constatación: España ha sido el único país en que el anarquismo era el movimiento de los trabajadores por excelencia. El nacimiento de este movimiento podemos datarlo con precisión: octubre de 1868. El italiano Giuseppe Fanelli, un amigo de Bakunin, hizo por entonces un viaje por España. « En menos de tres meses —para decirlo por la pluma de Brenan—, sin saber una palabra de español y sin haber encontrado más que unos pocos españoles que le pudieran entender en francés o italiano, había iniciado un movimiento que había de persistir, con avances y retrocesos, durante los siguientes setenta años y que había de afectar profundamente a los destinos de España. » * Estos setenta años son muchos años, pero movimientos obreros que hayan durado tanto no son tan gran excepción. Más importante puede que sea en esta cita de « con avances y retrocesos » [*ups and downs* en el original] que apunta certeramente al carácter revolucionario y militante del movimiento. Porque lo que el anarquismo español tiene de fenómeno único es, efectivamente, ese llevar de frente su revolucionarismo, ser al mismo tiempo un movimiento de masas y *durar* así tantos años. Y aun lo más fascinante puede que no sea tanto su constante estar dispuesto a la acción como ese *rehacerse* siempre después de cada caída o sangrienta derrota. ¡Y cuidado que ha sufrido derrotas y de pronóstico grave el anarquismo español! Esta tenacidad,

* Gerald Brenan: *El laberinto español*, Ruedo ibérico, París, 1962, p. 112.

esta capacidad de resistencia y recuperación es lo que infaliblemente deja admirado a todo el que se inclina a estudiar esta página de la historia moderna social española.

Ya en los tiempos de la Primera Internacional era la Sección española la más nutrida. Y si se observa dónde se encontraban entonces los más fuertes baluartes del movimiento y se echa una mirada sobre lo mismo en 1936, siempre dentro de la propia España, no deja de asombrarnos la continuidad sin solución de sus concentraciones geográficas. Dos regiones son las que dominan con ventaja: Andalucía y Cataluña. Andalucía es la región de los escandalosos latifundios: el anarquismo ganó aquí muchos adeptos entre el proletariado agrícola que ni siquiera vivía en pleno campo, sino en pequeñas ciudades y pueblos o villas de cierta importancia, que gran parte del año estaba parado y que a menudo se enzarzaba en desesperadas luchas sociales contra sus explotadores y opresores *. En cambio, en Cataluña se propagó el anarquismo en la masa del proletariado industrial formado con la moderna industria catalana de Barcelona y otras ciudades fabriles próximas a la capital catalana. No es, pues, exacto decir —como se ha hecho alguna vez— que el anarquismo catalán fue importado del agro sureño, desde el cual, en efecto, emigraron muchos (los « murcianos », los « charnegos ») a Barcelona en busca de trabajo.

También en Levante, con Valencia como centro, hizo el anarquismo muchos prosélitos, y un foco famoso de anarquismo en esta región fue Alcoy. Aun siendo de régimen predominantemente agrario, el Levante ejerce sin embargo una agricultura de tipo más moderno y el hecho de estar tan encarado a la exportación (naranjas, etc.) puede haber influido lo suyo.

En Aragón se han librado importantes batallas desde el campo anarquista, sobre todo en Zaragoza y alguna comarca de Huesca. También en Galicia, región minifundista por antonomasia, ha campeado en gran medida el anarquismo. Y en Asturias, donde al lado de una mayoría socialista siempre ha habido una fuerte minoría anarquista. Pero en el centro de España, Castilla y Extremadura, apenas hizo mella el movimiento libertario, si bien en la capital, Madrid, cobró durante la segunda República en poco tiempo gran importancia la organización anarcosindicalista.

Se han afrontado diversas tesis para explicar ese extraordinario éxito del anarquismo precisamente en España. La primera de ellas es atribuirlo al retraso económico del país. Semejante explicación no cuadra con los hechos. Cataluña es desde antiguo la región más avanzada de España, y si por otra parte reparamos en qué proporción estaban representadas en la organización anarcosindicalista las profesiones, nos guardaremos mucho de sacar semejante conclusión.

Otra interpretación es ver el anarquismo como un sustituto de la religión al hacerse la Iglesia —su representante— cómplice de la clase dominante y haberse identificado con el orden imperante. El aspecto religioso es, por supuesto, importante, sobre todo en el sur de España donde al parecer el anarquismo solía impregnarse de fuerte carácter religioso (y aun habría que verificar esto más de cerca). Pero para Cataluña el argumento sería evidentemente menos fuerte. Y, en definitiva, ¿no ha sustituido también el socialismo en otras partes, y a veces muy en profundidad, a la religión? Luego ya no sería nada privativo del anarquismo este efecto de ersatz religioso.

Dicho esto, es importante constatar que el anarquismo español constituía un mundo propio, con su propia cultura, literatura, moral, etc.; un universo cerrado

* [NDR. Véase en este suplemento el ensayo sobre Casas Viejas, p. 17-42.]

y completamente desligado de la sociedad oficial y de sus normas y preceptos. Y si esto ha podido caracterizar a todo movimiento anarquista, en España se sentía con mucha mayor fuerza que en otros países. Era en España verdaderamente impresionante el abismo existente entre el orden reinante y el movimiento anarquista. Para los observadores extranjeros, algo de veras inconcebible. Pero el anarquismo español era también un movimiento eminentemente popular. El papel que ha desempeñado en su seno la intelectualidad y los grupos « propensos » de la clase media ha sido sumamente insignificante. Es característico al respecto repasar las *Obras completas* de Manuel Azaña, por ejemplo, el intelectual que fue a la vez el más importante político y estadista de la segunda República española. A pesar de ocuparse en sus escritos tan reiterada y afincadamente de los problemas de España, apenas si se lee una alusión al anarquismo. Y es que los desconocía, sencillamente.

En España no se produjo ni poco ni mucho un paulatino injerto del anarquismo en la sociedad exterior a él ni al revés. A este profundo divorcio contribuyó seguramente no poco el hecho histórico de que el anarquismo se criara en los pañales de las tradiciones federalistas españolas, siempre tan hostiles al tan poco moderno, burocrático y centralista Madrid. Pero el caso es que hasta la burguesía catalana, tan enconadamente (¡y con razón!) indisputada contra Madrid, siempre que se le ponía en trance de tener que tomar partido, optaba por Madrid contra la causa de los trabajadores, si bien es verdad que en Barcelona al menos se « conocían » mejor burguesía y anarquismo.

Ya he dicho que el anarquismo fue la forma por excelencia que adoptó en España el movimiento obrerista. Y esto se hace verdad de mayor calibre todavía cuando nos percatamos en qué medida y a qué escala se produjo la militancia de los asociados al movimiento. En cambio, el anarquismo no ha ejercido jamás monopolio alguno. Y así ha tenido bastante importancia en España simultáneamente el socialismo marxista, la socialdemocracia y la sindical socialista UGT, ésta sobre todo en Castilla la Nueva.

En España, la socialdemocracia, por reacción al revolucionarismo anarquista, de seguro, fue bastante conservadora, moderada, centralista y estatal. Lo que acarrea como consecuencia que anarquistas y marxistas estuvieron a menudo zarpa a la greña, aunque tampoco se debe generalizar, porque en las regiones en que socialistas y anarquistas eran bastante fuertes —como en Asturias y en Levante— se daba el hecho doblemente interesante que las relaciones entre ambos fuesen mejores y de que los socialistas estuviesen más a la izquierda que en las demás regiones.

La organización sindical más importante de España ha sido la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), fundada en 1911. Su sindicalismo tenía por base doctrinal el anarcosindicalismo. Este anarcosindicalismo llevaba de frente la lucha económica en las empresas y la lucha revolucionaria con su meta de la incautación de las mismas empresas por los trabajadores. De gran importancia ha sido la estructura organizatoria de la CNT, en la que todo giraba en torno a la solidaridad y cooperación de todos los trabajadores en un solo lugar y dentro de una sola empresa, pero en que jamás prevalecieron los intereses de grupo de una determinada categoría de trabajadores. La CNT funcionaba completamente descentralizada y no existía en su seno ni en sus filas burocracia o jerarquía alguna. Los organismos centrales no tenían más que una misión coordinadora. Y el cemento que mantenía unido a todo el gigantesco movimiento era la solidaridad. Para comprender bien el movimiento anarquista, la noción de solidaridad es la clave. Las más grandes e impresionantes huelgas y campañas, levantamientos

en masa y combates a sangre y fuego han sido desencadenados siempre por un movimiento de solidaridad: o para apoyar a compañeros huelguistas, o para la puesta en libertad de presos, reincorporación al trabajo de despedidos, etc. Tal vez por eso las huelgas anarcosindicalistas en España se hacían tan fácilmente generales, y una ciudad de más de un millón de habitantes como Barcelona podía quedarse completamente paralizada de la noche a la mañana. Y es que, si bien no faltaba el factor de presión social y opresión política necesario, era la solidaridad el factor suficiente que hacía correr el fuego como la pólvora. Pero por desgracia, este cemento no era suficiente para una actuación común a escala regional y menos nacional. Sobre todo en el sur.

Además de la CNT hay que hacer mención de la Federación Anarquista Ibérica, la FAI, que se fundó en 1927 con carácter de organización secreta y que se componía de grupos relativamente pequeños de militantes anarquistas afines, todos afiliados al mismo tiempo a la CNT. A este respecto se ha dicho que la FAI constituía el movimiento revolucionario puro del anarquismo español y la CNT una corriente más moderada, pero no hay nada de eso. La CNT, y también la FAI pero menos, agrupaba en su seno a diversas corrientes o tendencias revolucionarias. Y cabría decir que eran más importantes las diferencias entre las regiones que entre la FAI y la CNT. Al menos algunos «faístas» se comportaban en algunos aspectos poco anarquistamente, como por ejemplo lo demuestra el hecho de que hicieran su «politiquilla» y se considerasen a veces con demasiada facilidad y desenvoltura los dirigentes «naturales» de todo el movimiento. Lo que distinguía a los hombres de la FAI, eso sí, era que todos fuesen activistas o militantes muy activos*.

La tensión entre los polos «revolución ahora ya» y «primero preparar el movimiento y luego agrandarlo», provocó más de una crisis interna, sobre todo en tiempos de relativa libertad como durante la segunda República. Mientras se desplegaban las actividades de la organización en la clandestinidad ilegal (y en el curso de los setenta años que abarca nuestro movimiento vivió casi sin parar al margen de la ley) no se ponían sobre el tapete semejantes problemas. Sólo en cuanto se tenía alguna libertad de acción. Pero hay que decir que, incluso en los tiempos en que se respetaban los derechos democráticos amparados por unas garantías constitucionales, eran farsa y papel mojado, principalmente en el sur del país, puesto que conculcaban esos derechos las poderosas fuerzas feudales todavía en vigor. Por eso siguió produciéndose toda una serie —muy larga por cierto— de tentativas revolucionarias que casi siempre se quedaron en meras explosiones locales. Y las duras y despiadadas represiones que seguían indefectiblemente a esos conatos revolucionarios fallidos de medio a medio (incluso durante la República, cuyas autoridades no se atenían demasiado a su propia constitución), provocaban a su vez los grandes movimientos de solidaridad de que hemos hablado.

Y con esto llegamos ya a la guerra civil. La guerra civil española 1936-1939 significó para el anarquismo un triunfo espléndido y clamoroso, pero al mismo tiempo una inmensa catástrofe. Los hechos son más o menos conocidos por todos. Del 17 al 18 de julio de 1936 se subleva el ejército español contra el gobierno legal de la República democrática burguesa, se subleva en toda regla contra la autoridad y el orden establecido, porque el ejército quiere implantar un

* [NDR. Sobre este tema, enviamos al lector a las páginas siguientes de este fascículo: p. 287-298 (FAI); p. 299-315 (polémica entre «treintistas» y «faístas»); p. 231 (entrevista con J. Peirats); p. 177 (entrevista con F. Carrasquer); p. 169 (entrevista con J. Campos).]

régimen autoritario. Y dado que el episodio se desarrolla en los años 30, autoritario significa *ipso facto* fascista. El gobierno, el aparato del Estado se hunde de golpe, pero el pueblo (con las organizaciones de la CNT y la UGT a la cabeza) se levanta en peso. Donde, cuando y como puede, claro. A las pocas semanas la guerra civil —que en los primeros días se dirimió a mansalva en casi todos los lugares del país— era un hecho. España había quedado dividida en dos; prácticamente, las zonas más modernas quedaron en manos de los republicanos y las regiones más tradicionales en manos de los rebeldes.

Pero con la lucha contra el fascismo, el pueblo español emprende a la vez una revolución social sin precedentes ni equivalentes en la historia del socialismo. Una revolución, concretamente, que vive en la base y que no está gobernada o dirigida desde arriba —ni siquiera por los comités de la CNT—. En su conjunto esta revolución está guiada y rodada por los militantes de todas las empresas que han formado sus juntas, consejos y direcciones de empresa. Entre esos militantes muchos son de la CNT, desde luego, pero no sólo ellos hicieron la revolución de que hablamos, también los hombres de la UGT y otros arrimaron el hombro a la común empresa. Aunque, por otra parte, ni que decir tiene que la revolución española no se concibe sin las tradiciones y la capacidad de organización de la CNT. La revolución se fue realizando en gran medida sobre nuevas formas que no seguían el modelo con que la CNT estaba estructurada. En pueblos y ciudades se crearon colectividades. Con la salvedad de que, en los pueblos, las colectividades no sólo fueron nuevas unidades de explotación económica, sino que se convirtieron en nuevas formas de sociedad global con sus nuevas estructuras sociales y políticas. La revolución no se propaga tan sólo a las regiones de preponderancia cenetista, sino que la vemos instaurada en Castilla, donde nunca tuvo muchos partidarios la CNT, y en realidad por todo el territorio de la República se registró la existencia de una u otra colectividad. Bajo este término se encierra una gran variedad de formas de aplicación. Precisamente porque es una revolución desde la base, cada pueblo y hasta cada empresa se abre su propio camino. Desgraciadamente se han hecho pocos estudios sobre esta revolución y las circunstancias no han ayudado a llevarlos a cabo, por supuesto.

Ahora bien; no faltan manchas ni sombras en el cuadro que esta revolución nos ofrece, como era de esperar: fracasos, a veces presiones nefastas desde fuera, egoísmo de empresa, cuando no gestión acaparada por unos pocos en detrimento de la voluntad mayoritaria. Pero en términos generales, puede decirse que la revolución en sí fue un éxito imponente. De momento fue en aumento la producción y se organizó más racionalmente. La autogestión y autodecisión no sólo fueron un acierto en las regiones rurales, con su estructura simple, sino también en una Barcelona con sus empresas enormes y no poco complejas: grandes fábricas modernas, todo el transporte público, todo el servicio de sanidad de Cataluña con sus 40 000 empleados y otras grandes organizaciones de utilidad pública, amén de la creación de nueva planta de toda una industria de armamento para alimentar los frentes. El punto flaco del movimiento anarquista, a saber: la coordinación entre empresas y entre localidades y comarcas, fue superado en esta revolución. No desde el primer momento, pero sí al cabo de unas semanas o quizá dos o tres meses se acabó de asegurar por todas partes la coordinación inter regional y nacional con las regiones, ya fuese a partir de congresos de colectividades, de acuerdos multilaterales o de organismos aglutinantes. También aquí fue de la mayor importancia el principio de solidaridad; por ejemplo, por tener en cuenta las zonas pobres, las tierras estériles, etc. para una justa

compensación. Y en cuanto a coordinación, los órganos de contacto y transmisión de la CNT desempeñaron un papel de esencial importancia.

Conviene no perder de vista que la revolución de que hablamos no fue nunca un todo acabado, sino que estuvo siempre en movimiento. Y si puede decirse que empezó el 19 de julio de 1936 toda su puesta en marcha, hasta septiembre u octubre del mismo año no acabó de consolidarse. La gran novedad del éxito de esta revolución no estriba en sus éxitos de carácter económico, aumento de la productividad, etc., sino en el logro de la revolución misma, en el hecho de que haya sido posible una revolución anarquista, sin jefes ni dictadura, sin partido que dé la pauta a seguir; una revolución desde abajo, con formas y estructuras que responden perfectamente al ideal anarquista; una revolución en que desapareció toda alienación humana puesto que el poder de decisión residía en la base misma de la comunidad; una revolución que instauró la igualdad pura y simple y respetó todas las libertades, incluso las de los que no querían formar parte de la colectividad. No fue, no podía ser —y menos en las circunstancias en que se produjo— una revolución sin tacha, pero funcionó y dio resultados nunca vistos*. Por eso decía que había sido un triunfo espléndido y clamoroso.

Dimos a entender que la revolución, con respecto a la CNT, *se salió de madre*, como si déjéramos; fue en todos los aspectos más grande que la organización sindicalista, pero al mismo tiempo no podría concebirse sin la CNT. La CNT era además la única organización española que defendía la revolución frente a la contrarrevolución, o mejor, frente a dos contrarrevoluciones: una dentro de la coalición republicana antifascista, y otra fuera, la capitaneada por Franco. Y aquí está la inmensa catástrofe a que aludíamos, el insalvable fallo de los anarquistas españoles en la guerra civil. Porque, en definitiva, la revolución española de 1936 no fue obra del movimiento anarcosindicalista, sino que fue posible merced a la sublevación fascista que creó el vacío político al no saberse defender por sí misma la república burguesa que estaba en el poder**.

El hecho es que la revolución tuvo que vivir a la (mala) sombra de la guerra civil y que en el curso de la lucha y bajo la presión cada vez más acuciante de la marcha lenta pero seguramente victoriosa de Franco, fue la guerra la que acabó por enfocar todos los demás problemas. Y si los anarquistas habían contado con una violenta prueba de afrontamiento contra los fascistas, no habían creído nunca sin embargo en una situación de guerra tan prolongada con sendos ejércitos regulares en los frentes.

Por otra parte, la guerra civil fue un duelo a muerte con el totalitarismo. Los anarquistas estaban acostumbrados a las persecuciones, pero la sublevación de

* Gastón Leval da el siguiente resumen de la colectivización:

	Colectividades industriales	Colectividades agrarias
Aragón		400
Levante		900
Castilla		300
Extremadura		30
Cataluña		40
Andalucía	se ignora el número	
Cataluña	toda la industria y el transporte	
Levante	70 % de la industria	
Castilla	parte de la industria	

NB: Falta estadística de Asturias y otros aspectos además del económico.

(Gastón Leval: *L'Espagne libertaire* 36-39, p. 90.)

** En julio de 1936 contaba la CNT en toda España con millón y medio de afiliados aproximadamente. Los socialistas significaban numéricamente algo parecido. Y en la guerra, la CNT llegó a tener 2 a 3 millones y medio de sindicados.

Franco no fue una persecución, fue una carnicería, una matanza en regla y a sangre fría contra todo lo desafecto al fascismo. Incluso allí donde sólo habían ofrecido resistencia pasiva fueron literalmente arrasados los trabajadores. En Zaragoza, por ejemplo, en 1936 la ciudad más cenetista de España, que replicó a la sublevación con una huelga general sin llegar a echarse a la calle siquiera, fueron asesinados a manos de carlistas, falangistas y demás facciosos de la derecha entre 15 y 30 000 afiliados a la CNT, eso de entre unos 200 000 habitantes escasos con que contaba la capital aragonesa. Masacres similares se perpetraron en los lugares de concentración cenetista de Galicia y Andalucía. Todo lo cual significó, no sólo una gran debilitación física por la criminal sangría, sino también la necesidad espontánea de adoptar una nueva actitud ante los republicanos burgueses. De pronto se dio la nueva situación de que los anarquistas estaban dispuestos a unirse con los enemigos del anarquismo de ayer mismo, a colaborar con el Estado y las instituciones oficiales, para librar la batalla común contra el fascismo. Y de este modo se formó, al par que la revolución social, una coalición antifascista en la España republicana. Esta coalición se componía, globalmente hablando, de tres grandes grupos: 1) CNT y otras fuerzas revolucionarias; 2) los partidos burgueses (con las formaciones políticas regionales correspondientes) bajo la égida de los comunistas, enemigos declarados de la revolución social; 3) el partido socialista y su sindical UGT entre la corriente revolucionaria y la antirrevolucionaria. De ahí que los socialistas ocuparan una posición clave y que bien pronto (desde septiembre de 1936) fueran a parar a sus manos los más importantes departamentos ministeriales. De hecho, los dos jefes de gobierno más importantes de la guerra fueron socialistas: Francisco Largo Caballero y Juan Negrín. Pero entre el partido y la UGT habían grandes disensiones. Los afiliados y secciones de la UGT (al menos en la medida en que se trataba de auténticos trabajadores y gente del pueblo) tomaban parte entera en la revolución. En cambio, los mentores del partido pensaban muy acusadamente en términos de restauración de un Estado fuerte capaz de reducir a cero a la revolución. En la coalición sustentaban el predominio las derechas y en especial los comunistas, que ensalzaron el antifascismo a la categoría de ideología unionista, y no sólo rechazaban la revolución sino que la negaban y combatían con todos los medios a su alcance. La guerra y el imperativo de ganarla fueron los argumentos empleados para hacer perder terreno a la revolución hasta liquidarla y restaurar las estructuras autoritarias en el Estado y en el ejército. A todo esto los comunistas se aprovecharon, para efectuar esa liquidación, de las armas rusas y de los muchos miembros que ingresaron en el partido procedentes de los medios burgueses, precisamente porque constituía este partido la mejor garantía para abortar la revolución popular y al mismo tiempo estaba respaldado por una potencia internacional con extraordinarios medios. A este respecto, no deja de ser chocante cómo ha influido y condicionado la gestación de este mito de la guerra civil —presentada únicamente como lucha entre el fascismo y un régimen democrático burgués— en la difusión de noticias de entonces y en el cómo se ha escrito su historia. En efecto, la historiografía comunista tiene mucho en común con la burguesa (si bien ésta es mucho más matizada que aquélla). El famoso libro de Hugh Thomas es un ejemplo de lo que quiero decir. Así como la película *Mourir à Madrid*.

Pero volvamos a los anarquistas. La alternativa habría sido llevar de frente guerra y revolución como un todo inextricablemente entretrejjido, o en otros términos, hacer una guerra revolucionaria. Sabido es que se formaron de inmediato unida-

des de fuerzas armadas revolucionarias, las milicias, de las que se pueden leer cosas interesantes por ejemplo en la obra de Orwell sobre sus experiencias en la guerra civil española, y que podríamos comparar con las guerrillas y guerras populares. Porque lo cierto es que la CNT no se proponía más que formar una fuerza armada salida del pueblo con un mínimo de militarización, algo así como el Haganah en los tiempos de la fundación de Israel, o también un poco como se presenta la organización defensiva de Vietnam del norte, bastante concordante con el modelo de las milicias anarcosindicalistas españolas.

Pero las fuerzas antirrevolucionarias dentro de la amplia coalición antifascista estaban en contra de las milicias, naturalmente. El caso es que la CNT, en la cuerda floja de querer sostener la revolución todo lo posible y al mismo tiempo formar parte de la amplia coalición contra Franco, no tuvo más remedio que liarse con menoscabantes compromisos y cometer contradicciones e inconsecuencias. Los anarcosindicalistas formaron parte incluso del gobierno para hacer contrapeso a las otras fuerzas y favorecer en lo posible la lucha contra Franco. La actuación de anarquistas al frente de los ministerios tuvo por efecto, como era de esperar, frustraciones y crisis morales e ideológicas. Pero ni aun así se pudo proteger la revolución; las insoportables tensiones de este doble juego acabaron por provocar las luchas cruentas de mayo de 1937 en Barcelona entre los trabajadores y la contrarrevolución y por desmembrar al gobierno. Las derechas ejercían en la retaguardia el terror blanco y, bajo este signo, unidades comunistas armadas detuvieron y fusilaron a centenares de activos revolucionarios, destruyeron las colectividades e incluso sus medios de producción e hicieron todo lo posible por restaurar la propiedad privada. La revolución demostró no obstante ser muy tenaz y resistente contra toda represión y supo restablecerse incluso cuando se vio que la producción seguía una curva descendente y hubo cundido la desmoralización a raíz de la actuación aniquiladora de los contrarrevolucionarios. Hasta que al fin se produjo una especie de equilibrio inestable en el que se conservaban por una parte muchas estructuras revolucionarias en la base y por otra fueron sustituidos casi todos los organismos de coordinación por el control del Estado central. En resumidas cuentas, todos los sacrificios fueron en vano. Franco triunfó, como demasiado sabemos, y destruyó la república, la revolución social y el movimiento libertario.

¿Y ahora qué? Es sumamente difícil contestar a la pregunta de si el anarquismo resucitará después de Franco. La sañuda y larga represión ha logrado casi la total eliminación de los cuadros del movimiento y de su organización clandestina. Pero casi, o sea, que no ha desaparecido lo que se dice del todo. Ahora bien, no hay que esperar el retorno del viejo movimiento. Más bien podría esperarse la gestación de un nuevo anarquismo en cierto modo derivado o continuador de la revolución antiautoritaria de los años sesenta en las sociedades de consumo. En todo caso, mucho hay que aprender de ese pasado y de esa revolución anarquistas —terreno todavía prohibido para el público español y los historiadores españoles, aunque no pocos jóvenes se esfuerzan en allanarlo como pueden—. Como quiera que sea, para el anarquismo sigue siendo actual el mismo problema que en la guerra civil española ocupó, a sabiendas o no, el primer plano:

¿Cómo una minoría que ha de vivir con otras y que no consiente en dictaduras ni de minoría ni de mayoría, puede crear una estructura, un marco, bastidor, cañamazo o fórmulas de sistema político dentro del que sea posible llevar a efecto experimentos revolucionarios de vida social antiautoritaria hasta lograr una nueva sociedad de veras socialista?

Traducción de Francisco Carrasquer

**Gérard Brey
y Jacques Maurice**

Casas Viejas :

Reformismo y anarquismo en Andalucía (1870-1933)*

Nota sobre la historia general de la España libertaria

La Asociación Internacional de Trabajadores se introduce en España gracias a la revolución liberal burguesa de 1868, implantándose a partir de dos grandes polos: el industrial de Cataluña y el rural de Andalucía. La orientación de Bakunin triunfa rápidamente sobre la de Marx y durante el último tercio del siglo XIX los militantes anarquistas realizan un intenso trabajo de propaganda entre las masas populares, cuyos frutos no recogerán totalmente, sin embargo, hasta los primeros años del siglo XX, después de la humillante derrota de 1898, que reveló la profundidad de la crisis que atravesaba España. Es entonces, y sólo entonces, cuando el anarquismo, en su forma sindicalista, arraiga en Cataluña, convirtiéndose, gracias a la creación de la CNT, en un auténtico movimiento de masas (800 000 adherentes a finales de 1919). Desde el foco catalán irradia hacia otras regiones, Levante y Andalucía sobre todo y, posteriormente, Aragón. Se coloca a la cabeza de las luchas sociales en un periodo caracterizado por las consecuencias económicas de la primera guerra mundial y por el impacto de la revolución soviética. Frente a la represión surgen de la CNT grupos de *pistoleros* que, provocando el contrterrorismo patronal y gubernamental, debilitan a la organización. Desde entonces se oponen dos tendencias: la línea «posibilista» de los «sindicalistas», para quienes la CNT es una organización «puramente económica», autónoma respecto a la ideología libertaria; y la tendencia «espontaneísta», agrupada en torno a la FAI, que ve la hidra del Estado, opresor del individuo, en todo proyecto de «anarquismo constructivo». El conflicto, latente durante la dictadura del general Primo de Rivera, estalla cuando la Confederación puede reanudar su actividad pública en 1930-1931. Después de haber contribuido a la instauración de la segunda República, el

anarquismo adopta, pocos meses después, la concepción voluntarista de la FAI e intenta, por tres veces, forzar la marcha de los acontecimientos, desencadenando insurrecciones en las regiones donde cuenta con un apoyo de masas. Como consecuencia de su fracaso la CNT perderá la iniciativa durante dos años: en octubre de 1934 no interviene activamente más que en Asturias. En mayo de 1936 consigue recuperar su unidad en Zaragoza, con la reintegración de los excluidos y de los disidentes sobre la base de un programa que hace de la comuna la pieza clave de la sociedad posrevolucionaria. Se acaba de dar un paso decisivo en la larga marcha hacia el comunismo libertario.

Nada predestinaba el nombre de Casas Viejas (Benalup de Sidonia), aldea de 1 500 habitantes, situada en una insalubre región ganadera al sur de la provincia de Cádiz, a pasar a la posteridad. Su fama se la dieron los sangrientos acontecimientos que en ella se desarrollaron en enero de 1933, pocos días después del fracaso de la sublevación anarquista de Cataluña y Levante: veintiún campesinos perecieron —doce de ellos ejecutados sumariamente— en la mañana del día 12, pagando caramente su tentativa de instaurar el «comunismo libertario»¹.

Los historiadores de la España contemporánea conceden una atención particular a estos acontecimientos. En general se interesan menos al desarrollo de los hechos —a costa de inexactitudes u omisiones— que a sus

1. Conviene recordar que dos guardias civiles (entre ellos el sargento del puesto) perecieron como consecuencia de las heridas recibidas durante el asedio del cuartel el 11 por la mañana (según el *Diario de Cádiz*, del 13 de enero).

* [NDR, Reproducimos este ensayo autorizados por la revista *Mouvement Social*, en cuyo número 83 fue publicado, y a la que agradecemos la cortesía.]

consecuencias políticas². Su óptica no tiene nada de sorprendente: refleja la emoción que se apoderó entonces de la opinión pública al enterarse de que el cuerpo, de élite que la República decía haber creado para defenderse, los guardias de Asalto, habían reprimido un motín local con mayor dureza que la que empleaba la Guardia civil, de siniestra reputación. Es la óptica legítima si se toma en cuenta también la explotación política del suceso —sobre todo en el terreno parlamentario— por los adversarios del gobierno de Azaña y de la coalición, formada por republicanos de izquierda y socialistas³.

Es innegable que el gobierno de Azaña resultó herido de muerte por las consecuencias políticas de una represión de la que se le consideró, injustamente, responsable: desde entonces fue el «gobierno de Cajas Viejas». En estas condiciones se atribuyó un valor ejemplar a la sublevación de la aldea y a su posterior represión: simbolizaban la incapacidad del gobierno republicano-socialista para resolver el problema agrario. En la conciencia popular los sucesos adquieren la categoría de un mito: el anciano «Seisdedos»⁴ aparece como un personaje épico, a este respecto es natural que la propaganda anarquista haya jugado un papel importante⁵. Sin embargo no es nada seguro que las sublevaciones campesinas durante la segunda República hayan revestido la importancia que generalmente se les concede⁶. Hay que constatar, además, que en la mayoría de las obras se escamoten las particularidades estructurales y coyunturales de Casas Viejas. Resulta difícil, o incluso imposible, explicarse por qué en enero de 1933 el milenarismo campesino se expresó en Casas Viejas, y no en otra parte, por qué un incidente tan localizado tomó rápidamente las dimensiones de una tragedia nacional⁷.

También nos preocuparemos de no dejarnos arrastrar por el clima apasionado que reinaba en España a comienzos del invierno de 1933. En realidad, el propio Azaña contribuyó a crearlo resucitando, en su primer discurso en las Cortes, el espectro, ya viejo de medio siglo, de la Mano Negra⁸ e invocando una especie de fatalidad para explicar, aunque no justificar, la dureza de la represión (cuya amplitud y arbitrariedad no conocía quizás,

todavía, completamente): «En Casas Viejas no ha ocurrido más que lo que tenía que ocurrir.»⁹ Esta frase imprudente, aislada de su contexto, le obligó en los siguientes debates a una posición defensiva y favoreció las manio-

2. El relato más completo de los hechos se encuentra en Arrarás: *Historia de la segunda República española*, Madrid, Editora Nacional, 1964, tomo II, p. 81-86. Véase igualmente, Malefakis, E.: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 1971, p. 300-301 y Ramos Oliveira, A.: *Historia de España*, México, 1952, tomo III, p. 42.

3. La cronología de los debates de las Cortes se encuentra en Arrarás: *Op. cit.*, t. II, p. 87-91 y 95-105. Iniciados con la apertura de las Cortes, el 1 de febrero, no se terminarán hasta el 16 de marzo, Azaña, que reemplaza a su ministro de la Gobernación enfermo, Casares Quiroga, pronuncia ocho discursos (recogidos en sus *Obras completas*, México, 1966, tomo II). También nos podemos referir a Morl A.: *Crónica de las Cortes constituyentes de la segunda República*, Madrid, 1932-1933, cuyo tomo XI está dedicado a los debates en torno a los acontecimientos de Casas Viejas; contiene los testimonios recogidos por la Comisión parlamentaria oficiosa y el informe de la Comisión oficial.

4. Acerca de la idealización de la figura de «Seisdedos» véase, Brenan: *El laberinto español*, París, Ruedo Ibérico, 1962 y Hobsbawm, J.: *Les primitifs de la révolte dans l'Europe moderne*, París, 1966, p. 102.

5. Uno de los folletos publicados por la CNT: *La verdad sobre la tragedia de Casas Viejas*, Barcelona, 1933, llega a comparar a uno de los campesinos, golpeado y empujado por los guardias hasta la cabaña cercada, con Cristo subiendo al Gólgota con la cruz a cuestas.

6. Malefakis: *Op. cit.*, p. 344-345: «Desde nuestro punto de vista, el aspecto más interesante de estas insurrecciones [las desencadenadas por la CNT en enero de 1932 y en enero y diciembre de 1933 —nota de los autores—] estriba en el hecho de que raras veces fueron secundadas eficazmente por los comités locales. Este hecho aparece enmascarado por la celebridad adquirida por los acontecimientos de Casas Viejas, una de las escasas aldeas andaluzas que apoyaron la sublevación de enero de 1933.»

7. Efectivamente, en Andalucía, la agitación campesina estaba muy localizada: algunos pueblos de la provincia de Cádiz, dos aldeas de la provincia de Sevilla. Véase Malefakis: *Op. cit.*, p. 345, nota 45 y Arrarás: *Op. cit.*, p. 80 que da la siguiente precisión: «En La Rinconada (provincia de Sevilla) los sindicalistas, dirigidos por el secretario del sindicato, apodado «Cinco reales», proclamaron el comunismo libertario sin disparar un solo tiro. A la llegada de las fuerzas de la Guardia civil, los rebeldes arrieron la bandera roja y negra izada en el ayuntamiento y se volvieron a sus casas.»

8. Acerca de la Mano Negra, véase *infra*, nota 41.

9. El 23 de febrero Azaña justificaba sus palabras anteriores en los siguientes términos: «[...] cuando decía que en Casas Viejas había ocurrido lo que tenía que ocurrir, no creía ni sabía que hubiese ocurrido alguna cosa que no pudiese ser aprobada por una persona de honor.»

bras y los golpes bajos de sus adversarios¹⁰. No obstante, Azaña había subrayado, en el mismo discurso, un elemento esencial, y a menudo demasiado olvidado, para la comprensión de los acontecimientos de Casas Viejas: el papel de la tradición en la génesis de la sublevación¹¹; le concederemos más importancia todavía teniendo en cuenta que un año antes un congreso anarquista había considerado que Casas Viejas estaba «anestesiada» por la política¹².

Por esto, antes de describir, siguiendo fuentes de primera mano, el desarrollo de los acontecimientos y de deducir algunas enseñanzas para la historia del movimiento social de la España de hace cuarenta años, nos parece necesario buscar las raíces profundas del acontecimiento, estudiando las circunstancias en las que se implantó y se desarrolló la organización anarquista en Casas Viejas. Para ello deberemos hablar primero de Medina Sidonia, ya que Casas Viejas formaba parte de dicho ayuntamiento y dependía de él administrativamente¹³.

La Primera Internacional en Medina Sidonia (1872-1884)

Gracias a dos obras recientes¹⁴ disponemos de documentos fundamentales acerca de la vida de la Primera Internacional en España y, consiguientemente, de datos bastante exactos acerca de la organización obrera en Medina Sidonia.

En el otoño de 1872 se constituye una federación local [fl]: implantación relativamente tardía teniendo en cuenta que la fl de Cádiz, fundada en mayo de 1870, entra en la Federación regional española [FRE] el 1 de septiembre con ocho secciones (entre ellas una femenina)¹⁵. En el Congreso de Barcelona (19-26 de junio de 1870) estaban representadas varias organizaciones obreras gaditanas¹⁶, así como también secciones de Jerez de la Frontera.

En la primavera de 1872, el Consejo federal encarga a dos de sus miembros, Francisco

10. Durante la primera quincena del mes de marzo, hubo un torrente de «revelaciones» de las que se deduce que hubo órdenes superiores de no hacer prisioneros. El día 15, víspera del cierre del debate sobre Casas Viejas, un capitán de Estado Mayor, Bartolomé Barba, atribuyó a Azaña la terrible orden de «Tiros a la barriga». Recordemos que este oficial fue uno de los fundadores, a principios de 1934, de la Unión Militar Española, organización clandestina destinada a combatir a la República. Resulta entonces sorprendente que en la única frase dedicada a Casas Viejas en su libro *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, París, 1969, p. 75, C. Lorenzo haga suya esta acusación. [Edición castellana de Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1973.]

Añadamos que Jackson, G.: *La república española y la guerra civil*, México, 1967, precisa muy claramente el papel desempeñado por Barba y por Rojas en las «purgas» de Zaragoza y de Granada desde los primeros días de la guerra civil. Véase el apéndice: «La leyenda negra de la República», p. 427.

11. Azaña: *Op. cit.*, p. 540: «Dije que un movimiento anarquista que se propaga, cuando se ha entregado a la violencia, como un incendio —porque se propaga sobre un terreno abonado por las propagandas y por la predisposición moral e intelectual de algunos proletarios—, no puede ser tratado como un complot ya que no posee ni la misma organización ni los mismos medios» (discurso del 2 de febrero).

Acerca del papel de la tradición, véase Vilar, Pierre: *Histoire de l'Espagne*, París, 1958, p. 80-81.

12. Memoria del primer congreso comarcal celebrado por la Federación de trabajadores agrícolas de la comarca de Cádiz, en los días 17 y 18 de enero de 1932 en Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera, 1932.

13. Casas Viejas es una aldea, es decir un pueblo pequeño situado en el territorio de una localidad más importante (municipio). La autoridad es un alcalde pedáneo, especie de delegado del alcalde que puede tomar las disposiciones necesarias en casos de urgencia (incendio, inundación, alteración del orden público). El 31 de enero de 1933, el periódico CNT acusa a esta estructura, muy centralizada, de haber permitido que los administradores del municipio favoreciesen Medina Sidonia en perjuicio de Casas Viejas, que permanecía al margen de sus preocupaciones.

14. Asociación Internacional de los Trabajadores: *Actas de los Consejos y Comisión federal de la Región española (1870-1874)*. Transcripción y estudio preliminar por Carlos Seco Serrano, Universidad de Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia general de España, 1969. El tomo I (LXXI-403 p.) contiene las actas de las reuniones celebradas por los tres Consejos federales sucesivos entre el 8 de julio de 1870 y el 20 de diciembre de 1872. El tomo II (345 p.) recoge las actas de las sesiones de la Comisión federal del 7 de enero de 1873 al 9 de marzo de 1874, excepto las celebradas entre el 10 de marzo y el 4 de agosto de 1873, resumidas en el *Boletín de la Federación regional española* (que se puede consultar en Amsterdam).

Nettlau, M.: *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*. Revisión de textos, traducciones, introducción, notas, apéndices, cuadros y mapas de R. Lamberet, Dordecht-Holland, 1969, 683 p. y una carpeta con dos cuadros recapitulativos y dos mapas.

15. Según Nettlau: *Op. cit.*, p. 120; sin embargo las *Actas*, I, p. 12, señalan la fundación de la fl de Cádiz el 10 de agosto de 1870.

16. Véanse detalles en Nettlau: *Op. cit.*, p. 79.

Mora y Anselmo Lorenzo, la realización de viajes de propaganda y explicación por Cataluña-Levante y Andalucía, respectivamente. Es entonces, según Nettlau, cuando «Mora establece la primera gran lista: *Direcciones de las Federaciones locales y Secciones de oficios de que constan*, una página impresa a dos columnas con la anotación a lápiz: 10 de febrero de 1872, redactada la víspera del viaje»¹⁷. Según esta lista existían fl en Cádiz (siete secciones), Jerez (dos), Puerto de Santa María (una) y Puerto Real (cinco); y había tres en trance de constitución en San Fernando, Sanlúcar de Barrameda y Villamartín. No se menciona a Medina Sidonia, adonde ni siquiera fue Anselmo Lorenzo. La implantación se realiza, pues, inicialmente, en Cádiz, donde las sociedades obreras pre-existentes se constituyen en fl. Posteriormente, y sin duda a partir de Cádiz y de Jerez, el movimiento se extiende a lo largo del litoral, en una zona de núcleos de población cercanos y en efervescencia desde la «septembrina» de 1868 que había expulsado a Isabel II del trono¹⁸.

En este contexto, Medina parece ser el primer pueblo de la campiña¹⁹ gaditana en donde la AIT se implantó de forma real y duradera, aunque tardía y limitada, a partir del día de septiembre de 1872 en el que un tal Diego Rodríguez Vargas se adhiere individualmente, gracias al proselitismo de un militante de Cádiz. Los progresos de la Internacional en el pueblo son señalados regularmente. El 24 de septiembre: «El compañero que ha adherido nos informa de la situación precaria del pueblo, víctima del fanatismo político, por culpa del cual bandas de ambiciosos han conseguido explotarlo durante muchos años. Dice también que los trabajadores están abriendo los ojos a propósito de todos estos farsantes y espera que en noviembre habrá organizado una sección de oficios varios.»²⁰

Su energía le permite cumplir su promesa ya que el 4 de octubre, «el compañero que ha adherido anuncia que ha podido agrupar a veinte trabajadores que se han constituido en Sección [...]». Solicita estatutos, folletos y todo aquello que pueda ser útil para la propaganda»²¹. El entusiasmo se transmite a toda la fl que, admitida oficialmente el 5 de noviembre

en el seno de la FRE, decide intentar un esfuerzo real de propaganda por medio de la difusión de folletos: con sus veinte militantes, Medina se abona al periódico *La Razón*, de Sevilla, y encarga setenta folletos por lo menos²².

La situación económica de la aldea debió de favorecer también la unión de los trabajadores aunque por otra parte frenase las adhesiones a causa de la cotización mensual: «Después de numerosas semanas en paro, se trabaja ahora por un salario de tres reales y un

17. Nettlau: *Op. cit.*, p. 120. Acerca de las circunstancias y las peripecias de este viaje, véase: *Ibid.*, p. 104-109 y Lorenzo, A.: *El proletariado militante*, Toulouse, 1946, t. I, p. 251-257.

18. Únicas y efímeras excepciones: los pueblos del interior, Arcos de la Frontera y Villamartín que tratan de constituirse en fl hacia marzo de 1870 y abril de 1872 sin resultados duraderos.

19. En Andalucía se designa generalmente con este nombre las regiones más fértiles por oposición a la sierra, regiones accidentadas, forestales y de suelo más pobre.

20. *Actas*, I, p. 264. Esta desilusión y esta desconfianza hacia los «políticos» burgueses que habían llegado al poder gracias a la «Revolución de 1868» y que, de hecho, se oponían a todo cambio radical, podrían explicar la adhesión de esta persona a la AIT y el dinamismo que despliega para organizar a los trabajadores de Medina.

21. *Actas*, I, p. 280.

22. En *Actas*, I, p. 325-326, se encuentran los detalles de este pedido que muestra a las claras los deseos de emancipación por medio de la instrucción de los trabajadores de este pueblo cuya población, escolarizada en teoría (es decir, los mayores de nueve años según la ley de Instrucción pública de 1857) era, en la práctica, analfabeta en un 73 %. José Hiraldo: *Andalucía libertaria y mártir*, París, s. d., 62 p., cuenta como al atardecer «los que sabían leer, lo hacían en voz alta para instruir a sus compañeros de infortunio» o como algunos analfabetos «metían en el bolsillo su cartilla, su lápiz y su cuaderno y aprovechaban cualquier instante de descanso para aprender a leer y escribir con la ayuda benévola de algún camarada» (p. 28). El mismo testimonio en J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Córdoba. (*Antecedentes para una reforma agraria*), Madrid, 1967, 509 p. (p. 190-191).

gaspacho reglamentario de pan y agua.»²³ Pese a estos salarios de miseria, Medina entrega diez reales como respuesta a la circular impresa del 22 de octubre de 1872: *A todas las secciones obreras de la Región española*, en la cual el secretario general, Francisco Tomás, pide que se apoyen las seis huelgas en curso y «que no se provoquen otras porque causarían daño al desarrollo de nuestra organización social».²⁴

No era ésta la única dificultad del proletariado español, agitado entonces por los enfrentamientos entre los partidarios de Marx y los de Bakunin, en el Congreso de escisión de La Haya (2-7 de septiembre de 1872). La FRE envía como delegados a González Morago, Marselau, Farga Pellicer y el francés C. Alerini, refugiado entonces en Barcelona. A su vuelta asisten al Congreso «antiautoritario» de Saint-Imier el 15 de septiembre.

La agitación y las querellas provocadas por estos dos acontecimientos llegan hasta Medina que «da cuenta del malestar resentido como consecuencia de la conducta observada por el Consejo general precedente y por la artificial mayoría del Congreso de La Haya y, al mismo tiempo, se felicita por las decisiones tomadas en el Congreso de Saint-Imier».²⁵

Después de este incidente, sin consecuencias para ella, la fl de Medina es admitida en el Congreso de Córdoba (25 de diciembre de 1872-3 de enero de 1873), donde está representada por un carpintero. En estos momentos cuenta con una sección de veinte miembros para un municipio que tiene, en 1877, 12 394 habitantes, lo que hace poco verosímil la hipótesis de que esta implantación hubiese afectado a Casas Viejas. Este estancamiento de los efectivos después de un entusiasta comienzo se explica no por el desinterés de los trabajadores, sino por la degradación de los salarios que, juntamente con el paro invernal, no les permite disponer de los cinco céntimos por persona de la cotización mensual a la Comisión federal²⁶. El secretario de la Comarca del sur, Severino Albarracín, se limita a animarlos, añadiendo: «Pobres de los burgueses el día en que todos hayamos comprendido nuestro deber y, mientras tanto, pobres de nosotros. Continúa, compañeros el trabajo de propaganda hasta que llegue ese

día.»²⁷ Aparte de esta lejana perspectiva de redención, Albarracín no propone ninguna lucha a corto plazo que permitiese a los federados atenuar su explotación y, al mismo tiempo, integrar, quizás, a otros trabajadores. Esta prudencia está en la misma línea que la

23. *Actas*, I, p. 280. Ya en el congreso de Zaragoza (4-11 de abril de 1872) el obrero agrícola «Juan Méndez, de Carmona, expone las penosas condiciones del trabajo agrícola en Andalucía: en invierno, largas temporadas sin trabajo; en verano, jornadas de dieciocho horas o más por dos reales y medio y la comida (la sopa, gaspacho, y pan negro de la peor calidad)» (Nettlau: *Op. cit.*, p. 123). En Sanlúcar de Barrameda un jornalero ganaba efectivamente dos reales por una jornada de dieciocho horas y siete trabajando a destajo (*Actas*, I, p. 289, sesión del 11 de octubre de 1872). En la propia Cardona la situación parecía mejor ya que por una jornada de once a doce horas el mismo obrero podía ganar entre doce y trece reales y entre quince y dieciséis a destajo (*Actas*, I, p. 351, sesión del 22 de noviembre de 1872).

Según el breve estudio comparativo de Seco acerca de las condiciones de trabajo en esta época (*Ibid.*, p. LXII-LXIX), la jornada de trabajo variaba entre dieciocho y diez horas y los salarios entre dos reales y medio y doce reales (los salarios superiores a doce reales eran rarísimos). Los jornaleros andaluces, como los de Medina, eran de los que trabajaban más para ganar menos.

24. Citado por Nettlau: *Op. cit.*, p. 153. F. Tomás insiste incansablemente acerca de la prioridad de la organización de los trabajadores sobre la acción revolucionaria. A propósito de este dilema, véase en Nettlau: *Op. cit.*, p. 169, 171-175 y 180, la oposición de Sabadell a este control de las huelgas ejercido por la Comisión federal.

25. *Actas*, I, p. 293 (sesión del 15 de octubre de 1872). Esta adhesión al Consejo federal se reitera en la sesión del 22 de noviembre que informa de ingerencias de los «autoritarios» marxistas de la Nueva Federación Gaditana en los asuntos de la fl de Medina que reprocha a los karlistas gaditanos el haber tratado de influenciar a uno de sus miembros pasándole *La Emancipación* que, en junio de 1872, se había convertido en el órgano de la tendencia marxista bajo la dirección de militantes de la Nueva Federación Madrileña (*Actas*, I, p. 350). La palabra karlistas designa a los partidarios de Karl Marx; se trataba de un juego de palabras, poco halagüeño para éstos, con carlistas (monárquicos disidentes en lucha abierta entonces contra el poder central).

26. En efecto, «son numerosos los trabajadores que desean entrar en la Internacional pero no lo hacen por falta de recursos». De todas formas y aunque tengan que «trabajar de sol a sol por tres miserables reales» en vez de cuatro, los federados pagan sus cotizaciones de diciembre, encargan ochenta folletos y se abonan al *Boletín de la Federación Regional Española*, cuyo primer número aparece el 16 de enero de 1873 (*Actas*, II, p. 30-31, sesión del 31 de enero de 1873).

27. *Libro copiator*, tercer volumen, n. 87, folio 310. El profesor Seco Serrano, a quien agradecemos la comunicación de esta carta, prepara una edición de los volúmenes II a VIII (el primero se ha perdido) de este manuscrito, conservado en la biblioteca Arús, que contiene los comunicados y las circulares enviados a las secciones y a la fl por el tercer Consejo y la Comisión federal entre septiembre de 1872 y abril de 1874.

preocupación de F. Tomás de no multiplicar los conflictos parciales y de asegurar primero el éxito de los conflictos en curso.

Poco después de la proclamación de la primera República (11 de febrero de 1873) la fl conoce una nueva etapa en su camino ideológico. En efecto, la sesión del 7 de marzo señala la negativa del ayuntamiento republicano a conceder un local a los internacionales, lo que refuerza su «apoliticismo» libertario²⁸. Seguidamente, una carta de la Comisión federal del 11 de septiembre deja suponer una desorganización de la fl, animando a D. Rodríguez, militante de la primera hora, a reconstituirla²⁹. Esta carta queda sin respuesta y sólo un año más tarde, en la *Memoria* de la Comisión federal española del 28 de agosto de 1874 al Congreso de Bruselas (7-13 de septiembre) aparece citada la fl de Medina como «en constitución»³⁰. Vaga expresión que nos hace suponer que se trataba aún, siguiendo los repetidos consejos de los delegados federales, de reconstituirla en la clandestinidad, después de que la Internacional hubiese sido puesta fuera de la ley en España en enero de 1874.

En consecuencia, el movimiento anarquista del pueblo se caracteriza, en sus orígenes, por:

—un comienzo entusiasta originado por las desilusiones que se suceden desde 1868 y una gran preocupación por la propaganda. El pequeño núcleo inicial, de sólo unos veinte militantes, prefiere organizar a los trabajadores y difundir folletos en lugar de lanzarse a una acción reivindicativa, o incluso revolucionaria, que podría, a causa de su propia debilidad numérica, ocasionar su pérdida;

—un agudo sentido de la solidaridad con los huelguistas de la península que nunca será desmentido en el futuro (apoyo financiero a los huelguistas de Valencia en 1883 y a los mineros asturianos de La Felguera a comienzos de enero de 1933);

—Finalmente una absoluta fidelidad al tercer Consejo y a la Comisión federal (cuyas mayores preocupaciones son precisamente la organización y la solidaridad activa), a pesar de las tentativas de los *karlistas* gaditanos y de las ilusiones provocadas por el republicanismo federal.

Durante el periodo de clandestinidad, el nombre de Medina Sidonia desaparece de las listas de fl a partir de agosto de 1874, aunque la organización haya subsistido en la provincia de Cádiz, pese a una cierta decadencia después de 1877³¹. La caída de Cánovas del Castillo, el 8 de febrero de 1881, y la formación de un gobierno liberal, que autoriza la libertad de reunión, facilitan la vuelta a la vida pública de la AIT. En septiembre, un «Congreso obrero regional» reúne en Barcelona 140 delegados de 162 organizaciones y decide reconstituir la Federación bajo el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española³². Diez federaciones locales, de las veinte existentes, están representadas, entre ellas Alcalá y Paterna. Sólo un año más tarde, la *Memoria* de la Comisión federal en el Congreso de Sevilla del 10 de agosto de 1882, menciona una fl en Medina compuesta de 46 obreros panaderos; hay entonces, en la provincia, 29 fl que agrupan a 9 001 federados³³. Según *La Crónica*³⁴, la sección de agricultores de Medina

28. *Actas*, II, p. 80. Seco analiza las relaciones entre internacionales y republicanos en su introducción al tomo I de las *Actas*, p. XXXIII-XXXV. Estas rivalidades tomarán un cariz más violento, y a veces sangriento, durante la participación de algunos ayuntamientos republicanos en la represión del movimiento cantonalista de verano y otoño de 1873 (véase Nettlau: *Op. cit.*, p. 191-192, 199-206, 209-212 y los testimonios de las fl perseguidas en *Actas*, II, p. 94 y s.).

Señalamos también que en 1913 las autoridades de Medina se opondrán a la reorganización de los obreros tratando, también, de privarlos de local.

Por otra parte, la decepción provocada por los republicanos de 1873 prefigura la que los campesinos de Medina y Casas Viejas experimentarían entre 1931 y 1933, cuando, después de haber confluído en los ayuntamientos republicano-socialistas, volvieron sus esperanzas frustradas hacia la Confederación Nacional del Trabajo.

29. *Libro coplador*, 6º volumen, n. 1 2225, folio 146.

30. Según la lista dada por Nettlau: *Op. cit.*, p. 252.

31. La *Memoria* de agosto de 1874 menciona la existencia de 14 fl gaditanas y la del 4 de julio, 13, entre ellas Paterna de la Rivera y Alcalá de los Gazules, aldeas del interior pertenecientes al mismo partido judicial que Medina (Lorenzo: *Op. cit.*, p. 177-178). La lista establecida para el congreso Internacional de Londres, julio de 1881, no cita más que ocho (Nettlau: *Op. cit.*, p. 339).

32. Acerca de este congreso véase Nettlau: *Op. cit.*, p. 350-358 y cuadro II, columnas 2 y 3.

33. Nettlau: *Op. cit.*, p. 375-376.

34. La *Crónica* de los trabajadores de la Región española es, a partir de diciembre de 1882, el órgano de la FTRE, se publica mensualmente en Barcelona.

se adhiere a la FTRE a fines de 1882, elevando así el número de federados a 128 en diciembre.

De ahora en adelante, la Comisión federal mantiene una correspondencia continua con los federados de Medina que la apoyan constantemente, concretamente durante el conflicto que la opone a los disidentes, calificados de «perturbadores» y que se darán más tarde el nombre de *deshederados*. Estos desconfían del gobierno liberal de Sagasta y temen que una vuelta a la actividad pública favorezca una represión general, como en 1873-1874. Paulatinamente, esta corriente hostil al «legalismo» de la comisión muy influida por el antiguo notario Serrano y Oteiza, se refuerza gracias al impulso de militantes de Arcos de la Frontera que afirman actuar siguiendo las directrices del Congreso de Londres de 1881 que preconizaban la propaganda por el hecho (sobre todo en el campo) y «la necesidad de la prensa clandestina», y criticaban a los que se contentaban con los medios legales, aconsejando el estudio de las «ciencias técnicas y químicas [...], como medio de ataque y de guerra»³⁵. Después de todo, ¿no había afirmado el Consejo federal la necesidad de luchar clandestinamente (en caso de persecución, es cierto) desde mediados de noviembre de 1871? ¿No había recomendado la Comisión federal, desde septiembre de 1873, la organización clandestina de grupos de militantes y previsto la eventualidad de sabotajes y represalias? ¿No encontraban estas consignas una resonancia lógica en la acción de los *deshederados*?³⁶

En esta parte occidental de Andalucía, escribe Nettlau, «una táctica moderada, representada por la Unión de trabajadores del campo (¿en Ubrique?) y aprobada por la Comisión federal, y una táctica violenta propagada por la Comisión comarcal (¿en Arcos?) se enfrentaban pues, al parecer, y tenían ante ellas el problema de la miseria y de la revuelta campesina»³⁷. Efectivamente, desde 1878 y ante una agravación de la suerte de los trabajadores agrícolas, la Conferencia comarcal de Andalucía occidental «decide por unanimidad la propaganda por el hecho y las represalias, y por seis votos contra cuatro y una abstención la organización de sociedades cooperativas con este obje-

to»³⁸. Medina, que desde 1874 parece haber permanecido al margen de este endurecimiento, manifiesta entonces su adhesión a la Comisión federal organizando una Asamblea pública de propaganda en diciembre de 1882. Y, en enero de 1883, la sección de agricultores se adhiere a la Unión de trabajadores del campo [UTC], cuando la revuelta habría podido tomar un cariz más violento en este pueblo en donde «los proletarios se alimentan únicamente de la carne de los animales que mueren en el campo por falta de alimentos»³⁹. En fin, Medina aprueba la *Circular n.º 22* (desaparecida) que condena a «esos desgraciados de Arcos y a sus comparsas por su conducta y su ridículo congreso»⁴⁰ que debió de agrupar una decena de delegados «perturbadores» en Sevilla en enero de 1883.

Poco después, veinte disidentes de Arcos son expulsados de la fl, algunos de los cuales tenían probablemente lazos familiares con algunos de los inculpados en los procesos de la Mano Negra⁴¹. El origen de este mito: dos asesinatos

35. Informe de P. Kropotkin citado por Nettlau: *Op. cit.*, p. 346-347.

36. Acerca de las reacciones del Consejo federal a las amenazas gubernamentales en otoño de 1871, véase Oriol Vergés Mundo: *La I Internacional en las Cortes de 1871*, Universidad de Barcelona, 1964, p. 55-57; *Actas*, I, p. 77 y 81 y Nettlau: *Op. cit.*, p. 102-105. En cuanto a la organización de la lucha clandestina durante la represión del cantonalismo, véase Nettlau: *Op. cit.*, p. 218-234 y 618-619.

37. *Op. cit.*, p. 407. Acerca de estos antagonismos, veáanse los capítulos XVIII-XIX.

38. *Circular n.º 4*, del 20 de septiembre de 1878, en Lorenzo: *Op. cit.*, II, p. 214.

39. *Crónica*, I, p. 27-28 (sesión del 13 de enero de 1883).

40. *Crónica*, I, p. 36.

41. En los dos sentidos de la palabra: nada prueba definitivamente que haya existido una sociedad secreta con dicho nombre, a pesar de la publicación de los estatutos de la Mano Negra, de autenticidad sospechosa, al final del artículo de Cl. E. Lida: «Agrarian Anarchism in Andalusia. Documents on the Mano Negra» in *International Review of Social History*, vol. XIV, 1969, Part. 3, p. 315-352.

Por otra parte la policía y la prensa burguesa alimentarán durante largo tiempo el mito de la supervivencia de esta terrorífica y misteriosa «sociedad», hasta el punto de que en 1915 y 1933 la acusarán de la responsabilidad de los acontecimientos de Casas Viejas. Acerca de los procesos de la Mano Negra y sus orígenes, véase *El proceso de la Mano Negra*, Toulouse, 1958, 46 p. y Nettlau: *Op. cit.*, p. 406-414, 428-433 y 598-608. Citemos también Constancho Bernaldo de Quirós: *El espartaquismo agrario andaluz*, Madrid, 1919, reproducido en *Anales de Sociología*, Barcelona, n.º 4-5, 1968-1969.

y un accidente que provocaron, no sólo el castigo de los presuntos culpables, sino también, y sobre todo, una feroz represión contra la Comisión comarcal de Andalucía occidental⁴² y los federados en general. Viendo que los «perturbadores» están implicados en este asunto, la Comisión federal duda en defender a los acusados. Mientras, para evitar las persecuciones, denuncia los crímenes de la Mano Negra y afirma enérgicamente que la FTRE no tiene nada que ver con esta «sociedad [...] suponiendo que exista». Pese a estas precauciones, *La Crónica* informa de decenas de detenciones en la provincia; las autoridades amenazan con la cárcel y la deportación a los federados que manifiesten enérgicamente su voluntad y su derecho de organizarse. En Medina Sidonia, la sección de campesinos aplica literalmente —y con cierto éxito— las consignas de «resistencia» legal de la Comisión federal y, con la intervención de las autoridades civiles, gana una baza contra los caciques locales y la Guardia civil⁴³.

Durante el verano de 1883, los trabajadores de algunas fl luchan por un jornal diario y solicitan la solidaridad de los obreros de los municipios vecinos a fin de que no acepten jornales inferiores a los que ellos solicitan. Aunque los federados de Medina hayan permanecido al margen de este movimiento, cuatro de ellos son encarcelados durante tres semanas al suspenderse las garantías constitucionales el 10 de agosto de 1883. Más tarde, la fl de Medina será uno de los principales protagonistas de una crisis en el seno de la UTC y será este episodio el que, probablemente, origine su disgregación.

La propaganda se efectuaba más por medio de reuniones públicas (destinadas también a responder a las medidas de intimidación) que por la difusión de folletos o periódicos, que había sido la práctica privilegiada en 1872-1873. ¿Basta esto para explicar el considerable aumento de los efectivos totales, que pasan de veinte a quinientos federados de un periodo al otro?⁴⁴ Es posible que la vecina aldea de Casas Viejas fuese afectada por las ideas anarquistas. De todas formas, lo más probable es que la organización subsistiese y que la propaganda continuase activa en la clandestinidad de 1874 a 1882, aunque el

nombre de Medina desaparezca de la lista de las federaciones. Otras fl gaditanas debieron de conocer una continuidad semejante: ¿Cómo explicar de otra forma que el número de fl reivindicadas pasa súbitamente de ocho, en julio de 1881, a veintinueve, un año más tarde solamente?

En la fase actual de nuestras investigaciones ignoramos si la fl de Medina después del asunto Saénz Burgos estaba en condiciones de mantenerse en el seno de la FTRE que se transforma, en Valencia en septiembre de 1888, en Organización anarquista de la Región española. Sabemos, por el contrario, siempre gracias al trabajo de Nettlau, que Medina no figura entre las trece localidades representadas en el congreso de la organización clandestina de los *desheredados*, celebrado en Cádiz del 25 al 28 de diciembre de 1884⁴⁵. Durante los años siguientes, el anarquismo andaluz (y el español en general) están influidos por diferentes corrientes (colectivismo anarquista, comunismo anarquista, terrorismo individual) y se deja notar un cierto retroceso. Sin embargo la protesta campesina no desaparece: en enero de 1892 estalla la gran revuelta agraria de Jerez de la Frontera cuyo estudio, que aún está por hacer, nos informaría quizás sobre si tomaron parte en ella campesinos de Medina y de Casas Viejas o no⁴⁶.

42. Entre los seis agarrotados de Jerez (14 de junio de 1884) figuran los hermanos Pedro y Francisco Corbacho y el maestro Juan Ruiz y Ruiz, que constituían la Comisión.

43. «La Sección de Agricultores protesta contra la Mano Negra y contra toda sociedad que no se base en la Verdad, la Justicia y la Moral. A pesar de las brutalidades y de las actuaciones arbitrarias, reina un gran entusiasmo entre los trabajadores del campo en favor de los grandes principios de la Anarquía y el Colectivismo. La Sección [...] desea hacer público su agradecimiento al alcalde (D. Francisco Álvarez Giménez) y al juez de primera instancia (D. Rafael Pérez Torres) que, fieles representantes de la ley, se han opuesto a que los caciques y la Guardia civil efectuasen un gran número de detenciones arbitrarias» (*Crónica*, I, p. 124, sesión del 23 de mayo de 1883).

44. Los 46 panaderos de agosto de 1882 y los 459 «agricultores» reivindicados en agosto de 1883 (*Crónica*, I, p. 172).

45. Nettlau: *Op. cit.*, p. 467-475.

46. Acerca de esta insurrección, que merecería sin duda un estudio profundo, véase Díaz del Moral: *Op. cit.*, p. 128-129 y un folleto anónimo (¿de Ricardo Mella?): *Los sucesos de Jerez. 8 de enero de 1892-10 de febrero de 1892*, Barcelona, 1893, 60 p. Archivos particulares.

Vicisitudes del anarcosindicalismo entre 1902 y 1919

Con el siglo comienza la reorganización sindical en Jerez de la Frontera y el recrudecimiento de la actividad anarquista en dicho sector (varias huelgas, un motín sangriento en Alcalá del Valle en agosto de 1903 seguido de una vasta campaña contra los malos tratos infligidos a los prisioneros)⁴⁷. En Medina estalla una huelga, en octubre de 1902, que afecta a 2 000 trabajadores agrícolas (de los 9 474 habitantes del pueblo) que produce un evidente impacto psicológico ya que en su mayoría debían ser parados hambrientos⁴⁸. Por el contrario, una huelga de sesenta y un gañanes, en 1903, debió de tener, aún siendo sectorial, mayor eficacia y mayores repercusiones económicas en esta región ganadera de gran humedad, pantanosa incluso, en la que el ganado necesita de continuos y atentos cuidados.

El centro de Medina agrupa entonces 198 adherentes, pero la «semana trágica» de Barcelona (finales de julio de 1909) da un pretexto a las autoridades para cerrarlo. A pesar de ello los obreros permanecen unidos (huelgas de julio y diciembre de 1911) y a partir del verano de 1912 consagran toda su energía a conseguir su reapertura, «lo que provoca la indignación del cacique a las órdenes del marqués de Negrón, propietario de inmensas extensiones de tierras [...]». Este cacique y sus satélites aprovecharon su influencia ante las autoridades para que los obreros [...] no puedan organizarse». Las autoridades alegan la falta de higiene del local hasta el día en que, estimulados quizás por la creación de la Federación nacional de campesinos en Córdoba, en abril de 1913, los vecinos celebran un mítin de protesta y envían una delegación al gobernador civil «quien les dio inmediatamente la autorización necesaria para la apertura del centro y les aseguró que, en adelante, las autoridades locales no se mezclarían en el asunto»⁴⁹.

A base de una firme habilidad y de una tenaz paciencia, haciendo fracasar las sucesivas provocaciones de las autoridades, los campesinos ganaban la primera baza. Inmediatamente se adhieren a la Federación provincial de agricultores de Cádiz y participan en su primer

congreso en Jerez el mes de abril de 1914. Otra prueba de su dinamismo es la huelga de enero de 1914 reivindicando del ayuntamiento una ayuda para los parados. Previendo, a causa de las lluvias, una larga crisis, el alcalde suplica al gobernador que se emprenda la construcción del ferrocarril San Fernando-Medina Sidonia-Málaga, decidida dos años antes. Durante el verano se agrava la situación; como se había sembrado menos, dice la carta del alcalde, se contrata menos para la siega. Se señalan algunos incendios (¿manifestaciones del descontento popular o simples accidentes?). En junio, y nuevamente en febrero de 1915, el alcalde solicita la reparación inmediata de un tramo de carretera entre Medina, Casas Viejas y Casas del Castaño (cuarenta kilómetros) para dar trabajo a los parados.

El *Diario de Cádiz* muestra que estas llamadas eran frecuentes (y lo más a menudo inútiles) cuando los fondos municipales destinados a los parados («la limosna») estaban agotados o eran insuficientes, como ocurría en enero y febrero de 1915, mientras que el número de obreros sin trabajo socorridos oscilaba entre 460 y 800⁵⁰. Estas prácticas demuestran el fracaso de las veleidades reformistas aparecidas durante la gran hambre andaluza de 1903-1905 que dieron como «resultado» la organización de una encuesta-concurso que dio lugar a la publicación de unas setenta memorias, a la creación del Instituto de Reformas sociales (abril de 1903) y a la atribución, en 1905, de algunos millones de pesetas para el financiamiento de trabajos destinados a remediar esta «cuestión social» cuya amplitud era conocida, aunque se dejase subsistir, obstinadamente, sus causas fundamentales.

Parece ser en este contexto cuando el anarquismo se implanta en Casas Viejas por primera vez. A comienzos de 1914 los caciques de

47. Véanse los artículos de *Tierra y Libertad* del 2 de septiembre al 13 de diciembre de 1903.

48. *Tierra y Libertad*, n. 180, del 25 de octubre de 1902.

49. *Tierra y Libertad*, n. 267, 21 de julio de 1915. Se trata de un largo artículo escrito desde Puerto Real por un tal M.R. el 12 de julio.

50. *Diario de Cádiz*, de los días 27 y 29 de enero, 20 de junio de 1914; 9, 15 de enero y 1 al 9 de febrero de 1915.

Medina «volvieron a la carga y negaron el trabajo a los compañeros que más se distinguían en la lucha, hasta el día en que el compañero Olmo tuvo que salir del pueblo e ir a la aldea vecina de Casas Viejas donde los obreros todavía no habían constituido asociaciones. Al cabo de dos o tres meses nuestro compañero había organizado más de 500 trabajadores»⁵¹ de un total de 1 588 habitantes, lo que parece un poco exagerado. El 28 de junio, *La Voz del Campesino*, órgano de la Federación nacional de campesinos, confirma que «Casas Viejas, aldea inculta, se ha despertado del letargo en el que se hallaba sumida y se ha constituido en Centro Instructivo Obrero», denominación relativamente vaga, que indica, una vez más, la prudencia de los trabajadores. Es de destacar, por el contrario, la torpeza de los caciques que obligando a J. Olmo a exilarse favorecieron indirectamente la implantación.

Sin embargo, después de haber asistido al II Congreso de la Federación de campesinos de Cádiz, y un año apenas después de su nacimiento, el nuevo Centro se enfrenta con una prueba que debía de serle fatal. El 30 de mayo de 1915, el presidente del Centro, el albañil Gaspar Sumaguero, se suicida a varios kilómetros de la aldea durante un viaje en compañía de su hermano. Durante los días siguientes son detenidos el dinámico J. Olmo y el secretario, Juan Estudillo, «que podrían estar implicados en el suicidio», insinúa el *Diario de Cádiz* del 3 de junio. Poco después, es detenido a su vez Bernardo Cortavarrá, escribiente del Centro, acusado de ser «autor de una carta al alcalde de Medina solicitando una autorización para la difusión, que ya había sido prohibida, de octavillas invitando a los obreros a una asamblea que debía celebrarse el 31 de mayo anterior y en los que había hecho figurar la firma del presidente sin estar autorizado para hacerlo», explica el *Diario de Cádiz* del 7 de junio. También son detenidos algunos responsables de Medina.

Una semana más tarde el mismo periódico publica las revelaciones de una «persona digna de respeto» que habita en el municipio y que prefiere guardar el anonimato. Este artículo, destinado a justificar la represión, ve en lo ocurrido una ramificación «de los suce-

sos de la Mano Negra» (cuyos últimos condenados sobrevivientes habían sido amnistiados en marzo de 1903). El entrevistado habla de un «vasto complot anarquista» contra los grandes propietarios de tierras. «Se trataba, dice, de sabotear los cultivos de Casas Viejas y de Medina Sidonia y de incendiar los campos.» Agitando el espectro de los tribunales de la Mano Negra que hacia 1883 juzgaban, según se pretendía, a los propietarios y a los «traidores» a la causa, esta persona afirma que «entre los adherentes de Medina y entre los más fanáticos de los de Casas Viejas se efectuaba un sorteo para designar a aquellos que debían matar a algunas personas muy conodidas», entre ellas al marqués de Negrón⁵² que se había opuesto a la apertura de los centros y que debía de ser asesinado por G. Sumaguero. Este, temiendo entonces, concluye el artículo, el castigo de las autoridades o las represalias de sus compañeros si no cometía el crimen, se suicida.

Esta es la versión, vigorosamente desmentida por el secretario de la Federación de campesinos de Cádiz y por 23 personas de Casas Viejas en *Tierra y Libertad* (n.º 270, 18 de agosto de 1915) que creen que los acontecimientos son el resultado de una maquinación montada por las autoridades y la Guardia civil contra los centros obreros. Se trata de inducir primero al suicidio a G. Sumaguero y de descargar, en un segundo tiempo, la responsabilidad sobre Olmo y sus amigos. La ocasión de poner su plan en práctica se la proporciona la asamblea del 31 de mayo en la que se debía discutir sobre la oportunidad de una huelga para exigir un aumento de los jornales en vísperas de la siega o bien para conseguir una reducción en el precio de los alimentos básicos, lo que explicaría la hostilidad de un comerciante, Luis Guinea, contra los anarquistas. Contradiciendo al *Diario de Cádiz*, afirman

51. *Tierra y Libertad*, art. cit.

52. El marqués de Negrón se había convertido en uno de los más importantes propietarios del municipio comprando, entre 1902 y 1911, 312 hectáreas. Algunas de sus tierras fueron devastadas por el fuego en agosto de 1914 y volverían a serlo en julio de 1915. Presidente de la Diputación, en septiembre de 1915, pronuncia un discurso en Casas Viejas en el que habla de la «renovación» de la aldea y promete acabar con su aislamiento gracias a la construcción de un puente sobre el Barbate y de un ferrocarril.

que Sumaguero había autorizado a B. Cortavarrá a firmar en su nombre la octavilla que anunciaba la reunión. El gobernador la prohíbe y envía refuerzos de guardias civiles para intimidar a los trabajadores. Bajo la coacción psicológica, si no física, de la Guardia civil y de Luis Guinea, Sumaguero firma una segunda hoja en la que acepta someterse a la prohibición. Sin embargo, después de haberse vuelto atrás de esta forma, Sumaguero reconsidera su actuación y comunica sus inquietudes (y el chantaje sufrido) al secretario J. Estudillo. Hombre íntegro y escrupuloso acaba creyendo que ha cometido una traición dando su visto bueno a la prohibición y se suicida.

En fin, según estos habitantes de Casas Viejas, la personalidad de los inculpados, las presiones de la Guardia civil sobre los testigos molestos y las irregularidades de la instrucción (e incluso la ausencia de todo proceso posterior) son otras tantas demostraciones suplementarias de que el objetivo perseguido es el dismantelamiento de las dos organizaciones obreras. Y efectivamente, prohibiendo la asamblea del 31 de mayo, y neutralizando después a los principales responsables, ¿no toman los caciques su revancha contra los trabajadores que los habían obligado a retroceder con el éxito de su intervención ante el gobernador? La complicidad de las autoridades municipales y judiciales contrasta aquí con su oposición en 1883 a las detenciones deseadas por la Guardia civil y los caciques, en una época en la que algunos anarquistas gaditanos preconizaban la propaganda por el hecho. También hay que señalar que el mito de la Mano Negra continúa sirviendo de pretexto para la represión e impresionando a los lectores de un periódico burgués local que no duda en volver a resucitar esta vieja historia de hace treinta años.

Este endurecimiento de la represión, económica primero (exilio forzoso de Olmo) y física y psicológica después (el suicidio y las detenciones) responde en realidad a un progreso en la organización del anarquismo español, sobre todo en el campo andaluz: creación de la CNT en 1910, de la Federación nacional de campesinos en abril de 1913 y de las federaciones provinciales. Esta reorganización puede explicarse a nivel local por la agravación de la situación social debida no solamente a la

estructura agraria (latifundios), sino también a las malas condiciones meteorológicas y a la notable subida de los productos alimenticios provocada por la expansión industrial consecutiva a la guerra mundial. No hay que subestimar tampoco el impacto de la oleada de huelgas que, en junio de 1914, afectaba a una docena de localidades gaditanas ni la personalidad de militantes activos como J. Olmo.

Nuestros dos pueblos parecen haber permanecido al margen de los movimientos revolucionarios de Andalucía durante el *trienio bolchevista* (1918-1920). Aunque sus organizaciones hayan sido decapitadas y prohibidas por las autoridades los campesinos consiguen, sin embargo, permanecer unidos y en marzo de 1916 celebran « un mitin monstruo en Medina contra la carestía de los medios de subsistencia »⁵³. También están presentes en los congresos V y VI de la Federación nacional de campesinos (Zaragoza, mayo de 1917 y Valencia, diciembre de 1918) primero, y en el de la CNT (Madrid, diciembre de 1919) después.

De esta forma y pese a la revancha de los caciques, el anarquismo sobrevive en una semiclandestinidad que recuerda la de los años 1874-1882. Según nuestros conocimientos, hasta la llegada de la segunda República no reaparecerá a la luz del día.

La sublevación de enero de 1933

La estructura de la propiedad agraria en Medina Sidonia

Como consecuencia de su adhesión fundamental a la propiedad privada, ni los liberales de 1868, ni los republicanos, ni los reformistas de comienzos de siglo, habían sabido combatir lo que explica, por lo menos en parte, la continuidad de la corriente libertaria en esta región: la estructura de la propiedad agraria. Más aún, su incapacidad para modificarla de otra forma que corrigiendo aquí o allá algunos de sus nefastos efectos⁵⁴ tuvo el constante

53. *Tierra y Libertad*, n. 296, del 29 de marzo de 1916.

54. Desde 1907 a 1927, la ley de colonización interior no se aplicó en Andalucía más que a 6 533 ha (es decir el doce por ciento de las distribuidas en toda España), según el *Boletín del Instituto de Reforma agraria*, n. 29, noviembre de 1934.

resultado de reforzar en una gran parte de las masas rurales su hostilidad hacia cualquier partido político.

Ahora bien, en 1931, el total inmovilismo de la monarquía en esta materia había hecho tomar conciencia a los diferentes componentes de la coalición republicana de la urgencia con que había que atacar este problema, aunque los puntos de vista divergiesen en cuanto al contenido de la reforma a promulgar. Ante la impaciencia de los sindicatos campesinos y pese a las presiones de la derecha que se ejercían tanto en el parlamento como en las mismas zonas rurales, el gobierno de Azaña recurre a un compromiso, rechazado por los anarcosindicalistas: expropiación con indemnización salvo para los señores jurisdiccionales y las propiedades de los « grandes de España ». Por otra parte, ¿ era preciso comenzar por los latifundios? En todo caso, era en las provincias donde estos predominaban donde la « cuestión social » era más grave, donde el abandono de tierras, frecuentemente fértiles, era más perjudicial para la economía nacional. Era también lo que exigían socialistas y anarquistas, sin olvidar por ello los problemas de la pequeña propiedad (minifundio).

Sabemos por uno de los principales especialistas del problema agrario, Pascual Carrión, que en Medina Sidonia y Casas Viejas cuarenta y una fincas ocupaban 22 518 ha, es decir el 42,43 % de las tierras del municipio (53 067 ha) con una media de 550 ha; 11 de estas fincas ocupaban 10 467 ha, es decir una extensión media de 951 ha cada una, la superficie media de las treinta restantes, que se reparten 12 051 ha resulta de 401 ha. La propiedad de la tierra se encontraba muy desigualmente repartida, cuarenta y dos propietarios, de los 612 del municipio (es decir el 6,85 %) disponían del 61,62 % de la propiedad total censada⁵⁵.

Gracias a la partida del volumen 45 del Registro de la propiedad⁵⁶, relativa a Medina Sidonia, podemos aportar precisiones concernientes a la posición social de los propietarios, al origen de su fortuna y a la distribución de sus propiedades (véase cuadro 1).

Este cuadro se refiere, pues, a un cuarenta y seis por ciento, aproximadamente, de la superficie total y a la sexta parte de los propieta-

rios del ayuntamiento, repartidos como indica el cuadro 2.

La suma de las dos últimas categorías indica que las 20 075 ha de grandes propiedades, mayores de 250 ha, sobre un total de 24 590 ha censadas (es decir más del 81 % de la superficie expropiable), podían aparecer amenazadas. Por el contrario, una gran cantidad de propietarios, sin duda menos importantes (511), no era susceptible de ser expropiada. Además la propiedad burguesa es, con mucho, más importante que la nobiliaria, tanto en número de propietarios como en extensión de las tierras, a pesar de la presencia de tres nobles entre los diez mayores propietarios. Señalemos también que las compras de la burguesía, durante el primer tercio de siglo, son claramente superiores a las de la nobleza (5 087 ha contra 391).

Se comprende entonces mejor por qué los periódicos anarquistas, e incluso los socialistas, atacaban frecuentemente en enero de 1933 a gentes que (según un Registro que, por cierto, no concierne más que a un tercio aproximadamente de las tierras de Medina) sólo poseían algunas hectáreas. Estos individuos, de fortuna reciente, tenían mayor espíritu de empresa y resultaban, por lo tanto, más intratables y más explotadores para los obreros. También se podía tratar de personas que obtenían un beneficio sustancial, con el mínimo gasto, de la gestión de los latifundios per-

55. P. Carrión: *Los latifundios en España. Su importancia, origen, consecuencias y solución*, Madrid, 1932, 432 p., p. 231 y cuadro p. 234-235 y p. 233 y cuadro p. 236-237.

Faltos de espacio, remitimos al lector francés al artículo de A. Marvaud: « La réforme agraire en Espagne » en *Revue Economique Internationale*, Bruselas, vol. II, n. 3, junio de 1933, p. 563-592, que presenta detalladamente el contenido y el alcance de la ley de reforma agraria del 15 de septiembre de 1932.

56. En enero de 1933, los gobernadores civiles, a petición del Instituto de reforma agraria, ordenan el censo de las fincas expropiables según el capítulo 5 de la ley (circular detallada y modelo de declaración en el *Boletín Oficial de la Provincia de Cádiz* del 10 de enero). Los propietarios debían de indicar con precisión al Registro su identidad y las características de sus fincas: situación, lugar, límites, cultivos, origen y fecha de la adquisición. Estos informes fueron transcritos, ayuntamiento por ayuntamiento, y una copia fue enviada al IRA: son los 254 volúmenes del *Registro de la Propiedad*, depositados en el Instituto nacional de Colonización en Madrid, recientemente señalados por Malefakis que habla de su posible utilización y de sus limitaciones (*Op. cit.*, p. 88, n. 2, p. 91, n. 9 y Apéndice I, p. 464-469).

Cuadro 1		Iglesia	Nobleza	Burguesía	Total
Tierras sumisas a expropiación	Propietarios	2	13	87	102
	Superficie (ha)	537	6 815	14 622	21 974
Tierras borradas de registro (a)	Propietarios	0	2	4	6
	Superficie (ha)	0	517	2 099	2 616
Total de tierras censadas	Propietarios	2	13	87	102
	Superficie (ha)	537	7 322	16 721	24 590
Herencia		0	6 941	10 662	17 603
Compra antes de la dictadura (13-9-1923)		1	364	3 504	3 869
Compra durante y después de la dictadura		0	27	1 583	1 610
Varios (cambio, donación, etc.)		536	0	972	1 508

a) Como resultado de la adopción, en julio de 1933, de normas más flexibles dictadas por la Junta provincial agraria, formada por propietarios, obreros agrícolas y funcionarios. Esta medida, reveladora de la resistencia patronal local frente a las reformas republicanas, aprovechó, sobre todo, a los dos mayores propietarios, el marqués de Negrón y su hermana, que consiguieron salvar de esta forma 517 ha a la expropiación.

b) Es decir sometidas a la expropiación antes de esta intervención de la Junta.

Cuadro 2	Hectáreas
12, poseyendo menos de 10 ha cada uno se reparten	48
38, poseyendo entre 10 y 100 ha cada uno, se reparten	1 383
19, poseyendo entre 100 y 250 ha, se reparten	3 084
29, poseyendo entre 250 y 1 000 ha, se reparten	12 585
4, poseyendo más de 1 000 ha, se reparten	7 490

tenecientes a un tercero; y en la vida cotidiana es probable que los campesinos fuesen más sensibles a la actitud de un administrador, un gerente, un capataz o un granjero intransigentes que al poder real de los grandes propietarios, frecuentemente absentistas por otra parte⁵⁸.

Una última explicación posible de estos ataques contra los nuevos ricos: el contexto político. Efectivamente, los caciques, burgueses y monárquicos, del efímero consejo municipal elegido, sin oposición, el 5 de abril de 1931, no eran grandes propietarios sino amigos políticos del marqués de Negrón, principal propietario de Medina, y del conde de Barbate, rico propietario de un ayuntamiento vecino. En esta alianza, la nobleza tenía la habilidad de delegar una parte de su poder político en la pequeña burguesía, ávida y ambiciosa, confiándole las delicadas tareas municipales, lo

que originaba el odio de los campesinos contra ésta, reforzado por el hecho de que estos pequeños propietarios vivían en el pueblo,

57. Según el tomo 44 del Registro, los seis sobrinos (?) del marqués pudieron «salvar» de la misma forma 11 460 de las 12 885 ha que poseían en el municipio de Arcos de la Frontera.

58. De todas formas un «obrero consciente», el tesorero del sindicato de Casas Viejas, escribe, después de haber denunciado el monopolio del marqués de Negrón: «La ignorancia de los campesinos no era tan grande como para impedirles conocer a sus verdaderos enemigos: el gran propietario y los que defienden los intereses del gran propietario» (CNT, n. 54, 14 de enero de 1933).

En cuanto al absentismo, véase el análisis de Malefakis: Op. cit., p. 108-115. En Medina, los diez propietarios más importantes habían arrendado, desde hacía doce años o más, por lo menos 2 858 de las 11 636 ha que poseían, sin contar las 2 706 de cereales o de prados que cuatro de ellos no podían explotar personalmente a causa de su edad muy avanzada.

mientras que muchos de los grandes propietarios debían residir, seguramente, en Jerez.

La reforma agraria no tuvo repercusiones inmediatas y sensibles sobre esta estructura antes de enero de 1933, debido a que la lentitud burocrática (criticada a menudo incluso por *El Obrero de la Tierra* —socialista—) retrasaba su aplicación. No era éste el único reproche de los anarquistas. Sebastián Oliva, director de *La Voz del Campesino*, había denunciado el carácter antieconómico de la división de las tierras que se oponía a la rentabilidad y a la eliminación del paro, por oposición al trabajo colectivo y a gran escala. Además, añade, la división endeuda al campesino aislado favoreciendo únicamente a una burocracia de empleados y técnicos inútiles. Se rechazaban incluso la explotación colectiva y la organización de cooperativas, previstas no obstante por la ley, ya que el Estado conservaba su tutela e indemnizaba a los expropiados⁵⁹. La situación local fue escasamente modificada por la insurrección de enero que fue seguida de algunas medidas, positivas sin duda, pero insuficientes:

—la instalación, en el marco de la ley de cultivos intensivos, de cuarenta y ocho obreros de Cajas Viejas sobre una extensión de 200 ha (de las 947 afectadas por esta disposición).

En la misma Medina, cien obreros encontraron trabajo sobre una extensión de 412 ha de las 3 924 a que debía afectar el decreto⁶⁰;

—la expropiación de 578,5 ha pertenecientes a dos personas complicadas en la sublevación monárquica del 10 de agosto de 1932⁶¹;

—la distribución entre sesenta y cinco familias de dos de las propiedades que todavía poseía el duque de Medina Sidonia, con una extensión de 433,6 ha⁶².

A pesar de su tardía realización (enero de 1934), la medida más esperada y, sin embargo, la de más fácil realización ya que se trataba de tierras del Estado, fue la atribución de 397 ha al sindicato socialista y a cuarenta familias de Casas Viejas. Durante dos años y medio, a pesar de la vuelta al poder de las derechas, los campesinos administraron colectivamente esta finca ganadera, elaborando su propio pan, eliminando los intermediarios innecesarios, fijando las normas de producción y estableciendo un esbozo de seguridad social

para los casos de muerte o enfermedad de alguno de ellos⁶³.

Además de la lentitud burocrática de la reforma agraria, es preciso señalar que algunos elementos coyunturales habían deteriorado la situación. La crisis del trigo, comenzada durante la dictadura y agravada por las importaciones de abril-mayo de 1932, ocasionó una sensible disminución de la superficie sembrada, sobre todo en los latifundios afectados por la reforma⁶⁴. Según el diputado radical socialista gaditano Muñoz Martínez, Casas Viejas disponía de 6 000 ha de tierras arables. Ahora bien, añade, « el máximo anual de tierras labradas en Casas Viejas era de 2 000 ha, sin embargo este año —cosa extraordinaria— y pese a todas las disposiciones de la República en materia de legislación agraria, no se han labrado más de 1 300 »⁶⁵. En estas condiciones, únicamente sesenta y cinco obreros podían esperar encontrar trabajo durante 300 días al año, mientras que el aprovechamiento de las 6 000 hubiese proporcionado trabajo a 300. Añadamos unos treinta pastores de los que

59. *La Voz del Campesino*, « Órgano de la Federación de los trabajadores agrícolas de la región de Cádiz y portavoz de la futura Federación española de Agricultores », n. 61 y 62 del 19 y 26 de noviembre de 1932.

60. Según las estadísticas, que llegan hasta el 9 de marzo de 1933, tal y como son reproducidas en el n. 16 del *Boletín del Instituto de Reforma Agraria* (octubre de 1933) la intensificación de cultivos efectuada hasta entonces en la provincia de Cádiz había afectado a 7 644 de las 37 583 hectáreas censadas y había permitido « colocar » a 2 394 « obreros ».

61. Se trata concretamente de Juan Jácome y Ramírez de Cartagena a quien se le incautaron 576,30 ha; una parte de sus tierras fue afectada, en 1936, por las « ocupaciones temporales » (*BIRA*, n. 18, del 18 de diciembre de 1933).

62. *BIRA*, n. 25, de julio de 1934.

63. Acerca de esta original experiencia, véase el artículo redactado por los campesinos y publicado en *Claridad*, « semanario socialista de crítica e información », n. 1, del 13 de julio de 1935, p. 10.

64. Esta crisis es analizada a escala nacional por M. Schweitzer: *Notes sur la vie économique de l'Espagne en 1931-1932*, Argel, 1932, 606 p. (B. U. Montpellier), p. 136-146.

65. Reproducida en la antología de A. Mori: *Op. cit.*, p. 373-374 (sesión del 23 de febrero). Por otra parte de las 24 590 censadas en Medina, según el *Registro*, se encuentran 7 322 ha de tierras cultivadas (cereales en su mayoría), 7 584 de prados y bosques y 8 156 ha cultivadas en una proporción desgraciadamente sin precisar, sin contar las 1 525 de que no se da ninguna información. P. Carrión señala que, de un total de 53 067 ha, Medina cuenta con 8 480 de prados y 21 000 de bosques (*Op. cit.*, p. 362).

nos dice Miguel Pérez Cordón que vivían en cabañas miserables, ganando seis reales diarios y recibiendo cada mes lo necesario para hacer su propio pan y el tradicional gazpacho que constituía la base de su alimentación⁶⁶. Así pues, durante este año, unas cien personas, de los quinientos trabajadores agrícolas de la aldea habían podido encontrar un empleo más o menos estable y la cosecha de junio de 1933 daría poco trabajo, sin contar con la creciente mecanización.

Los parados seguían recibiendo « la limosna » (una peseta para los solteros, 1,5 ó 2 para los casados) en forma de bonos que podían cambiar en algunos comercios, propiedad generalmente de gentes ligadas a los caciques y con las que los parados se endeudaban en espera de un hipotético trabajo. La costumbre de los trabajos públicos ocasionales no había desaparecido como demuestra el balance de 1932 del ayuntamiento que « ha ocupado a numerosos obreros sin trabajo gracias a la reparación de caminos comunales y a la inversión, para todos estos trabajos, de más de 70 000 pesetas »⁶⁷.

Parece ser que durante la dictadura hubo un cierto movimiento emigratorio (difícil de precisar) ya que la población del municipio descende de 13 416 habitantes en 1920 a 10 923 diez años más tarde⁶⁸. Los que quedaban completaban sus escasos ingresos con la venta de espárragos silvestres o cazando y pescando furtivamente. Hasta la instauración de la República iban también a recoger aceitunas en los ayuntamientos vecinos. Sin embargo, un decreto del ministro del Trabajo, Largo Caballero, redujo, el 28 de abril de 1931, esta posibilidad de trabajo invernal: « En todos los trabajos agrícolas, los patronos emplearán, *preferentemente*, a los jornaleros que habiten en el municipio donde hayan de efectuarse los trabajos. »⁶⁹

La situación política y sindical

Durante los debates parlamentarios que siguieron a los acontecimientos de enero de 1933, Manuel Azaña afirmó su imprevisibilidad alegando que resultaba imposible para su gobierno « disponer de los medios de información suficientes para prever el más pequeño incidente

revolucionario en la más pequeña aldea española »⁷⁰. Ciertamente resultaba difícil apreciar la situación de una aldea aislada por sus condiciones orográficas y, sobre todo, por la abundancia de ríos y de lluvias que transforman, entre noviembre y marzo, la llanura del Barbate y los caminos en auténticos pantanos. Además Casas Viejas, separada de la carretera Cádiz-Algeciras, se encuentra a veinte kilómetros de la estación de ferrocarril más cercana (San Fernando).

Azaña aludió igualmente a la complicidad de las autoridades municipales con los trabajadores anarquistas. ¿Cuál era, exactamente, la situación política ?

66. *Solidaridad Obrera*, n. 630, del 16 de febrero de 1933. Según los precios publicados mensualmente por el BOPC, el pan subió un 23 % entre abril de 1931 y diciembre de 1932, y un 8,3 % entre diciembre de 1932 y junio de 1933, mientras que los salarios permanecieron idénticos de la siega de un año a la del siguiente, pese a una tentativa de los patronos para disminuirlos.

67. *Diario de Cádiz*, del 10 de enero de 1933. El 15 de julio de 1933, el n. 79 de *El Obrero de la Tierra*, órgano de la Federación nacional de Trabajadores de la Tierra (socialista), suplica al gobierno la realización de trabajos hidráulicos porque « son los que emplean, generalmente, mayor número de obreros ».

68. Pascual Carrión toma Medina como ejemplo cuando demuestra que el latifundio va acompañado de una escasa población. En 1920, la densidad de población es de 25 h/km² (21 nada más en 1908, mientras que la media provincial es de 73 y « en revancha, en los municipios donde la tierra está mejor repartida, como Rota, Chipiona, Conil, etc., la densidad supera los 80 habitantes » (*Op. cit.*, p. 308).

69. Ministerio de Trabajo y previsión: *La crisis general andaluza de 1930-1931*, Madrid, 1931, 211 p., p. 132. El vizconde de Eza, gran latifundista, justificaría incluso la disminución de sembrados en Arcos (2 000 parados durante el invierno 1932-1933) y en Jerez invocando « esta singular prohibición que impide a los obreros trabajar fuera de su lugar de residencia », medida de la que hace responsable... a los sindicatos (*Revue Economique Internationale*, Bruselas, vol. III, n. 2, agosto de 1933, p. 331-362, p. 352). Según el *Boletín Oficial de la Provincia de Cádiz* fueron los portugueses los que padecieron las consecuencias de esta disposición (número del 27 de mayo de 1932) así como los jornaleros del llano que no pudieron ir a recoger aceitunas en el nordeste montañoso de la provincia (números del 8 de octubre y del 30 de octubre de 1933). Por el contrario, el régimen fue suavizado en la llanura donde se empleaban forasteros para los trabajos especializados cuando faltaban trabajadores aptos y competentes del municipio (número del 27 de mayo de 1932) o si los forasteros respetaban los acuerdos firmados con los patronos.

70. Azaña: *O. C.*, II, p. 535 (sesión del 2 de febrero de 1933).

El derrocamiento de la monarquía había provocado el despertar de las masas rurales⁷¹. En Medina los trabajadores crearon un Centro socialista, afiliado a la Unión General de Trabajadores, pese a la abierta hostilidad del nuevo alcalde que «favoreció en todos momentos a los dirigentes de la FAI local, sin hacer nada para garantizar la libertad de trabajo, e impidió o perturbó los mítines de propaganda socialista»⁷². Como quiera que sea, el anarcosindicalismo toma la delantera sobre el sindicalismo socialista ya que una sección de oficios varios está representada, en enero de 1932, en el congreso de los trabajadores agrícolas de la región de Cádiz, en el que el dirigente José Ballesteros preconiza «una acción para tratar de organizar Medina Sidonia, Casas Viejas [donde los trabajadores] están anestesiados por la política»; lo que indica que la confianza en la coalición republicano-socialista no estaba, todavía, totalmente quebrantada⁷³. Esta intención no se queda en palabras, ya que pronto aparece un grupo que desea «divulgar entre las masas proletarias la táctica de la acción directa y la finalidad comunista libertaria que constituye la primera razón de ser de nuestra CNT frente a todos los políticos arrabistas»⁷⁴.

Igualmente en marzo de 1932 se reabre el sindicato anarquista de Casas Viejas que organiza un mitin animado por Miguel Pérez Córdón, joven y activo militante de la FAI y del vecino sindicato de Paterna de la Rivera⁷⁵. La influencia socialista padece las consecuencias y Azaña hablará de la «minoría insignificante» que constituyen «los veinticinco o treinta socialistas que había en Casas Viejas»⁷⁶. Finalmente, en diciembre de 1932, se crea un grupo femenino de juventudes libertarias. Una carta, publicada en el n.º 74 de CNT, el 7 de febrero de 1933, revela los lazos de familia existentes entre estas militantes y entre ellas y los responsables del sindicato «cenetista»⁷⁷. La influencia de la FAI era, como en otras aldeas⁷⁸, decisiva, y rivalizaba, dentro de la CNT, con una corriente sindicalista que, de todas formas, estaba muy lejos de ser des-

radical socialista, Juan Bascuñana, en las nuevas elecciones municipales.

72. Acusaciones formuladas por los socialistas de Medina en el órgano de los socialistas gaditanos, *El Pueblo* (n. 58, 21 de enero de 1938).

73. Op. cit., nota 17. Es posible que esta sociedad haya heredado por lo menos una parte de los efectivos del Centro socialista. Este congreso señala, además, una redistribución de las fuerzas sindicales, atestiguada por la presencia de dos delegados ugetistas. Están representados 17 500 trabajadores agrícolas «cenetistas», mientras que un mes después sólo seis delegados gaditanos, representando a ocho secciones y 2 699 obreros, asisten al Congreso de Andalucía-Extremadura de la Federación nacional de Trabajadores de la Tierra (UGT) en Montilla (*El Obrero de la Tierra*, n. 2, 13 de febrero de 1932).

74. *Tierra y Libertad*, n. 54, del 11 de marzo de 1932.

75. CNT, n. 57, del 18 de enero de 1933. Conocemos la personalidad de este activo militante por sus intervenciones en el congreso de Jerez y en la prensa nacional. En el n. 98 de *Tierra y Libertad* del 13 de enero de 1933, muestra un deseo de unidad que deja entrever la existencia de disensiones en el seno del movimiento anarquista gaditano: «Nuestra misión consiste en construir nuestra organización lo mejor posible [...] y tratar por todos los medios de que la discordia, la indecisión y la cizaña no penetren en los grupos anarquistas.» Ya el 7 de enero de 1933 escribía en el n. 48 de CNT: «Hay divergencias entre militantes, de todas maneras la armonía del conjunto no está destruida» (subrayado por nosotros).

76. Azaña: O. C., II, p. 597 (sesión del 2 de marzo de 1933). En realidad los efectivos gaditanos de la FNTT se estancan después de haber llegado a 5 095 (con 16 sociedades) en abril de 1932 (*El Obrero de la Tierra*, n. 16, 1 de mayo de 1932), puesto que las quince secciones representadas en el segundo congreso (Madrid, 17 de septiembre) reúnen un total de 5 169 personas (*Ibid.*, n. 36, del 17 de septiembre). Están implantados sobre todo en las aldeas del nordeste de la provincia, lo que podría explicar su no participación en la insurrección de enero de 1933.

77. Sender señala a este respecto, en su relato publicado (y retocado) después de una encuesta en el lugar de los hechos: «El jefe de la familia de los «Libertarios» es «Seisdedos», que es querido y respetado por su temperamento pacífico y honesto. Este anciano tiene varios hijos. Uno casado. Dos solteros. Tiene también una nuera, viuda pero todavía joven. Se les llama a todos «los libertarios». «Seisdedos» lo es desde siempre.» (*Viaje a la aldea del crimen. Documental de Casas Viejas*, Madrid, Pueyo, 1934, 202 p., p. 44-45). Precisemos de todas formas que en 1915 no estaba implicado en el caso Sumaguero. ¡Entrega incluso una peseta para la construcción de la iglesia! Su adhesión al anarquismo, ¿no será más reciente de lo que Sender pretende? No está tampoco probado que tuviese responsabilidades en el sindicato. Finalmente no se puede dejar de comparar la figura legendaria de este anciano de 73 años con la de Gaspar Sumaguero. Los dos son presentados como hombres generosos, íntegros, idealistas hasta el fin, víctimas de las circunstancias.

78. *Tierra y Libertad*, n. 60, del 11 de marzo de 1932, nos informa de que en enero existían catorce grupos anarquistas en la provincia.

71. Unas manifestaciones callejeras provocaron, a finales de abril, la sustitución del consejo municipal monárquico por un alcalde radical en Medina y un pedáneo socialista, José Suárez, en Casas Viejas. Este último será reemplazado por un

preciable en el centro y el sur de la provincia de Cádiz.

En efecto, algunos anarcosindicalistas reivindicaban las experiencias intentadas por la Unión de trabajadores del campo entre 1873 y 1885 y por las federaciones nacionales y regionales de campesinos que trataron de agrupar a las masas campesinas, canalizando su protesta y buscándoles aliados⁷⁹. Su preocupación por la acción reivindicativa se manifiesta durante el congreso de Jerez, de enero de 1932, en el que se discute largamente acerca del salario mínimo y de los acuerdos salariales (bases). De cualquier manera, si esta táctica permitía (sobre todo en otros sectores) atraer a las fuerzas socialistas a la CNT, algunos, como M. Pérez Cordón, se negaban a dejar a un lado el papel revolucionario asignado a la Confederación⁸⁰. Por otra parte, estos deseos de organización y de acción unitaria, tanto por parte de los anarcosindicalistas en 1932 como de los socialistas a comienzos de 1933, no podían eclipsar las formas de la protesta campesina más radicales y más espontáneas, aunque también más aisladas⁸¹. La actitud de los campesinos de Medina Sidonia durante la huelga de solidaridad con los sevillanos (30-31 de mayo de 1932) es reveladora a este respecto. Mientras que el 31 por la tarde la Confederación llama a la vuelta al trabajo, los trabajadores de Medina intentan, el 3 de junio, extender la huelga y convencer a algunos de sus camaradas que habían vuelto al trabajo. Aunque aislada, esta acción «salvaje» —que tomaba como pretexto la huelga de cuarenta y ocho horas pero que se oponía, probablemente, a la introducción de la mecanización— degenera rápidamente ya que la Guardia civil mata a dos personas. Finalmente la repetida ruptura de diversos compromisos acerca del empleo y de la ayuda a los parados acaba, en diciembre de 1932, con la paciencia de los trabajadores. Esta atmósfera demuestra hasta qué punto la insurrección de enero de 1933 no era un accidente imprevisible sino la culminación de un proceso de toma de conciencia colectiva comenzado dos años atrás⁸².

¿Era, entonces, la sublevación de estas aldeas andaluzas totalmente imprevisible? Para Azaña, que no niega la situación social, «el gobierno estaba lejos de poder suponer y comprobar

que las humildes gentes de esta accidentada y perdida región de la provincia de Cádiz iban a desencadenar un motín semejante»⁸³. De hecho, dos documentos atestiguan que las autoridades locales y gubernamentales no habían sido informadas de la gravedad de la situación. El primero es una carta del sindicato anarquista de Casas Viejas enviada el 13 de octubre de 1932 al comité de la Confederación regional del trabajo de Andalucía y Extremadura. Publicada, es cierto, después de los acontecimientos, informa de las inútiles gestiones de los trabajadores ante los dos alcaldes y más tarde ante el gobernador para que exigiesen que los propietarios sembrasen tanto como en años anteriores. El sindicato, ante la incuria de las autoridades, presentía el drama⁸⁴. El segundo testimonio es el del diputado gaditano Aranda (republicano radical) que declaró en las Cortes haber intervenido insistentemente ante el ministro de Gobernación, en noviembre, para informarle del clima social y pedirle el envío de refuerzos a Jerez.

79. Sebastián Oliva, director de *La Voz del Campesino*, «portavoz de la futura Federación española de campesinos», proclama: «Hay que aplicarse sin tardanza a la constitución de la Federación nacional de campesinos» (n. 48, del 20 de agosto de 1932; véase también sus tres artículos: «Problemas de organización. Por una Federación nacional de campesinos» aparecidos a partir del 28 de noviembre de 1932).

80. Escribe: «Ahora, camaradas [...] si no queremos desviar el curso de los acontecimientos, debemos discutir menos y actuar más» (CNT, n. 48, del 7 de enero de 1933).

81. Después de enero de 1933, los socialistas lanzaron una ofensiva de propaganda de Trebujena a La Línea, pasando por Medina y Casas Viejas. Sin embargo un militante reconocía: «Nuestra actividad política y sindical es poco conocida en estas aldeas. En la esfera de la táctica sindical he encontrado muy poco trabajo realizado» (El Obrero de la Tierra, n. 72, del 25 de mayo de 1933).

82. Véase CNT, n. 32, del 20 de diciembre de 1932. Asimismo la participación de aldeas como Arcos, Alcalá de los Gazules, Paterna, o La Rinconada en Sevilla, resulta menos sorprendente cuando se descubren en CNT de diciembre los conflictos que en ellas tenían lugar.

83. Azaña: O. C., II, p. 535 (sesión del 2 de febrero de 1933).

84. *Solidaridad Obrera*, n. 631, 17 de febrero de 1933. Se trata de otro ejemplo de la resistencia patronal a la legislación agraria de la República, y concretamente a la ley del 23 de septiembre de 1931 que obligaba a los propietarios a «efectuar los trabajos preparatorios de la siembra y a sembrar [...] en las provincias en donde la ausencia de cultivos coincide con la presencia de obreros sin trabajo».

El carácter de la insurrección de enero de 1933⁸⁵

Una rápida reconstrucción de los hechos permite al mismo tiempo poner en evidencia las diferentes etapas de la sublevación y subrayar las vacilaciones que caracterizan el movimiento anarquista en los primeros tiempos de la República, tanto al nivel de la organización, como al de la instauración del comunismo libertario.

Queriendo justificar la dureza de la represión, Azaña afirma que el incendio de Casas Viejas «iba a extenderse a Medina Sidonia y a otras localidades de la provincia de Cádiz, de forma inmediata e inminente»⁸⁶. En realidad el movimiento insurreccional se propagó en dirección inversa, incluso si en los dos pueblos el conflicto permanecía latente desde semanas atrás. El 4 de enero, los trabajadores del ferrocarril de Jerez amenazan con desencadenar la huelga general después de la detención de dos de ellos. El mismo día, los toneleros, los panaderos y los obreros agrícolas comienzan una huelga que durará hasta el día 14. El 8, en Cádiz, un partido de fútbol degenera en un enfrentamiento con la policía: un muerto. En San Fernando, panaderos, albañiles y canteros interrumpen el trabajo el 11. En otros lugares, como Ubrique o Algeciras, las autoridades toman medidas preventivas (detención de militantes, clausura de los sindicatos CNT, envío de tropas). Y es solamente el 10 por la tarde cuando los vecinos de Medina y Casas Viejas se lanzan, con algunos otros pueblos, a una batalla que creen general y definitiva⁸⁷.

Si el impacto de las luchas exteriores sobre un movimiento localizado como éste, puede explicar esta diferencia en el tiempo, no hay que olvidar tampoco la importancia de la improvisación. Para ilustrar la falta de coordinación entre pueblos vecinos basta recordar que en Medina los campesinos serán derrotados no sólo por la resistencia de los carabineros sino también por el inesperado paso de un camión de guardias civiles que iban de Tarifa a Jerez y por la aparición de marinos que venían a buscar pan desde Sanlúcar, donde los panaderos estaban en huelga. La huelga estalla en Alcalá únicamente para protestar contra los crímenes cometidos en Casas Viejas. El militante anar-

quista de Chiclana D. Rodríguez Barbosa reconoce que en Casas Viejas «el movimiento no obedecía a ningún plan revolucionario de mayor o menor envergadura. Fue, únicamente, una erupción del volcán popular»⁸⁸.

Es sintomático, también, que los vecinos, para asegurar su éxito, aumentaran más aún su aislamiento cortando los cables del teléfono y cavando algunas trincheras en los caminos que conducían a la aldea⁸⁹. ¿No traduce esto una aspiración, más o menos consciente, de los campesinos a arreglar sus problemas al nivel de la aldea, célula de base de la futura sociedad libertaria según Isaac Puente?⁹⁰ Por otra parte

85. Véanse los reportajes de R. J. Sender, publicados en *La Libertad*, periódico republicano madrileño y recogidos en: *Casas Viejas*, Madrid, 1933, 103 p., folleto cuya versión aumentada fue publicada con el título ya citado: *Viaje a la aldea del crimen*. (Documental de Casas Viejas.) El reportaje realizado por Enrique de Guzmán para *La Tierra* se encuentra en la obra colectiva (consagrada únicamente a la insurrección de enero y conservada en IJHS, Amsterdam): *España 1933. La barbarie gubernamental*, Barcelona, El luchador, 1933, 256 p.; fotos; prólogo de F. Urales. El Comité regional de Andalucía y Extremadura popularizó la tragedia en el folleto: *¡Han pasado los bárbaros! La verdad sobre Casas Viejas*, Sevilla, 1933, 45 p.

86. Azaña: *O. C.*, II, p. 536 (sesión del 2 de febrero de 1933).

87. Véase CNT, n. 59, del 20 de enero de 1933. Según Antonio de la Villa, diputado que realizó una encuesta por encargo del gobierno y de su periódico *La Libertad*, los disturbios que estallaron el 10 en Medina y Casas Viejas serían una repercusión de la sublevación «general» del día 8, que habría servido de detonador (véanse sus propias palabras en el *Diario de Cádiz* del 16 de enero de 1933, edición de la tarde).

88. *España 1933...*, p. 207. Además en 1933 la Confederación fue en parte sorprendida por la amplitud del movimiento. El 14 de enero, el n. 54 de CNT señala: «La Confederación Nacional del Trabajo, y con ella el proletariado revolucionario, se mantiene en la expectativa, sin perder su serenidad.»

89. Como atestiguan las correlaciones existentes entre las consignas de *Tierra y Libertad*, por una parte, y las diferentes etapas de la sublevación, por otra, es evidente que la táctica de la FAI gozaba de un crédito evidente entre estos campesinos. El n. 60, del 22 de abril de 1932, considera que «en una aldea es fácil resistir un asedio durante mucho tiempo». ¿No se preparaban, aislándose, los campesinos a resistir un bloqueo?

90. «La comuna es la célula política, administrativa y económica de la nación, la raíz que alimenta y nutre al Estado, y debemos de lanzarnos a su conquista porque ella debe de ser la base de la nueva sociedad» (*Tierra y Libertad*, n. 60).

en Casas Viejas es destituido el alcalde y la multitud se congrega en la plaza para obligar a éste y a los cuatro guardias civiles a pasarse a su bando.

Según los diferentes relatos de la prensa burguesa u obrera, la actitud del alcalde pedáneo de Casas Viejas, radical y por tanto de la oposición, resulta ambigua y sin dilucidar. El informe de la 2ª Comisión (oficial) testimonia a este respecto y precisa, en concordancia con diversos testimonios, que los campesinos fueron a buscar al alcalde el 11 por la mañana para anunciarle su destitución y pedirle que hiciese saber a los cuatro guardias civiles que cualquier resistencia sería inútil. Es entonces cuando « intimidado por los insurrectos, según sus declaraciones, o en complicidad con ellos, según afirma José Suárez, habitante y concejal (socialista) de Medina Sidonia, lleva a cabo su gestión ante el sargento de la Guardia civil que respondió que 'moriría defendiendo la República antes que rendirse' »⁹¹.

Entonces se produce lo irreparable. ¿Quién disparó primero? Como resulta frecuente en casos semejantes es difícil de determinar. El hecho es que los campesinos, que debían disponer de escopetas de caza y de aperos de labranza poseían una clara superioridad. ¿Por qué disparar en estas condiciones? Por otra parte el alcalde había entrado en el cuartel sin volver a salir para anunciar a los campesinos la rendición de los guardias. El sentimiento de haber sido engañados, sin hablar de los rencores acumulados durante la génesis del conflicto, ¿impulsaron a algunos campesinos a disparar contra las ventanas desde las que los guardias civiles se preparaban a resistir? El hecho es que las heridas mortales recibidas por dos de los guardias debieron pesar fuertemente en la posterior represión.

Después de un breve intercambio de disparos, que hieren mortalmente a dos guardias, los campesinos dominan la situación. ¿Qué contenido trataron de dar entonces a la idea del comunismo libertario? En realidad, ¿podían, en veinticuatro horas, hacer otra cosa que proclamar el principio? Las informaciones son, además, limitadas y frecuentemente contradictorias. El anarquista Rodríguez Barbosa es aparentemente el único que pretende que la aldea « se dedicó a incautar las armas y los

explosivos y a quemar todos los papeles y documentos del ayuntamiento »⁹². El sindicato organizó igualmente una distribución de alimentos repartiendo bonos que los comerciantes debían hacerse reembolsar seguidamente por el mismo sindicato⁹³. La insurrección de los campesinos contra el Estado opresor se volvió simbólicamente contra el fisco ya que se quemó la caseta de arbitrios, igual que en Sanlúcar. Los propietarios, o sus administradores, no fueron molestados, según precisa *Solidaridad Obrera* el 17 de febrero: « De esta forma los caciques José Espina y Antonio Pérez Blanco resultaron indemnes, lo mismo que los hermanos Vela que habían disparado contra el pueblo. »⁹⁵

91. Diario de sesiones de las Cortes constituyentes, sesión del 10 de marzo de 1933, t. 19, n. 309, p. 11 750-751. El propio Azáña, en su discurso del 23 de febrero, acusa al alcalde de Casas Viejas de total connivencia con los sublevados. (O. C., II, p. 576-578).

92. España 1933..., p. 208. I. Puente explica en el artículo ya citado: « En el Ayuntamiento teníamos como tarea principal la destrucción de los archivos y de toda huella escrita de la esclavitud. »

93. I. Puente preconiza « la distribución o el racionamiento de los víveres ». Véase también el artículo: « Nadie debe dejarse morir de hambre » en *Tierra y Libertad*, n. 64, 20 de mayo de 1932.

94. En el n. 62 de *El Pueblo* (28 de febrero de 1933) el líder socialista de Casas Viejas denuncia la actitud del ayuntamiento que había hecho « aumentar los productos de consumo » y añade que « es una verdadera suerte que los insurrectos no hayan quemado más que los recibos ».

95. Un artículo de CNT (n. 68, 31 de enero de 1933) nos presenta a los caciques de la aldea: « En primer lugar, un tal José Espina, médico y latifundista (consejero municipal durante la dictadura). Viene a continuación Antonio Pérez Blanco, pequeño propietario con aspiraciones de cacique máximo. Completan esta pequeña serie de verdugos y explotadores los hermanos Juan y José Vela, grandes propietarios. » Se acusa a continuación a estos últimos, jóvenes señoritos, cuyo tío tenía solamente 16 ha y que hoy poseen centenares, de haber disparado sobre los campesinos sublevados y de haberlos denunciado después a la venganza de los guardias encargados de la represión. Inversamente, un pseudoperiodista agente del gobierno, obsesionado por el mito de la Mano Negra, pretendía que los sublevados trataban de « fusilar a los propietarios cuyos nombres figuraban en una larga lista preparada anteriormente » (*Diario de Cádiz*, 16 de enero de 1933). El mismo periódico hablará, el 19 de febrero, de una lista negra que recuerda curiosamente la puesta en escena del pretendido complot de 1915.

La represión

Estos hechos se desarrollaban en la mañana del 11. Por la tarde, con la llegada de los primeros tricornios (que mataron a un campesino e hirieron a dos) la mayoría de los militantes más conocidos huyen al campo, sin que parezcan haber tenido la intención de organizar una guerrilla, a pesar de los consejos (ciertamente escasos) de un periódico como *Tierra y Libertad* que era leído en la aldea⁹⁶. En efecto, mientras Azaña pretende que los rebeldes opusieron una feroz resistencia, otros testigos, como el cura de la aldea, afirman lo contrario⁹⁷. A las cinco, doce guardias de Asalto y cuatro guardias civiles, dirigidos por el teniente G. Fernández Artal, ocupan la aldea y registran las casas. M. Quijada, sospechoso de haber disparado por la mañana contra el cuartel de la Guardia civil, es conducido a la parte alta de la aldea, a la cabaña de « Seisdedos », donde se ha refugiado este anciano con otras ocho personas, entre ellas cuatro niños. Un guardia de Asalto que quería forzar la puerta a culatazos es herido mortalmente por uno de los ocupantes de la choza. Quijada es enviado al interior pero se niega a volver a salir. Fernández Artal informa entonces al gobernador de Cádiz y pide granadas « señalando que no necesita refuerzos suplementarios y que se niega a incendiar la cabaña de « Seisdedos » por temor a que el incendio se propague y arda la mitad de la aldea »⁹⁸. Intercambio de disparos. Fracaso de una nueva tentativa de negociación. A las dos de la madrugada una compañía de noventa guardias de Asalto entra en la aldea. Está dirigida por el capitán Rojas que toma la dirección de las operaciones. Ha recibido órdenes severas (aunque sus términos exactos y origen sean fuente de controversias). Además, un « delegado gubernativo » que ha llegado al lugar recibe un telegrama del gobernador redactado como sigue: « Orden estricta Ministerio de arrasar casa donde están refugiados insurrectos. »⁹⁹ Se incendia entonces la cabaña de « Seisdedos ». Dos niños únicamente (uno de ellos María Silva Cruz, « La Libertaria ») consiguen escaparse por un ventanuco. Los seis adultos morirán en el incendio y los otros dos niños

serán abatidos por las balas al intentar huir por la puerta. Son alrededor de las cuatro de la mañana. Dos horas más tarde, los guardias comienzan de nuevo a « registrar las casas [...] con orden del capitán [Rojas] de disparar contra cualquiera que oponga resistencia a que se entre en su casa [...] o si la tropa temía ser atacada »¹⁰⁰. De esta forma un anciano fue matado en el umbral de su puerta y doce jóvenes fueron arrastrados hasta la cabaña de « Seisdedos » y asesinados, a pesar de su inocencia¹⁰¹, aplicándoles la ley de fugas que permite suprimir un prisionero con el pretexto de que intentaba escaparse.

¿Cómo explicar este rigor en la represión, cuando todo parecía liquidado desde la llegada de los primeros guardias civiles? Numerosos indicios, como el telegrama citado y una declaración posterior de cinco capitanes de la guardia de Asalto, tienden a probar que las órdenes dadas para aplastar esta insurrección « general » eran extremadamente severas, aunque no se pueda achacar la responsabilidad individual a Azaña, antes que al ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, o al Director

96. En el campo, « la lucha contra las fuerzas armadas puede transformarse en guerra de guerrillas », estima el n. 60.

97. Véase Azaña: O. C., II, p. 603. El P. Vera declaró a la primera comisión parlamentaria, encargada de investigar oficialmente sobre el lugar: « Cuando entró la Guardia civil, las gentes se dispersaron inmediatamente y volvieron a sus casas » (Diario de sesiones..., t. 19, n. 300, 23 de febrero de 1933, p. 11 405). Los testimonios de los habitantes figuran bajo el título: Documentos a que se ha referido el Sr. Algorta en su discurso, p. 11 403-410.

98. Informe de la 2ª Comisión parlamentaria (designada oficialmente por las Cortes), titulado: Dictamen emitido por la Comisión parlamentaria encargada de investigar sobre los sucesos de Casas Viejas (Diario de sesiones..., t. 19, n. 309, 10 de marzo de 1933, p. 11 750-756).

99. Texto íntegro, citado en un informe inédito de 37 páginas mecanografiadas. Contiene las declaraciones de los protagonistas de la represión y permitió la redacción del Dictamen... anteriormente citado de la segunda comisión.

100. Diario de sesiones..., p. 11 752.

101. Sender escribe: « Entre los que permanecieron en la aldea, apenas se pudo encontrar dos o tres testigos de los hechos que fuesen miembros del sindicato » (Viaje a la aldea del crimen, p. 120).

general de Seguridad, Menéndez¹⁰². ¿El por qué de tales órdenes? Azaña sostendrá que era absolutamente necesario apagar uno a uno todos los focos de un incendio que amenazaba con extenderse. Rojas hablará del temor a una sublevación en el nordeste de la provincia¹⁰³. Las autoridades parecen, pues, sorprendidas de que haya estallado en el sur. ¿Había sobreestimado el gobierno a sus adversarios? ¿No estaba, más bien, decidido a aplastar su resistencia? Sobre el lugar de los hechos han podido jugar también la fatiga y la exasperación: Rojas y algunos guardias habían dormido poco durante las últimas cuarenta y ocho horas; un guardia civil había muerto y otros estaban heridos. ¿No existió, en fin, una intención de exagerar la agresión, ejecutando a los prisioneros sobre los escombros de la cabaña de « Seisdedos », para justificar los primeros crímenes?

En realidad esta represión hace vacilar el mito de la fidelidad al régimen de la Guardia de Asalto. Fuesen cuales fuesen las órdenes, ¿no estaba dictada la actuación de Rojas por unas derechas preocupadas por la conservación de sus privilegios? Las mismas derechas que le demostraron su agradecimiento tratando de obtener la revisión del proceso y, posteriormente, sacándolo de la cárcel al estallar la sublevación « nacionalista ». Finalmente, la represión de Casas Viejas ha sido comparada frecuentemente con las expediciones de « pacificación » en las aldeas rifeñas. ¿No estaba pagando la República, efectivamente, la pesada herencia de la guerra colonial de Marruecos entre 1909 y 1927?

Las repercusiones : Las derechas al poder

De la parte oficial, el gobernador acumula las contradicciones. Desde el día 12, el ministerio de la Gobernación trata de ocultar el carácter sumario de las ejecuciones haciendo creer que todas las víctimas habían muerto luchando contra los guardias desde la cabaña. Testimonios y reportajes siembran la duda y, posteriormente, la indignación. Incluso *El Socialista* del 13 de enero condenaba cualquier eventual exceso de la represión. El primero de febrero, con la reapertura de las Cortes, comienza un violento enfrentamiento político que dejará mal-

parada la coalición republicano-socialista y reforzará el viejo odio de los anarquistas contra los políticos. Los primeros y más encarnizados en el ataque son los radicales y en particular Guerra del Río, futuro ministro de la coalición de centro-derecha que tomará el poder. La lucha de influencia entre radicales y socialistas que se desarrollaba en Casas Viejas, Medina¹⁰⁴ y toda la provincia se traduce a escala nacional en el duelo Lerroux-Azaña. El pacto de San Sebastián, concluido en agosto de 1930 para derrocar a la monarquía termina así de disgregarse. El encarnizamiento de los radicales en revelar las ejecuciones para acusar, después, al gobierno, resulta, sin embargo, sospechoso. Durante el putsch anarquista de diciembre de 1933 no demostrarán tantos escrúpulos: en Bujalance (Córdoba) habrá siete muertos y un niño entre ellos. Su ministro de la Gobernación, Salazar Alonso, aprovechará la huelga general de los campesinos en junio de 1934 para diezmar la FNTT socialista (10 000 detenciones).

Durante el debate, Azaña trata, inicialmente, el 2 de febrero, de esquivarse, para rechazar después cualquier acusación contra el gobierno. Subraya el carácter fatal de los acontecimientos, debido no sólo a la tradición y al aislamiento de la región, sino también a la imposibilidad para un gobierno de evitar los excesos de algunos policías. Sostiene la tesis

102. Según testimonios complementarios recogidos por la segunda comisión entre oficiales de la policía, parece que la orden dada por Azaña, en tanto que ministro de la Guerra, fue de actuar « con la mayor energía » contra los amotinados que atacasen los cuarteles (Mori : Op. cit., p. 613-619, Dictamen ampliatorio de la Comisión parlamentaria, y el propio Azaña : Op. cit., p. 648-653). ¿Eran idénticas las órdenes concernientes a los motines aldeanos o urbanos que recibió Rojas, y otros, del director de Seguridad? ¿De quién provenían? Uno de los oficiales precisa únicamente que tenían « un carácter excepcional, porque habitualmente las fuerzas de Seguridad sólo hacían uso de sus armas en un caso extremo de una agresión individual y en ningún caso contra la multitud » (Mori : Op. cit., p. 614). ¿Tiene algo de sorprendente, en estas condiciones, que los guardias de Asalto se hayan encarnizado contra « Seisdedos » que resistía « aisladamente »? ¿Quiere esto decir que, esta vez, se les había autorizado a disparar contra la multitud?

103. « Si no castigaba ejemplarmente, me exponía a que se desencadenase la anarquía y a que todo degenerase en la región de la sierra » (Diario de sesiones..., p. 11 752-753).

104. Véanse las acusaciones del socialista José Suárez contra el alcalde radical en *El Pueblo* de los días 21 de enero, 28 de febrero, 12 y 15 de abril de 1933.

del complot generalizado extendiéndose como una mancha de aceite al mismo tiempo que informa de la eficacia de las medidas preventivas del gobierno, sobre todo en las grandes ciudades. Encarnando a un régimen que práctica, ininterrumpidamente desde abril de 1931, una política de tira y afloja, se declara consciente del malestar social pero, al mismo tiempo, partidario de la firmeza en caso de violencias¹⁰⁵. Sus discursos descubren todas las contradicciones del reformismo republicano que, igual que en 1873, niega a las masas populares el derecho de realizar ellas mismas los cambios estructurales que se reconocen, sin embargo, necesarios y urgentes. A partir del 23 de febrero no puede seguir negando las ejecuciones¹⁰⁶. Adoptando la misma actitud que cuando los incidentes de Castilblanco y Arnedo (enero de 1932) admite la responsabilidad *individual* penal de los servidores del Estado, pero se niega a admitir la responsabilidad *colectiva* política de su gobierno. Finalmente, el 16 de marzo, después de ásperas polémicas, Azaña consigue un voto de confianza de su mayoría. En el proceso, celebrado en mayo de 1934, el Director general de Seguridad saldrá absuelto y el capitán Rojas será condenado a veinte años de cárcel¹⁰⁷.

Se trata, no obstante, de un éxito precario. La coalición de centro-izquierda que había superado fácilmente las crisis anteriores y que no parecía tener problemas para dirigir el país después de la adopción de la constitución en diciembre de 1931 y de las medidas « sociales » de 1931-1933 se viene abajo. Las elecciones legislativas del 19 de diciembre sancionan el fracaso de Azaña y dan la victoria a las derechas que se aprovechan de la situación. En la provincia de Cádiz el 62,7 % de los electores se abstienen siguiendo en gran parte las consignas de la CNT que preconizaba dicha actitud. La coalición de centro-derecha gana ocho de los diez escaños con sólo de un veinte a un treinta por ciento de votos sobre el total de electores inscritos; José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, ocupa el segundo puesto. Los socialistas, aunque derrotan a los radicales, pierden tres escaños¹⁰⁸.

Pese a las decenas de detenciones y a la clausura de los sindicatos, los militantes gaditanos supieron organizar la solidaridad y re-

agrupar sus fuerzas durante las siguientes semanas. Como primera medida Paterna lanzó una suscripción nacional que fue continuada por un Comité nacional de apoyo a los presos. Por otra parte un congreso de la Federación de Campesinos de Jerez se celebra en dicha ciudad los días 17, 18 y 19 de marzo. Veintidós delegados, venidos de dieciséis localidades gaditanas (Medina entre ellas) representaban a 20 138 adherentes¹⁰⁹. Varios sindicatos gaditanos participan a continuación en los trabajos del congreso regional de Andalucía y Extremadura, aplazado para los días 27-31 de marzo a causa de la sublevación, cuando estaba previsto para finales de enero, lo que nos permite pensar que los « dirigentes » se vieron sorprendidos por la amplitud de los acontecimientos. Este congreso se termina con la creación, tan deseada por los gaditanos, de la Federación regional de campesinos de Andalucía y Extremadura¹¹⁰. A partir de marzo,

105. Véase O. C., II, p. 540-541 (sesión del 2 de febrero de 1933).

106. El médico de Casas Viejas declaró efectivamente a la comisión investigadora oficiosa « que a las siete o las ocho de la mañana sólo había visto dos muertos en el pequeño patio de « Seladados » [...] y añade que cuando volvió, a las nueve, encontró catorce » (Diario de sesiones..., p. 11 406).

107. Los debates del proceso han sido publicados por el abogado gaditano Manuel García Ceballos en: *Casas Viejas (Un proceso que pertenece a la Historia)*, Madrid, 1965, 248 p. y 15 fotos.

108. Como revelan los manifiestos sevillanos, Casas Viejas fue el principal tema de la campaña. La extrema izquierda se indignaba contra « los crímenes impunes de Casas Viejas »; los comunistas llamaban a votar « contra la República de Casas Viejas ». Incluso los socialistas recordaban que « el gobernador de Cádiz, el día trágico de Casas Viejas, era un radical ». El delegado del gobierno que fue a Casas Viejas y que ordenó, juntamente con Rojas, las ejecuciones, era un radical. Estos manifiestos se guardan en Madrid con el título: *Papeles, impresos y manuscritos referentes al siglo XIX, a la situación y lucha política en tiempos de la segunda República y de los primeros momentos del Movimiento Nacional de liberación* donados por D. Diego Angulo Íñiguez a la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

109. Véase CNT de los días 17, 21, 23 y 24 de marzo de 1933.

110. Véase CNT de los días 21 de febrero, 11, 15, 29, 30 y 31 de marzo, 1, 3 y 5 de abril de 1933. Además, los días 15 y 16 de julio se celebra un pleno de la Federación provincial de grupos anarquistas de Cádiz. Están representadas las mismas localidades que en enero de 1932, pero el número de grupos se ha casi triplicado, gracias a una sensible progresión en el mismo Cádiz y en algunas aglomeraciones como Medina o La Línea (Tierra y Libertad, n. 128, del 11 de agosto de 1933).

igualmente, la acción reivindicativa directa es utilizada con mayor frecuencia. A principios de junio se desencadena una acción de gran envergadura: la huelga de los obreros agrícolas de la llanura exigiendo acuerdos de trabajo más satisfactorios; ninguna disminución de los salarios de la siega con respecto al año anterior; empleo limitado de la maquinaria; disminución de la jornada de trabajo. El triunfo de estas reivindicaciones, debido quizás al impacto de la insurrección de enero, constituye una prueba más de la potencia del sindicalismo rural en el centro y sur de la provincia¹¹¹.

De este estudio monográfico se desprende que la radicalización del movimiento anarquista en Casas Viejas y el recurso a la insurrección armada no eran, en absoluto, algo inevitable, aún teniendo en cuenta que la organización de los trabajadores de la aldea había estado influenciada por el apoliticismo desde sus orígenes. Esta radicalización se produjo, esencialmente, a partir de la implantación de la segunda República y fue condicionada por diversos factores cuya importancia respectiva está aún por determinar.

Primeramente tenemos la implacable hostilidad de la oligarquía agraria local —que se basaba, como hemos visto, sobre una estrecha alianza entre la nobleza y la burguesía agraria— a cualquier forma de organización del proletariado rural. A este respecto el precedente de 1915 —el provocado suicidio de Sumaguero— es de lo más significativo. Por otra parte se puede pensar que la sólida implantación y la continuidad de la acción reivindicativa del anarcosindicalismo en la zona vinícola de Jerez constituían argumentos suplementarios para arrancar de raíz los intentos de organización de los jornaleros de una campaña mitad por mitad agrícola y ganadera. Esta oligarquía absentista —los principales propietarios vivían en Jerez— podía así disponer de una abundante reserva de mano de obra que le permitía presionar sobre los salarios de los obreros de la industria vinícola. Resguardaba también el potencial económico representado por la tierra incluso si ésta permanecía, esencialmente, sin explotar.

Por otra parte una serie de barreras se inter-

ponía entre los habitantes de Casas Viejas y las diversas instancias administrativas y políticas, lo que acentuaba el aislamiento psicológico de los aldeanos. Esta observación puede aplicarse igualmente a las relaciones que los anarquistas de Casas Viejas mantenían con su organización: las incitaciones a la acción parecían porvenir más de la vecina provincia de Sevilla que de Cádiz o de Jerez¹¹². La República tampoco había modificado la excesiva centralización de la vida municipal, característica de los regímenes anteriores. Además, los dirigentes republicanos no renovaron, salvo raras excepciones, el personal encargado, tanto al nivel de la administración central como a escala provincial, de ejecutar las decisiones gubernamentales¹¹³. La mayoría de las autoridades —gobernadores civiles, «delegados gubernativos» (creados por el dictador Primo de Rivera), magistrados, oficiales— no eran, pues, políticamente seguros. En sus discursos del 7 y del 16 de marzo de 1933, Azaña se refiere a este hecho interrogándose acerca de la actitud del gobernador civil y de las causas del silencio de los testigos¹¹⁴. Es más comprensible así el error

111. Véase CNT de los 10, 12, 13, 16 y 19 de junio y los acuerdos publicados después de la huelga en BOPC de los días 14 y 16 de junio de 1933.

Conviene señalar que en el mismo estalla una huelga general campesina en las provincias de Sevilla y Jaén, y que la lucha de clases reviste en 1933 una amplitud excepcional en toda Andalucía, sobre todo si se compara con 1932. Si Asturias figura a la cabeza por el número de huelgas (95), Sevilla y Jaén la siguen de cerca (85) y Córdoba (54) se encuentra prácticamente a igualdad con Barcelona (55) en la quinta posición. En la provincia de Cádiz el número de huelgas pasa de 23 a 37 y el de huelguistas de 4 784 a 33 845 (véanse cuadros de R. Jiménez: *Los grupos de presión en la segunda República española*, Madrid, 1969, p. 338-339).

112. Sólo después de los acontecimientos la prensa confederal descubre el polvorín que constituía la situación socioeconómica de Casas Viejas. Las revelaciones aportadas no siempre brillaron por su exactitud: en el número del 21 de enero de CNT se lee que Casas Viejas era el feudo del duque de Medinaceli.

113. A este respecto, véase M. Tuñón de Lara: *Historia y realidad del poder (El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX)*, Madrid, 1967, p. 161 y 164-165.

114. Azaña: *Op. cit.*, p. 623 y 656-658. En sus *Memorias políticas*, *op. cit.*, tomo IV, Azaña es mucho más explícito. Por dos veces se queja de haber sido «mal servido», p. 448 y p. 454. El 16 de marzo, a propósito del caso Barba, indica: «Me dicen que ha sido delegado gubernativo en tiempos de Primo de Rivera y que es monárquico», p. 470.

de apreciación cometido acerca del peligro de insurrecciones en la provincia, especialmente en la zona del nordeste. Si hubiese estado mejor informado Azaña habría sabido que este tradicional bastión anarquista había sido ganado en buena parte por la FNTT socialista. Este hecho será confirmado más tarde, en junio de 1934, durante la huelga general de la FNTT, localizada precisamente en esta zona montañosa¹¹⁵.

Los acontecimientos de Casas Viejas comprometen la responsabilidad del movimiento obrero español, tanto la de los socialistas —que habían sobreestimado la paciencia de las masas campesinas— como la de los anarquistas —que habían sobreestimado su capacidad revolucionaria.

En efecto, los socialistas dieron prueba de una increíble ingenuidad aceptando la introducción del principio de representación paritaria patronos-obreros en todos los organismos de la reforma agraria, con todos los peligros que esto comportaba para la representatividad de las organizaciones obreras¹¹⁶. Como consecuencia, el sabotaje emprendido por la oligarquía agraria (tierras dejadas sin sembrar, violación de las bases salariales, etc.) encontraba una cierta justificación en la posibilidad legal que tenía, dentro de los mismos de la reforma, de modificar su aplicación en un sentido favorable a sus intereses. Esta superrepresentación fue, hasta la llegada del Frente Popular, uno de los elementos decisivos en la lentitud de la reforma, más aún que la exclusión del campo de la aplicación de la ley de ciertas categorías de propiedades, como los prados naturales. Después de todo en Medina Sidonia y en Casas Viejas —de ganadería extensiva— la expropiación afectaba, teóricamente, al cuarenta y cinco por ciento de la superficie del municipio. Si se hubiese hecho efectiva el paro crónico hubiese podido ser, en gran parte, eliminado. Sabemos que no fue así (ni siquiera en el caso de la intensificación de cultivos que dependían únicamente del gobierno). Añadamos que el excesivo legalismo de los socialistas, reticentes ante la ocupación provisional, prevista por la ley, proporcionó una coartada a sus aliados republicanos, obseccionados por el equilibrio presupuestario.

Inversamente, la hostilidad de principio de los

anarquistas a cualquier reforma parcial —cuya importancia había sido, no obstante, reconocida por el congreso de junio de 1931¹¹⁷— los llevó a rechazar en bloque una ley de la que hubiesen podido utilizar provechosamente algunas disposiciones (como la que preveía la explotación colectiva de las fincas expropiadas por los sindicatos campesinos). La influencia de la FAI —dirigida por militantes de origen urbano— se había hecho predominante. A partir de entonces la actitud de los dirigentes confederales con respecto al programa agrario se caracteriza por su ambigüedad: por un lado incitaban a los campesinos a multiplicar las acciones locales; por el otro, al no preocuparse de agruparlos en una federación específica, los abandonaban a sus propias fuerzas... y las de represión que fueron, al parecer, considera-

115. En junio de 1934, fue en Villamartín y en Setenil donde más duró la huelga. En estos dos municipios, la concentración de las tierras era muy inferior a la del resto de la provincia cuya media era de 58 %. Villamartín: 36 % de fincas mayores de 250 hectáreas; Setenil: 26 %. ¿Esperaban más de la reforma agraria los pequeños propietarios y arrendatarios que los jornaleros?

116. Apenas habían votado la ley las Cortes cuando la Comisión ejecutiva de la FNTT criticaba la constitución del Instituto de reforma agraria en los siguientes términos: «[...] Considera como un profundo error la forma en que se ha creado el pretendido Instituto de reforma agraria, que se convertirá en un aparato burocrático pesado y costoso sin ningún beneficio para el país. La Comisión ejecutiva estima que la implantación de la reforma agraria en España fracasará si no se modifica este entorpecedor organismo » (El Obrero de la Tierra, n. 38, 1 de octubre de 1932).

A mediados de diciembre, la Federación se dirigía a los obreros agrícolas de la provincia de Cádiz llamando su atención acerca de las formas de elección de las Juntas Provinciales Agrarias ideadas por la dirección del IRA. Se trataba de elegir a los representantes obreros por « sufragio directo » de todos los trabajadores inscritos en las listas electorales, lo que equivalía a poner en minoría a la Federación, que no tenía secciones en todos los ayuntamientos (El Obrero de la Tierra, n. 55, 17 de diciembre de 1932).

Finalmente, el decreto del 21 de enero de 1933 creando las JPA dará satisfacción a los socialistas optando por el sistema de elección « corporativa », es decir, no dando el derecho de voto más que a los miembros de las asociaciones constituidas conforme a la ley del 8 de abril de 1932 sobre Asociaciones profesionales patronales y obreras, rechazada por la CNT.

117. « El Congreso reconoce que, pese a la importancia y la necesidad de mejoras de carácter moral y material dentro del régimen capitalista, la lucha por estas mejoras no puede ser más que una especie de guerra de guerrillas que nos prepare para la batalla decisiva [...] » Véase Diego Abad de Santillán: Contribución a la historia del movimiento obrero español, México, 1965, t. II, p. 393.

blemente reforzadas por la República¹¹⁸. En el fondo seguía prevaleciendo la idea de que el espontaneísmo de las masas rurales, no corrompidas por la ciudad, sería el crisol de la revolución social¹¹⁹. Pero, sin un análisis preciso de la situación, esta orientación dejaba a las masas desarmadas el día en que tomaban la iniciativa y desviaba sus energías, ya fuese contra adversarios míticos (la aristocracia), ya contra los nuevos ricos o los administradores de los grandes propietarios.

Además, la negativa a dotar al proletariado de una organización política autónoma —que era el origen de la patológica desconfianza hacia los socialistas— llevó, paradójicamente a dejar la iniciativa política en manos de personalidades de un republicanismo dudoso. Este fue, al parecer, el caso de Casas Viejas donde, según algunas fuentes, « Seisdedos » (o uno de sus compañeros) trató de negociar con la Guardia civil a través del alcalde pedáneo, Juan Bascuñana Tudillo. Esta gestión resulta de difícil interpretación: ¿trataban con ella los militantes de Casas Viejas de poner a los representantes por excelencia del poder « burgués » ante los hechos consumados? ¿Hacían partícipe a este Bascuñana —zapatero de profesión— de su confianza, sin duda excesiva, en el éxito de su causa? En cualquier caso la ambigua actitud de este personaje puso en marcha el mecanismo que ya conocemos. No resulta inverosímil que —como en 1915— las autoridades locales y provinciales, informadas del malestar que reinaba en la comarca y deseosas de hacer un escarmiento, hayan tendido una trampa a los vecinos de la aldea. La resistencia de los sitiados y sus consecuencias no habrían sido, ciertamente, previstas. Pero los diversos representantes de la oligarquía agraria (y concretamente los radicales) tuvieron a continuación la oportunidad de achacar, demagógicamente, al gobierno la brutal y arbitraria represión contra personas inocentes, y no dejaron de aprovecharla. Atribuyendo los sucesos al fracaso de la política social del gobierno, los radicales hacían olvidar sus maniobras durante los debates parlamentarios a fin de retrasar la reforma agraria.

De todas formas no suscribimos enteramente la opinión general según la cual la modernización —o por lo menos la adaptación— del milena-

rismo campesino « no se produce, o se produce lenta e incompletamente, si se la deja a la iniciativa de los campesinos »¹²⁰. En efecto, un somero examen de los acontecimientos posteriores nos muestra en 1936, después de la victoria del Frente Popular, una evolución diferente. Ciertamente que el movimiento obrero, debilitado por los dos años del gobierno de centro-derecha (el bienio negro), se encontraba con dificultades para reconstruir sus organizaciones. Del lado del anarquismo se produce una caída espectacular de los efectivos en el conjunto de Andalucía (116 753 al celebrarse el Congreso de Zaragoza, más de 300 000 a finales de 1932). Por otra parte la FNTT se aplica de reconstituirse y a extender su implantación en provincias¹²¹. Faltaría por precisar la influencia del partido comunista en el campo andaluz en esta época.

Pero cualquiera que sea la importancia de los cambios que se producen en el seno del proletariado agrícola y del pequeño campesinado, el hecho esencial sigue siendo el acercamiento que se esboza entre socialistas y anarquistas; favorecido, de una y otra parte, por una nueva orientación: bajo el impulso de Largo Caballero, la UGT parece haber renunciado a la colaboración de clases; en el congreso de Zaragoza, numerosos militantes de la CNT critican la línea insurreccional del primer bienio¹²². Esta orientación se concreta en

118. Malefakis : *Op. cit.*, p. 350.

119. En CNT del 15 de febrero de 1933 se pueden leer las líneas siguientes (firmadas por A. Valdés) : « Que nadie espere que sea en Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, o cualquier otra ciudad donde empiece la revolución. La revolución social, que estaba en gestación, terminó su génesis en Casas Viejas, donde se cometió el mayor crimen. Y es de las zonas rurales, de las que Casas Viejas es el símbolo, de donde surgirá la chispa que transformará todos los campos y ciudades de España en un incendio purificador. »

120. E. J. Hobsbawm : *Op. cit.*, p. 20.

121. En pocos meses, la FNTT celebra 17 congresos provinciales (tres en Andalucía : Córdoba, Sevilla, Huelva). Además, el 28 de junio se constituye en Medina Sidonia la Federación provincial de comunidades agrícolas, dependiente del Instituto de reforma agraria. En fin los días 10, 11 y 12 de julio la FNTT celebra un congreso en la provincia de Cádiz (según *El Obrero de la Tierra*).

122. El delegado de la industria pesquera de Pasajes declara, por ejemplo : « Hay que decir que el 8 de enero fue un error, el primer error revolucionario de la Confederación. Aunque se haya dicho que Casas Viejas fue una epopeya, epopeyas como ésta no nos convienen. » *El Congreso confederal de Zaragoza*, 1955.

Andalucía en mítines unitarios de «alianza sindical»¹²³. Se apoya, estimulándola a su vez, en la iniciativa de las masas campesinas que ocupan las tierras. Los dirigentes republicanos sacan las consecuencias políticas: aplazan la expropiación —y por tanto la indemnización— durante diez años, lo que elimina el problema de financiación y admiten, consecuentemente, que la ocupación temporal es la única manera de hacer efectiva la reforma. Solamente en la provincia de Cádiz se reparten de esta forma 18 417 hectáreas en cuatro meses entre 1 014 cabezas de familia (en 1933-1934 las cifras respectivas son de 7 120 hectáreas y 1 093 cabezas de familia, sin contar los bienes de la aristocracia). En Medina Sidonia la ocupación temporal afecta a 5 122 hectáreas y beneficia a 297 familias. También afecta esta vez, en proporciones variables, a los mayores propietarios del municipio y al primero de ellos, el marqués de Negrón¹²⁴.

Ante la presión de las masas campesinas y de sus organizaciones —cuya teoría había salido madurada de las adversidades¹²⁵— el gobierno del Frente Popular iba más lejos de lo previsto en su programa¹²⁶. En este sentido el sacrificio de los campesinos de Casas Viejas no había sido estéril. Se comprenden mejor, entonces, las razones de clase que indujeron a los militares rebeldes a escoger la provincia de Cádiz como cabeza de puente de su dispositivo estratégico. Casas Viejas había sido una prueba y un entrenamiento: para la oligarquía agraria el único medio de acabar con la «anarquía» era el recurso a las «fuerzas del orden». Sin fuentes accesibles, el historiador se pregunta: ¿Cuántos Casas Viejas dejó a su paso el ejército de África?¹²⁷

123. José Hiraldo: *Op. cit.*, p. 50.

124. Todas las cifras aquí citadas provienen del *Boletín del Instituto de Reforma Agraria*. Los resultados de la reforma agraria durante el Frente Popular están consignados en los números 45 a 48 (marzo-junio de 1936).

El inventario de las tierras legalmente sometidas a expropiación, tal como está consignado en el tomo 45 del Registro, y la lista de las tierras donde se efectuaron, entre febrero y junio de 1936, las ocupaciones temporales no coinciden exactamente: así, de los siete lugares afectados, dos no figuran en el Registro; en cuatro de ellos, la superficie ocupada es superior al total del inventario; sólo en un caso es inferior. Este detalle confirmaría, si fuese necesario, que las ocupaciones de tierras realizadas por los campesinos después de la victoria del Frente Popular saltaban por encima de las barreras establecidas, cuatro años antes, por el legislador.

Cinco de los más importantes propietarios (por la superficie) vieron escaparse una parte de sus tierras. Se trataba del marqués de Negrón, de Ramón Ortega Velázquez, de Lozano Candón, del conde de Garvey y de Mercedes Sánchez Zarzuela.

125. La comisión encargada de informar sobre la reforma agraria en el congreso de Zaragoza, declaraba (*Op. cit.*, p. 185): «Si reconocemos que la reforma agraria es un hecho consumado, esto nos plantea, querámoslo o no, el grave problema de no perder el control de las masas campesinas y de no dejar de lado su preparación para nuestros objetivos de transformación social. En estas condiciones, ¿debemos aceptar o rechazar la reforma agraria?»

«La comisión considera que es preciso salir de esta encrucijada por medio de una solución colectiva, tanto en los asentamientos de campesinos establecidos por la reforma, como en las diversas modalidades de explotación de la tierra que podríamos condensar en la creación de comunidades de campesinos.»

La comisión reproducía, seguidamente, íntegramente la resolución del precedente congreso, de 1931, intentando, sin duda, afirmar de esta forma la *continuidad* de la orientación confederal. Pero, ¿no traducían las declaraciones precedentes un cierto embarazo ante el hecho *irreversible* de la reforma agraria de la República?

126. Este programa concedía efectivamente la prioridad al problema del arrendamiento (abolición de la ley de Giménez Fernández del 15 de marzo de 1935 y votación de una nueva ley). Si bien preveía, por otra parte, la abolición de la ley de «contrarreforma» agraria del 1 de agosto de 1935 y, por consiguiente, la anulación de la restitución e indemnización de las propiedades de la nobleza, el problema de llevar a término una política de asentamientos no era demasiado nueva. Los compromisos seguían siendo vagos acerca del problema esencial: utilización de *todas* las grandes fincas repertoriadas.

127. Hiraldo: *Op. cit.*, p. 54: «Sólo en el sindicato campesino de Jerez, hubo más de 1 000 trabajadores asesinados.»

No son pocos los intelectuales contemporáneos que miran por encima del hombro a todo el que no se sitúa « más allá de la libertad y la dignidad » del ser humano, sobre todo si el humano es un inculto « rebelde primitivo ». Desde el punto de vista « moderno », no hay nada más « primitivo » que un campesino o desposeído de un país « subdesarrollado » que pone sus mejores esperanzas en las inciertas promesas de un movimiento social que, « a estas alturas », no puede menos de aparecer como una supervivencia « arcaica » o « milenarista ». Para el « experto » de nuestro tiempo, un rebelde indómito que esté profundamente familiarizado con las seguras promesas de la ciencia y la tecnología más avanzada y persista en hablar de libertad y justicia social es poco menos que inconcebible. Lo « moderno » es limitarse a las ventajas económicas y políticas calculadas por las computadoras menos apasionadas y dejarse de « tonterías ». « Los que saben de que va la cosa » han olvidado hace muchos años ya esos « residuos » tradicionales. Para pretender « estar al día » lo primero es no tomar en serio las « ilusiones del pasado » sobre la perfectibilidad del hombre y la sociedad.

Con lo que precede como telón de fondo es posible entrever la significatividad que tiene el que algunos de los más extraordinarios ensayos sobre la tradición libertaria (teoría y praxis) hayan sido escritos por Noam Chomsky. Nadie tiene mejores credenciales que Chomsky para estimar lo que se puede y no se puede esperar de las computadoras y de la automatización, o para especular sobre el futuro de las ciencias del hombre y de la sociedad. Entre los matemáticos que han hecho contribuciones esenciales a la teoría de los autómatas, Chomsky ocupa un lugar absolutamente señero, y entre los investigadores dedicados a las ciencias humanas su posición es, a todas luces, única. Pero esto, con ser tanto, no es todo. Chomsky es el primer hombre de ciencia en la historia de la humanidad que ha contribuido sustancialmente a la fundamentación rigurosa de las nociones tradicionales sobre la creatividad y la dignidad humana. La distinción secular entre el bruto y el ser humano (entre el autómata y el « agente libre ») ha sido potenciada como consecuencia de las investigaciones de Chomsky sobre las gramáticas matemáticas y las gramáticas naturales, por lo que resulta hoy más claro que nunca que las propiedades de la mente humana manifiestas en el habla ordinaria implican capacidades y principios que no son ni serán realizables ni por el más complejo de los autómatas. Y esto cuando los primeros entusiastas de la « inteligencia artificial » de mediados de siglo apenas acaban de echar al vuelo las campanas de la más pragmática y utópica de las tecnocracias, como adelantados de los « nuevos mandarines » de nuestros días, dóciles servidores y apologistas del imperialismo más opresivo e inhumano (lo de menos es que su marchamo sea troyano y no tirio).

La reivindicación de Chomsky es de especial importancia desde el punto de vista hispano. En el siglo XVI la teoría de la libertad culmina en las obras de Gómez Pereira (que arguye en favor de la contraposición hombre/bruto casi un siglo antes que Descartes), Juan Huarte de San Juan (que insiste en la contraposición y postula principios « generativos » en relación con la mente humana casi cuatro siglos antes de Chomsky) y, por supuesto, Miguel de Cervantes, el gran epígono de Huarte. Ello, naturalmente, no quiere decir (por más aspidiotos que hagan algunos izquierdosos) que la teoría de la libertad y creatividad humana

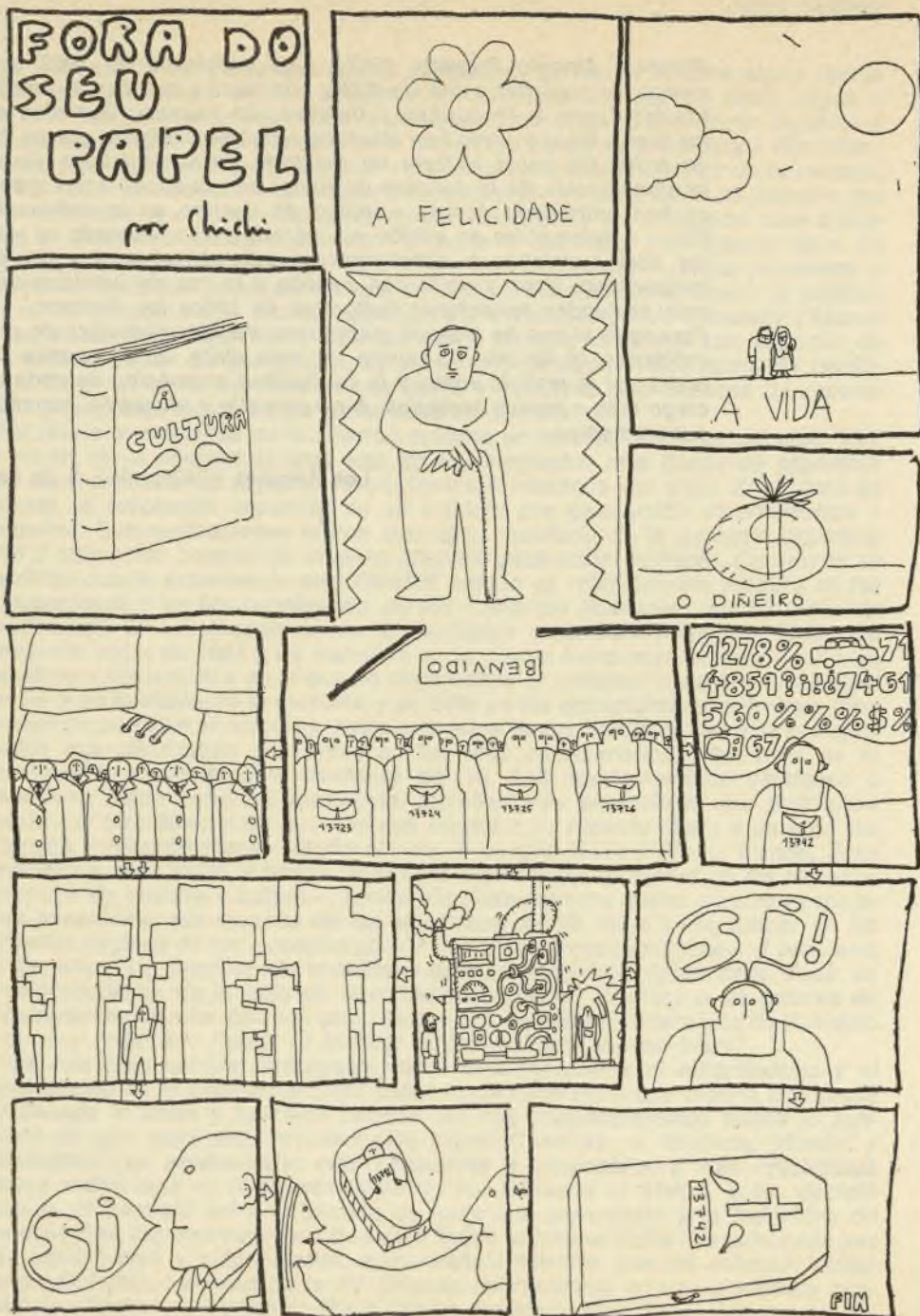
sea inseparable del supernaturalismo cartesiano. La mente humana sigue siendo materia aun después de la « emergencia » evolucionaria que ha dado origen a las propiedades « creativas » que la distinguen del resto de la materia orgánica e inorgánica. El que admite esto (como Chomsky) es un « materialista » filosófico ; el que postula (con Descartes) una « segunda sustancia », distinta de la materia, es un « supernaturalista ». No implica contradicción ni tiene nada de extraño que un « materialista » y un « supernaturalista » coincidan en establecer una distinción o dicotomía fundamental entre el bruto o autómatas y el agente libre. Lo que es contradictorio es negar esta « dualidad cartesiana » (antes pereiriana y huartiana) y hablar, al propio tiempo, de cambio revolucionario. Como he argüido en mi introducción a la versión española del « manifiesto » de Chomsky (Estructuras sintácticas, Siglo XXI), sólo los seres libres y creativos son capaces de previsión y visión, de perfectibilidad personal y cultural, y, por tanto, de revolución. Sólo los seres verdaderamente libres y creativos son capaces de reconstruir la sociedad sobre bases genuinamente socialistas.

Si la teoría humanística de la libertad culmina en autores hispanos del siglo XVI, la praxis de la libertad alcanza uno de los momentos más llenos de promesas por obra y gracia de algunos revolucionarios hispanos del siglo XX. Como es natural, la revolución española no se produjo por generación determinística o maquinal. Sus realizaciones fueron más bien resultado de la paciente organización y educación popular de muchos años de dedicación militante. Con razón se ha dicho que la experiencia de 1936-1937 estaba ya relativamente madura en las concepciones y en las conciencias de los militantes libertarios mucho antes de su alborada. El « testimonio sobre la revolución española » (Cataluña 1937) del celebrado autor de 1984 y de Rebelión en la granja basta para poder revivir algo del clima « irresistible » en el que se desenvolvió el profundo cambio en la actitud mental y en la visión de la mayoría, y no sólo en las estructuras económicas (que no sólo de pan vive el hombre). Nada más lejos de los preciosismos más o menos necios que divulgaban por entonces los más característicos figurones de la « generación » o más bien cenáculo del 98. Los revolucionarios catalanes o andaluces, como antes los mejicanos, tomaban más en serio lo que podríamos llamar « el otro 98 », el 98 de « los dos Ricardos » : Ricardo Mella a un lado del Atlántico y Ricardo Flores Magón al otro. Y es que Mella y Flores Magón, Juan Montseny y Juan Peiró, y tantos otros noventayochistas excluidos de los registros elitísticos de nuestra « cultura », tenían sin duda mejores títulos para representar a su generación que muchos de los sicofantes del 98. Inútil sería buscar en las atildadas páginas de los « consagrados » la luz que proyectan sobre « el problema de España » los escritos de coetáneos apenas conocidos (para nada decir de noventayochistas de la talla de Max Nettlau y Rudolf Rocker) o de autores de la generación anterior (menos cacareada, pero no menos certera), la de Anselmo Lorenzo y Francisco Ferrer (o Manuel González Prada y José Martí).

En la más bien nutrida bibliografía sobre la lucha contra el autoritarismo y el imperialismo en la España de 1936 había hasta hace poco una laguna que pedía ser llenada lo antes y lo mejor posible. No nos congratularemos nunca lo suficiente de que haya sido precisamente Noam Chomsky, el lingüista, filósofo y matemático con credenciales más adecuadas e impecables, y más irresistibles (véase sobre todo su libro más reciente, *For Reasons of State*), quien decidió llenarla. El paralelo entre la España de hace una generación y la Indochina de nuestros días (reencarnaciones de David frente al mismo Goliat) resulta cada vez más significativo y aleccionador, como señaló también por las mismas fechas Robert Colodny, veterano de la XV Brigada Internacional en una admirable conferencia (Spain and Vietnam : The Fight for Freedom, New York, Veterans of the

Abraham Lincoln Brigade, 1967). Los milicianos de 1963 o 1973 no pueden menos de recordar a los de 1936, por mucho que hayan cambiado las circunstancias (para la tecnología y depravación posnazí, Guernica es cosa de todos los días). Unos y otros han alentado responsabilidades graves en las conciencias de todos los seres todavía no del todo deshumanizados (aun si las Brigadas internacionales de la defensa de Hanoi han quedado en proyecto). Unos y otros se han enfrentado con la «unidad de destino en lo universal» como agentes libres e indomables de misión ecuménica y han reiterado su «no pasarán» ante las casi marcianas y absolutamente inhumanas hordas del imperialismo contemporáneo. Unos y otros han servido a la vez de justificación y acicate a una más profundas revulsiones culturales de todos los tiempos. Para todo el que ha logrado mantenerse relativamente libre de prejuicios e irracionalidades, la lección no puede ser más clara. En la apenas iniciada y cruenta lucha por la justicia social y la solidaridad ecuménica de nada sirve dar palos de ciego más o menos sectarios. A río revuelto y ofuscado, ganancia de pescadores superpotentes.

Los Angeles (California), 5 de septiembre de 1973



Noam Chomsky **Objetividad y cultura liberal**

Los casos de supeditación contrarrevolucionaria citados hasta aquí me los han proporcionados, casi todos, las ciencias políticas y el estudio de los asuntos internacionales, en particular el estudio de los asuntos asiáticos, ramificaciones de la cultura americana bien poco regocijantes, en su conjunto, y tan estrechamente confundidas con los objetivos imperialistas de los Estados Unidos que la constatación del general abandono de las normas civilizadas apenas resulta sorprendente. Al comenzar esta discusión me proponía, sin embargo, un tema mucho más amplio. Si es posible que la ideología sirva corrientemente de fachada para enmascarar el interés personal, resulta natural suponer que cuando los intelectuales interpretan la historia o elaboran una línea política, tienden a adoptar una posición que traduce las prerrogativas de una élite, a condenar los movimientos populares y la participación de las masas en las decisiones importantes, insistiendo sobre el papel determinante de aquellos que poseen los conocimientos y el discernimiento necesario (según ellos) para dirigir la sociedad y controlar el cambio social. No se trata de una idea nueva. Hace más de cien años, expresando una de las críticas fundamentales que los anarquistas hacían al marxismo, Bakunin formulaba la siguiente predicción:

«Según la teoría del señor Marx, el pueblo no sólo no debe destruir [el Estado], sino que, al contrario, debe afirmarlo y reforzarlo y ponerlo en ese estado en mano de sus bienhechores, padrinos y maestros de los jefes del partido comunista, es decir del señor Marx y de sus amigos que comenzarán entonces a libertar a su modo. Centralizarán las riendas del poder en un puño de hierro, porque el pueblo ignorante exige una tutela muy enérgica, fundarán un solo Banco de Estado que concentrará en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola y hasta científica y repartirán la masa del pueblo en dos ejércitos, uno industrial y otro agrícola, bajo el mando directo de los ingenieros de Estado que formarán así la nueva casta privilegiada político científica del Estado.»¹

Resulta sorprendente la semejanza entre esta predicción y la anteriormente citada de Daniel

* [NDR.] El ensayo que sigue forma parte del libro de Noam Chomsky *American Power and the New Mandarins* (Copyright Noam Chomsky, 1969). Existe una traducción castellana de este libro: *La responsabilidad de los intelectuales*, realizada por Ediciones Ariel, Espigas de Llobregat (Barcelona), 1969. Las páginas que publican *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en este número (p. 45-78) no figuran en la edición de Ariel, en la que se dice (p. 82): «La versión original del presente estudio comprende tres secciones. La segunda dedicada a discutir el libro *The Spanish Republic and the Civil War: 1931-1939* de Gabriel Jackson, no aparece en esta edición, en la que sólo se reproducen, por tanto, las secciones primera y tercera.» Las razones de tal supresión no son evidentes, bien porque el editor no haya estimado necesario darlas a sus lectores, bien porque la «inexistente» censura española lo haya impedido. El *pacifismo revolucionario*, publicado por Siglo XXI, México, 1973, en que figuran otras páginas suprimidas en la edición de Ariel, tampoco contiene este ensayo. El lector español perdía, pues, la posibilidad de acceso en su lengua al solo texto que Chomsky haya consagrado directamente a la historia contemporánea de nuestro país. Agradecemos a Noam Chomsky la autorización expresa que nos ha dado para publicar estas páginas de «Cultura liberal y objetividad».

1. Citado por Paul Avrich: *The Russian Anarchists*, Princeton, 1967, cita de *Estatismo y Anarquía*, Buenos Aires, 1929, p. 291. En *Worker Councils*, Melbourne, 1950, el científico holandés Anton Pannekoek, portavoz del comunismo libertario, aporta una nueva formulación del mismo punto de vista:

«No es la primera vez que una clase trata de explicar y perpetuar su dominación invocando las consecuencias de una diferencia innata entre dos especies de hombres, los unos naturalmente destinados a oprimir, los otros a ser oprimidos. La aristocracia terrateniente de los siglos pasados defendía su privilegiada posición enorgulleciéndose de pertenecer a una raza de nobles conquistadores que habían dominado a una raza inferior, el pueblo bajo. Los grandes capitalistas explican su situación dominante afirmando su inteligencia y negando la de los demás. De la misma forma, los intelectuales que se consideran los legítimos dirigentes del mañana, afirman su superioridad espiritual. Forman una clase que aumenta rápidamente, funcionarios y trabajadores independientes formados en las universidades, especializados en los trabajos de la mente, en el estudio de los libros, en las ciencias, y se creen provistos de más inteligencia que los demás. También están destinados a dirigir la producción mientras que la masa poco dotada está destinada a ejecutar el trabajo manual, para el que no es necesario la inteligencia. No son los defensores del capital, no es el capital, sino la inteligencia quien debe dirigir el trabajo. Tanto más cuanto que la sociedad actual es una estructura muy complicada, basada en ciencias abstractas y difíciles, de tal suerte que sólo una elevada inteligencia puede poseer una visión de conjunto de la sociedad, comprenderla y dirigirla. Si las masas trabajadoras, por falta de perspicacia, dejan de reconocer la necesidad de esta autoridad de la inteligencia superior e intentan estúpidamente jugar un papel dirigente, el caos y la ruina sobrevendrán inevitablemente.»

Bell: en la nueva sociedad postindustrial, « no solamente los mejores talentos, sino en definitiva, la totalidad de los valores de prestigio y rango sociales estarán ligados a los medios intelectuales y científicos »². Siguiendo con las comparaciones, podríamos preguntarnos si la crítica izquierdista de la formación de una élite en el sistema leninista se aplica, pese a una situación muy diferente, a la ideología liberal de la élite intelectual, que ambiciona un papel dominante en la dirección de la sociedad del bienestar.

Rosa Luxemburgo preveía que el « elitismo » bolchevique llevaría a una sociedad en donde sólo la burocracia permanecería como elemento activo de la vida social; burocracia, aunque sea « burocracia roja » del socialismo de Estado que Bakunin había definido mucho antes como la mentira más abyecta y temible creada por el siglo XIX³. La verdadera revolución social exige una « transformación espiritual de las masas populares envilecidas por siglos de dominación burguesa »⁴; solamente después de haber extirpado los hábitos de sumisión y servilismo, podrán llegar las clases trabajadoras a la comprensión de una nueva forma de disciplina, la autodisciplina nacida del libre consentimiento⁵. Desde 1904, preveía Rosa Luxemburgo que las ideas de Lenin acerca de la organización reducirían « un joven movimiento obrero al estado de esclavo de una élite intelectual ávida de poder [...] [al Estado] de autómata manipulado por un comité central »⁶. En la doctrina formulada por los bolcheviques acerca de la formación de una élite (1918), Rosa Luxemburgo veía un desprecio de la fuerza creadora, espontánea y perfectible de la acción de masa, la única que podría resolver los innumerables problemas de la reconstrucción social y producir la transformación espiritual indispensable para una verdadera revolución social. El miedo de cualquier iniciativa popular, de toda acción de masa espontánea, sin la dirección y el control de la vanguardia cuidadosamente seleccionada, se transformó en un aspecto dominante de la ideología pretendidamente « comunista », mientras que las prácticas bolcheviques se convertían en dogma.

La oposición a los movimientos de masa y a todo cambio social independiente del control de las élites privilegiadas constituye también

un rasgo fundamental de la ideología liberal contemporánea⁷. Sabemos (véase antes)* como se traduce esto en política extranjera. Como conclusión a mis consideraciones acerca de la supeditación contrarrevolucionaria, querría examinar este prejuicio de la ideología liberal americana a la luz de un caso particularmente significativo: mostrar como esta prevención aparece incluso en la interpretación de acontecimientos del pasado en los que los Estados Unidos han permanecido relativamente apartados, y en los trabajos históricos de gran envergadura. En 1966, el premio bi-anual de historia europea fue concedido a Gabriel Jackson por su estudio sobre España (1931-1939)⁸. La obra de Jackson es ciertamente una de las mejores, entre los numerosos libros que tratan del tema, y no dudo de que era merecedora de tal distinción. La guerra de España es uno de los momentos decisivos de la historia moderna y ha sido ampliamente estudiada. En la guerra de España encontramos los efectos recíprocos de las fuerzas y las ideas que han dominado la historia europea desde la revolución industrial. Además, la situación de España con respecto a las grandes potencias era entonces semejante, en muchos aspectos, a la actual situación de los países del Tercer Mundo. En muchos aspectos los acontecimientos de la guerra de España prefiguran el porvenir: las revoluciones del Tercer Mundo eliminando las sociedades tradicionales,

* [NDR. El autor remite al lector en algunos pasajes a páginas anteriores de *American Power and the New Mandarins* que figuran bien en la edición de Ariel bien en la de Siglo XXI.]

2. Albert Parry, apoyándose en la tesis de Bell, ve grandes similitudes en la aparición de una élite científica en los Estados Unidos y en la Unión Soviética; y en el papel decisivo que juega esta élite en los más elevados escalones, tanto en la Unión Soviética como entre nosotros. (Véase *New York Times*, 27 de marzo de 1966.)

3. Carta a Herzen y Ogareff, 1888; véase Daniel Guérin: *Jeunesse du Socialisme libertaire*, Marcel Rivière, París, 1959, p. 119.

4. La revolución rusa, 1918.

5. Véase Guérin: *Op. cit.*, p. 106-107.

6. *Leninismo o marxismo*, 1904.

7. Para un estudio muy revelador y tratando más particularmente las cuestiones de orden interno, véase M.P. Rogin: *The Intellectuals and McCarthy: The Radical Specter*, MIT Press, 1967.

8. Gabriel Jackson: *The Spanish Republic and the Civil War: 1931-1939*, Princeton University Press, 1965. [Traducción española: *La República española y la guerra civil*, Grijalbo, México, 1966.]

amenazan los imperios, agravan las rivalidades entre las grandes potencias y conducen el mundo al borde de una guerra que sería, ciertamente, la catástrofe final de la historia moderna. Tengo, pues, dos razones para examinar un buen estudio liberal de la guerra de España: el interés intrínseco de los acontecimientos y la posibilidad de hacer resaltar en esta obra el prejuicio subyacente acerca del papel de una élite, prejuicio que se encuentra, estoy convencido, en la base del fenómeno de esclavización contrarrevolucionaria.

En su estudio de la República española no trata de disimular un prejuicio favorable hacia la democracia liberal, representada por Azaña, Casares Quiroga, Martínez Barrio⁹ y otros «dirigentes nacionales responsables». Definiendo su posición traduce los sentimientos de la mayoría de los intelectuales liberales; para ser justos añadamos que los liberales americanos apoyarían figuras análogas, si tuviesen la posibilidad, en América latina, Asia y Africa. Por otra parte, Jackson apenas trata de disimular su aversión por las fuerzas de la revolución popular española y sus objetivos.

Cuando digo que expresa claramente su punto de vista y sus simpatías no censuro el libro de Jackson. Por el contrario, el valor de la obra en tanto que interpretación de acontecimientos históricos viene realizada por el hecho de que el autor defina su posición de forma clara y explícita. Pero creo poder demostrar que su exposición de la revolución popular española es falsa y, en parte, injusta; y que la falta de objetividad tiene aquí una importancia particular, en la medida en que es característica de la actitud de los intelectuales liberales (y comunistas) hacia los movimientos revolucionarios, en buena parte espontáneos y escasamente organizados, que surgen precisamente de las necesidades y aspiraciones profundamente resentidas por las masas desposeídas. Es algo convenido entre los intelectuales el considerar que un lenguaje de este tipo —«las necesidades y aspiraciones profundamente resentidas por las masas desposeídas»— traiciona una gran ingenuidad y un sentimentalismo confuso. Esta actitud se funda en una convicción ideológica más que en el estudio de la historia y de los fenómenos sociales y está desmentida, en mi opinión, por un acontecimiento como la revolución que se

desencadenó en España el verano de 1936. Evidentemente, el conjunto de las circunstancias particulares de la España de los años treinta no se encuentra hoy en ningún país del mundo subdesarrollado. Sin embargo, las escasas informaciones sobre los movimientos populares, concretamente en Asia, nos permiten establecer aproximaciones, dignas de más atención e interés que se les ha concedido hasta ahora¹⁰. Dada la insuficiencia de las

9. Respectivamente presidente de la República; primer ministro al estallar la sublevación franquista; miembro del ala moderada del Frente Popular, designado por Azaña para tratar de formar un gobierno de compromiso después de la insurrección.

10. Se constata con interés que el testimonio de Douglas Pike (citado anteriormente), muy hostil sin embargo al Frente de liberación nacional, pone de relieve el factor popular y espontáneo en el sorprendente éxito de las organizaciones creadas por el Frente. Douglas Pike, en efecto, nos presenta (e ignoramos, evidentemente, en qué medida son exactas sus informaciones) una red de asociaciones destinadas a favorecer la autonomía de cada comunidad, ágilmente coordinadas y establecidas más por la persuasión que por la fuerza: en muchos aspectos estas organizaciones son capaces de seducir al pensador anarquista. Se nos habla abundantemente del carácter «autoritario» del Vietcong; con razón, quizás; pero apenas se nos han dado pruebas que apoyen tales declaraciones. Douglas Pike, no lo olvidemos, considera que el carácter espontáneo y popular de las asociaciones es el aspecto más peligroso de la organización rebelde y revela los subterfugios del FNL.

También conviene mencionar la historia de la colectivización en China; si la comparamos con la de la Unión Soviética, la persuasión y la ayuda mutua han prevalecido netamente sobre el terror y la fuerza, y el éxito de la colectivización parece más evidente. Véase Thomas P. Bernstein: «Leadership and Mass Mobilisation in the Soviet and Chinese Collectivisation Campaigns of 1929-1930 and 1955-1956: a Comparison», *The China Quarterly*, 31, julio-septiembre de 1967.

La revolución china es un fenómeno tan gigantesco y las informaciones sobre la realidad profunda del movimiento siguen siendo tan fragmentarias, que sería aventurado intentar una valoración de conjunto. Sin embargo, según todas las informaciones que me ha sido posible estudiar y en la medida en que se hayan conseguido éxitos reales en los diferentes dominios —reforma agraria, ayuda mutua, colectivización, constitución de comunas— estos éxitos se deben en gran parte a la acción recíproca de los cuadros del partido comunista y de las asociaciones, cuyo desarrollo se continúa progresivamente, compleja relación de reciprocidad muy alejada del modelo de organización leninista. Esto se manifiesta particularmente en el admirable *Fanshen* de William Hinton (Monthly Review Press, Nueva York, 1966), el estudio más completo, que yo sepa, de un momento preciso de un profundo cambio revolucionario. Leyendo lo que fueron las primeras etapas de la revolución en una aldea china, he quedado sorprendido no sólo de descubrir que los cuadros del partido se habían sometido ampliamente al control popular sino también, y todavía más, de constatar que el control del progreso revolucionario había sido un factor de toma de conciencia y de conocimiento para los que participaban en la revolución, no sólo desde un punto de vista social y político sino también en el plano de las nuevas relaciones (Sigue la nota en la página siguiente.)

informaciones, sería aventurado llevar la comparación demasiado lejos, pero no se puede tomar nota de la permanencia de ciertas reacciones entre los intelectuales liberales, e igualmente entre los intelectuales comunistas, frente a estos movimientos populares.

Como ya he señalado, la guerra de España no es solamente uno de los momentos decisivos de la historia moderna, sino también uno de los temas históricos más abundantemente tratados y, sin embargo, con lagunas sorprendentes. Durante los meses que siguieron a la insurrección de Franco (julio de 1936), se desarrolló en España una revolución social de una envergadura sin precedentes. Obedeciendo a un movimiento aparentemente espontáneo, independiente de toda «vanguardia revolucionaria», las masas trabajadoras, en el campo y en las ciudades, se dedicaron a realizar una transformación radical de las condiciones sociales y económicas; su empresa constituyó un notable éxito hasta el momento en que fue destruida por las armas. En las obras de historia recientes, esta revolución, esencialmente anarquista, que condujo a un importante cambio social, es tratada como una especie de aberración, un molesto contratiempo que impedía la victoriosa prosecución de la guerra y la protección del régimen burgués amenazado por la rebelión franquista. Muchos historiadores comparten, probablemente, la opinión de Eric Hobsbawm¹¹: el fracaso de la revolución social en España se «debe a los anarquistas», el anarquismo ha sido «un desastre», una especie de «gimnasia moral» sin «resultados concretos», como mucho «un espectáculo profundamente emocionante para el especialista de las religiones populares». El estudio histórico más completo de la revolución anarquista¹² continúa siendo poco accesible, y ni su autor, José Peirats —que vive actualmente en el sur de Francia— ni ninguno de los refugiados que jamás escribirán unas memorias, pero que podrían aportar un testimonio personal de valor inestimable, parecen haber sido consultados por los principales comentaristas de la guerra de España¹³. La única colección de documentos sobre la colectivización¹⁴ ha sido publicado por una editorial anarquista; se trata, pues, de una obra poco difundida y escasamente consultada; no es mencionada en la bibliografía de

Jackson, que pretende, no obstante, haber escrito una obra de historia social y política y no, simplemente, una historia militar. De hecho, esta conmoción social extraordinaria parece haber sido casi completamente olvi-

humanas creadas. Es interesante, a este respecto, observar el aspecto esencialmente popular del marxismo chino en sus comienzos. Véase Maurice Meisner: *Li Ta-Chao and the Origins of Chinese Marxism*, Harvard University Press, 1967.

No pretendo que la revolución anarquista española —surgida de cincuenta años de formación y luchas— esté en trance de reproducirse en Asia; creo más bien que el carácter espontáneo de los movimientos populares ha sido, sin duda, gravemente desconocido a causa de la instintiva aversión de los intelectuales hacia tales fenómenos y, más recientemente, a causa de la insistencia en querer interpretar estos fenómenos desde una perspectiva impuesta por la guerra fría.

11. «The Spanish Background», *New Left Review*, 40, noviembre-diciembre de 1966.

12. José Peirats: *La CNT en la revolución española*, tres volúmenes, Toulouse, 1951-1952. [Segunda edición: Ruedo ibérico, París, 1971.] Jackson no hace más que mencionar brevemente la obra de Peirats. Posteriormente ha publicado una historia general relativa al mismo período: *Los anarquistas en la crisis política española*, Alfa-Argentina, Buenos Aires, 1964.

13. Entre los escasos textos en lengua inglesa que tratan de la revolución anarquista señalamos: Hugh Thomas: «Anarchist collectives in the Spanish Civil War», in M. Gilbert, ed., *A Century of Conflicts: Essays for A.J.P. Taylor*, Atheneum, 1967. Véase nota 57 para algunos comentarios. Se encontrará una documentación importante en la obra de P. Broué y E. Témime: *La révolution et la guerre d'Espagne* Minuit, París, 1961, que considero como la mejor historia general de la guerra civil. D. Guérin: *L'Anarchisme*, Gallimard, París, 1965, aporta de forma concisa valiosas informaciones. En un estudio de conjunto, *The Spanish Civil War*, Harper and Row, 1963 [Traducción española: *La guerra civil española*, Ruedo ibérico, París, 1967.] Hugh Thomas apenas menciona la revolución popular y algunos de los acontecimientos más importantes no son ni siquiera citados. (Véase, por ejemplo, nota 51.)

14. *Collectivisations: L'Œuvre constructive de la révolution espagnole*, CNT, Toulouse, 1965, 2ª ed.; la primera edición fue publicada en Barcelona (Ediciones CNT-FAI, 1937). En *Living Marxism*, IV, 6, abril de 1939, Karl Korsch, especialista en marxismo, hizo una excelente y favorable reseña. En el mismo número, la actitud comunista liberal ante la guerra civil española es presentada en pocas —y en la medida en que yo pueda juzgar, muy correctas— palabras: «Con sus charlatanes inútiles acerca de los milagros de la disciplina bolchevique, la cordialidad de Caballero y las pasiones de la Paslonaria, los 'liberales modernos' disimulaban simplemente su voluntad de suprimir todas las perspectivas revolucionarias de la guerra civil y sus preparativos, en beneficio de diversos países interesados, con vistas a una eventual guerra provocada por la cuestión española [...]. La naturaleza auténticamente revolucionaria de la guerra civil de España radicaba en la acción directa de los obreros y los campesinos pobres, y no en una forma específica de organización sindical, ni en la acción de algunos jefes particularmente brillantes. Los hechos confirman, en mi opinión, este análisis que explica la aversión de los historiadores por la fase revolucionaria de la guerra civil y su silencio sobre este tema.

dada. El aspecto dramático de la guerra de España sigue presente en las memorias, como lo prueba la acogida del film *Morir en Madrid*. En este film, sin embargo (Guérin no deja de subrayarlo), no se encuentra ninguna alusión a la revolución popular que transformó la sociedad española.

Trataré aquí de los acontecimientos de 1936-1937¹⁵ y de un aspecto particular de la compleja lucha que oponía a nacionalistas franquistas, republicanos (partido comunista incluido), anarquistas y grupos de obreros socialistas. La insurrección franquista de julio de 1936 sobrevino después de varios meses de huelgas, expropiaciones, batallas entre campesinos y guardias civiles. Largo Caballero, jefe del ala izquierda del partido socialista, había pedido en junio que se armase a los obreros; pero Azaña había rechazado la proposición. Cuando estalló la insurrección el gobierno republicano se encontró paralizado. En Madrid y Barcelona, los obreros se procuraron las armas por sí mismos, saqueando los arsenales del Estado e incluso los navíos anclados en el puerto de Barcelona y aplastaron la insurrección mientras que el gobierno vacilaba cogido entre dos fuegos, ser vencido por Franco a armar a las masas obreras. En una gran parte del territorio el poder real pasó a manos de los obreros anarquistas y socialistas que habían jugado un papel importante, generalmente el papel principal, en la victoria sobre la insurrección.

Los meses que siguieron han sido frecuentemente definidos como un período de «doble poder». En Barcelona, la industria y el comercio fueron en gran parte colectivizados; una ola de colectivizaciones se extendió por el campo, aldeas y ciudades, en Aragón, Castilla, Levante; en un grado menor, pero no despreciable, en numerosas regiones de Cataluña, Asturias, Extremadura y Andalucía. El poder militar era ejercido por comités de defensa; se establecían diversas formas de organización social y económica, siguiendo las grandes líneas del programa del congreso de la CNT anarquista celebrado en Zaragoza en mayo de 1936. La revolución era «apolítica», en el sentido de que los órganos del poder y de la administración permanecían separados del gobierno republicano central y aunque varios dirigentes anarquistas entraron en el gobierno

en otoño de 1936 estos organismos continuaron funcionando con un amplio margen de independencia —hasta el aplastamiento final de la revolución, que sucumbió al asalto de los ejércitos fascistas y de los ejércitos republicanos mandados por los comunistas. En Barcelona, el éxito de la colectivización de la industria y el comercio impresionó a observadores tan poco entusiastas como Borkenau. La amplitud de la colectivización rural se puede medir con estas indicaciones proporcionadas por los anarquistas: en Aragón, 450 colectividades, totalizando medio millón de miembros; en Levante, 900 colectividades, representando aproximadamente la mitad de la producción de agrios y el 70 % de las ventas de la más rica de las regiones agrícolas españolas; en Castilla, 300 colectividades, totalizando 100 000 miembros aproximadamente¹⁶. En Cataluña, el gobierno burgués, dirigido por Companys, conservaba la autoridad nominal, pero el poder real estaba en manos de los comités de orientación anarquista.

El período de julio a septiembre puede ser definido como un período de revolución social espontánea y general, pero no llegó a ser íntegramente realizada¹⁷. Varios dirigentes anarquistas entraron en el gobierno; Federica Montseny explicó, el 3 de enero de 1937, las razones de esta decisión: «Los anarquistas entraron en el gobierno para evitar que se desviase la revolución y para oponerse a toda tendencia dictatorial, viniese de donde viniese.»¹⁸ Como consecuencia, en gran parte,

15. Testigo directo de los acontecimientos, Franz Borkenau: *The Spanish Cockpit*, nueva edición, Ann Arbor, 1963 [Traducción española: *El rehidero español*, Ruedo Ibérico, París, 1971.] nos proporciona informaciones útiles sobre todo este período.

16. Véase Guérin: *L'Anarchisme*, op. cit. 17. Véase Felix Morrow: *Revolution and Counter-Revolution in Spain*, 1938, nueva edición, New Park Publications, Londres, 1963.

18. Camillo Berneri, en una compilación de artículos de *Guerra di Classe*, periódico dirigido por Berneri. Berneri, venido de Italia, desempeñaba un importante papel entre los intelectuales anarquistas españoles. Desaprobaba la entrada de los anarquistas en el gobierno y proponía otra solución, resueltamente anarquista, de la que hablaré más adelante. Para explicar su posición respecto a la entrada de los anarquistas en el gobierno citaba sencillamente las palabras de un obrero catalán a propósito de la República de 1931: «El lobo ha cambiado solamente de disfraz.» Los acontecimientos deberían confirmar la justeza de esta estimación.

Berneri, uno de los portavoces del anarquismo italiano, había abandonado Italia después del triunfo de Mussolini. Llegó a (Sigue la nota en la página siguiente.)

de la ayuda militar rusa, el gobierno central estaba cada vez más controlado por los comunistas —en Cataluña por el PSUC, de obediencia comunista. Los éxitos comunistas eran más evidentes en las fértiles regiones de Levante (el gobierno se había trasladado a Valencia, capital de la región), en donde los labradores acomodados aflúan a la Federación campesina, organizada por el partido comunista para proteger a los campesinos ricos; esta Federación «era un poderoso instrumento para frenar la colectivización rural fomentada por los trabajadores agrícolas de la región»¹⁹. En otras regiones del país, los éxitos contrarrevolucionarios reflejaban igualmente el creciente dominio de los comunistas sobre la República.

En un primer tiempo, la contrarrevolución se dedicó a legalizar y reglamentar las realizaciones de la revolución que aparecían como irreversibles. En un decreto del 7 de octubre, Vicente Uribe, ministro comunista de Agricultura, legalizaba algunas expropiaciones —las de las tierras pertenecientes a los partidarios de Franco. Evidentemente las expropiaciones ya habían sido efectuadas, lo que no impidió a la prensa comunista celebrar el decreto como «la obra más profundamente revolucionaria de lo realizado desde el levantamiento militar faccioso»²⁰. De hecho, protegiendo los bienes de los propietarios agrícolas que no habían participado directamente en la rebelión franquista, el decreto represen-

«Nosotros [el partido comunista] somos tan populares en el campo valenciano que centenares y miles de campesinos no piden más que adherir a nuestro partido. Estos campesinos [...] experimentan un amor sagrado por nuestro partido [...] [dicen] 'El partido comunista es nuestro partido'. Camaradas, los campesinos pronuncian estas palabras con una profunda emoción» (citado por Bolloten, p. 86). Para algunas consideraciones sobre el origen de esta obra importantísima, véase H.R. Southworth: *El mito de la cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

En la sede del partido comunista de Valencia había dos carteles en la pared: «Respetad la propiedad de los pequeños campesinos» y «Respetad la propiedad de los pequeños industriales» (Borkenau). De hecho también el campesino rico buscaba la protección de los comunistas, de los que Borkenau dice que constituían la extrema derecha de las fuerzas republicanas. A comienzos de 1937, según Borkenau, el partido comunista representaba «en primer lugar, el partido del personal administrativo y militar, en segundo lugar el partido de la pequeña burguesía y de ciertos grupos campesinos acomodados, en tercer lugar el partido de los empleados públicos y sólo en cuarto lugar el partido de los trabajadores». El partido comunista atraía también en gran número a los miembros de la policía y a los oficiales del ejército. El jefe de la policía de Madrid y el jefe de los servicios de información pertenecían al partido comunista. En general, el partido, de una importancia ínfima antes de la revolución, «contribuía poderosamente a fortalecer y animar las clases medias en el campo y en la ciudad». Gerald Brenan: *The Spanish Labyrinth*, 1943, nueva edición, Cambridge, 1960 [traducción española: *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1962], describe la situación en los siguientes términos: «Incapaces de atraerse a los trabajadores manuales, que permanecían firmemente en sus sindicatos, los comunistas hallaron un refugio para todos aquellos que habían sufrido por los excesos de la revolución o que tenían miedo de ser arrastrados por la misma. Naranjeros católicos, 'buenos para todo', de Valencia, campesinos de Cataluña, pequeños tenderos y hombres de negocios, oficiales del ejército y empleados del gobierno entraron en sus filas [...] Así nos hallamos [en Cataluña] ante una nueva y extraña situación: de un lado estaba la gigantesca masa proletaria de Barcelona con su larga tradición revolucionaria y del otro estaban los empleados y la pequeña burguesía de la ciudad, organizados y armados por los comunistas para exterminarla.» [p. 243.]

La situación descrita por Brenan no es tan extraña como él quiere creer. Tenemos aquí una consecuencia natural de la tendencia bolchevique a favorecer el poder de una élite —la «burocracia roja» actúa como una fuerza contrarrevolucionaria—, cuando no son sus representantes, directos o indirectos, los que tratan de apoderarse del poder, en nombre de las masas a las que dicen representar.

20. Bolloten, edición mejicana, p. 192. La legalización de las acciones revolucionarias ejecutadas recuerda el comportamiento de la «vanguardia revolucionaria» en la Unión Soviética (1918). Véase Arthur Rosenberg: *A History of Bolshevism*, traducido del alemán por Russell y Russell, 1965, capítulo VI; la edición original apareció en 1932. Las expropiaciones «realizadas espontáneamente por los trabajadores y contra la voluntad de los bolcheviques», fueron legalizadas de mala gana por Lenin varios meses más tarde y colocadas después bajo el control del partido central. Acerca de las relaciones entre bolcheviques y anarquistas en Rusia durante el período posrevolucionario —relaciones consideradas desde un punto de vista favorable a los anarquistas— véase Guérin: *Op. cit.*, p. 96-125, y también Avrich: *Op. cit.*, p. 123-254.

Barcelona el 19 de julio de 1936. Según el historiador anarquista Rudolf Rocker (*The Tragedy of Spain*, Freie Arbeiter Stimme, Nueva York, 1937), Berneri organizó las primeras unidades italianas de la guerra antifascista. Fue asesinado, lo mismo que su viejo camarada Barbieri, durante las «jornadas de mayo» de 1937. Detenido el 5 de mayo por la policía comunista lo mataron la noche siguiente. Hugh Thomas (*La guerra civil española*) considera la posibilidad de que Berneri haya sido asesinado por comunistas italianos y no por la policía española. La obra de Thomas consagrada, esencialmente, a la historia militar, menciona el asesinato de Berneri sin aclarar su personalidad. En la de Jackson no se cita el nombre de Berneri.

19. Burnett Bolloten: *The Grand Camouflage*, Londres, 1961. [Traducción española: *La revolución española*, México, 1962.] Corresponsal en España de la agencia UP, Bolloten proporciona una importante documentación acerca de los acontecimientos de que se trata en estas páginas. Las palabras de Julio Mateu, secretario general de la Federación campesina, nos informa de la actitud de los campesinos ricos de la región de Valencia, la mayoría de los cuales habían estado adheridos a organizaciones republicanas de derecha, ahora desaparecidas:

taba un paso atrás, desde el punto de vista de los revolucionarios y fue criticado, no sólo por la CNT, sino también por la Federación socialista de Trabajadores de la Tierra, afiliada a la UGT. Un decreto más amplio fue considerado inaceptable por el gobierno, ya que el partido comunista «al buscar el apoyo de las clases propietarias de la zona antifranquista» y, consecuentemente, «no le convenía repudiar a los propietarios pequeños y medianos que habían sido hostiles al movimiento obrero antes de la guerra civil»²¹. Ahora bien, parece que algunos de estos «pequeños propietarios» poseían tierras de una extensión bastante considerable. El decreto imponía a los arrendatarios la continuación del pago de las rentas, salvo si el propietario era un partidario de Franco; y, garantizando la propiedad, impedía la distribución de las tierras entre los campesinos pobres. Ricardo Zabalza, secretario general de la Federación de Trabajadores de la Tierra, afirmó que esta medida creaba una situación de «irritante injusticia»; «los incondicionales del cacique ayer disfrutaban de una situación de privilegio en perjuicio de los que, precisamente por ser rebeldes, no pudieron lograr de los amos la menor parcela»²².

Para rematar las medidas de legalización y restricción de lo ya realizado, el decreto del 24 de octubre de 1936 —promulgado por un miembro de la CNT convertido en consejero de la Generalitat de Cataluña— sancionaba legalmente la colectivización de la industria en Cataluña. También en este caso se trataba, desde el punto de vista revolucionario, de un paso atrás. La colectivización se limitaba a las empresas de más de cien obreros y una serie de cláusulas retiraba las responsabilidades a los comités obreros, para transferirlas a la burocracia estatal²³.

La segunda etapa de la contrarrevolución, de octubre de 1936 a mayo de 1937, consistió en eliminar los comités locales, reemplazar la milicia por un ejército clásico, restablecer el sistema económico y social prerrevolucionario, en todos los sitios en que era posible. Finalmente, en mayo de 1937, se asestó en Barcelona un golpe directo contra la clase obrera (las «jornadas de mayo»)²⁴. Terminaba la liquidación de la revolución. Se abolió el decreto de colectivización del 24 de octubre y las empresas industriales fueron «libera-

das» del control de los obreros. Tropas mandadas por comunistas entraron en Aragón, destruyendo un gran número de colectividades e imponiendo la autoridad del gobierno central en la región. Por todas partes, en territorio republicano, el gobierno, dominado ahora por los comunistas, actuaba conforme al plan anunciado por la *Pravda* del 17 de diciembre de 1936: «En cuanto a Cataluña, la eliminación de los elementos trotskistas y anarcosindicalistas, ha empezado ya y se proseguirá con la misma energía que en la URSS»²⁵ y, podríamos añadir, poco más o menos de la misma manera.

Resumiendo, entre el verano de 1936 y el de 1937 se desarrolla un periodo de revolución y contrarrevolución: la revolución, en su conjunto, comenzó espontáneamente con la participación masiva de trabajadores de la industria y la agricultura, anarquistas y socialistas; la contrarrevolución estaba dirigida por los comunistas, afirmándose cada vez más el partido comunista como el ala derecha de la República. Durante todo este periodo, y después del triunfo de la contrarrevolución, la República continuaba la guerra contra la insurrección franquista; numerosas publicaciones han comentado abundantemente el desarrollo de la guerra que me contentaré en evocar aquí en pocas palabras. La contrarrevolución comunista se debe, naturalmente, situar en el marco general de la guerra antifascista y hay que tener en cuenta también el esfuerzo, más amplio, de la Unión Soviética

21. *Bolloten*, p. 194.

22. *Bolloten*, p. 196-197.

23. Véase V. Richards: *Lessons of the Spanish Revolution*, Freedom Press, Londres, 1953. [Traducción española: *Enseñanzas de la revolución española*, París, Belibaste, 1971.]

24. Para ver el relato emocionante de un testigo directo, véase George Orwell: *Homage to Catalonia*, Secker and Warburg, 1938, reeditado por Harcourt-Brace, 1952, y Beacon Press, 1955 [traducción española: *Cataluña, 1937*, 2ª ed., Proyección, Buenos Aires, 1964]. En el momento de su aparición esta brillante obra apenas fue señalada; sin duda, por la razón de que el cuadro presentado por Orwell contradecía brutalmente al dogma liberal sólidamente establecido. La edición de 1952 fue acogida con mayor interés y añadida al dossier de la guerra fría, aunque me imagino que ello habrá sido un pobre consuelo para el autor.

25. Citado por Rucker: *Op. cit.* [NDR. Cita errónea, pero contexto real. Véase Mintz: *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, p. 129.]

para establecer una alianza antifascista con las democracias occidentales. Esta rigurosa política contrarrevolucionaria se fundaba en la convicción de los comunistas de que Inglaterra nunca admitiría el triunfo de la revolución en España, donde tenía importantes intereses comerciales, lo mismo que Francia y, en menor medida, los Estados Unidos²⁶. Más adelante volveré sobre este asunto. No hay que olvidar, sin embargo, que otros factores han intervenido sin duda. En mi opinión, las reflexiones de Rudolf Rocker son completamente justas:

«El pueblo español se ha encontrado comprometido en una lucha desesperada contra un enemigo despiadado y, al mismo tiempo, ha sido el objeto de las intrigas secretas de las grandes potencias imperialistas de Europa. Pese a esta situación los revolucionarios españoles no han recurrido a la nefasta solución de la dictadura sino que han respetado todas las convicciones sinceras. Amigos o enemigos de la CNT, todos aquellos que han visitado Barcelona después de los combates de julio se han declarado sorprendidos por la libertad de la vida pública y la ausencia de toda reglamentación tendente a suprimir la libertad de opinión.

Desde hace veinte años, los defensores del bolchevismo no dejan de repetir a las masas que la dictadura era una necesidad vital para defender los pretendidos intereses del proletariado contra los asaltos de la contrarrevolución y para preparar el camino al socialismo. Esta propaganda no ha hecho avanzar la causa del socialismo, sino que ha abierto, simplemente, la vía al fascismo en Italia, Alemania y Austria, haciendo olvidar a millones de gentes que la dictadura, forma extrema de la tiranía, no podía llevar nunca a la liberación social. En Rusia, la pretendida dictadura del proletariado no ha conducido al socialismo, sino a la dominación de una nueva burocracia sobre el proletariado y el conjunto del pueblo [...]

Los autócratas rusos y sus partidarios temen sobre todo que el éxito del socialismo libertario en España abra los ojos de sus ciegos discípulos: la «necesidad de una dictadura» tan celebrada, no es más que un gran engaño que ha conducido a Rusia al despotismo estalinista y destinada, hoy, a favorecer en España la victoria de la contrarrevolución sobre la revolución de los obreros y campesinos.»²⁷

Después de decenas de años de adoctrinamiento anticomunista, nos es difícil de juzgar hasta qué punto el bolchevismo y el liberalismo occidental han estado unidos para oponerse a la revolución popular. No creo, sin embargo, que puedan comprenderse los acontecimientos de España sin aclarar este punto.

Teniendo en cuenta estas breves consideraciones —partidarias, pero exactas, creo yo— vuelvo a los comentarios de Jackson referentes a un aspecto particular de la guerra de España²⁸.

Jackson cree (p. 220) que el apoyo aportado por los soviéticos a la causa republicana estaba dictado por dos factores: primeramente, la preocupación por la seguridad de la Unión Soviética; seguidamente, la esperanza de que una victoria republicana favorecería «la causa mundial de la 'revolución del pueblo', con la cual esperaban identificarse los dirigentes soviéticos». No ponían el acento sobre sus objetivos revolucionarios porque «por el momento era esencial no asustar a la clase media o a los gobiernos occidentales».

Sobre el primer punto, la seguridad de la Unión Soviética, Jackson tiene sin duda razón. Es evidente que el apoyo aportado por los soviéticos a la República se inscribe en una política de alianza con las democracias occidentales. Sin embargo Jackson ve en la Unión Soviética una potencia revolucionaria —una potencia que espera que una victoria republicana daría un nuevo impulso al «movimiento hacia la revolución mundial, ahora interrumpido» y que pretende identificarse con «la causa mundial de la 'revolución del pueblo'»— creo que se equivoca completamente. Jackson no aporta ninguna prueba a favor de esta interpretación de la política soviética —y, en mi opinión, tales pruebas no existen. En su momento, los acontecimientos de la guerra de España fueron interpretados muy diferentemente, no sólo por los anarquistas, como Rocker, sino también por comentaristas bien informados de la situación en España, como Gerald Brenan y Franz Borkenau. Según Brenan, la política contrarrevolucionaria de los comunistas (política que él considera «muy razonable») era:

«la más útil a los comunistas. Rusia es un Estado totalitario, gobernado por una burocracia. La mentalidad de sus dirigentes, que se han elevado a través del más terrible alzamiento de la historia, es cínica

26. Para una breve reseña, véase Rocker: *Op. cit.* Hitler se encontraba muy contrariado de que estos intereses fuesen protegidos, en gran medida, por Franco.

27. Rocker: *Op. cit.*

28. Véase nota 8.

y oportunista. Toda la construcción del Estado es dogmática y autoritaria. Esperar que semejantes hombres puedan dirigir una revolución social en un país como España, en donde el más ardiente idealismo está combinado con una gran independencia de carácter está fuera de lugar. Los rusos pueden, es verdad, pedir mucho idealismo a sus admiradores extranjeros, pero con él solamente pueden llevar a la creación de un Estado burocrático de hierro en donde todos piensen igual y en donde cada uno obedece las órdenes de su superior»²⁹.

Brenan no ve nada en la conducta de los rusos en España que indique el menor interés en una «revolución del pueblo». Al contrario, la política rusa «desaprobaba las colectividades industriales y campesinas que se habían formado espontáneamente, e inundaban el campo de policías que actuaban más bien bajo las órdenes del partido que bajo las del Ministerio de Gobernación». Los comunistas querían suprimir completamente las tendencias a la «espontaneidad de palabra y de acción», porque «su naturaleza y su historia les hizo destruir lo local y espontáneo y poner toda su fe en el orden, la disciplina y la uniformidad burocrática»; se encontraban, pues, en oposición con todas las fuerzas revolucionarias españolas. Siempre según Brenan, los rusos pusieron fin a su ayuda desde que fue evidente que la Gran Bretaña no abandonaría su política de apaciguamiento; decisión que confirma, una vez más, la tesis según la cual únicamente consideraciones de política internacional llevaron a la Unión Soviética a apoyar a la República.

Los comentarios de Borkenau no se diferencian apenas. Aprueba la política comunista por su «eficacia», pero constata que «los comunistas pusieron fin a la actividad social revolucionaria y defendieron su punto de vista: esto no debía ser una revolución, sino simplemente la defensa del gobierno legal [...] la política comunista en España no era dictada por las necesidades de la lucha española, sino por los intereses del poder extranjero que intervenía, Rusia», un país que tenía «un pasado revolucionario, pero no un presente revolucionario». Los comunistas no actuaban «con el fin de convertir el entusiasmo caótico en entusiasmo disciplinado [lo que habría sido deseable, según Borkenau], sino con el fin de sustituir por la acción de las masas la disci-

plina militar y la acción administrativa, para liquidar ésta más tarde y por completo». Esta política «iba dirigida contra los intereses y las demandas de las masas» y debilitaba de esta forma el apoyo popular. Las masas, indiferentes, no se preocupaban de defender una dictadura comunista, que restablecía la autoridad anterior e incluso «mostraba clara preferencia por las fuerzas de policía del viejo régimen, tan odiadas de las masas». Me parece que el conjunto de los hechos confirma esta interpretación de la política comunista y de sus consecuencias; soy más escéptico, sin embargo, cuando Borkenau afirma que la «eficacia» comunista era necesaria para ganar la guerra contra Franco —volveré sobre este problema³⁰.

Conviene señalar aquí que varios de los dirigentes comunistas españoles se vieron obligados a llegar a idénticas conclusiones. Bolloten cita (*Op. cit.*, p. 143-144), entre otros, al comandante «El Campesino» y a Jesús Hernández, ministro del gobierno Largo Caballero. El primero, que huyó de la Unión Soviética en 1949, declaró que no había dudado de la «solidaridad revolucionaria» de la Unión Soviética durante la guerra civil —¡qué inocencia! No se dio cuenta de la verdad hasta más tarde: «El Kremlin no sirve los intereses de los pueblos, sino que utiliza a los otros pueblos para servir sus propios intereses; con una perfidia y una hipocresía sin igual, el Kremlin se sirve de la clase obrera internacional como de una simple baza para sus intrigas políticas [...]» Hernández, pronunciando un discurso poco después del fin de la guerra civil, admite que los dirigentes comu-

29. *Op. cit.*, p. 243.

30. Si considero que Hobsbawm (*Op. cit.*) se equivoca gravemente cuando cree que la política escogida por los comunistas «era sin duda la única que habría podido permitir ganar la guerra civil», es, precisamente, basándose en lo esencial de los datos proporcionados por Borkenau. En realidad, la política comunista estaba condenada al fracaso, porque suponía que las potencias occidentales participarían en la guerra antifascista, contra la seguridad de mantener efectivamente a España en el estado de colonia occidental. Después de que los comunistas se convencieron de lo vano de sus esperanzas, abandonaron la lucha —no habían luchado para ganar la guerra civil sino únicamente para defender los intereses de la política exterior rusa. Tampoco comparto la opinión de Hobsbawm (anteriormente citada) acerca de la revolución anarquista, por razones que aparecen con evidencia todo a lo largo de estas páginas.

nistas españoles «se comportaron como súbditos soviéticos más que como hijos del pueblo español». «Esto puede parecer absurdo, increíble, añade, pero nuestra educación, bajo la tutela soviética, nos había deformado hasta tal punto que estábamos completamente desnacionalizados; se nos había arrancado nuestra alma nacional reemplazándola por un furioso chauvinismo ruso, disfrazado de internacionalismo, que no tenía más horizonte que las torres del Kremlin.»

En 1921, cuando se acababa de celebrar el tercer congreso mundial de la Internacional comunista, el holandés Hermann Gorter, militante de «extrema izquierda», escribía: el congreso «ha decidido la suerte inmediata de la revolución mundial. La corriente de opinión que verdaderamente aspiraba a la revolución mundial [...] ha sido eliminada de la Internacional rusa. Los partidos comunistas de Europa occidental y del mundo entero que sigan siendo miembros de la Internacional rusa no serán más que un instrumento destinado a proteger la revolución rusa y la República soviética»³¹. Esta previsión se revelaría como completamente exacta. La tesis de Jackson —la Unión Soviética era una potencia revolucionaria entre 1935 y 1940 y los dirigentes soviéticos se consideraban como la encarnación de la revolución mundial— no reposa sobre datos reales. Es una falsa interpretación, como las invenciones americanas de la guerra fría que impusieron el mito de una «conspiración comunista internacional» dirigida desde Moscú (hoy desde Pekín), mito destinado a justificar la política intervencionista de los Estados Unidos.

Considerando la revolución española, Jackson comenta las primeras etapas de la colectivización: en Madrid, los sindicatos «al igual que en Barcelona y Valencia, abusaron de la repentina autoridad que tenían en sus manos, colocando el letrero de *incautado* en toda clase de edificios y vehículos [...]» ¿Por qué era un abuso de autoridad? Jackson no nos lo explica. Las palabras que escoge revelan la repugnancia de Jackson a reconocer la realidad revolucionaria, aunque reconozca el hundimiento de la autoridad republicana. Cuando declara que los obreros «abusaron de la repentina autoridad que tenían» para proseguir la colectivización, Jackson introduce

un juicio moral comparable al de Ithiel Pool, que ve en la reforma agraria vietnamita un método para «despojar al vecino»; o al de Franz Borkenau, que califica de «robo» la expropiación en la Unión Soviética y habla de una «corriente de indiferencia moral».

Jackson nos informa de que al cabo de algunos meses, «la oleada revolucionaria comenzó a menguar en Cataluña», «los problemas de abastecimiento y suministro iban siendo cada vez más graves, y la experiencia adquirida en la administración de los pueblos, los puestos fronterizos y los servicios públicos había mostrado rápidamente a los anarquistas la insospechada complejidad de la sociedad moderna» (p. 266). En Barcelona «el ingenuo optimismo de las conquistas revolucionarias del agosto anterior dio paso al resentimiento, como si hubieran sido engañados en algo»: el costo de la vida duplicado, escasez de pan, dominio de la policía que actuaba con la misma brutalidad que en tiempos de la monarquía. «La prensa del POUM y de los anarquistas exaltaba simultáneamente las colectivizaciones y explicaba los fracasos de la producción, atribuyéndolos a la política del gobierno de Valencia de boicotear la economía catalana y favorecer a la burguesía. También explicaban la pérdida de Málaga como debida en gran parte a la baja moral y la desorientación del proletariado andaluz, que veía que el gobierno de Valencia evolucionaba rápidamente hacia la derecha» (p. 309). Jackson juzga, evidentemente, que esta interpretación de izquierda es absurda y que los anarquistas, por incompetencia o deshonestidad, cargaban con toda la responsabilidad de una situación difícil: «En Cataluña, los comités de fábrica de la CNT iban tirando en su producción de material bélico, afirmando que el gobierno les privaba de materias primas y que favorecía a la burguesía» (p. 307).

En realidad, «la oleada revolucionaria comenzó a menguar en Cataluña» como consecuencia de los ataques de la clase media, dirigida por el partido comunista, y no como consecuencia del descubrimiento de la «complejidad de la sociedad moderna». Es completamente exacto que el gobierno central, dominado por los comunistas, trataba de

31. Citado por Rosenberg: Op. cit.

dificultar el funcionamiento de las colectividades industriales y agrarias y de frenar la colectivización del comercio. Ya he hecho alusión a las primeras etapas de la contrarrevolución. Un examen más atento de las fuentes, incluso de aquellas a las que se refiere Jackson, completado con informaciones sacadas de otros documentos, demuestra que las acusaciones de los anarquistas no eran infundadas, contrariamente a lo que piensa Jackson. Bolloten, citando numerosos testimonios, concluye: « En el campo los comunistas tomaron violentamente la defensa de los pequeños y medianos propietarios y de los arrendadores en contra del movimiento de colectivización de los obreros agrícolas, en contra de los sindicatos y de la prohibición de que los campesinos conservasen más tierra de la que ellos mismos podían cultivar, en contra también de las actividades de los comités revolucionarios que requisaban las cosechas, intervenían el comercio privado y cobraban las rentas de los arrendatarios. »³² La política del gobierno fue claramente formulada por el ministro comunista de Agricultura: « Declaramos que la propiedad del pequeño campesino es sagrada y que los que ataquen o traten de atacar esta propiedad deben de ser considerados como enemigos del régimen » (*Ibid.*, p. 85). Gerald Brenan, que no aprobaba la colectivización, explica así el fracaso de las colectividades: « El gobierno central, y especialmente los comunistas y socialistas que lo integraban, querían ponerlas bajo control directo del Estado. Con este designio, dejaron de proveerlas de créditos para poder comprar materias primas y así, tan pronto como las reservas de algodón se agotaron, las fábricas de tejidos dejaron de trabajar. Otras industrias que habían sido adaptadas a la fabricación de municiones estaban algo mejor, pero empezaban a estar cansadas de los nuevos órganos burocráticos del Ministerio de Abastecimientos. » Cita a Companys, burgués liberal y presidente de Cataluña: « Los trabajadores de las fábricas de armas habían estado trabajando 56 horas y más, a la semana », y que « no se habían registrado casos de sabotaje ni indisciplina », pero los obreros se fueron desmoralizando como consecuencia de la burocratización, y posteriormente de la militarización, impuestas por el gobierno central y el partido

comunista³⁴. Concluye diciendo que « el gobierno de Valencia estaba usando ahora el PSUC contra la CNT, pero no [...] porque los trabajadores catalanes causasen trastornos, sino porque los comunistas querían debilitar a los anarquistas antes de destruirlos ».

Según V. Richards (*Op. cit.*), la correspondencia entre Companys y Prieto demuestra los éxitos de la industria de guerra catalana bajo régimen capitalista y muestra « cuanto más se habría logrado si el gobierno central no hubiese negado los medios para la industria ». Richards cita también el testimonio de un portavoz del subsecretario de municiones y armamento del gobierno de Valencia; este testimonio admite que « la industria de guerra de Cataluña había producido diez veces más que todo el resto de la industria de España en conjunto y [reconoce] [...] que tal producción pudo haberse cuadruplicado a partir de

32. *Op. cit.*, p. 84.

33. Como ya hemos visto, « pequeño campesino » significaba también gran productor de naranjas. Véase nota 19.

34. Cartas de Companys a Prieto, 1939. Catalán, animado por sentimientos separatistas, Companys estaba naturalmente dispuesto a defender las realizaciones catalanes pero no era, ciertamente, partidario de la colectivización aunque hubiese dado pruebas de buena voluntad durante el período en el que los anarquistas, que tenían el poder real, le permitieron conservar la autoridad nominal. Nadie, que yo sepa, ha tratado de refutar la exactitud de sus declaraciones. Citado por Morrow (*op. cit.*), Juan Tarradellas, primer ministro del gobierno regional de Cataluña, defiende la administración colectiva de la industria de guerra contra los ataques « completamente falsos e injustos » de los comunistas (PSUC). Comentando el funcionamiento de las colectividades industriales, muchos otros testigos no anarquistas expresan opiniones parecidas a la de Companys. Según André Oltramare, socialista suizo (citado por Rucker: *Op. cit.*), después de la revolución, los sindicatos obreros catalanes realizaron en cuatro semanas lo que Francia realizó en catorce meses al comienzo de la guerra mundial. Siempre según Oltramare, los anarquistas se revelaron durante la guerra civil como organizadores políticos de primer orden, suscitaron el sentido de la responsabilidad en cada uno y habían, por medio de elocuentes llamamientos, mantenido vivo el espíritu de sacrificio en beneficio del conjunto de la población. En tanto que socialista, habla con una profunda alegría y una admiración sincera de su estancia en Cataluña. La transformación anticapitalista se realizó sin recurrir a la dictadura. Los miembros de los sindicatos son sus propios jefes, dirigiendo ellos mismos la producción y la distribución con la asistencia técnica de capitalistas de confianza. El entusiasmo de los trabajadores es tal que desprecian toda ventaja personal preocupándose únicamente del bienestar de la colectividad. El propio Borkenau concluye, a su pesar, que la industria funcionaba bastante bien por lo que él pudo juzgar. El asunto merece un estudio profundo.

septiembre³⁵, si Cataluña hubiese tenido medios para comprar las materias primas que no se podían encontrar en el territorio español». Conviene recordar que el gobierno central poseía enormes reservas de oro (que serían pronto entregadas a la Unión Soviética), de suerte que las materias primas que necesitaba la industria catalana hubiesen, probablemente, podido ser compradas, pese a la hostilidad de las democracias occidentales respecto a la República durante el periodo revolucionario (véase antes). Estas materias primas eran reclamadas constantemente. El 24 de septiembre de 1936, Juan Fábregas, delegado de la CNT en el Consejo económico de Cataluña y uno de los autores del decreto de colectivización citado anteriormente, declaró que las dificultades financieras de Cataluña provenían de la negativa del gobierno central a «aportar ninguna asistencia en las esferas económica y financiera, porque el gobierno experimenta, probablemente, muy poca simpatía hacia la obra que se realiza en Cataluña»³⁶ —es decir, la colectivización. Continúa «una comisión que se había desplazado a Madrid, a fin de pedir un crédito de mil millones de pesetas para la compra de material de guerra y de materias primas respaldado por igual suma en valores depositados en el Banco de España, recibió una negativa rotunda. Bastaba el hecho de que la nueva industria de guerra de Cataluña fuera controlada por los trabajadores de la CNT, para que el gobierno de Madrid negase cualquier ayuda incondicional. Sólo a cambio del control gubernativo estaría dispuesto a conceder asistencia financiera»³⁷.

Broué y Témime tienen una postura más bien similar. Comentando las acusaciones de «incompetencia» dirigidas contra las colectividades industriales, señalan que no se debe subestimar la terrible carga de la guerra; pese a esta carga, dicen, las nuevas técnicas de administración y la supresión de los dividendos han permitido bajar los precios; la mecanización y la racionalización, introducidas en numerosas empresas, han aumentado considerablemente la producción. Los obreros han aceptado con entusiasmo enormes sacrificios; porque en la mayoría de los casos, tenían la convicción de que la empresa les pertenecía y que, a fin de cuentas, trabajaban para ellos

y para sus hermanos de clase. Un espíritu completamente nuevo soplabla sobre la economía española —concentración de empresas diseminadas hasta entonces, simplificación de los circuitos comerciales, puesta en marcha de una importante estructura de proyectos sociales para los trabajadores de edad, niños, inválidos, enfermos y personal en general (véase *op. cit.*, p. 150-151). La gran debilidad de la revolución, según Broué y Témime, residía en el hecho de que no fue completamente realizada. Este fallo fue, en parte, consecuencia de la guerra; en parte, consecuencia de la política del gobierno central. Insisten también sobre la negativa del gobierno de Madrid, en los primeros tiempos de la colectivización, a conceder créditos o a proporcio-

35. En esta declaración (primero de septiembre de 1937), se trata probablemente de septiembre de 1936.

36. Citado por Richards: *Op. cit.*

37. *Ibid.*, p. 76-77. Según Richards, la negativa del gobierno central a apoyar el frente de Aragón se explica quizás, en cierta medida, por la política general de la contrarrevolución. «El frente [de Aragón] donde combate una mayoría de miembros de la CNT-FAI tenía una gran importancia estratégica para los anarquistas, ya que el objetivo final era unir Cataluña, el País vasco y Asturias, es decir asegurar el contacto entre la región industrial [Cataluña] y las regiones ricas en materias primas.» He aquí otra cuestión que convendría estudiar de cerca.

Parece demostrado, sin la menor duda, que los comunistas se negaron a proporcionar el armamento que reclamaban los combatientes del frente de Aragón; lo que no puede explicarse más que por motivos políticos. Véase, por ejemplo, D.T. Cattell: *Communism and the Spanish Civil War*, 1955, Russell and Russell, 1965, p. 110. Cattell, que en general se esfuerza por justificar el comportamiento del gobierno central, concluye diciendo que la negativa de ayuda en este caso era, casi con certeza, de orden político. Brenan comparte la misma opinión: los comunistas «mantuvieron el frente de Aragón sin armas, para exasperar a los anarquistas [...]». Los comunistas recurrían a las calumnias más absurdas para explicar la falta de armas del frente de Aragón; el *Daily Worker* atribuía la falta de armas a que «el general trotsquista Kopp había enviado enormes convoyes de armas y municiones... a los fascistas» (citado por Morrow, p. 145). Como resalta Morrow, lanzar parecidas acusaciones contra Kopp era escoger particularmente mal el blanco. El comportamiento de Kopp es conocido concretamente por Orwell, que sirvió bajo sus órdenes, véase Orwell: *Op. cit.*, p. 215. Testigo presencial de los acontecimientos, Orwell no deja de refutar muchos otros absurdos publicados por la prensa liberal a propósito del frente de Aragón —entre otros el artículo de Ralph Bates (*New Republic*) que contaba que los soldados del POUM «estaban jugando al fútbol con los fascistas en la tierra de nadie». En esta época, escribe Orwell, «las tropas del POUM sufrían serias pérdidas y muchos de mis amigos personales morían o caían heridos».

nar fondos a las colectividades industriales y agrícolas —pese a que en el caso de Cataluña el gobierno catalán proponía garantías reales. Las empresas colectivizadas no podían contar, para su subsistencia, más que con los bienes incautados al comienzo de la revolución. El control de las reservas de oro y de los créditos permitía al gobierno restringir e impedir el funcionamiento de las empresas colectivas a su antojo. (Véase *op. cit.*, p. 144.)

Según Broué y Témine, fue la falta de créditos la que dio el golpe final a las colectividades industriales. En Cataluña, el gobierno Compagnys se negó a crear un Banco de crédito industrial, como lo pedían la CNT y el POUM; y el gobierno central (fiándose en este caso de la UGT socialista, que vigilaba los Bancos) continuó en condiciones de controlar los movimientos de capital y de reservar los créditos a la empresa privada. Todas las tentativas destinadas a obtener créditos para las colectividades industriales fracasaron; se frenó, y después se detuvo, el movimiento de colectivización, conservando el gobierno el control de la industria por medio de los Bancos y eligiendo posteriormente administradores y directores, que frecuentemente eran los propietarios y administradores de antes de la revolución con un nuevo título. La situación era idéntica en las colectividades agrícolas (véase *op. cit.*, p. 204).

La realidad de la situación fue reconocida por los países occidentales. En febrero de 1938, constataba el *New York Times*: «El principio de intervención estatal, de control gubernamental de los negocios y la industria, en oposición al control ejercido por los obreros bajo el manto de la colectivización, se refuerza progresivamente en la España leal por medio de una serie de decretos. Al mismo tiempo debe de restablecerse el principio de la propiedad privada y los derechos de las sociedades comerciales sobre la base que legalmente les pertenece según la constitución.»³⁸

Morrow cita una serie de leyes del gobierno catalán, destinadas a limitar la colectivización y promulgadas después de que el poder se hubiese escapado a las nuevas instituciones establecidas por la revolución obrera de julio de 1936. El 3 de febrero se declaró ilegal la colectivización del comercio de productos

lácteos³⁹. En abril, «la Generalitat denunció el control de los obreros sobre los servicios aduaneros y se negó a declarar que los obreros eran propietarios de las mercancías exportadas, que eran embargadas en el extranjero a petición de los particulares que poseían las fábricas y las tierras antes de la revolución; a partir de este momento las colectividades industriales y agrarias exportadoras de mercancías quedaban a la merced del gobierno». En mayo, como ya hemos visto, fue anulado el decreto de colectivización del 24 de octubre, con el pretexto de que no «era de la incumbencia de la Generalitat», ya que ésta «no tenía, ni tiene, autoridad para sustituir al Estado [español]» y «el artículo 44 de la Constitución declara que la expropiación y la socialización son del dominio del Estado». Un decreto del 28 de agosto «daba al gobierno el derecho de intervención, o de control absoluto, en cualquier empresa minera y en cualquier fábrica de la industria metalúrgica». En octubre, el periódico anarquista *Solidaridad Obrera* da a conocer una decisión del servicio de compras del Ministerio de Defensa: éste no establecerá contratos de compra más que con empresas funcionando «bajo la dirección de sus antiguos propietarios» o «bajo el régimen equivalente asegurado por el control del Ministerio de Hacienda y Economía» (Morrow: *Op. cit.*).

Volvamos a la declaración de Jackson: «En Cataluña, los comités de fábrica de la CNT iban tirando en su producción de material bélico afirmando que el gobierno les privaba de materias primas y que favorecía a la burguesía.» En mi opinión, más que una exposición de hechos históricos, tenemos aquí la expresión de un prejuicio favorable a la democracia capitalista. En el mejor de los casos podríamos decir: Jackson no aporta

38. Citado en *Living Marxism*. *Op. cit.*

39. Bolliot: *Op. cit.* p. 48, describe como sigue la colectivización del comercio de los productos lácteos en Barcelona: «Los anarcosindicalistas eliminaron como antihigiénicas más de cuarenta fábricas de pasteurización; pasteurizaron toda la leche en las nueve restantes y determinaron suprimir los detallistas, estableciendo una red de 150 tiendas. Muchos detallistas entraron en la colectividad, pero algunos se opusieron: «Pretendían un sueldo mucho más elevado que el de los otros trabajadores de la colectividad, alegando que no podían vivir con el sueldo asignado.»

ninguna prueba en apoyo de su declaración; los hechos reales nos autorizan a ponerla en duda. He citado varias fuentes que el historiador liberal considerará, con razón, como parciales y favorables a la revolución. Pero resulta mucho menos frecuente reconocer la falta de objetividad, los prejuicios hondamente arraigados de los historiadores liberales; y tenemos buenas razones para suponer que esta falta de objetividad ha deformado gravemente los elementales juicios referentes a la naturaleza de la revolución española.

Continuemos estudiando los juicios que hace Jackson, sin citar sus referencias, y tomemos otra observación, ya mencionada: en Barcelona, «el ingenuo optimismo de las conquistas revolucionarias del agosto anterior dio paso al resentimiento, como si hubieran sido engañados en algo». En enero de 1937, es un hecho que el clima no era de entusiasmo en Barcelona. Pero, ¿era simplemente una consecuencia de «la insospechada complejidad de la sociedad moderna»? Si examinamos de cerca la cuestión, la situación aparece bastante diferente. Como consecuencia de las presiones ejercidas por los rusos, el gobierno catalán se encontraba ahora ampliamente controlado por el PSUC que había puesto «a cargo del Ministerio de Abastos (en diciembre de 1936) al hombre más derechista de la política catalana actual, Comorera» (Borkenau), es decir al hombre más dispuesto a seguir, a causa de sus opiniones políticas, la línea general del partido comunista. Según Jackson, Comorera «procedió inmediatamente a tomar disposiciones contra los intercambios y las requisas, y se convirtió en defensor de los campesinos contra la revolución» (p. 266); «acabó con las requisas, restauró los pagos en moneda y protegió a los campesinos contra la continuación de las colectivizaciones» (p. 304). Esto es todo lo que Jackson nos dice acerca de Juan Comorera.

Para una información más amplia, recurriremos a otras fuentes, Borkenau por ejemplo, que se encontraba en Barcelona (por segunda vez desde el comienzo de la revolución) en enero de 1937; Borkenau, generalmente estimado por la amplitud de sus conocimientos y por la calidad de sus trabajos, no ha disimulado nunca sus sentimientos violentamente anti-anarquistas. Según Borkenau, Comorera «re-

presentaba una actitud política que puede compararse a la del ala extrema derecha de la socialdemocracia alemana. Había contemplado siempre la lucha contra los anarquistas como el principal objetivo de la política socialista en España. Para su sorpresa, encontró en los comunistas inesperados aliados a disgusto [por el anarquismo]». En esta primera fase de la contrarrevolución no era posible suprimir las colectividades industriales; sin embargo, Comorera consiguió destruir la organización que aseguraba el aprovisionamiento de Barcelona: la red de comités de pueblo, dominados por la CNT, que se había encargado (de mala gana, quizás, según Borkenau) de distribuir la harina a las ciudades. Comentando la situación, Borkenau continúa como sigue:

«Comorera, actuando a partir de principios de liberalismo abstracto que ningún gobierno había sostenido a todo lo largo de la guerra, pero de los cuales los socialistas de derecha siguen siendo los últimos y más religiosos admiradores, no sustituyó los caóticos comités del pan por una organizada administración centralizada. Restauró, simple y completamente, todo el comercio privado del pan. No existía en enero en Barcelona ni siquiera un sistema de racionamiento. Los trabajadores eran dejados a la suerte de conseguir cada uno su propio pan lo mejor que podían, a precios más altos y con salarios que prácticamente no habían variado desde mayo. En la práctica esto quería decir que las mujeres tenían que hacer cola desde las cuatro de la mañana en adelante. El resentimiento en los distritos obreros era, naturalmente, agudo, tanto más cuanto que la escasez de pan se había acentuado desde la toma de posesión de Comorera.»⁴⁰

En breve, los obreros de Barcelona no se abandonaron por simple cansancio a un «resentimiento», cuando descubrieron «la insospechada complejidad de la sociedad moderna». Tenían buenas razones para pensar que estaba siendo realmente engañados, el lobo se había vuelto a meter en el rebaño con un nuevo disfraz.

40. Según Borkenau: «No es seguro que éste [Comorera] sea personalmente responsable de esta escasez; ésta quizás hubiese surgido de todos modos, según se hubiese ido consumiendo la provisión de la cosecha.» Quizás. Lo mismo que Borkenau nos vemos reducidos a formular interrogantes: ¿Habrían podido los comités obreros continuar aprovisionando a Cataluña, con o sin administración central, pero sin la política de «liberalismo abstracto» conforme a la tentativa comunista de destruir las organizaciones revolucionarias y las estructuras establecidas durante el período revolucionario?

Las observaciones de George Orwell son, también, muy reveladoras:

«Quienes durante la guerra hicieron dos visitas a Barcelona con intervalos de algunos meses, comentan los extraordinarios cambios que se observaron en ella. Por extraño que parezca, los que fueron por primera vez en agosto y volvieron en enero o, como yo mismo, primero en diciembre y después en abril, al volver siempre dicen lo mismo: 'La atmósfera revolucionaria ha desaparecido'. Sin duda, para quien estuvo allí en agosto, cuando la sangre aún no se había secado en las calles y los milicianos ocupaban los hoteles elegantes, Barcelona, aún en diciembre, continuaba pareciendo una ciudad de trabajadores. Pero la marea estaba en descenso. Poco después volvía a ser una ciudad corriente, un poco maltratada y lastimada por la guerra, sin ninguna señal externa del predominio de la clase trabajadora [...] En todas partes se veían hombres prósperos y obesos, mujeres bien ataviadas y coches de lujo [...] Los oficiales del nuevo Ejército Popular, un tipo que casi no existía cuando dejé Barcelona, abundaban sorprendentemente [...] [con] un fino traje de color caqui, con la cintura ajustada como en el uniforme de los oficiales ingleses. No creo que más de uno de cada veinte de esos oficiales conociera una trinchera. Sin embargo, todos estaban armados con pistolas automáticas, mientras nosotros no podíamos conseguir las por ningún medio⁴¹. [...] Un profundo cambio se había producido en la ciudad. Dos hechos constituían la clave de este cambio: la gente, la población civil, había perdido gran parte de su interés por la guerra y la división de la sociedad en ricos y pobres, clase alta y clase baja, volvía a reinar.»⁴²

Mientras que Jackson atribuye el descenso de la marea revolucionaria al descubrimiento de la insospechada complejidad de la sociedad moderna, las observaciones directas de Orwell, lo mismo que las de Borkenau, sugieren una explicación mucho más sencilla. No es el descontento de los obreros de Barcelona lo que constituye un misterio, sino el extraño

limpiabotas se habían colectivizado y sus cajas estaban pintadas de rojo y negro. Mozos y vendedores miraban al cliente cara a cara y lo trataban como a igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje habían desaparecido. Nadie decía «señor» o «don» y tampoco «usted»; todos se trataban de «camarada» y «tú», y decían «salud» en lugar de «buenos días». La ley prohibía dar propinas desde la época de Primo de Rivera; tuve mi primera experiencia al recibir un sermón del gerente de un hotel por tratar de dársela a un ascensorista. No quedaban automotores privados, pues habían sido requisados, y los tranvías y taxis, además de buena parte de los otros transportes, ostentaban los colores rojo y negro. En todas partes había murales revolucionarios que lanzaban sus llamaradas en limpidos rojos y azules, junto a los cuales los pocos carteles de propaganda restantes semejabán manchas de barro. A lo largo de la Rambla, la amplia arteria central de la ciudad constantemente transitada por una muchedumbre, los altoparlantes vociferaban canciones revolucionarias durante todo el día y hasta muy avanzada la noche.

El aspecto de la multitud era lo que más extrañeza causaba. Parecía una ciudad en la que las clases adineradas hubiesen dejado de existir. Con la excepción de un escaso número de mujeres y de los extranjeros, no había gente «bien vestida»; casi todo el mundo llevaba tosca ropa de trabajo, o bien overoles azules o alguna variante del uniforme miliciano. Ello resultaba extraño y conmovedor. En todo esto había mucho que yo no comprendía y que, en cierto sentido, incluso no me gustaba, pero reconocí inmediatamente la existencia de un estado de cosas por el que valía la pena luchar. Asimismo, creía que los hechos eran tales como parecían, que me hallaba en realidad en un Estado de trabajadores, y que la burguesía entera había huido, perecido, o se había pasado por propia voluntad al bando de los obreros; no me di cuenta de que gran número de burgueses adinerados simplemente esperaban en las sombras y se hacían pasar por proletarios hasta llegar el momento de «quitarse el disfraz» —esperando el día feliz en que el poder comunista restableciese la antigua forma social y saboteara la participación popular en la guerra.

Sin embargo, en diciembre de 1936, Orwell no preveía un cambio de la situación: «Sin embargo, por lo que se podía juzgar, hasta ese momento la gente se mantenía contenta y esperanzada. No había desocupación y el costo de la vida seguía siendo extremadamente bajo; casi no se veían personas manifestamente indigentes, y ningún mendigo, exceptuando los gitanos. Por encima de todo, existía fe en la revolución y en el futuro, un sentimiento de haber entrado de pronto en una era de igualdad y libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista. En las peluquerías había letreros donde se explicaba solemnemente que los peluqueros —éstos eran en su mayor parte anarquistas— ya no eran esclavos. En las calles, carteles llamativos exhortaban a las prostitutas cambiar profesión. Para cualquier miembro de la civilización endurecida y burlona de las razas de habla inglesa, había algo realmente patético en la literalidad con que aquellos quiétopos españoles tomaban las gastadas frases de la revolución. En esa época, las canciones revolucionarias del tipo más ingenuo, todas ellas relativas a la hermandad proletaria y a la perversidad de Mussolini se vendían por pocos centavos. A menudo vi milicianos casi analfabetos que compraban una, la deletreaban trabajosamente y comenzaban a cantarla [...]»

Recordemos las fechas. Orwell llegó a Barcelona a finales de diciembre de 1936. El 7 de enero de 1937, Comorera decretaba la supresión de los comités obreros de suministro y de los comités del pan. Borkenau volvió a Barcelona hacia el quince de enero; Orwell, en abril.

41, 42. Orwell: *Op. cit.*, p. 124. Conviene citar más ampliamente la descripción que Orwell hace de Barcelona en diciembre, durante su primera estancia en la ciudad:

«Por primera vez en mi vida, me encontraba en una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas. Casi todos los edificios, cualquiera que fuese su tamaño, estaban en manos de los trabajadores y cubiertos con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; las paredes ostentaban el martillo y la hoz y las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todos los templos habían sido destruidos y sus imágenes, quemadas. Aquí y allá, cuadrillas de obreros se dedicaban sistemáticamente a demoler iglesias. En cada tienda y en cada café se veían inscripciones que proclamaban su nueva condición de servicios socializados; hasta los

edificio construido por el historiador. Que se me permita repetir aquí las informaciones de Jackson a propósito de Comorera: «Procedió inmediatamente a tomar disposiciones contra las permutas y las requisas, y se convirtió en el defensor de los campesinos contra la revolución»; «acabó con las requisas, restauró los pagos en moneda y protegió a los campesinos contra la continuación de las colectivizaciones.» Estos comentarios hacen suponer que los campesinos de Cataluña se oponían, en conjunto, a la revolución y que Comorera interrumpió la colectivización temida por los campesinos. En ninguna parte de su estudio menciona Jackson con más claridad un movimiento de oposición por parte de los campesinos; no aporta ninguna prueba cuando afirma que las colectivizaciones continuaban en el momento del nombramiento de Comorera. De hecho, podemos preguntarnos si el nombramiento de Comorera afectó verdaderamente al movimiento de colectivización en Cataluña. Este punto es difícil de precisar, pero parece que en ningún momento las colectivizaciones agrícolas tuvieron un desarrollo importante en Barcelona, y que, en cualquier caso, la colectivización no se proseguía en diciembre, cuando Comorera entró en funciones. Sabemos, de fuente anarquista, que hubo casos de colectivización forzosa en Cataluña⁴³, pero no encuentro ningún testimonio que pruebe que Comorera «protegía a los campesinos» contra la colectivización forzosa. Además es, por lo menos, falso dar a entender que los campesinos *en su conjunto* se oponían a la colectivización. Bolloten establece un cuadro más exacto de la situación: «Si el campesino que cultivaba su propia tierra veía con malos ojos el rápido desarrollo de las colectividades, los trabajadores agrícolas de la CNT anarcosindicalista y de la UGT socialista veían, por el contrario, el amanecer de una nueva era.» En breve, en el campo existía una compleja lucha de clases, aunque sobre esto no se nos diga gran cosa en el simplista y engañoso estudio del señor Jackson. Esta insuficiencia refleja sin duda, una vez más, la aversión de Jackson por la revolución y sus objetivos. Volveré sobre este punto con testimonios referentes a regiones donde la colectivización agrícola se desarrolló mucho más que en Cataluña.

Tal y como Jackson las enumera, he aquí las complejidades de la sociedad moderna que desconcertaban a los desprevenidos obreros anarquistas de Barcelona: las crecientes dificultades de aprovisionamiento, los problemas específicos de la administración de los pueblos, del control de los puestos fronterizos y del funcionamiento de los servicios públicos. Las dificultades relativas al aprovisionamiento se acumularon rapidísimamente, según parece, bajo la brillante dirección de Juan Comorera. En cuanto a los puestos fronterizos, el propio Jackson, en otro párrafo, describe la situación como sigue:

«En Cataluña, los anarquistas habían controlado desde el 18 de julio todas las aduanas de la frontera francesa. El 17 de abril de 1937, los reorganizados carabineros, actuando según órdenes de Juan Negrín, ministro de Hacienda, empezaron a reocupar la frontera. En choques con los carabineros murieron al menos ocho anarquistas.»

En lo concerniente a la vigilancia de la frontera, excepto el problema creado por los carabineros, problema innegable, apenas conocemos otras dificultades que hubiesen contribuido al descenso de la marea revolucionaria. Nada nos permite creer que los problemas de la administración de los pueblos y de los servicios públicos haya cogido desprevenidos a los obreros catalanes o haya sido demasiado complicado para ellos —esta notable capacidad de adaptación puede parecer sorprendente, pero no por ello deja de estar confirmada por todos los testimonios. Quiero subrayar, una vez más, que cuando interpreta el descenso de la marea revolucionaria y el

43. Véase Bolloten: *Op. cit.*, p. 74, —declaraciones de Juan Peiró, portavoz anarquista (septiembre de 1936). Con otros anarquistas y socialistas de extrema izquierda, Peiró condena severamente la colectivización forzosa. El 8 de enero de 1937, Ricardo Zabalza, socialista de extrema izquierda, secretario general de la Federación de trabajadores de la tierra, decía: «Prefiero una pequeña colectividad entusiasta, un grupo de trabajadores activos y honrados, a una gran colectividad establecida por la fuerza y formada por campesinos sin entusiasmo que sabotearían el proyecto y lo harían fracasar. La colectivización voluntaria se hará quizás, lentamente, pero el ejemplo de una pequeña colectividad bien organizada atraerá a todos los campesinos, que son profundamente prácticos y realistas, mientras que la colectivización forzosa acabaría por desacreditar la agricultura socialista» (citado por Bolloten). En realidad parece que los preceptos de los portavoces anarquistas y socialistas de extrema izquierda fueron frecuentemente violados.

descontento de los obreros catalanes, Jackson no apoya sus conclusiones en ninguna prueba. Sus conclusiones, creo poder afirmarlo una vez más, no traducen la realidad de los datos históricos sino el prejuicio del historiador liberal, miembro de una « élite ».

Consideremos otra declaración de Jackson : para los anarquistas, « la pérdida de Málaga [...] [era] debida en gran parte a la baja moral y la desorientación del proletariado andaluz, que veía que el gobierno de Valencia evolucionaba rápidamente hacia la derecha ». También aquí parece Jackson denunciar la ingenuidad y la absurdidad de los anarquistas españoles. Examinemos más de cerca la cuestión. Borkenau es una de las principales fuentes a que se refiere Jackson —y con razón, ya que Borkenau pasó varios días en la región, poco antes de la caída de Málaga (8 de febrero de 1937). Ahora bien, si leemos atentamente el informe de Borkenau, éste confirma, al menos parcialmente, la « explicación » anarquista. Borkenau considera que Málaga hubiese podido ser salvada por medio de una « lucha desesperada » con una participación masiva de la población, lucha que « los anarquistas hubiesen sido, sin duda, capaces de dirigir ». Dos factores, sin embargo, se oponían a tal forma de lucha : primeramente, el teniente coronel Villalba, oficial encargado de dirigir la defensa veía su tarea « como algo puramente militar, mientras que carecía en realidad de medios militares a su disposición, contando sólo con las fuerzas de un movimiento popular » ; era un oficial de carrera « que odiaba secretamente el espíritu de la milicia » y era incapaz de comprender el « factor político »⁴⁴. En segundo lugar, a principios de febrero la conciencia política y la participación popular manifestaban un claro retroceso. Los comités anarquistas ya no funcionaban ; había sido restablecida la autoridad de la policía y de la Guardia civil. « La molestia creada por cientos de cuerpos policíacos había desaparecido ; pero con ella había desaparecido también el apasionado interés del pueblo por la guerra civil [...] Había terminado el corto intermedio soviético del sistema político español. » Después de exponer la situación social en Málaga y los conflictos en el seno del gobierno de Valencia (que no había apoyado a la milicia que defendía Málaga ni había proporcionado

armas), Borkenau concluye : « La República española pagó con la caída de Málaga la decisión de su ala derecha de poner fin a la revolución social y de su ala izquierda de no permitir que esto sucediese. » Estudiando la caída de Málaga, Jackson habla del terror y de las rivalidades políticas en la ciudad, pero silencia el hecho de que el relato de Borkenau, tanto por sus datos como por sus conclusiones, apoya la tesis según la cual la derrota se debió, en gran parte, al desánimo de la población y a la actitud del gobierno de Valencia que no pudo, o no quiso, hacer una guerra popular. Por el contrario, Jackson concluye que el coronel Villalba, falto de medios para « dominar el desencadenamiento de la rivalidades políticas », no se encontraba enteramente libre para asumir sus tareas militares que debían de pasar antes que nada. Jackson parece, pues, pensar que la tarea era « puramente militar » y adopta el punto de vista condenado por Borkenau. El testimonio de Borkenau —no olvidemos que asistió a los acontecimientos— me parece mucho más convincente.

Una vez más en los casos citados, Jackson nos presenta una imagen algo deformada de la situación ; de nuevo, sin duda, porque comparte el prejuicio de todos los que creen en la superioridad de una « élite », prejuicio que se encuentra en la base de la interpretación que hacen de la guerra de España tanto los liberales, como los comunistas. Igual que el teniente coronel Villalba los historiadores liberales sienten con frecuencia una profunda aversión por « las fuerzas de un movimiento popular » y por « el espíritu de la milicia ». Es por esto —el argumento es defendible— por lo que no comprenden el « factor político ».

En Cataluña, durante las « jornadas de mayo » de 1937 se dio un golpe final a la revolución. El 3 de mayo, en Barcelona, Rodríguez Salas, consejero encargado del orden público y miembro del PSUC, se presentó en la Telefónica con un destacamento de policía ; sin advertencia previa ni consulta con los ministros anarquistas, venía a tomar posesión del

44. De Villalba, Jackson dice únicamente que « era un oficial de carrera, digno de confianza ». Después de la caída de Málaga, el teniente coronel Villalba fue juzgado por traición, acusado de haber desertado de su puesto y abandonado sus tropas. Broué y Témime señalan que es difícil de determinar la exactitud de esta acusación.

edificio que había sido ocupado en julio de 1936 por los obreros de Barcelona. Desde entonces, la Telefónica había funcionado bajo el control de un comité CNT-UGT, asistido por un delegado gubernamental, situación conforme con el decreto de colectivización del 4 de octubre de 1936. Según el *Daily Worker* (número del 11 de mayo de 1937), «Salas dio orden a los policías republicanos armados de desarmar a los empleados de la central, en su mayoría miembros de sindicatos de la CNT.» La razón, según Juan Comorera, era «poner fin a una situación anormal»; nadie podía hablar por teléfono «sin una oreja indiscreta conectada sobre la línea»⁴⁵. Los ocupantes del edificio opusieron una violenta resistencia y los policías tuvieron que batirse en retirada. Los comités locales de defensa levantaron barricadas en toda la ciudad. Companys y los dirigentes anarquistas pidieron a los trabajadores que depusiesen las armas. Hasta el 6 de mayo se mantiene una tregua durante la que no cesa de reinar un profundo malestar; el día 6 llegaron los primeros destacamentos de guardias de Asalto, violando las promesas del gobierno que había afirmado que se mantendría la tregua y se retirarían las tropas. Estas estaban dirigidas por el general Pozas, antiguo comandante de la tan odiada Guardia civil, convertido en miembro del partido comunista. Durante la batalla que siguió hubo unos 500 muertos y más de 1 000 heridos. Las «jornadas de mayo» tocaban a muerto por la revolución, anunciaban la derrota política para todos los dirigentes revolucionarios y la muerte para algunos de ellos⁴⁶.

Estos acontecimientos —de enorme importancia en la historia de la revolución española— son sumariamente resumidos como un incidente marginal. El historiador tiene evidentemente que elegir; desde el punto de vista de los liberales de izquierda —que Jackson comparte con Hugh Thomas y otros muchos— la liquidación de la revolución en Cataluña fue un acontecimiento menor, no siendo la revolución en sí misma más que un molesto contratiempo, un obstáculo irritante, que desviaba una parte de la energía necesaria en la lucha por la salvación del gobierno burgués. He aquí en qué términos se relata el aplasta-

miento de la revolución: «El 5 de mayo Companys obtuvo una frágil tregua, sobre la base de que los consejeros del PSUC tenían que retirarse del gobierno regional y la cuestión de la Compañía Telefónica quedara para ulteriores negociaciones. Sin embargo, aquella misma noche fue asesinado Antonio Sesé, un funcionario de la UGT, que estaba a punto de entrar en el reorganizado gabinete⁴⁷. En todo caso el gobierno de Valencia no tenía humor para contemporizar más con las izquierdas catalanas. El 6 de mayo llegaron a la ciudad varios miles de guardias de Asalto, y la marina republicana hizo una demostración en el puerto.»

Es interesante constatar las omisiones, que son significativas. Por ejemplo Jackson no subraya el hecho de que la llegada de los *asaltos* violaba la «frágil tregua», aceptada tanto por los obreros de Barcelona como, en los alrededores, por las tropas anarquistas y las del POUM, apenas menciona las sangrientas consecuencias y la significación política de esta negativa a «contemporizar más con las izquierdas catalanas». No cita, de pasada, más que la muerte de Sesé; no dice que Berneri y otros dirigentes anarquistas fueron asesinados, no sólo durante las «jornadas de mayo», sino también durante las semanas anteriores⁴⁸. Jackson no menciona el hecho de

45. J. Hernández y J. Comorera: *Spain Organizes for Victory: The Policy of the Communist Party of Spain Explained*, citado por Richards: *Op. cit.* No se trataba de criticar las insuficiencias del servicio telefónico sino de acusar a los trabajadores revolucionarios de «controlar las conversaciones de los políticos». Richards señala además: «El problema se presenta, desde luego, de forma muy distinta cuando 'la oreja indiscreta' es la de la GPU.»

46. Broué y Témime, p. 266.

47. Hugh Thomas deja suponer que la muerte de Antonio Sesé fue, probablemente, accidental. *La guerra civil española*, p. 505.

48. El alcalde anarquista de la villa fronteriza de Pulgarcá fue asesinado en abril (los carabineros de Negrín habían vuelto a ocupar los puestos fronterizos). El mismo día, Roldán Cortada, personalidad eminente de la UGT, fue asesinado en Barcelona —por militantes de la CNT, según una opinión generalmente extendida. Pelrats refuta esta acusación (*Los anarquistas...*, véase nota 12) y afirma, no sin razón, que este asesinato fue probablemente una provocación estalinista. Un miembro de la CNT fue asesinado como represalia. Según Orwell, cuyo testimonio sobre las «jornadas de mayo» sigue siendo un documento de la mayor importancia: «Puede medirse la actitud de la prensa capitalista extranjera hacia (Sigue la nota en la página siguiente.)

que la marina republicana no fue la única en hacer demostraciones en el puerto; barcos de guerra británicos se dedicaron a la misma maniobra⁴⁹. Jackson no cuenta tampoco la impresionante descripción de los guardias de Asalto que Orwell compara con las tropas del frente, donde acaba de pasar varios meses:

los guardias de Asalto eran «tropas espléndidas, las mejores que yo había visto en España [...] Estaba acostumbrado a la milicia andrajosa y apenas armada del frente aragonés, y no sabía que la República contara con tropas como ésas [...] Los guardias civiles y los carabineros, que no estaban destinados al frente en absoluto, tenían mejores armas y mejores ropas que nosotros. Sospecho que lo mismo acontece en todas las guerras: siempre hay idéntico contraste entre la reluciente policía de la retaguardia y los andrajosos soldados de las trincheras».

El contraste nos dice mucho acerca de la naturaleza de la guerra, tal como era entendida por el gobierno de Valencia. Orwell, por otra parte, no tarda en sacar claramente sus conclusiones:

«Un gobierno que envía al frente muchachos de quince años, armados con fusiles de cuarenta, y deja en retaguardia a sus hombres más sólidos y sus armas más perfeccionadas, está evidentemente más asustado por la revolución que por los fascistas. De aquí la debilidad de la política de guerra en el transcurso de estos últimos seis meses, y el compromiso que, casi con certeza, pondrá fin a la guerra.»⁵⁰

Con sus omisiones y sus postulados, Jackson nos hace suponer que comparte la opinión del gobierno: una victoria de la revolución era el mayor peligro que amenazaba a España.

Aparentemente, Jackson no atribuye más que un valor limitado al testimonio de Orwell, «el lector ha de tener en cuenta, sobre las honestas afirmaciones de Orwell, que él conocía muy poco las complejidades políticas de la pugna». Extraño comentario. Primera puntualización: en treinta años, las consideraciones de Orwell sobre «las complejidades políticas de la pugna» no han perdido nada de su interés. Si tienen algún defecto es, probablemente, por su tendencia a dar demasiada importancia al POUM con respecto a los anarquistas; esto no resulta sorprendente teniendo en cuenta que Orwell pertenecía a las milicias del POUM. Orwell subraya, muy justamente, los grandes

absurdos publicados por la prensa estalinista y liberal de la época; las informaciones acumuladas desde entonces no nos hacen dudar de los acontecimientos que nos relata ni de las interpretaciones que les dio en el fuego de la batalla. Orwell, es un hecho, habla de su «ignorancia política». Comentando la derrota, en mayo, de la revolución, dice: «Me daba cuenta —sin bastante claridad, dada mi

el conflicto anarquista-comunista, señalando que el asesinato de Roldán fue objeto de amplia publicidad, mientras fue ocultado cuidadosamente el que constituyó su respuesta. «Del mismo modo, para hacerse una idea de la actitud de Jackson, basta constatar que menciona el asesinato de Sesé, calificándolo de acontecimiento decisivo, mientras que silencia el asesinato de Berneri (véase la página 311). Otra observación de Orwell: «En la prensa inglesa, concretamente, y en cualquier momento de la guerra había que buscar durante largo tiempo antes de encontrar una apreciación favorable a los anarquistas españoles. Se los ha difamado constantemente y, lo sé por experiencia, es casi imposible conseguir publicar algo en su defensa.» Las cosas apenas han cambiado.

49. Según Orwell: «Un crucero y dos destructores británicos se habían acercado al puerto y, sin duda, no muy lejos había otros barcos de guerra. Los periódicos ingleses anunciaban que esos barcos se dirigían a Barcelona 'para proteger los intereses británicos' pero, en verdad, no tomaron ninguna medida tendente a ese propósito, no bajó a tierra ningún hombre ni subió a bordo ningún refugiado. No puede haber certeza al respecto, pero es al menos bastante probable que el gobierno británico, que no había movido un dedo para defender al gobierno español contra Franco, interviniera con bastante rapidez para salvarlo de su propia clase obrera.» No se excluye que tal suposición no haya obligado a los dirigentes de extrema izquierda a impedir el control absoluto de la ciudad por los obreros que hubiesen podido, según parece, hacerse fácilmente sus amos al comienzo de las «jornadas de mayo».

Hugh Thomas (*La guerra civil española*, p. 504) pretende que los «temores» de Orwell eran infundados. Si se considera el conjunto de la actitud británica respecto a España, el punto de vista de Orwell parece infinitamente más realista que el de Thomas.

50. *Controversy*, agosto de 1937, citado por Morrow. Predicción bastante razonable que debía de revelarse inexacta. Si las potencias occidentales y la Unión Soviética lo hubiesen deseado, parece que se hubiese podido llegar a un compromiso que hubiera ahorrado a España las terribles consecuencias de la victoria franquista. Véase Brenan: *Op. cit.*, p. 248. Según Brenan, la Gran Bretaña no intervino en favor de un armisticio o de una posible reconciliación porque Chamberlain «no vio nada de extraordinario ni perturbador en la perspectiva de una victoria de alemanes e italianos». Conviene examinar con más atención la actitud de Winston Churchill. En abril de 1937 declaraba que una victoria franquista no perjudicaría los intereses británicos. El peligro provenía, más bien, de trotskistas y anarquistas (véase Broué y Témime: *Op. cit.*, p. 172). A este propósito, mencionaremos el reciente descubrimiento de un estudio inédito de Churchill, escrito en marzo de 1939 —seis meses después de Munich—: Inglaterra «animaría y ayudaría a un Hitler que se afirmase auténtico partidario de la paz y la tolerancia» (véase *New York Times*, 12 de diciembre de 1965).

ignorancia política— de que el día en que el gobierno se sintiese seguro, habría represalias.» Las obras históricas más recientes se conforman fácilmente con esta clase de «ignorancia política».

Poco después de las «jornadas de mayo», el gobierno Largo Caballero fue derrocado y Juan Negrín se convirtió en jefe del gobierno de la República española. Según Broué y Témine, Negrín «era un defensor incondicional de la propiedad capitalista; resuelto adversario de la colectivización, se oponía a todas las proposiciones de los ministros de la CNT. Fue él quien reorganizó firmemente los carabineros y dirigió la transferencia de las reservas de oro de la República a la URSS. Gozaba de la confianza de los moderados y [...] estaba en términos excelentes con los comunistas».

El primer acto importante del gobierno Negrín fue la prohibición del POUM y el reforzamiento del control del gobierno central sobre Cataluña. El gobierno se ocupó a continuación de Aragón, controlado en gran parte por los anarquistas desde los primeros días de la revolución —Aragón, donde la colectivización agrícola estaba muy desarrollada y los elementos comunistas eran poco numerosos. Los consejos municipales estaban coordinados por el Consejo de Aragón, dirigido por Joaquín Ascaso, conocido militante de la CNT —uno de sus hermanos pereció en el transcurso de las «jornadas de mayo». Durante el gobierno Largo Caballero, los anarquistas habían aceptado la colaboración con otros partidos antifascistas, entre ellos el partido comunista, pero la mayoría seguía siendo anarquista. En agosto, el gobierno Negrín anunció la disolución del Consejo de Aragón, y envió a Aragón una división del ejército español a las órdenes del comunista Enrique Lister para imponer la disolución de los comités locales, la supresión de las colectividades y establecer la autoridad del gobierno central. Ascaso fue acusado de robo de joyas —las joyas «robadas» habían sido vendidas por el Consejo para procurar fondos a las colectividades en el otoño de 1936. La prensa local anarquista fue suprimida y sustituida por un periódico comunista; en general, los locales anarquistas fueron ocupados y, después, clausurados. El 21 de septiembre fue ocupado el último bastión anarquista

después de un ataque apoyado por tanques y artillería. Como consecuencia de la censura gubernamental poseemos pocos informes inmediatos de estos acontecimientos, que las principales obras de historia mencionan muy brevemente⁵¹. Según Morrow, «la prensa oficial de la CNT [...] comparó el asalto contra Aragón a la intervención en Asturias, en octubre de 1934, dirigida por López Ochoa» —una de las más sangrientas represiones de la historia contemporánea de España. Aunque haya exageración, no deja de ser cierto que los órganos de administración populares fueron liquidados por las legiones de Lister y que la revolución recibió, en Aragón, un golpe mortal.

He aquí como expone Jackson los acontecimientos de Aragón:

«El 11 de agosto el gobierno anunció la disolución del Consejo de Aragón, la administración dominada por los anarquistas que había sido reconocida por Largo Caballero en diciembre de 1936. Se sabía que los campesinos odiaban al Consejo. Los anarquistas desertaron del frente durante las luchas en Barcelona, y la mera existencia del Consejo era un desafío a la autoridad del gobierno central. Por todas estas razones, Negrín no vaciló en enviar tropas y detener a los funcionarios anarquistas. Sin embargo, en cuanto su autoridad fue quebrantada, fueron puestos en libertad.»⁵²

51. No encuentro ninguna mención de estos acontecimientos en Hugh Thomas (*La guerra civil española*). La mayoría de las informaciones que se dan aquí se toman de Broué y Témine.

52. Una nota subraya la «clemencia» del gobierno hacia las personas detenidas. Jackson no dice nada de las acusaciones lanzadas contra Ascaso y otros, ni de la forma en que se restableció el orden en Aragón. Para apreciar los acontecimientos en su justo valor, conviene comparar el respeto de los derechos cívicos de que daba pruebas Negrín en el otro frente, el frente antifascista. Después de la guerra, en una entrevista con John Whitaker (*We Cannot Escape History*, McMillan, 1943), Negrín explicó por qué su gobierno se había defendido tan mal contra la quinta columna, incluso contra conocidos agentes fascistas: «No podíamos detener a un hombre por una sospecha, no podíamos prescindir de las pruebas. No nos podíamos arriesgar a detener a un inocente con el pretexto de estar convencidos de su culpabilidad. Estábamos metidos en una guerra, ciertamente, pero no se podía prescindir de la conciencia.» Naturalmente estos escrúpulos desaparecían cuando se trataba de los derechos de los obreros anarquistas y socialistas, y no de los agentes fascistas.

Estas consideraciones merecen toda nuestra atención. Consideramos primeramente la acusación lanzada a los anarquistas: « Los anarquistas desertaron el frente durante las luchas de Barcelona. » Es exacto que los elementos de algunas divisiones anarquistas y del POUM se disponían a marchar sobre Barcelona, pero no lo hicieron, detenidos por la « frágil tregua » del 5 de mayo; ninguna tropa anarquista se encontraba en las proximidades de Barcelona para defender al proletariado de Barcelona y sus instituciones. En cambio, el gobierno retiró del frente una columna motorizada de 5 000 guardias de Asalto, con el propósito de violar la « frágil tregua »⁵³. Así, pues, la únicas fuerzas que « desertaron el frente » durante los combates de Barcelona fueron las fuerzas enviadas por el gobierno con la misión de ayudar al aplastamiento de la revolución. Véanse las observaciones de Orwell citadas más arriba.

¿ « Se sabía que los campesinos odiaban al Consejo » ? Lo mismo que en otros casos anteriormente citados. Jackson no nos proporciona la menor indicación acerca de los testimonios que le permiten establecer este juicio. Los más detallados informes acerca de las colectivizaciones se encuentran en documentos de origen anarquista; según ellos la colectivización estaba particularmente desarrollada en Aragón y había obtenido notables éxitos⁵⁴. Las federaciones de trabajadores agrícolas de la CNT y la UGT sostenían vigorosamente la colectivización; y se trataba, sin duda alguna, de organizaciones que gozaban del apoyo de las masas. Varios no anarquistas, testigos directos de la colectivización en Aragón, han emitido opiniones muy positivas e insistido sobre el carácter espontáneo de la colectivización⁵⁵. Según Gastón Leval, observador anarquista que informa detalladamente acerca de la colectivización agrícola, el 75 % de los pequeños propietarios aragoneses se han adherido voluntariamente al nuevo sistema, los otros no estaban, en absoluto, obligados a integrarse en las colectividades⁵⁶. Otros observadores anarquistas —A. Souchy, concretamente— han comentado ampliamente el funcionamiento de las colectividades en Aragón. Es imposible, sin exponerse a falsificar

groseramente la realidad, conciliar las afirmaciones de estos observadores con la afirmación de Jackson —« se sabía que los campe-

53. Véase Broué y Témime, p. 262. Ironía de la situación: entre las fuerzas del gobierno había tropas anarquistas, las únicas que entraron en Barcelona.

54. Véase Bolloren: *Op. cit.*, p. 54, nota 1, para numerosas referencias.

55. Broué y Témime citan a los socialistas Alardo Prats, Fenner Brockway y Carlo Rosselli. En cuanto a Borkenau, cree que la colectivización fue, en buena parte, impuesta por el terror. Apenas aporta testimonios en apoyo de sus suposiciones, cuando existen algunos de origen anarquista. Véase nota 43. Rucker (« Anarchism and Anarcho-Syndicalism », nota 1, en *European Ideologies*, Philosophical Library, Nueva York; reproducido en P. Eltzbacher ed., *Anarchism*, Freedom Press, Londres, 1960) cita comentarios de Rosselli y Brockway, referentes al carácter general de la colectivización.

Rosselli: « En tres meses, Cataluña ha sabido edificar un nuevo orden social sobre las ruinas del antiguo sistema. Fue la obra, principalmente, de los anarquistas que dieron pruebas de un notable sentido de la medida, de realismo y de grandes calidades de organizadores [...] Todas las fuerzas revolucionarias de Cataluña se han unido para aplicar un programa socialista-sindicalista [...] El anarcosindicalismo, tan despreciado hasta entonces, se reveló como una gran fuerza constructiva. Yo no soy anarquista, pero es mi deber expresar aquí mi opinión sobre los anarquistas de Cataluña, que han sido demasiado a menudo presentados como elementos destructivos e, incluso, criminales. »

Brockway: « He quedado impresionado por la fuerza de la CNT. La CNT es en España la más importante y la más activa de las organizaciones de trabajadores —para saberlo no esperé a que me lo dijese. Saltaba a la vista. Con toda evidencia las grandes empresas estaban dirigidas principalmente por los anarquistas —los ferrocarriles, los transportes por carretera, la navegación, la industria mecánica la textil, la electricidad, la construcción, la agricultura...— He quedado extraordinariamente impresionado por el trabajo revolucionario constructivo llevado a cabo por la CNT. El éxito del control obrero en la industria provoca el entusiasmo... Todavía hay británicos y americanos que consideran a los anarquistas españoles como gentes imposibles, indisciplinadas e ingobernables. Esta opinión se sitúa en los antipodas de la verdad. Los anarquistas españoles, reunidos en el seno de la CNT, realizan una gran obra constructiva, una de las más grandes jamás realizadas por la clase obrera. En el frente combaten el fascismo. En la retaguardia edifican realmente la nueva sociedad de los trabajadores. Dirigen simultáneamente la revolución social y la guerra contra el fascismo. Quienes los han visto y han comprendido lo que hacen les deben respeto y agradecimiento... Es ésta, ciertamente, la mayor obra jamás realizada por los trabajadores en cualquier parte del mundo. »

56. Véase Richards: *Op. cit.*, donde se encontrarán numerosas citas.

sinos odiaban al Consejo». A menos, evidentemente, que limitemos el significado de la palabra «campesino» a «cultivador que posee su propia tierra»; entonces, la afirmación de Jackson sería quizás exacta; pero equivaldría a justificar la supresión del Consejo basándose únicamente en los derechos de los labradores propietarios sin tener en cuenta los derechos del obrero agrícola. El éxito económico de las colectividades apenas ofrece dudas⁵⁷, y este mismo éxito hace sospechosa la afirmación según la cual la colectivización habría sido brutalmente impuesta a campesinos recalci- trantes.

Ya he mencionado la conclusión general de Bolloten, basada en una abundante documentación: si algunos campesinos veían con malos ojos el desarrollo de las colectividades agrícolas, «los jornaleros pertenecientes a la CNT anarcosindicalista y a la socialista UGT la consideraban, por el contrario, el comienzo de una nueva era». Dadas las informaciones de que disponemos, esta conclusión parece completamente razonable. En cuanto al caso concreto de Aragón, Bolloten hace la siguiente observación: «Los campesinos agobiados de deudas se sentían fuertemente influidos por las ideas de la CNT y de la FAI; factor que prestó potente y espontáneo ímpetu a la colectivización», pese a las dificultades mencionadas por los comentaristas anarquistas —que, generalmente, reconocen honestamente los fracasos. Citando, entre otras, dos informaciones de origen comunista, Bolloten cuenta que el 70 % aproximadamente de la población rural de Aragón vivía en colectividades (p. 70); añade que «muchas de las 450 colectividades eran voluntarias»; sin embargo, «la presencia de milicianos de la vecina región de Cataluña, la inmensa mayoría de los cuales eran miembros de la CNT y de la FAI» estaba «en cierto modo» en el origen del extraordinario desarrollo de la colectivización. Bolloten constata también que numerosos cultivadores propietarios, que no estaban obligados a adherirse al sistema colectivo, entraban en las colectivi-

Cataluña y Levante, donde los campesinos propietarios seguían siendo mayoría.

Thomas es, que yo sepa, el único historiador profesional que trata de analizar sistemáticamente los resultados de la colectivización agrícola en España. Concluye que las colectividades eran probablemente «un éxito social considerable» y habían, ciertamente, suscitado una adhesión masiva de la población, pero la viabilidad económica le parece más dudosa. Thomas escribe que «la presión comunista sobre las colectividades ha dado quizás a éstas el impulso necesario para sobrevivir», hipótesis perfectamente injustificada lo mismo que otra hipótesis de Thomas: «Es a la misma existencia de la guerra [...] a la que las colectividades deben quizás ciertos éxitos.» Por el contrario, la creación espontánea de colectividades en toda la España republicana y los éxitos de las mismas nos autorizan a pensar que esta forma de organización satisfacía una profunda necesidad de la población; la guerra, como las presiones comunistas, aparecen como factores de desmembramiento y finalmente, con certeza, como factores de destrucción.

No resulta menos aventurado concluir que «las colectividades anarquistas, desde el punto de vista de la distribución de bienes, apenas representaban un progreso sobre el capitalismo», porque las «colectividades no habían previsto limitar el consumo a fin de ayudar a las colectividades pobres», y no era posible establecer proyectos a gran escala. Bolloten, por el contrario, escribe: «[...] con el fin de remediar los defectos de la colectivización, así como para suprimir la distancia entre el nivel de los trabajadores en las empresas prósperas y en las pobres, los anarcosindicalistas, fundamentalmente opuestos sin embargo a la nacionalización, preconizaban la centralización —o la socialización, según su expresión— de sectores enteros de la producción, bajo el control de los sindicatos.» Menciona varios ejemplos de socialización parcial —otros tantos éxitos relativos—; pero la evolución no pudo continuar debido, esencialmente, a que el partido comunista y los dirigentes de la UGT (aunque no, aparentemente, la masa de sus miembros) querían imponer la nacionalización y el control gubernamental. Según Richards: «En junio de 1937 [...] un pleno nacional de las Federaciones regionales de campesinos se reunió en Valencia con vistas a coordinar y extender el movimiento de colectivización y a asegurar una distribución equitativa de los productos de la tierra, no sólo entre las colectividades sino en todo el país. Posteriormente, en octubre de 1937, en Castilla, la Federación regional de campesinos (100 000 miembros) se fusionó con la red de distribución de productos alimenticios (13 000 miembros). Era un paso lógico en el camino de asegurar una mejor coordinación e idénticas fusiones fueron adoptadas por el congreso de colectividades, en noviembre de 1937, en Valencia, para el conjunto de España.» Otros proyectos de coordinación regional y nacional estaban en preparación: véase, por ejemplo, D.A. de Santillán: *After the Revolution*, Nueva York, 1937.

Thomas juzga que las colectividades no habrían podido mantenerse más que «muy pocos años, el tiempo de vencer la miseria elemental». No encuentro nada, en los hechos que cita, que justifique esta apreciación. La experiencia de Palestina prueba que el éxito social y económico de las colectividades puede mantenerse durante un largo periodo. El éxito de la colectivización española, en tiempo de guerra, parece sorprendente. No se puede afirmar con seguridad que este éxito se habría confirmado y extendido —si las colectividades no hubiesen sucumbido a los ataques combinados de fascistas, comunistas y liberales— pero no veo ninguna base objetiva que justifique el escepticismo universal al respecto. Una vez más creo que se trata, sencillamente, de un prejuicio absurdo.

57. Véase H. Thomas: *Anarchist Agrarian Collectives in the Spanish Civil War*. Las cifras citadas por Thomas demuestran que la producción agrícola aumentaba en Aragón y Castilla, donde la colectivización estaba muy extendida; y disminuía en

dades por diversas razones: « No sólo se les impedía emplear mano de obra asalariada y disponer libremente de sus cosechas [...] sino que, con frecuencia, se les negaban todos los beneficios de que disfrutaban los miembros » (p. 71). Siempre según Bolloten, en abril de 1937, los comunistas intentaron provocar disensiones en las « zonas donde la CNT y la UGT habían establecido granjas colectivas por acuerdos mutuos » (p. 198), llegando a provocar verdaderas batallas y haciéndose culpables de numerosos asesinatos —según informaciones proporcionadas por miembros de la CNT⁵⁸.

En su detallado informe de los acontecimientos del verano de 1937, Bolloten proporciona datos reveladores acerca de la actitud de los campesinos de Aragón respecto a la colectivización:

« Era inevitable que los ataques a las colectividades tuvieran un efecto desfavorable en la economía y la moral rural, pues mientras es cierto que en algunas zonas la colectivización era anatema para la mayoría de los campesinos, no es menos cierto que en otras las granjas colectivas fueron organizadas espontáneamente por la masa de la población campesina. En la provincia de Toledo, por ejemplo, donde aun antes de la guerra existían colectividades rurales, el 83 % de los campesinos, según fuente afecta a los comunistas, se decidió en favor del cultivo colectivo del suelo. Cuando la campaña contra las colectivizaciones llegaba a su punto más alto, exactamente antes de la cosecha de verano (de 1937) una nube de desaliento y aprensión se cernía sobre los trabajadores agrícolas. El trabajo del campo quedaba abandonado en muchos lugares o realizado sólo apáticamente, y existía el peligro de que una parte sustancial de la cosecha, vital para los esfuerzos de la guerra, se dejara perder » (p. 199).

Los comunistas, explica Bolloten, se vieron entonces obligados a cambiar de táctica y a tolerar —provisionalmente— las colectividades. Un decreto autorizó las colectividades durante el año agrícola en curso (el subrayado es de Bolloten) y les concedió una cierta ayuda. Este decreto « creó un sentimiento de alivio en el campo en este decisivo período de la siega ». Inmediatamente después del almacenamiento del grano, se abandonó la táctica de apaciguamiento que fue sustituida

por una brutal represión. Según informes de origen comunista citados por Bolloten, « una breve y violenta campaña a comienzos de

58. Citaré a un escritor anarquista, Gastón Leval: Ne Franco, ne Stalin: La collectivité anarchiste espagnole nella lotta contra Franco et la réaction staliniana, Milán, 1955, en parte traducido en Collectivités anarchistes en Espagne révolutionnaire, Noir et Rouge: « A mediados de junio, comenzó en Aragón el ataque en gran escala y con métodos desconocidos hasta entonces. La siega se aproximaba. En las carreteras, los guardias del fisco, fusil en mano y a las órdenes de los comunistas, detenían los camiones cargados de provisiones, dirigiéndolos hacia los edificios administrativos. Poco después, los mismos guardias hicieron su aparición en las colectividades confiscando grandes cantidades de trigo según las órdenes del Estado Mayor general que se encontraba en Barbastro [...] Más tarde, en agosto, en Belchite [...] Lister pasó a la acción, con tropas traídas del frente [...] El resultado final [...] el 30 % de las colectividades fueron completamente destruidas. En Alcolea, el consejo municipal, que dirigía la colectividad, fue detenido; las personas que vivían en el asilo de ancianos [...] fueron arrojadas a la calle. En Mas de las Matas, en Monzón, en Barbastro, en todas partes había detenciones. En todas partes se saqueaba. Los depósitos de las cooperativas donde se guardaban las reservas de trigo fueron desvalijados, el mobiliario destruido. El gobernador de Aragón, nombrado por el gobierno central después de la disolución del Consejo de Aragón —disolución que parece haber sido la señal del ataque armado contra las colectividades— protestó. Le contestaron que se fuese al diablo.

El 22 de octubre, la delegación del Comité regional de Aragón presentó en el Congreso nacional de campesinos el informe que resumimos:

Más de 600 organizadores de colectividades han sido detenidos. El gobierno ha designado comités de administración que se han incautado de los almacenes y distribuido al azar su contenido. Las tierras, los animales de labranza y los aperos se han dado a familiares particulares o a los fascistas respetados por la revolución. La cosecha ha sido distribuida de la misma manera. Los animales criados por las colectividades sufrieron la misma suerte. Un gran número de porquerizas, establos y lecherías colectivizados han sido destruidos. En algunos municipios, como Bordou o Calaceite, incluso las simientes han sido confiscadas y los campesinos se encuentran ahora en la imposibilidad de cultivar la tierra. »

La estimación de Leval —30 % de las colectividades destruidas— corresponde a las cifras que da Peirats (Los anarquistas en la crisis política española, p. 300). En septiembre de 1937, señala Peirats, solamente 200 delegados asistieron al congreso de las colectividades de Aragón (« celebrado a la sombra de las bayonetas de la 11 División » de Lister), mientras que al congreso de febrero asistieron 500 delegados. Peirats declara que una división de separatistas catalanes y otra del PSUC ocupaban también algunas regiones de Aragón durante el transcurso de esta operación; mientras que sólo tres divisiones anarquistas permanecían en el frente de conformidad con las órdenes de los dirigentes CNT-FAI. Recordemos las consideraciones de Jackson sobre la ocupación de Aragón: « Se sabía que los campesinos odiaban al Consejo, los anarquistas desertaron del frente durante las luchas en Barcelona, y la mera existencia del Consejo era un desafío a la autoridad del gobierno central. »

agosto », preparó la disolución del Consejo de Aragón. Después del decreto de disolución, « el nuevo gobernador general, José Ignacio Mantecón, miembro del partido de Izquierda republicana pero simpatizante en secreto de los comunistas (después de la guerra, en el exilio, se convirtió en miembro del partido comunista) [...] ordenó la disolución de las colectividades agrícolas ». Por la fuerza y el terror, la división de Lister restableció el antiguo sistema. Bolloten cita a comentaristas comunistas que reconocen los excesos y las brutalidades de la división Lister. Según el secretario general (comunista) del Instituto de reforma agraria, las medidas contra las colectividades fueron « un error gravísimo que produjo una tremenda desorganización en el campo »; « los descontentos de las colectividades [...] las atacaron, llevándose y repartiéndose todos los frutos y enseres que tenían, sin respetar a las que habían sido constituidas sin violencia ni coacción, que tenían una vida próspera y eran un modelo de organización [...] Como consecuencia, se paralizaron casi completamente todas las labores del campo, y a la hora de llevar a cabo la sementera la cuarta parte de la tierra de siembra no estaba preparada para recibirla » (p. 202-203). Una vez más, para evitar el desastre, se hizo necesario atenuar la represión de las colectividades. Resumiendo los acontecimientos, Bolloten expone como sigue la situación :

« Aunque la situación en Aragón mejoró en cierto grado, los odios y resentimientos engendrados por la destrucción de las colectividades y por la represión que le siguió, nunca quedaron totalmente desvanecidos. Tampoco pudo eliminarse por completo la desilusión consiguiente que minaba el espíritu de las fuerzas anarcosindicalistas del frente de Aragón, que sin duda alguna contribuyó al colapso de aquel frente unos meses después [...] de la destrucción de las colectividades agrícolas de Aragón, el partido comunista fue obligado a modificar su política y a apoyar las colectividades también en otras regiones contra los antiguos propietarios que buscaban la devolución de la tierra confiscada [...] » (p. 203).

Volviendo a las consideraciones del señor Jackson, podemos concluir que deforma gravemente la situación⁵⁹. La disolución del Consejo de Aragón y la destrucción en masa de las

colectividades por las fuerzas armadas marcaron, simplemente, una etapa en el camino del fin de la revolución y en la restauración del antiguo régimen. No critico a Jackson por sus sentimientos negativos sobre la revolución social, me permito insistir en ello, sino por su falta de objetividad relativa a los hechos —la revolución y la consiguiente represión.

Entre los historiadores de la guerra de España prevalece la opinión de que la política comunista estaba fundamentalmente justificada —de que era indispensable, a fin de fortalecer la adhesión interior e internacional a la causa republicana, el detener, y después invertir, el curso de la revolución social. Según Jackson, por ejemplo, Largo Caballero « había comprendido que era absolutamente necesario consolidar la autoridad del Estado republicano y trabajar en estrecha colaboración con los liberales de las clases medias ». Los dirigentes anarquistas que entraron en el gobierno compartían este punto de vista, seguros de la buena fe de un Companys o de otros liberales, y creían —ingenuamente, como probarían los acontecimientos— que las democracias occidentales vendrían en su ayuda.

Camilo Berneri preconizaba una política diametralmente opuesta. En su carta abierta a Federica Montseny⁶⁰, ministro anarquista, resume su punto de vista de la siguiente manera : « La alternativa guerra o revolución ya no tiene sentido. *La única alternativa es ésta : la victoria contra Franco por medio de la guerra revolucionaria, o la derrota* » (el subrayado es de Berneri). Sostenía que se debía conceder la independencia a Marruecos y animar la rebelión en toda el África del norte, y, en España, la lucha contra el régimen burgués que destruía progresivamente las realizaciones de la revolución de julio. La lucha debía ser esencialmente política. Para Franco contaban

59. Mientras que, por otra parte, Jackson habla de la obra de Bolloten en los siguientes términos : « En todo el presente capítulo me he basado ampliamente en este estudio cuidadosamente documentado del Partido Comunista en 1936-1937. No tiene rival por su análisis de la prensa de tiempo de guerra, de la que Bolloten, que era corresponsal de la UP en España, formó una gran colección » (p. 305).

60. Véase nota 18. Broué y Témime citan ampliamente a Berneri : *Guerra di Classe*. Una edición de las obras completas de Berneri nos ayudaría grandemente a comprender la guerra civil española y los problemas de la guerra revolucionaria en general.

mucho los contingentes de moros e incluso los importantes refuerzos llegados del Marruecos francés. La República podía explotar esta situación, desmoralizar las tropas nacionalistas y, quizás, ganárselas a la causa revolucionaria por medio de una agitación política basada en la posibilidad, que efectivamente se ofrecía, de una revolución panislámica y más concretamente de una revolución en Marruecos. En este texto de abril de 1937, Berneri insistía sobre la necesidad de reorganizar el ejército de la República para la defensa de la revolución y de recuperar el espíritu de participación popular de los primeros días de la revolución. Cita las palabras de su compatriota Luis Bertoni, que se encontraba en el frente de Huesca:

« La guerra de España, desposeída de toda fe nueva, de toda idea de transformación social, de toda grandeza revolucionaria, de toda significación universal, no es más que una guerra de independencia nacional que hay que continuar a fin de evitar el exterminio exigido por la plutocracia internacional. La temible cuestión de vida o muerte subsiste, pero ya no es una guerra para hacer una sociedad y una humanidad nuevas. »

En las condiciones en que se desarrolla, a partir de ahora, esta guerra estará ausente el elemento humano que podría vencer al fascismo.

Con la perspectiva dada por el tiempo, las ideas de Berneri parecen completamente razonables. Delegados de los nacionalistas marroquíes se dirigieron al gobierno de Valencia pidiendo armas y material, y se encontraron con una negativa de Caballero que ofrecía, por el contrario, concesiones territoriales en el norte de África a Inglaterra y a Francia, contando con asegurarse de esta forma su apoyo. Broué y Témine señalan que esta política privaba a la República del instrumento del derrotismo revolucionario en el ejército enemigo y quizás, incluso de un arma contra la intervención italiana. Jackson descarta la idea de Berneri: la independencia de Marruecos (o sencillamente la ayuda a los nacionalistas marroquíes) habría « sido muy poco apreciada en París y Londres ». Ciertamente que Francia o la Gran Bretaña no habrían apreciado un tal desarrollo de la lucha. Como dice Berneri, « ni que decir tiene

que no se pueden garantizar simultáneamente los intereses franceses y británicos y llevar a buen término una insurrección ». Pero Jackson no aborda el fondo del problema: la guerra revolucionaria preconizada por la izquierda ¿habría podido salvar la revolución española, atacada en el frente por los fascistas y desde el propio interior de la República por la coalición de burgueses y comunistas? Una lucha política llamando a la participación directa de las tropas de Franco o, por lo menos, quebrantando su moral, ¿no hubiese podido salvar verdaderamente a la República? Se comprende fácilmente que este audaz proyecto no sedujese a Caballero —dado que contaba con el apoyo de las democracias occidentales. Sin embargo, teniendo en cuenta nuestros conocimientos actuales, tenemos el derecho de juzgar como algo precipitadas las breves indicaciones de Jackson.

Los comentarios de Bertoni, redactados en el frente de Huesca, están confirmados por otros muchos testimonios —de los que ya hemos citado algunos. Incluso los que admiten la necesidad de la estrategia comunista (disciplina y control central) admiten que la represión, inseparable de esta estrategia, « quebrantaba el espíritu combativo de la población »⁶¹. No se pueden hacer más que conjeturas, pero me parece que numerosos comentaristas han subestimado gravemente la importancia del factor político, la fuerza potencial de una lucha popular por la defensa de las realizaciones de la revolución. A este respecto conviene señalar que solamente en Asturias, única región de España en donde el sistema de comités CNT-UGT no fue eliminado en beneficio del control central, la guerrilla continuó durante largo tiempo después de la victoria de Franco. Según Broué y Témine⁶², la resistencia de los guerrilleros asturianos demuestra la fuerza del empuje revolucionario, que no fue roto por el restablecimiento de la autoridad central, efectuado aquí con gran prudenencia. Parece que una guerra revolucionaria, como la preconizada por Berneri, hubiese tenido posibilidades de éxito pese a

61. Cattell: *Op. cit.*, p. 208. Véanse también los comentarios de Borkensau, Brenan y Bolloten anteriormente citados. Cattell y Borkensau, sin embargo, conceden poca importancia a este descenso del espíritu combativo.

62. Página 195, nota 7.

la superioridad militar de los ejércitos fascistas. La idea de que los hombres pueden vencer a las máquinas no parece hoy tan romántica e ingenua como hace algunos años.

Como demuestra claramente la historia de la contrarrevolución, los dirigentes anarquistas cometían un error confiando en el gobierno burgués. Hoy vemos que Berneri tenía razón cuando sostenía que los anarquistas se habían equivocado participando en el gobierno burgués y que hubiesen debido reemplazar este gobierno por las instituciones surgidas de la revolución⁶³. García Oliver, ministro anarquista, declaraba: « [...] confiábamos en la palabra y en la persona de un demócrata catalán, apoyamos a Companys y lo hemos mantenido en sus funciones de presidente de la Generalitat »⁶⁴, en una época en la que las organizaciones obreras, por lo menos en Cataluña, hubiesen podido reemplazar fácilmente el aparato estatal y suprimir los antiguos partidos políticos, lo mismo que habían reemplazado el antiguo sistema económico por una estructura completamente nueva. Companys sabía bien que no podía colaborar con los anarquistas más allá de ciertos límites. Durante una entrevista con H.E. Kaminski, se negó a precisar estos límites y se contentó con expresar la esperanza de que las masas anarquistas no se opondrían al buen sentido de sus dirigentes que habían aceptado las responsabilidades que se les habían dado; su tarea personal era orientar dichas responsabilidades por el buen camino, camino que no definió con más exactitud durante esta entrevista, pero revelado por la serie de acontecimientos que precedieron las « jornadas de mayo »⁶⁵. Respondiendo a un corresponsal de *The New Statesman and Nation* que vaticinaba que el asesinato del alcalde anarquista de Puigcerdá provocaría una revuelta, Companys « rio desdenosamente y declaró que los anarquistas capitularían como siempre habían hecho »⁶⁶; esta reacción es suficiente para revelar los sentimientos de Companys relativos a la voluntad de cooperación de los jefes anarquistas. La coalición de liberales y comunistas —ya hemos mencionado algunos testimonios a este respecto— no tenía la intención de renunciar al aplastamiento de la revolución para dar prioridad a la guerra contra Franco. Un portavoz de Comorera se explicó muy claramente sobre la cuestión

cuando dijo que la consigna atribuida al PSUC, « Antes de tomar Zaragoza, hay que tomar Barcelona », reflejaba exactamente la situación⁶⁷. El propio Comorera presionaba, desde el principio, a Companys para que resistiese a la CNT⁶⁸. La primera tarea de la coalición antifascista, sostenía, era la supresión de los comités revolucionarios⁶⁹. Numerosos testimonios, citados anteriormente, indican que la represión dirigida por el Frente Popular había comprometido gravemente la participación de las masas en la guerra antifascista. La realidad de la situación no era menos evidente para los obreros de Barcelona y los campesinos de las colectividades aragonesas que para George Orwell: la coalición de liberales y comunistas no toleraría una transformación revolucionaria de la sociedad española; el gobierno de coalición utilizaría todas sus fuerzas en la lucha contra Franco, únicamente después del completo restablecimiento del antiguo régimen —por la fuerza, si fuese necesario⁷⁰.

63. Sobre este punto Trotski adopta una posición idéntica, veáanse sus « Leçons d'Espagne », *Œuvres*, t. III. [Traducción española: « Lección de España. Última advertencia » en León Trotski: *Obras*, t. III, *Escritos sobre España*, Ruedo ibérico, París, 1971.]

64. Citado por Richards: *Op. cit.*, p. 23.

65. H.E. Kaminski: *Ceux de Barcelone*, París, 1937. Testigo directo, Kaminski aporta observaciones muy interesantes sobre la España anarquista, que considera con un espíritu a la vez escéptico y benévolo.

66. 15 de mayo de 1937. Citado por Richards, p. 106.

67. Véase Broué y Témime, p. 258, n. 34. La toma de Zaragoza era el objetivo, jamás alcanzado, de las milicias anarquistas en Aragón.

68. Véase Broué y Témime, p. 175. 69. *Ibid.*, p. 193.

70. Los periodistas extranjeros estaban bien seguros de ello. Morrow (*op. cit.*) cita a James Minifie (*New York Herald Tribune*, 28 de abril de 1937): « Lenta, pero seguramente, se edifica una sólida fuerza de policía. El gobierno de Valencia ha encontrado en los carabineros el instrumento ideal. Antiguos aduaneros y guardias fronterizos han sido siempre famosos por su lealtad. Sabemos, de fuente autorizada, que 40 000 hombres han sido reclutados y que 20 000 de ellos ya han sido armados y equipados [...] Los anarquistas, rápidamente informados, protestan del creciente poderío de estas fuerzas en un momento en que, como todos sabemos, el tráfico a través de las fronteras, por tierra o por mar, se halla reducido al mínimo. Se dan cuenta de que estas tropas serán utilizadas contra ellos. » ¡Imaginemos lo que estos soldados, lo mismo que la división Lister o los Asaltos mencionados por Orwell, hubiesen podido realizar en el frente de Aragón, por ejemplo! ¡Imaginemos el estado de ánimo de los milicianos, privados de armas por el gobierno central, al saber que estas tropas bien armadas y entrenadas estaban liquidando las realizaciones de la revolución!

Los trabajadores de las colectividades agrícolas, apenas se puede poner esto en duda, comprendían muy bien el contenido social de la campaña de propaganda a favor de la unificación y el control central. No solamente las informaciones de origen anarquista, sino también los artículos aparecidos en la prensa socialista en la primavera de 1937, nos informan de esta lucidez. El 1 de mayo, *Adelante*, periódico del partido socialista, se expresaba como sigue :

« Al comienzo de la rebelión fascista, las organizaciones sindicales y los elementos democráticos de la nación se pusieron de acuerdo en juzgar que la pretendida revolución nacionalista, que amenazaba con hundir a nuestro pueblo en un abismo de sufrimientos, sólo podía ser detenida por una revolución social. El partido comunista, sin embargo, se oponía con todas sus fuerzas a este punto de vista. Había olvidado, aparentemente, sus antiguas teorías acerca de la « república de los obreros y de los campesinos » y « la dictadura del proletariado ». A juzgar por la nueva consigna del partido comunista a favor de una república democrática y parlamentaria, consigna repetida constantemente, parece evidente que el partido comunista ha perdido el sentido de la realidad. Mientras que los elementos católicos y conservadores de la burguesía española veían hundirse el antiguo sistema sin encontrar ninguna salida, el partido comunista les ha dado una nueva esperanza. Les ha dado la seguridad de que la república democrática burguesa, cuya causa defiende, no obstaculizaría la propaganda católica y, sobre todo, que estaba dispuesta a defender los intereses de clase de la burguesía. »⁷¹

Un cuestionario, enviado por *Adelante* a los secretarios de la federación UGT de trabajadores agrícolas y publicado en junio de 1937, revela de forma impresionante que la realidad de la situación era ampliamente comprendida en el campo⁷². He aquí el sucinto informe de los resultados de la encuesta :

« Las respuestas a estas preguntas expresan una aterradora unanimidad. La misma historia por todas partes. El partido comunista se opone hoy con todas sus fuerzas a las colectividades campesinas. Los comunistas organizan a los campesinos acomodados que están al acecho de mano de obra barata y son, por está razón, abiertamente hostiles a las empresas cooperativas de los campesinos pobres. Según el testimonio de los representantes sindicales, los elementos que afluyen ahora a las filas del partido comunista no son otros que aquellos que simpatiza-

ban con los fascistas y los monárquicos antes de la revolución. En cuanto al efecto general de la actividad comunista en el campo, los secretarios de la UGT comparten todos la misma opinión, expresada como sigue por el representante de la organización de Valencia : 'Es una desgracia, en todo el sentido de la palabra'. »⁷³

Se comprende sin dificultad que los obreros agrícolas, conscientes de esta « desgracia », hayan sido afectados en su voluntad de participar en la guerra antifascista, con todos los sacrificios que ello comporta.

La actitud del gobierno central respecto a la revolución fue brutalmente revelada por los actos, en perfecto acuerdo con la propaganda. Un antiguo ministro describe la situación de la siguiente manera :

« La coalición del partido comunista español con los republicanos de izquierda y los socialistas de derecha trata de disimular el hecho de que una revolución social ha sido realizada, con éxito, en la mitad del territorio español. El éxito de esta revolución social aparece manifiesto en la colectivización de las fábricas y las tierras que son explotadas, muy eficazmente, bajo el control de los sindicatos. Durante los tres meses en que fui director de los servicios de propaganda para los Estados Unidos e Inglaterra —el ministro de Negocios extranjeros del gobierno de Valencia era entonces Alvarez del Vayo— tenía la orden de no decir una sola palabra de esta revolución en el sistema económico de la España leal. Ningún corresponsal extranjero en Valencia está autorizado a hablar libremente de la revolución ocurrida. »⁷⁰

71. Citado por Rucker : *Op. cit.*

72. Referencias en Bolloten : *Op. cit.*, p. 195, nota 11.

73. Citado por Rucker : *Op. cit.*

74. Liston Oaks : *Socialist Review*, vol. 6, n. 2, septiembre de 1937. Debo esta indicación a William Watson. En cuanto a las deformaciones de la propaganda, tenemos un ejemplo impresionante en la extraña historia del film *The Spanish Earth*, realizado en 1937 por Joris Ivens, con un comentario (escrito posteriormente) de Hemingway, empresa cuya iniciativa se debe, al parecer, a Dos Passos. W.B. Watson y B. Whaley : *The Spanish Earth of Dos Passos and Hemingway*, inédito, 1967, nos aclaran este asunto y los respectivos puntos de vista de Hemingway y Dos Passos acerca de la guerra civil. El film muestra la aldea colectivizada de Fuentidueña, en la provincia de Valencia (aldea, digámoslo de pasada, colectivizada por la UGT). Para Dos Passos, libertario, la revolución era el tema dominante ; pero Hemingway trata esencialmente de la guerra antifascista. Se ha procurado olvidar rápidamente la participación de Dos Passos porque, como señalan Watson y Whaley, « Dos Passos, a causa de sus críticas a la política comunista en España, fue anatematizado por la izquierda ».

En breve, tenemos buenas razones para creer que la voluntad de combatir a Franco había sido gravemente afectada —quizás destruida— por la política de centralización autoritaria de la coalición de liberales y comunistas, política impuesta por la fuerza de las armas, política mentirosamente presentada en la propaganda difundida entre los intelectuales occidentales⁷⁵ y que todavía se impone hoy a los historiadores. En la medida en que este juicio es exacto, la solución propuesta por Berneri y los « extremistas » de izquierda resulta más convincente.

Como ya dejé dicho, Caballero y los ministros anarquistas aceptaban la política contrarrevolucionaria por deferencia hacia las democracias occidentales que creían vendrían, más pronto o más tarde, en su ayuda. Este sentimiento era quizás comprensible en 1937. Pero resulta sorprendente que un historiador de los años sesenta condene la idea de golpear en la retaguardia de Franco con el pretexto de que esto hubiese disgustado al capitalismo occidental. Berneri veía justo cuando pensaba que las democracias occidentales no participarían en la lucha antifascista de España. Para ser exactos, se hicieron cómplices de la insurrección fascista. Los banqueros franceses, generalmente favorables a Franco, se negaron a entregar el oro español al gobierno leal, impidiendo así que la República española comprase armas y obligándola a depender todavía más de la Unión Soviética⁷⁶. La política de « no intervención » —que prohibía al Occidente apoyar al gobierno leal mientras que Hitler y Mussolini ayudaban poderosamente a Franco a ganar la guerra— fue técnicamente instaurada por el gobierno francés, bajo una fuerte presión británica según parece⁷⁷.

La esperanza de una ayuda británica nunca se apoyó en ningún fundamento serio. Pocos días después del putsch de Franco, un editorialista de *Paris-Soir* escribía: « Cuatro países por lo menos se interesan directamente en el conflicto: Francia que apoya al gobierno de Madrid y la Gran Bretaña, Alemania e Italia; cada uno de estos países aportando una ayuda discreta pero eficaz a uno u otro grupo de los insurrectos. »⁷⁸ En realidad, desde los primeros momentos de la insurrección, el apoyo británico a Franco tomó una forma bastante concreta. La marina española permaneció fiel a

la República⁷⁹ e hizo algunos esfuerzos para impedir a Franco el transporte de fuerzas de Marruecos a España. Esfuerzos contrarrestados por Italia y Alemania según revelan numerosos documentos⁸⁰; se ha prestado menos atención al papel jugado por la Gran Bretaña, que la prensa de la época no disimula a un atento lector. El 11 de agosto de 1936, en primera página, el *New York Times* comenta la presencia de la marina británica frente a Gibraltar: « Esta presencia ayuda a los rebeldes, porque paraliza cualquier ataque contra Algeciras, donde desembarcan las tropas de Marruecos » (unos días antes los barcos leales habían bombardeado Algeciras, causando algunos daños al consulado británico). Una noticia de Gibraltar describe la situación, vista por los ingleses:

« Gran Bretaña, irritada por las actividades de los bandos españoles, cuyos combates amenazan la navegación e incluso la neutralidad del territorio de Gibraltar, ha bloqueado prácticamente la última noche la bahía de Gibraltar, el enorme acorazado *Queen Elizabeth* se encuentra anclado a través de la entrada e ilumina constantemente con sus reflectores las aguas vecinas.

Hoy, numerosos barcos de guerra británicos han patrullado el estrecho, con la misión de impedir cualquier perjuicio al control británico sobre la entrada del Mediterráneo, punto esencial de las « vitales líneas de comunicación de Gran Bretaña con Oriente ». Esta acción es consecuencia de una serie de advertencias dirigidas al gobierno español y de la decisión

75. En cuanto a la Unión Soviética, Rucker afirma que « la prensa rusa, por razones fáciles de comprender, no ha dicho jamás una palabra de los esfuerzos de los obreros y campesinos españoles para construir una nueva sociedad ». No he tenido la posibilidad de verificar esta afirmación que parece muy verosímil.

76. Véase Patricia A.M. Van der Esch, Nijhoff, La Haya, 1951, p. 47; y Brenan: *Op. cit.*, p. 246, nota 1. El carácter conservador del gobierno vasco parece también, en gran parte, una consecuencia de las presiones francesas. Véase Broué y Témime: *Op. cit.*, p. 172, nota 8.

77. Véase Dante A. Puzo: *Spain and the Great Powers: 1936-1941*, Columbia University Press, 1962, p. 86; para un análisis profundo de las reacciones internacionales.

78. Jules Sauerwein, en una correspondencia dirigida al *New York Times*, fechada el 26 de julio de 1936. Citado por Puzo, p. 84.

79. Para ser más precisos, los oficiales favorables a Franco fueron matados; los marineros, en general, permanecieron fieles a la República.

80. Véase, por ejemplo, Jackson: *Op. cit.*, p. 213.

—tomada ayer— de prohibir en el futuro todo combate en la rada de Gibraltar. En Gibraltar, los ingleses están cada vez más inquietos desde el bombardeo de Algeciras por el acorazado leal Jaime I.

Ciertamente, la neutralidad británica se mantiene, pero la presencia de patrulleros en el estrecho y el cierre de la bahía ayudarán a los rebeldes, impidiendo a los barcos de guerra leales atacar Algeciras, actualmente en manos de los rebeldes y cortar completamente las comunicaciones de los rebeldes con Marruecos. Los rebeldes pueden disponer ahora de las fuerzas que habían enviado a Algeciras y dirigirlas hacia el norte para apoyar la marcha sobre Madrid. (El subrayado es mío.)

Se ha sabido esta noche en Gibraltar que un transporte rebelde había atravesado el estrecho y desembarcado tropas de refresco venidas de Marruecos, tropas que irán a reforzar las columnas que se dirigen desde Sevilla hacia el norte.

Por segunda vez en lo que va de año; la Gran Bretaña, considerando que su control sobre el Mediterráneo se encuentra amenazado, ha dirigido una advertencia a una potencia extranjera; queda por ver si el gobierno de Madrid se reirá de los ingleses como han hecho los italianos. Si el gobierno de Madrid se ríe de los ingleses, los artilleros británicos de Gibraltar serán autorizados a lanzar disparos de advertencia. Es fácil de imaginar lo que ocurrirá si los españoles no tienen en cuenta estas advertencias.

Aquí, todos los ingleses dicen «los comunistas» cuando hablan del gobierno de Madrid; es bien sabido hacia qué lado van hoy las simpatías de los ingleses, tanto más cuanto que el general Franco, jefe de los rebeldes, ha declarado no actuar en cooperación con Italia.

El gobierno británico ha dado órdenes a los españoles de Gibraltar de poner fin a sus intrigas, amenazándolos con la expulsión en el caso de que no lo hagan; el gobierno ha pedido igualmente a los ingleses que se «abstengan escrupulosamente de toda acción o palabra pública que implique una actitud parcial o partidaria».

Las autoridades han publicado estas advertencias a raíz de informes referentes a una amenaza de agitación comunista en Gibraltar y de unas violentas denuncias acusando a Gibraltar de albergar españoles rebeldes; se pretendía que los rebeldes habían establecido un cuartel general en Gibraltar, de donde pasaban a La Línea para combatir.»

He citado completamente esta información porque da una idea bastante exacta de la «neutralidad» británica al comienzo de la guerra y anuncia lo que será más tarde esta «neutralidad». En mayo de 1938, sir Henry Hilton, embajador de la Gran Bretaña en

España, «expresa su convicción de que una victoria de Franco sería necesaria para asegurar la paz en España; que no había ningún peligro de dominación italiana o alemana en España; e, incluso en el caso de que el gobierno español tuviese posibilidades de ganar (de lo cual dudaba), sir Henry Hilton se declaraba convencido de que una victoria de Franco era más deseable para la Gran Bretaña»⁸¹. Churchill, al principio violentamente hostil a la República, modificó algo su posición después del aplastamiento de la revolución durante el verano de 1937. Aprobaba especialmente la enérgica represión ejercida contra los anarquistas y la militarización de la República (militarización necesaria cuando toda la estructura de la civilización y de la vida social ha sido destruida —por culpa de la revolución, afortunadamente vencida—)⁸². Sus sentimientos hacia la República seguían siendo, sin embargo, de reserva. El 14 de agosto de 1938, con ocasión de una entrevista, declaraba: «Franco tiene de su parte toda la razón porque ama a su patria. Franco defiende también Europa contra el peligro comunista, si usted quiere expresarlo en esos términos. Pero, yo soy inglés, y prefiero el triunfo de la mala causa. Prefiero que gane el otro bando, porque Franco puede ser una zozobra o una amenaza para los intereses británicos, y los otros no.»⁸³

Los alemanes conocían, naturalmente, los sentimientos británicos y estaban interesados en que el comité de control del acuerdo de no intervención tuviese su sede en Londres y no en París. El 29 de agosto de 1936, el funcionario alemán encargado de la cuestión en el Ministerio de Asuntos exteriores, exponía así su punto de vista: «Evidentemente, sabemos que toda clase de denuncias acerca del incumplimiento de la obligación de no intervenir serán depositadas en Londres, pero nos es

81. Información proporcionada por Herschel V. Johnson, funcionario de la embajada de los Estados Unidos en Londres; citado por Puzzo.

82. Véase Broué y Témime, p. 288-289.

83. Citado por Thomas: *La guerra civil española*, p. 624, nota 3. Rucker: *Op. cit.*, menciona (sin referencia) una proposición de Churchill: durante cinco años, una «dictadura neutral», para «tranquilizar el país», después de lo cual se podría «pensar, quizás, en la vuelta a las instituciones parlamentarias».

imposible escapar a tales denuncias. De hecho no puede más que agradarnos el ver el centro de gravedad que se encontraba en París, consecuencia de la iniciativa francesa, desplazarse a Londres.»⁸⁴ Los alemanes no se vieron decepcionados. En noviembre, Anthony Eden, ministro de Asuntos exteriores, declaró en la Cámara de los Comunes: «En cuanto al problema de las infracciones [al acuerdo de no intervención], quiero afirmar que otros países son, en mi opinión, más condenables que Alemania o Italia.»⁸⁵ La declaración no se apoyaba en ningún hecho real sino que traducía simplemente los sentimientos británicos. En la misma época, según informaciones de origen alemán, Inglaterra entregaba, por Gibraltar, municiones a Franco e informaba a Alemania de las entregas de armas rusas a la República.⁸⁶

La izquierda británica, que sostenía en su mayoría la coalición de liberales y comunistas, consideraba a Largo Caballero como un «izquierdista infantil» y al conjunto de los anarquistas como gentes incalificables.

La política británica de apoyo moderado a Franco consiguió proteger los intereses británicos en España —los alemanes no tardarían en darse cuenta. En octubre de 1937, una nota del Ministerio alemán de Asuntos exteriores dirigida a la embajada de Alemania en la España nacionalista decía: «Inglaterra no puede permanecer indefinidamente alejada del mercado español, ésta es una realidad que debemos tener en cuenta. Dadas las relaciones económicas que Inglaterra mantiene desde hace mucho tiempo con las minas españolas y el deseo del generalísimo, basado en consideraciones políticas y económicas, de llegar a un entendimiento con Inglaterra, no estamos seguros de podernos reservar permanentemente la totalidad de las materias primas españolas.»⁸⁷

No nos perderemos aquí en conjeturas de lo que hubiese ocurrido si los ingleses hubiesen apoyado a la República. Un examen profundo de la cuestión nos llevaría demasiado lejos y nos obligaría a estudiar el conjunto de la diplomacia británica entre 1935 y 1940. Vale sin embargo señalar —ahora que el señor Dean Rusk y muchos de sus partidarios universitarios andan jugando con un «nuevo Munich», sin ningún respeto por la realidad histórica—

que «la barrera contra el comunismo» no es una política inventada por George Kenan en 1947. La «barrera contra el comunismo» fue concretamente uno de los temas dominantes de la diplomacia de los años treinta. En 1934, Lloyd George declaraba que «dentro de muy poco tiempo, puede ser un año, puede ser dos, los elementos conservadores de este país considerarán a Alemania como una barrera contra el comunismo en Europa [...] No nos precipitemos en condenar a Alemania. Un día celebraremos nuestra amistad con Alemania»⁸⁸. En septiembre de 1938 se concluyó el pacto de Munich; poco después Francia y Gran Bretaña celebraban su «amistad» con Alemania. Como ya he señalado, incluso el papel de Churchill no fue muy claro en esta época. El pacto de Munich anunciaba la muerte de la República española; lo mismo que la total dependencia de la Unión Soviética, a la que se vio obligado el gobierno republicano en 1937, significó el fin de la revolución española. Los Estados Unidos y Francia intervinieron mucho menos en los acontecimientos que la Gran Bretaña que tenía intereses económicos en España mucho más importantes y representaba una fuerza relativamente independiente en los asuntos europeos. Sin embargo el *dossier* de los Estados Unidos no es como para enorgullecernos. En principio los Estados Unidos habían adoptado una posición de neutralidad estricta. Un examen atento de la situación hace surgir algunas dudas acerca de esta neutralidad. Según informaciones recogidas por Jackson «el coronel norteamericano que dirigía la Telefónica madrileña puso líneas privadas a la disposición de los conspiradores de Madrid, para que pudieran celebrar conversaciones con los generales Mola y Franco»⁸⁹, en vísperas de la insurrección del 17 de julio. En agosto, el gobierno americano pidió a la Martin Aircraft Company que no cumpliera el

84. Puzzo, p. 116.

85. *Ibid.*, p. 147. Eden, evidentemente, alude a la Unión Soviética. Para un estudio de la ayuda rusa a la República española, véase Cattell: *Op. cit.*, capítulo VIII.

86. Véase Puzzo, p. 147-148.

87. *Ibid.*, p. 212.

88. *Ibid.*, p. 93.

89. *Op. cit.*, p. 212.

acuerdo concluido antes de la insurrección y que no proporcionase aviones a la República; el gobierno americano presionó igualmente al mejicano para que no reexpidiese a España el material de guerra comprado en los Estados Unidos⁹⁰. En diciembre de 1936, Robert Cuse, exportador de armas americano afirmó que la ley autorizaba el envío de aviones y de motores de aviación a la República y el Departamento de Estado se vio obligado a conceder su autorización. Roosevelt criticó la actitud anti-patriótica de Cuse pero se vio obligado a admitir que su petición era perfectamente legal. He aquí, en palabras de Roosevelt, una comparación entre Cuse y otros hombres de negocios:

«Y bien, estas sociedades se han sometido a la demanda del gobierno. El 90 % de los hombres de negocios son honrados, moralmente honrados, quiero decir. Este 90 % lo citamos siempre en ejemplo porque constituye nuestro orgullo. Y ha aquí que un hombre toma la responsabilidad de cometer una acción perfectamente legal, pero resueltamente anti-patriótica. Representa al 10 % de hombres de negocios que no aceptan unas elevadas reglas morales. Perdonadme el sermón, pero se trata de cosas que me afectan profundamente.»⁹¹

Entre las sociedades que seguían siendo «moralmente honradas» y no atraían las iras de Roosevelt, estaba la Texaco Oil Company. La Texaco Oil Company, violando un contrato concluido con la República española, envió petróleo a Franco (cinco petroleros que se encontraban en alta mar en julio de 1936 fueron desviados de sus destinos y enviados a Franco, que recibió durante la guerra civil gasolina a crédito por un valor de seis millones de dólares). Aparentemente, ni la gran prensa ni el gobierno americano supieron estos hechos que fueron, sin embargo, señalados en su momento por los periódicos de izquierda⁹². El gobierno americano, a este respecto no faltan testimonios, compartía los temores de Churchill y otros a propósito del peligro que representaban ciertas fuerzas que combatían del lado de la República. El 23 de julio de 1936, Cordell Hull, secretario de Estado, informó a Roosevelt de que «uno de los factores más graves en la actual situación, consiste en que el gobierno [español] ha distribuido importantes cantidades de armas y municiones a

hombres sin ninguna reflexión ni conciencia, miembros de organizaciones políticas de extrema izquierda»⁹³.

Lo mismo que Churchill, muchos americanos «reflexivos» modificaron su actitud respecto a la República española después del aplastamiento de la revolución social. Las relaciones con Franco no dejaron por ello de ser cordiales. En 1957, el presidente Eisenhower felicitó a Franco con motivo del «feliz aniversario» de la rebelión⁹⁴, y Rusk, secretario de Estado,

90. Puzzo, p. 151.

91. *Ibid.*, p. 154-155 y nota 27.

92. Véase A. Guttman: *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War*, Free Press, 1962, p. 137-138, para algunas referencias. La primera referencia oficial, que yo sepa, se encuentra en Herbert Fels: *The Spanish Story*, Knopf, Nueva York, 1948, donde los elementos de información se dan en apéndice. Jackson: *Op. cit.*, menciona el asunto sin señalar que la Texaco había violado un contrato anteriormente firmado con la República española. Declara que el gobierno americano no tenía ninguna autoridad en este asunto porque «el acta de neutralidad no consideraba la gasolina como material de guerra». Pero Jackson no dice que se ejercieron fuertes presiones sobre Robert Cuse, la Martin Company y el gobierno mejicano para que no enviasen suministros a la República aunque la ley les autorizase. La Texaco Company, como ya hemos señalado, nunca fue juzgada «anti-patriótica» o «inmoral». Roosevelt reservaba estos calificativos a los que trataban de ayudar a la República. Un espíritu cínico podría preguntarse por qué el acta de neutralidad de enero de 1937 no prohibía las entregas de petróleo, cuando Alemania e Italia podían proporcionar armas a Franco pero no satisfacer sus demandas de gasolina.

Hasta agosto de 1940, la Texaco siguió una línea conforme a los sentimientos pronazis de su director, el capitán Rieber; una modificación se produjo por razones de «relaciones públicas», cuando la buena marcha de los negocios se vio amenazada en el mercado interior. Véase Fels: *Op. cit.*, para una mayor información.

93. Puzzo, p. 160. «El gobierno de Madrid, en el que había socialistas, comunistas y anarquistas, no dejaba de representar un peligro para los intereses americanos tanto en España como en América latina» (p. 165). Cordell Hull, dicho sea de pasada, se equivocaba acerca de la actitud del gobierno español. Los elementos de extrema izquierda «sin ninguna reflexión ni conciencia» no habían recibido las armas, sino que las habían cogido, impidiendo así una victoria inmediata de Franco.

94. Véase Guttman: *Op. cit.*, p. 197. Los liberales americanos, desde luego, han sido siempre partidarios de la España leal, oponiéndose a la vez a Franco y a la revolución. La actitud hacia la revolución aparece claramente en esta comparación hecha por Guttman (p. 165): «300 personas se han reunido en Union Square para escuchar a Liston Oaks [véase nota 74] y hablar de la actuación de los estalinistas en España; 20 000 personas se han reunido en Madison Square para apoyar, con Earl Browder y Norman Thomas, la democracia burguesa», en julio de 1937.

le rindió un homenaje parecido en 1971. Respondiendo a ciertas críticas, Rusk fue defendido por el embajador en Madrid de los Estados Unidos —España es «un país que conoce el carácter implacable de la amenaza comunista»⁹⁵— como Tailandia, Corea del sur, Formosa y una selección de otros países del mundo libre⁹⁶.

A la luz de los acontecimientos, creo que Jackson no ha utilizado seriamente los datos históricos cuando descarta, declarándolas absurdas, las proposiciones de la izquierda española. La estrategia de Berneri hubiese quizás fracasado, como fracasó la coalición de liberales y comunistas. La estrategia de Berneri no era, sin embargo, en manera alguna descabellada. Creo, por mi parte, que la ineptitud de los historiadores a juzgar convenientemente las proposiciones de Berneri procede, una vez más, del prejuicio inspirado por el respeto de la «élite», prejuicio que domina las obras de historia y que proviene, en este caso concreto, de una actitud sentimental con respecto a las democracias occidentales.

El estudio de las colectividades publicado en 1937⁹⁷ por la CNT se termina con la descripción del pueblo de Membrilla. «En las miserables cabañas viven los habitantes pobres de una región pobre; 8 000 habitantes, pero las calles no están adoquinadas, no existe ningún periódico local, ningún cine, no hay un solo café, ni bibliotecas. Pero hay varias iglesias que han sido incendiadas.» Inmediatamente después de la insurrección de Franco las tierras fueron expropiadas y el pueblo decidió vivir en colectividad. «Los alimentos, la ropa y los aperos fueron distribuidos equitativamente entre toda la población. El dinero fue suprimido, el trabajo se hizo colectivo; todos los bienes pertenecían a la comunidad y se socializó el consumo. No era una socialización de la riqueza, sino de la pobreza.» El trabajo continuó como antes. Un consejo elegido nombró comités para organizar la vida de la comunidad y sus relaciones con el exterior. Los bienes indispensables eran distribuidos gratuitamente en la medida de las posibilidades. Se acogió e instaló un gran número de refugiados. Pronto hubo una pequeña biblioteca y una pequeña escuela técnica. He aquí la conclusión:

«Toda la población vive como una gran familia. Los funcionarios, los delegados, los secretarios sindicales, los miembros del consejo municipal, todos elegidos, actuaban como jefes de familia. Pero sus decisiones eran controladas, porque ningún privilegio especial ni ninguna forma de corrupción podrían ser toleradas. Membrilla es quizás el pueblo más pobre de España, pero es también el más justo.»

Un informe como éste, en el que se expresa la necesidad de las relaciones humanas y el ideal de una sociedad justa, debe de parecer bien extraño al sutil intelectual que reacciona con desprecio, habla de ingenuidad, de carácter primario o, sencillamente, absurdo. El día en que se desembaracen de sus prejuicios, y solamente ese día, podrán los historiadores emprender un estudio serio del movimiento popular que sacudió a la España republicana e hizo nacer una de las revoluciones sociales más notables de la historia. Franz Borkenau, comentando el desaliento provocado por las prácticas autoritarias del gobierno central, constata que «los periódicos son redactados por editores europeizados y el movimiento es incapaz de articular sus más profundos impulsos, mostrándolos sólo con sus actos». La objetividad del científico seguirá siendo una ilusión mientras sea incapaz de percibir estos «profundos impulsos inarticulados». En cuanto a la historia de la revolución española, todavía está por hacer.

He dedicado toda mi atención a un solo tema —la interpretación de la revolución social en España— en una sola obra de historia, obra que ofrece una excelente ilustración de la cultura liberal. No nos faltan elementos, en mi opinión, para probar que un arraigado prejuicio contra la revolución social y la adhesión a los valores y al orden social de la democracia

95. *Ibid.*, p. 198.

96. Como conclusión de estas observaciones sobre las reacciones internacionales, conviene decir que el Vaticano reconoció el gobierno de Franco *de facto* en agosto de 1937 y *de jure* en mayo de 1938. Inmediatamente después de la victoria final de Franco, el papa Pío XII hizo la siguiente declaración: «Dios ha querido la paz y la victoria para España [...] España ha probado altamente a los prosélitos del materialismo ateo de nuestra época, que los valores eternos de la religión y el espíritu dominan sobre todas las cosas.» La Iglesia católica, desde entonces, ha modificado considerablemente sus opiniones, cosa que no se puede decirse del gobierno americano.

97. Véase nota 12.

burguesa liberal, lleva al autor a presentar bajo un falso aspecto acontecimientos de una importancia capital y a despreciar importantes corrientes históricas. Mi objetivo no era criticar la adhesión a ciertos valores que es una cuestión completamente diferente. Quería demostrar cómo esta adhesión podía llevar a una falta de objetividad flagrante y proporcionar un buen ejemplo de «esclavizamiento contrarrevolucionario» mucho más sutil e interesante —y finalmente, estoy convencido, mucho más grave— que los ejemplos examinados en la primera parte de este estudio.

Al comienzo de este estudio sobre la revolución española, he mencionado las clásicas críticas de la izquierda al papel de los intelectuales, marxistas o no, en la sociedad moderna, y las reservas de Rosa Luxemburgo respecto al bolchevismo. Con razón los sociólogos occidentales han subrayado frecuentemente la exactitud de estas críticas con respecto a la evolución de la Unión Soviética⁹⁸. Los mismos sociólogos definen «la revolución mundial de la época» en los siguientes términos: «La transformación principal es la decadencia del comercio (y de elementos sociales anteriores) y el acceso de los intelectuales y semi-intelectuales al poder real.»⁹⁹ Las críticas de extrema izquierda preveían que esta evolución significaría un nuevo atentado contra la libertad del hombre y un sistema de explotación más eficaz. En la ascensión de los intelectuales al poder real, el sociólogo occidental ve la esperanza de una sociedad más humana y que funcione sin trastornos bruscos, una sociedad en la que los problemas se resuelvan «poco a poco por medio de la tecnología». ¿Quién tiene razón? He aquí por lo menos algo indudable: existen tendencias peligrosas en la ideología de la dicha *intelligentsia* que pretende poseer las técnicas y los conocimientos necesarios para dirigir nuestra «sociedad postindustrial» y organizar una sociedad internacional dominada por la superpotencia americana. El estudio del esclavizamiento contrarrevolucionario de los universitarios revela, en un plano estrictamente ideológico, varios de estos peligros. Los peligros existen en la medida en que la pretensión de

conocimiento es real y en la medida en que es fraudulenta. En la medida en que las técnicas de organización y control existen, pueden ser utilizadas para reforzar la autoridad de los que las practican y pueden limitar la experiencia libre y espontánea de nuevas formas sociales, de la misma forma que pueden limitar las posibilidades de reconstruir la sociedad en beneficio de los actualmente más o menos desposeídos. Si estas técnicas fracasan, serán completadas con todos los métodos de coercición de que dispone la tecnología moderna para preservar el orden y la estabilidad. Para darnos una idea de lo que quizás nos reserva el porvenir, consideremos la serie de conferencias dadas recientemente en Harvard por McGeorge Bundy¹⁰⁰. Bundy insiste en la necesidad de confiar los más amplios poderes al ejecutivo que se encuentra «peligrosamente desarmado frente a sus actuales tareas». Un ejecutivo más poderoso, ¿actuará con justicia y prudencia? Esto aparentemente ni se discute. Como ejemplo de agente ejecutivo eminente del que el gobierno debería asegurarse la colaboración y al que habría que conceder mayores poderes, Bundy cita a Robert McNamara. Nada revelaría con mayor claridad los peligros inherentes a la «nueva sociedad» como el papel jugado por Robert McNamara en el Pentágono, los últimos seis años. Robert McNamara ha hecho, muy eficazmente sin duda alguna, lo que no había que hacer. Ha dado, ciertamente, pruebas de una ciencia incomparable de la logística de la coercición y la

98. Véase, por ejemplo, la referencia de Machajski, en Harold Lasswell: *The World Revolution of our Time: a Framework for Basic Policy Research*, Hoover Institute Studies, 1951, edición revisada y aumentada en: *World Revolutionary Elites: Studies in Coercitive Ideological Movements*, H. D. Lasswell y D. Lerner (eds.), MIT Press, 1965. En un estudio muy documentado que trata directamente muchas de las cuestiones que hemos abordado, *Two Roads from Marx: The Themes of Alienation and Exploitation End Worker's Control in Socialist Thought. The End of Ideology*, Free Press, 1962, Daniel Bell analiza con mayor extensión las consideraciones de Machajski acerca del socialismo en tanto que ideología de un nuevo sistema de explotación en el que dominarán los «trabajadores intelectuales».

99. Lasswell: *Op. cit.* A este respecto, el pronóstico de Lasswell no contradice el formulado por Bell en el estudio antes citado.

100. Reseña publicada en el *Christian Science Monitor*, 15 de marzo de 1968. No habiendo leído el propio texto de McGeorge Bundy, no puedo juzgar acerca de la exactitud de la reseña.

represión, al mismo tiempo que una sorprendente incapacidad para comprender los factores políticos y humanos. La eficacia del Pentágono no es menos notable que su obstinación en acumular los desastres¹⁰¹. Cuando la comprensión falla existen siempre fuerzas en reserva. Cuando la «experiencia del control de recursos materiales y humanos» fracasa y la «evolución revolucionaria» no funciona, nos contentamos con aplicar más abiertamente tácticas dignas de la Gestapo —apenas camufladas detrás de la fachada de la «pacificación»¹⁰². Cuando la rebelión agite las ciudades americanas hay que esperar el mismo proceso. La técnica de la «guerra limitada» puede proporcionar fácilmente un sistema de represión en los Estados Unidos: forma de actuar mucho más humana, se nos dirá rápidamente, que la masacre de aquellos que se niegan a esperar la inevitable victoria de la guerra contra la pobreza. ¿Cómo es posible que un intelectual liberal pueda estar profundamente convencido de las virtudes de un sistema político que cada

cuatro años impone un nuevo periodo de dictadura? La respuesta es demasiado evidente.

101. Para no mencionar sino el ejemplo más reciente, el 22 de enero de 1968, declarando ante el comité de fuerzas armadas del Senado, McNamara decía: «[...] no ofrece dudas que las fuerzas comunistas locales y las tropas de guerrilla han sufrido, después de 1966, considerablemente los efectos del desgaste. Esto ha provocado una degradación de su ardor combativo y la moral baja [...]» La ofensiva del Tet fue desencadenada una semana después de esta declaración. Véase I.T. Stone's Weekly, 19 de febrero de 1968, donde se encontrarán algunos comentarios muy pertinentes.

102. La realidad disimulada por la retórica ha sido ampliamente descrita. Véanse, en particular, las revelaciones de una periodista del *Asahi Shimbun*, Katsuichi Honda: *Vietnam —A Voice from the Villages*; dirigirse al Comité para la edición inglesa de *Vietnam —A Voice from the Villages*, c/o Mrs. Reiko Ishida, 2-13-7, Nishikata, Bunkyo-ku, Tokyo.

NDT: Las citas y referencias de George Orwell: *Cataluña 1937*; Gabriel Jackson: *La república española y la guerra civil*; H. Thomas: *La guerra civil española*; Gerald Brenan: *El laberinto español*; Frank Borkenau: *El refugio español*; V. Richards: *Enseñanzas de la revolución española* y B. Bolloten: *La revolución española*, se refieren a las traducciones españolas que se citan.

Editions Ruedo ibérico

Claude Lefort

¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. II. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados «progresistas». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F

Noam Chomsky **Notas sobre anarquismo***

Un escritor francés, simpatizante del anarquismo, escribió en los años 90 del siglo pasado que «el anarquismo tiene anchas las espaldas; es como el papel, aguanta lo que sea» —incluso militantes propios, señalaba, «cuyos actos no podría haber perpetrado más a su gusto el peor enemigo del anarquismo»¹. Muchos son los estilos de pensamiento y de acción que se han calificado de «anarquistas». Sería absurdo tratar de encajar todas juntas tales tendencias conflictivas, sensatamente, en una sola ideología o teoría general. E incluso poniéndonos a extraer de la historia del pensamiento libertario una tradición viva y evolucionante, como hace Daniel Guérin en *L'Anarchisme*, seguiría siéndonos difícil ir formulando tal conjunto de doctrinas en forma de una determinada y específica teoría de la sociedad y del cambio social. Elaborando una concepción sistemática del desarrollo del pensamiento anarquista a lo largo de una serie de párrafos comparables a los de Guérin sobre el tema, el historiador anarquista Rudolf Rocker deja bien puestos los puntos sobre las íes a este respecto cuando escribe que el anarquismo no es

«un sistema social fijo y cerrado en sí mismo, sino más bien una determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad, que, en contraste con los tutelajes de toda institución clerical o gubernamental, apunta y se mueve decididamente hacia la eclosión libre y sin trabas de todas las fuerzas vitales individuales y sociales. Incluso el de libertad es un concepto sólo relativo, que no absoluto, en tanto que constantemente tiende a ensancharse, afectando cada vez círculos más y más amplios y de maneras más pluridimensionales cada vez. La libertad, para el

anarquista, no es un concepto filosófico abstracto sino una posibilidad vital concreta para cada ser humano de desarrollar hasta su plenitud todas las potencias, capacidades y talentos de que la naturaleza le haya dotado y hacerlos redundar en provecho de la sociedad. Cuanto menos influenciado esté por tutelajes eclesiásticos o políticos este desarrollo natural, tanto más armoniosa y eficaz conseguirá hacerse la personalidad humana, tanto más la personalidad individual será la medida de la cultura intelectual de la sociedad en que haya crecido»².

Cabe preguntarse de qué sirve estudiar «una determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad» que no llega a articularse en teoría social específica y detallada de ningún género. Ciertamente, muchos tratadistas desdennan el anarquismo (y la idea de ocuparse de él) como cosa utópica, informe y primitiva o, si no, incompatible con las realidades de una sociedad compleja en cualquier caso. Pero, con todo, cabe también razonar de manera bastante distinta y pensar en cambio, por ejemplo que, en cada etapa histórica, lo que debe importarnos es dismantelar las formas de autoridad y de opresión sobrevivientes de otras épocas en que pudieran haberse justificado en razón de la necesidad de seguridad o de los imperativos de supervivencia o desarrollo económico, pero que ahora contribuyen a aumentar, que no a achicar, nuestro déficit material y cultural. De donde resultaría, si ello fuese así, que no hay ninguna clase de doctrina fija sobre cambio social que sea válida para el presente

* Este ensayo es una versión revisada de mi introducción a *Anarchism: From Theory to Practice* de Daniel Guérin (título del libro en francés: *L'Anarchisme*). El 21 de mayo de 1970 apareció su versión original, sólo ligeramente diferente, en la *New York Review of Books*. Noam Chomsky. [NDE. Este texto está tomado de *For Reasons of State* de Noam Chomsky (copyright 1970, 1971, 1973 de Noam Chomsky). Lo reproducimos con autorización de Pantheon Books, filial de Random House Inc. a quien expresamos aquí nuestro agradecimiento. La traducción ha estado a cargo de José Martín-Artajo.]

1. Octave Mirbeau, citado en *The Anarchists* de James Joll, p. 145-146.

2. Rudolf Rocker: *Anarchosyndicalism*, p. 31.

y para el futuro; ni tampoco necesariamente, siquiera, un concepto específico e invariable de los fines últimos hacia los cuales el cambio social debiera tender. Indudablemente, nuestra comprensión de la naturaleza humana o de toda la gama de las formas sociales viables es tan rudimentaria que sólo con el mayor escepticismo debemos enfrentarnos con cualquier doctrina «de largo alcance», el mismo escepticismo que es debido cuando oímos decir que «la naturaleza humana» o «la necesidad de eficacia» o «la complejidad de la vida moderna» requieren tal o cual forma de opresión y gobierno autocrático.

A pesar de todo, en ciertos momentos hay toda clase de razones para desarrollar una puesta al día de esa «determinada tendencia del desarrollo histórico de la humanidad» hasta donde nuestra comprensión haga materialmente posible, ciñéndola a las necesidades del momento. Para Rocker, «el problema que se nos plantea en nuestro tiempo es el de liberar al hombre de la maldición de la explotación económica y de la esclavitud social y política»; y el método a seguir hacia su solución no estriba en la conquista y el ejercicio del poder estatal ni en el parlamentarismo entontecedor, sino más bien en «la reconstrucción económica de los pueblos desde sus mismos cimientos, realizándola dentro del espíritu del socialismo».

«Pero sólo los productores mismos son la gente idónea para esta tarea, ya que son ellos el único elemento creador de valores dentro de la sociedad de la que puede surgir un futuro nuevo. A ellos debe incumbir el cometido de liberar al trabajo de las cadenas con que la explotación económica lo ha cargado y a la sociedad de todas las instituciones y procedimientos del poder político y, asimismo, de allanar el camino hacia una alianza de grupos libres

de hombres y mujeres en base al trabajo cooperativo y a la administración planificada de las cosas en el interés de la comunidad. Preparar a las masas instrumentales del campo y de la ciudad para este gran objetivo y estructurarlas unitariamente como fuerza militante constituye la misión del anarcosindicalismo moderno, que entre tales límites queda enteramente comprendida» (p. 108).

Como socialista, Rocker daría por supuesto

«que la verdadera liberación, final y completa, de los trabajadores sólo es posible con una condición: la apropiación, por el conjunto de los trabajadores en

su totalidad, del capital; es decir, de los instrumentos del trabajo y las materias primas, junto con la tierra»³.

Y, como anarcosindicalista, irá más lejos: insistiendo en que son las organizaciones obreras quienes crean «no sólo las ideas sino también los hechos del futuro mismo» en el periodo prerrevolucionario y quienes encarnan la estructura de la sociedad futura, por una parte; y, por otra, preconizando una revolución social que dismantelará el aparato del Estado y, simultáneamente, expropiará a los expropiadores: «Lo que pondremos en el lugar del gobierno será la organización industrial.»

«Los anarcosindicalistas estamos convencidos de que no se puede crear un orden económico socialista a base de decretos ni estatutos de gobierno alguno sino, exclusivamente, mediante la colaboración solidaria de los trabajadores manuales e intelectuales en cada rama concreta de la producción; esto es, ocupando y haciéndose cargo de la gestión de todas las plantas fabriles los trabajadores mismos, de forma

que grupos diferenciados, plantas fabriles y ramos industriales se constituyan en elementos integrantes independientes del organismo económico general y lleven adelante sistemáticamente la producción y la distribución de los productos en interés de la comunidad y sobre una base de acuerdos mutuos libres» (p. 94).

3. Citado por Rocker: *Ibid.*, p. 77. Esta cita y la siguiente están extraídas de Bakunin: *The Program of the Alliance*, Sam Dolgoff, editado y traducido, *Bakunin on Anarchy*, p. 255.

Rocker escribía en unos momentos en que tales ideas se habían llevado a la práctica, de manera dramáticamente espectacular, en la revolución española. Justamente antes del estallido de ésta, el economista anarcosindicalista Diego Abad de Santillán había escrito:

«[...] pero cuando puede encarar el problema de la transformación social, no lo hace por medio del Estado, sino por la organización de los productores. Hemos seguido esa norma y no hemos necesitado, hasta aquí, la hipótesis de un poder superior al trabajo organizado para establecer el nuevo orden de cosas. Si alguien puede decirnos el papel que cabría al Estado en una organización económica en donde no exista la propiedad privada, en donde el parasitismo y el privilegio no tienen razón de ser ni caldo de cultivo, se lo agradeceríamos. La supresión del Estado no puede ser un lento proceso de languidecimiento; puede ser obra de la

revolución misma y terminar con ella, porque, o bien la revolución da la riqueza social a los productores o bien no la da; si la da y los productores se organizan para producir y distribuir los productos colectivos, el Estado no tiene nada que hacer; o bien no la da, y entonces la revolución no ha sido más que una mentira y el Estado subsiste. Nuestro Consejo Federal de la Economía no es un poder político, sino un regulador económico, administrativo; recibe de abajo sus directivas, debe ajustarse en su actuación a lo resuelto por los Congresos regionales y nacionales; es un cuerpo de relaciones y nada más.»

En una carta fechada en 1883, Engels expresaba como sigue su desacuerdo con semejantes puntos de vista:

«Los anarquistas ven la cosa justamente al revés. Afirman que la revolución proletaria debe 'empezar' por eliminar la organización política del Estado [...] Pero destruirla en tal momento sería destruir el único organismo por medio del cual el proletariado victorioso puede consolidar su recién conquistado poder, continuar metiendo en cintura a sus adversarios capi-

talistas y sacar adelante definitivamente esa revolución económica de la sociedad sin la cual toda la victoria conseguida tendrá que terminar en nueva derrota y en matanza masiva de trabajadores, idénticas ambas a las que acabaron con la Comuna de París.»⁴

Los anarquistas, al contrario —y Bakunin, entre ellos, el más elocuentemente— previeron y anunciaron los peligros de la «burocracia» roja, que acabaría revelándose como «la mentira más terrible y más vil que nuestro siglo ha engendrado»⁵. El anarcosindicalista Fernand Pelloutier preguntaba:

«¿Es que incluso el *status* de transición a que debemos someternos tiene necesaria y fatalmente que ser la cárcel colectiva? ¿Es que no puede consistir en una organización libre, sin más limitaciones que

las que impongan las necesidades de la producción y del consumo, una vez que todas las instituciones políticas hayan desaparecido?»⁶

4. Diego Abad de Santillán, *After the Revolution*, p. 86. [Título castellano: *El organismo económico de la revolución*, p. 177. NDE.] En el último capítulo, escrito varios meses después de empezada la revolución, el autor expresa su insatisfacción con lo realizado hasta entonces en este sentido. Sobre los logros de la revolución social en España, véase mi obra *American Power and the New Mandarins*, capítulo 1 [NDE. Véase nota en este número, p. 47.] y las referencias allí citadas; posteriormente se ha traducido al inglés el importante estudio de Broué y Témime. Desde entonces han aparecido otros estudios igualmente importantes; en especial: Frank Mintz: *L'Autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Béliabaste, París, 1971; César M. Lorenzo: *Los anarquistas españoles et le pouvoir, 1868-1969*, Seuil, París, 1969 [Existe traducción castellana editada por Ruedo ibérico, París, 1972]; Gaston Leval: *Espagne libertaire 1936-1939: L'Œuvre constructive de la révolution espagnole*, Editions du Cercle, París, 1971. Véase también Vernon Richards: *Lessons of the Spanish Revolution*, edición ampliada de 1972.

5. Citado por Robert C. Tucker: *The Marxism Revolutionary Idea*, en su exposición sobre marxismo y anarquismo.

6. Bakunin, en carta a Herzen y Ogareff, 1866. Citada por Daniel Guérin en *Jeunesse du socialisme libertaire*, p. 119.

7. Fernand Pelloutier, citado por Joll en *The Anarchists*. La fuente es «*L'anarchisme et les syndicats ouvriers*», *Les Temps Nouveaux*, 1895. El texto completo puede encontrarse en Daniel Guérin: *Ni Dieu, ni maître*, excelente antología del anarquismo.

Yo no pretendo saber cómo contestar a esa pregunta. Pero parece claro que, a menos que de una forma u otra haya alguna respuesta positiva para ella, no hay muchas posibilidades de una revolución verdaderamente democrática que realice los ideales humanistas de la izquierda. Martín Buber expone concisamente el problema cuando escribe:

«A nadie se le ocurre esperar de la naturaleza de las cosas que a un arbolito convertido en bastón le salgan un buen día cuatro hojas verdes.»⁸

La alternativa entre conquista y destrucción del poder estatal era lo que Bakunin consideraba como la piedra angular de su discrepancia con Marx⁹. En una u otra forma, el problema se ha replanteado repetidamente desde entonces a lo largo del siglo, dividiendo a los socialistas en «libertarios» y «autoritarios». A pesar de los avisos con los que Bakunin trató de prevenir la burocracia roja y a los que la dictadura de Stalin dio cumplidamente la razón, grave y obvio error sería, interpretando los debates de hace un siglo, referir las críticas de los movimientos sociales contemporáneos a sus orígenes históricos. Particularizando más, resulta hasta perverso definir el bolchevismo como «marxismo puesto en práctica». Mucho más certera que todo eso, en cambio, es la crítica izquierdista del bolchevismo cuando se atiene como es debido a la consideración de las circunstancias históricas de la revolución rusa¹⁰.

«La izquierda antibolchevique del movimiento obrero se opuso a los leninistas porque éstos no supieron ir todo lo lejos que debieron en cuanto a explotar los levantamientos revolucionarios rusos para conseguir fines estrictamente proletarios. Se convirtieron en prisioneros de su propio entorno y acabaron utilizando todo el movimiento internacional radical para la satisfacción exclusiva de necesidades específica-

mente rusas, pronto convertidas, por otra parte, en sinónimo de las meras necesidades del Partido/Estado bolchevique. Los aspectos «burgueses» de la revolución rusa se revelaban ahora en el bolchevismo mismo: el leninismo quedó caracterizado como mero sector de la socialdemocracia internacional, no diferenciándose de ésta en realidad más que en cuanto a cuestiones tácticas.»¹¹

Si tuviera yo que escoger una sola idea rectora dentro de la tradición anarquista, creo que escogería la que Bakunin desarrolló cuando, escribiendo sobre la Comuna de París, se autorretrataba como sigue:

«Amante fanático de la libertad, la considero como el único medio ambiente en que la inteligencia, la dignidad y la felicidad humanas puedan crecer y

desarrollarse. Y claro que no hablo de esa 'libertad', puramente formal, dosificada, regulada y 'concedida' por el Estado, esa eterna mentira que en realidad no

8. Martín Buber: *Paths in Utopia*, p. 127.

9. «Ningún Estado, por democrático que sea —escribía Bakunin—, ni siquiera la república más roja posible, puede dar al pueblo lo que éste quiere realmente, es decir, la libre autoorganización y administración de sus propios asuntos de abajo arriba, sin ninguna clase de interferencia o violencia desde arriba; porque todo Estado, incluso el seudoEstado popular urdido por Marx, es en esencia solamente una máquina que gobierna a las masas desde arriba, a través de una minoría privilegiada de intelectuales engreídos, que imaginan conocer y querer mejor que el pueblo mismo lo que el pueblo necesita [...] Pero el pueblo no se sentirá mejor por el hecho de que al bastón con que se le golpea se le llame 'bastón del pueblo'.» (*Statism and Anarchy*, 1873, en Dolgoff: *Bakunin on Anarchy*, p. 228), entendiéndolo por tal «bastón del pueblo» la República democrática.

Por supuesto, Marx vio la cuestión de diferente manera.

Para una ampliación informativa sobre el impacto de la Comuna de París sobre esta disputa, véase los comentarios de Daniel Guérin en *NI Dieu, ni maître*; también se reproducen, ligeramente ampliados, en su obra *Pour un marxisme libertaire*. Véase también la nota 24.

10. Sobre la «desviación intelectual» de Lenin hacia la izquierda durante 1917, véase Robert Vincent Daniels: «The State and Revolution: a Case Study in the Genesis and Transformation of Communist Ideology», *American Slavic and East European Review*, v. 12, n.º 1, 1953.

11. Paul Mattick: *Marx and Keynes*, p. 295.

implica más que privilegio de unos pocos cimentado sobre la esclavitud del resto, esa ficción de libertad, individualista, mezquina y egoísta, preconizada por la escuela de J.-J. Rousseau y las demás escuelas del liberalismo burgués y cuya noción implica necesariamente el supuesto de que es el Estado —el Estado que limita los derechos de cada uno— quien representa esa cosa que toda esa gente concibe como los derechos de todos los hombres, idea que inevitablemente acaba por reducir a cero los derechos de cada uno. No, la clase de libertad a que yo me refiero es la única clase de libertad que merece tal nombre: la libertad que consiste en el pleno desa-

rollo de todas las potencias materiales, intelectuales y morales latentes en cada individuo; la libertad que no reconoce más restricciones que las determinadas por las leyes de nuestra propia naturaleza individual, —restricciones a las que, hablando con propiedad, no se puede llamar tales, puesto que tales leyes no se nos imponen por ningún legislador de fuera o de encima de nosotros mismos, sino que nos son immanentes e inherentes, sustancia integrante de nuestro mismísimo ser material, intelectual y moral, 'restricciones' que no nos restringen para nada, sino que constituyen, precisamente, las 'condiciones' reales e inmediatas de nuestra libertad.¹²

Estas ideas nacen de la Ilustración; sus raíces están en el *Discurso sobre la desigualdad* de Rousseau, en los *Límites de la acción estatal* de Humboldt, en la insistencia de Kant —en su defensa de la Revolución francesa— en que la libertad es un requisito previo para llegar a la madurez que la libertad « requiere » y no una gracia a conceder cuando semejante madurez se haya logrado ya. A partir del desarrollo del capitalismo industrial, nuevo e imprevista sistema de injusticia, el socialismo libertario es quien ha preservado y ampliado el mensaje de humanismo radical de la Ilustración y los ideales liberales clásicos, pervertidos luego en ideología soporte del orden social naciente. De hecho, basadas exactamente en los mismos supuestos que al liberalismo clásico le hicieron oponerse a la intervención del Estado en la vida social, las relaciones sociales capitalistas son igual de intolerables. Esto quedó claro a partir, por ejemplo, del trabajo clásico de Humboldt *Límites de la acción estatal*, que se adelantó y quizá inspiró a Mill. Esta obra clásica del pensamiento liberal, acabada en 1792, es en su esencia profundamente —aunque también prematuramente— anticapitalista: se hubo, en efecto, de dulcificar sus ideas hasta hacerlas irreconocibles, para transmutar su conjunto en una ideología del capitalismo industrial.

La visión que tuvo Humboldt de una sociedad en que cadenas sociales quedan sustituidas por vínculos sociales y en que el trabajo es algo que se asume libremente recuerda aquella disertación de Marx, en sus escritos primeros, sobre la « alienación del trabajo cuando su materialidad le es ajena al obrero [...] y no una dimensión de su naturaleza [...] [de manera que] su ejercicio por dicho obrero no le significa a éste realización personal ninguna, sino negación de su personalidad [...] [que le deja] físicamente exhausto y mentalmente envilecido »; trabajo alienado que « para algunos obreros significa recaída violenta en una especie de mero esfuerzo bárbaro y, para otros, la conversión de sus personas en meros autómatas mecánicos » y que, en consecuencia, despoja al hombre de su participación en la « característica de la especie » que implica « actividad consciente y libre » y « vida productiva ». De semejante

12. Bakunin: « La Commune de Paris et la notion de l'Etat », reproducido por Daniel Guérin en *Ni Dieu, ni maître*. La observación final de Bakunin, sobre las leyes de la naturaleza individual como condición de la libertad, puede compararse con el estudio del pensamiento creador desarrollado en las tradiciones racionalistas y románticas. Véanse mis *Cartesian Linguistics and Language and Mind*.

manera concibe Marx « un nuevo tipo de ser humano que 'necesita' del prójimo [...] [de tal manera que la asociación de trabajadores llega a ser] el esfuerzo constructivo real para crear la trama social de las relaciones humanas futuras »¹³. Es cierto que el pensamiento libertario clásico se opone a la intervención estatal en la vida social, en consecuencia con una serie de presupuestos más profundos sobre la necesidad humana de libertad, diversidad y libre asociación. Estos mismos presupuestos obligan a considerar como fundamentalmente antihumanos el trabajo asalariado, las relaciones capitalistas de producción, la competencia, la ideología del « individualismo posesivo »... En propiedad, el socialismo libertario se debe identificar como el heredero de los ideales liberales de la Ilustración.

Rudolf Rocker describe el anarquismo moderno como « la confluencia de las dos grandes corrientes que durante y desde la Revolución francesa fueron y vienen encontrando tal expresión característica en la vida intelectual de Europa: socialismo y liberalismo ». Los ideales liberales clásicos, razona, naufragaron en las realidades de las formas económicas capitalistas. El anarquismo es necesariamente anticapitalista en cuanto que « se opone a la explotación del hombre por el hombre ». Pero también se opone el anarquismo al « dominio del hombre por el hombre » y nunca deja de insistir en que « el socialismo será libre o no será en absoluto ; y en el reconocimiento de que aquí es donde radica la justificación genuina y profunda de la existencia del anarquismo »¹⁴. Desde este punto de vista, el anarquismo se puede definir como el ala libertaria del socialismo. Este es el criterio con que Daniel Guérin estudia el anarquismo en su libro *L'Anarchisme* y en otros trabajos suyos.

Guérin¹⁵ cita este pasaje de Adolph Fischer: « Todo anarquista es socialista, pero no todo socialista es necesariamente anarquista. » Lo mismo venía a insinuar Bakunin cuando, en aquel programa de su proyecto de fraternidad revolucionaria internacional que era su « manifiesto anarquista », establecía el principio de que cada miembro tenía que ser, de entrada, socialista.

Un anarquista auténtico debe ser tan enemigo de la propiedad privada de los medios de producción como de la esclavitud salarial que forma parte integrante de tal sistema, dada la incompatibilidad de todo ello con el principio de que el trabajo se debe asumir libremente y bajo el control del productor mismo. Como señala Marx, los socialistas preconizan una sociedad en que « el trabajo vendrá a ser, además de medio de vida, el más alto anhelo en ella »¹⁶, cosa imposible cuando lo que mueve al trabajador es más una autoridad exterior, o la necesidad, que su propio impulso interior: « Ninguna forma de trabajo asalariado, por más que unos puedan ser menos detestables que otros incluso, podrá eliminar la miseria del trabajo asalariado en sí mismo. »¹⁷ Un auténtico anarquista debe

13. Shlomo Avineri: *The Social and Political Thought of Karl Marx*, p. 142, aludiendo a los comentarios contenidos en *La Sagrada Familia*. Avineri afirma que dentro del movimiento socialista, sólo los kibbutzim « se han dado cuenta de que los modos y formas de la actual organización social determinarán la estructura de la sociedad futura ». Sin embargo, según señalamos anteriormente, ésta fue una posición característica del anarquismo.

14. Rocker: *Anarchosyndicalism*, p. 28.

15. Véanse las obras de Guérin ya citadas.

16. Karl Marx: *Crítica al Programa de Gotinga*.

17. Karl Marx: *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, citado por Mattick: *Marx and Keynes*, p. 306. En relación con esta cuestión, véase también el ensayo de Mattick: « Workers' Control » en Priscilla Long *The New Left*; y Avineri: *Social and Political Thought of Marx*.

oponerse no sólo al trabajo alienado sino también a la especialización laboral estupefaciente que tiene lugar cuando los procedimientos para desarrollar la producción

« mutilan al obrero hasta hacerlo un pedazo de ser humano, lo degradan hasta convertirlo en mero apéndice de la máquina y le destruyen todo significado esencial en su trabajo hasta volvérselo en

tortura constante; le enajenan las posibilidades de actividad intelectual del proceso laboral en la medida en que la ciencia se incorpora a él como poder independiente [...] »¹⁸

Esto lo vio Marx no como una concomitancia inevitable de la industrialización sino más bien como una característica de las relaciones capitalistas de producción. A la sociedad del futuro deberá incumbirle « reemplazar al obrero 'especializado' de hoy día [...], reducido a un mero trozo de hombre, por el individuo plenamente desarrollado, capacitado para toda una variedad de tareas laborales [...] y para el cual las distintas funciones sociales [...] no sean sino otros tantos numerosos modos de dar rienda suelta a sus propios talentos y poderes naturales »¹⁹. El requisito previo es la abolición del « capital » y del trabajo asalariado en tanto en cuanto categorías sociales (por no hablar de los ejércitos industriales del « Estado laboral », ni de las diversas formas del totalitarismo o del capitalismo de Estado). La reducción del hombre a simple excrecencia de la máquina o herramienta « especializada » de la producción es cosa que el desarrollo y uso adecuados de la tecnología podrían en principio superar en vez de intensificar, al emanciparse de las condiciones del control autocrático de la producción por quienes, prescindiendo de los fines e intereses individuales del hombre, como dice Humboldt, lo convierten en mero instrumento al servicio de los suyos propios.

Los anarcosindicalistas siempre han buscado, incluso en el seno del capitalismo, crear « asociaciones libres de trabajadores libres » que se dedicasen a la lucha militante y preparasen la toma de la organización de la producción sobre una base democrática. Tales asociaciones constituirían « una escuela práctica de anarquismo »²⁰. Si la propiedad privada de los medios de producción es sencillamente, según la frase de Proudhon que se suele citar tan a menudo, una forma de « robo » — « la explotación del débil por el fuerte »²¹—, tampoco el control de la producción por una burocracia estatal podrá nunca crear, por benévolas que fuesen sus intenciones, las condiciones que permitiesen que el trabajo, manual o intelectual, llegase un día a ser « el más alto anhelo » en la vida del hombre. Ambas cosas, por lo tanto, deben ser superadas.

El ataque del anarquista al derecho de control privado o burocrático de los medios de producción le sitúa entre las filas de quienes luchan por precipitar el advenimiento de « la tercera y última fase emancipadora de la historia; después de haber hecho siervos a los esclavos la primera y trabajadores asalariados a los siervos la segunda, la tercera abolirá el proletariado en un acto final de

18. Karl Marx: *El Capital*, citado por Robert Tucker, que correctamente pone de relieve que Marx ve al revolucionario más como un « productor frustrado » que como un « consumidor insatisfecho » (*The Marxist Revolutionary Idea*). Esta crítica más radical de las relaciones capitalistas de producción constituye un resultado del pensamiento libertario de la Ilustración.

19. Marx: *El Capital*, citado por Avineri: *Social and Political Thought of Marx*, p. 83.

20. Pelloutier: « L'anarchisme ».

21. « ¿Qué es la propiedad? » La frase « la propiedad es el robo » disgustaba a Marx, que veía en su uso un problema de lógica, al presuponer el robo la existencia legítima de la propiedad. Véase Avineri: *Social and Political Thought of Marx*.

liberación que pondrá el control de la economía en las manos de las asociaciones libres y voluntarias de trabajadores » (Fourier, 1848)²². Tocqueville (también en 1848) señaló este peligro inminente para la « civilización » :

« Mientras el derecho de propiedad fue el origen y el fundamento de muchos otros derechos, fácil fue defenderlo —en realidad, no se le atacó— ; entonces era la cudadela de la sociedad, de la que todos los demás derechos eran otras tantas posiciones avanzadas : nunca hubiera tenido que soportar ella, pues, lo más recio de ningún ataque, ni hubo nunca, incluso, intento serio alguno de asaltarla. Pero hoy día, cuando se mira el derecho de propiedad como un último vestigio aún no destruido del mundo de la aristocracia, cuando sólo él queda aún en pie como único privilegio en medio de una sociedad ya igualizada, la cosa es muy distinta. Observad lo que está sucediendo

en los corazones de las clases trabajadoras, aunque admito que, hasta ahora, aún se mantienen tranquilas. Cierto es que ahora están menos inflamadas que en el pasado por las pasiones políticas, propiamente hablando ; pero, ¿ acaso no veis que tales pasiones tuyas, lejos ya de ser políticas, se han hecho sociales ? ¿ No veis que poco a poco se van propagando entre ellas ideas y opiniones que ya no pretenden simplemente la supresión de tales o cuales leyes o la dimisión de tal o cual ministro o de tal o cual gobierno, sino la destrucción de los mismísimos cimientos de la sociedad misma ? »²³

Los obreros de París rompieron el silencio en 1871 y procedieron

« a abolir la propiedad, la base de toda civilización ! Sí, caballeros, la Comuna intentó abolir la propiedad de clase que hace del trabajo de las mayorías la riqueza de unos pocos. Quiso convertir en realidad la propiedad individual mediante la transformación de

medios de producción, tierra y capital —principales instrumentos hoy día de esclavitud y explotación laborales— en meros instrumentos del trabajo asociado y libre »²⁴.

La Comuna, naturalmente, pereció ahogada en sangre. Qué clase de « civilización » era aquella que los trabajadores habían tratado de superar, atacando « los mismísimos cimientos de la sociedad misma », fue algo que quedó bien claro una vez más cuando las tropas del gobierno de Versalles reconquistaron París de manos de su población, como amarga pero certeramente escribió Marx :

« La civilización y la justicia del orden burgués salen a la luz bien crudamente cada vez que los esclavos y los desheredados de semejante orden se levantan contra sus amos. Entonces es cuando tal civilización y tal justicia se muestran y actúan en forma de salvajismo sin disfraz y de venganza sin ley [...] ; las hazañas diabólicas de la soldadesca no son más

que el reflejo del espíritu innato de esa civilización, de que los soldados son los vengadores mercenarios [...]. La burguesía del mundo entero, que contempla con complacencia la matanza en masa que sigue a la batalla, se estremece de horror ante el atentado contra cualquier simple mole de ladrillos y argamasa. » (Ibid., p. 74-77.)

A pesar de la violenta destrucción de la Comuna, Bakunin escribió a su propósito que París inauguraba una nueva era,

« la [era] de la emancipación completa y definitiva de las masas populares y de su verdadera solidaridad futura por encima y a pesar de toda frontera estatal

[...] : la próxima revolución del hombre, internacional y solidaria, será la resurrección de París » ;

... revolución ésta, por cierto, que el mundo todavía está esperando. El anarquista auténtico, pues, debe ser un socialista, pero de un socialismo especial. No sólo se opondrá al trabajo alienado y especializado y se propondrá

22. Citado en Buber : *Paths of Utopia*, p. 19.

23. Citado por J. Hampden Jackson, en *Marx, Proudhon and European Socialism*, p. 60.

24. Karl Marx : *La guerra civil en Francia*. Avineri señala que en estos y otros comentarios de Marx sobre la Comuna se refiere directamente a planes e intenciones. Como Marx ha dejado claro en otra parte, cuando su opinión quedó elaborada del todo, resultó más crítica que en este discurso.

la apropiación del capital por el conjunto de los trabajadores en su totalidad, sino que, también, insistirá en que esta apropiación sea directa, de ninguna manera realizada por ninguna clase de fuerza elitista que actúe en nombre del proletariado. Se opondrá, en resumen,

« a la organización de la producción por el gobierno. Que eso es lo que significa socialismo de Estado, mando de los funcionarios del Estado sobre la producción, mando de directores-gerentes, científicos, jefes de taller [...]. La meta de la clase obrera es la liberación respecto de la explotación. Esta meta no se

alcanza ni se puede alcanzar por mediación de ninguna nueva clase dirigente y gobernante que se erija por sí misma en sustituta de la burguesía. Esa meta no se alcanza más que por los trabajadores mismos, exclusivamente, y sólo cuando se hagan ellos los únicos dueños de la producción. »

Estas observaciones están sacadas de la obra *Cinco tesis sobre la lucha de clases*, del marxista de izquierdas Antón Pannekoek, uno de los teóricos más sobresalientes del movimiento de consejos comunistas. De hecho, el marxismo radical se confunde bastante con unas u otras corrientes anarquistas.

Ahí va, aún, una ilustración más de todo esto, la siguiente descripción de « socialismo revolucionario » :

« El socialista revolucionario niega que la adjudicación de la propiedad al Estado pueda terminar en nada que no sea despotismo burocrático. Ya se ha visto por qué el Estado no puede controlar democráticamente la industria. La industria sólo se puede poseer y controlar democráticamente por los trabajadores, sólo cuando ellos eligen directamente entre sus propias filas todos los comités administrativos industriales. El socialismo será, fundamentalmente, un sistema industrial; de carácter industrial serán sus elementos constitutivos. De modo que quienes lleven adelante las actividades sociales y las industrias de la sociedad estarán directamente representados en los consejos locales y centrales de administración social. De esta manera, los poderes de tales delegados dimanarán, de abajo arriba, de quienes llevan a cabo el trabajo y están al corriente de las

necesidades de la comunidad. El comité administrativo industrial central, en sus reuniones, comprenderá la representación de cada una de las fases de la actividad social. En una palabra, el Estado capitalista político o geográfico quedará sustituido por el sistema socialista de comités administrativos industriales. La transición de un sistema social al otro será la **revolución social**. A lo largo de toda la historia, Estado político no ha significado otra cosa que gobierno de los hombres por las clases dirigentes; la República del Socialismo será gobierno de la industria, administrada en beneficio de la totalidad de la comunidad. Aquél significó la sujeción económica y política de las mayorías; ésta significará la libertad económica de todos: será, por lo tanto, una verdadera democracia. »

Esta declaración programática aparece en *Los orígenes y la función del Estado*, de William Paul, escrito a comienzos de 1917, poco antes de *El Estado y la revolución* de Lenin (la más libertaria, quizá, de sus obras —cf nota 9—). Paul era entonces miembro del Partido Laborista Socialista Marxista/De-Leonista y más tarde fue uno de los fundadores del Partido Comunista británico²⁵. Su crítica del socialismo de Estado se parece a la doctrina libertaria de los anarquistas al proclamar el principio de que, puesto que la propiedad y la gestión estatales conducen al despotismo burocrático, la revolución social debe reemplazarlos por la organización industrial de la sociedad bajo el control directo de los obreros. Muchas otras declaraciones semejantes se podrían citar.

Lo que es mucho más importante aún es que estas ideas ya se han venido realizando en la práctica de la acción revolucionaria espontánea: por ejemplo, en Alemania y en Italia, después de la primera guerra mundial, y en España, en 1936 (y no sólo en el campo, en este último ejemplo, sino también en la industria barcelonesa). Se podría defender que alguna determinada forma de comunismo

25. Para tener una visión general, véase Walter Kendall : *The Revolutionary Movement in Britain*.

de consejos es la forma natural del socialismo revolucionario en una sociedad industrial. Aquí se refleja cierta comprensión intuitiva de que la democracia sufre limitaciones muy severas cuando cualquier forma de élite autocrática controla el sistema industrial, cualquiera que sea la composición de dicha élite: propietarios, directores gerentes, tecnócratas, miembros de un partido «de vanguardia» o de una burocracia estatal, etc. Bajo semejantes condiciones de dominación autoritaria no es posible realizar los ideales libertarios clásicos desarrollados sucesivamente por Marx y Bakunin y todos los demás revolucionarios verdaderos: el hombre no será libre para desarrollar sus propias potencialidades en toda su plenitud y el trabajador seguirá siendo «un pedazo de ser humano», un individuo degradado, una herramienta del proceso productivo dirigido desde arriba.

La frase «acción revolucionaria espontánea» puede prestarse a equívocos. Los anarcosindicalistas, al menos, tomaron siempre muy en serio la afirmación de Bakunin de que las organizaciones obreras deben crear «no sólo las ideas sino también los hechos del futuro mismo» a lo largo del periodo prerrevolucionario. Las realizaciones de la revolución popular en el caso concreto de España se basaban en un trabajo paciente de muchos años de organización y de educación, que fue uno de los ingredientes de toda una larga tradición de dedicación comprometida y de militancia, y habían quedado ya esbozadas de maneras diversas en las resoluciones del Congreso de Madrid de junio de 1931 y del de Zaragoza de mayo de 1936, como también en las ideas, sólo ligeramente diferentes, que Abad de Santillán apuntó de manera bastante concreta en su trabajo (véase nota 4) sobre la organización social y económica a establecer por la revolución. Guérin escribe:

«La revolución española estaba relativamente madura en las mentes de los pensadores libertarios como en la conciencia popular.»

Y las organizaciones obreras contaban ya con la estructura, la experiencia y la comprensión necesarias para hacerlas capaces de emprender la tarea de la reconstrucción social cuando el golpe de Estado de Franco hizo que el torbellino de los primeros meses de 1936 estallase en revolución social. El anarquista Augustin Souchy escribe en su introducción a una colección de documentos sobre la colectivización en España:

«Durante muchos años los anarquistas y sindicalistas de España consideraron que su tarea suprema era la transformación social de la sociedad. El problema de

la revolución social se discutía incesantemente y de modo sistemático en sus asambleas sindicales y de grupos y en sus periódicos, panfletos y libros.»²⁶

Todo lo cual constituyó y preparó el terreno de donde surgieron las realizaciones espontáneas y toda la obra constructiva de la revolución española.

En el sentido en que quedan descritas, las ideas del socialismo libertario han quedado sumergidas en las sociedades industriales de la primera mitad de este siglo. Las ideologías dominantes han sido las del socialismo de Estado o del capitalismo de Estado (de carácter progresivamente militarizado en los Estados Unidos, por razones que no resultan oscuras)²⁷. Pero en los más recientes de los últimos años se ha reavivado el interés general al respecto. Las tesis de

26. *Collectivisations: L'Œuvre constructive de la Révolution espagnole*, p. 8.

27. Como obras de consulta, véase Mattick: *Marx and Keynes*, y Michael Kidron: *Western Capitalism Since the War*. Véase también exposición y referencias en mi obra *At War with Asia*, capítulo 1, p. 23-26.

Antón Pannekoek que he citado más arriba las he sacado de cierto panfleto reciente de un grupo radical de trabajadores franceses (*Informations Correspondance Ouvrière*). Las observaciones de William Paul sobre socialismo revolucionario se citan en un informe presentado por Walter Kendall en la Conferencia nacional sobre Control obrero de Sheffield, Inglaterra, en marzo de 1969. El movimiento de control obrero ha llegado a ser una fuerza importante en Inglaterra en los últimos años. Ha organizado ya varias conferencias y producido una cantidad importante de literatura de folletos; cuenta entre sus militantes, además, con representantes de algunos de los sindicatos más importantes. Así, el sindicato unido de la fundición y la maquinaria, por ejemplo, ha adoptado como política oficial propia el programa de nacionalización de las industrias básicas bajo «el control obrero a todo nivel»²⁸. En el Continente las cosas se desarrollan de manera semejante. Mayo de 1968, naturalmente, aceleró el creciente interés general en el comunismo de consejos y en las iniciativas con él relacionadas, tanto en Francia y en Alemania como en Inglaterra.

Dado el conservadurismo del cariz general de su extremadamente ideológica sociedad, no puede sorprender demasiado que los Estados Unidos hayan permanecido relativamente intocados por estos acontecimientos ideológicos. Pero también esto puede cambiar. La erosión de la mitología de la guerra fría, por lo menos, hace posible que estas cuestiones puedan llegar a plantearse en círculos considerablemente amplios. Si la actual ola de represión se le puede hacer retroceder, si la izquierda es capaz de sobreponerse a las más suicidas de sus tendencias y ponerse a construir sobre cuanto se ha realizado en la última década, el problema de cómo organizar la sociedad industrial siguiendo una línea verdaderamente democrática a base de un control democrático del ámbito del trabajo y de la comunidad tendrá, entonces, que constituirse en preocupación intelectual dominante para quienes viven los problemas de la sociedad contemporánea y, mientras vaya cuajando un movimiento de masas hacia el socialismo libertario, la especulación tendrá que ir dando paso a la acción. Bakunin, en su manifiesto de 1865, predijo que uno de los factores de la revolución social sería

« la adopción de la causa del pueblo por los sectores inteligentes y verdaderamente nobles de la juventud, impulsados por sus generosas convicciones y ardien-

tes aspiraciones y a pesar de que por nacimiento pertenezcan incluso a las clases privilegiadas ».

Tal vez el movimiento estudiantil que ha venido poniéndose en marcha a lo largo de los años 60 significa un considerable paso adelante hacia el cumplimiento de aquella profecía.

Daniel Guérin se ha encargado de llevar a cabo lo que él ha llamado un « proceso de rehabilitación » del anarquismo. Explica, de manera que a mí me parece convincente, que

« las ideas constructivas del anarquismo conservan aún su vitalidad y, convenientemente reexaminadas y cribadas, pueden ayudar al pensamiento socialista

contemporáneo a adoptar un nuevo punto de partida [...] [y] contribuir en enriquecer el marxismo »²⁹.

28. Véase Hugh Scanlon: *The Way Forward for Worker's Control*. Scanlon es presidente de la AEF, uno de los mayores sindicatos británicos. La institución se estableció como resultado de la VI Conferencia sobre Control obrero, en marzo de 1968, sirviendo como centro de difusión, de información y de estímulo de la investigación.

29. Guérin: *NI Dieu, ni maître*.

A efectos de escrutinio más intenso, este autor ha venido espigando por las « anchas espaldas » del anarquismo las ideas y hazañas que pueden calificarse de socialistas libertarias. Esto es natural y correcto. En semejante marco encajan tanto los portavoces más importantes del anarquismo como las acciones de masas animadas por ideales y sentimientos anarquistas. A Guérin le interesa no sólo el pensamiento anarquista sino también todo tipo de acciones espontáneas de unas y otras fuerzas populares que, de hecho, van creando nuevas formas sociales. La creatividad social le interesa tanto como la intelectual. Y, además, trata de extraer, de los logros constructivos del pasado, lecciones con que enriquecer la teoría de la liberación social. Para quienes deseen, no sólo entender el mundo sino también cambiarlo, tal es el modo adecuado de estudiar la historia del anarquismo.

Guérin califica el anarquismo del siglo XIX de esencialmente doctrinal, mientras que el siglo XX ha sido, para los anarquistas, el tiempo de la « práctica revolucionaria »³⁰. *L'Anarchisme* refleja esta opinión. Su interpretación del anarquismo apunta conscientemente hacia el futuro. Arthur Rosenberg señaló una vez que una característica de las revoluciones populares es el intento de sustituir « una autoridad feudal o centralizada que gobierna por la fuerza » por algún tipo de sistema comunitario que siempre « implica la destrucción y la desaparición de la antigua forma de Estado ». Este sistema será o socialismo sin más o una « forma extrema de democracia [...] [que constituye] condición previa del socialismo, en tanto en cuanto el socialismo sólo puede realizarse en un mundo que goce del más alto grado posible de libertad individual ». Y este ideal, sigue diciendo, les era común a Marx y a los anarquistas³¹. Esta lucha natural por la liberación se desarrolla en contraposición a la tendencia predominante hacia la centralización de la vida económica y política.

Hace un siglo, Marx escribió que los obreros de París « se dieron cuenta de que, cualquiera que fuese el nombre con que pudiera reaparecer, no había más que una alternativa : o la Comuna o el Imperio ».

« El Imperio les había arruinado económicamente gracias al despilfarro que hizo de la riqueza pública, a la estafa financiera a gran escala que patrocinó y al impulso que dio simultáneamente a la centralización artificialmente acelerada de capital y a la expropiación entre sus [de los trabajadores] propias filas. Los había eliminado políticamente, había escandalizado sus sentimientos de moralidad con sus [del

Imperio] orgías, había insultado su volterianismo poniendo la educación de sus hijos en manos de los *frères ignorantins*, había sublevado sus sentimientos nacionales de franceses precipitándolos de cabeza en una guerra que no dejó tras sí más que una sola compensación por las ruinas que causó : la desaparición del Imperio mismo. »³²

Aquel miserable segundo Imperio

« fue la única forma posible de gobierno de aquel momento preciso en que la burguesía había perdido

ya la capacidad de dirigir la nación y la clase obrera aún no la había adquirido ».

No es difícil parafrasear estas observaciones de manera que resulten adecuadas respecto de los sistemas imperiales de 1970. « El problema [...] de liberar al hombre de la maldición de la explotación económica y de la esclavitud social y política » sigue siendo, en efecto, el problema de nuestro tiempo. Y, mientras sea así, las doctrinas y las prácticas revolucionarias del socialismo libertario seguirán sirviendo de fuente de inspiración y de guía.

30. *Ibid.*

31. Arthur Rosenberg : *A History of Bolchevism*, p. 88.

32. Marx : *La guerra civil en Francia*.

James Stuart Christie **Sobre presente y futuro del movimiento libertario español**

El primer borrador del trabajo que sigue salió de la prisión de Brixton, Londres, en julio de 1972, escondido entre un par de tetas jóvenes y libertarias. El autor, implicado por las autoridades británicas en el famoso asunto de la más o menos fantasmal Brigada Iracunda (Angry Brigade: bombas y ráfagas de metralleta contra edificios de dichas autoridades y de la embajada de España, etc.) llevaba ya doce meses en dicha cárcel, esperando juicio, cuando la (ocasional) corresponsalia de CRI en Inglaterra le pidió algunas líneas sobre el tema del título y para el presente número de la revista. Desde entonces, Stuart Christie ha tenido tiempo suficiente para ir completando muy cumplidamente aquel primer borrador de este trabajo, hasta dejarlo en la forma en que aparece ahora. El contacto íntimo, intenso y constante de Christie con el MLE, desde hace ya casi diez años, le cualifica de sobra para opinar al respecto. Christie cumplió en España más de tres años de una sentencia de veinte por intentar allí, cuando él tenía dieciocho, un complot para matar a Franco y por haber metido en el país los explosivos necesarios a efecto. Todo lo cual dio pie para consolidar dicho contacto suyo, constante y ya definitivo, con el MLE. Entre otros textos libertarios, Christie ha publicado, en colaboración con Albert Meltzer, el libro *The Floodgates of Anarchy*, ya publicado en varios otros idiomas (el castellano entre ellos: **Anarquismo y lucha de clases**, Proyección, Buenos Aires). Absuelto con otros pocos entre los juzgados en relación con el asunto Angry Brigade (diciembre de 1972), Stuart Christie sigue considerando la publicación (escripción, traducciones, impresión, edición, distribución) de textos libertarios de todo tipo como una de sus más importantes actividades de militante en dedicación total a sus ideas. Su editora anarquista Cienfuegos Press tiene en prensa en este momento, entre otras cosas, la historia del submovimiento Primero de Mayo y las vidas de Facerías y del Quico Sabater (traducida esta última por el propio Christie durante su larga estancia en la cárcel de Brixton), en inglés [NDT].

0

No pretendo demasiado «rigor científico» para estas notas que me pongo a escribir ahora y de las que ni siquiera sé si podré acabarlas ni si podrán salir de esta cárcel de Brixton. Aunque a mí el tema me interesa muchísimo, no sé si podré dedicarle ahora la muchísima atención que me merece: en este momento, yo, como el resto de los compañeros encausados so pretexto de la Angry Brigade, ando muy absorbido por nuestro juicio.

Ofrezco estas notas para Ruedo ibérico sin demasiadas pretensiones. Todo lo que haya en ellas de crítica sin contemplaciones nunca se deberá tomar como insulto ni anatema

siquiera, aunque pueda parecerlo. Sino, siempre, como simple llamada de atención (siempre bienintencionada, aunque todo lo enérgica que se pueda) sobre fallos, enfermedades o achaques, de la edad y las dificultades, en el MLE, que a mí me parecen con mucha evidencia más que bastante graves o hasta gravísimos.

Pido que, por virtud de estas reservas más sobre estas notas que me vayan saliendo a continuación, nadie se irrogue el discutible derecho de darse por personalmente ofendido por mis posibles ligerezas o errores, ni por mis exabruptos, a cuento de un tema que no es de interés para personas aisladas sino para el movimiento libertario en general.

1

Desde la derrota de la República en 1939, el movimiento libertario español en el exilio ha seguido un camino tortuoso que le ha llevado, a través de la política del compromiso y de la conveniencia del momento, hasta una situación, ya límite, en que las siglas CNT-FAI, tan respetadas y ejemplares un día, se han convertido en un anacronismo viviente (y tampoco demasiado viviente) enquistado en el seno del movimiento anarquista. Esto era inevitable desde el momento mismo de quedar constituida en el exilio una infraestructura burocrática que cada día más exclusivamente se alimentaría de glorias cada día más pasadas; desde el momento mismo en que las filas de los sobrevivientes tuvieron que aceptar el compromiso de su delicada situación en el país extranjero que fuese, cuya hospitalidad no era cosa que se pudiese estirar demasiado; desde el momento mismo en que la única preocupación que le quedaría en adelante a toda una serie de manipuladores sembrados entre tales filas sería la de agarrarse con uñas y dientes al puñado de poder que pudiese quedarle aún a cada uno entre las manos (y uso la palabra poder en lo que vale), extraña oficiosidad de porteros que se empeñasen en seguir guardando una vasta mansión abandonada y ya señalada para demolición inminente.

Actitudes que no son sino consecuencias muy normales de otras tantas flaquezas humanas de lo más corriente, degeneración organizacional resultante cuya explicación retrospectiva no puede ser más fácil: algo absurdo fuera realmente esperar gran cosa (vista desde ahora) de gentes que, a partir de un revés de la suerte, vendrían a perder su contacto con la realidad. Nada del otro jueves todo ello —con una salvedad: ese empecinado apetito de poder recién dicho, con que sus adictos han llegado a destruir muy efectivamente la admirable dinámica de una gran organización revolucionaria, no sólo hurtándose decididamente a cuanto pudiese ser el proceso revolucionario español de entonces acá, sino incluso obstaculizándolo activamente y con eficacia.

2

De 1968 a esta parte, ha tenido lugar un cambio radical de mentalidad en los países occidentales más industrializados, definido por el súbito acelerón de la conciencia de clase y de la comprensión de la lucha de clases que sus pueblos vienen experimentando desde entonces. Cada día erosiona más activamente los fundamentos mismos de la política « consensual » el hecho de que cada día sean menos los sectores de la comunidad realmente dispuestos a comprometer, en aras del « interés nacional », sus exigencias de un nivel de vida razonable o, en general, su acervo de derechos por fin conseguidos a este cabo de la historia.

Los gobiernos que llegan al poder por medio del voto, en efecto, encuentran cada día más difícil mantener siquiera su fachada de legalidad constitucional. Difícilmente pueden ya pretender los gobiernos burgueses liberales que los trabajadores sacrifiquen sus vidas para ellos, ni justificar seriamente lo que quede de tales pretensiones. Y en cuanto a los gobiernos comunistas, por su parte, por más que se las arreglen aún para seguir detentando oficialmente o en pomposa apariencia el conjunto de los ya decrépitos ideales colectivos de antaño, también ellos se topan irremisiblemente hoy en día con generaciones nuevas que les discuten con progresiva firmeza los dogmas y mandamientos que sus mayores se tragaron en su día con menos dengues.

Este cambio de mentalidad y su reverso afectivo, la exasperación creciente de toda una generación joven a quien se le impide perseverantemente abrirse camino limpio hacia el futuro, son dos de los factores más importantes del actual desarrollo de la guerrilla urbana como forma específica y progresivamente importante de lucha entre elementos populares especialmente conscientes y el Estado mismo.

Primero de Mayo, Rote Armée Fraktion, Brigatta Rossa, Tupamaros, ETA, Angry Brigade, Weathermen, Movimiento Ibérico de Liberación... grupos que, más o menos restringidos en cada caso a la zona relativamente limitada de la lucha de clases que es la de la « espectacular » propaganda por la acción, prueban

como conjunto la progresiva generalización de un hecho cada día más propio de nuestro tiempo: a diferencia de momentos más rotundamente marcados por la impronta del fascismo triunfante, en éste los pueblos empiezan a aprender por fin a devolver el golpe.

Y éste el hecho por el que la beata prensa dirigida de todo el mundo llora hoy sus lágrimas de cocodrilo, esta actual propagación de lo que ella llama con trémolos de horror «la violencia».

3

Algunas de las actuaciones del grupo Primero de Mayo son una buena ilustración de la relación en proporción directa entre eficacia y concentración de tácticas y estrategia hacia objetivos muy inmediatos y concretos: así, el rapto de monseñor Ussía en Roma, en 1966, en relación con la escandalosa llamada de atención que produjo en todo el mundo en favor de los presos políticos españoles y contra el aparato propagandístico del régimen y su fachada de «liberalización» contemporánea.

En mi opinión, ningún movimiento de guerrilla urbana puede en principio llegar a un éxito completo y duradero hasta haberse ya agotado previamente toda posibilidad de lucha pacífica, es decir, hasta el momento preciso en que ya no tenga vuelta de hoja, como insinué antes, la imposibilidad total, para cada una de «las dos clases», de seguir comprometiendo ya ni en lo más mínimo, hacia la otra, sus propias posiciones. En ese preciso momento, nada menos pero tampoco nada más, la razón de eficacia no permite ya más camino, y ya de manera compulsiva éste, que el de la acción directa —en el sentido más restringido y «dramático» que se le viene dando en general al concepto en los últimos lustros.

De un tiempo a esta parte y ante la evidencia de que las viejas palabras son cada día más inútiles para engañar a nadie, los burgueses han dejado abruptamente de predicar ante las masas sus viejos ideales guerreros y, volviendo simplemente del revés la moneda de su estrategia, se han puesto de la misma a rasgarse las vestiduras ante este fenómeno de «la

violencia» de toda una nueva generación. Y una vez ajustada la nueva máscara pacifista, uno de sus *slogans* más universales del momento es el de que «la violencia es un síntoma de debilidad, no de fuerza». Pero tampoco es tan fácil convencer a nadie de que fuera precisamente «la fuerza» lo que le hizo al movimiento obrero alemán agachar la cabeza cuando el fascismo levantaba la suya, ni de que fuera precisamente «la debilidad» lo que le hizo al movimiento español oponerse, con toda su vitalidad y hasta la destrucción total de sus recursos, a la misma erupción fascista en la península.

4

A medida que el barranco se ensancha y se ahonda entre los pueblos y la moral y los objetivos de los Estados-destrucción («Destruction-States»), uno de los argumentos psicológicos favoritos de las clases dirigentes, en defensa propia y de la explotación, viene siendo el mito de que el descontento de los explotados y su expresión final más perfecta y más obvia, la revolución, son cosas malsanamente artificiales y extrañas al orden natural de las cosas: he aquí la Teoría de la Interpretación conspiracional de la Historia, palabra del Estado —aparato tan «natural y espontáneo» él mismo, por cierto.

Esta flamante teoría es ya un verdadero común denominador de todos los Estados, tanto liberales como autoritarios, a cuyo servicio y propagación ponen con toda largueza su control de los medios de difusión y deformación llamada «información», esa fantástica maquinaria neorreligiosa de persuasión y alienación dirigida, cuya importancia de ninguna manera debemos menospreciar quienes estamos enfrente de sus dueños actuales y cuyos fallos en sus manos no les suelen dejar a ellos más escape que un nuevo salto al recrudecimiento, indefinidamente irracional y momentáneo, de la represión pura: de hecho, una nueva y renovadora declaración de la guerra de clases.

Sin tregua se nos «informa» a todos, pues, de que todo disturbio y movimiento de descontento colectivo se debe siempre a unos u otros agitadores extranjeros y de que la clase obrera

indígena jamás estaría descontenta de su suerte, de no ser por tales elementos siniestros y foráneos que acuden a manejarla.

Las necias ínfulas de esta teoría son prácticamente increíbles « en realidad »; en « la » realidad, no hay aún mentira inventada por la mente humana que los hombres, por flagrante que sea, no puedan creer a pies juntillas, si viene respaldada por una cantidad suficiente de propaganda masiva: unas u otras mayorías de todos los países siguen aún tragándose sin rechistar toda clase de « comunicados oficiales » policiales sobre « maquinaciones » y « conspiraciones » cuyos « cabecillas » son de procedencia casi indefectible extranjera, así como la de sus « organizaciones » o « confabulaciones », « internacionales » en general, por otra parte.

(Un ejemplo muy prototípico: los judíos actualmente israelitas; hasta hace pocos lustros y a lo largo de los siglos y lo ancho de los países víctimas propiciatorias por excelencia de semejante teoría tan grotescamente increíble como creída, tampoco tienen ahora inconveniente en tragársela ellos mismos a su vez, una vez « constituidos » en un Estado hecho y derecho más, y en propagarla, servirla y servirse de ella contra « otros », inevitablemente « otros », pueblos.)

5

Entre sus principales contradicciones internas, el liberalismo burgués no podrá nunca ocultar su endémica carencia de confianza en las decisiones espontáneas y directas de los pueblos. El elitismo irremediable que le es propio exige creer y hacer creer que los pueblos son irremediablemente demasiado ignorantes, memos, ingenuos y pasivos como para poder realmente decidir —o, ni siquiera, pensar— por sí mismo (ni siquiera en cuanto a las materias que a los propios pueblos conciernen más directamente), ni para tener por sí mismos la voluntad y la capacidad de hacer frente a la injusticia, de protagonizar realmente la lucha de clases. Los protagonistas por tanto de cualquier movimiento de inquietud colectiva no son ellos, los pueblos o las masas, sino, como dicho queda, los

« revolucionarios », los « agentes a sueldo de potencias (o de organizaciones) extranjeras », los « pseudoprofetos » (en el mejor de los casos) de « pseudofilosofías perniciosas » (y también « extranjeras », por supuesto): gentes totalmente extrañas, en fin, a quienes los medios de difusión e « información » y, con ellos, los pueblos deben mirar, aparte de simpatía, con la total extrañeza y la máxima alarma con que habrá que mirar en su día a los visitantes llegados de otros planetas.

Entre las conspiraciones parciales individualizadas cuyo conjunto constituye el objeto del estudio empírico de la Teoría de la Interpretación conspiracional de la Historia, la conspiración anarquista es ya una de las de mayor solera en las listas elementales de todos los aparatos policíacos modernos. Lo malo de este concreto espécimen conspiratorio con toda su (desgraciadamente) innegable solera es que constituye también la más escandalosamente intragable rueda de molino que se opone a cualquier tragabilidad aceptable del dogma ése del extranjero sueldo mencionado. Solución más a mano: cerrar a cualquier precio los ojos propios y de « la opinión » al hecho de que tal conspiración anarquista sea anarquista, embutir como sea la mayor parte que se pueda de su existencia actual en las casillas de otras conspiraciones específicas de evidencia menos indecentemente incompatible con las más elementales apariencias de verosimilitud de la Teoría, disolver lo que quede en la visión más vaga posible evitando nombres concretos como quien evita el nombre del diablo: que es que, si dicha impertinente conspiración específica existe verdaderamente, no sólo dicho dogma concreto y angular de la Teoría se va a hacer gárgaras sino que incluso toda justificación pretendidamente lógica del Estado y todo el aparato del Estado mismo quedan en peligro espeluznantemente próximo de derrumbarse como castillo de naipes.

Y la cosa interesa en todas partes por igual: que, si el desastre económico y la marejada social tienden a propagarse de un país a otros como fuego en la paja, con mayor perentoriedad aún al deterioro de los fundamentos del nacionalismo y de la obediencia al Estado seguirá la destrucción de la fe de los pueblos

en el Estado y, a ésta, la caída del Estado mismo por su propio peso.

6

Hasta donde toda estrategia es fundamentalmente aplicación de la propia fuerza sobre las debilidades del enemigo, la de la lucha de clases consiste fundamentalmente en la explotación sistemática de las contradicciones internas obvias de la sociedad de clases por o/y a través de las mismas víctimas de la represión (parados, presos políticos, desposeídos en general) y las pasiones y reacciones afectivas colectivas fatalmente engendradas por la coerción y la injusticia (desde las tan obvias como la desesperación o el odio químicamente puro hasta las comparativamente más sutiles como la inseguridad moral creciente de los obreros manuales respecto de su precaria situación frente al avance del automatismo, el sentimiento más que frecuente de frustración y de impotencia de cuantos en reclamación de derechos se dan y se vuelven a dar de cabeza contra el muro de piedra de la burocracia, o los estallidos de nervios colectivos de los estudiantes producidos por la opresión monótona de la experiencia constante de la auto-ridad).

Las llagas donde meter el dedo con que provocar el respingo colectivo de la toma de conciencia social y el consiguiente arranque del ímpetu revolucionario son realmente innumerables. Una acción de agitación concertada y firme sobre un número suficiente de ellas normalmente produce de inmediato un deterioro repentino y sustancial de la armonía social aparente y artificial que el Estado logra imponer en sus mejores momentos. Deterioro que, a su vez, suele obligar automáticamente al Estado a reaccionar en una de dos únicas direcciones normalmente posibles: la de las concesiones progresivamente comprometedoras de los fundamentos de dicha armonía artificial y la del salto atrás, al recrudescimiento de la represión que, por su parte, en fin, seguirá ensanchando y ahondando aún el barranco, ya evidente, entre «ellos» y «nosotros».

7

En el momento de enfrentarse con una situación potencialmente revolucionaria, gran parte de los gobiernos de los países más industrializados seguirán resistiéndose a adoptar una política de represión total. Normalmente, un gobierno elegido por votación popular no suele durar más de unos pocos días a partir de la certeza general de que su conducta ha llegado a ser contraria a la voluntad y los intereses del pueblo.

Cada día se afina más la sensibilidad de cada Estado respecto de las posibles presiones económicas y políticas que pueden ejercer sobre él los demás, por una parte, y, por otra, respecto del peligro de propagación revolucionaria internacional mencionado arriba. De ahí también esa última dificultad dicha, en el caso de los gobiernos liberales y hasta de los más o menos burdamente disfrazados de liberalizantes, del paso definitivo a la represión total, que cada día se tiende más a ir relegando a la categoría de último recurso posible contra el peligro de la revolución —sobre todo en Europa, donde la interdependencia política y económica intervecinal es cada día más irremediablemente estrecha.

Lo que pasa es que, dado el insensato orgullo de la mayor parte de las clases dirigentes de los países ricos, parece también cada día más probable que la decisión extrema de que trato tenga lugar sólo un minuto demasiado tarde, el minuto que la revolución necesite para pasar, inadvertidamente para los de arriba, de amenaza inminente a hecho consumado.

El caso de España, a mi juicio, sigue siendo un caso difícilmente intermedio a estos respectos.

8

De manera hasta realmente divertida, el régimen español sigue y sigue tercamente, patéticamente, puerilmente empeñado en convencer a los mercadocomuneros (de que reúne el mínimo indispensable de democracia para ser admitido en su club) a base no de movimientos siquiera mínimos de real

liberalización sino de simples gestos retóricos de liberalización ni siquiera bastante aparente.

Incluso cuando el país se libre de una vez de la presencia física de Franco, es obvio que semejante comedia enternecedoramente mala tendrá que dejar de ser, de manera bastante sustancial, tan enternecedoramente mala, para poder empezar a convencer realmente, por lo menos, a alguien. Parece más que probable que ésta sea la razón de los diplomáticos pero perseverantes acercamientos de algunos sectores satélites del poder hacia el Partido Comunista y los socialdemócratas durante los últimos siete años (tan cerca del poder aquéllos, efectivamente, que apenas ha habido en estos últimos tiempos más ofensiva contra éstos que algunos arrestos contabilizables con los dedos de una mano)¹, así como de la liquidación progresiva y decidida de los últimos restos de la ya prácticamente extinta extrema derecha de la Falange. En este sentido, el cometido que unos y otros protagonistas de estos jueguecillos semiclandestinos vienen reservándose a las Comisiones obreras para cuando llegue el momento es el de la rápida reorganización de un sistema sindical de apariencias de representatividad suficientemente convincentes como para resultar aceptable. Y ni que decir tiene que los órganos «representativos» de las Comisiones obreras están ya más que dispuestos a dar el paso en consecuencia que los instalara como inquilino pleno en el vacío que dejen los seudosindicalizados falangistas a la desaparición de Franco.

Penetradas y controladas en definitiva por el Partido Comunista, las Comisiones obreras gozan ya, así, de un curioso *status* de «oposición no demasiado ilegal» y, correspondientemente, de cantidades de benevolencia, variables y considerables, por parte de sectores bastante allegados al poder que suelen lograr capear con eficacia tales o cuales impulsos persecutorios contra ellas y, en el peor de los casos (esto es, cuando a tales o cuales miembros *individuales* de ellas se les ocurre ir demasiado lejos algunas vez), reducirlos a persecuciones meramente *individuales*. Con su propia y exclusiva definición de «representatividad» en ristre el capitalismo internacional manda.

Y como contrapartida y remate del contrato, dichos democratizantes sectores del poder bien pueden pagar el módico precio de apuntar en su agenda tomar seriamente en consideración (que no garantizar seriamente ejecutarla cuando sea) la consigna «No más bases americanas en España», que, poco más o menos, es el tope de los objetivos del PCE para la revolución ibérica.

9

La importancia de la llamada opinión mundial como determinante de política interior de los Estados individuales es cada día mayor, por una parte, entre los países occidentales a partir, sobre todo, del advenimiento del Mercado Común y, por otra, la principal palanca al alcance de los revolucionarios. Acabar de destruir toda estabilidad de la imagen del gobierno, debilitar la economía nacional y crear disensión y desconfianza en individuos y grupos de las clases dirigentes y de la burocracia entre ellos es objetivo revolucionario a plazo medio o hasta largo, quizá. Si el manejo del miedo a una «opinión mundial» adversa se puede usar para obligar al Estado a concesiones considerables a los grupos militantes a corto o cortísimo plazo, las actividades del grupo Primero de Mayo* que lograron crear situaciones de intenso embrazo político constituyen otras tantas muestras bastante concluyentes.

La rápida regresión a una represión drástica a partir de 1968 en España (en los centros industriales y en la universidad especialmente y, más especialmente aún, en Euskadi) llegando frecuentemente a la declaración del estado de excepción, fue un autodesenmascaramiento descarado y súbito de las autoridades respecto de sus propias bufonadas seudoliberalizadoras y una curiosa ilustración de esa idea del salto atrás que quedó apuntada en párrafos anteriores.

1. [NDT. Recuérdese que el primer borrador de este trabajo, cuya es toda esa frase entreparentizada, se escribió a finales de la primavera de 1972.]

* NDR. Véase en este fascículo, p. 252-253.

10

Supongo que a mí se me tenía por uno de esos «agitadores extranjeros» cuando me cazaron en España; por más que nadie pudiese afirmar con un mínimo de sensatez que yo formase parte de ninguna «conspiración organizada» (que de otra manera, por cierto, puede que otro gallo me hubiera cantado). Yo no era sino uno de los muchos que sentían y sienten el imperativo moral de plantarse ante el Estado-destrucción, que en España, precisamente, estaba, y sigue, visceralmente vinculado con el concepto mismo del fascismo, triunfalmente profesado por los poderosos de la generación anterior, y con los más reaccionarios de los prejuicios de clase, triunfantes a lo largo de la historia durante innumerables generaciones anteriores.

Como tantos otros jóvenes anarquistas, sentía una admiración muy grande hacia el anarcosindicalismo español. Aplastado por el régimen, que sobre él descargó metódica y constantemente los golpes más atroces de cuantos propinó hasta ahora a lo largo de su atroz represión, jamás consintió en inclinar la frente ante la tiranía, a diferencia de la mayor parte de los demás movimientos obreros del resto del mundo².

Era imposible dejar de darme cuenta, en mis discusiones con los compañeros libertarios presos conmigo, de las posibilidades que representaría para el movimiento libertario en general una asociación efectiva entre los anarquistas españoles y los del resto del mundo. Aunque la cosa pueda sonar a tópico algo decrépito, no deja de ser una verdad digna de mucha reflexión el que los logros revolucionarios españoles hayan permanecido muy diferenciados y separados del conjunto de los demás movimientos libertarios regionales del mundo durante largo tiempo; cosa debida en parte, seguramente, a problemas internos de asociación (o asociacionismo) anarquista, por virtud de los cuales, frecuentemente, lo que pasa por «organización anarquista» apenas llega a ser en realidad sino mera reunión material de anarquistas derrotados que ya abandonaron la lucha y sólo empeñados ya en preservar contra el tiempo histórico nombres de hombres y de asociacio-

nes reales, pero sin más compromiso ya que el puramente verbal con cuanto en verdad tales nombres significaron y significan³.

2. La actitud del movimiento sindical alemán de los primeros años treinta, autoritario y legal, reuniéndose para dar carpetazo a todos sus asuntos y retirarse por el foro cuando vio que iba a tener que enfrentarse con un gobierno aún no más que minoritariamente nazi, no fue propiamente cobardía en todo aspecto. Si sus miembros se hubieran encontrado, como en el caso del movimiento obrero británico, ante la posibilidad de escoger entre entrar o no en una guerra legal apoyada por un gobierno legal, hubieran entrado en ella, como lo hicieron los británicos en su caso. Enjuiciados unos y otros sin embargo en cuanto a su incapacidad de decidir una acción independiente desde el respectivo momento crítico de ambos movimientos entonces, tan cobarde fue la actitud del británico como la del alemán. En cuanto a los británicos, ésta es precisamente la razón por la que hoy día tenemos un movimiento obrero «inoficial» cuyo cometido lo hacen las luchas independientes en las fábricas, las ocupaciones de los lugares de trabajo por los trabajadores y la lucha constante de los desfavorecidos sociales para sus derechos. La agudización del tipo de lucha general que forma semejante conjunto, impulsada aún hacia adelante por acción sobre ella del propio clima en que operan actualmente las guerrillas urbanas, ha inaugurado un nuevo periodo de conflicto industrial. Lucha y periodo en que se desarrollan dos tendencias jóvenes notables: una, la «Nueva Izquierda» —variablemente matizada en forma más o menos completa y exclusiva como maoísta, trotskista, marcusiana...—; y la otra... el anarquismo. Debo decir que, a mi juicio, pulula por el primero de esos dos campos citados mucha gente mucho más revolucionaria y mucho más libertaria que lo que en realidad pueden sugerir normalmente esos nombres con que ellos se van autobautizando de un día para otro y bastante a la buenedad en general; mientras que, como curiosa contrapartida, unos cuantos hay por su parte en el segundo campo citado de quienes uno no puede evitar preguntarse con cierta frecuencia si no habrán ido a parar en él simplemente por equivocación.

3. En consecuencia poco insólita con lo que dije en los penúltimos renglones de la nota anterior a respecto complementario de éste como reverso de anverso, a mí el nombre «doctrinal» con que se quiera autobautizar en cada caso y momento el revolucionario que lo sea no me importaría un pimiento (ni, de hecho, me lo importa nunca en principio: ¿qué diablos es un nombre?). si no fuera porque con tanta frecuencia el nombre a tantos acaba arrastrando como anzuelo bien clavado y con sedal de ilación de ideas hasta aguas enrarecidas donde ya la revolución se pudre: cuántos buenos revolucionarios de los que se llaman a sí mismos marxista-leninistas sin que ni en sus acciones ni en sus convicciones aparezca ni rastro de cuanto realmente constituye la verdadera sustancia de la doctrina a que semejante nombre parece referirse (ni rastro de partido autoritario ni, incluso, veneraciones del poder o elitismos siquiera, ni en sus acciones ni en sus convicciones) acaban encontrándose tan reblandecidos ya un buen día como para encallar sin remedio en adhesión plena (y ya nada más) a un nacionalismo reaccionario de los banderiles colorines que sean y pensar y seguir pensando al mismo tiempo tan tranquilos que semejante adhesión a semejante cosa forma verdaderamente parte de «la lucha».

En la prisión de Carabanchel, en contacto intenso y continuo con gente como Busquets, Edo, García, etc., que habían empleado muchos años de sus vidas en luchar contra el régimen (y perdiendo después la libertad para tantos más), pronto se me hicieron enteramente obvias dos cosas principales: una, que sería de beneficio mutuo muy grande lograr persuadir a los jóvenes libertarios en el extranjero para que asumiesen seriamente la causa de los compañeros presos en España, de modo que, como contrapartida, éstos pudiesen contagiarles su entusiasmo y su fuerza de carácter; y dos, que, a pesar de los golpes y destrozos sufridos —materialmente aniquiladores, salvo el «casi» increíble—, el movimiento libertario sigue siendo el único movimiento obrero masivo realmente concebible para los pueblos ibéricos.

11

Esos dos descubrimientos pueden y deben estar tan ligados entre sí como dos eslabones de una misma cadena: desde un punto de vista «político», el MLE es perfectamente capaz de (y el más cualificado para) tomar la iniciativa una vez en España; pero claro que no a base de no hacer más cosa que seguir drogándose con las viejas glorias y las victorias de antaño y conservando como oro en paño el reumático liderazgo de los abuelitos y las abuelitas del exilio, quehaceres que con más que bastante éxito tienden a ir dejando la lucha revolucionaria para otros tiempos y otros lugares: sino a base de atizar por todos los medios la lucha revolucionaria aquí y ahora. Este era el pensamiento de quienes fundamos la Cruz Negra (Anarchist Black Cross) cuando nos pusimos a ello.

Mientras yo estuve entre ellos, los únicos presos políticos españoles que recibían ayuda de manera organizada eran los comunistas o, a través de ellos, los que ellos veían dispuestos o proclives a dejarse ganar para su causa. Gracias a la publicidad que llegó a tener mi caso, un buen día empecé yo a recibir paquetes desde el extranjero. Enseguida se nos ocurrió, a mí y a mis compañeros, que había que lograr que esta iniciativa de ayudar a los presos políticos desde el extranjero se exten-

diese y se perpetuase: la cárcel es, en España, la encarnación viva y continua de la continua victoria del régimen sobre el pueblo; si no era sensato pretender revocarla verdaderamente desde el extranjero, sí que lo era intentar la fundación de una «Cruz Negra internacional» que ayudase a los caídos y contribuyese a mantenerles en pie de guerra potencial a ellos y, en actual galvanización de conciencias, al mundo exterior. Maduramos juntos este proyecto Miguel García y yo; y, cuando él acabó de cumplir allá su condena, vino a Inglaterra y se incorporó en cuerpo y alma a nuestra aún casi recién estrenada empresa, contribuyendo a sacarla definitivamente adelante. Y en cuanto nuestra organización empezó a funcionar, empezó simultáneamente a demostrarse, como habíamos supuesto, que un estrechamiento sustancial de la asociación entre los presos libertarios en España y los libertarios del extranjero tenía que redundar automáticamente en inyección de nuevos ímpetus para todo el movimiento libertario: frente a la sutil utilización por los comunistas autoritarios de campañas de solidaridad como la del Vietnam y otras⁴, la Cruz Negra Anarquista, hasta donde las posibilidades de su crecimiento le van permitiendo, ofrece una causa internacionalista alternativa, la de los presos libertarios. La Cruz Negra es una organización a la que todo anarquista puede aportar sus ideas y a través de la cual tomar parte activa en la lucha de clases de cualquier país del mundo.

12

La opinión de los propios presos sobre los resultados que se van obteniendo es medida bastante precisa del éxito de nuestra organización en general y de un nuevo camino que andar por el movimiento anarquista, libre de contaminaciones de la socialdemocracia y del pacifismo (más o menos honradamente disfrutado de anarquista), por una parte, y, por otra, de la «Nueva Izquierda». Y también

4. En beneficio del nacionalismo en general y del imperialismo ruso en particular —que no en vano aportara el Kremlin a ellas el respaldo de su inmenso aparato de propaganda—, en definitiva, a partir de la gran cosecha de favor popular hacia las víctimas llevada a cabo por la «Nueva Izquierda».

como medida de nuestro éxito, la persecución de que la policía ha hecho objeto enseguida a nuestra organización (de la cual, por cierto, el encierro actual de mis compañeros y mío en la prisión de Brixton es buena prueba), sacando inmediatamente a relucir una vez más su vieja Teoría conspiracional, a nivel internacional, intentando aplastárnosla a base de destruir (en apariencia suficientemente convincente por lo menos) nuestros vínculos con las clases trabajadoras hasta convencer al mundo de nuestro divorcio con ellas. Los asesinatos de Pinelli en Milán, de von Rauch en Berlín y de Weissbecker en Hamburgo, así como el encarcelamiento de tantos otros «cruznegristas» por toda Alemania occidental e incluso en esta democrática Gran Bretaña de nuestros pecados, no constituyen oficialmente en modo alguno, a diferencia de los casos de represión antianarquista del régimen de Franco, ya tradición, una ofensiva antianarquista general y sistemática sin mayores disimulos —esporádicos formulismos terminológicos aparte— no, sino que «son» ataques individuales, nada más que discreta o accidentalmente más allá o alrededor, si no incluso dentro, de «la ley», cosas que le pueden suceder a cualquiera: cualquiera puede caerse de una ventana incluso de un edificio de la policía, cualquiera puede resultar arrestado por conspiración al encontrarse en casa de otro cuando la policía entra en ella, cualquiera puede caer muerto de un balazo de la policía por puro accidente.

La policía política de estos otros países tan democráticos no puede dejar de pensar, tan honradamente, que ningún honrado militante puede (honradamente) dejar de reconocer este carácter de estricta individualidad (accidental) de todos estos (simples) «sucesos».

Puesto que es obvio que en estos otros países, al contrario que en España —o en Rusia—, para todo militante (honrado) hay posibilidades de alternativa sustancial a manos llenas: cualquiera de ellos puede perfectamente y en cualquier momento abandonar la lucha y reincorporarse a la raza de las ratas, o incluso sin llegar a tanto, manteniéndose al margen y dándole con la furia debida a la guitarra del inconformismo y de la canción-protesta.

13

Pero es que queda otra alternativa aún, y todavía mejor, la mejor, para tales revolucionarios honrados que quieran vivir en paz con su conciencia revolucionaria (y con la sociedad, etcétera): operar en el vacío político absoluto; y seguir existiendo y haciendo existir al conjunto como un movimiento revolucionario siempre genuino..., pero que reconoce que el momento presente y el entorno presente nunca son («aún») el momento y el entorno oportunos, nunca ofrecen las garantías de eficacia imprescindibles para la revolución; y seguir viviendo indefinidamente, más o menos cómodamente instalados sobre los viejos, apollados laureles y manteniendo indefinidamente la fantasía de una oposición «efectiva» (y tan pacífica) en el exilio e incluso, en parte, en el interior de los propios países de que se trate, por obra, en este último caso, de hábiles razonamientos de algunos y frente a «la otra» oposición, la (no tan pacífica) de los activistas.

Lo malo de esta última solución alternativa —tan razonable como les parece a tantos, en principio— es que su ejercicio tiende a alejar cada día más la realidad a sus adictos, a medida que la lucha entre gobernantes y gobernados va alcanzando la etapa en que los mandamientos del Estado ya no se obedecen más, el momento en que la cadena mandar-obedecer se rompe por fin y los pueblos del mundo empiezan a tomarse por su mano la gestión de sus propios asuntos.

14

Descubierto de pronto y con la decepción del descubrimiento de lo obvio, de un tiempo a esta parte viene quedando bastante claro cierto aspecto de la CNT «oficial» actual en que hasta ahora, como en lo del huevo de Colón en su momento, nadie había caído bastante en cuenta: su falta completa de representatividad (actual), la (obvia) falta de representatividad de los arterioscleróticos restos *minoritarios* de un movimiento sindical (mayoritariamente integrado, desde el nacimiento hasta la derrota

y el exilio, por obreros de un país y para la defensa de los intereses de la clase obrera del mismo) que, hoy en día, ni viven en dicho país suyo y de dicho movimiento sindical desde hace la friolera de treinta y tantos años, ni cuentan desde entonces con aparato sindical propio y autóctono de ningún género, ni pertenecen activamente ya en su mayoría (en su mayoría por jubilación) a clase obrera de ninguna clase ni país⁵. Organizar desde arriba y no desde abajo, o desde fuera y no desde dentro, es algo que puede ser propio de la UGT o del PCE o de cualquier otra estructura autoritaria de que se quieran ustedes acordar para el caso; pero no de la CNT.

Mejor citar aquí unas palabras en *Bandera Negra*, del compañero Albert Meltzer: «A pesar de encomiarla cumplidamente en pura teoría, los movimientos españoles en el exilio han sido, de hecho, muy constantes y eficaces enemigos de la lucha revolucionaria en España.»

Militante de historial realmente bastante largo a estas horas, Albert Meltzer ha estado mandando cantidades de ayuda material a los presos políticos de muchos países desde el final de la segunda guerra mundial. La culpa de que nada o casi nada se enviase en cambio a España, desde entonces hasta la fundación de la Cruz Negra, incumbe en parte importante por lo menos, a juicio de personas como Meltzer, a la maníaca insistencia sempiterna de los de la CNT «oficial» en que cuanto tuviese algo que ver con España era algo que les competía a ellos solitos en cualquier caso.

Y éste es el día en que la reacción de la CNT «oficial» al éxito de las actividades de la Cruz Negra por su cuenta en materia de ayuda a los presos políticos españoles no es sino una lluvia espesa de ásperas críticas del heterodoxo «individualismo» de nuestra iniciativa⁶. Un tema principal: las desigualdades de reparto a que da (o puede dar) lugar nuestro indisciplinado prurito de promover envíos directos en lugar de indicar a los donantes que deben hacerlos a través de los «canales oficiales» (o sea, los cuadros de Tulús); que, mientras que tal compañero está recibiendo demasiados paquetes o/y cheques desde demasiados países, tal otro no está (o puede no

estar) recibiendo, en cambio, nada o casi nada de ninguna parte. (¿No se les ha ocurrido a los de Tulús pensar que los compañeros presos en España no son, quizá, una partida de canallas egoístas sino, quizá, gente realmente anarquista, perfectamente responsable y solidaria, que reparte *todo* —sin quizá que valga— con los demás compañeros presos... incluso no anarquistas, incluso no políticos? ¿Ni que lo de la acción intermediaria —y menos «oficial», encima—, por otra parte, no ha sido nunca una regla de oro entre los principios fundamentales del movimiento libertario?)

15

Añadiré aquí, puesto que viene a cuento, la mención de otro tema principal de las acusaciones más corrientes (ésta, no entre los viejos cenetistas oficiales sino del movimiento libertario en general) contra la Cruz Negra: la parcial «malversación» (sólo probable según algunos, enteramente cierta según otros) de los fondos recaudados so pretexto de ayuda a presos que se emplean, una vez llegados a sus destinatarios en las cárceles españolas, en compra de armas y demás pertrechos de guerrilla para los activistas.

Poco se puede comentar sobre esta otra acusación. Es evidente que se trata de una fantasía propagandística policiaca; que la absoluta necesidad de los presos de cuanto dinero reciben y puedan recibir es algo que no tiene vuelta de hoja; quien pueda dudar al respecto no tiene más que darse una vuelta por las prisiones españolas para quedar más que convencido: tampoco la idea de establecer ningún tipo de canales mínimamente viables por los cuales dichos dineros (una vez recibidos por los presos, como ya digo que se dice) salgan otra vez de la prisión (primero) para ir a parar (segundo) a manos de los guerrilleros del interior, que (a su vez y tercero) puedan emplearlos en dicha compra de armas...

5. [NDR. Véase p. 135, en este mismo libro.]

6. No estaría mal traer aquí la colación, por cierto, el sentido (amplio) primitivo —y genuinamente anarquista— del concepto «acción directa», que nos serviría en bandeja otro pequeño «descuido» doctrinal en que el tiempo ha hecho incurrir a los exilados de Tulús.

Pero, por decirlo todo, sí que habrá que reconocer naturalmente que, de manera indirecta (y más bien obvia), tales ayudas que se consiguen para los presos redundan también en beneficio de la actividad de los activistas, urbanos o rurales: quitándoles a ellos de encima la tarea de pasar el sombrero en derredor constantemente para conseguirlos; tarea con que alguien tiene que cargar a cuya asignación a la Cruz Negra les ahorra a ellos las correspondientes cantidades de tiempo y energías que dedicar, en cambio, o lo suyo.

16

Hay algunos países que tienen toda la pinta de ser los países-clave de la lucha de los pueblos por recobrar su competencia propia y exclusiva en la gestión de sus propios asuntos, en su actual etapa, de desobediencia descarada y progresiva al Estado. Entre ellos, por ejemplo sobresaliente, los Estados Unidos. España, en principio, no parece ser uno de ellos: supongo que a causa, fundamentalmente, de la asfixia colectiva de tantos años de opresión y de represión.

Pero al mismo tiempo se me antoja más que verosímil que precisamente por esta misma causa llegue a serlo de la noche a la mañana en un futuro verosímilmente próximo de descuajeringamiento sustancial de sus tambaleantes estructuras políticas actuales. Pero, sea o no España uno de tales países-clave cuando sea, lo que sí me parece es que uno de los factores-clave de toda la concepción del movimiento revolucionario del futuro inmediato será, como fue y en tanto aspecto que importa sigue siendo, el espíritu específico del anarcosindicalismo español; como lo fueron (y « lo son ») y lo seguirán siendo, en homogeneidad de importancias relativas, el movimiento de los consejos comunistas alemanes de los años veinte y el de los dependientes de comercio británicos de la primera guerra mundial; y como lo son y lo serán, en fin, el de los *wobblies* americanos y el de los solitarios luchadores de las guerrillas urbanas de hoy día.

Y volviendo al aquí-y-ahora, a mi juicio, el MLE (en sentido « amplio ») es el movimiento revo-

lucionario capaz por excelencia de tomar la iniciativa una vez más en el espectro político ibérico a nivel de masas y empezado a insinuar como *no* se llegaría nunca, en cambio, a ello. A los libertarios militantes más activos de este momento les echaría bastante para atrás la idea de intentar emular las acciones de un Sabatè o un Facerías contra el fascismo si se viesen en el deber, como a veces algunos de aquellos grupos guerrilleros en los primeros momentos de la posguerra, de dedicar siquiera parte sustancial de los fondos producidos por su acción guerrillera no a la reconstrucción del movimiento revolucionario en España sino al mantenimiento de una burocracia estéril en el exilio.

17

No. Desde los primeros años sesenta sobre todo, en correspondencia significativa con las primeras oleadas de la emigración obrera y los primeros síntomas de lo que ya se anunciaba como un cambio inusitadamente rápido del panorama social y político general, los sectores más activos y más o menos realmente definidos aún por las siglas CNT-FIJJL han venido tomando bastante clara conciencia de cuál sea o sería la tarea a asumir —y, hasta cierto punto, incluso asumiéndola. Pero, de cualquier modo, hasta que no cuenten con un respaldo moral de todo el MLE invirtiéndose los términos del quién financia a quién, según queda recién descrito, su lucha, como es obvio, seguirá siendo tanto más difícil.

Dos peligros alternativos y previsibles me parece que pueden provenir de la correspondientemente alternativa actitud posible, en el futuro próximo, de los « sectores políticos » del movimiento respecto de la señera práctica del atraco (a los grandes atracadores de guante blanco enemigos) como medio de financiación, inicial por lo menos, de la revolución:

—a partir de la desaprobación inicial de tal acción directa y sus protagonistas por tales sectores políticos: la crítica hostil, la hostilidad general y la segregación progresiva, hacia el anatema final, de los segundos contra los primeros;

—o a partir de la aprobación inversa: el progresivo parasitismo económico de los segundos respecto de los primeros y, justificándolo y salvando siempre la primacía moral de los segundos, el progresivo sentimiento de «derecho de propiedad» de los segundos sobre los frutos obtenidos por los primeros, hasta acabarse por dedicar la acción de los primeros a financiar la burocracia de los segundos, a poca correspondencia que los segundos lograsen de los primeros (cosa fácil, solidaridad mediante).

A mi juicio, el único medio de que el MLE recobre sustancialmente su ímpetu revolucionario es su plena adopción de una tercera y última posible vía alternativa, evitación de los dos alternativos peligros dichos, e inversión radical de la mecánica de financiación: pleno respaldo moral, *ergo* pleno respaldo económico, a los grupos dedicados a la propaganda revolucionaria y a la «política de confrontación» por la acción directa —en el sentido estricto, este último término.

De otra manera la CNT corre el riesgo ya gravísimo de degenerar del todo e inmediatamente, en mero monumento más o menos viviente de una política definitivamente muerta.

18

Quizá se puede señalar como uno de los errores que más eficazmente han contribuido a menguar el ímpetu de la Organización su terca fidelidad, ucrónica por invariable, a los viejos y ya tan raídos *slogans* del antifascismo de antaño. Por supuesto, fueron perfectamente relevantes y enteramente necesarios en toda Europa, por lo menos, durante los años treinta, cuarenta y, en primer tercio, cincuenta; pero a partir de entonces y a lo largo de las dos últimas décadas quedaron completamente fuera de lugar.

El arma poderosa que se llamó CNT-FAI la forjó la clase obrera española para defender sus intereses de clase y combatir el capitalismo; y esto fue, precisamente, lo que le ganó las simpatías de los trabajadores, nada interesados nunca en distinguos en el fondo bizantinos y marginales entre, por ejemplo, monarquía y república como técnicas de gobierno.

La necesidad absolutamente perentoria de luchar contra el fascismo de entrada y como fuese y a todo nivel durante los años treinta y cuarenta significó de hecho cierta (pero difícilmente discutible entonces) justificación para hacer indefinidamente de momento causa común con las democracias capitalistas, cuyas democráticas cualidades en su proyección exterior se podrían considerar más bien aleatorias y fortuitas: si Hitler hubiera llegado a retirar efectivamente su amenaza a las «esferas de influencia» británica y francesa, parece altamente probable que la Gran Bretaña y Francia, a su vez, se habrían alineado (manteniendo una actitud lo bastante pasiva en apariencia, quizá, como para imaginarse salvar la cara) con la Alemania nazi..., como ya hicieron en su momento Finlandia y, ejemplo bien concluyente, hasta Rusia, nada menos.

Lo único que de verdad les importó a Francia y a la Gran Bretaña en todo momento fue sus propios respectivos intereses, de modo que, cuando ganaron la guerra y extirparon del fascismo su capacidad de dañar sustancialmente dichos intereses suyos, ni Francia ni la Gran Bretaña dudaron, ya que se podían permitir el lujo, de apoyar a Franco, a cambio de la confortable «estabilización» del suroeste de Europa que su dictadura les suponía. Pero «entonces», ya digo, todo esto no podía importar tanto.

Lo que pasa es que *hoy* no es «entonces», ni el monstruo fascista «de entonces» pinta nada en la situación internacional de *hoy*: curiosamente, hasta el día de hoy ha sobrevivido el criterio de que el mundo capitalista («la democracia») debe o debería lograr derribar a Franco: por medio de, por ejemplo, una colaboración internacional sería encaminada a crear una situación revolucionaria en España. La deliberada falta de entendimiento del por qué «las democracias» no han movido nunca un dedo en tal sentido se llama, en el mejor de los casos, irresponsabilidad criminal; en el peor, traición.

19

La muerte de Francisco Sabaté marca el fin de una etapa de la historia de la política revolucionaria activista ibérica y el comienzo de otra

que, si la CNT hubiera permanecido fiel a sus principios, podría, muy verosímelmente, haber cambiado el rumbo de la historia, por lo menos en cuanto concierne a España. Al decir esto estoy pensando, muy concretamente, en el acuerdo hecho en 1962 entre los que controlaban las cuerdas de talego de la Organización y el ala activista de la FIJL, constituyendo un cuerpo de autodefensa activa, el llamado « Defensa del Interior » [DI]*, que se encargaría de coordinar la lucha contra el régimen de Franco; el acuerdo se deshizo apenas hecho, sin llegarse a darle al organismo muerto recién nacido la oportunidad, realmente, de experimentar ni mostrar sus posibilidades de eficacia.

A esto se me puede objetar y seguramente se me objetará que las pocas acciones que la DI pudo organizar y organizó durante su breve vida no llegaron a parecer realmente efectivas y se enajenaron efectivamente, en cambio, el « importante » apoyo de los liberales movimientos « antifascistas » no revolucionarios. Pero es que a mí me parece de cajón lo completamente impropio de juzgar acciones como las de la propia DI, el Consejo Ibérico de Liberación o, más tarde, el Movimiento Internacional de Solidaridad Revolucionaria según módulos tales como totales de centímetros cuadrados por columnas asignados a y en cada caso por los periódicos del mundo, por una parte, o, por otra, de desolidarizarse a su respecto y con sus autores por obra y gracia de ultrajadas declaraciones y correspondiente retirada de apoyo de bastante significativos « simpatizantes » intelectuales o/y liberales o/y las dos cosas a un tiempo.

Y creo, además, que a la larga todo el mundo acabará por darse cuenta de una vez y con toda la claridad que falta hoy de que esos grupos recién citados y cuantos se les parecen (y sin duda, entre ellos, a su cabeza, el Primero de Mayo) habrán sido (esto es, son), los más indiscutibles catalizadores revolucionarios de nuestro tiempo, pese a toda la lluvia constante de pellas de lodo de la crítica que lanzan contra ellos hasta quienes debieran haberles apoyado siempre y del todo y a frente descubierta o, por lo menos, de tapadillo. (Pero sus acciones eran comprometedoras; una verdadera amenaza a la asentada existencia

en su exilio y su « legalidad » del viejo monolito escuálido y moribundo de —pronúnciese la mayúscula con la solemnidad debida— la Organización.)

20

La Prisión provincial de Madrid, en Carabanchel Alto, es todo un microcosmo de la vida española. La procesión intermitente que cruza sus cancelas mantiene en ella viva y al día una completa colección de botones de muestra de las actitudes sociales y políticas de las colectividades de España, de sus culturas superpuestas, de sus contrapuestos modos de vida.

En 1964, cuando me metieron a mí allí dentro, la tendencia política más claramente dominante en la « sexta galería » era la del Partido Comunista con su organización de choque, las Comisiones obreras. Pero durante aquel lustro importante para España que fue el de 1962 a 1967, el índice de filiaciones ideológicas del flujo hacia adentro de los presos políticos nuevos trajo el testimonio de un viraje importante de los sentimientos políticos colectivos de rejas afuera. La Brigada Político-Social, adelantándose de un salto a los demás « servicios de seguridad » del resto del mundo en general, se había dado cuenta de pronto de que el verdadero peligro para el régimen y para el *statu quo* social del país volvía a provenir ahora del movimiento libertario, la vieja bestia negra, remozada de pronto, que de pronto y con cara de juventud volvía a levantar cabeza ahora, cuando a nadie se le había ocurrido aún que pudiera siquiera no seguir todo la muerta y remuerta que tan concienzudamente se la dejó y mantuvo desde hacía ya tanto tiempo, cuando ni en lo más paranoico de la reacción cabía siquiera el pensamiento de que en los raros y arqueológicos vestigios que de la susodicha bestia quedar pudieran quedase ya germen de vida alguno.

« ¿ Cómo le habría sido posible [al movimiento libertario] dedicarse a la revolución, cuando minuto a minuto y día a día se veía obligado a enfrentarse de modo absorbente con la asidua y espesa multitud de problemas y

* [NDR. Sobre defensa interior véase en este suplemento, p. 260 y s.]

compromisos que define sin remedio la vida del exilio? La responsabilidad de construir una nueva vida sobre una tierra extraña lo hacía particularmente vulnerable.»⁷ Sólo unos pocos puñados de hombres como los hermanos Sabaté, Facerías, Massana, García, Adrover, Urrea, etc., habían sabido llevar adelante la lucha desde el interior, recibiendo de sus «compañeros» en el exilio algo peor que la muerte o la desesperación y el tedio demencial de las condenas a perpetuidad que les propinaban sus enemigos: el silencio en el mejor de los casos, la calumnia en el más corriente.

Meñique maravilla, pues, que gran parte de los militantes activos actuales en el interior, sin perjuicio de una autorrevisión a los viejos principios de la CNT y de la FAI tal cual eran en los viejos tiempos, prefieren de momento usar nombres y siglas distintos para caracterizar esa (misma) Organización que ellos van reconstruyendo. ¿Y cómo podría ser de otra manera? ¿Acaso no es ya más que mera suposición la imagen de alguno que otro alzándose en Tulús sobre su tumba de la inacción para clamar sobre el mundo, a la noticia del «indebido» uso en el interior de «su» sigla CNT, la sacrílega falsificación de los sellos sagrados?⁸

21

En cierto modo, la ruptura entre el activismo revolucionario del movimiento anarquista y la anquilosada burocracia de los guardianes del tesoro refleja la situación política general de Europa occidental mediados los años sesenta, con su rápido desarrollo ideológico ciñéndose muy de cerca a líneas marcadamente libertarias pero manteniéndose en comprensible completa independencia de sus viejos parientes institucionales, tan revolucionarios antaño como asimilados hogaño.

Por supuesto que el español no fue el único movimiento libertario incapaz de entenderse con lo que se viene llamando «el decalaje generacional». El Congreso de Carrara de 1968 fue la plataforma donde se exhibió a la luz del día lo que es hoy y ya venía siendo entonces el franco choque contemporáneo entre los sectores activistas y los inactivistas

del movimiento anarquista mundial. Desgraciadamente, cuanto trascendió de aquel congreso no fue sino la confirmación de la futilidad y de la efectiva salida de escena de la historia de las federaciones nacionales, por una parte, y, por otra, de la irrupción en ella de una dinámica libertaria renovadora que se presentó a sí misma entonces (en Carrara) en forma de coro y cuya (nueva) conducta estratégica y táctica les viene ya poniendo a las «fuerzas de seguridad» del mundo ante una de las tareas más difíciles de su historia.

Es que de momento no parece demasiado factible saber cómo diablos y con la precisión debida localizar, delimitar y aislar, para destruir o controlar de una vez como es debido, los miles de focos y posibles focos de «situaciones anómalas» y conglomerados de todo tamaño de rebeldía —¿en qué medida siquiera aproximada, espontánea, casuales, masivos, efímeros, funcionales (para tales o tales acciones o sucesos concretos, para tales o tales concretas intersecciones de tiempo y espacio)?— de gente que de pronto resulta que se ha vuelto realmente anarquista en la expresión decidida de su descontento y protesta y rechazo de la sociedad autoritaria ambiente: es que incomparablemente más difíciles de clasificar que las vastas estructuras tradicionales, son los infinitos grupos de afinidad que se emplean hoy día en organizar contra la represión estatal a los parados, a los sintecho, a los mismos presos. Pero vuelvo a los viejos.

22

Tan evidente es que los cánceres intrínsecos e incurables de la estructura de partido hacen necesaria su abolición como que su mera abolición no garantiza en absoluto la desaparición no ya sólo de problemas organizacio-

7. Juan Díaz: *España posrevolucionaria*, panfleto en ciclostil, Glasgow, 1968.

NDT. La redacción en que queda arriba el texto entrecuillado a que se refiere el primer renglón de esta nota es traducción libre, por el traductor de este trabajo, de la traducción al inglés, usada por el autor de este trabajo, del texto original de Juan Díaz.

8. [NDR. Véase p. 135 y 269 y s., en este mismo libro.]

nales de *ambos* signos sino ni siquiera de alguno que otro de esos cánceres intrínsecos de dicha estructura ya abolida. De ahí cierta correspondiente, doble, posible debilidad muy específica del movimiento libertario, siquiera circunstancial (momentos de desorientación ideológica más o menos secundaria: interpretación de principios secundarios, relativización de primarios), suma de algún despiste inicial posible a la abolición de la estructura y de algún vicio inherente a ella y tan absurdo tras su abolición como cierto con todo y con eso. Ahí va un par de ejemplos, suficientemente ambivalente cada cual, de semejante debilidad ambivalente.

Uno: la desaforada influencia que, también entre nosotros, llegan a tener de vez en cuando los « grandes nombres », como por efecto de un culto de la personalidad pernicioso por definición y no sólo en general (siempre) sino (tantas veces) muy concreta y gravemente en sus casos más flagrantes por lo menos, cuya (efectiva) persistencia entre nosotros en nuestros días es tanto más absurda cuanto que los propios rusos lo abolieron (oficialmente por lo menos) cuando abolieron el estalinismo; junto con la falta, por cuestión de principios, del mecanismo « de partido » que fulminara las correspondientes medidas no ya « de castigo » o por lo menos « de desautorización » sino de simple autodefensa elemental siquiera por parte del movimiento. (Un ejemplo nominal: Kropotkin: 1914; el enorme daño que les hizo con su disparatado « aliadismo », allí y entonces, al movimiento libertario en general y al ruso en particular; junto con la contemporánea —¿ sólo?— imposibilidad de « expulsarse », de que alguien distinto de él mismo y su evidencia ante todos los hombres « le expulsara »: ¿ de dónde, de qué, de su propio nombre en cuanto único hombre y sustentáculo de todo su prestigio, de algún « anarquismo verdadero » que no fuese *el* anarquismo? Lástima, en el fondo, que esta última entelequia no se hubiese inventado aún entonces.)

Y el otro: la siempre triste pero siempre comprensible decrepitud (involuntaria, claro), parálisis general progresiva incluida, en que más de uno y algunos movimientos realmente revolucionarios en su juventud se van hundiendo poco a poco en su vejez, a partir del

momento en que se « estabilizan » y acaban por no dedicarse ya más que a continuar indefinidamente la ordenada y más o menos cotidiana realización de una serie de rutinas que, por lo menos en una sociedad « razonablemente permisiva », de ninguna manera pueden ya considerarse revolucionarias en absoluto; junto con la terca y enteramente condenable ceguera (perfectamente voluntaria) de los decrepitos miembros de tales decrepitos movimientos, por virtud de la cual los tíos siguen y siguen, indefinida y rabiosamente y contra viento y marea y contra toda evidencia (y, por supuesto, contra todo revolucionario), pretendiendo justificar y definir como revolucionarios y a la cabeza de la revolución incluso tales rutinas y movimiento y personas suyos: ni envejecer ni, al envejecer, no ser ya capaz de evitar resbalar reformismo adentro por miedo a la policía (por ejemplo) son en absoluto crímenes de ningún género; pero sí que lo es en cambio, y fácilmente imperdonable, seguir pretendiendo en semejante caso y de manera semejante a la recién descrita (« en posesión » inalterable de las prerrogativas autoconferidas en nombre de la propia pretensión) no sólo que se sigue siendo revolucionario sino que se sigue estando, además, a la cabeza de la revolución. (No ilustraré con nombres propios este segundo ejemplo.)

Cabo

Supongo que lo lógico sería acabar estas notas con alguna especie de resumen que contestase como pudiese, o sugriese contestación, a la pregunta que más lógicamente se viene derivando de ellas: *qué queda que puedan y deban hacer ya, en definitiva, las Federaciones nacionales en general y la CNT en particular.* Pero como me parece verosímil que en esta ocasión el lector prefiera resumir por su cuenta, al lector le dejo en este punto el cuidado de espigar, si quiere, las contestaciones parciales (no muchas pero bastante claras, creo, y tampoco todas ellas realmente « negativas ») que hasta este punto he ido sugiriendo, me contento, por mi parte, con redondear tal posible resumen con una última sugerencia con que acabar de contestar (aquí-y-ahora) a esa pregunta recién formulada.

A saber: retirarse graciosamente y por su propio pie de la escena de la historia, en el momento y medida en que la historia lo exija con la debida evidencia general. Y de una vez por todas y sin más reticencias ni tercas proclamaciones de permanencia que valgan. Confirmando públicamente por sí mismas, simplemente, lo que ya es un hecho histórico incontestable, cuyo terco rechazo por ellas no hace entorpecer desde hace ya demasiados años los engranajes de la historia y obstaculizar el advenimiento de la revolución.

Que no se trata ya de suicidarse sino, sólo, de reconocerse, con la debida modestia, ya difuntas. Como supieron hacerlo en su día los provos holandeses, edificante ejemplo, reconociendo que se estaban pasando de rosca en cuanto a la relación entre la duración de su propia existencia y la de la bienvenida con que se les acogió en un principio, desbandándose voluntariamente en el acto y repartiendo a manos llenas sus últimos dineros y posesiones materiales varias entre quienes más a mano los necesitaban más que ellos y mejor que ellos sabrían aprovecharlos.

En el Extremo oriente, dos viejos movimientos libertarios reaccionaron a estos respectos, en cuanto hubo acabado la segunda guerra mundial, en direcciones opuestas, pero ambos, porque procedieron *sine ira et studio*, con las mayores objetividad y serenidad, hicieron lo que debían hacer. El uno fue el movimiento anarquista japonés que, tras el autoanálisis debido, reconoció sin más que los largos años pasados de aislamiento y clandestinidad forzosa habían acabado por envejecerlo sin remedio más allá de toda posibilidad de verdadera eficacia y por divorciarlo por completo de una juventud en cambio cada día más revolucionaria, admitió públicamente su incapacidad de encontrar un lenguaje común en que entenderse con dicha juventud y se autodisolvió de la misma y con perfectas dignidad y oportunidad. Y el otro fue el viejo movimiento libertario chino, que de su sereno autoanálisis concluyó, en cambio, que aún tenía mucho que ofrecer a las generaciones jóvenes, que aún corría mucha savia fresca por el viejo tronco de su tradición y que, a pesar de su edad, aún podía luchar junto a los jóvenes con tanto brío como ellos; y siguió activo, en

consecuencia, y la historia, en efecto, no desmintió su autojuicio.

¿No sería, realmente, lo mejor para todos que la CNT imitara por fin el noble ejemplo de los viejos anarquistas japoneses, o de los provos? ¿O en todo caso, quizá (de decidir y definir en conciencia «todo» el movimiento libertario la existencia de tal o cual miembro aún sano en el desahuciado cuerpo general de la vieja organización), que supiera encontrar, mediante el correspondiente autoanálisis sin auto-compasiones y al aire libre, las medidas en que le correspondiera aplicarse dicha fórmula japonesa en general, por un lado; y por otro, en los posibles casos particulares pertinentes y simultáneamente y en escrupulosa excepcionalidad, la parte adecuada de la contraria fórmula china, integrando tales o cuales miembros aún sanos en el cuerpo de lo que es el MLE joven que no es ella al tiempo de autodisolverse en su todo, o, como quien dice, injertando en el árbol joven las cuatro ramas que puedan aún quedar sin duda verdes en el viejo al tiempo de echar éste abajo de una vez?

Pero mejor sería que los compañeros de la vieja CNT que hayan hecho el esfuerzo seguramente algo amargo de leer estas notas y que sigan hoy siendo realmente anarquistas empujasen ya a emplearse por entero a ayudar y apoyar a quienes luchan hoy día de verdad por el orden social nuevo que unos y otros queremos, en lugar de seguir drogándose indefinidamente con sus inútiles sueños de cuanto se hizo o se pudo hacer en aquellos (no tan) gloriosos días de cuando la república.

(Prisión de Brixton, verano de 1972.
Glasgow y Londres, verano de 1973.)

Traducción de José Martín-Artajo⁹

9. El pantanoso estilo con que aparece esta traducción se le debe enteramente al traductor (y a las prisas con que ha tenido que hacerla, que redactar sencillito, como se sabe, cuesta tiempo) y no al autor, cuyo original en inglés es, al contrario, todo lo claro que su contenido y su intención requieren.

Carlos da Fonseca

Sobre el proletariado español y la Asociación Internacional de Trabajadores en Portugal

I. Los primeros contactos

Los primeros contactos entre el proletariado de los dos países ibéricos se establecieron al compás del desarrollo de la Asociación Internacional de Trabajadores, de sus ramificaciones e incluso de sus tendencias. Ciertamente, los «medios revolucionarios» de los conspiradores republicanos y unionistas ibéricos atacaban conjuntamente desde hacía algún tiempo los regímenes «monárquico-absolutistas» de España y Portugal, organizándose en los clubs y sociedades secretas e inspirándose en el progresismo mazziniano¹. A este nivel, la ideología ibérica desborda el republicanismo embrionario de las clases medias y recluta partidarios encarnizados en las filas de los monárquicos liberales y, en su ala izquierda, en la corriente socialista utópica. Mientras que en Portugal los precursores socialistas Sousa Brandao (1818-1892), Lopes de Mendonça (1826-1865) y Casal Ribeiro (1825-1888) militan en favor de la «unión pacífica», voluntaria y federal de las naciones ibéricas, haciendo propaganda de esta idea con gran repercusión en el *Almanaque democrático* (1852-1855), en España, Sinibaldo de Mas (1808-1868) edita la obra que se iba a convertir en cierto modo en el «manual del iberista»: *A Iberia. Informe sobre la conveniencia de unión pacífica y legal de Portugal y España*². La unión basada en la «fraternidad, la libertad y la igualdad» es, según el teórico español, el medio más eficaz para neutralizar los regímenes reales autoritarios en los países peninsulares. Nada hay de extraño en que los socialistas federalistas hayan asumido «el ideal emancipador» de esta unión, imprimiéndole el sello de las doctrinas de Proudhon (1809-1865) y del socialismo de 1848.

«El problema de la unión ibérica se planteó en Francia en 1847 por portugueses que vivían en ella. Después de la revolución de febrero de 1848, tuvo lugar una manifestación impresionante para apoyar esta idea, que congregó a cerca de 400 emigrantes portugueses y españoles.»³ Los manifestantes se componían, sin duda ninguna, de los medios de la extrema izquierda ibérica en el exilio, entre los cuales se encontraba Sousa Brandao.

Asumiendo con habilidad el federalismo proudhonian, la Unión Ibérica influyó sin lugar a dudas en

las organizaciones obreras portuguesas, y encontró partidarios de sus miembros. Es lógico, por ello, que la revolución española de 1868 dejara una gran impronta en el Portugal, justamente en la época en la que la coordinación ferroviaria entre ambos países constituía un punto del orden del día de todas las discusiones tanto políticas como económicas. Por la misma razón la revolución inspiró esperanza y simpatía en los medios revolucionarios de Lisboa, sentimientos expresados con entusiasmo en el panfleto de Antero de Quental (1842-1891): *Portugal perante a Revolução espanhola*⁴.

Pero hay que esperar a 1870, tras el congreso de la federación de Barcelona de la AIT, a que el internacionalismo proletario reemplace este cosmopolitismo «revolucionario», a que las relaciones en el cuadro de la AIT sustituyan definitivamente los contactos esporádicos y no permanentes del federalismo utópico.

Más avanzados que el proletariado lusitano, es a los obreros españoles a quienes corresponde la iniciativa de las relaciones, dirigiendo un «llamamiento» a los hermanos de Portugal: «Obreros portugueses, hermanos nuestros: aunque próximos, aunque procedentes de iguales tiempos y orígenes, portugueses y españoles pasamos siglos sin que disminuya nuestro incomprendible alejamiento, sin que nos reconozcamos realmente hermanos, sin que se unifiquen nuestros intereses y tendencias, siendo así que unidos han estado y estarán seguramente nuestros destinos [...]».

«Operarios portugueses, hermanos, compañeros de trabajo que somos en el mismo lugar y tiempo, esencialmente fraternales deben ser nuestras aspiraciones, ligados están todos nuestros intereses, solidarizados deben estar nuestros esfuerzos, y tanto más

1. Clara E. Lida: *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, Las Américas Publishing Co., Nueva York, 1970.

2. La primera edición apareció anónima en 1851.

3. Sinibaldo de Mas: *A Iberia* [...], Lisboa, Tipografia do Progresso, 1855, tercera edición.

4. Antero de Quental: *Portugal perante a Revolução espanhola*, Lisboa, Tipografia Portuguesa, 1868.

deben estarlo, entenderlo bien, cuando nuestros peligros son los mismos.⁵

Parece, sin embargo, que el llamamiento de Barcelona pasó desapercibido por los trabajadores portugueses. Al menos no hemos encontrado su traducción, ni total ni parcial, en los periódicos de la época, ni la menor referencia a su existencia.

En febrero de 1871, Engels aconsejó al Consejo federal español establecer urgentemente relaciones con los obreros portugueses⁶. Pero fue solamente gracias a la estancia forzosa de los internacionalistas españoles Mora (1842-1924), Morago (?-1885) y Lorenzo (1841-1915) (del 9 de junio al 21 de agosto de 1871), cuando la clase obrera portuguesa se unió por fin definitivamente a la AIT. Es posible que los miembros del consejo español conocieran el nombre de José Fontana, alias Giuseppe Fontana (1846-1876), emigrante suizo, que había sido el secretario de la AIT para Italia. Es al menos a él a quien se dirigieron los militantes españoles cuando buscaron a los socialistas del Centro Promotor dos Melhoramentos das Classes Laboriosas, asociación parecida al Fomento de las Artes de Madrid. Sin embargo, el éxito de su misión es debido sobre todo a la gran receptividad hacia las ideas socialistas de las organizaciones obreras causada por los sucesos de la Comuna de París. Eduardo Maia (?-1897), que puede ser considerado justamente como el pionero del anarquismo portugués, acababa de escribir un panfleto que asumía la defensa de los comuneros⁷. De un modo aun más significativo, quedaron organizados varios grupos compuestos por obreros y elementos avanzados (uno puede ser el de Fontana, Antero de Quental, Batalha Reis (1847-1935), y otro aquel de que formaban parte Nobre França (1838-1920), Oratti, Quito y Tedeschi) para sacar lecciones de la revolución parisina. Según Nobre França, la claridad de la exposición de los emisarios españoles convenció inmediatamente a los portugueses sobre la necesidad de organizar una sección de la AIT en Lisboa⁸. A su vez, Mora informó del buen desarrollo de las conversaciones, y se mostró muy optimista sobre la extensión de la AIT a los países sudamericanos por medio de los emigrantes portugueses⁹.

Hacia el fin de 1871, La Emancipación podía escribir: «Portugal entra al fin en el movimiento obrero internacional [...]. Para nosotros, el suceso importante es la aparición oficial en este país de la AIT.»

» Nuestros amigos, los internacionalistas de Portugal despliegan la mayor actividad, y ven sus empeños coronados de éxito en Lisboa, Porto, Coimbra, Evora y otras localidades.¹⁰

La influencia que ejerce el proletariado español sobre la sección local de Lisboa constituye un factor de buena amistad que no consigue debilitar la divergencia ideológica aparecida tras el Congreso de La Haya. Hecho enormemente significativo, los portugueses

descubrieron la AIT a través de los militantes españoles, y en la carta de adhesión enviada a Londres, los secretarios Nobre França y Tedeschi señalan al Consejo federal de España como garante de la autenticidad de las firmas¹¹; así pues, el primer documento público firmado por la sección de Lisboa fue un manifiesto de solidaridad con los trabajadores de Sevilla en huelga:

«A los obreros cerrajeros de Lisboa y Porto.

» Constituye un principio sublime de la clase obrera guiarse antes por los intereses generales de la humanidad y de la justicia que por los intereses individuales de cada uno de sus miembros [...].

» Los capitalistas insisten en mantener arbitrariamente su opresión y por esa razón se proponen contratar fuera de Sevilla e incluso fuera de España, a obreros que, engañados por falsas promesas, no serían en manos de los capitalistas más que instrumentos para combatir y oprimir a sus compañeros de trabajo [...]. Sólo mediante el engaño los obreros portugueses podrían caer en esa trampa. Por esa razón nos vemos en el deber de advertirles. Si cualquier tipo de emisario les intentara alucinar con promesas tentadoras, sepan que se les está invitando a una lucha contra sus hermanos.»¹²

II. Al margen de un conflicto

Algunos historiadores (y no entre los más insignificantes) han intentado presentar a la federación portuguesa como aliancista, al menos hasta el

5. Anselmo Lorenzo: *El proletariado militante*, Toulouse, Ediciones MLE-CNT, 1946.

6. Andréas/Molnar: *La Première Internationale; recueil de documents publiés sous la direction de J. Freymond*, Genève, Droz, 1964.

7. [Eduardo Maia]: *A communa por um verdadeiro liberal*, Lisboa, Tipografia do Futuro, 1871.

8. Nobre França: *Carta a Magalhaes Lima*, en Magalhaes Lima: *O Socialismo na Europa*, Lisboa, Tipografia da Companhia Nacional Editora, 1892.

9. Lettre à F. Engels, cit. en Max Nettlau: *La Première Internationale en Espagne, 1868-1888*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Company, 1969.

10. *La Emancipación*, noviembre de 1871.

11. Carlos da Fonseca: *A Origem da Primeira Internacional em Lisboa (O centenário da Federação Portuguesa)*, Lisboa, 1973.

12. *La Razón*, Sevilla, octubre de 1871.

congreso realizado en Holanda en 1872¹³. En varias ocasiones hemos combatido esta tendencia, sin lugar a dudas demasiado simplista, que consiste en reducir las tendencias y los conflictos en el seno de la AIT a las rivalidades entre « marxistas » y « bakuninistas »¹⁴. Ello es cierto de cara a las secciones francesas en las que la influencia de Proudhon es dominante, y aún más cierto de cara a Portugal, en donde las doctrinas de Marx y Bakunin eran (y lo seguirán siendo durante mucho tiempo) totalmente desconocidas. La tesis según la cual la sección de Lisboa tenía desde sus comienzos una orientación aliancista es contraria a todos los análisis de la ideología del Consejo local, e incluso a las memorias históricas de Lorenzo. En efecto, éste habla de la creación simultánea « de una sección de la AIT » destinada a « organizar a los obreros », y subordinada a la « Alianza de la Democracia Socialista » que tenía como objetivo « la propagación de la ciencia », es decir, la propaganda socialista¹⁵. Pero más allá de los orígenes ideológicos debemos investigar por qué el bakunismo fue vencido en toda la línea en Portugal y no encontró lugar alguno en el movimiento obrero hasta 1886. Atengámonos a los hechos. Cuando el Consejo federal español se refugió en Lisboa, las disidencias entre sus miembros eran ya visibles¹⁶. Morago, el único que compartía las tesis de la Alianza de la Democracia Socialista, dimitió del Consejo y se quedará en Lisboa tras la marcha de sus compañeros. Intentando emancipar por completo a la filial de la Alianza de la Democracia Socialista de la AIT « autoritaria », funda con el francmasón republicano Joao Bonança (1836-1924) una segunda sección aliancista. De este modo, el proletariado de Lisboa debe realizar una opción ideológica de cara a la cual no cuenta más que con vagas nociones del socialismo proudhoniano. Por una parte, las secciones de la AIT de la Alianza constituida por Fontana, Antero de Quental, Felizardo de Lima (1839-1905) Nobre França, José Tito, José Maria Pedesti, Eduardo Maia, Conceição Fernandes (1851-1907), Francisco Gonçalves Lopes (?-1898), José Carrilho Videira, Jaime Batalha Reis, etc., que crean la Associação Fraternidade Operária (enero de 1872), organización de carácter sindical. Por otra parte, la Segunda sección de la Alianza, dirigida por Bonança, controla la Associação Protectora Trabalho Nacional (diciembre de 1871) y cuyo programa es parecido al de la FO. Es lícito preguntarse si Morago, a fin de cuentas, no fue víctima de Bonança, cuyas relaciones con los medios políticos republicanos ignoraba por completo. En todo caso, la iniciativa de Morago-Bonança condujo al grupo fundador de la AIT a romper con la Alianza y a combatir las doctrinas « antiautoritarias » durante muchos años. Este hecho explica mucho mejor que la estancia de Paul Lafargue en Lisboa, en julio y agosto de 1872, la fidelidad incondicional

de la federación portuguesa al Consejo de Londres. A juzgar por el número de adherentes (la FO, 30 000 ; la APTN, 800), no puede haber duda alguna sobre la opción realizada por el proletariado portugués.

Sin embargo, sería ridículo ver en esta opción una victoria del marxismo. La tendencia mayoritaria de la federación portuguesa siguió siendo acendradamente proudhoniana. Hasta tal punto que el primer programa del Partido Operário Socialista Português, fechado en 1877, es una verdadera profesión de fe en el colectivismo de Proudhon.

Por encima de las divergencias aparecidas sobre la representatividad del Consejo « autoritario » de Londres, y pese al apoyo aportado por los militantes de Lisboa a la nueva federación « marxista » de Madrid, las relaciones con las federaciones libertarias españolas seguirán teniendo un carácter privilegiado de amistad profunda. Diríamos incluso que son mucho más amistosas que las mantenidas con las federaciones « marxistas », o al menos mucho más frecuentes. No puede extrañarnos por ello que los periódicos aliancistas españoles (*La igualdad de Madrid*, *La Emancipación*, *La Tribuna de Málaga*, *La Razón de Sevilla*, etc.) se preocupen de los problemas de los trabajadores portugueses mucho más que los periodistas « autoritarios ». Ciertamente, los miembros del Consejo local de Lisboa manifestaron en múltiples ocasiones su desacuerdo con las secciones « anti-autoritarias » españolas y suizas¹⁷. Fontana mismo, cuyas posiciones « owenistas » están tan cerca de las « antiautoritarias » se negó a inclinarse por el partido de la Alianza, dejando sin respuesta la carta que Bakunin le dirigió personalmente¹⁸. Y sin embargo, las divergencias de fondo no impidieron que la federación portuguesa defendiera únicamente a los aliancistas españoles de cara a la ofensiva burguesa contra la huelga revolucionaria de Alcoy. Reaccionando

13. Max Nettlau : *Op. cit.* ; Andréas/Molnar : *Op. cit.* ; Carlos M. Rama : *La crise espagnole au XX^e siècle*, Paris, Librairie Fischbacher, 1962 ; véanse las notas del capítulo I, nota 44. Véase igualmente M. Nettlau : *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, 1868-1873*, Buenos Aires, La Protesta, 1925.

14. Carlos da Fonseca : *Op. cit.* Véase igualmente : « Trois livres sur le mouvement ouvrier au Portugal », *Bulletin du CIRA*, n° 25, Lausanne, noviembre de 1972.

15. Anselmo Lorenzo : *Op. cit.*

16. *Le Congrès de La Haye de la Première Internationale*, Moscú, Ediciones del Progreso, 1972.

17. Carlos Fonseca : *Op. cit.*

18. Max Nettlau : *La Première Internationale en Espagne, 1868-1888*. Véase igualmente César Nogueira : *Notas para a história do socialismo em Portugal (1871-1910)*, Lisboa, Portugal Editora, 1964.

contra la campaña de calumnias de la prensa capitalista portuguesa, que incitaba al «honrado público contra la banda de peligrosos asesinos» de la AIT, los internacionalistas portugueses publicaron un manifiesto del que transcribimos algunos pasajes: «La Federación portuguesa de la Asociación Internacional de Trabajadores ha leído con asombro y una profunda tristeza, las descripciones de los crímenes horribles imputados a los internacionalistas de Alcoy. Esta no podía guardar silencio de cara a acusaciones tan graves sin traicionar los más sagrados deberes [...]».

» En esta ocasión, como por otra parte, siempre es a la clase obrera a quien nos dirigimos [...] ¡No! Es imposible que los internacionalistas de Alcoy hayan podido cometer las atrocidades que tan melodramáticamente se les atribuyen [...]. La Internacional no es una asociación de asesinos ni de incendiarios.¹⁹ El documento termina exaltando la lucha del proletariado por la justicia social.

Al margen del conflicto que enfrenta hasta hacerlas incompatibles a las federaciones de la Asociación Internacional, los marxistas portugueses y los bakunistas españoles han sabido alimentar entre ellos una llama internacionalista muy intensa, en decadencia desgraciadamente en otros países. Incluso tras la desaparición de la Fraternidade Operaria, tras la creación de la Associação dos Trabalhadores da Região Portuguesa (1873), tras la transformación de la asociación portuguesa de Associação Socialista 18 de Marzo, en Partido Operário Socialista Português (1875), transformaciones que ponen de relieve la influencia marxista (o más bien socialdemócrata), realizada por Azedo Gneco (1849-1911), el proletariado ibérico no renunció a los lazos de amistad que había establecido desde hacía mucho tiempo y que iban a mantener a lo largo de varias etapas históricas. La llamada «A los trabajadores portugueses» de la federación local de Cádiz de 1876 es, por decirlo así, el documento que cierra esta época excepcional del internacionalismo revolucionario, la Asociación Internacional de Trabajadores, 1864-1876:

«Desde hace mucho tiempo, pese a las divisiones que desgraciadamente han desgarrado en estos

últimos años el seno del proletariado colocándonos en campos opuestos, nuestra federación local, deplorando esta lamentable desunión y recordando solamente que combatimos con sinceridad para alcanzar el mismo objetivo, la emancipación de los trabajadores a través de la revolución social, ha continuado manteniendo con vosotros unas relaciones de buena amistad que han sido correspondidas cordialmente por vuestra parte [...]».

» Una prueba del acuerdo de nuestros sentimientos sobre este punto son las cartas de solidaridad que habéis dirigido a nuestros compañeros prisioneros en esta ciudad, y las declaraciones publicadas en el órgano socialista de vuestra región.»

Tras la invitación dirigida al POSP para que envíe representantes al congreso general anual de las «federaciones libres», el llamamiento de Cádiz sigue de esta manera: «Si, compañeros, que nuestros delegados confraternicen en esta asamblea, y se convencerán por sí mismos que los representantes de las federaciones libres reunidos para discutir en común de los resultados de un año de estudio y de experiencia, demasiado imbuidos de las grandezas de su misión, no desearán rebajarla, dando muestras en el seno del sagrado congreso del trabajo de estrechas y mezquinas pasiones.»²⁰

Agradeciendo en todo caso a la federación de Cádiz su calurosa invitación, el POSP se permite calificar al Congreso de Berna, como el de «las secciones disidentes de la Asociación Internacional de Trabajadores». En la declaración de principios hecha por su portavoz, **O protesto**, los socialistas portugueses desean «que nuestros compañeros puedan terminar con todas esas pequeñas querellas, que tanto mal han hecho a la clase trabajadora»²¹.

19. «Manifiesto» de julio de 1873, cit. en Carlos Fonseca: *Op. cit.*

20. Fechado en Cádiz, 12 de septiembre de 1876, en *Bulletín FII*, octubre de 1876.

21. **O Protesto**, Lisboa, octubre de 1876.

La autogestión en la España revolucionaria

« La revolución rusa, la revolución que constituye la primera experiencia histórica de huelga general, no sólo no es una rehabilitación del anarquismo, sino que además equivale a una liquidación histórica del anarquismo. » (Rosa Luxemburg: La huelga general revolucionaria, 1905.)

« El campesino español es más individualista aún que el campesino francés: es más altanero, tiene más orgullo. » (Charles Gide: La coopération dans les pays latins, 1926-1927.)

Las dos citas en exergo son interesantes en la medida en que el desarrollo histórico las han desmentido y hasta ridiculizado, al mismo tiempo que muestran el valor y el alcance del análisis marxista y del análisis burgués, y la necesidad de disponer de enfoques diferentes.

El primer problema que se plantea al abordar la guerra civil española de 1936-1939 es el de la presencia y el de la fuerza reconocida e indiscutible del anarquismo. ¿Por qué? Marxistas e intelectuales liberales coinciden en que el atraso económico de España produjo, para unos, una mentalidad pequeño burguesa, y por tanto anarquista¹, y, para otros, una nostalgia del pasado medieval y agrícola, y por consiguiente el anarquismo².

De hecho, el planteamiento se halla falseado porque el problema reside en la penetración de las ideas socialistas, autoritarias o no, en los países de economía avanzada. Y la historia demuestra que tal penetración fue casi nula, como lo enseñan los movimientos obreros actuales en los Estados Unidos, Gran Bretaña, países escandinavos, Alemania, Bélgica, etc., con algunas excepciones: el anarcosindicalismo de los IWW en los Estados Unidos hasta 1900; anarcosindicalismo y marxismo en Alemania hasta 1920 y 1933, respectivamente. Además, como es sabido, la situación económica de Rusia y de China, al instaurarse los regímenes marxistas, era tan atrasada como la de España en 1930, si no más.

Para nosotros, el rasgo que destaca en primer lugar es la constancia de la influencia anarquista, como observaron los propios adversarios, desde la introducción de la I Internacional en la península: « De este modo, en España el anarquismo no se limitó a la propaganda de las utopías sociales y a los actos terroristas. Se concilió acciones de masa y obtuvo algunos éxitos prácticos. Tras un desarrollo de medio siglo, esa misma tradición del anarquismo se convirtió en una fuerza material seria, factor de robustecimiento posterior de su influencia. »³

Nuestra interpretación es que los anarquistas supieron adaptarse en España, como también parcialmente en Bulgaria, a una sociedad conflictiva, en relación a Francia e Italia, en las que el capitalismo mantuvo a los trabajadores dentro de un marco integracionista. Es muy difícil comprender la colectivización y la autogestión si no se tiene en cuenta lo que era la CNT-FAI antes de la guerra civil. Prescindiremos de una descripción detallada de la evolución del anarcosindicalismo para limitarnos a bosquejar unas directrices fundamentales.

¿Quiénes eran los cenetistas? El objetivo de la CNT era el comunismo libertario tal como lo habían definido, entre otros, Bakunin y Kropotkin; la sindical estaba abierta a todos y servía tanto al proletariado como al campesinado. El número de afiliados era de un millón, aunque en el Congreso de Zaragoza (1936) sólo estuvieran representados unos 600 000, a causa de una serie de discrepancias que ya expondremos.

Los responsables, tanto los cuadros de la CNT como los de la FAI procedían de su propio seno, del molde anarcosindicalista. Así, con la llegada de Fanelli, en los años 70 de siglo XIX, surgen Anselmo Lorenzo, Tomás González Morago, etc. A fines de siglo, aparecen Tárrida del

1. Historia del Partido Comunista de España, p. 15. Véanse también Vilar: Historia de España; Jesús Hernández: Negro y rojo. Los anarquistas en la revolución española.

2. Brenan: El laberinto español, p. 147; Thomas: la guerra civil española, p. 30; Broué y Témime: La révolution et la guerre d'Espagne, p. 43.

3. Maldenik: Ispanski proletariat v natsionalno-revolutsionoy volne, Moscú, p. 35. Véase también Maurin: Revolución y contrarrevolución en España.

Mármol, Sánchez Rosa, etc. Con la creación de la CNT, en 1911, se distinguen José Negre, Manuel Buenacasa... En los años 1916-1918 se forman militantes como Salvador Seguí, Angel Pestaña, Juan Peiró... Durante la dictadura de Primo de Rivera descuello el grupo de Ricardo Sanz, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, Francisco Ascaso, etc. Con la implantación de la República, destacan José Peirats, Mariano R. Vázquez, Cipriano Mera, David Antona... Durante la guerra civil, los hermanos Sabater, Raúl Carballera, etc., que morirán en los años 1948-1960. Sin interrupciones, de 1870 a 1936, se suceden capas, generaciones de sindicalistas, fogueados y experimentados, todos ellos de extracción proletaria. Aquellos setenta años de militantismo, de autodidactismo proletario en las ciudades y en el campo, de Andalucía a Asturias y Cataluña, constituyeron la fuerza de la CNT. Una fuerza poderosa, incomparable, totalmente diferente a la existente en Rusia. En ésta, en el curso del siglo XIX, sólo aparecen tres focos de agitación: los decabristas, al principio; los exilados, convertidos al socialismo como Herzen y Bakunin; y, finalmente, los *narodniki* o populistas, hijos de burgueses que iban al pueblo con ideas sociales muchas veces teóricas. Prácticamente, el movimiento de los trabajadores sólo formó sus cuadros en quince años, entre 1905 y 1920. Y entre los líderes revolucionarios, ninguno era de origen proletario, sino intelectuales pequeño burgueses como Lenin, Trotski, Bujarin, etc., cuya preocupación fue la devorarse unos a otros a expensas de los trabajadores como predijeran Machaevski o Volski, ya en 1905⁴. Los responsables salidos de la pequeña burguesía fueron poco numerosos en la CNT: el ingeniero Ricardo Mella, antes de 1931; los médicos Vallina y Puente, después. El segundo elemento que explica la fuerza de la CNT era su **organización** fundada en tres factores: **acción directa, sindicato único y federalismo**.

La acción directa, pensada y expuesta por los anarcosindicalistas franceses a principios del siglo XX, consiste en rechazar todo lo posible las transacciones con el patronato, exigiendo la satisfacción de todas las reivindicaciones. Ante ello, dos actitudes eran posibles para los patronos: ceder, lo que constituía una victoria del sindicato que le aportaba más afiliados; o resistir, lo que solía provocar una reacción en cadena de huelgas. Ejemplo típico de ello es la huelga de La Canadiense, en 1919, seguida de la huelga de las otras empresas de electricidad, de los obreros del textil en Cataluña, reivindicando la jornada de ocho horas y la semana inglesa. Pese a la proclamación del estado de urgencia el 7 de marzo, la militarización de los trabajadores y unas 3 000 detenciones, prosiguió el movimiento. Y, finalmente, el 14 de abril, los presos eran liberados y la patronal cedía totalmente; 100 000 trabajadores habían participado en la huelga en Cataluña.

Entre 1931 y 1936, prosiguió la misma táctica. Cuando la huelga de empleados de la Telefónica en toda España, el sindicato de campesinos de Ronda decide apoyarla y sus militantes cortaron gran parte de los postes telegráficos de la región. Eran sindicados analfabetos en su mayoría, pero tenían una visión clara y eficaz de que muchos letrados carecían. Muchas veces, la presión violenta de algunos grupos o individuos convencía al patrón para que aceptara lo que se le pedía.

El sindicato único agrupaba a todos los trabajadores de una misma empresa o de una misma localidad, cuando ésta era pequeña. Existía una «comunidad de intereses y de solidaridad [entre] los obreros calificados, los especializados y los peones, cuyo grado de calificación y cuya diferencia de remuneración tendían a separar y a dividir»⁵. La solidaridad no se limitaba al **slogan** mítico del «Proletarios de todos los países, unidos», como en la UGT y en el sindicalismo de tipo europeo (como hoy en Francia, Alemania, etc.): los obreros se conocían a pesar de la división patronal.

El federalismo procuraba una gran flexibilidad de acción, indispensable dadas las diferencias regionales. Cada comité regional, comarcal o local podía tomar iniciativas sin tener que consultar comités centrales más o menos al corriente de los problemas. Ejemplo notable de ello lo da 1934: la CNT y la UGT, por razones que expondremos, disientían en cuanto a la táctica común. Sin embargo, en Asturias las dos regionales de la CNT y la UGT firmaron un pacto de alianza (lo que indica la influencia de la estructura anarquista en la UGT). Pero en el seno de esa misma región, la Federación local de la CNT de la Felguera rechazó el acuerdo.

4. Véase *International Review of Social History*, Amsterdam; M.S. Shatz: «The Makhaevits and the Russian Revolutionary Movement», 1970; A. D'Agostino: «The Views of J.W. Machajski», 1969.

5. Balcells: *El sindicalismo en Barcelona*, 1965.

Lo que a primera vista parece una contradicción y un debilitamiento, correspondía a situación y realidades locales de la UGT y la CNT.

Otro aspecto particularmente diferenciador es lo que llamaremos « globalismo ». La CNT no se limitó nunca al sindicalismo, y en sus locales había cursos de alfabetización o escuelas del tipo Ferrer Guardia para los niños. Después del fusilamiento de Ferrer Guardia en 1909, sus escuelas continuaron por toda España, con la ayuda económica de algunos sindicatos y con maestros que solían ser militantes que enseñaban después de las horas de trabajo. Eran muy populares también el estudio del esperanto, el vegetarianismo, la medicina natural, la propaganda anticoncepcional, la educación sexual, la emancipación de la mujer, las jiras. Actividades todas ellas que se reflejan en revistas, además de la prensa sindical, de la que damos un botón de muestra en lo que respecta a 1932: **Solidaridad Obrera** (Barcelona, diario), **Tierra y Libertad** (Barcelona, semanario), **La Tierra** (Madrid, semanario), **La Revista Blanca** (Barcelona, mensual), **Nosotros** (Valencia, mensual), **Redención** (Alcoy), **Acción** (Cádiz), con las nuevas publicaciones de CNT (Madrid, diario), **Orto** (Valencia), **Solidaridad Proletaria** (Sevilla), **La Voz del campesino** (Jerez), etc., sin olvidar la edición de folletos a cargo de sindicatos o individuos, y ediciones afines como « La Novela Ideal » (mensual)⁶.

Esta actividad polifacética no era ni superflua ni pletórica. Se oponía punto por punto a la cultura católica: desde los nombres —Acracio, Floreal, Germinal, Helios, etc., y Luz, Libertaria, Alba, Acracia, etc.— hasta los autores literarios como Tolstói y Zola, Multatuli y Panait Istrati⁷.

Blanco de la crítica era también el marxismo, su teoría y su práctica, presentado como la ideología nueva de las clases explotadoras para continuar dominando a los trabajadores. Numerosos libros y folletos estudiaban el marxismo desde el punto de vista teórico (Bakunin, Kropotkin, Cafiero, Rocker) y práctico (escritos de los anarquistas rusos (Yarchuk, Gorelik, Volin, Archinof, Majno) y los de algunos cenetistas que fueron a Rusia (Pestaña, Pérez Combina, Martín Gudell, Horacio Prieto). Hay que señalar también la propaganda que venía de América latina, con la que las relaciones eran estrechísimas (México, Argentina, Uruguay). Sin embargo, la CNT distaba mucho de no tener defectos.

La primera debilidad era el rechazo, por temor a la burocratización, de las federaciones de industria propuestas por algunos de sus militantes. Según éstos debían ser organizados una especie de trusts (industrias de la metalurgia, del transporte, etc., con todos los sindicatos concernidos), horizontales y verticales, más adaptados a la concentración capitalista y, a la par, preparatorios para la gestión de la economía por los trabajadores mismos. Sin lugar a duda, hubieran permitido una visión más clara de lo que había que colectivizar. Y los folletos de propaganda del comunismo libertario (sobre todo el de Isaac Puente, inspirado en Besnard) describían una organización semejante de la posrevolución, sin el periodo transitorio de los marxistas, con federaciones de industrias y conjuntos regionales relacionados.

Otro factor negativo fue el **paseísmo, el liderismo, sin burocratización**. Ya en el Congreso de 1919, la CNT había decidido que sólo el secretario general tendría sueldo (más o menos el de un obrero especializado): « El rechazo de la política de sueldos elevados permitió que sólo quedasen los responsables más conscientes, hombres que no poseían nada y se aferraban al postulado de no medrar. »⁸ De esta manera, en 1931, para un millón de afiliados sólo existía un permanente retribuido. Los demás cumplían su labor sindical después del trabajo, debiendo pagarse a veces los viajes indispensables para las relaciones. (Como punto de referencia, actualmente la ley permite en Francia que un trabajador sea permanente sindical de un ramo cuando ha trabajado un año como mínimo en el mismo.)

El liderismo se manifestaba, sin embargo, lo que se explica si se piensa en la cultura, los conocimientos, tanto económicos como políticos y técnicos (fabricación de explosivos), que algunos militantes habían adquirido pese a las jornadas agotadoras a los sueldos míseros. Estos militantes tenían una experiencia que superaba muchas veces a los burgueses en su propio terreno, y por tanto ejercían un dominio intelectual sobre muchos afiliados. Peirats da un ejemplo muy concreto refiriéndose a la Intentona del 8 de enero de 1933, que trataremos

6. Lamberet: *Chronologie et bibliographie: Espagne*.

7. Holandés y rumano, conocidos de los viejos militantes cenetistas.

8. Romero Maura, en « *Gouvernement and Opposition* », 1970.

a continuación: «Alguien pidió explicaciones en el seno de la Federación local de Grupos anarquistas de Barcelona. La respuesta fue que Ascaso, Durruti y García Oliver no estaban controlados por la FAI. Personalmente tuve confirmación de esta despampanante respuesta cuando, en 1934, o sea el año siguiente, fui secretario general de dicha Federación. Efectivamente, aquellos compañeros no pertenecían a ninguno de los grupos controlados por la FAI de Cataluña. Y, sin embargo, en las tribunas eran los que llevaban la voz cantante de la organización específica.»⁹

De hecho, se trata de un fenómeno banal de la sociología de grupo que se comprueba con José Díaz, que pasó de la CNT al Partido Comunista; Andrés Nin y su influencia en Lérida; Stalin y los georgianos; Trotsky y los judíos rusos, etc. La estructura y la formación anarco-sindicalista no bastaron, pues, para contrarrestar esa desviación, aunque la limitaron: la sucesión de militantes que hemos señalado prueba que la existencia de un líder no impedía la formación de los responsables.

El último elemento negativo de la CNT-FAI fue el problema de las alianzas, ya que un grupo, un movimiento social, por fuerte que sea, casi nunca consigue desarrollar él solo una táctica revolucionaria.

Por si fuera poco, el movimiento anarquista se dividió en dos sectores. Uno predicaba que había que aprovechar la República para lanzarse «a por el todo»; se trataba de los faistas, Durruti y sus compañeros. El otro ponía el acento en la preparación previa, esto es, en una política de neutralidad y de respeto para con la República. Los faistas lanzaron tres movimientos que fracasaron (18 de enero de 1932, 8 de enero de 1933, 8 de diciembre de 1933), aunque hubo algunos intentos de proclamación del comunismo libertario en varios pueblos aragoneses, valencianos, andaluces y castellanos. Los militantes de la otra tendencia, los treintistas (partidarios de la posición sostenida por treinta responsables de la CNT, entre los que se contaban Peiró y Pestaña) no participaron en estos movimientos ni les dispensaron ninguna especie de solidaridad.

A principios de 1934, la CNT estaba prácticamente dividida en dos, y muy menguada por las detenciones que siguieron a las tres mencionadas intentonas. Además, en las Cortes había una mayoría de diputados de derechas, porque los faistas habían lanzado la consigna de abstención electoral: «Frente a las urnas, revolución social.»

Los otros sectores políticos no habían manifestado caracteres insurreccionales. La UGT, en particular, había afirmado ante el gobierno su pacifismo durante las intentonas de la CNT.

En octubre de 1934, en Asturias y en Cataluña, estallaron simultáneamente dos insurrecciones. En la primera tomaba parte la CNT; en la segunda ni siquiera fue consultada. El desenlace fue rápido: las derechas se negaron al diálogo con los socialistas y atacaron. La insurrección de Cataluña, conducida por catalanistas socializantes, cedió enseguida, por no haberse atrevido a comprar armas pesadas¹⁰. Una de las primeras medidas de los catalanistas fue clausurar la CNT. En cuanto a Asturias, millares de obreros fueron armados tras la ocupación de las fábricas de armamentos. La provincia fue incomunicada, cuadrículada por las tropas y la represión fue durísima. La animadversión entre socialistas y ugetistas, de una parte, y cenetistas y faistas, de otra, aumentó aunque, paradójicamente, en Asturias cenetistas y ugetistas, y hasta comunistas (una minoría) hubieran combatido juntos bajo la sigla UHP.

En 1936, las izquierdas se unieron para vencer en las elecciones y la CNT se abstuvo de propugnar la abstención electoral. Las cifras pusieron de relieve su influencia. En 1933, las izquierdas recogieron 3 200 000 votos (20 %), y en 1936, 4 800 000 (35 %), o sea 1 600 000 votos más. Hay que descontar de esta cifra la vuelta de los emigrados económicos —a causa de la crisis mundial— y el acceso a la mayoría de edad de bastantes jóvenes; una estimación de aquella influencia en 1 300 000 votos parece ser aceptable.

El cambio más notable en los resultados electorales fue la progresión del Partido Comunista, que obtuvo 14 escaños, contra uno en 1933. Si se examinan los resultados (Málaga: 12 900 en 1933, 52 750 en 1936; Cádiz: 3 000, luego 97 000; Oviedo: 16 830, luego 170 500, etc.)¹¹, comparándolos con el número de afiliados al Partido Comunista (de 17 000 a 30 000¹²), el

9. Presencia, número 7, p. 45, 1937.

10. Cruells: El sis d'octubre a Catalunya.

11. Cifras en Tusell: Las elecciones del Frente Popular.

12. Historia del Partido Comunista de España, p. 111.

fenómeno es aparentemente incomprensible, sobre todo si se tiene en cuenta que el total de los votantes comunistas fue de 1 800 000. La única explicación es que los votos cenetistas fueron a los candidatos del Partido Comunista; en efecto, de los 14 elegidos comunistas, 13 lo fueron en regiones de mayoría anarquista.

Este error político de los cenetistas (robustecimiento del enemigo ideológico más encarnizado) puede ser explicado por el rencor contra la UGT. De todos modos, las elecciones no introdujeron ningún cambio de fondo, porque la policía siguió disparando contra los trabajadores y el gobierno fue incapaz de adoptar medidas eficaces. El grado de discrepancia en las izquierdas está subrayado por estos titulares de **Solidaridad Obrera**: «Basta ya. ¡Sólo los locos y los agentes provocadores pueden establecer puntos de contacto entre el fascismo y el anarquismo! [...] Vayan con cuidado los señores del Frente Popular» (16 de julio de 1936); «La falta de visión en los momentos culminantes y la conducta contrarrevolucionaria del marxismo español abren las puertas al fascismo» (17 de julio de 1936).

El 18 de julio, las fuerzas de la derecha dieron el golpe de Estado, cuyo momento estaba bien elegido, puesto que las izquierdas estaban desunidas, los trabajadores también lo estaban, y lo estaba, igualmente, la CNT.

No obstante, los trabajadores, casi siempre de la CNT, opusieron resistencia extrema en numerosos casos, y vencieron en Cataluña, Asturias, Castilla y Levante. El 21 de julio, dos Españas se recortaron en el mapa, con la consecuencia negativa para los anarquistas de que Galicia, parte de Aragón y de Andalucía se habían perdido. Además, las fuerzas izquierdistas se sentían obligadas a acallar los conflictos entre ellas para resistir —en teoría— al enemigo. Así nació la alianza involuntaria de republicanos, guardias civiles (fieles los primeros momentos), socialistas, comunistas y sindicalistas ugetistas y cenetistas.

En la base, entre ugetistas y cenetistas, estos problemas eran menos sensibles. Se creía que la guerra iba a ser cosa de algunas semanas y la gente se preparaba con esta idea. Había que asegurar el funcionamiento de la industria para transformarla en industria de guerra, y al mismo tiempo el abastecimiento de las ciudades. En Barcelona, la CNT y la FAI dieron la pauta a seguir, ya el 24 de julio, al organizar una columna de 3 000 milicianos voluntarios para luchar en Aragón, con camiones blindados, pertrechos, servicios de intendencia y de sanidad. Su plan era liberar Zaragoza, atacar Navarra e ir a establecer contacto con las fuerzas republicanas de Euskadi.

¿De dónde surgía esa capacidad, cuando al mismo tiempo, en junio, Simone Weil notaba en Francia en los trabajadores a la par el rechazo de la autoridad sindical y una pasividad exagerada?¹³

La estructura de la CNT, la formación global que daba a sus militantes es para nosotros, sin lugar a dudas, lo que explica esa rapidez y esa madurez en la organización. Aunque en apariencia simplista, el esquema del comunismo libertario bastaba (sin que además tuviese la pretensión de resolverlo todo) para convencer a los militantes de su poder de iniciativa y de creatividad. Por ejemplo, existían en Barcelona varias compañías de transporte: fueron unificadas. Había varias compañías de ferrocarriles: fueron unificadas, resolviéndose en cada caso los problemas de horarios, de contabilidad, de piezas de recambio, cuya fabricación habría que prever si el extranjero no las proporcionaba, además de otros problemas nuevos (creación del retiro de vejez, actividades culturales, transportes militares gratuitos).

Una de las primeras empresas colectivizadas fue la de «Autobuses G». Media docena de militantes ocuparon las oficinas. Había 35 000 pesetas en caja, suma insuficiente para cubrir las necesidades de la empresa. Como en otras fábricas, los patronos se habían «largado» con la mayor parte de los beneficios. La empresa disponía de un fichero político de los empleados y una lista de los chivatos armados. Las primeras medidas consistieron en estudiar el material. Se decidió fabricar en la medida de lo posible las piezas de recambio en los propios talleres; hasta entonces procedían de Francia, Suiza, Alemania y Checoslovaquia. Los técnicos participaron con entusiasmo en el proyecto. «Cada técnico tenía una libertad de acción ilimitada para estudiar y presentar proyectos al comité.» No sólo fue alcanzado

13. La condition ouvrière, p. 268, 270, 272.

ese objetivo, sino que se lanzaron nuevos autobuses de un modelo inventado en la fábrica, a pesar de que parte de los talleres eran utilizados para la industria de guerra.

El precio del transporte se redujo. « Creíamos que podíamos instaurar el salario único, pero entendimos que era una aberración por múltiples razones [...] Algunas diferencias fueron mantenidas. Eso sí, hicimos desaparecer gran número de categorías reduciéndolas a la mínima expresión. » Los servicios médicos mejoraron, se construyeron duchas, se proporcionaban monos a los mecánicos, se suprimieron las sanciones de días sin sueldo por ausencia. El transporte para los escolares y los militares con permiso era gratuito. La colectividad de Autobuses G ayudó económicamente a la colectividad de Espectáculos públicos de Barcelona y a las colectividades de Tortosa y Coll-Blanc. En 1938, atendía a refugiados de Aragón. Las autoridades municipales del departamento de Economía de Barcelona, dirigido por el comunista Comorera (expulsado del Partido Comunista y denunciado a la policía franquista en 1947 por los comunistas en su prensa y en su radio) saboteaba cuanto podía, negando permisos de compra de piezas en el extranjero, mandando guardias armados para impedir a las cobradoras (numerosos trabajadores luchaban en los frentes) cobrar los billetes. Se pretendía llevar la colectividad a la quiebra y desprestigiar a la CNT por incapaz¹⁴.

El ejemplo precedente permite hacer las siguientes generalizaciones:

—La preparación del golpe militar y la complicidad de las derechas; —La adhesión a la colectivización de los cuadros y de los técnicos, y en algunos casos de los ingenieros. (En Rusia fueron matados, ya porque fueran realmente enemigos, ya por odio de los trabajadores.); —El sentido común de los militantes que construían la colectividad sin sectarismo ni ceguera teórica, haciendo concesiones sobre el problema de los salarios. A este respecto, hay que agregar que casi siempre se mantuvo cierta diferencia entre los salarios de hombres y mujeres (lastre del catolicismo y de la tradición mediterránea); —Hubo numerosas medidas para humanizar el trabajo; —Las maniobras del Partido Comunista, ya tradicionales, para dar al traste con la obra de los trabajadores (véase *Los bolcheviques y el control obrero* de Brinton).

En el sector agrícola, tomamos al azar el caso de Villas Viejas, en Cuenca. Existía una extensión de tierra sin cultivar, perteneciente a un cacique. Unos chozas cobijaban a media docena de familias que malvivían trabajando de sol a sol, entregando fuertes sumas al cacique. « Al año escaso de estar en nuestras manos se habían roturado todos los terrenos incultos, se duplicó el ganado lanar y cabrío. Se montó una magnífica granja avícola y porcina y se mejoraron los cultivos a tal punto que pronto pudieron vivir holgadamente 58 familias campesinas donde antes vegetaban penosamente 6. »¹⁵ Las mejoras son tan evidentes que sobran los comentarios. En casi todos los casos hubo un desarrollo más o menos semejante.

Empero, el clima no era favorable para la autogestión de los trabajadores. Los dirigentes de la CNT-FAI no habían incitado ni estimulado el movimiento. Por añadidura, a petición del cónsul de la Gran Bretaña, no fueron incautadas en Barcelona las empresas dependientes de capital inglés (26 de julio de 1936). Los « dirigentes anarquistas » parecían escandalizados o desorientados por la audacia de los militantes. Los republicanos no hacían nada para acelerar la guerra, utilizando el oro del Banco de España para comprar armas y máquinas con que fabricarlas. Por el contrario, conservaban las armas en la retaguardia para disponer de una policía fuerte. He aquí algunos titulares de *Solidaridad Obrera*: « Falta de armas » (25 de agosto de 1936); « Las armas, en esta hora preñada de peligros, han de servir exclusivamente para batir al enemigo » (28 de agosto de 1936); « Todas las armas arrinconadas y escondidas al frente » (Durruti, 12 de septiembre de 1936). Los catalanistas, para contrarrestar la influencia de la CNT, habían decretado la semana de 40 horas y un aumento de salarios del 15% (24, 25 de julio de 1936), y luego la sindicación obligatoria de los campesinos (30 de agosto de 1936), medida esta que ya pedían los sindicatos fascitizantes en 1929¹⁶.

La CNT salió al paso de esa demagogia explicando la necesidad de aumentar la producción de la industria de guerra, de la supresión de la semana inglesa en las fábricas (CNT, 5 de

14. J. Bassons, testimonio manuscrito y artículo en *Cénit*, 7 de agosto de 1965.

15. CNT, octubre de 1950.

16. Elorza: *La utopía anarquista bajo la segunda República*, p. 285.

agosto de 1936), y del mantenimiento de las horas de trabajo en las empresas colectivizadas. Ya a mediados de septiembre de 1936, la situación era explosiva: « Si hubiéramos de hablar al desgaire de todo lo que podía hacerse y no se ha hecho en estos dos meses trágicos, si hubiéramos de hablar al desgaire de la posibilidad que ha habido de tener todos los elementos ofensivos que no se han tenido, mientras en Madrid, en el Banco de España, hay millones, millones y millones de oro estacionados; si hubiéramos de decir cuál ha sido nuestra rabia, cuál ha sido nuestra impotencia [...] diría demasiadas cosas y prefiero no decir ninguna. »¹⁷ El 25 de octubre de 1936, aquel oro fue trasladado a la URSS a cambio de una ayuda militar mínima (armas de 1905, armas modernas con cuentagotas para unidades comunistas)¹⁸.

El Partido Comunista se mostraba agresivo en los años anteriores: « Los trabajadores no tienen nada de común con una República como ésta. La única salida a esta situación es la que preconiza el Partido Comunista: **gobierno obrero y campesino**. Conquista del poder por los trabajadores de la ciudad y del campo. » (Mundo Obrero, editorial del 2 de octubre de 1934.)

No obstante —de manera dialéctica, sin duda—, Ibárruri declaraba en 1936, en nombre del Comité central: « Es la revolución democrática burguesa, que en otros países como Francia se desarrolló hace más de un siglo, lo que se está realizando en nuestro país, y nosotros, comunistas, somos los luchadores de vanguardia [...] » (Mundo Obrero, 30 de julio de 1936.) Julio Mateu, más sencillamente, explicaba: « En los primeros momentos de confusión, al producirse el levantamiento faccioso, ninguna organización, excepto el Partido Comunista, se atrevió a gritar el respeto a la pequeña propiedad. » (Por qué se constituye la Federación Provincial Campesina, 1937.)

Ante estos estrangulamientos, ¿qué hizo, para que sirvió la autogestión? Durante toda la guerra (dos años y medio) toda la industria de guerra se basaba en las fábricas colectivizadas por la CNT y la UGT. En numerosos casos, fueron ideadas soluciones originales para fabricar armas y explosivos.

Las únicas divisas que obtuvo la República en cantidad importante, desde julio de 1936 a julio de 1937, lo fueron gracias a la campaña de exportación de agrios colectivizada por la CNT y la UGT. Por primera y últimas vez en la historia, los agrios españoles se vendieron en el mercado mundial en bloque y al curso más favorable, mientras antes y después los exportadores se han hecho competencia entre sí. Este organismo (CLUA*) fue saboteado por el ministro de Agricultura, Uribe. En 1937-1938, un organismo del Partido Comunista saboteó la campaña porque Rusia preparaba un acercamiento político con Alemania.

¿Cuántos colectivistas hubo? Nuestras cifras son reducidas (Gastón Leval las da mayores). Hubo unos 1 865 colectivos industriales, agrícolas y de servicios, que agruparon entre 1 220 000 y 1 600 000 trabajadores con sus familias, para una población activa total de cinco millones aproximadamente en la España republicana (la división de España, la evolución de los frentes, las quintas y el paro en algunas industrias hacen muy difícil cualquier cálculo).

¿Quiénes eran los colectivistas? Observemos que hubo colectividades de todas las organizaciones, hasta del Partido Comunista, en Cataluña y Aragón (Aristoteles y Cofites), y del POUM (Raimat, Lérida)¹⁹. En numerosos casos, en Extremadura, en Tarragona, la colectivización era apolítica, lo que muestra que esta voluntad de llevar de consuno la guerra y la revolución la sentían los trabajadores españoles.

La autogestión abarcaba zonas tan dispares como Aragón con una agricultura atrasada, como Cataluña con industria de guerra, como Levante con una agricultura exportadora, como los peluqueros y los espectáculos públicos en Barcelona.

17. Discurso de Federica Montseny, 20 de septiembre de 1936, en *Fragua Social*, 22 de septiembre de 1936.

18. Para la ayuda rusa, véase *Volonterí svobodí* de A. Vetrov, Moscú, 1972 (220 rusos muertos, 800 aviones, 362 tanques, más de 1 500 cañones). Aviones alemanes: 279; Italianos: 362. Tanques alemanes: 180; Italianos: 900. Cañones alemanes: 180; Italianos: 1 930. (Cifras de Thomas: *Op. cit.*; Schwartz: *La internacionalización de la guerra civil en España*; García: *Ispania XXveka*.)

19. El POUM, fundado a fines de 1935 con varios grupos marxistas, no era trotskista. Los rusos con Vetrov: *Op. cit.*, por ejemplo, prosiguen sus tradicionales calumnias calificando a los poumistas de agentes franquistas. Aunque así fuese, no sería sino un simple anticipo del tratado de Hitler con Stalin.

* [NDE. Consejo Levantino Unificado de Exportación Agrícola.]

¿Cómo se organizaban los colectivos? Dentro de ellos, hubo medidas para aumentar la producción, ya sea con el empleo de máquinas y de abonos en agricultura, ya sea por la racionalización de la producción. Sin embargo, hay que notar que la ausencia de algunas materias primas, como el algodón, hizo bajar mucho el ritmo de la industria textil. A partir de 1938, los bombardeos acarrearón una rarefacción del fluido eléctrico para las fábricas. Al mismo tiempo, las medidas de organización del trabajo fueron mejoradas: grupos en la agricultura, cadencia adaptada en la industria. Se adoptaron medidas culturales: creación de escuelas, de bibliotecas, porque el analfabetismo seguía prevaleciendo. En el plano sanitario, hubo ensayos importantes, tales como la socialización de la medicina (véase Gastón Leval) y la medicina gratuita en las colectividades agrícolas de Aragón. Los trabajadores ancianos cobraban una jubilación (problema que dista todavía de haber sido resuelto en Francia y en España).

Un hecho importante fue la ausencia de odio: lo mismo Kropotkin que los escritos de Isaac Puente sobre el comunismo libertario destacaban que la autogestión era para todos, incluso para los enemigos de la vispera. Se respetó en los pueblos a las viudas, a las familias de los facciosos muertos durante la sublevación. Podían comprar normalmente en la tienda de la colectividad y participar en ella, si lo deseaban, como en Esplús (Teruel). En contraste, se puede ver como todavía hoy los familiares de los presos y fichados políticos en los países del este son ciudadanos inferiores. Existía la libertad de entrar y de salir de la colectividad con los bienes que se habían aportado.

Desde el punto de vista exterior, las colectividades se relacionaban entre sí, con una federación que organizaba el intercambio y el comercio con el sector no colectivizado. También había una caja de compensación para los colectivos pobres, entre las colectividades agrícolas e industriales y de servicios. Así, la colectividad de peluqueros de Barcelona financió la compra de máquinas para la colectividad de Ascó (Tarragona), en particular un motor para subir el agua al pueblo, motor que sirvió después de 1939.

¿Qué problemas, qué defectos presentaban los colectivos? El primero fue cierto grado de inhibición, de repliegue de algunos colectivos tanto agrícolas como industriales, que tendían a compartir las ganancias olvidando la situación de guerra y de oposición a la autogestión. El neocapitalismo de estos colectivos se definió como el paso de un patrono a una multitud de patronos en una misma empresa. Esta desviación fue combatida con la relación de los colectivos en los sindicatos de industria, a veces con amenazas de supresión de materias primas o de piezas de recambio. Fue una realidad que se corrigió en gran medida.

Otro aspecto negativo fue la falta de calificación de los colectivistas para dirigir la contabilidad y para remediarla fueron organizados cursillos. Los datos, las estadísticas indispensables para las relaciones horizontales y verticales (de arriba a abajo, también) fueron deficientes, por el mismo motivo, e igualmente a causa del ambiente de antiolektivización que fomentaba el Partido Comunista.

¿Qué orientación tomaban los colectivos? ¿Se conservaron realmente los principios anarquistas de federalismo, de relaciones de abajo arriba en una economía global, en plena guerra? Es difícil determinar la orientación que tomaban los colectivos a causa del clima de malestar y de peligro que mantenían los comunistas. Existía una diferencia tan grande de ingresos entre colectivos industriales, en particular en la industria de guerra, en la que los salarios eran muy elevados (120 pesetas de salario semanal, 200 pesetas en la industria de guerra) y las colectividades agrarias (con 70 pesetas de promedio). «No sería nada extraño, por consiguiente, que las colectividades pierdan fuerza de atracción entre los trabajadores.» (A. Souchy en *Solidaridad Obrera*, 2 de febrero de 1938, p. 3.) En lo que respecta a la industria, la CNT decidió en el Pleno económico ampliado de Valencia (enero de 1937) una diferenciación de salarios según normas nacionales: «Categoría base: peón. Primera categoría superior: oficial, 20 % de aumento. Segunda categoría superior: oficial especializado, 40 % de aumento. Tercera categoría superior: técnico auxiliar, 70 % de aumento. Cuarta categoría superior, técnico director, 100 % de aumento.» Sería necesario estudiar en qué grado se aplicaron estas medidas y si las colectividades que no eran de la CNT las siguieron y de qué manera. Sea lo que fuere, queda patente la gran diferencia con la escala de salarios tradicional en los países capitalistas occidentales y los que tienen la etiqueta de «socialista» (sin tomar en cuenta otras ventajas materiales).

Fueron elaborados los principios de una planificación que conservara las estructuras anar-

quistas: «Que no se proceda a la suspensión o cierre de ninguna fábrica, taller, granja, mina, etc., sin que previamente se haya encontrado un acoplamiento del trabajo para los productores.»

¿Cuál fue el papel exacto de la coerción, de la violencia para imponer la colectivización? Los falangistas y los comunistas, que fueron y son los primeros en liquidar físicamente sus enemigos, coinciden curiosamente en esta crítica. En nuestro estudio (*L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Belibaste, 1970) hemos expuesto que en Aragón los anarquistas forasteros presionaron para la formación de colectivos. En cambio, «los anarquistas aragoneses, conocedores de la situación, aprovecharon el momento sin abusar y consiguieron poner en práctica sus ideas con la aprobación de la mayoría de los campesinos». Las colectividades formadas al margen de las columnas de milicianos eran mayoría. De todos modos, no hay que olvidar que hubo colectividades sin organizaciones revolucionarias, y muchas en que la CNT no participaba. Como hemos señalado, hubo colectividades hasta de los comunistas. Hay que subrayar el clima de guerra civil en el campo republicano que crearon los comunistas.

A partir de noviembre de 1936, empezó el sabotaje cotidiano de los colectivos: campañas de prensa, negativa de material, de créditos, etc. En Cataluña, se impuso una ley de colectivización industrial en octubre de 1936 que instauraba un organismo de arriba abajo dirigido en gran parte por catalanistas. En mayo de 1937, los comunistas aconsejados por chequistas rusos, lanzaron un movimiento contra los anarquistas. Aunque aquéllos pretendan lo contrario, es fácil descubrir donde se halla la verdad al comprobar que sólo hubo incidentes en las ciudades en que los comunistas tenían cierta fuerza, y no en Lérida, por ejemplo, donde eran muy minoritarios²⁰.

Para colmo, la división del comunista Lister atacó, en agosto de 1937, en el curso de una ofensiva republicana, las colectividades de Aragón, en el momento de la cosecha del trigo: «Como consecuencia, se paralizaron casi completamente todas las labores del campo, y a la hora de llevar a cabo la sementera, una cuarta parte de la tierra de siembra no estaba preparada para recibirla.» (José Silva, comunista en aquella época²¹.) La justificación de este ataque era que la colectivización había sido impuesta por la fuerza y los soldados comunistas se presentaban como libertadores. De hecho, las colectividades se formaron de nuevo, después de la marcha de Lister, como en Alcolea, Alcorisa, Calanda, Peñalba, etc., pero el entusiasmo había desaparecido.

Observamos otra vez que el Partido Comunista apoyaba a la pequeña burguesía y a los pequeños propietarios en el mismo momento en que en la URSS se estaba terminando la liquidación de la pequeña burguesía formada por la NEP de Lenin y los kulaks (pequeños propietarios).

Formularemos unas breves conclusiones. La primera es que la experiencia histórica más rica, más densa de autogestión es la española, que fue la única anarquista, porque el anarquismo estimula a los trabajadores para que actúen de abajo arriba, haciendo la revolución sin transición lo más profundamente posible.

Aparece también, como lo habían demostrado las experiencias espartaquista y rusa —control obrero, oposición—, que la coexistencia del doble poder, el autogestionario y el «legal», es imposible y que la autogestión queda destruida.

La autogestión española no tiene nada que ver con la palabra en el sentido en que es empleada en Argelia y Yugoslavia, y tal como es presentada por algunas organizaciones (CFDT en Francia).

Este esquema nos ha servido varias veces, en diferentes charlas con franceses y españoles, y las preguntas formuladas más frecuentemente fueron si se podía hacer realmente al mismo tiempo la guerra y la revolución, y si actualmente la autogestión es posible.

Contestamos que si los trabajadores no perciben un cambio no pueden sentirse preocupados por una revolución, y en España era imposible no hacer ambas cosas a la vez, puesto que las armas y el material militar estaban en manos de las derechas y la economía no respondía ni siquiera (a decir verdad, no respondió nunca globalmente) a necesidades elementales, tales como la unificación de los transportes, el cierre de talleres improductivos, etc.).

20. Cruells: *Els fets de maig* o Mayo sangriento.

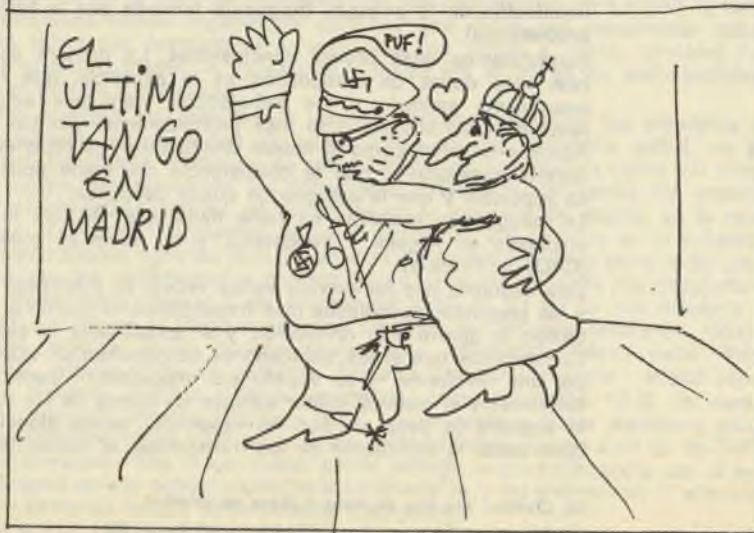
21. Citado en Bolloten: *La revolución española*, p. 203.

En la situación actual, con el complejo desarrollo científico y las relaciones industriales internacionales (computadoras norteamericanas en los países del este, comercio China-Estados Unidos, etc.) y la ausencia de un movimiento de trabajadores, o mejor dicho de explotados, sean éstos manuales o intelectuales, habituado a los conceptos de antijerarquía, de federalismo y de acción directa, no se ve como pudiera manifestarse la autogestión. Empero, los choques, las resquebrajaduras serán totales y súbitas, como en Francia en mayo-junio de 1968 y en Polonia en diciembre de 1970: un desahogo, una liberación por hastío del consumo, trabajo y sueño, por una parte, del partido-consumo, trabajo y sueño, por otra.

Autogestión...



Autogobierno...



La CNT y Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas

Si hubiera de elegir la mejor época de la CNT, e igualmente de Alianza, en cuanto a sus posibilidades de éxito en la resistencia al franquismo, yo diría que, sin duda, ha sido la que va de 1945 a 1947; es decir, el periodo en que la CNT publicaba cinco o seis periódicos y Alianza era el organismo aglutinante y director. Y no precisamente porque la CNT y Alianza crearan las condiciones propicias, que tanta esperanza dieron, sino que las condiciones y la apertura de posibilidades dieron fuerza a la CNT y crearon Alianza. De la misma forma que, en el exilio, esa misma apertura llevó a la creación del gobierno Giral.

Ese periodo, ya muy lejano, no ha sido estudiado, ni historiado. En este trabajo, cuyo espacio me limita ambas cosas, intentaré dar un resumen de la época en que, por haber participado, conozco mejor.

En marzo de 1944¹, siendo secretario del Comité regional galaico, asistí a un Pleno nacional de regionales de la CNT, celebrado en Madrid. Por entonces era secretario del Comité nacional Manuel Amil. En esta reunión se discutió la formación de un organismo aglutinante de la resistencia y Amil dio cuenta de las primeras gestiones exploratorias iniciadas con socialistas y republicanos. Meses más tarde, en noviembre, Luque, de la CNT, redactaba la carta constitucional y Alianza quedaba constituida, recayendo la secretaría en la CNT y la presidencia en los republicanos.

Después de un periodo de organización, sobre todo en las provincias, se presentó el problema de los comunistas y de « Unión Nacional », organismo formado por el Partido Comunista y algunos líderes de otros partidos. Como los supuestos partidos allí representados formaban parte de Alianza, con la sola excepción del Partido Comunista, se acordó que éste pidiera el ingreso, mediante la disolución de « Unión Nacional ». Lo que hicieron en diciembre de 1945.

Los partidos catalanes, vascos y gallegos, de carácter regional, fueron invitados pero nunca

participaron ni tampoco rehusaron la invitación.

En octubre de 1945 se formó el gobierno Giral y Alianza le ofreció su apoyo y mandó un programa de acción por medio de Leiva, designado en Madrid por la CNT, para una cartera en aquel gobierno.

En noviembre de 1945 los monárquicos (Herrera [hermano del cardenal], Oriol y los generales Kindelán y de Borbón) pidieron una entrevista con la CNT, a través de la embajada inglesa, para iniciar conversaciones tendentes a conseguir un acuerdo de acción contra el régimen.

La primera impresión que esto causó fue de repulsión, ya que todos habían luchado al lado de Franco; sin embargo no se rechazó tal ofrecimiento sino que, fieles a nuestros acuerdos con Alianza, contestamos que se dirigieran a este organismo, al cual nos debíamos.

Como ninguno de nosotros estaba autorizado a sostener conversaciones con tales personajes, y, mucho menos, a suscribir ningún pacto, fuimos, cada miembro del Comité nacional, a nuestras respectivas regiones a consultarles sobre tal eventualidad.

De vuelta los delegados, y cotejados los resultados de la consulta, constatamos que, casi unánimemente, la decisión era favorable a una *entente*; pero de bloque a bloque (monárquicos-Alianza) y, una vez derribado el régimen, un gobierno de concentración nacional consultaría al país sobre el régimen que habría de darse.

Si, entretanto, se producía un golpe monárquico, negar toda colaboración y aprestarse a organizar una resistencia constructiva.

En unas semanas, los acontecimientos se precipitaron: El Partido Comunista, que había disuelto « Unión Nacional », pidió ingreso en Alianza, en diciembre, y se le concedió.

Orche, delegado socialista en Alianza, fue llamado a la embajada inglesa, donde le mani-

1. Las fechas que doy son aproximadas, por falta de una cronología adecuada.

festaron cierto desagrado por haber admitido al Partido Comunista en este organismo y, sin embargo, ir relegando el tratar con los monárquicos.

Dos semanas más tarde vuelven a llamar a Orche a la misma embajada, y le plantean las siguientes preguntas: ¿Estaría Alianza dispuesta a aceptar la monarquía o un golpe militar? Como contestara que, aun no estando autorizado para ello, le parecía que no, le preguntaron si lo que quería Alianza era un gobierno de concentración nacional con el mandato de consultar al país sobre el régimen a darse. A esto respondió que sólo Alianza podría contestar y que, si esas posibilidades existían, podría estudiarse el caso. Finalmente le dijeron: «Si Alianza no pacta con los monárquicos, tendrán ustedes Franco para rato.»

Al mismo tiempo o, para ser más exacto, dos meses antes, Grau San Martín, presidente de Cuba, y con la aquiescencia de Washington, iniciaba gestiones con el gobierno Giral, que acababa de constituirse, para hallar la fórmula bajo la cual se fuera a un plebiscito para decidir el régimen. Este gobierno rechazó tal intento (con la excepción de Fernando de los Ríos) al mismo tiempo que, en Washington, el embajador de Franco, Cárdenas, pedía al embajador cubano que desistiera de tal propósito.

Los monárquicos, por diferentes conductos, presionaban para conseguir un acuerdo con Alianza y, donde estas presiones encontraron más eco fue en el delegado republicano, Teófilo Sevilla, y en el de la CNT, Luque.

Para juzgar de la seriedad y potencial de aquella coyuntura tenemos que ajustar nuestro análisis mental al cuadro que presentaba diciembre de 1945, con un reciente triunfo de las democracias y la eliminación del fascismo en Europa. Con Attlee, gran amigo de la República, como premier inglés. Con una Francia liberada y con una opinión internacional que sufrió la dominación fascista, contra la cual iniciamos nosotros la lucha.

Naturalmente, había que pensar en la posibilidad de una estratagema monárquico-franquista para restar el apoyo que Alianza pudiera prestar al gobierno Giral, constituido en octubre. Sin embargo, el hecho de que los

ingleses (con un gobierno socialista) fueran mediadores, hacía pensar que no se trataba de una maniobra tendente a preservar el franquismo, sino la eliminación de éste, aunque con miras, quizá, a una restauración monárquica.

La verdad histórica del momento era que ni Franco, ni los monárquicos, ni tampoco nosotros, sabíamos hasta donde los aliados —incluyendo Rusia— estarían dispuestos a ir para incluir a España en la reinstauración de la democracia en toda Europa. De donde puede deducirse que los monárquicos se preparaban a adelantarse a los hechos, para mejor dominarlos; de ahí su interés en pactar con Alianza, que quizá estimaban (y yo creo que con razón) más dispuesta a la reconciliación nacional que los exilados y el gobierno Giral. Y, por esta mismísima razón, los aliados también se hubieran inclinado en esta dirección. La participación inglesa abona esta hipótesis.

Bajo esta perspectiva, y a 27 años vista, creo que si alguna posibilidad hubo de forzar la caída del franquismo, ésta fue la mayor.

Es evidente que la muy acertada actitud de Franco lo impidió, con la ayuda de nuestros desaciertos basados, principalmente, en la legitimidad republicana (justificada, pero inoperativa) y un desorbitado optimismo posibilista, producto casi exclusivo del exilio.

Veamos como la CNT veía la coyuntura: Siguiendo esta presión monárquica y diplomática, Luque, sin consultar con el Comité nacional, ni siquiera con el secretario político, que era yo, propuso el rompimiento, en Alianza, con el gobierno Giral. Y, aquella misma noche, la BBC de Londres dio cuenta de un acuerdo con los monárquicos, que nunca existió.

En la reunión del Comité nacional de la CNT, a los dos días, ya calificué el hecho de irresponsable, no sólo por no habérsenos consultado antes de tomar tal decisión, sino por el alcance y repercusiones que tendría, por no consultar antes al gobierno Giral. Mis razones eran las siguientes: Si, como todo parecía indicar, se iba a la eliminación del régimen, en este proceso tendrían que entrar todas las fuerzas conjugadas, dentro de un contexto de cooperación y presión nacional-internacional, ya que otra guerra civil, como

alternativa, parecía imposible. Luego, y esto fue lo que propuse y se aceptó, deberíamos cubrir ciertas etapas antes de romper con Giral y firmar un pacto con los monárquicos: 1.º Desechar la propuesta de rompimiento con Giral. 2.º Posponer la firma del pacto, hasta tanto no conociéramos las posibilidades con que pudiera contar Giral, así como la política a seguir, de cara a la solución española, por las democracias, quienes evidentemente tenían que definirse. 3.º Una delegación debería ir a París, para entrevistarse con Giral, conocer sus posibilidades a la vez que presentar las muestras de pacto con los monárquicos, y, a la vista de los resultados, darle, si preciso fuera, un plazo que nosotros aprovecharíamos, para pulsar la fuerza con que los generales conspiradores pudieran contar en el ejército. Porque si no tenían tal fuerza, el pacto desembarcaría en el fracaso, a menos que la presión extranjera fuera muy fuerte.

Lorenzo Iñigo, representante especial de la regional Centro y unos días más tarde secretario del Comité nacional, abundó en similares consideraciones y dijo que Luque no podía seguir representándonos en Alianza. Por unanimidad se rechazó su gestión y se le relevó de su representación en Alianza. El secretario general presentó la dimisión, porque dijo que Luque le consultó antes de presentar la propuesta. Se aceptó.

Yo soy nombrado para reemplazar a Luque y para ir a entrevistarme con Giral. Se me pide que proponga nuestro plan en Alianza y que, si es aceptado, que cada partido mande un delegado conmigo. Expuesto esto, socialistas y republicanos me ruegan los represente. La delegación comunista dice que si voy a romper con el gobierno Giral, que me dan su representación, pero no en caso contrario. Ante esta actitud, el Comité nacional me autoriza a tener una entrevista con la Pasionaria, para conocer con exactitud la postura de su partido.

Llegado a París, Giral, en vez de recibirme solo, me dijo que convocaría un consejo de ministros, ante el cual hablaría y se discutiría la situación.

El gobierno estaba instalado en la Ciudad Universitaria (concesión hecha por el gobierno francés) y los ministros asistentes fueron:

Giral, Fernando de los Ríos, general Sarabia, Manuel Irujo, Torres Campaña, Trifón Gómez, Nicoláu d'Olwer, Horacio Prieto y José Leiva. Los dos últimos de la CNT.

Giral: «—Las últimas noticias llegadas de España, y sobre todo las que la BBC ha dado sobre las conversaciones con los monárquicos, han venido, sin duda, a debilitar la posición del gobierno. Afortunadamente la llegada de una delegación directa nos aclarara cuanto haya de verdad. Sobre todo, si Luque propuso la ruptura con nuestro gobierno.»

«—Sí, esto es verdad; pero también es cierto que la CNT lo desautorizó. Alianza, aunque con el voto en contra del Partido Comunista, sigue apoyando al gobierno. Pero éste, alarmado por esas conversaciones, no pensó en enviar una delegación a España; fue allí donde se tomó la iniciativa, a pesar de poseer muchísimos menos recursos. Es más, en octubre se formó el gobierno, al que Alianza dio su adhesión y envió un proyecto de actuación. Desde entonces, ni Alianza, ni nadie recibió un comunicado, una carta a algo que mostrara que tienen en cuenta a España. Sin embargo, los acontecimientos de las últimas semanas muestran que allí es donde ha de jugarse la última carta. Lo menos que puede decirse es que ustedes han subestimado esto. Si se quiere hacer algo eficaz, hay que plantear la lucha dentro y fuera de España, no solamente en las cancillerías. Como ésta es la postura de Alianza, queremos saber cuáles son sus posibilidades para decidir nuestra política futura. Asimismo, cuál es su posición con respecto al plebiscito propuesto por los monárquicos.»

«A propuesta de la CNT, Alianza quiere organizar una huelga general el Primero de Mayo, que nos sirva como operación de tanteo. Para esto necesitamos un millón de pesetas. Nuestra situación es tan precaria que, para venir aquí, el hermano del señor Irujo tuvo que prestarme el dinero y facilitarme sus medios para pasar la frontera.»

Giral: «—Aunque no lo parezca, una de nuestras preocupaciones ha sido el interior. Si no hemos podido entrar en contacto, fue por la distancia que, desde México, nos separaba de España. [Todos los partidos recibían dinero y documentación de México.] Al llegar

a Francia tuvimos que organizarlo todo, y algunos ministros aun no están aquí.» «En cuanto a la ayuda económica, acabamos de enviarles 75 000 pesetas. (Un ministro ganaba, por mes, 60 000 francos.) Nuestra situación no nos permite más. Algunas cosas se van vendiendo y, con otras ayudas, mantenemos un rango indispensable. Si Prieto hubiera hecho entrega de lo que pertenece a la República, entonces podríamos desenvolvernos más holgadamente.»

(Me parece pertinente añadir que tomo esto de mi libro *Por la Libertad*, publicado en 1956. A principios de 1959 tuve una pequeña controversia con Prieto (yo desde CNT y él desde la revista *Siempre*, ambos de México). En julio del mismo año, me entrevisté con él, en su casa; pero ni en público, ni en privado desmintió tal aserto. Ni tampoco lo hicieron Trifón Gómez, ni Fernando de los Ríos, presentes en aquella oportunidad.)

«En lo que respecta a las posibilidades de restauración de la República —continuó— hemos hecho unas gestiones cerca de todas las cancillerías, de cuyo resultado nos informará don Fernando ya que aún no lo hizo, y éste es el momento más oportuno.»

Don Fernando: «—Cuando se constituyó el gobierno, dirigimos un memorándum a todas las cancillerías, en que se hacía historia de la guerra civil; de la participación de Italia y Alemania dando el triunfo a Franco; de las características del régimen, netamente fascista; de nuestra legalidad constitucional y, por todo ello, de la necesidad de que nuestro gobierno fuera reconocido por ser el único democrático y jurídicamente legal.»

«Nos han reconocido catorce países, como ustedes saben; pero Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, ni siquiera han acusado recibo. Francia ha contestado haciendo resaltar que, por haber salido muy debilitada de la guerra, se debía a la política angloamericana y seguirá, en nuestro caso, las mismas directivas. Sin embargo podíamos contar con todo el apoyo posible que, de manera unilateral, no rozara la complejidad internacional. Prueba de esto es que estamos instalados en la Ciudad Universitaria.»

«Para romper el silencio que las tres grandes potencias observaban, acordamos que yo me

desplazara a Estados Unidos e Inglaterra. En Washington me recibió el subsecretario de Estado, Acheson. Me dijo que no podían reconocernos porque esto significaría reconocer a una de las partes que hicieran la guerra civil y ello implicaba fomentarla de nuevo. El problema de España había que solucionarlo buscando el armonía del país y no condenando a unos y dando la razón y el apoyo a otros. Los intereses de los Estados Unidos, tanto políticos como económicos, exigían una situación estable, que sólo podría obtenerse sobre la base de la unidad nacional. En este sentido, apoyarían cualquier iniciativa, pero nunca lo que tuviera carácter de parcialidad.»

«Llegado que hube a Londres, solicité, e hice todo lo posible por conseguirlo, tener una entrevista con Bevin; pero a pesar de que nos conocíamos personalmente por haber coincidido en varios congresos socialistas, se negó a recibirme. (En este momento sus ojos parecían empañados por lágrimas contenidas.) Luego, mediante la preciosa ayuda del señor Irujo, pude entrevistarme con dos altos funcionarios del Foreign Office. El argumento que emplearon para no reconocernos fue el mismo de Acheson y casi con las mismas palabras, lo que me hizo suponer que de antemano se habían trazado una política común al respecto.»

«De vuelta a Nueva York y en un mitin pro España republicana, el primer secretario de la embajada rusa, hablando en nombre del embajador dijo, entre otras cosas, que España tenía ya un gobierno legal y que había llegado el momento de que se le reconociera. Añadiendo que no sólo era un deber, sino la reparación de una injusticia.»

«A mi llegada a México —añadió— y con la reseña que la prensa publicaba, fui a ver al embajador ruso y le pregunté si tenía instrucciones para reconocernos. Cual no sería mi sorpresa —dijo— cuando me contestó que ni tenía instrucciones, ni sabía una palabra de tal mitin.»

Don Fernando insistió: «—Pero usted sabe que ningún embajador puede decir una cosa de esta trascendencia si no está autorizado para ello. Y si estaba, usted debiera saberlo por ser una posición a seguir con respecto a un gobierno que reside en México.» «—Sí,

todo lo que usted quiera —contestó— pero debo repetirle que no sé ni una palabra.» Y así terminó la entrevista.

Don Fernando siguió informando sobre otros países, para terminar diciendo: «Si ninguna de las grandes potencias nos ha reconocido, esto no quiere decir que nuestras posibilidades hayan desaparecido. La situación de Franco es cada día peor..., etc.»

Siguió el señor Irujo: «—Se habla de posibilidades. De un lado están todas las fuerzas republicanas, socialistas, obreristas, intelectuales, estudiantiles y muchos, pero muchos, que amigos de Franco ayer, son enemigos de él hoy. Del otro lado, los militares que, unidos por el miedo y el estraperlo, siguen en torno a Franco; la policía y los camisas nuevas. Su perspectiva es cada día más negra y el caos económico los enterrará pronto a todos. Son ellos los que tienen que calcular sus posibilidades de subsistir. Las nuestras son cada día mayores, aunque el avance sea lento. Pero, aunque Franco fuera fuerte, terminará por ahogarse en un mundo democrático [...] Por eso digo que la solución está en resistir con un solo fin: República, República y República.»

En general ésta fue la posición de cuantos se manifestaron, aunque Trifón Gómez fue más pesimista y reservado.

Aquellos discursos de fe republicana no acababan de convencerme, porque en mi ánimo pesaba la realidad del interior que, como bien han demostrado los regímenes fascistas, carecía de lógica política. Al juzgar, cometían la equivocación, y así lo dije (véase mi libro, antes mencionado, p. 123-140), de emplear su lógica democrática. Olvidaban, o querían olvidar, que Franco no había reparado, ni repararía jamás, en cometer cuantos crímenes fueran precisos para sostenerse en el poder, como Hitler y Mussolini hicieron. Por tanto, antes de pensar en la infalibilidad de los síntomas, había que pensar en los límites a emplear por Franco. Al revés de lo que se creía, Franco no caería, sino que había que echarlo. Y aun en el supuesto de que la táctica de resistir llevara a la caída del régimen, en ese momento no daría paso a un gobierno republicano, sino a uno más afín; es decir, a los monárquicos. De igual forma que, en simi-

lares circunstancias, los republicanos darían paso a los socialistas, antes que a los fascistas. Si esto ha de producirse, ¿no sería indicado pactar con los monárquicos con el compromiso del plebiscito? Porque si tomaran el poder solos, sería muy difícil que lo compartieran con nosotros.

Al día siguiente siguió discutiéndose el problema y, como si hubieran esperado el momento, a las diez de la mañana entra Antonio, el hijo de Giral, con la nota tripartita firmada por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Leída la nota, se entabló una discusión sobre su alcance, ya que decía que: «Estarían dispuestos a apoyar toda solución del «problema español» en la cual estuvieran representadas todas las fuerzas, incluso los ministros en ejercicio.» La mayoría se inclinaba a creer que se referían a ellos; pero don Fernando lo puso en duda y Trifón Gómez dijo que posiblemente se trataba de los ministros franquistas. Ante la duda, se designó a don Fernando para que fuera a pedirle una aclaración a Bidault, que era uno de los firmantes. Cuando volvió dijo que se referían a los franquistas. Aunque la nota en sí ya había causado bastante desilusión, esto vino a acrecentarla.

El primero en reaccionar fue Giral: «—Si bien es verdad que esta nota nos desconoce, viene sin embargo a desautorizar de manera categórica al régimen. Por tanto su situación es grave y puede tener inmediatas repercusiones. Así pues, ahora tenemos mucha más razón para esperar, ya que los hechos van a precipitarse. A pesar de la solución que apuntan, creo que nuestra posición sigue siendo República y República.»

«El 25 de mayo se reunirá la ONU y tratará nuestro problema. Hasta entonces, por lo menos, es preciso que sigan apoyándonos las fuerzas que siempre lo han hecho. Para ello estimo que debemos dirigirnos a Alianza pidiendo que nos concedan su apoyo hasta esta fecha; a partir de la cual, ellos, nosotros y todos, sabremos a qué atenernos.»

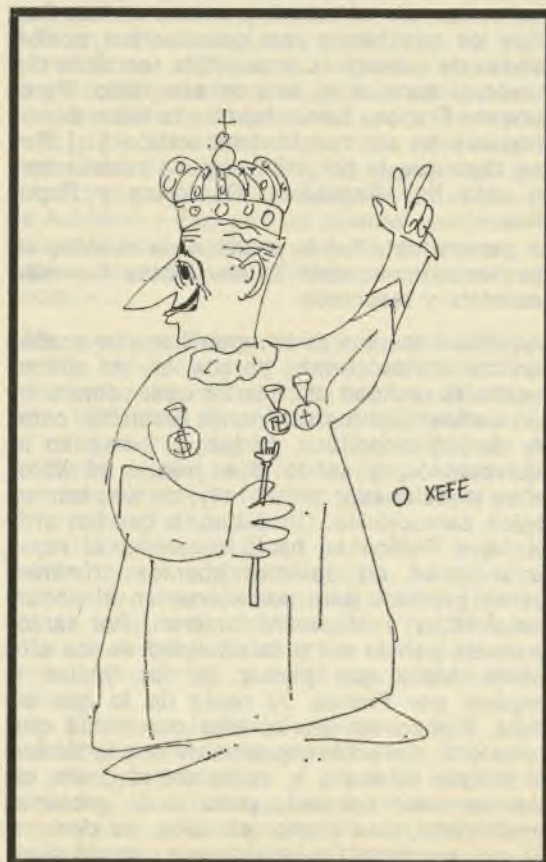
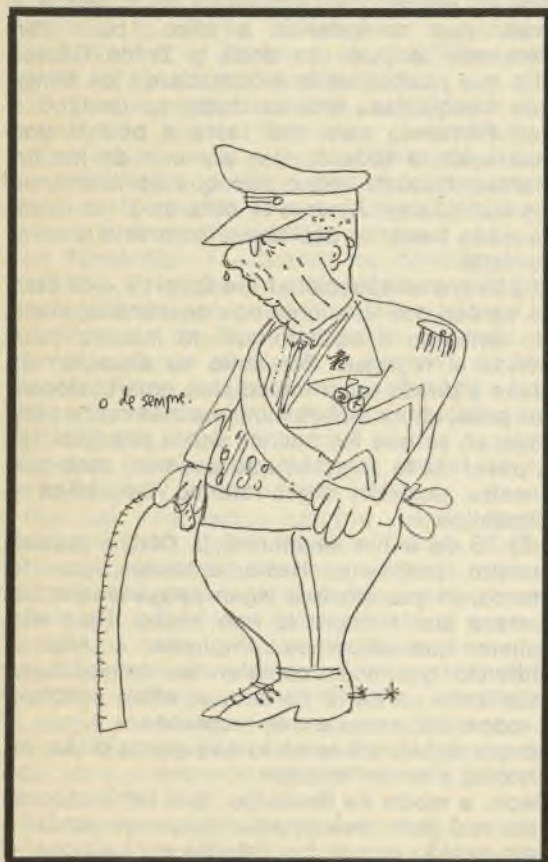
Lo que siguió, así como lo que queda dicho, es historia, y no de la mejor.

Decir, a modo de descargo, que las democracias nos han traicionado, quizá es verdad; pero sabido es que los Estados no traicionan;

simplemente sirven su interés nacional, y, en este aspecto, no se equivocaron. Franco los ha servido y les sirve mejor que un gobierno democrático hubiera hecho. Esta simple razón demuestra cuán ingenuos han sido nuestros líderes del exilio al haberse limitado a dejar en manos de las democracias la eliminación del franquismo. Parece increíble que, en una Europa en guerra, 400 000 hombres con entre-

namiento militar y sólidas convicciones ideológicas no hayan sido mejor aprovechados. Concluir, sin embargo, que la CNT y Alianza tuvieron más visión, y que el fracaso no les alcanza, me parece fuera de lugar. Esperemos que las generaciones venideras tengan mayor penetración histórica y saber político.

10-9-1973



Publicaciones libertarias en el exilio

En los años de destierro, los libertarios españoles han lanzado una cantidad considerable de publicaciones, la mayor parte de las cuales, aparecidas en calidad de portavoces de núcleos organizados en países distintos y sobre todo de federaciones o grupos constituidos en Francia, conocieron una vida efímera. Algunas, sin embargo, perduraron largos años y dos de ellas, **Tierra y Libertad**, de México¹, y la revista **Cenit**, de Toulouse, creada en 1951 por la nacida en 1944 secretaria de Cultura y Propaganda de la CNT, aún permanecen en la palestra. Las publicaciones (semanales) de mayor difusión, editadas en Francia y que fueron **Solidaridad Obrera**, **CNT** y **España Libre**, dejaron de aparecer a finales de 1961 a consecuencia de una medida gubernativa dictada bajo la presión insistente del gobierno franquista, y desde esa fecha la voz oficial del exilio confederal en este país se ha venido expresando a través de las páginas españolas de **Le Combat Syndicaliste** y **Espoir**, títulos ambos pertenecientes a la CNT francesa.

De los semanarios antes mencionados, **Solidaridad Obrera** y **CNT** aparecieron en 1944 —el primero en París como órgano confederal de la XI Región (París-Normandía-Norte de Francia y Bélgica), y el segundo bajo los auspicios del Comité Nacional del Movimiento Libertario-CNT en Francia, residente en Toulouse— aún sin haber sido completamente expulsados de Francia los ocupantes nazis²; **España Libre** salió poco después, en 1945, como portavoz cenetista de la Regional del Centro en el exilio, y a comienzos de 1946, consumada la escisión confederal, se convirtió en órgano de la tendencia que respaldaba a la CNT del Interior y sostenía la colaboración libertaria en el gobierno republicano del destierro³. Los dos primeros periódicos, representativos de la corriente anticolaboracionista, tuvieron siempre tiradas mucho más elevadas, lo cual correspondía a la proporción de sus fuerzas en el exilio⁴, mientras que en España, al menos en los primeros tiempos, la importancia del sector colaboracionista era mayor. Cuando, tras muchos esfuerzos, se efectuó la reconciliación, en 1960, el entusiasmo suscitado en los medios libertarios no conllevó un crecimiento significativo de la difusión de la prensa, y además, el hecho de que poco después se produjera la referida suspensión ministerial de esos títulos malogró toda posibilidad de extensión. El ensayo posterior de las publicaciones bilingües, por interesante que pudiera parecer para la información de los adherentes, no había de permitir en medios ajenos, concretamente en la nueva emigración, la obtención del eco esperado.

1. **Tierra y Libertad**, periódico específico, mensual, en principio, pues en ciertos periodos su publicación fue más espaciada, publicó en 1944 un suplemento titulado **Inquietudes**, y más tarde, bajo el mismo título que el periódico, otros suplementos ilustrados, a modo de revista, con colaboraciones internacionales.

2. **Solidaridad Obrera** empezó su vida legal como publicación extranjera con el número 19, pues sus anteriores tiradas habían sido clandestinas; **CNT**, aunque impreso en gran formato, fue simplemente autorizado al principio como «Boletín Interior» del MLE y en 1947 adoptó el subtítulo de «Portavoz de la CNT de España en el exilio».

3. Desde la derrota antifascista de 1939, el problema de la colaboración ministerial dividía y entrentaba agriamente a dos grandes corrientes del Movimiento Libertario, tanto en España como en el destierro; un congreso celebrado en mayo de 1945 en París discutió ampliamente el tema, dándolo por zanjado mediante la adopción de una fórmula de compromiso que salvaguardaba, por el momento, la unidad; meses después, al reconstituirse en México las instituciones republicanas y ser encargado de la formación del gobierno Giral, se reavivó la lucha entre partidarios y adversarios de la participación, produciéndose la escisión, a finales del mismo, pues la organización de España había decidido entrar en el nuevo gobierno, designando al efecto dos ministros: José E. Leiva y Horacio M. Prieto. Su órgano en la prensa (**España Libre**) impreso primeramente en París, se publicó en Toulouse a partir de 1947.

4. En números redondos, entre 15 y 20 000 ejemplares contra 3 ó 4 000 en los años 40, tiradas que se redujeron en el decenio siguiente a 6 ó 8 000 ejemplares contra 2 ó 3 000.

Antes de entrar en otras consideraciones debemos referir de manera sucinta —pues, naturalmente, no conocemos todo lo publicado— la profusión de títulos libertarios que en esos años vieron la luz en una y otra parte. **Solidaridad Obrera**, por ejemplo, apareció al mismo tiempo que en París en Argel (1944-1946) con carácter bimensual y como órgano del MLE en África del Norte; también se publicó en México desde 1944, mensualmente al principio y de forma irregular años después, como portavoz de la emigración confederal de este país⁵. **CNT** salió en Londres, con la misma cabecera que el semanario suspendido de Toulouse —que por cierto se publicó también una breve temporada en París—, apareciendo irregularmente entre 1962 y 1966, año este en que fusionó con otra publicación de los libertarios emigrados de Gran Bretaña: **España fuera de España**. El mismo título salió igualmente en México, por lo menos dos veces, una como periódico mensual, de 1956 a 1960, y otra como boletín interno en 1963. También salió en Francia otra publicación de este título con el añadido: «*Bulletin d'information interior de la CRT de Catalunya*» (Toulouse, 1959-1960).

En las diversas regiones francesas, aparte los indicados, aparecieron durante la primera época y en el periodo de división los siguientes títulos de una u otra tendencia: **Acción Libertaria** (1944-1945) y **Hoy** (1946-1949), en Marsella; **Impulso** (1944-1945, en Toulouse; **Acción Social** (1944), en Lyon; **Libertad** (1945-1947), en Rennes; **Antena Confederal** (1956-1959), en París; **Boletín Interno SI** (1959), en Toulouse; y varias publicaciones de regiones de origen, entre ellas **Terra Lliure**, catalana (1949-1952), primero en París y luego en Toulouse; **Nervio**, de los confederales andaluces (1958), en París, que fue suspendida gubernativamente y tuvo continuación con el título de **El Rebelde** en 1960. En Gran Bretaña se editó **Reconstrucción** (1947-1948), en Londres, y se difundieron hojas varias, entre otras **Material de Discusión y Noticiario Confederal** (1944-1945) fechadas y policopiadas en Milford-Haven y Brighthon. En Venezuela, el **Boletín de Información Interior** (1950) y **El Libertario** (1959), ambos editados en Caracas. En África del Norte, un **Boletín de Información y Orientación** (1944), en Argel, e **Inquietudes Libertarias** (1944-1945), en Orán. Del mismo periodo, como publicaciones independientes, pero en relación con la unidad confederal, aparecieron: en Francia, **Uno** (Bourg-en-Valence, 1958-1960) y **Atalaya** (París, 1957-1958); en Venezuela, **Simiente Libertaria** (Caracas, 1960), y en México, **Boletín por la Unidad de la CNT** (1955-1956). Realizada la unidad, distintos de los títulos antes señalados prosiguieron su aparición, y vieron la luz otros, como **Solidaridad y Boletín Confederal**, intentos de continuación de **Solidaridad Obrera** de París, que fueron a su vez suspendidos inmediatamente por orden gubernativa, lo mismo que ocurrió a **Despertar**, prolongación malograda de **CNT** de Toulouse. Además fueron editados, a menudo de forma irregular y algunas veces esporádicamente: **Asturias**, portavoz del Subcomité de Asturias, León y Palencia (Marsella, 1964); **Castilla Libertaria**, de la Regional del Centro (París, 1965-1966); **Estudios Libertarios** (París, 1964-1965); **El Amigo del Pueblo**, de la agrupación Amigos de Durruti (París, 1961); **CNT-MLE**, portavoz exterior de Información (Toulouse, 1962); **El Cencerro**, de la Federación Local de Le Soler (P.O., 1965); **Surco** (Dreux, 1965); **Boletín de la Comisión Pro-Liberación de España** (México, 1962); **Boletín de la Agrupación de Militantes de la CNT** (México, 1966-1970); **Volveremos** (Caracas, 1964). Con destino a la nueva emigración, además del antes citado **España fuera de España**, de Londres, salieron en Francia: **Mi Tierra**, suplemento del CS (París, 1965) y **Nueva España**, publicación especial roneotipada del Secretariado Intercontinental (Toulouse, 1965).

Las Juventudes Libertarias publicaron a su vez periódicos distintos. En primer lugar **Ruta**, semanal, de 1945 a 1953, que apareció en Toulouse, fue luego impresa por lo menos un año en París y volvió a Toulouse, continuando su vida hasta que cayó sobre ella la orden de suspensión gubernativa. Reapareció bajo el título de **Nueva Senda** y tomó más tarde el de **Juventud Libre** (denominación esta que por cierto había sido ya utilizada, hacia 1948, como cabecera de un periódico editado en París por un grupo de antiguos militantes de la FIJL, y que más tarde [1968] adoptó el boletín juvenil de la 4-5 Región [Ródano-Alpes], publicado en Clermont-Ferrand). **Ruta** reapareció en Caracas en 1962, continuando hoy su publicación

5. Igualmente circuló en Francia una hoja de este título presentada como «Órgano de los confederales y libertarios de Unión Nacional y sus Brigadas de guerrilleros», publicación completamente ajena al Movimiento Libertario organizado y que no ha lugar a confundir con la «*Soli*» clandestina que dio origen a la posteriormente editada en París.

en forma de revista; otra edición de este título se llevó a cabo en Bruselas en 1967. Cabe señalar igualmente: **Acción** (Marsella, 1946); **Crisol** (París, 1946-1951); **Inquietudes** (Burdeos, 1947), título también aparecido en Londres en 1962; **Crisol Juvenil** (Caracas, 1959-1960); **Barricada** (México, 1963), **Acción Libertaria** (París, 1964), **Si de la FIJL** (Londres, 1960) y **Boletín de JL de Inglaterra** (Londres, 1964). Publicadas igualmente por jóvenes libertarios, al margen de la FIJL, aparecieron: **El Rebelde** (París, 1945) y **Universidad Confederal** (Choisy-le-Roi, 1963). De otra parte, organizaciones afines editaron distintas publicaciones, por ejemplo: **SIA** (Caracas, 1962); **Mujeres Libres** (Londres, 1964 hasta la fecha); **Mosaicos** (París, 1949-1951), boletín del grupo artístico Mosaicos Españoles, y fueron numerosos los boletines de circulación reservada, entre ellos: **Nervio** (París, 1964); **Esfuerzo** (Idem, 1965-1972); **El Luchador** (Toulouse, 1968-1973).

La labor impresa en el exilio no se ha limitado a los periódicos y boletines, pues así como la antes mencionada revista **Cenit** aparecieron varias, a saber: **Timón**, síntesis de orientación político-social (Buenos Aires, 1939-1940); **Tiempos Nuevos** (Toulouse-París, 1944-1946); **Estudios Sociales** (México, 1945); **Universo** (Toulouse, 1946-1948), continuada luego con otra fórmula bajo el título **El Mundo al Día**, por lo menos hasta 1952; **Cuadernos** (Montevideo, 1952); **Comunidad Ibérica** (México, 1962-1970); **Presencia**, tribuna libertaria juvenil (París, 1965-1968). En este mismo capítulo cabe incluir el **Suplemento Literario de Solidaridad Obrera** (París, 1953-1961), reemplazado después de la suspensión gubernativa por **Umbral** (1962-1970). Entre todas estas publicaciones no es cosa de hacer aquí juicios de valor, aunque puede decirse que la mayor parte de ellas, por su carácter episódico, anecdótico y nostálgico, escritas y confeccionadas a veces sin mucho cuidado, han pasado ya al olvido y no es probable que el futuro historiador —si por casualidad las encontrara— les preste mucha atención. Su enumeración tiene como único objeto mostrar que la difusión de las publicaciones libertarias en la emigración ha sido —lo mismo que el historiador socialista Morato reconocía con respecto al pasado del movimiento obrero español— la más importante y constante. El investigador concienzudo tiene, pues, donde escoger, y hallará indudablemente en varias de las colecciones referencias precisas, datos de diversa índole, biografías, declaraciones e incluso estudios económicos, históricos o políticosociales de gran valor. Más ardua será su tarea si el objeto de la consulta de las publicaciones se relaciona con la vida interna del Movimiento, pues ello requiere mucha paciencia para localizar y compulsar la documentación complementaria (actas, correspondencia orgánica, etc.), y además no pararse ahí, sino recoger y cribar los testimonios personales. De lo contrario perderá el tiempo y llegará, como es corriente, incluso entre iniciados, a conclusiones desfasadas o peregrinas. Los periódicos y boletines no ofrecen casi nunca suficientes elementos de comprensión; hay que saber interpretar tanto lo que dicen como lo que quieren decir y lo que deliberadamente no quieren decir, de modo que todo aquel que trate de informarse debidamente tendrá que hacer antes —para no desorientarse— un aprendizaje del manejo de esos instrumentos.

En estos últimos años, por ejemplo, sin haberse extinguido del todo los rescoldos de la pasada división, la vida interna del Movimiento se ha visto complicada por algunos nuevos motivos de fricción, y en particular por el choque entre el sector juvenil —empeñado en el ataque frontal contra el franquismo— y una fracción importante de veteranos —aparentemente mayoritaria— que, considerándose intérpretes irreprochables de la tradición libertaria, opusieron a la tentación de la «aventura» —después de haber alentado ellos mismos empresas semejantes— el interés capital de la continuidad orgánica. Los jóvenes, más fogosos que habilidosos, no supieron maniobrar y utilizar a su favor la maquinaria, luego perdieron la partida y quedaron apartados. Más tarde, por razones diferentes, el inmovilismo instalado había de motivar el alejamiento de muchos otros militantes, y por lamentable que esto parezca, como la máquina marcha, aunque sea penosamente, ni siquiera interesa su recuperación. ¿Cómo, sin estar en el ajo, o sin compulsar papeles reservados y testimonios fehacientes podrá comprender alguien mañana las verdaderas motivaciones de ambos episodios, tan significativamente importantes en la situación presente, cuando el régimen franquista empieza a dar las bocanadas y se perfilan las combinaciones de la sucesión, o sea en el momento que exige mayor coordinación de los núcleos libertarios para tomar la iniciativa y no encontrarse a remolque de otras fuerzas que con colores distintos tienden a la conquista y el reforzamiento del poder estatal? De ninguna manera.

El envejecimiento del Movimiento Libertario puede parecer, visto de fuera, una explicación del actual ostracismo. Por lo que antecede puede deducirse que dentro de él no se desconocen los efectos de las arrugas que los años van profundizando, pero el fenómeno no es en esta corriente ni más ni menos grave que el que revelan —aunque lo disimulan— otros de los sectores que sostuvieron la lucha armada contra el fascismo hispano. Tampoco, por otra parte, sus posibilidades de reimplantación en la escena social española son menores que las de sus competidores marxistas, aunque éstos, disponiendo de medios cuantiosos, exploten la situación a su favor y gocen de publicidad inusitada a través de agencias burguesas e incluso de servicios oficiales de difusión de los países capitalistas. No se produce hoy en España, es cierto, una actividad cenetista organizada de relieve nacional, pero quienquiera observe con alguna atención la sucesión de los conflictos puede comprender sin gran trabajo el influjo creciente del elemento libertario, con el cual tropiezan a cada paso las «vanguardias» triunfalistas en los centros docentes, en las empresas e incluso en la actividad de localidades y barrios.

El problema reside en captar esa floración de voluntades, en coordinar lo mejor posible, sin recetas pasadas por agua ni normas rígidas o definitivas, la labor de los militantes más avezados y la de los jóvenes obreros y estudiantes que, reaccionando contra el sarampión vanguardista, se agrupan autónomamente por todas partes. Tomando en cuenta esa perspectiva, y en la espera de que el Movimiento Libertario en su conjunto se percate de la incuestionable necesidad de la reconciliación colectiva —sencillísima de lograr desde el instante en que no existen entre organizados y marginados diferencias ideológicas de ninguna especie sino simplemente opiniones distintas de orden táctico—, surgió hace tres años la idea, adoptada por militantes de distintas localidades, de lanzar en Francia una nueva publicación que, por encima de rivalidades ocasionales, pudiera contribuir a la propaganda y al afianzamiento de las posiciones libertarias en el movimiento revolucionario que se desarrolla dentro de España. Nació así **Frente Libertario**, periódico mensual que, a diferencia del mismo título aparecido en Madrid al principio de la guerra, órgano de las Milicias Confederales del Centro, no había de invocar en su cabecera siglas de ninguna organización en particular, sino las de las tres ramas tradicionales del Movimiento Libertario, proponiéndose, pues, al margen de toda bandera, reducir los antagonismos entre militantes, propiciar la actuación común, divulgar las luchas obreras y antifascistas sin caer en la especulación sectaria y realzar en todo instante los objetivos del antiautoritarismo del anarcosindicalismo hispano. Esta toma de conciencia de los militantes que se hallan en el origen de **Frente Libertario**, una voluntad de reactualización del anarquismo, encerrado en recetas del pasado y en las normas rígidas de la burocracia dominante. El problema estribaba, pues, no tanto en repensar el anarquismo sino en intentar aprehender el sentido del movimiento antiautoritario que se desarrollaba en España, arremetiendo contra los esquemas preconcebidos. En este sentido **Frente Libertario** se inscribe en una poderosa corriente de renovación libertaria.

Diferenciándose de otros periódicos del exilio que dan pruebas de conformismo ideológico, **Frente Libertario** se propone difundir informaciones obreras y extraer enseñanzas de las formas de lucha autónomas que caracterizan el nuevo movimiento obrero. No quiere ser el órgano de ninguna organización específica del Movimiento Libertario. Para los militantes agrupados alrededor de **Frente Libertario** no se trata de constituir una nueva organización, sino situarse a un nivel diferente, divulgando informaciones de las luchas sin caer en la recuperación y la especulación sectarias.

Aparecido por vez primera en julio de 1969, **Frente Libertario**, cuya tirada era de 2 000 ejemplares entonces y que ahora alcanza a los 5 000, pretende ser un periódico militante centrado en las luchas del interior de España, mientras que los otros periódicos del movimiento se dirigen visiblemente a los exilados. El esfuerzo militante consiste en introducir el periódico clandestinamente en España (más de la mitad de la tirada). Redactado en gran parte por militantes del interior, es difundido por individuos o grupos autónomos antiautoritarios o libertarios.

La experiencia de **Frente Libertario** tiene pues un particular interés. Se puede incluso afirmar que tiene un doble interés en el sentido que muestra una renovación en la prensa libertaria española y que es el resultado de una reacción interna de la base contra el dogmatismo y la inexistencia práctica de las organizaciones clásicas.

Pero, nos preguntamos, ¿podrá ampliarse la obra emprendida? Sin fondos orgánicos, dependiendo exclusivamente del aporte de los lectores, la dificultad no es pequeña. De cualquier modo, el intento es innegablemente ejemplar.



Como descubrir un miembro de la Político-Social, en cuatro viñetas.

1. Cuando veas un hombre que parece maricón, por estar siempre arrimado a los jóvenes de pelo largo: es que es social.
2. Cuando veas un hombre que lee el periódico por las esquinas y sin quitarse el sombrero: es que es social.
3. Sin comentario.
4. Cuando veas en una mañana gris tres hombres que parecen anunciar gabardinas: es que son sociales.

!!! No lo olvides !!!

Presencia

Nos place anunciar la reaparición de **Presencia**. El primer número de su segunda serie tiene el sumario siguiente :

Palabras previas

Hacia la coordinación libertaria

Ciro Pino : **¿ El nuevo orden planetario ?**

Richard Gombin : **La revolución planetaria**

M. Chelles : **A propósito de Chile y la revolución**

Psa : **La nueva cara del fascismo griego**

Grupo de jóvenes musicólogos ácratas : **Brotes libertarios en las coplas de « Ay, Candela »**

O.A. : **La «utopía» libertaria y la libertad**

Agustín García Calvo responde a las preguntas de «Presencia» sobre el Pronunciamiento estudiantil

CNT: lo que muere contra lo que nace

¿Qué queda hoy de la vieja CNT, de aquel formidable aparato revolucionario de antaño? ¿Qué significa, lo que quede de ella, en el contexto general del movimiento libertario ibérico actual?

Me voy a atener, al escribir este artículo, a las opiniones de unos y otros anarquistas ibéricos, sobre todo jóvenes, que vienen apareciendo por Londres últimamente: Pedro, un joven obrero inmigrado aquí en busca de trabajo; Pablo, un excarcelado que no podría volver a España sin riesgo de reencarcelamiento; María, una estudiante recién licenciada en Químicas...

¿Se puede realmente hablar de una crisis interna grave del movimiento libertario español hoy día? ¿Hay un verdadero cisma en su seno, un enfrentamiento sustancial e irreducible entre facciones verdaderamente y parecidamente representativas?

De mis diálogos con mis interlocutores ibéricos me parece deducir que no. Hay un enfrentamiento cada día más irreducible; pero, « sólo », entre una mayoría cada día más viva y activa y una minoría cada día más muerta y parálitica.

Y entre esa mayoría más viva, sí que hay dispersión (de momento); pero no me parece que (de momento) haya realmente división. Hace ya más de un año que se me ocurrió por primera vez la idea de escribir algo sobre este tema: a raíz de la indignación que me produjo una de las más inadmisibles de las inadmisibles circulares que viene lanzando, de un tiempo a esta parte, la llamada Federación Anarquista Ibérica en el Exilio: sucia serie de acusaciones y calumnias perfectamente sectarias y, en su mayoría, debidas a rencillas, envidias, celos y odios meramente personales.

No quise escribir entonces: pensé que más valía, seguramente, dejar que lo casi muerto fuera muriéndose del todo tranquilamente, que su caducidad y pequeñez mismos lo hacían menos importante que la posible agudización

de cualquier tipo de discordias en el seno del Movimiento Libertario Español [MLE].

Viendo ahora, sin embargo, como vienen creciendo la agresividad de los caducos, de un lado, y, del otro, el desaliento y el desconcierto, ante ella, de los lozanos, cambio de idea: sigo pensando que dicha caduca minoría no tiene realmente bastante importancia como para justificar que se hable de crisis, pero la cantidad y la calidad progresivas de sus disparates me parecen ya pedir a gritos denuncia urgente.

Pablo empieza siempre afirmando de manera insistente y categórica que nunca se debe olvidar que 34 años de espera en el exilio son demasiados años, que todo el mundo tiene que intentar comprender y disculpar los fallos humanos, a nivel individual, del MLE en el exilio. Lo cual, naturalmente, no quita para que haya que denunciarlos, a todo nivel, cuando se deba.

La representación « oficial » de la llamada CNT, con sede en Tulús y denominada « Secretariado Intercontinental » [SI], cuenta actualmente (de los 80 000 aproximadamente, llegados a Francia en 1939) * con unos 5 000 miembros **. Este « Secretario Intercontinental » pretende, sin admitir discusión, ser « toda » la CNT « verdadera ». Desde un punto de vista estrictamente revolucionario, su existencia ha sido bastante peor que inútil durante toda una generación. Sus exclusivistas pretensiones representativas, por otra parte, son

* Albert Meltzer, militante intensamente activo desde 1935, fue hace años secretario de la Federación Anarquista Británica. Cofundador, ya recientemente, de la organización internacional de ayuda a presos políticos « Cruz Negra », su contacto, a través de ella, con el movimiento libertario español, en el exilio y en el interior, viene siendo muy estrecho y cotidiano en los últimos años. Véanse otras referencias en el trabajo « Sobre presente y futuro del Movimiento Libertario Español », de S. Christie, p. 93 a 108, en este mismo suplemento. [NDT.]

* [NDR. En el último Pleno nacional de esta organización (1973) los mandatos correspondían a unos 2 500 militantes.]

** [NDR. En el Congreso de París de 1945, estuvieron representados unos 26 000 militantes.]

no ya sólo delirantemente exageradas sino simple y llanamente ajenas a toda realidad.

Casi desde el primer momento de su estructuración en el exilio, el SI ha sido un constante obstáculo para la resistencia en el interior, respecto de la cual está muy aislado en la actualidad. Sus 5 000 miembros viven todos, como digo, fuera de España (y de toda realidad española tangible), en Francia la mayor parte. Casi todos ellos son gente de más de cincuenta y de sesenta años ya, jubilados en su mayoría o empleados en menesteres ajenos a los sectores primario y secundario; es decir, ya ajenos, casi todos ellos, al mundo obrero (y sindical) propiamente dicho. Que sigan pretendiendo ser ellos la CNT (una organización sindical obrera) es, pues, un contrasentido flagrante.

Y en esta pretensión insensatamente megalomaniaca es donde está la clave de los considerables perjuicios y retrasos que el SI viene causando a la resistencia en su larga marcha hacia la reconstrucción de la Organización en el interior. Cuando algunos grupos de trabajadores en el interior han llegado alguna vez a organizarse en microestructuras encaminadas a resucitar los consejos y comisiones de la vieja CNT, el anatema fulminado por la facción de Tulús ha sido inmediato: «individuos que están falsificando los sellos de la Organización». Las únicas credenciales posibles son las que se dignan conceder los de Tulús. Pero los de Tulús, por una parte, siguen empeñados en la frenética orgía de expulsiones a diestra y siniestra —literalmente— en que andan metidos desde hace ya bastantes años y complementariamente, por otra parte, procuran evitar cuidadosamente, hasta donde pueden, todo «problemático» reclutamiento de gente nueva.

Pedro será quien nos ilustre un poco más tarde esta última afirmación de Pablo (y el significado de ese «problemático» recién dicho) con un ejemplo bastante concluyente.

Pedro llegó a Londres francamente escandalizado y alarmado. Venía de una reunión orgánica celebrada en Düsseldorf el pasado 10 de junio, a la que asistieron delegaciones españolas de Madrid, Basilea, Francfort, Colonia y Mulhouse, entre otras. Y es que en medio de

dicha reunión, por lo visto, el delegado de Mulhouse, Corral Leonard (que, entre otros títulos, se atribuye la Secretaría de la CNT y de la AIT en el exilio para la zona del este de Francia) empezó a despotricar, de manera que Pedro calificó de canallesca, contra toda una serie bastante variopinta de compañeros de prestigio bien reconocido.

Casi todos los atacados por Corral, por otra parte, o se han salido ya hace tiempo del llamado MLE «oficial» por su propio pie o han sido ya «víctimas» del frenesí expulsionista, ya mencionado, del SI. Algunos ejemplos de atacados y de la calidad de las acusaciones correspondientes:

—José Peirats, uno de los intelectuales más indiscutiblemente prestigiosos del MLE y de dedicación más entera al ideal anarquista; la acusación: haber vendido sus derechos de autor del libro *La CNT en la revolución española* a Ruedo Ibérico, editorial que, como todo el mundo sabe (según Corral, claro), pertenece al Opus Dei.

—Gómez Peláez, Cipriano Mera y otros tesoneros y abnegados responsables de *Frente Libertario* [FL] (órgano que tira unos 5 000 ejemplares al mes, la mitad de los cuales, clandestinamente, se introduce, reparte y pasa de mano en mano constantemente en España); las acusaciones: servirse de FL para irrogarse pública y fraudulentamente la representación de la verdadera CNT; habérselas arreglado con las autoridades franquistas de modo que FL, como todo el mundo sabe (también según Corral, por supuesto), se vende ya libre y abiertamente por todos los kioscos de España.

—Jacinto Parera, presente, por cierto, en la misma reunión en trato; acusación: ser un traidor al MLE por sus contactos con los organizadores y responsables de FL.

Corral Leonard lleva ya veinte años, por cierto, detentando sus puestos de «secretario» dichos dentro de «su» Federación local de Mulhouse, compuesta por tres miembros (él y dos amigos suyos) y absolutamente inalterada también, en distribución de puestos y en composición, durante dichos veinte últimos años; Inmovilismo, como se ve, muy propio de libertarios genuinos.

Y, ciertamente, tampoco es que todo esto se deba a que todo trabajador anarquista ibérico haya evitado, en medio de la actual inundación migratoria ibérica de la Europa superdesarrollada, acercarse por Mulhouse. Hace cosa de tres años y pico —y aquí es donde esta información de Pedro viene a ilustrarnos las palabras de Pablo antes citadas—, un grupo de dieciocho jóvenes trabajadores españoles emigrantes acudió a dicha Federación local de la CNT de Mulhouse, solicitando su ingreso en ella. La contestación del compañero Corral Leonard no pudo ser tampoco más genuinamente libertaria:

—Ni hablar, muchachos. Si entraseis, la Organización aquí seríais vosotros. Pues estaría bueno: tres viejos militantes como nosotros, suplantados de la noche a la mañana por un grupo de chavales con el cascarón aún pegado al culo.

Y lo malo de estas anécdotas del compañero Corral Leonard es que no son tan anecdóticas. Sino que constituyen otros tantos botones de muestra de la mentalidad de que brota todo el contexto general de diferencias y rencillas del actual Movimiento Libertario Español en el exilio, que tanto vienen debilitándolo y reduciéndolo a mera sombra nostálgica de aquella gran sindical que fue la CNT.

El movimiento anarcosindicalista actual dentro de España quisiera, en principio, autodesignarse con el nombre de CNT, pero, de momento, hay sectores que vienen prefiriendo usar, siquiera provisionalmente, nombres nuevos: como el de FOI (Federación Obrera Ibérica), por ejemplo; y esto a pesar de que, desde luego, esas FOI, etc., no serían ni más ni menos que un conjunto de comités obreros cuyos fines serían —o son— exactamente los mismos que los de la vieja CNT.

Las razones de estas preferencias terminológicas (tal vez provisionales) son fundamentalmente, según Pedro, dos: por un lado, se trata de evitar en lo posible nuevas acusaciones impertinentes por parte del SI como la de la «falsificación» de los sellos de la Organización, junto con las correspondientes discusiones amargas e inútiles al respecto entre los del interior (emigrantes económicos incluidos) y los del exilio; se trata también, por otro lado, de no cargarse «todavía» demasiado, ante las

fuerzas de la represión franquista, del contenido «terrorista» que éstas siguen atribuyendo por inercia a la sigla CNT, que aún sigue siendo para la policía como el trapo rojo para el toro (como prueba aún el caso del compañero Julio Millán, marcado por dichas tres letras). Añade Pedro:

—Con unos cuantos meses de esa tranquilidad relativa, creo que nosotros podríamos sacar adelante la organización.

—¿Unos cuantos meses sólo?

—Yo creo que sí. Bien, pongamos un año. Yo creo que en un máximo de un año sin empeorar sustancialmente las circunstancias en que podemos trabajar ahora, habremos tenido tiempo, ciertamente, de volver a poner en pie la estructura básica de los sindicatos, comités regionales, etcétera. Sí, creo que en un año podremos contar con una nueva CNT tan poderosa, por ejemplo, como lo fue la vieja durante la dictadura de Primo de Rivera, tiempos de clandestinidad, también.

También las Comisiones obreras, sigue diciendo Pedro, el rival más conocido del MLE en el seno del movimiento obrero, se dan cuenta de que hay que actuar a contrarreloj. Sólo que ellas, como se sabe, han optado por la infiltración en las Cortes a través de la votación «constitucional» desde dentro de los «sindicatos verticales», de modo que llegue un momento en que el gobierno no tenga más remedio que renocerlas como parte integrante de la estructura sindical de la nación.

—¿Pretendes en serio que una organización comunista o controlada por los comunistas llegará realmente un día a negociar con Franco?

—No, con Franco no; pero con su sucesor, por supuesto que sí. Las Comisiones obreras, aparte las prisas que te digo, se las tienen que ver además con un riesgo más «personal e intransferible»: si la situación rompe en violencia, están perdidas; irremisiblemente.

Le pregunto a Pablo, a ver qué se dice de todo esto en la cárcel, ya que la cárcel es, en España, el sitio donde se suele conocer más al detalle toda la vida política del país hasta en sus recovecos más cuidadosamente silenciados en público.

—Esos jóvenes son la CNT, pura y simplemente, y al que le pique que se rasque. Lo que pasa

es que no quieren dar lugar a que se empiece a especular con la idea de un cisma, no sería más que perder tiempo y palabras. Y, por otra parte, son el sector del movimiento en el interior más influenciado y compenetrado con activistas genuinos tales como los del grupo Primero de Mayo *; entre otros.

—¿Realmente compenetrados? ¿Hay una acción conjunta?

—Los tiempos no son exactamente igual que los de Sabater. Los libertarios no están mezclando realmente en este momento organización industrial y activismo.

—A ti te metieron en la cárcel por el primer concepto: organización industrial. ¿Desaprobarías tú el activismo?

—Eso sería una tontería. Quienes principalmente han devuelto a los trabajadores el coraje para empezar a asociarse una vez más han sido ellos, los que han sabido llevar adelante la lucha contra el enemigo en su propio terreno, los activistas. España ha sido durante muchos años la tierra de un pueblo atemorizado, pero que, en verdad, nunca ha llegado a rendirse al fascismo. Los trabajadores no necesitan que nadie les convenza de que el fascismo está mal. Lo que necesitan es que se les demuestre que el enemigo anda ya muy cerca de su ruina final, o, por lo menos, que ya no avanza más, que ya no le es posible. Anarquismo revolucionario es tanto como, y hasta más que, acción sindical y propaganda, ¿a quién se le ocurre negar semejante cosa?

María:

—Yo milité en el movimiento ácrata de la universidad. Posteriormente, como otros universitarios, ingresé en la FOI.

El movimiento ácrata prendió primero en la universidad de Madrid, adelantándose en unos pocos meses al de la de París. Desembocó en anarquismo «pleno» siguiendo su «camino de Damasco» propio y original, no el de la tradición y la propaganda anarquistas más usuales, la estructuración específica de grupos de trabajadores en las fábricas...

—No, los ácratas no hemos llegado nunca a creer en serio en ninguna clase de diferencias reales entre obreros y estudiantes, ni en nuestro presente ni para el futuro. Todos trabajarán, todos estudiarán. ¿Qué diferencia real

es una diferencia que, simplemente, se compra?

En los medios en que María trabaja, me dice ella, los estudiantes vienen ayudando a los obreros en cuanto a instrucción intelectual y calidades de aprendizaje incluso y los obreros a los estudiantes en cuanto a independización de sus familias y de sus condiciones de clase.

—A mí me parece ésta una actitud mucho más sana que la que he podido ver en otros países. Una de las cosas que más suelen impresionar en la historia de la CNT a los jóvenes trabajadores anarquistas es aquel prurito suyo, tan generalmente logrado, de que sus miembros llegasen a ser los trabajadores más competentes en sus profesiones y en sus fábricas, de que muy generalmente se seguía que lograsen ser los más independientes respecto de sus patronos, los más difíciles de poner en la calle a causa de sus ideas. En el momento en que el patrón tiene que empezar a entenderse por fin con una organización obrera aún ilegal, la que escoge sin vacilar es aquella de que le conste que sus miembros conocen su oficio como nadie. A partir de tal certeza, empieza a estar dispuestos a aceptar el riesgo de reconocer «de hecho» lo que aún es irreconocible «de derecho». Y la manera de que los jóvenes trabajadores lleguen a conseguir la formación más completa, la que les signifique el perfeccionamiento más acabado de su dominio y competencia en el oficio, es, precisamente, el que nosotros lleguemos a hacerles entera y definitivamente accesibles los recursos de la universidad. Esto es lo que la policía odia más que nada. Lo que menos pueden entender y lo que más miedo les da.

María, además de universitaria y militante de la FOI, es vasca.

—¿Cómo ves tú el movimiento nacionalista vasco?

—Al diablo con el nacionalismo. Con todos mis respetos hacia su mera acción revolucionaria, su nacionalismo es tan fascismo como cualquier nacionalismo. Lo que pasa es que hay que tener en cuenta, también, que el movimiento revolucionario vasco ya no tiene gran cosa de movimiento nacionalista puro y simple. Los viejos líderes ya no pintan nada. No, la sustancia de la lucha vasca contra

* [NDR. Véase en este número, p. 252-253.]

Franco ya no es algo que los nacionalistas sigan controlando. Quien lucha en el país vasco en este momento contra Franco es el pueblo vasco —y nosotros con él—, con la excepción de unos cuantos *quislings*.

Como en el caso de los tres jóvenes compañeros recientemente llegados a Londres que he venido citando hasta aquí, una gran mayoría de las delegaciones españolas («independientes» y simpatizantes incluidos), sobre todo las de gente joven, que cruzan actualmente las fronteras en busca de contactos con el llamado Movimiento Libertario Español en el exilio lo realizan con mucho mayores frecuencia, interés y éxito con los «expulsados» mencionados más arriba (entre cuyos nombres más célebres podríamos citar aún los de José García Pradas y Diego Abad de Santillán, por ejemplo) que con los representantes «oficiales» o cotizantes del Secretariado Intercontinental: prueba bastante evidente de que la labor y el prestigio de los primeros son bastante mayores que los de los segundos. Las Juventudes Libertarias mismas, por otra parte, esa rama juvenil de la que el movimiento libertario tanto se ha beneficiado siempre en cuanto a renovación y relevo en su continuidad, también están «expulsadas» en bloque por el SI, al que, por decir verdad, tales jóvenes libertarios jamás han tomado demasiado en serio; particularmente en estos últimos años, en que la falta de dinamismo y el anquilosamiento del SI (hasta en materia de cambios en los cargos, como dije antes, en violación flagrante de los criterios organizacionales anarquistas más elementales) son cada vez más evidentes.

Respecto de su postura frente a los activistas, creo que conviene puntualizar: no es que el Secretariado sea exactamente pacifista, en el sentido en que lo es, por ejemplo, el grupo británico de Freedom Press; pero en cuanto a resultados, ambas actitudes son muy sustancialmente idénticas. Por supuesto que los del SI aceptan (y gracias) la violencia en situaciones de emergencia debidamente «legalizadas» (y gracias), tales como la guerra civil o la resistencia en una guerra internacional (y gracias). Pero, generalmente, en situaciones en que la violencia pudiera «comprome-

ter su existencia», están, en principio, «contra la violencia» de una manera muy decidida.

Temen muchísimo, en el exilio, «perder su legalidad». Habría que recalcar bien, en este sentido, que uno de los factores más definitivos del inmovilismo progresivo del SI ha sido el reconocimiento «legal» de su existencia política por el Estado huésped en general y, en particular, por el francés. «Legalidad», claro está, que ha perjudicado mucho más que beneficiado al MLE en su conjunto. Reconocidos antifranquistas que nunca aceptaron (en principio; «de derecho») la victoria de los generales rebeldes y que (en principio; en cierto modo) siguieron permanentemente considerándose en guerra contra ellos, «de hecho» se opusieron siempre con firmeza a toda intervención armada anarquista concreta y han venido obstaculizando al máximo, siempre por ese temor a «perder la legalidad», la labor de los grupos armados, sobre todo los que cruzaban incesantemente la frontera a partir de la derrota de la república para actuar de Pirineos adentro.

Yo diría que ese miedo castró moralmente a muchos hombres antaño muy «machos» en todos los sentidos y que, a pesar de todo, de machos siguieron dándose como si tal cosa. Pero lo peor fue que, de los demás, casi nadie se dio cuenta de tal modificación, nadie se atrevió a discutirles su autoridad moral, prácticamente nadie dejó de considerarles (y cada día más, paradójicamente) como una especie de superhombres.

Los muchachos de las Juventudes Libertarias fueron los primeros en darse cuenta colectivamente del grave peligro general de semejante «legalidad» y de los nefastos efectos de semejante miedo a perderla. De ahí a la subsiguiente escisión y a la («muy») aparente confusión actuales en el seno del MLE no había más que un paso..., que se dio puntualmente. (Léase a estos respectos, por cierto, la «Carta abierta» publicada por *Frente Libertario* como suplemento de su número de julio de 1973.)

Este estado de cosas en el exilio no pudo dejar de tener repercusiones inmediatas en el interior. En Cataluña por ejemplo, como fruto

de la constante lucha de marcha por rehacer de la CNT, se habían constituido ya recientemente tres distintos comités regionales... cada uno de los cuales se atribuía en exclusiva la « genuina » representación de la Confederación. Esto prueba, si bien prueba, por una parte, que sigue latente en el sentir general de los trabajadores su simpatía hacia la CNT, también demuestra bien claramente, por otra, la lamentable falta de unidad de acción que tara, en este momento, el esfuerzo general para el renacimiento del movimiento libertario en España.

A causa de la aplastante represión ejercida por el régimen en el interior y, complementariamente, de la gran movilidad potencial en la acción de que la Organización ha venido gozando en la libertad del exilio, los exilados influyeron constantemente y de manera decisiva en la gente del interior, de manera que todas las divergencias y rencillas personales y de grupo de los primeros hubieran forzosamente de reflejarse en el conjunto de los segundos. La situación creada por este proceso llegó verdaderamente al borde del caos en un determinado momento en que nadie sabía ya a quién creer ni a qué atenerse. La responsabilidad que en este aspecto ha contraído el exilio vis a vis del resurgimiento del movimiento libertario ha sido enorme.

Redondeando las razones al respecto del compañero Pedro que expuse en la primera mitad de este trabajo, a nadie puede extrañar que, a causa de cuanto antecede, entre las nuevas generaciones con un sentir libertario haya venido tomando más fuerza cada día, como queda dicho, la idea de agruparse en tal o cual organización completamente nueva que, aún siguiendo con absoluta fidelidad, por supuesto, los principios básicos o fundamentales de lo que fue la CNT, no tenga ya nada que ver con esta sigla ni, sobre todo, con ninguna clase de responsabilidad por las escisiones del presente ni los errores del pasado.

Se trataría, pues, de un tipo de organización sindical rigurosamente apolítica en la que tendrían cabida todos los obreros, sin más limitación que la de que respetasen las normas por las que se regiría la misma. En ella no

habría comités ejecutivos ni se aceptaría nunca más ley que la decisión a nivel de la base. Se establecería categóricamente en sus principios fundamentales que no habría nunca cargos permanentes (ni que pudieran llegar a parecerlo en ningún caso concreto en la práctica) y que no se aceptarían influencias de partidos políticos de ninguna clase, ni de federaciones anarquistas siquiera, tales como la FAI.

No es fácil saber desde ahora si estos proyectos estupendos llegarán a reunir toda la fuerza necesaria para una viabilidad definitiva. Lo que sí es evidente ya es que los jóvenes que los alientan sí que la tienen, y que los criterios y sentimientos que les animan son perfectamente desinteresados y objetivos; y que, en fin, se enfrentan con la formidable tarea que se han propuesto con un entusiasmo no menos formidable.

Londres, julio de 1973

(Traducción de J.M.-A.)



Freddy y Alicia Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España

1. El anarquismo histórico

A diferencia de casi todos los movimientos libertarios europeos, el movimiento español tiene dos características: la primera que desempeñó un papel histórico importante; la segunda que ofrecía un ejemplo típico de organización de masas de base esencialmente proletaria y campesina. La originalidad del anarquismo español proviene, en efecto, del hecho de que durante largos años el anarquismo y el movimiento obrero han sido uno. Es fácil fundamentar estas afirmaciones con datos estadísticos. Tras una serie de estudios publicados, se está convencido hoy de lo bien fundado de esa realidad. Es en ese sentido en el que se puede hablar de «anarquismo histórico». Pero el fracaso de la revolución española y la victoria del franquismo le asestaron rudos golpes. Un hito histórico importante queda marcado por 1939. A partir de esta fecha, el anarquismo ibérico se divide en dos polos: el interior y el exilio.

En el interior, el trabajo clandestino de reorganización comienza y se concreta en la constitución de una red de núcleos y de comités que será rota con mucha frecuencia por la feroz represión del nuevo Estado franquista. En el exilio, el movimiento se organiza igualmente, creando órganos de enlace y de combate. Pero, en el plano del análisis, el movimiento libertario ha cometido un error de talla, y esto tiene una importancia considerable, al mantener la ilusión del carácter democrático de la lucha de los Aliados contra el nazismo y, en consecuencia, de la solidaridad de ese campo con el antifascismo español. Este análisis, que tiende a hacer creer que la victoria de los Aliados significaba la derrota de Franco, ignoraba el carácter imperialista de la guerra, y por ello, desmoralizaba a quienes lo esperaban todo de la victoria sobre el nazismo.

Sin embargo, al final de la guerra mundial, la reorganización del movimiento libertario, tanto en el interior como en el exilio, era una realidad. En España se crearon más de 15 Comités nacionales, numerosos comités regionales o provinciales, siguiendo un esquema organizacional que cubrió la península ibérica hasta 1950. Se puede afirmar que hasta esa fecha, el Movimiento Libertario Español [MLE] era en potencia una organización con posibilidades de intervenir de manera determinante en la lucha. En lo que respecta al exilio, en el Congreso de la CNT de 1945 estaban representados 26 000 adherentes. Empero, a pesar de ese importante número de militantes, el MLE entrará en un largo periodo de crisis interna que, poco a poco, va a conducir a la desintegración.

Es complejo, evidentemente, analizar las causas de esa lenta desintegración, pero lo cierto es que no se puede ver en ella, como se ha hecho con demasiada frecuencia, el resultado lógico de la represión franquista. La ilusión sabiamente mantenida de lo inevitable de la caída de la dictadura franquista con la victoria de los Aliados tuvo como consecuencias inmediatas, cuando tuvo lugar la desintoxicación impuesta por los hechos, sumir a los militantes en una especie de situación crítica y sin perspectivas. A partir de ese momento, salen a la luz del día enormes divergencias y el movimiento cae en un estado de crisis latente que se concreta en la escisión de 1945 (que se produce en la organización del exilio, pero que tuvo enormes repercusiones en la organización del interior).

En los años 50, ciertos núcleos de militantes libertarios, al constatar la parálisis interna del movimiento y sus dramáticas consecuencias, constituyen grupos de acción y de guerrilla urbana. Estos grupos, autónomos respecto a la organización y con frecuencia en contra de ella, tuvieron una actividad considerable y relevante, cuenta habida de la situación¹. No podemos exponer detalladamente ese periodo, pues ello nos conduciría muy lejos. Bosquejando a grandes rasgos la situación, esperamos poder facilitar su comprensión. Poco a poco, la usura progresiva, el envejecimiento y las luchas internas, así como el agotamiento de los

1. Véase Antonio Téllez: *La guerrilla urbana en España*. Sabaté, París, Belibaste-La Hormiga, 1972.

milитantes del interior, sometidos a todo tipo de represión, paralizaban el movimiento que se asía a su glorioso pasado como a un salvavidas. La rutina y el sectarismo agotaban poco a poco al movimiento transformándolo en una estructura anquilosada cortada de todo contacto con la realidad social española. Lo que puede ser llamado el « movimiento histórico » o clásico se encerraba poco a poco en un *ghetto* y, por ello mismo, se reducía cada día un poco más de manera ineluctable por carencia de estrategia apropiada a una realidad social en movimiento. Es evidente, sin embargo, que ciertos núcleos reaccionaron, en el propio seno del movimiento, contra quienes se consideraban como los intérpretes irreprochables de la tradición libertaria, e intentaron salir de esa situación de crisis. Esas tentativas se inscriben en un proceso de renovación del movimiento libertario cuya base se encuentra en España donde se asiste, desde hace varios años ya, a un renacimiento de formas de lucha libertarias. El « viejo topo » excava siempre, lentamente, pero avanza seguro...

2. El neanarquismo o renacimiento del movimiento

Mientras que el MLE experimentaba, como hemos visto, los efectos de una crisis grave, el Partido Comunista español [PCE] y los movimientos católicos aprovechan la situación para consolidar sus organizaciones respectivas. El PCE puede construir así una enorme máquina de propaganda y canalizar numerosos jóvenes hacia su organización. La creación relativamente reciente de las Comisiones obreras (1962-1963), al principio autónomas de toda organización, tuvieron una resonancia indudable y los católicos (JOC, HOAC, etc.) y los estalinianos pudieron apoderarse de ellas y, a través de ellas, hacer circular sus consignas respectivas. Pero los límites propios de esos dos movimientos han apartado de aquéllas poco a poco una parte importante de sus militantes.

Se puede afirmar que tras la inmediata posguerra, en la que las organizaciones clásicas del MLE han llevado a cabo una resistencia desesperada tanto en las guerrillas como en las fábricas, se asiste a un largo periodo de marasmo, cortado por sobresaltos esporádicos (huelgas de 1952, 1957, 1962...). Los años 60 señalan una fecha importante. Como hemos visto, es alrededor de esas fechas cuando se constituyen organismos autónomos de combate obrero: las Comisiones obreras. Poco más o menos por esa época es cuando se puede hablar de renacimiento del movimiento libertario, no tanto organizacionalmente como a nivel de la práctica revolucionaria. Este renacimiento toma diferentes formas.

a) La práctica revolucionaria de los « ácratas »

Alrededor de los años 1966-1967, se desarrolla en la Universidad de Madrid un movimiento de impugnación muy diferente de los múltiples grupúsculos leninistas que habían hecho de la Universidad su terreno privilegiado de propaganda. Estos grupos, que se llaman a sí mismos ácratas, desarrollan una práctica antiautoritaria y una teoría próxima al situacionismo. Aunque ultraminoritarios, los « ácratas » conducen la lucha en el plano de la crítica de la vida cotidiana y de la ideología leninista. Perseguidos por la represión, desaparecen poco a poco no sin haber dejado una serie de textos teóricos, uno de cuyos más importantes es *Prolegómenos críticos a la vieja concepción teoricopráctica del movimiento y apertura hacia nuevas posibilidades*².

Estos grupos no desaparecerán completamente puesto que van a renacer con nuevas formas en las universidades españolas. Extremadamente activos, su gran movilidad les permite desbordar el movimiento y de ser así determinantes en el plano de la acción. Activistas con frecuencia, constituidos siempre por universitarios e intelectuales, los « ácratas » no tienen ningún impacto en los medios obreros, a lo que, por lo demás, tampoco aspiran. Pero el fenómeno « ácrata » es el punto de partida de esa corriente neanarquista. Aunque el término sea discutible, este concepto permite aislar mejor las características de esa nueva corriente. La composición social de los « ácratas » es burguesa, por el mismo hecho de ser estudiantes. A semejanza de los movimientos estudiantiles europeos, se puede decir de los « ácratas » que proceden generalmente de la mediana burguesía y, a veces incluso, de la alta burguesía.

2. Trabajo colectivo realizado por el « Grupo Cero » (Madrid). Véase también *Pequeña historia de la llamada Acracia*.

Según algunos, esto explicaría la virulencia de su teoría totalizante y la violencia de sus formas de acción. Lo que es cierto es que la crítica antiautoritaria y las formas de acción puestas en vigor por los « ácratas » han desempeñado un papel considerable en el proceso de formación de la nueva izquierda antiautoritaria y libertaria española.

b) Desarrollo de la tendencia antiautoritaria

Es necesario subrayar la importancia que va a tener el movimiento de mayo de 1968 en Francia en el desarrollo del movimiento antiautoritario español. Mayo de 1968 ha tenido una resonancia considerable en España. A partir de esa fecha, se asiste al nacimiento de múltiples grupúsculos divididos en capillas sectarias y concurrentes, que intentan roer el terreno del PCE, implantado en la clase obrera. Pero, paralelamente a esta eclosión grupuscular, el movimiento antiautoritario comienza a salir de la sombra y volver a ser un componente vivo del movimiento revolucionario. El término de movimiento antiautoritario tiene contornos muy vagos; para clarificar, es necesario decir que engloba a la vez a los grupos anarquistas específicos y las nuevas tendencias izquierdistas antileninistas que se niegan a ponerse una etiqueta para escapar a toda manipulación de grupo político.

Poco a poco, en efecto, aparecieron espontáneamente grupos que tenían como base la discusión colectiva de las tácticas y el rechazo del liderazgo, y como práctica la edición clandestina, el activismo en la Universidad o en las barriadas. Estos grupos han nacido del resultado de una crítica de la práctica de los grupos leninistas. Sólo después de su formación buscan una filiación histórica y un vínculo de parentesco ideológico. Este renacimiento espontáneo de grupos antiautoritarios puede sorprender, pero no hay que olvidar que el caso de España es bastante diferente de los demás. Los treinta y pico años de franquismo han tenido como efecto una enorme separación de generaciones. La de la posguerra se ha impregnado de un terrible sentimiento de miedo, cuyas causas hay que buscar en la misma guerra civil y en la represión de la inmediata posguerra. Por ello existe, siendo muy neto todavía hoy, un corte entre esa generación y la joven generación. Si se considera el aspecto militante, se observa que entre los viejos militantes y los más jóvenes (17-25 años), se encuentra raramente a personas de edad intermedia o bien, los que se hallan, son individuos recientemente integrados al proceso de lucha. Esto tiene su importancia; se puede comprender así el foso entre la antigua y la nueva generación, explicándolo por la ausencia de generación intermedia. Hay que señalar también que no se trata tanto de un foso de generaciones como de una diferencia de análisis, siendo éste más sociológico entre los jóvenes, mientras que con frecuencia es ideológico en buen número de viejos compañeros. Es pues más correcto hablar de conflicto de método que de conflicto de generaciones. Es también interesante señalar que uno de los rasgos que caracteriza más el movimiento antiautoritario actual del interior es el hecho de no ser un producto directo de los esfuerzos de las organizaciones clásicas. Estas se han visto, por lo demás, sorprendidas por el surgimiento de ese movimiento antiautoritario, cuyos orígenes son marxistas muy frecuentemente, aunque sea portador de un proyecto revolucionario difícilmente separable de las ideas-fuerza del anarquismo. Es pues absurdo en el periodo de reconstrucción del movimiento trazar límites exactos entre el anarquismo y la corriente antiautoritaria. Al contrario, se trata de desarrollar una nueva problemática del anarquismo y de redefinir las ideas-fuerza en función de situaciones dadas. La corriente antiautoritaria es en ese sentido parte integrante del movimiento libertario español de hoy.

3. Situación del movimiento hoy día

El reciente nacimiento de grupos libertarios hace difícil toda tentativa de trazar un cuadro de la situación actual del movimiento libertario y antiautoritario en sus múltiples y diversos componentes. Por una especie de vaivén dialéctico, los grupos se forman, estallan y renacen. Por ello, la situación cambia cada día. En el momento en que redactamos estas notas, admira el constatar la multiplicidad de frentes en que se desarrollan los grupos. Pero, para simplificar, puede decir que existen tres tipos de grupos: grupos intelectuales, grupos mixtos obreros e intelectuales y grupos obreros.

a) Movimiento estudiantil e intelectual

La entrada de los universitarios en la lucha revolucionaria es un fenómeno mundial y no específicamente español. Por el contrario, en lo que respecta a España, es un fenómeno nuevo por las razones que hemos desarrollado anteriormente, es decir, por el carácter esencialmente proletario del movimiento revolucionario español.

Los grupos estudiantiles antiautoritarios son minoritarios, todavía hoy, y chocan con los grupos marxistas-leninistas en sus diversas tendencias. Por su propia naturaleza, esos grupos tienen una práctica limitada, o bien naufragan en el activismo puro y simple. Pero, con más frecuencia, sus actividades son teóricas (publicación de textos, etc.) y sus temas de movilización, lejos de ser únicamente antifranquistas, son de lucha contra la alienación y la represión. Los grupos estudiantiles antiautoritarios tienen también un papel crítico en el seno del movimiento estudiantil³. Estos grupos, diferenciados cualitativamente de los grupos políticos tradicionales, no tienden a la constitución de una organización, pero adquieren poco a poco conciencia de su papel de cristalización y de agrupamiento. Cortados del movimiento obrero, algunos intentan establecer contacto con militantes obreros y ayudarlos en sus tareas materiales. Esta tentativa de fusión, difícilmente realizable, se materializa en la formación de grupos libertarios mixtos de obreros y estudiantes.

b) Grupos mixtos autónomos libertarios

A partir de una crítica del intelectualismo de que está impregnado todo grupo estudiantil, han nacido grupos que reivindican su autonomía y cuya práctica consiste en desarrollar una actividad en las barriadas o en los lugares de trabajo. El origen social de esos grupos es variado, pero con frecuencia se encuentra en ellos a la vez trabajadores y marginales desclasados, estudiantes o ex estudiantes. La síntesis entre esas dos capas sociales es particularmente difícil de realizar. Ideológicamente, estos grupos se sitúan más en la línea anarquista específica y algunos de ellos han intentado o intentan todavía impulsar una organización anarquista del tipo de la Federación Anarquista Ibérica [FAI]; es decir, bastante cerrada. Estos grupos tienen, por su filiación ideológica bien determinada, contactos con el movimiento clásico. Geográficamente, es difícil situarlos. A juzgar por sus octavillas y periódicos, se puede afirmar que existen grupos anarquistas autónomos en Cataluña (Negro y Rojo, que publica *Tribuna Libertaria*), en Valencia (ex grupo Bandera Negra, que publica *Tierra Libre*), en Madrid (grupo *Autogestión*), en Zaragoza (grupo *Acción directa*) y en otras diversas regiones como el País vasco y Asturias. Existe un número indeterminado pero grande de individuos o de pequeños grupos, sin contacto entre sí. Una de sus preocupaciones es la necesidad imperiosa de coordinación para hacer eficaz la lucha. Diversos grupos autónomos anarquistas se han unido a esta tarea.

Se puede criticar la carencia de claridad de los objetivos de estos grupos. Por una especie de degeneración interna, debida al abandono de la práctica en provecho de la teoría, estos grupos, cuyo carácter social mixto hemos señalado, se dividen frecuentemente a causa de las concepciones diferentes de trabajadores e intelectuales en lo que concierne a la acción revolucionaria. Muchas veces, como en Valencia, el grupo se ve obligado a escindirse por incompatibilidad entre trabajadores e intelectuales. En relación con este problema, conviene subrayar las tendencias antisindicalistas de la mayoría de estos grupos. La experiencia de los grupos anarquistas autónomos es interesante pues, incluso si a menudo conduce a fracasos, representa una tentativa de ruptura con el intelectualismo del « grupusculismo » estudiantil. Por otra parte, pone de manifiesto que, a diferencia de otros países, la originalidad del movimiento en España es precisamente debida a la presencia de un sector obrero antiautoritario y libertario. A nuestro parecer, el ejemplo que presenta mayor interés es el de los Grupos Obreros Autónomos [GOA].

3. Puede leerse en un reciente texto publicado por los estudiantes antiautoritarios de Madrid: « [...] La minoría antiautoritaria debe hacer una crítica implacable y sin concesiones de la ideología y de la organización del movimiento [estudiantil]. »

c) Grupos obreros autónomos

Es difícil situar en el tiempo el nacimiento de los grupos obreros autónomos, pues éstos han existido siempre en el seno del movimiento obrero. Pero se puede decir que los que ahora se llaman de esta forma han nacido en el seno mismo del movimiento obrero y han surgido de la tendencia antiautoritaria y antiburocrática de las Comisiones obreras.

Ya se ha dicho más arriba que las Comisiones obreras fueron recuperadas rápidamente por los estalinistas. En reacción contra la burocracia de las Comisiones obreras nació un movimiento criticando las consignas del PCE y reivindicando la autonomía de los trabajadores. En marzo de 1969, nace en Barcelona la revista *¿Qué hacer?* que agrupa esa tendencia. La experiencia fracasa, debido en parte a la conquista de la revista por grupúsculos leninistas. Este fracaso conduce a la creación de «Plataformas», agrupación en el seno de las Comisiones obreras del sector antiautoritario. «Plataformas» constituía la puesta en práctica de la crítica teórica antiburocrática de *¿Qué hacer?* Pero el mismo proceso de destruyó la revista paralizó la acción de «Plataformas», asaltadas por los aprendices burócratas de los grupúsculos leninistas. Entonces comenzaron a aparecer acá y allá grupos obreros autónomos. Estos grupos no tenían al principio objetivos claros, a parte del rechazo de la dirección y, al mismo tiempo, una cierta práctica. Nacían en la práctica cotidiana de la lucha en las empresas y en las barriadas. Libertarios en su práctica, los GOA se «estructuraron» y, por el hecho de ser grupos específicamente obreros, escogieron como terreno de acción las empresas y las barriadas. A diferencia de los grupos anarquistas específicos de que hemos hablado antes, los GOA se caracterizan por el rechazo inicial de la teorización. Pero poco a poco se siente en ellos la necesidad de teoría, y se busca una filiación ideológica. Los GOA de Barcelona intentaron remediar la carencia de ideología publicando textos muy interesantes⁴. Pero los GOA se dieron a conocer esencialmente por su práctica. Son un centro catalizador del movimiento antiautoritario por su crítica constante de las formas leninistas de organización. Hoy entra en una nueva fase de «estructuración» y de coordinación a escala nacional. Es interesante constatar que Cataluña es uno de los baluartes de esos grupos (Santa Coloma, Barcelona, Vallés, Bajo Llobregat). Puede ser explicado esto por la perennidad del espíritu antiautoritario representado en esa región por la CNT y la FAI.

Los GOA son una variante del movimiento obrero antiautoritario, pero no es la única. En Asturias aparecen grupos muy diversificados. Las CRAS (Comunas Revolucionarias de Acción Socialista) eran al comienzo un grupúsculo izquierdista en el que se codeaban diversas tendencias. Hoy, la «línea ideológica» de las CRAS es el consejismo y las CRAS desarrollan con frecuencia una práctica unitaria con los militantes de la CNT de Asturias.

La forma de organización parece desarrollarse pues permite garantizar realmente la autonomía. Las GOA representan un primer esbozo del nuevo movimiento obrero.

A manera de conclusión

Bosquejar el cuadro del movimiento libertario español representa una tarea muy compleja. En ese sentido este informe es incompleto, pero a pesar de sus lagunas, estimamos que permite valorar algunas de sus características.

Lo particularmente sorprendente, en el caso de España, es por una parte el renacimiento de un movimiento joven, y por otra el carácter espontáneo de ese renacimiento, es decir, marginal respecto al movimiento clásico. Lo que sorprende igualmente a los compañeros que analizan ese fenómeno es el carácter obrero de numerosos grupos antiautoritarios. Se trata de un rasgo original en relación con otros países.

Parece que el movimiento en España, tras un largo periodo de estancamiento, está en periodo de reconstitución. La reivindicación de la autonomía se va abriendo camino. La situación es hoy más clara que hace cinco o seis años. El movimiento revolucionario antiautoritario se desarrolla en varios frentes y representa para lo sucesivo una tendencia importante en el movimiento obrero español. En ese sentido los revolucionarios actuales enlazan con la tradición obrera del anarquismo español.

⁴ Lucha contra la represión, Cómo luchar contra los cronometrajes, Lucha contra la explotación en la empresa; pero también textos más teóricos: Cardan, Pannekoek...

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

I

De la Komintern al Kominform

La crisis de la Internacional Comunista ● La disolución ● La crisis teórica ● ¿Capitalismo agonizante? ● Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país ● El monolitismo ● Transplantación del modelo soviético ● Ultracentrismo y rusificación ● La crisis política ● La experiencia alemana ● Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitórias ● Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal ● La experiencia frentista ● « Hay que saber terminar una huelga » (el 36 francés) ● La revolución inoportuna (España 1936-1939) ● La experiencia colonial ● Revolución china ● El apogeo del estalinismo ● Revolución y esferas de influencia ● La revolución frustrada (Francia) ● La revolución frustrada (Italia) ● La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia) ● De la « gran alianza » a los « dos campos » ● El reparto de las « esferas de influencia » ● El naufragio del oportunismo estaliniano ● El Kominform ● Las revoluciones del glacis ● Retroceso general del movimiento comunista en Occidente ● La brecha yugoslava ● Instauración de la dictadura burocrática y policiaca en el glacis ● Los procesos ● El relevo oriental ● Revolución china y « gran alianza » ● Guerra revolucionaria o « unión nacional » ● El espectro de un « titismo chino » ● Nuevo equilibrio mundial ● Los « combatientes de la paz » ● Empate en la guerra fría

704 páginas

45 F

Ruedo ibérico

6 rue de Latran 75005 París

Ayuntamiento de Madrid

Encuesta

Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español

Contestan

Octavio Alberola
Ramón Álvarez
José Borrás
José Cabañas
José Campos
Salvador Cano
Francisco Carrasquer
Colectivo de jóvenes ácratas
Eugenio Domingo
Víctor García
Juan García Durán

Miguel García García
José García Pradas
Freddy Gómez
Juan Lorenzo
José Martín-Artajo
Juan Manuel Molina
Jaime Mora
Mikel Orrantia
Abel Paz
José Peirats

Preguntas formuladas en el curso de la encuesta

Pasado

1. ¿Cómo te hiciste anarquista? 2. Resume tu vida sindical, o en grupo anarquista, o en ambos. 3. ¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa? 4. ¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria? 5. ¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT? 6. ¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil? 7. ¿Colectivizaciones? 8. ¿Acción militar? 9. ¿Participación en organismos estatales? 10. ¿Encuadramiento y educación política de masas? 11. ¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

Presente

12. ¿Qué opinión te merecen, en general, los viejos anarquistas? 13. ¿Qué opinión te merecen los jóvenes anarquistas? 14. ¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los mismos: jipismo, libertad erótica, etc.? 15. ¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las «izquierdas» españolas para una coordinación de acción siquiera mínima? 16. ¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política o de conciencia revolucionaria de

las masas españolas actuales? 17. ¿Qué posibilidades de acción permiten? 18. ¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista? 19. ¿Con un gobierno militar ultra; con un gobierno democristiano-liberal; con un gobierno socialista moderado; con una dictadura militar naserista, semi-comunista...? 20. ¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen en esas circunstancias? 21. ¿Cuál debiera ser la acción anarquista en cada uno de esos casos?

Futuro

22. De manera general, ¿crees posible una revolución libertaria en España? En caso afirmativo, ¿a corto plazo? ¿A largo plazo? 23. ¿Qué formas adoptaría? 24. En relación con los puntos 10 y 11, ¿cuál debe ser, a tu entender, la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato? 25. ¿Qué formas organizativas más adecuadas son las que consideras para tal acción? 26. ¿Cuáles son, a tu modo de ver, los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo? 27. ¿Tiene hoy planteado el anarquismo problemas teóricos fundamentales? 28. ¿Cuáles? 29. ¿El movimiento libertario español ha hallado su indiscutible fuerza durante un largo período en las organizaciones que se dio como base o en el impacto de la ideología que las animaba?

Justificación de la encuesta

En el proyecto primitivo de esta obra estaba prevista una encuesta sobre el anarquismo español. Pero en ella, el cuestionario estaba dirigido, preferentemente, a los no libertarios. Al abandonar aquel proyecto, se abandonó también la dirección dada en él a la encuesta. Pocas ilusiones cabía hacerse sobre lo que los españoles pertenecientes a otras tendencias pudieran responder sobre el tema. Esta creencia nuestra nos hizo renunciar *a priori* a aquellas posibles, que no seguras aportaciones. En la actual encuesta, optamos por dirigirnos exclusivamente a militantes, exmilitantes y simpatizantes libertarios españoles.

Las preguntas han sido formuladas de manera que pudieran ser aceptadas por cualquier libertario y de manera lo suficientemente concreta para evitar digresiones que obligasen después a podas crueles. La experiencia personal del editor del fascículo le hacían temer la prolijidad de sus probables interlocutores y el celo excesivo que de su prosa tienen los libertarios a la moda actual. Se dejaba al interlocutor entera libertad de contestar a las preguntas que estimase oportuno o, incluso, que se formulase él mismo preguntas nuevas. En algún caso (Peirats, Martín-Artajo, Carrasquer, por ejemplo), tal libertad ha sido ampliamente ejercida.

Afirmemos ya que la encuesta la cerramos con cierto sentimiento de fracaso, fracaso parcial, pero fracaso. El número de respuestas que nos ha sido dado recoger es muy limitado: sólo han respondido veintiuno de los invitados a hacerlo, es decir, menos de la cuarta parte. Quizá algunas de las respuestas lleguen cuando el fascículo esté en manos del lector. Muchos de nuestros invitados ni siquiera acusaron recibo a nuestra reiterada invitación. Federica Montseny, por ejemplo, a la que invitamos con ruego de hacer extensiva nuestra invitación a quienes estimase pertinente. La precisión nominativa tiene explicación en este caso. Entre las intenciones del editor estaba la de abrir las páginas de la revista a todas las tendencias del movimiento libertario, la de evitar que el resultado a que llegase pudiera ser calificado de ataque unilateral —aunque él lo considerase merecido— contra una de ellas. Objetivo fallido. Para no herir, tras este revés, susceptibilidades —metafóricamente hablando— de la tendencia aludida, hubiera sido necesario suprimir la mayor parte de las colaboraciones recibidas —no sólo de las respuestas a la encuesta—, lo que hubiera sido atacar por omisión a algunas de las otras tendencias, en beneficio de la que observaba el silencio. Tan anémico hubiera quedado el fascículo que mejor hubiera sido abandonarlo.

Algunas ausencias que el lector iniciado podría descubrir por sí solo, merecen también referencia puesto que se trata de negativas a responder razonadas (y amistosas). Diego Abad de Santillán adujo

que la respuesta al cuestionario había que dejarla a los jóvenes libertarios, lo que el editor era capaz de comprender pues se esforzó, con relativo éxito, en obtener tales respuestas. Finalmente, Santillán rectificó su decisión pero, por haber extraviado el cuestionario, mandó un artículo sobre el que volveremos. Horacio M. Prieto comunicó que cuanto podía responder al cuestionario lo había dicho en su *Posibilismo libertario*, lo que el invitante no ignoraba. Juan García Oliver dio como razón de su negativa el estar absorbido por la redacción de una obra —para Ediciones Ruedo ibérico, lo que puede servir de consuelo al editor—, en la que necesariamente tendrá que abordar los problemas que plantea el cuestionario. Quienes busquen, como es bastante habitual, entre los libertarios que aceptaron aportar sus luces a nuestra encuesta los nombres más conocidos de los militantes de la generación que mayor influencia tuvo en el movimiento libertario durante la guerra civil pueden sentirse un tanto defraudados. Nosotros también.

Fracaso parcial, sin embargo. Una clasificación —arbitraria como toda clasificación, y más aún en este caso por tratarse de libertarios— establecida a partir de coordenadas múltiples, nos permite afirmar que los veintidós libertarios que han respondido representan, ya que no todos los matices de la humana gama libertaria, sí los colores puros de la misma. En nuestra serie hay representantes de todas las generaciones comprendidas entre los 20 y los 75 años de edad. «Tendencialmente» el muestrario es amplio. Podríamos decir que todas las tendencias —menos una: la que a sí misma se califica de «pura»— se hallan representadas. El lector puede evitarnos definiciones en este plano, aplicando las suyas si se le ocurren. Si no se le ocurren, es que no tiene necesidad de hacerlo, y tampoco habrá perdido nada con nuestra inhibición. Por lo que a experiencia vital se refiere, hay entre nuestros interlocutores combatientes de la guerra civil y libertarios para quienes aquella contienda es algo aprendido en los libros o a través de experiencias ajenas. Los hay militantes estrictamente sindicalistas, militantes únicamente «específicos»*, individuos de doble militancia, y otros que no militaron en organización libertaria alguna. Los hay con una experiencia de exilio prolongada, con un largo conocimiento de la represión y de la cárcel, los hay que unen una y otra experiencia. Los hay que siguen militando en organizaciones que reivindican el anarquismo, como los hay que abandonaron tales organizaciones en cada uno de los momentos esenciales de su historia reciente. Dominan, sin embargo, quienes militaron en organizaciones libertarias e

* Pertenecientes únicamente a la FAI, organización calificada por los libertarios de «específica».

incluso desempeñaron puestos de responsabilidad mayor o menor. Las motivaciones de la incorporación al anarquismo o de la asunción de las doctrinas libertarias son muy diversas de uno a otro caso. Las breves biografías que preceden a cada serie de respuestas dan suficientes elementos de clasificación. Esta variedad la hemos buscado desde el comienzo. No por una pretensión de equidad —que las puertas que abríamos a todos hacían inútil— sino por parecer-nos condición para alcanzar el fin que se proponía la encuesta: reflejar, con una variedad de enfoques, el mayor número posible de problemas —de la interpretación del pasado, de la estimación del presente y de la prospectiva del futuro; ideológicos o teóricos, organizacionales, estratégicos o tácticos— que los libertarios consideran que tienen planteados.

Este objetivo excluía recurrir prioritariamente a fuentes « oficiales ». (En forma de notas del editor, sobre todo al trabajo de Orero, se han incorporado algunas tomas de posición provenientes de grupos más o menos « oficiales ».) Nos parecía necesario exigir testimonios vivos, aportaciones individuales. Dejar de lado las respuestas « orgánicas », las respuestas aprobadas, procedentes de los comités. Los problemas a que hemos aludido deben ser debatidos de cara al exterior, de manera susceptible a suscitar polémicas fuera de los exigüos límites de las actuales organizaciones del movimiento libertario. Las fuentes oficiales tienen tendencia a enmascarar los problemas que sus organizaciones tienen planteados, más bien que a plantearlos a la luz del día. Tocamos aquí un problema importante. Por aberrante que ello pueda parecer, las organizaciones libertarias actuales manifiestan también —hoy más que ayer, ayer más que anteayer, cabe añadir— este carácter. No podíamos recurrir, por tanto, a un método, otras veces empleado por *Cuadernos de Ruedo ibérico*, de cosechar textos publicados por la prensa « oficial » de las organizaciones y contrastarlos, oponerlos, organizarlos para dar sentido a un esquema en provecho de nuestros lectores. La lectura de los órganos oficiales del movimiento libertario español nos hace sospechar que sus páginas están henchidas de « polémicas ». Sospecha fundada quizá. Pero si polémica hay en tales órganos, difícil parece que el profano la descubra, como difícil debe ser seguirla al iniciado. ¿Es ilusión nuestra que la prosa de los órganos oficiales libertarios nos parezca cada vez más semejante a la prosa a que siempre nos habituó la prensa oficial comunista? Prosa hecha de alusiones crípticas, ininteligibles para aquellos cuyos problemas se debaten, en fin de cuentas no nos parece vehículo apropiado de polémica. El monólogo negativo, en el que los argumentos son sustituidos por aliteraciones de

insultos, sugeridos o formulados, no es polémica. La polémica es un fenómeno de opinión pública, verdad ésta de perogrullo. ¿Cómo, pues, merecerán tal calificativo los diálogos de sordos entre burócratas y para burócratas?

La celebración de un coloquio hubiera sido la solución óptima para llegar a establecer un verdadero diálogo, de manera espontánea, eliminando hasta el máximo los inevitables defectos de la inducción contenidos siempre en la arquitectura de todo cuestionario. Los medios de que disponemos hacían imposible la organización de un coloquio o seminario, por restringido que hubiera sido. El cuestionario fue concebido con plena conciencia de esa circunstancia y con el objetivo de paliar sus resultados negativos.

Nuestro formulario debía llevar, pues, en sí potencialidades polémicas. Y el trabajo de Orero (p. 247-270) no nos ha defraudado, aunque no en el plano que esperábamos la polémica. Como uno de los grandes payasos ibéricos de León Felipe, al parecer nos hemos cogido la nariz con nuestro propio invento. Pues en este caso la impugnación que hemos provocado encausa ásperamente los objetivos y las motivaciones « subyacentes » de nuestra propia encuesta. La serie de 19 preguntas que constituían el cuestionario (p. 147) fue obra colectiva, en la que participaron incluso los propios invitados a dar sus respuestas. Creímos, pues, haber tenido más acierto con ellas y no sospechamos haber abrigado las aviesas intenciones que Orero nos atribuye. Pero que duda cabe que muchas de sus impugnaciones al conjunto del cuestionario son irrefutables y que como pertinentes debamos aceptarlas.

Al tratar de suscitar definiciones, críticas, proposiciones fuera de los cauces « orgánicos », somos conscientes de ofrecer el flanco para que se nos califique de provocadores. La clandestinidad tiene sus exigencias. Es evidente. Las propias debilidades no hay que exponerlas ante el adversario. Estaríamos de acuerdo con este axioma si el ocultarlas al enemigo fuese compatible con su exposición ante el partidario, si propósito de corregirlas, de compensarlas, se viera. La ropa sucia se lava en familia, se dice. Pero las criptopolémicas y las sargas de insultos mostraron ya, con hiriente evidencia a quien quiso verlo, que ropa sucia había en casa. Y la renuncia a la polémica pública, no ha ido acompañada de aquella colada que al parecer justificaba el siglo polémico. La clandestinidad todo el mundo sabe que es una realidad penosa que imponen los guardianes de ciertos órdenes establecidos a los grupos humanos

que los combaten. Pero también se va sabiendo que es una realidad que adaptan algunos miembros de esos grupos para obtener ciertas conductas de sus componentes, para alcanzar objetivos en contradicción flagrante con los fines que creían éstos haberse asignado. El aristocratizante «no apto para menores», «reservado a los militantes» (palabra ésta que en el movimiento libertario designó tradicionalmente a la «élite») revela valores que no parecen en manera alguna libertarios. El secreto, el privilegio de acceso a franjas del conocimiento, la tendencia al monopolio informativo son caracteres, y no de los menos significativos, de los grupos autoritarios. Nos permitimos remitir el lector al trabajo de Francisco Carrasquer sobre «el gran problema del anarquismo» (p. 339-348), que contiene consideraciones pertinentes relacionadas con el punto que nos ocupa. Las grandes polémicas, las polémicas ideológicas, las únicas que cuentan, necesitan la luz del día, sea cual sea la situación que atraviesa el grupo humano que es conmovido, desgarrado por ellas. Nos parece innecesario recurrir a ejemplos históricos.

Las polémicas dignas de ese nombre tienen valor pedagógico, fueron siempre instrumento de proselitismo. Consecuentes con ese criterio, publicamos en este fascículo los documentos relativos a una polémica célebre en el movimiento libertario español (p. 299-315), polémica que consideramos modélica por su fondo y por su forma, si de ella se excluían los textos residuales, lo que hemos tratado de hacer.

La lectura de algunos de los trabajos publicados en este fascículo, lleva a pensar que las organizaciones libertarias exigen hoy a muchos de sus miembros abandonarlas para poder expresar lo que piensan. El silenciamiento de las voces adversas (o simplemente disconformes), el abandono masivo de militancia, aparentemente voluntario, pero en realidad impuesto por un clima que todo lleva a considerar como expresamente creado para lograr tal resultado, las expulsiones en serie, es decir, el despilfarro de hombres, el desdén por la información, por los puntos de vista ajenos, en un periodo en que el proselitismo se mina desde dentro y encuentra dificultades fuera, aparecen como fenómenos conexos que empujaban agresivamente hacia conclusiones que hay que esforzarse mucho para no abandonarse a la tentación de articularlas en un proceso de liquidación.

En algunas de las respuestas se hallan alusiones a este hecho. La crítica de Orero, ya citada, no ha resistido a la tentación de proceder a tal articulación, tras haber analizado lo que él considera las causas de esa serie de fenómenos conexos. En otras respuestas se hallaran ecos más apagados de la misma reacción (Alberola, Álvarez, Martín-Artajo).

La lucha fraccional ha desgarrado profundamente el movimiento libertario español después de la guerra civil y a lo largo de treinta años, sin provocar una verdadera polémica. Carencia de soportes para exponerla, se dice*. El bajo nivel de «las justas literarias» libertarias desde 1945—tras un silencio casi absoluto que podría explicar, ya que no justificar, la segunda guerra mundial—, contrasta con la cantidad de papel que los libertarios han malgastado por doquier en sus años de exilio, despilfarro al que pocas publicaciones libertarias han escapado en ese periodo. Puestos a justificar, si la situación de clandestinidad (de exilio sólo para tantos) justificase el sigilo polémico, la proliferación de órganos de expresión absolvería del pecado de algarabía.

Otra razón de peso nos hacía recurrir a la fórmula de encuesta. El movimiento anarquista español, que en su época «clásica» ocupó buena parte de la atención de la opinión pública contemporánea, se ha convertido en algo esotérico para la gran mayoría de los españoles de hoy, incluso para aquellos que por el hacer político (expresión herética) se preocupan. ¿Quién fuera de sus afiliados lee hoy las publicaciones de las organizaciones libertarias? ¿Cómo es que organizaciones que todavía cuentan con miles de adherentes son menos conocidas entre las generaciones españolas de posguerra que cualquier grupúsculo, por no recurrir al ejemplo de la ETA? Es cierto que los estudios sobre el movimiento anarquista español son abundantes en los últimos años. Pero casi todo lo valioso publicado sobre él—incluso por sus propios militantes—es de carácter histórico. Sobre este hecho, no podemos sino remitir a las respuestas de José Campos (p. 169-174) y a la impugnación de Felipe Orero. La lectura de esas obras unida al agotamiento de otras fuentes de información, tienen que dar al observador exterior el sentimiento de que se halla ante un fenómeno perteneciente por entero al pasado. Quien de más cerca haya seguido la vida política española bajo el franquismo sabe que el movimiento libertario ha prolongado sus luchas, su existencia, hasta hoy, en un proceso prácticamente desconocido para los profanos, bastante confuso para los iniciados, juzgado por enemigos y extraños, incluso por los partidarios, como un proceso de degeneración irreversible, como un fenómeno de extinción. El haber olvidado en nuestro cuestionario las preguntas que hubiesen suscitado respuestas que informasen sobre ese periodo es uno de los reproches más fundados que nos dirige Orero. Algo positivo ha dado tal olvido, pues ha permitido a nuestro crítico colmar la laguna copiosamente. Tras-

* Véase en p. 129-133: «De 'Soli' a 'Frente Libertario'», de F. Gómez Peláez.

poner la innegable decadencia de las organizaciones libertarias tradicionales al conjunto del anarquismo en tanto que « corriente », en tanto que cuerpo de doctrina, en tanto que práctica revolucionaria, es un paso que muchos dieron —y cuantos no con alegría—, que muchos siguen dando, pues el fetichismo de las siglas no es privativo de los miembros de aquellas decadentes organizaciones, en un momento en que el resurgir del anarquismo se manifiesta en las luchas revolucionarias de todos los países industrializados, e incluso más allá de ellos. De manera vergonzante muchas veces, pues extendida está la tendencia a ocultar los vínculos con unos antepasados susceptibles de entorpecer el abrirse camino de los descendientes. De manera inconsciente otras, ¿pues cómo sabrían que están empleado métodos anarquistas en su acción quienes no oyeron hablar del anarquismo? Christie (p. 93-112), Meltzer (p. 135-140), Freddy y Alicia (p. 141-145), y con mayor violencia, si cabe, Orero (p. 247-270) se refieren a esos fenómenos en este suplemento. Hasta aquí nuestra justificación de haber recurrido a testimonios vivos.

El cuestionario converge hacia tres nudos principales. A través de las preguntas relacionadas con el pasado —no muy lejano para buena parte de algunos de los encuestados— de la CNT y de la FAI, se intenta llegar a una delimitación de los contornos del movimiento libertario español, despejando dos problemas a nuestro juicio importantes y susceptibles de plantearse en un futuro cada vez más probable: el del carácter revolucionario o reformista de la CNT y el de su autonomía, mejor aún, el de su independencia, en tanto que organización de masas, de una organización exterior a ella, concretamente, el de su dependencia o independencia de la FAI.

El segundo grupo de preguntas, centradas éstas en el presente, tiende a situar las actuales organizaciones libertarias en el cuadro de la oposición al franquismo en su conjunto, y en consecuencia a permitir un recuento de sus posibilidades de acción, de sus posibilidades de insertarse en el proceso político que empieza a desarrollarse en España, abordando el problema del choque generacional alrededor de las viejas estrategias y tácticas de la oposición antifranquista y las nuevas formas de lucha, surgidas en España en las últimas décadas, choque que traduce la presencia simultánea de dos escalas de valores. La tercera parte del cuestionario, para nosotros la más importante, estaba construida sobre supuestos que hay que confirmar o destruir: el de la decadencia o desaparición en plazo más o menos breve del movimiento libertario español; el de su persistencia y renacimiento; el del nacimiento de un nuevo movimiento anarquista y, en este supuesto, el tipo de

relaciones que tendría con el movimiento libertario tradicional, el de los problemas con que tropezaría y el de las formas organizativas a que tendería. Confesemos que la impugnación que del cuestionario hace Orero, nos inspira a *posteriori* la duda de haber escogido bien nuestras preguntas y, lo que es peor, que nuestra división en aquellos tres nudos fuera el método apropiado para alcanzar los resultados que apetecíamos.

Si el conjunto de respuestas y su doble colofón (Orero y Abad de Santillán) contribuyen a plantear sobre bases de alguna solidez en nuestros lectores los problemas respecto a los cuales procuran una información bastante amplia y un enfoque diversificado las respuestas recogidas, quedaremos satisfechos.

El escaso número de participantes en la encuesta, y el que las respuestas procedan en general de individuos poco conocidos, puede ser considerado, quizá, como negación del valor del conjunto de respuestas obtenidas. No tomamos en cuenta esa posible objeción. Las preguntas han sido formuladas para obtener respuestas matizadas, no para ofrecer la opción entre un sí y un no. (El lector tendrá que optar entre esta afirmación nuestra y la argumentación en sentido contrario de Orero.)

Hay que interpretar las respuestas como lo que en realidad son: resultado de una experiencia hecha en contacto con grupos más o menos amplios, en periodos más o menos largos. Cada participante hay que verlo como centro de una red compleja de relaciones y no como portador de una conciencia aislada. En mayor o menor medida, cada uno de ellos es portador de la opinión de cierto número de individuos. El estilo polémico adoptado por buena parte de las respuestas, socializa éstas, al reflejar opiniones anteriormente expresadas.

Gracias a la generosidad de quienes nos han respondido o nos han impugnado, hemos podido en muchos casos llenar vacíos dejados por los otros trabajos que componen este fascículo y hacen posible el ir y venir con mayor facilidad entre aspectos aparentemente inconexos del mismo.

Las páginas de Felipe Orero y de Diego Abad de Santillán nos han parecido que debían ser consideradas como respuestas al cuestionario. Su discurso ha sido motivado por nuestras preguntas. Quizá sean ellos quienes dan la tónica general, desde sus polos respectivos, al conjunto de respuestas recogidas. Y —salvadas escasas excepciones— la tónica tendrá que ser considerada como optimista por los libertarios españoles que nos lean, y puede ser que excesiva-

mente optimista por nuestros lectores no anarquistas. Los autores del doble colofón a la encuesta son, sin duda, hombres de generaciones distintas, de formación diferente, de experiencias diversas. Por ello, el acorde de sus coincidencias, de sus convergencias —que las hay profundas entre sus trabajos— y sus estridentes divergencias —¿pero son éstas tan profundas?— tienden un hilo en el que es posible enhebrar el resto de las respuestas. Para quien sabemos que tiene una larga vida tras él, el anarquismo, los anarquistas españoles, son historia porque fueron carne de ella, porque la hicieron y por ello hacen posible la historia futura; para quien imaginamos más joven, el anarquismo, los anarquistas españoles, son también historia porque la encarnarán, porque volverán a hacerla. Pero al afirmar que el anarquismo es historia —proceso de desalienación del hombre, de los hombres— cada uno a su manera, con calma

resignada aquél, con cólera apenas contenida éste, ¿no afirman ambos que la « antihistoria » son los otros ?

Al lector dejamos que aborde los problemas planteados por las preguntas y respuestas contrastando las opiniones dispares o contradictorias, interpretando las confluencias, en algún caso unánimes, la parcial o unánime ignorancia de algunas de las preguntas formuladas, o analizando coincidencias formales que encierran contradicciones de fondo.

Una salvedad se impone, antes de dejar la palabra a los encuestados. Los problemas a que han sido sensibles los libertarios que aquí se expresan no los da **Cuadernos de Ruedo ibérico** como totalidad de los problemas que hoy tiene planteado el anarquismo, ni la de los que éste plantea a los no anarquistas.

Cuadernos de Ruedo ibérico

En el número 39-40 de **Cuadernos de Ruedo ibérico** se publican los siguientes trabajos :

Juan Goytisolo : **El mundo erótico de María de Zayas**

Carlos-Peregrín Otero : **Prolegómenos para una historia de la cultura hispana en el siglo XX**

Jerónimo Hernández : **Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno**

Rafael Fernández : **Ocho notas sobre la política internacional del Partido Comunista de España**

Juan Carlos Portantiero : **Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual**

Normal Gall : **La única respuesta posible**

Corresponsal : **El « affaire » de las autopistas**

En el número 41-42 de **Cuadernos de Ruedo ibérico** se publican los siguientes trabajos :

Paul Preston : **El asalto monárquico contra la segunda República**

Martín Blinkhorn : **El carlismo y la crisis española de los años treinta**

Paul Preston : **El « accidentalismo » de la CEDA. ¿Aceptación o sabotaje de la República ?**

Vicente Llorens : **Los índices inquisitoriales y la literatura imaginativa**

Juan Martínez Alier : **El fin de la ortodoxia en economía**

Carlos Rafael Rivera : **El ghetto puertorriqueño**

Octavio Alberola

Octavio Alberola. Nacido en 1928, de familia oriunda de Aragón, burguesa de origen y profundamente libertaria. Marcha al exilio en 1940 siguiendo a su padre, viejo y activo militante de la CNT, que se establece en México. Estudia ingeniería civil en la Universidad Autónoma de México. Organizador allí de las Juventudes Libertarias, se le detiene y encarcela durante algún tiempo en 1946. Residente en Europa desde 1962, en 1967 se entera del atroz asesinato de su padre en México, el día primero de mayo de aquel año. Detenido en Bélgica en 1968 so pretexto policial de tentativa de secuestro del ministro franquista Alberto Ullastres. Residente aún hoy en día en Lieja, colabora constantemente con trabajos sobre temas libertarios en diversas publicaciones revolucionarias. Su libro **Determinismo y libertad**, escrito para el Congreso Científico de la ciudad de México de 1949, ha sido editado ya dos veces. Escribe un libro sobre el activismo revolucionario anarquista en Europa entre 1961 y 1971.

A manera de preámbulo

¿Cuál debe ser a tu entender la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

La actualidad e importancia del «golpe de Estado» que los pretorianos acaban de dar contra el gobierno de «unión popular» en Chile —que no puede por menos que recordarnos el pronunciamiento faccioso de 1936 contra la «legalidad republicana» en España—, y la oportuna lectura de un folleto sobre el «inmediato porvenir» del pueblo español, me han incitado a centrar mi respuesta en la pregunta 15ª de la encuesta. Tanto por considerar de más actualidad el problema de fondo que ella plantea, como por considerarlo decisivo para el porvenir de las ideas libertarias y de la revolución española.

Pues bien, si las experiencias históricas deben servir de algo, creo que los libertarios españoles no tenemos el derecho de ignorar las lecciones que la historia de **nuestro** país nos ha prodigado en materia de pronunciamientos reaccionarios contra la «voluntad popular». Desde la liquidación de la primera República hasta nuestros días. Y, por si esto no fuese suficiente, creo que tampoco estaría de más el reflexionar sobre esta reciente lección que los militares chilenos han dado a los revolucionarios de todo el mundo. A saber: la imposibilidad de ir a la revolución por el camino de la legalidad burguesa.

Digo lo anterior porque, aunque parezca paradójico, son muchos los libertarios españoles que todavía hoy sueñan y afirman que el camino hacia la revolución, en España, pasa, primero, por la liberalización del régimen fascista actual. Y claro es, como consecuencia de este sueño, o de esta convicción, se preconiza —como acción a desarrollar en el presente y en el futuro inmediato— «favorecer y no entorpecer este proceso». Y, para que ello sea consecuente, se nos recomienda «adoptar una actitud prudente»; y, sobre todo, «no hacer disparates que haciéndoles olvidar sus querellas les endurezca de nuevo tomando a testigo graves pretextos».

Claro es que, esta actitud que se nos aconseja, está basada en esa especulación —ya vieja y rutinaria— de la supuesta o real «descompostura» del régimen franquista; y en la ingenua esperanza de que, al desaparecer Franco, los que luchan por la sucesión se verán obligados «a tomar el toro por los cuernos», permitiéndonos a los de la Oposición el darle la estocada... De ahí que, recomendándonos «un poco de psicología», se nos diga que: «El sistema dictatorial es capaz de desalentar toda veleidad revolucionaria frontal que, de producirse, no encontraría tampoco ahora en el exterior la base de sostén imprescindible y tal vez sí la tuviera la dictadura.» Además, porque si bien es verdad que el régimen franquista espera encontrar justificaciones para retardar el proceso evolutivo, «también podrían malograr el proceso precipitaciones a la brava, impaciencias y sectarismos de la oposición», que tendrían como resultado «el endurecimiento del sistema, el cierre de guardia y la reculada de no pocos vacilantes en el seno del sistema mismo».

Es decir que, si compartiéramos ese **prometedor optimismo**, tendríamos que reconocer que «estamos condenados, queramos o no, a una evolución lenta del problema español, aunque de un tiempo a esta parte los resultados son esperanzadores». Y que podemos «ayudar al parto de diferentes maneras, contribuyendo al aislamiento del régimen, no colaborando con él, denunciando constantemente sus arbitrariedades», etc. Pero sobre todo, recordando que «estamos ya advertidos de que ni la tumefacción separatista ni la puja revolucionaria frontal, ni la demagogia autoritaria en nombre de un cierto

socialismo facilitarán la transición sino la regresión, tal vez bajo un nuevo signo totalitario ».

Pero, hay que decirlo claramente, no sólo no compartimos este derrotismo —definido como « una estrategia de la prudencia »— sino que nos parece lamentable que un libertario * se atreva a defender tal posición. Precisamente, porque en nombre de « nuestro deber de revolucionarios », que « nos impele a trabajar incansablemente por sacudirnos el peso de la dictadura y liberar de su presa al pueblo español » —como reza el primer apartado del resumen que, en forma de decálogo, se nos ofrece en el citado folleto—, nos parece inconcebible el preconizar una estrategia que lo es todo menos una estrategia revolucionaria.

Todo y no olvidando —como nos lo recuerda el autor del folleto, apoyándose en un « proyecto » de Salvador de Madariaga— que « es casi seguro que el ejército intervendría en dos casos : un intento revolucionario comunista, anarquista o comunista; o un intento de separatismo vasco o catalán ».

Pero, situándonos en una perspectiva libertaria, es que ¿ acaso es lógico suponer la posibilidad de una tentativa revolucionaria sin que el ejército intervenga violentamente para reprimirla ? ¿ En España y en no importa qué otro país del mundo ?

Que se considere que no queda otra alternativa a los antifascistas españoles, incluidos los libertarios, que la de ayudar a la evolución del régimen franquista, sin entorpecer su real o aparente proceso de liberalización, nos parece lógico y admisible en hombres que, como Madariaga, nunca han sido partidarios de un cambio revolucionario de la sociedad española. Pero que lo preconice un libertario nos parece sinceramente desplazado o, como mínimo, una triste reculada. Aunque, indiscutiblemente, no negamos a nadie el derecho de coincidir, en lo esencial, con el « proyecto de don Salvador ». Pero, en ese caso, nos parece que sería más correcto el decirlo claramente ; aunque ello implicara renunciar a una ideología que quizás sólo se mantenga como resabio sentimental o como simple aspiración romántica... Todo y no coincidiendo, claro está, « en la esperanza real o fingida que tributa al papel decisivo del ejército español para la solución de nuestra crisis, el famoso publicista y sincero patriota que va para los 87 años ». Lo que ya sería el colmo.

Un cierto rigor intelectual y una cierta probidad ideológica exigen que, en tratándose de problemas fundamentales, no se ande con ambigüedades o con eufemismos. Al pan, pan, y al vino, vino ; y tan amigos. Puesto que nadie está obligado a creer, porque antes haya creído, en las virtudes de la lucha revolucionaria —frente al Capital o frente al Estado—, si, por las razones que sea, se considera que el reformismo político y sindical es más eficaz o más interesante. Pero no vemos el porqué debe esconderse. Y todavía más cuando, el que así piensa, se atreve a calificar tan despectivamente, y sin mayor explicación, de « mozalbetes de la nueva izquierda o gauchismo » a toda esa juventud que, al margen de los partidos clásicos, sigue soñando con la viabilidad de la revolución, en España y en el mundo.

La respuesta a la pregunta de la encuesta hay que situarla, pues, en el terreno de la sinceridad ; es decir, en consonancia con lo que realmente se está dispuesto a poner en juego... Pues de lo contrario se cae de lleno en la demagogia o en la pura masturbación mental. Ya que, a mi entender, siempre será más positiva, o menos nociva, la actitud de aquellos que —integrados a esta sociedad, pero aspirando a otra más libre y justa— reconocen su renuncia a la lucha revolucionaria, que la de aquellos que —para justificar su nuevo derrotero— preconizan el reformismo encubierto de la tradicional fraseología revolucionaria. Pues, en este último caso no se está muy lejos de los que, sin saber de lo que hablan o sabiéndolo demasiado bien, se gargarizan todos los días —en periódicos y tribunas libertarias— con las elucubraciones utópicas más descabelladas.

Por mi parte, tratando de adaptar mis palabras y mis deseos a mis posibilidades y a mi verdadera disposición, considero que sólo manteniendo las tesis libertarias y revolu-

* Las frases contra las que polemiza Octavio Alberola están sacadas del folleto de José Peirats *Examen constructivo del Movimiento Libertario Español*. Las respuestas a la encuesta

de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* de Peirats figuran en las p. 231-245.

cionarias podré seguir pretendiendo ser fiel a las mismas. Todo y no implicando esa fidelidad ninguna renuncia a pasar continuamente por el tamiz crítico aquéllas.

Así pues, estoy firmemente convencido que la acción que deben y pueden desarrollar los libertarios en España, en el presente y en el futuro inmediato, es una acción que sea auténticamente libertaria y revolucionaria. Y en este sentido sólo creo puede serlo la acción que tienda a hacer fracasar los proyectos evolutivos de la dictadura —por « progresista » que sea el sector que en su seno los haya elaborado y los defienda. Porque, sin remitirme a nuestros clásicos, estoy convencido de que los detentadores del poder (político o económico, negro o rojo) siempre recurrirán a la violencia represiva, al fascismo, cada vez que el **intermedio democrático** pierda su eficacia para garantizar la continuidad de sus privilegios.

Me parece que el error más grave que podrían cometer los libertarios sería el que, por cansancio o por derrotismo, y en espera de la hipotética liberalización del régimen franquista, renunciaran al combate contra la dictadura. ¡ Véase lo que ha sido de los propósitos liberalizantes del sucesor de Salazar, en nuestro vecino Portugal !

Bien seguro, no se trata solamente de renunciar verbalmente ; pero ya es un gran paso el que no nos convenzamos que todo está perdido. Puesto que si seguimos preconizando el combate contra la dictadura de Franco, o de la que le suceda, dispuestos a reunir voluntades y medios para afirmar prácticamente esta actitud combativa, no sólo seremos consecuentes con nuestros propósitos revolucionarios sino que, sin precipitaciones, impacencias y sectarismo, podremos asegurar la continuidad generacional de nuestro movimiento. El que perdería todo interés para la juventud rebelde que, en España, no espera a que el proceso evolutivo cuaje para manifestar su repudio y su disposición de combatir al régimen franquista, sin preocuparse mucho por el « cierre de guardia y la reculada de no pocos vacilantes en el seno del sistema mismo ».

No se trata de liarse la manta a la cabeza o de jugar inconscientemente a la « puja » provocacional. Se trata de algo más serio, que exige más constancia y esfuerzo ; que implica, a su vez, una labor permanente de clarificación ideológica, de propaganda, de acercamiento y discusión con todos los que luchan contra el fascismo. Se trata prácticamente de testimoniar una efectiva solidaridad con todos los que son víctimas de la represión. De preparación de acciones capaces de desacreditar la dictadura y de enajenarle apoyos. Y, sobre todo, de aumentar la combatividad popular al desenmascarar todas las maniobras que beneficiarios de la dictadura intentarán para hacerla más **aceptable y soportable...**

Quizás este tipo de acción no sea capaz, por sí solo, y en un porvenir más o menos inmediato, de provocar la desaparición del régimen fascista ; pero estoy convencido de que es la única forma de afirmar las perspectivas revolucionarias y la continuidad del ideal libertario en España. Porque, aún siendo claro, bien claro, como nos lo ha probado —por si aún fuese necesario probarlo— el golpe de Estado reaccionario en Chile, que el ejército lo tendremos siempre enfrente, dispuesto a salir de sus cuarteles para aplastar toda tentativa revolucionaria, por legalista que ésta pretenda ser, habría que preguntarse, pues, ¿ hasta dónde se puede ir, para que estos señores no se sulfuren y desenvainen la espada ? ¿ Qué tipo de « precipitaciones, impacencias y sectarismos » no serían tomados, por estos señores, como pretextos para « restablecer el orden » y quitarnos las pocas libertades que, antes, nos hubiesen querido gentilmente conceder ? Además, ¿ qué hacer ?, cuando « tomándonos la libertad negada, por hecho consumado, como ya se realiza con el derecho de huelga prohibido y con el juego al escondite entre la censura y la prensa », la policía y el ejército tiren de nuevo contra los huelguistas, asesinando indefensos trabajadores ; o cuando encierren en las cárceles a los que distribuyen y leen propaganda « ilegal ». ¿ No insistir más en tomarse la libertad negada ? ¿ Esperar a que el régimen franquista acabe de liberalizarse ? ¡ Puesto que siempre se hizo así en el mundo », y « puesto que los usos y costumbres presionaron a la ley y la moda revolucionaria (contracepción, aborto) la lleva a remolque ! » Sólo que, en nuestro caso, no se puede tildar de simple « moda revolucionaria » los « usos y costumbres » clandestinos que, desde hace más de treinta años, vienen « presionando a la ley », y llenando sin cesar las cárceles del país

con todos os « impacientes » que, en su « precipitación » por tomar la libertad negada, no han sabido esperar el fin de la liberalización...

Sinceramente, abordar el problema de la lucha contra la dictadura con esta ligereza, o con esta candidez, me parece de mal gusto.

Considero que, frente a la demagogia verbalista de los unos —los de los « sellos de goma »— y los sectarismos partidistas de las antiguas o nuevas izquierdas marxistas, es lógico que los libertarios manifiesten su disgusto, e incluso que algunos duden de una auténtica perspectiva revolucionaria. Pero de ahí a preconizar una prudencia desmovilizante, para no disgustar a los que nos dan palos, me parece demasiado prudente... Ideológica y revolucionariamente hablando.

Ni los prudentes ni los imprudentes, ni los pacientes ni los impacientes, ni los abiertos a todo ni los sectarios a todo, tienen —a mi entender— en su bolsillo el verdadero certificado de la autenticidad revolucionaria. Aunque parezca una perogrullada decir que, para descubrir y probar la autenticidad revolucionaria, se requieren análisis mucho más rigurosos y menos simplistas que éstos en los que nada vale nada —salvo, claro está, lo que piensa el que los hace.

Así pues, volviendo a la pregunta, considero que sería más positivo —en el sentido de la autenticidad y la eficacia revolucionaria— el que los libertarios nos impulsáramos una mayor prudencia y un menor sectarismo al analizar lo que hacen los demás. Salvo que, sin afirmar un nuevo dogmatismo, nos creamos los únicos depositarios de la verdad.

Creo que ganaríamos mucho terreno al enemigo, y muchas simpatías entre los que luchan contra ese enemigo —que nos es común—, además de ganar en eficacia y en consecuencia ideológica, si dejáramos de criticar a todos los que no hacen lo que nosotros hacemos ; pero que sabemos buscan lo mismo : el fin de la dictadura franquista, en primer lugar, y abrir paso a la revolución (sin títulos de propiedad) inmediatamente después, si posible.

Para hablar concretamente : buscando cohesionar un conjunto cada vez mayor de libertarios, de revolucionarios, de antifascistas, en tareas convergentes a los objetivos que afirmamos nos son comunes. Apartando todo sectarismo excluyente que pueda hacer fracasar la realización de estos objetivos. Prestándonos una constante y efectiva solidaridad frente a las represalias represivas del régimen franquista. Admitiendo que tan útil puede ser la distribución de un manifiesto clandestino, de un libro prohibido, como la organización de una huelga, de una campaña de protesta interior o exterior, o una acción violenta en respuesta contra los desmanes de la dictadura. Aunando esfuerzos, superando desconfianzas y rencillas ; apoyándonos solidariamente aunque nuestros criterios sobre la eficacia y la autenticidad revolucionaria no sean los mismos.

En otras palabras : haciendo todo lo necesario para reconstituir un auténtico movimiento libertario y revolucionario, en el que el único exclusivismo ideológico posible o admisible sea el respeto a la discrepancia y la práctica regular de la solidaridad. Acabando con nuestras discusiones bizantinas y metiéndonos todos a a obra —según nuestras posibilidades y afinidades personales— para no dar respiro a la dictadura y acrecentar, así, la combatividad de una Oposición cada vez más radical y numerosa. Esa es, a mi entender, la labor más apremiante para los libertarios.

¿ Cuáles son a tu modo de ver los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo ?

Considero muy necesario decir, para comenzar, que el anarquismo aún tiene mucho terreno a explorar y mucha historia a realizar antes de asumir, responsablemente y sin formulismos académicos, la pretensión de « teoría revolucionaria » o de « doctrina filosófica ». Bien que los haya, ya ahora, que no puedan pasarse sin emplear grandes títulos para nuestro Ideal.

Para mí, el anarquismo es, más bien, una actitud frente a todas las coerciones que, exteriormente a nosotros, y en la propia esfera de nuestro pensamiento y de nuestro sentimiento, tienden a mutilar nuestra libertad de acción y a imponernos una forma de convivencia obligatoria para todos los seres humanos ; excepción hecha de las minorías que nos imponen tales coerciones.

No cabe duda que el anarquismo se ve confrontado hoy, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, con problemas de carácter fundamental. Ya sea como resultado de las experiencias históricas vividas en este último medio siglo, como por el extraordinario desarrollo de las ciencias y las técnicas que han hecho posible —al menos para una buena parte de la humanidad— la «sociedad de gran consumo». Problemas que, de otra parte, hacen emerger con nuevas posibilidades analíticas, y con más extensos campos de experimentación, los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo.

Pero, a mi modo de ver, el problema fundamental entre todos es hoy el correspondiente al planteamiento revolucionario tradicional. No se trata únicamente del viejo dilema entre la vía revolucionaria y a vía reformista hacia la revolución. Se trata de un problema que sacude igualmente los cimientos de una y otra tesis; y que convierte en irrisorias todas las tentativas de solución fundadas en los esquemas clásicos, de lucha y de organización.

En efecto, en un mundo en el que la **racionalidad** tecnológica lo va invadiendo todo, en el que los medios de condicionamiento de las masas no admiten ni siquiera comparación con los antidotos —ridículamente limitados— de que disponen los revolucionarios en lucha contra los Estados y la conjunción del gran capital; en un mundo en el que las «revoluciones marxistas» triunfantes se entienden y se allan —para asegurar el **statu quo** y el **orden** internacionales— con las grandes potencias del capitalismo occidental; y en el que una gran parte de la clase trabajadora de las naciones industrialmente desarrolladas está totalmente integrada a los modos de vida, aspiración y consumo burgueses; en este mundo nuestro de hoy no es sorprendente, pues, que tanto los planteamientos revolucionarios como los planteamientos reformistas resulten quiméricos e inofensivos para el sistema.

Ciertamente, en la panorámica actual, no todo es motivo de pesimismo ni es una amenaza para la verdadera liberación humana. También hay síntomas, conflictos, exigencias, rebeliones y evoluciones prometedoras. Pero en ningún caso se pueden ignorar, o dejar de tomar en cuenta, las profundas modificaciones que tanto en el sentido positivo como en el negativo se han operado en el mundo, en estos últimos decenios. Lo mismo para dar a la irracionalidad autoritaria su más consumada apariencia de racionalidad moral y técnica, que para hacer germinar —inclusive en el seno de las más desarrolladas y más integradas— profundas decepciones y airadas insatisfacciones... Tanto por la inseguridad que caracteriza nuestro mundo, como por el grado de embrutecimiento y de insensibilidad a que la sociedad autoritaria ha querido reducir la existencia humana.

Así pues, sin olvidar que, como en el pasado, el problema teórico fundamental sigue siendo la difícil conciliación entre la eficacia y la libertad —planteado hoy con la misma acuidad a libertarios y a marxistas revolucionarios, que también los debe haber honestos— considero que es el planteamiento revolucionario en la presente sociedad el que debe ser reestudiado con más premura y con mayor atención. Puesto que, queriéndolo o sin querer, todos participamos —más o menos directamente, con nuestras y crecientes exigencias cotidianas— a dar vida y fuerza al reformismo social y moral. Además, porque la praxis del planteamiento revolucionario nos obliga a enfrentarnos con una realidad que sólo así adquiere su verdadera dimensión y su verdadera naturaleza totalitaria: la violencia represiva del Estado moderno y su monstruoso potencial tecnológico de destrucción al servicio de la dominación.

La importancia y actualidad de este planteamiento provienen del hecho —ciertamente discutible— de su aparente inviabilidad en el mundo moderno, y por ser, pese a ello, la única perspectiva lógicamente realista que nos queda a todos cuantos —por convicción ideológica o por necesidad existencial— no podemos o no queremos renunciar a la utopía. Y porque, al este como al oeste, hay una juventud inquieta y rebelde que no se resigna a contemplar indiferente la consolidación de la racionalidad autoritaria, de hoy o de mañana. De esa racionalidad autoritaria fabricada **científicamente**, por los tecnócratas del poder, con una **ingeniosa** síntesis: hecha de una mitad de explotación capitalista y de una mitad de controles totalitarios.

Desde este punto de vista no hay que olvidar que la fusión de todas las exigencias parciales por una vida menos alienada, por un mundo menos autoritario, han dado al anarquismo el mérito de representar el rechazo y la negación de las condiciones existentes para el conjunto de la vida, y no sólo alrededor de una especialización crítica privilegiada. Aunque por estar considerada esta fusión generalmente en el absoluto, según el **capricho** individual, antes de su efectiva realización, la tarea más urgente es la de encontrar los planteamientos ideológicos que puedan permitir darle una coherencia y una viabilidad revolucionaria efectivas; evitando el condenar nuevamente al anarquismo a la incoherencia práctica —ampliamente constatable— que hasta hoy le ha caracterizado.

Sólo así podrán ser comprendidos y aprovechados los nuevos planteamientos **morales** en torno a la familia y la comunidad humana, en torno a los nuevos criterios de relación sexual y de organización del trabajo, del aprovechamiento del desarrollo tecnológico para restablecer el equilibrio ecológico en la naturaleza, de la búsqueda —en el propio campo marxista— de un «socialismo con cara humana», y de la integración de todas las críticas antiautoritarias de los llamados **grupos gauchistes** en una positiva praxis libertaria. Sólo así, repetimos, podrá cristalizarse una nueva corriente revolucionaria capaz de interesar nuevamente a las masas y de provocar verdaderos cambios revolucionarios en la estructura social actual.

Lieja, 16 de septiembre de 1973

César M. Lorenzo

Los anarquistas españoles y el poder

1868-1969

Introducción. 1. Génesis del anarcosindicalismo. Su trayectoria hasta 1923. 2. Frente a las realidades políticas. Algunos antecedentes de la participación gubernamental de la CNT en 1936. 3. La atomización del poder en Cataluña. Participación de la CNT en el gobierno de la Generalidad. 4. El consejo de Aragón. 5. La CNT y el gobierno vasco. Los organismos revolucionarios en las regiones cantábricas. 6. La dispersión del poder en las regiones del sur del centro. 7. Cómo entró la CNT en el gobierno republicano. 8. Por qué entró la CNT en el gobierno republicano. 9. Breve colaboración de los libertarios con el poder. 10. Las grandes etapas de la evolución ideológica del movimiento libertario después de mayo de 1937. 11. La CNT y el gobierno de Negrín. 12. Los primeros años de exilio y de lucha clandestina. El gran cisma confederal. 13. La crisis del gobierno Giral. El caos y la noche. Prospectiva.

420 páginas

39 F

Editions Ruedo ibérico

Ramón Álvarez

Ramón Álvarez. Nacido en Gijón (Asturias), en 1913. Forma parte del grupo anarquista «Solidaridad» con José María Martínez, Segundo Blanco, Avelino G. Mallada y otros. Encarcelado con motivo de la insurrección confederal de Aragón, con Durruti, Isaac Puente, Cipriano Mera, Antonio Ejarque, Francisco Ascaso y muchos más. Secretario de la Confederación Regional del Trabajo de Asturias de 1933 hasta la derrota de la revolución de octubre de 1934. Emigra a Francia; regresa a España tras el triunfo del Frente Popular en 1936. Miembro del Comité de guerra asturiano y del Consejo de Asturias y León, desde la sublevación militar de julio hasta la conquista de Asturias por el ejército franquista. Secretario de Segundo Blanco, ministro de Instrucción pública, en representación de la CNT, en el gobierno Negrín. Reorganizada la CNT en Francia, es secretario del Comité departamental de Eure-et-Loir. Formó parte del Comité nacional de la SIA. Asistió al Congreso confederal de París, en 1945. Fue secretario del Subcomité nacional de la CNT en el exilio. Secretario del Subcomité regional de Asturias en el Exilio. Conferenciante, colaborador de numerosos periódicos libertarios y autor de una biografía de Eleuterio Quintanilla.

¿Cómo te hiciste anarquista?

Eleuterio Quintanilla * influyó poderosamente en el sesgo de mi destino, al que tampoco habrán sido ajenos la atmósfera obrerista local, de tendencia libertaria, y la angustiosa situación económica por la que atravesaba el proletariado en toda España.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa? ¿Como organización revolucionaria?

La CNT es una organización auténticamente revolucionaria, heredera de la doctrina y postulados de la Primera Internacional, animada por el pensamiento libertario y federalista, y mantenida y alentada en ese espíritu filosófico por el anarquismo español. Formada la vanguardia confederal en esa escuela, no tardó en desplegar una múltiple acción educadora, ayudando al proletariado a abandonar los caminos del sindicalismo reformista y haciéndole adquirir conciencia de su función social y de los derechos inherentes a ella. Forjar el hombre apto para la cooperación y convivencia humanas, sin descuidar la defensa de sus intereses inmediatos en un sistema basado en la ley del más fuerte y en el provecho, recordándole de manera constante que la «emancipación de los trabajadores ha de ser la obra de su propio esfuerzo». Es decir, ejercitándole en el empleo de la acción directa, tan caprichosamente interpretada por el enemigo y por no pocas mentalidades expeditivas. Para la CNT la liberación del individuo de todas las tutelas no será la obra de los partidos políticos y menos aún de los falsamente obreros, que constituyen actualmente la más bárbara amenaza contra la libertad, sino la coronación de los esfuerzos colectivos, guiados por el sindicalismo libertario que, durante la guerra civil española, supo dar la talla en todos los dominios de la vida social, política, económica y combativa, asumiendo plenamente responsabilidades gubernamentales y militares, impuestas por circunstancias históricas de carácter excepcional.

¿Qué función desempeña la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

Cuando se afirme sin equívocos de ninguna especie que la CNT es la obra de los anarquistas españoles que, —contrariamente al rumbo seguido por los libertarios de otros países— supieron comprender que la revolución necesitaba el concurso voluntario del movimiento obrero organizado, quedará la pregunta contestada. Pero si ésa es la realidad teórica y la verdad global, no sería honesto ocultar que hubo elementos exaltados, y poco elaborados doctrinalmente, que trataban de modificar el papel profundamente educador del anarquismo organizado, queriendo ejercer funciones de vigilancia paternalista o atribuyéndose facultades rectoras que provocaron malestar y luchas intestinas lamentables.

La visión del anarquismo español, fundiéndose con el movimiento obrero, ha sido celebrada por los libertarios más solventes fuera de España, por haber sabido mantener puro de infiltraciones extrañas un poderoso organismo sindicalista que se reveló como el artífice más generoso de la revolución española. Considero, pues, válidamente positivo el balance de esta conjunción, no exenta de crisis.

* Gran animador del movimiento libertario en Asturias. Defensor de la creación de las federaciones nacionales de industria,

vencido en el Congreso de la Comedia, se mantuvo en posición pasiva desde entonces.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

Sin el espíritu de lucha encarnado en el obrerismo militante, Franco y sus divisiones hubieran liquidado cualquier foco de resistencia con un simple desfile militar y la consiguiente proclamación del estado de guerra, cual sucedió en no pocas ciudades importantes.

Con sentido de la disciplina que muchas veces causó daño a nuestros propios intereses, frente a organizaciones menos federalistas, nos lanzamos a la calle sin interesarnos siquiera por conocer el criterio y las disposiciones adoptadas por el Comité nacional de la CNT, logrando efectos de sorpresa que desconcertaron al enemigo.

Ya desatada la contienda, la contribución de la CNT en hombres rebasa la consentida por las otras fuerzas del antifranquismo. El día que se analicen las estadísticas con una imparcialidad que ha brillado por la ausencia, seguros estamos de no vernos desmentidos al reivindicar el honor de haber sido los más sacrificados, incluso en la cruel represión que siguió a la victoria del fascismo europeo coaligado.

La CNT, ateniéndose a la fisonomía política de las fuerzas que combatían en la calle, aceptó sin ninguna clase de reservas mentales ni oposiciones internas, la táctica de colaboración, convencida toda la militancia de que no había otro camino de salvación para las libertades públicas. Aún esperamos de cuantos lloran la virginidad perdida y de los que necesitan el jordan que les limpie de pecado sin mayores penitencias, las razones de peso y de fácil asimilación que demuestren el error, la claudicación o a la apostasía de los libertarios españoles, al considerar que, frente al ejército sublevado, sostenido por las complicidades exteriores mil veces denunciadas, sólo de una conciencia nacional unida, resuelta y sin fisuras se podía esperar el triunfo.

Esa visión y ese instinto del movimiento libertario al apreciar la situación, su participación en todos los organismos oficiales y en los mandos militares, sobre tonificar la voluntad combatiente del pueblo, protegió con eficacia el ensayo colectivista más atrevido conocido hasta nuestros días y contra el que nada pudieron los actos de vandalismo de las unidades militares comunistas del frente de Aragón.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

Sin ocultar que existen en las filas del anarquismo prevaricadores de mentalidad totalitaria, que quieren convertir al hombre en esclavo de los «sagrados principios», el anarquismo contiene otro mensaje. Su legado y su bandera es la libertad antes que nada y para todos; ofrece el remedio —ignorado o incomprendido— a esta bárbara lucha de hoy en la que cada contendiente reclama y lucha por el «poder», para salvar a los suyos y oprimir a los vencidos.

Toda filosofía que pelea por ir de las fórmulas teóricas a las realidades sociales, intentando poner fin a sistema de privilegios que se niega a desaparecer sin lucha, para introducir normas de relación humana que anulen el predominio religioso y todo vestigio autoritario, no puede conformarse con la adoración platónica de sus fieles; necesita llegar al corazón de las multitudes ganándolas para el propósito y para la acción que ha de hacerlo viable un día.

Contra los improvisadores y los partidarios de las fórmulas vagas, todos nuestros teóricos han reaccionado con fuerza. Desde Proudhon, con su sistema federalista cada día más actual, hasta Bakunin sosteniendo que el individuo sólo alcanza su plena libertad al completarla con la de los otros en la potencia colectiva de la sociedad, aún queremos citar a Malatesta: «Si nosotros creyéramos que no puede haber organización sin autoridad, seríamos autoritarios, porque preferimos la autoridad que dificulta y hace triste la vida a la desorganización que la hace imposible.» Y a Voline: «Una interpretación errónea pretende que concepción libertaria significa ausencia de organización. Nada más falso. Se trata no de «organización» o «no organización» sino de dos principios de organización... [la nuestra] ha de ser libre y a partir de la base.»

¿Qué opinión te merecen los viejos anarquistas?

Sin los viejos anarquistas —me refiero especialmente a los españoles— carecerían las generaciones que llegan de la página más brillante de nuestra historia en calidad de escuela del socialismo integral. Hablo naturalmente del período de la guerra civil, pasando un velo piadoso por la época del exilio, donde se hundieron todos los

valores de que éramos depositarios y se agotaron energías físicas e impulsos combativos en dilucidar falsos problemas suscitados por elementos mezquinos, abandonando el rescate del país y la organización de una vasta campaña de divulgación que asegurase, en las mejores condiciones posibles, el traspaso de la bandera y la herencia.

¿Y los jóvenes anarquistas? ¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los mismos: jipismo, libertad erótica, etc?

Hay que tratar el tema sin apelar al tono censor que pudiera malograr el necesario diálogo; desentrañar los dos aspectos esenciales de esa tremenda explosión de descontento, manifestada a veces de manera extravagante. De un lado, oposición justificada contra la injusticia social, la desigualdad en la participación de la riqueza y el desnivel del bienestar, que conduce a la insolidaridad y fomenta los antagonismos, y que intentan combatir creando «mini-sociedades», alejadas entre sí por las orientaciones y el estilo de su acción, y todas marginadas del conjunto. De otra parte, su innegable carácter libertario aspirando siempre a más libertad. Es curioso, sin embargo, que no hayan reparado en que únicamente pueden surgir sus grupos en países democráticos, olvidando en el repertorio de sus críticas acerbas los países totalitarios, mal llamados socialistas.

Registramos con cierta amargura que su combate se limita a reivindicar los derechos de cada comunidad, que intentan vivir separados de la sociedad, sin renunciar a las ventajas que proporciona, indiferentes a la suerte del mundo y buscando refugio en pequeñas comunidades agrícolas, incompatibles con el progreso como fórmula y solución a los problemas creados por el progreso, obra exclusiva del hombre.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las «izquierdas» españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

La sinceridad me obliga a confesar que no veo posibilidad de entendimiento de las «izquierdas» españolas. La experiencia negativa de los 34 años de exilio y lo sucedido en España no permiten grandes confianzas. He dicho en otra parte: «[...] la consecuencia más grave de los bizantinismos que han dado contorno desalentador al batallar entre sombras del exilio, fue la caída vertical de las fuerzas que en España habían creado los instrumentos de lucha y tonificado el alma de una oposición combativa que amenazó la existencia del régimen. Desde que se percibieron en el exilio los ecos de las primeras actuaciones clandestinas, cuando hacía falta mucha hombría para plantar cara al falangismo triunfante, la envidia insufrible de verse suplantados, bastante más que el miedo a las herejías que se han agitado abusivamente para ocultar los verdaderos móviles de nuestra conducta desleal, desencadenó los sistemáticos ataques contra el interior [...]»

Actualmente se ha complicado la eventualidad de un convenio de la izquierda nacional, porque no podrá escapar a la vasta campaña de mitificación desarrollada por el comunismo totalitario, dirigido desde Moscú y Pekín. Nos hablarán de «socialismo a la... española», de «democracia avanzada», de lealtad a los compromisos sellados en la lucha y sentimientos fraternales hacia todos los que consideran aliados naturales de su causa. Muchos de nuestros ingenuos amigos cerrarán los oídos a los clamores de esa valiente vanguardia intelectual rusa que quiere ponernos en guardia contra la impostura, arriesgando la libertad y la vida, camino de los manicomios y de los campos de concentración.

Nos divide la valoración del Partido Comunista, la oportunidad o el peligro de aceptarlo en la comunidad de los que luchamos por la libertad, sabiendo que él aspira a la dictadura, al amparo de la cual trabajará por nuestro exterminio.

¿Con qué cuenta España para el rescate de sus libertades democráticas, cuál es el grado de conciencia política y revolucionaria de su juventud y qué posi-

Es innegable que en España fermenta trabajosamente una oposición que va ganando todas las esferas de la sociedad, pero sus dimensiones y la lentitud de su desarrollo no constituyen amenaza inmediata para el régimen, salvo que pudiera contar con el apoyo solidario de la democracia internacional y del movimiento obrero europeo, que hacen cuanto puede por ignorar que en la otra vertiente del Pirineo hay un fascismo latente y alerta.

Al lado de esos ángulos negativos de la situación, están las motivadas razones que justifican nuestra esperanza de asistir al resurgimiento libertario. Obreros, profesores,

bilidades, lejanas o próximas, de renacer libertario se deducen del panorama nacional de hoy?

¿Qué formas organizativas consideras más adecuadas para la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

¿Cuáles son los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo? ¿Tiene éste planteados hoy problemas teóricos fundamentales?

historiadores, intelectuales y hasta jóvenes inquietos que venciendo la política de ocultación practicada por el régimen han logrado descubrirnos, quieren tratarnos, estudiarnos o comprendernos. ¡Optimistas al fin! Optimismo no es ceguera para valorar nuestras modestas posibilidades, supeditadas a la presencia activa que habría de operar para la eternidad. Es un problema cuya solución inicial está al alcance de nuestra generación, si lograra reaccionar favorablemente, ofreciendo a los que se acercan un panorama menos desolador...

Me parece haber manifestado mi inclinación por una sociedad libertaria que tome como base de organización social la expresada por las estructuras de la CNT, ajustándonos a unos esquemas previamente elaborados, aunque la realidad de cada día y las repetidas experiencias habrán de introducir correcciones pues la teoría no puede fijarse para la eternidad. Después viene el sistema cooperativo, que va siendo admitido con menos recelo, sin duda porque empiezan a desempolvarse textos de Bakunin que lo aconsejan.

Y para completar el instrumental capaz de facilitar la realización de nuestro ideal, hemos de estudiar la manera de llegar a los municipios —o Comuna—. Somos enemigos del Estado por su intromisión en la vida del hombre y porque hasta nuestros días ha sido el brazo ejecutor del capitalismo, oprimiendo y amparando la explotación inicua de la clase obrera, pero no aspiramos a destruir el municipio sino a transformarlo. No será la primera vez que escribo sobre el tema. « Los militantes libertarios hemos de pensar que mientras el Estado subsista, nuestra misión reside en restarle autoridad y prerrogativas, apoyando toda descentralización a favor de las entidades locales y provinciales, cuya personalidad y tendencia federalista nos interesará acrecentar, procurando al mismo tiempo ejercer un discreto control por la presencia efectiva del sindicalismo (o del Movimiento Libertario) en todas las actividades que hasta hoy han sido monopolio de los partidos políticos. »

Lo primero que reclama una puntualización cuando se habla de planteamientos ideológicos del anarquismo es la necesidad de demostrar que nuestras organizaciones han de ser el reflejo anticipado de la sociedad ideal, en la que se estimulará el desarrollo de la personalidad humana y el ejercicio de los derechos individuales, **pudiendo discrepar sin riesgo de caer en el purgatorio reservado a los herejes.**

Los problemas teóricos planteados actualmente al anarquismo los provoca una fracción del mismo que, operando de llaveros del santo sepulcro, se conducen como verdaderos cavernícolas, negándose a toda revisión del ideario, considerado por ellos como el « único sistema filosófico perfecto, inalterable a los efectos del tiempo que todo lo modifica y sin contradicciones entre los textos y las realidades que inciten a repensar la doctrina [...] »

Y terminaré recurriendo a Rodolfo Rocker: « No tuve nunca verdades absolutas en mi poder, pues no he conseguido descubrir la misteriosa caverna del tesoro donde se pueden hallar. Pues todo saber y poder es sólo el resultado de nuestro conocimiento eventual y se altera con éste [...] Justamente porque yo reconocí esto, no pertenecí nunca a los guardianes de los **principios puros** que fueron para mí siempre indigeribles, porque apelan a su infalibilidad y no comprenden que su supuesta « consecuencia » solamente corresponde a la estrechez de su pensamiento. Los hombres « consecuentes » son siempre seres limitados y por eso interiormente esclavizados, porque están ligados a fórmulas vacías y no saben captar el contenido vivo de una idea.

José Borrás Cascarosa. Zamorano, nacido en 1916 en una familia de agricultores. Inicialmente adscrito al radical socialismo, por tradición familiar, se afilia a las Juventudes Libertarias y a la CNT en enero de 1936. Forma parte de la Columna Durruti desde el comienzo hasta el final de la guerra civil. Refugiado e internado en los campos franceses para el ejército republicano español, a su liberación participa en la resistencia contra los alemanes y en la reorganización de la CNT en Francia. Director del periódico Ruta de la FIJL y secretario general de esta organización, ocupa durante varios años puestos de responsabilidad en el Secretariado Intercontinental de la CNT de España en el exilio. Actualmente pintor de brocha gorda. En colaboración con David W. Pike, prepara un libro sobre *Las actitudes políticas de los españoles refugiados en Francia*.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa?

Decir, a secas, que estimo que en ese orden de actuación cumplió una misión sumamente positiva, sería comprimir excesivamente la respuesta. Hay que explicar el cómo y el porqué de tal opinión, ya sea someramente.

Si la acción de la CNT en materia reivindicativa resultó positiva, fue porque ésta hizo suya y aplicó en todo instante las tácticas de acción directa. Esto es, el rechazo de la acción política y parlamentaria y el trato directo entre las partes afectadas en cualquier conflicto, sin interferencias o intromisiones de ningún género. El carácter conservador, reaccionario e intransigente del capitalismo español, así como la catadura de los gobernantes, es lo que justificaba esa postura y le confería su eficacia. Era la única que se imponía en parecidas circunstancias. Para utilizarla con éxito, era necesario contar con la adhesión de militantes abnegados, conscientes, combativos e idealistas. Sobre todo idealistas [...]. La CNT contaba con esa militancia. No se olvide que esta organización era la heredera directa de la Federación Regional Española, filial de la Primera Internacional, que en España se inspiró de las ideas de la Alianza de la Democracia Socialista, fundada por Bakunin, que también tenía por lema un principio de acción directa: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Ese sistema de actuación dio en España excelentes resultados entre 1910 (constitución de la CNT) y 1936 y permitió al proletariado de los centros urbanos arrancar a la burguesía mejoras económicas y sociales que, de otro modo, no hubiera obtenido.

¿Tendría en la actualidad la misma eficacia?

Eso ya no es tan seguro. No se pierda de vista que el Estado, siguiendo una evolución que es propia a su inclinación y a su carácter, ha ido extendiendo su campo de actuación e intervención (sucedería igual aunque no fuese totalitario) hasta convertirse en una especie de factótum nacional. Lo que crearía serias dificultades a la aplicación de la acción directa.

Esta actitud contribuyó —en contrapartida— al desarrollo en el mundo del trabajo de un aspecto negativo: la división de los trabajadores organizados en dos bloques opuestos, los unos partidarios de la acción política y parlamentaria y los otros de la acción directa. Conviene señalar, sin embargo, que la CNT se esforzó, hasta 1919, en cubrir esa laguna, como lo prueba la declaración aprobada en su congreso constitutivo cuando afirma: «Constituyen la Confederación todas aquellas sociedades no adheridas a la UGT, con la condición de que se procure llegar a un acuerdo entre las dos organizaciones a fin de unir a toda la clase obrera en una sola.» Esa vocación unitaria se había transformado en 1919 en pretensión absorcionista y, por acuerdo del congreso de la Comedia, se invitaba a los sindicatos adheridos a la UGT a incorporarse a la CNT en determinado plazo, pasado el cual se les consideraría «amarillos». Esta actitud era ya fruto de influencias ajenas a sindicalismo.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria?

La revolución es una cosa demasiado seria para jugar con ella. Y en España se jugó a la revolución durante determinado periodo, por parte de algunos sectores politicosociales, entre los que la CNT se hallaba en primera fila.

Una revolución no se hace porque se quiere y cuando se quiere. Se hace si se puede y cuando existen las condiciones indispensables para hacerla triunfar. Mientras tanto, la misión de una organización revolucionaria y la de sus militantes, es trabajar para crear esas condiciones óptimas. Esta fue la tesis que defendían los llamados «trentis-

tas », que constituyeron los sindicatos de oposición y que actuaron separadamente de la CNT oficial. Decir, como se dijo —y aún se ha sostenido posteriormente— que dieron ese paso inducidos por los republicanos de izquierda a quienes hacían el juego, es un infundio infamante*.

Cuando se realizan intentos insurreccionales con propósitos revolucionarios, sin ninguna posibilidad de éxito, se provoca la reacción del adversario y el contragolpe reaccionario. Es el error en el que inconscientemente incurrió el grueso de la CNT durante el periodo republicano, y los resultados los tenemos a la vista. La CNT, influida por la corriente faista, realizó tres intentos revolucionarios en los años 1932 y 1933** con el propósito declarado de instaurar el comunismo libertario. Es de suponer que los organizadores sabían que no existía la menor posibilidad de éxito. Sin embargo, pusieron tal fogosidad en su propaganda y era tal la candidez de quienes la recibían, que la revolución —que es una realidad cruda y tangible— fue convertida en mito. Por ese mito se luchó heroicamente con denuesto en los tres intentos revolucionarios a que hemos aludido, que se saldaron por otros tantos fracasos. Sin embargo, cuando en julio de 1936 se presentó la ocasión única de todos los tiempos para implantar el comunismo libertario, la CNT renunció voluntariamente a ello. ¿Se quiere mayor contradicción y fracaso? Contradicción insigne, como pocas, pues mientras en el periodo republicano, anterior a la guerra, durante el que era factible la transformación de la república burguesa en régimen social y federal, se reivindicaba el comunismo libertario o nada, durante el periodo de la guerra civil, en el que el comunismo libertario fue factible, se reivindicaba una república social y federal.

La organización confederal jugó en algunos casos su rol revolucionario de manera positiva, aunque parándose a mitad de camino. En 1917, participando en la huelga revolucionaria con la UGT, pero abandonando a los dirigentes de ésta su dirección; en los últimos tiempos de la monarquía, creando el clima favorable a la instauración de la República, mediante la declaración de huelgas generales en muchas ciudades (contrariamente a lo que tan irresponsablemente afirma Miguel Maura), pero sin ejercer la presión necesaria para que, instaurada la república, fuese realizada la necesaria revolución política; y en los primeros días que siguieron a la sublevación militar-fascista de julio de 1936, pero sin decidirse a hacer la revolución social más que a medias, y ya es sabido que quienes hacen las revoluciones a medias —según frase de Saint Just— «no hacen sino cavar sus propias tumbas».

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

La peor plaga que las organizaciones sindicales han sufrido —y aún sufren, por desgracia— en todos los países, es la intromisión en su seno, no ya de las influencias político-filosófico-sociales, que son benéficas (yo no concibo un sindicalismo amorfo) sino de las fuerzas políticas o filosóficas organizadas y concertadas desde el exterior, con el fin de determinar su acción y sus orientaciones***. Fue el papel que jugaron y juegan los partidos comunistas, los socialistas y otros istas, en la mayoría de las organizaciones sindicales. Ese mismo papel es el que jugó la FAI respecto a la CNT, de distinto modo, pero con idénticos resultados.

Hay que reconocer que la FAI no intervino en la CNT desde arriba y de forma autoritaria como hacen los partidos políticos en las organizaciones sindicales que intervienen.

* Sobre el «treintismo», véase en este mismo número las p. 299-315.

** Insurrección, en enero de 1932, de la cuenca minera del Alto Llobregat, con proclamación del comunismo libertario en Berga, Cardona, Figols, Sallent y Suria. Un centenar de militantes anarquistas, entre los que descolaban Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, son desterrados a Canarias y Sahara «español». Insurrección, en enero de 1933, preparada por la FAI y los Comités de Defensa de la CNT, que afecta a numerosas localidades de Cataluña, de Levante, de La Rioja y de Andalucía. Sobre el carácter trágico que esta insurrección adquirió

en Casas Viejas, véase en este número las p. 17-42. Centenares de militantes anarquistas fueron encarcelados, entre ellos Aurelio Fernández, Gregorio Jover y Juan García Oliver. Putsch de diciembre de 1933, dirigido por Cipriano Mera, Antonio Ejarque, Buenaventura Durruti e Isaac Puente. La insurrección, iniciada en Zaragoza, se extiende por Aragón y La Rioja, por Cataluña y Granada. Hubo un centenar de muertos y varios millares de militantes confederales encarcelados.

*** A este respecto, es interesante leer los dos textos de Salvador Seguí, El Noí del Sucre, que publicamos en las páginas 283-285.

Lo hizo a partir de la base y siendo sus militantes ejemplo de abnegación y heroísmo sin par, en la mayor parte de los casos. Pero las decisiones que determinaron la orientación de la CNT fueron tomadas bajo la presión que constantemente ejercían los militantes de la FAI, que lanzaron a la Confederación por derroteros prematuros por los que no sentía vocación inmediata ni estaba preparada para afrontar sus consecuencias.

La CNT había declarado en 1919 (Congreso de la Comedia) que su finalidad era el « comunismo anárquico ». Pero en 1910, al constituirse, declaró también —y esto había que tenerse muy en cuenta— « que la emancipación económica integral de toda la clase obrera, mediante la expropiación revolucionaria de la burguesía, la llevaría a cabo tan pronto como a asociación obrera se considerase bastante fuerte numéricamente, y bastante capacitada intelectualmente ». No creo que se diera este caso —de haberse dado otros hubiesen sido los resultados— cuando la FAI determinó a la CNT a lanzarse, con ella, a los movimientos insurreccionales a que hemos hecho mención en la respuesta a la cuestión anterior.

La FAI —es algo que hay que poner a su activo— galvanizó el espíritu de lucha de los militantes cenetistas, lo que fue de resultados positivos en lo tocante a su acción reivindicativa. Por lo demás, su acción fue negativa, pues radicalizó excesivamente los métodos de lucha de la organización confederal y la lanzó hacia la conquista de objetivos prematuros y, por consiguiente, inadecuados en aquel momento.

Creo que es Gerald Brenan quien, en *El laberinto español*, al enjuiciar este problema, lo resume muy acertadamente escribiendo, poco más o menos, lo que sigue: « Ningún gobierno anterior a la República había tenido que contener semejantes y tan continuos asaltos. Si las teorías y métodos sindicalistas anteriores a 1923 hubiesen estado aún en vigor, la República hubiese podido llegar a un terreno de entendimiento con la CNT. Pero la Influencia de Seguí era una cosa del pasado. Ahora era la FAI la que ejercía la suya en el seno de la organización confederal, lo que descartaba toda posibilidad de entendimiento. » Había que luchar por la conquista del todo de una sola vez. Y las organizaciones de masas —insisto en ello— cuando no se han preparado de antemano las condiciones revolucionarias imprescindibles, no son aptas para esa clase de luchas. Queriendo conquistar todo, se quedan, generalmente, sin nada. Tal ocurrió en España.

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista en cada una de las siguientes hipótesis? Con un gobierno militar ultra; con un gobierno democristiano-liberal; con un gobierno socialista moderado; con una dictadura militar naserista, semicomunista.

Un dogmático cualquiera, de esos que aún abundan en el campo libertario, respondería que las posibilidades anarcosindicalistas son las mismas en cualquiera de esas hipótesis, puesto que parte del principio que todos los gobiernos son iguales. Yo, que no soy un dogmático, no puedo responder del mismo modo.

Una ojeada al pasado, un ligero análisis de los hechos me conducen a concluir que las posibilidades anarcosindicalistas no han sido idénticas en cada una de las situaciones políticas en que España ha vivido. Esas posibilidades fueron mucho más reducidas con la dictadura de Primo de Rivera, que lo habían sido bajo los gobiernos constitucionales de la monarquía. Con la república, fueron mayores que lo habían sido en cualquier período del régimen monárquico. Infinitamente superiores lo fueron aún durante la guerra civil. Y escasas, escasísimas, a partir del momento en que se instauró la dictadura franquista, durante cuyo período de dominación las posibilidades anarcosindicalistas se han ido reduciendo paulatinamente.

Por consiguiente, los anarcosindicalistas hemos de estar interesados en hacer desaparecer la dictadura franquista y en el establecimiento de un régimen que garantice la libertad de expresión y de asociación. Las posibilidades anarcosindicalistas —quiere o no— pasan indefectiblemente por esa vía. ¿Por qué? Pues porque antes de actuar de cara a la conquista de sus objetivos finalistas, es necesario estar en condiciones de hacerlo. Y para poder hacerlo, los anarcosindicalistas hemos de reconstruir nuestras organizaciones, procurar que se desarrollen y conseguir que el pueblo adquiera el estado de conciencia indispensable para abordar, sin precipitaciones suicidas, con paso seguro y sin vuelta atrás, las tareas revolucionarias que no pueden ser únicamente obra de rebeldes, sino de hombres conscientes.

Con un gobierno militar ultra, las posibilidades anarcosindicalistas no sufrirían variación con relación al presente. Una dictadura militar naserista, semicomunista, las anularía por completo. Quedan, como positivos, los otros dos supuestos. Creo sinceramente que los anarcosindicalistas, hoy por hoy, debieran limitar su objetivo al restablecimiento en España de la libertad de expresión y de asociación, punto de partida indispensable para ir preparando el terreno que les conduzca a luchar en condiciones óptimas por nuevas y más sustanciales conquistas.

¿De manera general, crees posible una revolución libertaria en España? En caso afirmativo, ¿a corto plazo? ¿A largo plazo? ¿Qué formas adoptaría?

Por lo que llevo expuesto respondiendo a las preguntas precedentes, ya casi parece innecesario decir que no creo, en absoluto, en la posibilidad de una revolución libertaria en España a corto plazo.

Tales posibilidades existen, con toda seguridad, a largo plazo. Y ello porque se impone una etapa previa, en la que se reconquisten las libertades y se hagan los preparativos correspondientes, la cual puede ser larga y difícil. En esa etapa preparatoria estimo que ha de ponerse sumo cuidado en no desafiar al rayo, pues al no contar con los dispositivos del pararrayos que localiza la descarga eléctrica, ésta pudiera producir catástrofes colectivas con resultados irreversibles.

Definir las formas que adoptaría una revolución libertaria en tal supuesto resulta imposible en el reducido espacio de una encuesta. Por consiguiente, resumiré mi pensamiento diciendo que en lo político —o administrativo— debiera adoptar formas descentralizadoras y federalistas, basadas en principios de responsabilidad individual y colectiva, de libertad y de tolerancia, que me parecen inseparables. En lo económico, sus formas debieran revestir carácter colectivista o autogestionario —como ahora se dice— regidos por principios solidarios y federalistas. La gestión y la orientación de la economía no se determinaría de arriba abajo, sino de abajo arriba. Creo que una de las cosas esenciales en una revolución libertaria, es dar a los componentes de la comunidad, no sólo el derecho de elección, de control o de gestión, sino el poder de decisión a todos los niveles. Por eso una revolución libertaria no puede ser hecha en cualquier momento y de cualquier manera.

¿Cuál debe ser a tu entender la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

A mi entender, la acción que los libertarios deben desarrollar en España en el presente ha de tender a cubrir estos dos objetivos: asegurar la continuidad del Movimiento Libertario en general y restablecer en el país las libertades públicas. Para cubrir el primero de esos objetivos, han de procurar reconstruir y ampliar sus cuadros orgánicos en la clandestinidad que les es impuesta, tomando las medidas de rigor para que sean lo menos vulnerables posible, y propagar sus ideales entre la juventud con la mayor amplitud. Para dar cima al segundo de los objetivos, deben cooperar lealmente con todos los sectores que coincidan en la necesidad de restablecer las libertades públicas y que estén dispuestos a hacer algo a tal fin.

En cuanto a lo que deben hacer los libertarios en un futuro inmediato, no es posible emitir juicios definitivos, pues creo que su actitud deberá estar sujeta a las características del sistema político que se establezca en el país, al comportamiento de sus gobernantes y al grado de comprensión que manifiesten los demás sectores, todo lo cual puede ser muy variado y cambiante.

Ahora bien; lo que sí puedo precisar desde este mismo instante, es que la acción que desarrollen los libertarios debe estar presidida en todo momento por estas dos orientaciones básicas: Procurar no hipotecar jamás su libertad de decisión y su independencia de actuación. Fijarse en todo instante los objetivos que en aquel mismo instante sean accesibles y que conduzcan hacia su meta finalista, luchando globalmente por esta finalidad cuando se considere que tal objetivo puede ser alcanzado. Esta consideración está dictada por una constatación: El mundo de nuestros días es demasiado realista para luchar por mitos y el pueblo sólo luchará por aquello que estime que puede ser transformado en realidad tangible. ¿No es misión indeclinable de los libertarios de ser fieles intérpretes de los deseos del pueblo?

Toulouse, 13 de septiembre de 1973

José Cabañas

José Cabañas. Nace en Madrid en 1913 y a los 17 años ingresa en el Sindicato de la Construcción de Madrid. Desde cuatro años más tarde, 1934, hasta 1939, miembro del Comité peninsular de la FIJL como vicesecretario y, durante la guerra civil, secretario militar de la misma. Miembro asimismo del primer grupo editor de *Juventud Libre*, el órgano nacional de la FIJL. Exilado en Londres desde 1939, nunca ha dejado de ser un elemento activo de la vida social del núcleo de la CNT en Gran Bretaña como miembro, durante varios años, de su Comisión de relaciones. [JM-A.]

Posibilidades anarcosindicalistas en la España posfranquista inminente.

Indudablemente: el problema más importante que se nos plantea de inmediato es éste de las posibilidades de desarrollo que se nos ofrezca en la España que nazca una vez caído el régimen actual. Uno de los más importantes, efectivamente, puesto que el tiempo disponible, el tiempo con que podemos contar en nuestro favor, es limitado, y los obstáculos a ganar, enormes. Es de imaginar que los primeros movimientos que hagan unos y otros en el orden políticosocial, en la España posfranquista, serán muy cautelosos. Las fuerzas dominantes que hayan de quedar en el poder permitirán solamente, por algún tiempo, aquellas libertades que no pongan en peligro inmediato la estructura estatal que las mantenga.

Posibilidades de la revolución libertaria entonces: ¿Plazos?

No creo que existan posibilidades inmediatas de una confrontación directa de las fuerzas anarcosindicalistas y el Estado en un futuro próximo. Esto nos enfrentará con el problema de tener que «adaptarnos» de alguna manera a las situaciones del momento. Recuperar las fuerzas perdidas, reorganizar, ganar nuevamente el puesto que teníamos en la conciencia del pueblo español: eso es lo que constituye nuestro deber primordial; y a ese deber hemos de darle prioridad sobre todo lo que sea prosecución prematura de objetivos ideológicos más completos pero demasiados radicales de momento, más espectaculares y sonoros pero, como digo, prematuros.

Coexistencia pacífica: ¿Liquidada la guerra civil? ¿Cuentas pendientes?

No es de extrañar que existan minorías que sean partidarias de una acción más directa. Nadie podrá evitar que cierto espíritu acometivo que han alimentado los largos años de exilio quiera manifestarse, no en son de revancha sino como brazo justiciero, sobre aquellos que más se distinguieron en cuanto a responsabilidades criminales. Pero ésta no es una actitud general del antifascismo español. Las preocupaciones que se imponen en el pensamiento de la mayoría libertaria han sobrepasado esa fase. Lo que requerimos son nuestras libertades. Las libertades del pueblo español, del que somos parte.

Condiciones para la coexistencia pacífica.

Las libertades y los derechos del pueblo español. Pero hay que insistir especialmente en un derecho especialmente ganado por la clase obrera española, por nuestro movimiento obrero, en sus largos años de lucha. Que constituye parte de nuestro patrimonio; y de nuestra responsabilidad: hacia los que dieron la vida por establecer en España una sociedad más justa. Me refiero al derecho de reemprender todas las conquistas sociales que logramos poner en práctica durante nuestra guerra civil. Ese es y tiene que ser, creo, ese derecho especial que hay que reclamar de entrada, nuestro punto de partida para en cuanto se restablezcan las libertades españolas. No podremos quedar satisfechos con sólo el derecho de asociación y la libertad de prensa. Queremos que ciertos otros derechos pues, que son nuestros ya, se respeten por completo y desde el primer momento por la sociedad española, sean cuales fueren las fuerzas en el poder. Durante la guerra civil ganamos el derecho a la experimentación social, ganamos el derecho a emprender la colectivización de las tierras, la socialización de

* La ocasional corresponsalia de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en Londres (José Martín-Artajo) ha obtenido las siguientes respuestas a nuestro cuestionario. Han contestado por separado cuatro libertarios españoles en Londres, Miguel García García, de la generación de los «viejos», entre heterodoxo y ortodoxo, según la clasificación del corresponsal, clasificación que seguimos en esta nota; «afiliado»; en diálogo de viva voz con *Cuadernos de Ruedo Ibérico*; Jaime Mora, de la generación de los «intermedios», ortodoxo y «afiliado», en monólogo ante el cuestionario; José García Pradas, de los «viejos», heterodoxo, «desafiliado», en conversación a propósito del

cuestionario; José Cabañas, de los «viejos», ortodoxo, «afiliado», en monólogo como el de Mora. Contestan colectivamente, en mesa redonda con *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, con síntesis, ordenación y transcripción simultáneas y entre todos, un grupo de jóvenes universitarios, varones y hembras, ácratas independientes. La exigencia que el editor de este fascículo se ha impuesto de ordenar los encuestados que han respondido por orden alfabético, menos connotativo que cualquier otro orden, incluso el cronológico, ha tenido como consecuencia la dispersión de las encuestas realizadas por José Martín-Artajo.

la industria, la distribución equitativa de la producción. Y pusimos en práctica nuevos métodos pedagógicos que les abrieron horizontes más amplios a las nuevas generaciones, y practicamos la medicina social, la socialización de la medicina, y defendimos siempre el respeto máximo a la libertad individual... Claro está que estos derechos no constituyen por sí solos nuestra finalidad ideológica última. Son solamente derechos, derechos que hemos ganado ya, que hay que volver a poner en práctica enseguida y que, puestos en práctica, han de ayudar a resolver parte de los males endémicos de España. Y es de mucha importancia que se reconozcan de entrada; de mucha importancia: para el movimiento libertario y para España.

Colección España contemporánea

Jacques Georgel

El franquismo

Historia y balance : 1939-1969

I. Crisis del Estado : I. El periodo monárquico : 1. Los factores de debilidad del Estado. 2. Las fuerzas políticas. II. El periodo republicano : 1. La construcción del Estado. 2. La destrucción del Estado. II. El franquismo. Fundamentos ideológicos. I. La ideología falangista y España en la guerra : 1. El Caudillo. 2. El Partido. 3. La comunidad. II. La ideología franquista y España en la paz : 1. La sucesión del Caudillo. 2. La decadencia de la Falange en el marco estatal. 3. La resistencia de la Falange en el marco sindical. Organización política : I. Las instituciones políticas del régimen : 1. El poder ejecutivo. 2. Los legisladores. 3. La organización jurídica. II. El ciudadano y el Estado : 1. Los derechos del ciudadano. 2. La defensa del régimen : 1. El poder ejecutivo. 2. Los legisladores. 3. La organización política.

384 páginas

36 F

¿Cómo te hiciste anarquista?

Fue en la República que, según algunos indocumentados, contribuimos decisivamente a arruinar. En el año 1933, mi padre, militante del Sindicato de la Construcción, fue detenido después de una imposición sindical —acción obrera para romper los **lockouts** patronales y trabajar en los tajos contra la voluntad de los patronos— y estuvo a punto de verse aplicar la Ley de Vagos y Maleantes * que habían creado los socialistas, en el gobierno del periodo anterior. Yo tenía doce años. Comprendí que había que cambiar radicalmente el mundo. A partir de aquel momento acompañé a mi padre al sindicato. A los quince años era anarquista y pertenecía a la CNT.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa y como organización revolucionaria?

A mi juicio, tanto en lo reivindicativo como en lo revolucionario, la CNT era el lugar natural de todo genuino revolucionario.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

No pertencí a la FAI, como ocurrió a muchos que se consideraban anarquistas. Pero hay aquí no poco que aclarar. La FAI ha sido uno de los temas que con mayor delectación han explotado todos los diletantes de la historiografía. Para estos insignes aficionados la FAI fue la organización de los anarquistas que «tomó el poder» dentro de la CNT en momentos cruciales para ésta. La CNT era sindicalista, una organización de trabajadores aséptica, pero la epilepsia de los anarquistas de la FAI le comunicó un maximalismo delirante. Esta tesis, que nació con el reformismo confederal que llevaba implícito la negación de la CNT como tal, fue acogida con fruición por los adversarios de fuera, que creyeron así poder contraponer anarquismo y cenetismo. Sin embargo, como alguien ha manifestado con anterioridad, la CNT fue constitutivamente anárquica porque anarquistas fueron sus creadores. Los sociólogos e historiadores —llamémosles así— que hacen aquellas contraposiciones podrían estudiar la nómina de los creadores de la CNT (1910) y verían cómo en el origen de ésta no había ni podía haber neutralismo, o lo que es igual sindicalismo en la intención de esos hermeneutas, sino anarcosindicalismo: es decir, la problemática del obrerismo animado por la ideología anarquista. Por tanto, el anarquismo era congénito en la CNT. De lo contrario, los hombres de Solidaridad Obrera habrían ingresado en la UGT, que ya existía. Por otra parte, refiriéndonos a esa instrumentalización del anarquismo que fue la FAI, diremos que siempre hubo FAI y faísmo en la CNT, antes incluso del nacimiento de la FAI en 1927. Fue el espíritu de una FAI aún premonitrice quien sostuvo a los cuadros confederales durante el Terror en Barcelona (1919-1923); el que expulsó del Comité nacional de la CNT a los bolcheviques que habían penetrado al socaire de la represión gubernamental y patronal, y el que mantuvo al organismo sindical fuera de la órbita de Moscú **. En realidad, el mito de una FAI conspiradora dentro de la CNT nació con el «treintismo». El manifiesto de los Treinta *** era en sí mismo un documento no poco estimable en muchas de sus partes, pero contenía implícita una amenaza de reformismo político. Este punto se confirmó por la trayectoria de la mayor parte de los firmantes, empezando por Pestaña y Juan López y terminando por Cortada, estaliniano del PSUC y feroz antianarquista en la Barcelona revolucionaria de 1937. Un eminente de la FAI, hombre del máximo prestigio dentro de la historia contemporánea del anarquismo hispánico me decía hace poco, al requerirle yo sobre este tema, que la amenaza reformista desencadenó entre los militantes una sicosis de caza de brujas un tanto desorbitada. Por lo demás, me decía este militante, los miembros de la FAI, que en aquel momento se hicieron siempre que pudieron con los cargos representativos de la CNT, solían en general rechazar los cargos en los comités confederales, y sólo los aceptaban en contadas ocasiones. ¿Cómo obraban los faístas dentro de los sindicatos? (Todos los miembros de la FAI pertenecían a la CNT.)

* La Ley de Vagos y Maleantes fue votada por las Cortes en 1933 a petición del gobierno de Manuel Azaña. Aparentemente dirigida contra los individuos asociales en general, podía ser utilizada, y lo fue con harta frecuencia, contra los parados,

los huelguistas y los militantes de los sindicatos de la CNT.

** Véase en este suplemento, p. 299-315: Una polémica: «treintistas» y «faístas».

«Yo estaba en Gráficos —me decía el aludido militante— y si en una asamblea hacíamos una proposición, enseguida se oían voces en apoyo, procedentes de miembros de la FAI y solíamos salir adelante con nuestras sugerencias.» Se trataba de la proyección individual del faista en la asamblea abierta. Esta situación ya se dio en la Primera Internacional hispánica. La Alianza de la Democracia Socialista* fue una anticipación de la FAI, pero con mayor altura y nivel ideológico, a mi juicio. Sus miembros operaron de manera similar. Mantenían en la Federación Regional Española** una relación militante individual que en muchos casos se mantuvo por vía epistolar. Pero la Alianza fue atacada con ferocidad por quienes eran asimismo enemigos de la FRE y del bakunismo implantado en el país, es decir, los Lafargue, Engels, Marx, Iglesias, Mora, Mesa. Estos últimos después de haber pertenecido ellos mismos a la Alianza. De igual manera, el ataque a la FAI era en el fondo un ataque consciente a lo constitutivo de la CNT, a su anarquismo y antigubernamentalismo. El ataque empezó con Pestaña y otros. El primero imaginó una CNT aséptica, y luego una central unitaria en la que los afiliados dejarían fuera de los sindicatos sus opiniones políticas. Esto era lo postulado por el sindicalismo de la Carta de Amiens***. La gran diferencia está en que éste entendía forjar la ideología sindicalista por la acción autónoma obrera basada en la experiencia de cada hora. Ahí está Griffuelhes. Pestaña y su de tiempo larvado Partido Sindicalista intentaban comunicar al sindicalismo desde fuera su ideología por medio del partido. Eso era ya marxismo, posibilismo, gubernamentalismo, cualquier cosa menos CNT. En la misma línea están posteriormente los antifaistas, es decir, en un sentido profundo, los antianarquistas. Es decir, los adversarios de la CNT revolucionaria, la única que podía nacer de la herencia de la Primera Internacional. Entre estos se alinean hoy algunos dilettantes variopintos del interior: los Velarde, Ricardo de La Cierva, Cantarero del Castillo, etc. A otro nivel Termes Ardavol, Balcells, Juglar, etc. Todos ellos distinguen a diversos grados entre CNT y FAI, significando con ello contraposición entre anarquismo y cenetismo. De esta manera obtienen la visión de una CNT fantasmal, arreglada al gusto propio, profundamente falseada y cortada de sus raíces históricas: la CNT con que soñaba la reacción española. Entre los divulgadores del mito FAI, como aquí hemos expuesto, se hallan en lugar destacado los reformistas que, nacidos en la CNT, poco tienen hoy de hecho en común con ella****.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil? ¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

Sin duda alguna la colectivización. Sobre los aspectos políticos y de participación gubernamental es mejor correr un velo. El anarquismo joven ha hecho una crítica acerada de este periodo, en general válida. El colaboracionismo gubernamental aduce argumentos de supervivencia para justificar la actividad política de la CNT. Pero los supuestos motivos de supervivencia física —estar en el Estado para contrarrestar la naturaleza contrarrevolucionaria del mismo— pusieron en peligro otro tipo de supervivencia: la continuidad histórica del Movimiento Libertario como tal. Los hábitos gubernamentalistas dejaron en la posguerra clandestinista vicios persistentes. Tales deformaciones llevaron por fin al pactismo del llamado grupo de Madrid. Todo es normal en el proceso: ponéis un hito y luego el proceso se desarrolla hasta sus consecuencias extremas: el centralismo marxista de la Primera Internacional condujo a Lenin y éste a Stalin. El socialdemocratismo en Marx se tradujo en apoyo a los grupos progresistas en su lucha por el poder contra los grupos feudales y reaccionarios: en una segunda fase el socialdemocratismo se incorporó a los parlamentos de la burguesía; por fin, a los gobiernos de la burguesía. Así en todo.

* La Alianza de la Democracia Socialista, según su propio fundador, Miguel Bakunin, «es una sociedad secreta formada en el mismo seno de la Internacional, para darle una organización revolucionaria, para transformarla tanto a ella como a las masas populares que se encuentran fuera de ella, en una potencia suficientemente organizada como para aniquilar a la reacción político-clerical-burguesa, y para destruir todas las instituciones jurídicas, religiosas y políticas de los Estados».

** La Federación Regional Española, sección española de la Primera Internacional, constituida en el Congreso de Barcelona en junio de 1870.

*** La Carta de Amiens condensa el programa del sindicalismo revolucionario francés. Fue votada en el congreso celebrado en esa ciudad en octubre de 1906.

**** Véase en este libro la crítica que hace en este plano Orero (p. 247-270).

En la colectivización la CNT materializó su vocación revolucionaria. Tal obra se vio tenaz y diversamente obstruida, en algunos casos incluso por las llamadas instancias superiores de la propia organización. Estas se vieron afectadas por el complejo paralizante del intervencionismo estatal. Lo que ha quedado de la revolución española es la socialización, y ésta fue obra de la CNT. El legado del anarquismo español es la idea autogestionaria. Esta no la inventó él, pero sí demostró su viabilidad.

¿Qué opinión te merecen en general los viejos anarquistas?

En general me merecen el mayor respeto, por su integridad y su gran capacidad de sacrificio, contrastada en el interior del país y también en el exilio. El carácter un tanto estático de este último ha llevado a un desfase entre las realidades de la emigración y las del interior del país.

¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los jóvenes anarquistas?: jipismo, libertad erótica, etc.

Opino lo mismo que en el caso de los viejos anarquistas. Jipismo y libertad erótica suelen ser aspectos secundarios del anarquismo joven. El primeros de los dos aspectos habría que vincularlo sólo de manera muy relativa al anarquismo joven, según creo. En cuanto al otro, en los últimos tiempos he oído hablar de « kibbutz sexuales », pero no en el anarquismo precisamente. De cualquier modo, tales extremos no suponen una sublimación de la energía revolucionaria, sino una esterilización de la misma. Hay que señalar también un hecho claro: la actitud denigratoria de toda realidad anarquista no remite un instante. Existe por parte de diversos sectores, casi todos, la tendencia a presentar al anarquismo joven como algo folklórico, de escaso peso y entidad, mientras los múltiples grupos del blanquismo bolchevizarante se auto-inclensan en universidades y en todas partes con las virtudes más excelsas. De cualquier modo, tarea de los propios anarquistas jóvenes es dar el debido mentís con una conducta consecuente.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las « izquierdas » españolas para una coordinación de acción?

Escasas, sobre todo debido a la presencia de los diversos grupos del blanquismo o jacobinismo bolchevique, cada uno de los cuales se presenta a sí mismo como el partido carismático de la clase obrera, destinado a la conquista del poder. Esta manía es por naturaleza excluyente. Lo curioso en esta proliferación de grupos providenciales, que pueden ser cinco o seis, es que en la autoexaltación de cada uno de ellos quedan excluidos cuatro o cinco. Al final no queda en pie ninguno. Por otra parte, en una manifestación habida últimamente en España parece que unos blanquistas de no sé qué tipo agredieron a unos jóvenes anarquistas que enarbolaron una bandera negra. Es un síntoma.

Ahora bien, habría que favorecer una aglutinación de corrientes no totalitarias; la de todas aquellas dispuestas a entender el futuro en el país como una tarea de profunda transformación bajo el signo de la contribución de cuantos no se atribuyan el monopolio de ningún tipo de verdad revelada. Habría que ir abriendo cauce a las fuerzas realmente democráticas, verdadera alternativa al sistema actual. Los jacobinos de una supuesta izquierda son los herederos espirituales de la presente situación. Una izquierda democrática, que yo no dudo en calificar de *nueva izquierda*, podría ser una fuerza de reemplazamiento y un dique de las nuevas sugerencias totalitarias de la autodenominada izquierda.

Tal idea, aquí muy sumariamente apuntada, tendría sus mejores posibilidades en el terreno sindical. Debería intentarse la aglutinación de los grupos clandestinos sindicales de proyección democrática. La aglutinación podrá llevarse a cabo alrededor de la UGT-CNT con la constitución de una alianza, frente o plataforma que agruparía al sindicalismo histórico y al de nueva creación. Habría un organismo de enlace en el que contactarían las diversas tendencias. Debería prepararse así la sustitución del sindicalismo actual, a la vez que el lanzamiento de un sindicalismo representativo, profundamente democrático, en cuya realidad de base serían reconocidas las diversas tendencias existentes. Sería también un sindicalismo experimental capaz de elaborar en su quehacer cotidiano, con el diálogo permanente y la experimentación concreta de cada hora, terrenos unitarios definitivamente ganados para la clase obrera. Los grupos o corrientes sindicales, porque serían de prever conglomeraciones ideológicas,

dotarian con su acción unida a los trabajadores de un instrumento eficaz de reivindicación y resistencia. En el tránsito revolucionario de transformación socialista, tales corrientes marcharían unidas en el proceso socialista tanto como permitieran las nociones comunes adquiridas. Es previsible que ciertas divergencias obligarían a hacer un alto en algún momento para trazar un balance de lo consolidado y computar nuevas relaciones de fuerza; habría que evitar en todo momento la erección de poderes carismáticos. Este podría ser un esbozo de programa de acción en común para las fuerzas democráticas. Los anarquistas la entenderían al margen de cualquier esfera gubernamental. La idea clave de tal acción común no podría ser otra que la idea autogestionaria. ¿Estarán preparados para aceptarla determinados grupos del socialismo actual?

Puntualicemos finalmente que no se está en la luna y no se me escapan las dificultades, pero ello no es razón para cejar a las primeras de cambio.

¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política de las masas españolas actuales?

No es un secreto que el vacío político y la desertización política de que habló un personaje del interior son en verdad enormes. Pero hay también minorías muy preparadas. El neosindicalismo revolucionario y neanarquismo existentes dentro del país tienen un nivel de preparación considerable, muy superior en ocasiones al de la vieja militancia. En cuanto a las posibilidades de acción potencial, éstas pueden calificarse de gigantescas; hasta el punto de que exceden a toda posibilidad de canalización positiva. Ello es debido a la receptividad de las masas. Ahora bien, la capacidad de resistencia y represión del sistema también es muy grande, por lo que las posibilidades de acción real se ven mucho más limitadas.

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista? ¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen? ¿Cuál debiera ser la acción anarquista en esas circunstancias?

No hay duda: con un gobierno militar ultra o una dictadura militar nasserista, semicomunista, muy pocas. Lo mismo, con escasas variaciones: clandestinidad y cárcel; en el mejor de los casos, en un régimen «nasserista» o semicomunista, quizás podríamos acogernos a algún hospital psiquiátrico para curar nuestra congénita inadaptación... De cualquier modo, seguiríamos siendo un tipo de oposición. Habría más posibilidades con un gobierno democristiano liberal, o socialista moderado, objetivamente hablando. Creo que el sistema más favorable, para nosotros, sería este último, siempre que fuera moderado en la utilización de medios de coerción... La historia pasada no resulta en verdad muy tranquilizadora en este punto. Un socialismo democrático tipo Mitterrand sería un paso adelante. No se olvide que, en el plano teórico desde luego, el partido socialista francés ha inscrito en sus programas la fórmula de autogestión obrera. En un régimen así, el anarquismo debería ser un factor dinámico de impulsión de las fórmulas autogestionarias, que siempre estarían amenazadas por la veleidad natural de los gobiernos a estatificar. El anarquismo sería una auténtica oposición de base, situada en la calle: sindicatos, empresas, distritos, municipios. Habría de encabezar la lucha por instaurar la verdadera autogestión obrera y el autogobierno de la sociedad.

¿Crees posible una revolución libertaria en España? ¿A corto plazo? ¿A largo plazo? ¿Qué formas adoptaría?

Es objetivamente posible en España como en cualquier otra parte. Lo que debe tenerse en cuenta, en cada caso, son las peculiaridades de la sociedad resistente. De cualquier modo, no a corto plazo, pero sin remitirlo necesariamente a las calendas griegas. ¿Formas que revestiría la revolución? Eso es imprevisible. De lo único que podemos estar ciertos es de la práctica cotidiana a que debemos comprometernos para crear condiciones que la hagan posible.

¿Cuál debe ser la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

Primero, no contemporizar con ningún planteamiento totalitario y, en consecuencia, colaborar en la creación de antidotos que limpien al país de las miasmas autoritarias que dejará la dictadura. Esta será, o debería ser, la mira primordial del anarquismo. Los libertarios pondrán énfasis en lo absurdo de reemplazar una dictadura por otra dictadura. Deberán contribuir a crear o alentar la creación de cauces democráticos, lo que significaría la creación de defensas contra las veleidades totalitarias de cualquier signo. El anarquismo puede ser el factor más dinámico y lúcido de una nueva izquierda, pero nueva en verdad en la adopción de sus valores. Esta corriente podría englobar de diversos modos los fermentos dispersos, pero muy numerosos en el interior del país, de las tendencias comunistas, consejistas y sindicalistas revolu-

¿Qué formas organizativas consideras más adecuadas para tal acción?

¿Cuáles son los planteamientos ideológicos del anarquismo? ¿Tiene planteado el anarquismo problemas teóricos fundamentales? ¿Cuáles?

cionarias. En todas ellas prima la idea autogestionaria. Lo que separa, por ejemplo, a muchos consejistas del sindicalismo revolucionario son problemas de orden táctico. En el consejismo, el consejo es la realidad de base. En el sindicalismo revolucionario, o anarcosindicalismo, el sindicato es un medio técnico que en la planificación socialista podría asociar los consejos obreros de base (empresas) en cada una de las industrias. Pero esto exigirá una inteligente campaña de clarificación y elucidación ideológica. Habrá que propagar los análisis más radicales sobre la verdadera noción de democracia.

Las clásicas pueden servir, pero todas aquellas que no contradigan los fines. Los medios arbitrados jamás deben contradecir los fines, que es precisamente lo que pasa en el marxismo. Marx dijo: La filosofía (es decir, el marxismo) debe confirmarse en su praxis. Y la praxis es la mayor enemiga del marxismo. Sin embargo, en el fondo no importan tanto las formas como la disposición mental de los militantes. Estos deberán hacer un esfuerzo heroico y recuperar su inveterada capacidad proselitista. Habrá que prender de nuevo la mecha del entusiasmo, arrojarse fuera de las empalizadas y trincheras y conquistar la calle. Porque hay que decirlo: cierto grado de esclerosis se ha apoderado de las antiguas estructuras orgánicas.

Sin ninguna duda los que se relacionan con su filosofía política respecto al Poder y a la Autoridad. Aquí es dialécticamente imbatible porque se ha remontado al fondo de las alienaciones históricas constitutivas. No dudo en afirmar que la alienación histórica más primitiva, en un amplio sentido, es la política. El hombre de las primeras sociedades ya está tutelado políticamente por los jefes religiosos de clan, que interpretan para él el mundo y sus misterios. A tal predominio espiritual y político no tardarán en imbricarse los privilegios económicos. La superioridad teórica y filosófica del anarquismo respecto al marxismo reside en que aquél llega hasta la raíz de la situación del hombre ante la Autoridad. Cuando con asombro por parte de los adeptos del «socialismo científico» aseguramos que el marxismo tiene una filosofía política primitiva, disponemos de la famosa praxis para demostrarlo: conciben los marxistas nuevas relaciones de producción, pero las insertan en las viejas estructuras políticas autoritarias: las del Estado. Tras recoger el producto de la evolución histórica de las instituciones autoritarias, es la propia burguesía quien ha transmitido al marxismo su legado autoritario: el Estado. Pese a sus abstrusos desarrollos filosóficos, el marxismo no ha hallado nada mejor para presidir la transición al socialismo que el viejo Estado; la única institución que, en opinión de Engels, hallamos ante nosotros en la iniciación del tránsito. Un Estado, eso sí, recosido y embellecido, enjalbegado, con hombres nuevos a su frente. Y si alguien nos dice que se trata de un **Estado nuevo**, **el Estado obrero**, diferente en su esencia de los de la burguesía... entonces echaremos de nuevo mano de la «praxis» y nos ahorraremos largas explicaciones doctrinales. Los problemas teóricos esenciales del anarquismo son los de siempre en un mundo penetrado por la autoridad e irresponsabilidad de los gobiernos y, por consiguiente, de las masas. En realidad, los problemas del anarquismo son de orden práctico. Tiene que demostrar de modo fehaciente que sólo sus formulaciones, precisamente por renunciar al Poder, carecen de carácter excluyente. Contrariamente a quienes consideran que ésta es la gran debilidad del anarquismo, yo afirmo que aquí reside su superioridad. Aquí se rompen las consecuencias caínicas de la lucha por el Poder. Al restituir el Poder a la base de la sociedad, que es de donde han sido depredados por los Estados, el anarquismo invita a todos a participar en los múltiples centros decisivos de base de que se compondrá la sociedad autogobernada. Eso sí, ¡ay del blanquismo!, el poder, asentado en la base de la sociedad estará naturalmente organizado y funcionará desde las fábricas y los centros del trabajo, reunidos en federaciones industriales, que planificarán siguiendo ahora el enorme caudal de imaginación y fuerza creadora que originará la responsabilidad colectiva. Esta controlará desde la base todos los procesos. Los organismos intermedios de relación responderán ante la base, que jamás deberá dimitir sus prerrogativas de control, en que estarán incluidos la nominación y relevo automático de los mandatarios. Eso en lo económico. En lo político y social el Municipio será el asiento de la vida ciudadana, y ésta se regulará partiendo de la calle y del distrito, para articularse en el municipio

local. El instrumento técnico de vivificación de estos procesos será el federalismo. Esta actividad múltiple de la sociedad en cada uno de los campos concretos de la realidad, relegará al museo de todas las rarezas primitivas las manías carismáticas de los jacobinos. Pero terminemos con algunas ideas no anticipatorias: Habrá que desarrollar hasta sus últimas consecuencias ciertos síntomas que advierten de la dinámica actual de nociones como autogestión, control obrero, conectadas a condiciones objetivas recién aparecidas en el mundo actual: descentralización, regionalización, reactivación de la vida municipal. Aparecen estas últimas nociones bajo formas burguesas. Se trata de la regionalización y la descentralización descendentes inspiradas por los propios Estados capitalistas. Pero ello no hace sino demostrar la sugestión que ejercen hoy esas ideas-fuerzas. Y demuestra también que el Estado-Providencia actual se declara de modo implícito incapaz de asumir el control y dirección de esa enormidad de fuerzas creadoras vivas que es una sociedad. Detrás de tales nociones están Godwin y Proudhon... a condición de que se desarrollen hasta las últimas consecuencias.

París, octubre de 1973

Editions Ruedo ibérico

Julio Sanz Oller

Entre el fraude y la esperanza

Las Comisiones obreras de Barcelona

Testimonio 3

380 páginas

24 F

Salvador Cano

Salvador Cano. Nació en Mojácar en 1900. Hijo de familia modesta y numerosa. Ejerció el profesorado racionalista y el periodismo. Fue corresponsal en Valencia de los diarios CNT de Madrid y *Solidaridad Obrera* de Barcelona, redactor del diario *Fragua Social* y director de *Nosotros*. Militó en el Movimiento Libertario desde 1919 y ha ocupado cargos de responsabilidad. Se declara de tendencia pacifista y pedagogo por temperamento.

¿Cómo y por qué te hiciste anarquista?

Me hice anarquista leyendo a Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Netlau y Reclus. Campos, fábricas y talleres, *La conquista del pan* y *Palabras de un rebelde* de Kropotkin fueron para mí los cimientos del anarquismo. La explotación del hombre por el hombre me era repulsiva desde que empecé a conocerla. En mi propia familia había explotadores. El anarquismo me decía que las riquezas, producto del esfuerzo de los trabajadores, debieran ser para todos, que los esfuerzos debieran realizarse en común; que todo hombre debiera rendir con arreglo a sus fuerzas y consumir según sus necesidades.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

La Federación Anarquista Ibérica era una organización específica de propagación del anarquismo. Los anarquistas han estado dentro de la Confederación Nacional del Trabajo por su condición de obreros, de productores. La FAI, como organización de anarquistas, no ha estado en la CNT para mediatizarla, como lo ha hecho el Partido Socialista con la UGT. La gran masa de la CNT se ha sentido identificada con el ideario de la FAI, y la mayoría de la militancia confederal respondía al espíritu anarquista.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?
¿Colectivizaciones?
¿Acción militar?
¿Participación en organismos estatales?
¿Encuadramiento y educación política de masas?

Sin la menor duda, las colectivizaciones. Con la labor de colectivización la CNT demostró ser una organización revolucionaria. Organizó una economía del pueblo y para el pueblo. Sin gran preparación técnica, improvisándolo todo y tropezando con el enemigo camuflado.

La participación que tuvo la CNT en los organismos estatales fue estrictamente circunstancial. Reconocida por todas las tendencias como la organización más potente del país, se la llamó a compartir la responsabilidad del gobierno en los momentos trágicos en que vivía España, y no se negó a ello. Organizó unidades para el ejército. En la retaguardia cuidó la acción constructiva enfocándola hacia fines revolucionarios. En política al uso era totalmente inexperta. La CNT no entró en el gobierno a seguir la tradición histórica de los profesionales de la política, sino a trabajar noble y sinceramente para ganar la guerra y poder hacer la revolución.

¿Qué opinión te merecen en general los viejos anarquistas?

Hombres de corazón, prestos a todo sacrificio por la consecución del mundo que sueñan...

Pero eso de soñar es puramente quimérico... La realidad impone actitudes distintas. ¿Tú crees en la posibilidad de realizar esos sueños con la mentalidad del hombre actual?

No niego ni afirmo nada sistemáticamente. Me atengo siempre al razonamiento de la experiencia. Dejemos correr el tiempo, que es quien se encarga de despejar las incógnitas. El anarquismo es un ideal humano con estructuras sociales teóricamente trazadas. Su realización dependerá de las circunstancias. ¿Y quién puede asegurar que esas circunstancias no se darán?

¿Qué opinión te merecen los jóvenes anarquistas? ¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los mismos: jipismo, libertad erótica, etc.?

Para mí el anarquista, sea joven o viejo, es el hombre que ha asimilado la filosofía del anarquismo y la divulga. Al jipismo no lo considero enmarcado en el ideal anarquista. Creo que es una degeneración de la moral, que el anarquismo tiene muy en cuenta para las buenas relaciones sociales. La libertad erótica que el jipismo enarbola como derecho a la libertad de la mujer, no es más que una aberración desprendida de todo sentido de responsabilidad, con el agravante del uso inicuo de las drogas. He tenido la curiosidad de sondear a alguno que otro jipi sobre los propósitos que les animan, y no he obtenido otros razonamientos que los de querer hacer lo que les viene en gana, sin importarles un bledo todo lo que se desenvuelve fuera de su

ámbito epicúreo. Esto no es anarquismo, por mucho que quieran pretenderlo caprichosamente. El anarquista es el hombre con sentido de responsabilidad. Lo que le rodea le interesa tanto como lo propio. Para el anarquista, su libertad termina donde empieza la de su semejante. La libertad ha de ser la ley del respeto mutuo. El jipismo de « muestra » no tiene nada que ver con esta filosofía.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las « izquierdas » españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

Las izquierdas españolas son como las de otros países: se acomodan al sol que más calienta. Mi política ha sido siempre hacer toda la labor cultural que pueda. Con esto creo que contribuyo más a minar los cimientos del sistema de explotación del hombre por el hombre.

Colección España contemporánea

Max Gallo

Historia de la España franquista

De la toma del poder hasta hoy

Introducción. I. La victoria : 1. Francisco Franco y la muerte de la República. 2. Los primeros frutos de la victoria (abril-septiembre de 1939). 3. España ante la guerra mundial (septiembre de 1939-julio de 1940). 4. Meses decisivos (julio-diciembre de 1940). 5. Últimas tentaciones y decisión definitiva (1941-1942). II. La supervivencia y la segunda victoria (1943-1950) : 1. El gran designio de Francisco Franco (1943). 2. La « Noche negra » del franquismo (1944-1945). 3. De la supervivencia a la iniciativa (1946-julio de 1947). 4. La segunda victoria y la absolución (julio de 1947-1950). III. Nacimiento de una nueva España (1951-1959) : 1. El comienzo (1951). 2. Nuevos éxitos y nuevos peligros (1952-1955). 3. Se abre la crisis (1956-primavera de 1957). 4. Franquismo renovado contra nueva España (primavera de 1957-1959). IV. Años decisivos (1960-1963). Del Plan de estabilización al Plan de desarrollo : 1. El precio de la estabilización (1960). 2. La España de las grandes luchas ((1961-junio de 1962). 3. Liberalización; desarrollo; garrote vil (julio de 1962-1963). V. La España del primer Plan de desarrollo (1964-1968). El porvenir de España en cuestión. 1. Desarrollo y referéndum (1964-1966). 2. En España no hay nada decidido. Ofensiva anti-franquista y nueva represión (1967-1968). Conclusión abierta (1939-1969). De Franco a Juan Carlos. La España franquista o la excepción de la regla.

512 páginas

80 ilustraciones

45 F

Francisco Carrasquer

Francisco Carrasquer Launed nace en Albalate de Cinca (Huesca) en 1915. En 1936 vive en Barcelona, estudia y ejerce de maestro en una escuela de Ateneo libertario. Hace toda la guerra y casi siempre en la 119 Brigada de la 26 División, de la que llega a ser capitán de Estado Mayor. En el exilio: siete meses en el campo de Vernet d'Arlège, trabaja en Nantes, Pau, Toulouse, Foix (agricultura y bosques). Regresa clandestinamente a España (1943); detenido: seis meses de cárcel; servicio militar en África; nueva detención de otros seis meses, libertad condicional, vuelta a Francia clandestinamente. Estudios en la Sorbona, algún tiempo secretario de Interayuda Universitaria y de la UFEH*. Doctor en Lengua y literatura españolas, enseña en la Universidad de Leiden. Ha publicado tres libros de poesía, una tesis sobre la novela de Sender y varias antologías de poesía neerlandesa.

¿Cómo te hiciste anarquista?

Resume tu vida sindical, o en grupo anarquista, o lo uno y lo otro.

Han sido avanzadas diversas hipótesis para explicar el favor del anarquismo y del anarcosindicalismo entre los proletarios españoles. ¿Cuál es la tuya?

Fundamentalmente por influencia de Félix, mi hermano mayor.

Mis actividades «sindicales», si se pueden llamar así, han tenido más bien una motivación de simpatía y solidaridad con el pueblo en general, y con la base libertaria en particular, que un móvil reivindicativo o clasista. Si he intervenido en luchas y asambleas de la CNT ha sido siempre para defender la causa de los otros más que la mía de manera directa. Tampoco creo haber pertenecido oficialmente a la FAI, aunque haya asistido a algunas reuniones de la misma, y sobre todo a una memorable celebrada un poco antes de la guerra, en Barcelona, durante la que el famoso grupo «Nosotros»** (Durruti, García Oliver, Ricardo Sanz, Francisco Ascaso) llevó la voz cantante y en cuya ocasión se me reveló Francisco Ascaso como el hombre más capaz de todo el MLE.

Siempre me mantuve en actitud crítica frente a la CNT y a la FAI, rehuyendo todo fanatismo cerril que imperaba en algunos medios, especialmente quizá en los de las Juventudes Libertarias.

Mi hipótesis se basa sobre todo en los condicionamientos históricos y se opone, por lo mismo, a las hipótesis de tipo sicosociocarterológico o sicoetnológico por la sencilla razón de que no hay todavía nada serio hecho en esta materia realmente científico, y todo se reduce a unas funestas conclusiones fatalistas, ya lanzadas por intuición, ya por empirismo vulgar (como han hecho tantos augures brillantes o genialoides, nuestros «prohombres» del 98 en cabeza). No por eso niego que hayan también condicionamientos sicosociológicos; lo que niego es que puedan manejarse científicamente, puesto que científicamente aún hay que establecerlos.

Puesto, pues, en el trance de tener que explicarme la ascendencia extraordinaria de que gozó el anarquismo en España, pongo los tres argumentos siguientes sobre el tapete:

1) El anormal divorcio de más de cuatro siglos en que ha vivido el pueblo español con respecto a Madrid y el consiguiente corolario determinante hasta hoy de la (anómalamente) mala marcha de la cosa pública española, han ido amasando más y más esa mezcla de odio y desprecio por todo lo que huele a política que ha animado a todo español sin distinción de clases e incluidos hasta los paniaguados del mismo poder político de turno. Con semejante mentalidad de base anclada en tan ancestral actitud es más que explicable que arraigara con éxito la propaganda anarquista, enemiga de todo poder y de todo gobierno de arriba abajo.

2) Como España ha sido y es un país de vida dura (sequía, erosión, nivel muy accidentado, clima continental, etc.) y bronca o difícil por su predisposición histórica a sufrir funestas coyunturas económicas (su modernidad parte de una ruinosa inflación y de una todavía más ruinosa desvalorización del trabajo en la escala social de valores), la gente española sin oro ni mando ha tenido que echar mano a menudo de soluciones colectivas para subsistir: sistema de riegos a base de sindicatos, ejidos, dulas, comunales, pastoreo, bosque, caminos, sotos municipales, trabajos comunales, gildas (germanías), cofradías, somatén, etc. Dado, pues, todo este entrenamiento de defensa colectiva (véase Costa), una doctrina por definición colectivista como la del «apoyo mutuo» kropotkiniano había de tener un terreno de lo más abonado en el

* UFEH. Unión Federal de Estudiantes Hispanos, organización estudiantil que confederaba todas las FUE (Federación Univer-

sitaria Escolar).

** Sobre el grupo «Nosotros», véase p. 303.

mundo productor español. (El tan extendido prejuicio del anarquismo-per-se-individualista es asunto demasiado complicado para discutirlo aquí.)

3) En fin, creo que no hay que olvidar el concurso de circunstancias (digamos) fortuitas, que hizo de España más tierra de misión de los propagandistas de la primera que de la segunda Internacional, como hubo países « evangelizados » por unos apóstoles y no por otros. Añádase a esto que en las filas anarquistas han surgido desde el primer momento figuras intelectuales de algún relieve como Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Francisco Ferrer, Felipe Alaiz, Federico Urales, y de gran popularidad como Salvador Seguí, Fermin Salvochea, Buenaventura Durruti... *

¿Qué te desagrada y que te agrada en el anarquismo?

En el anarquismo que yo he conocido, lo que más me desagrada es su **retórica**, esa mezcla de latiguillos seudonietzscheanos que tanto se propagaron con los Vargas Vila de a tres el cuarto. Naturalmente, me desagrada que se tome **anarquismo** literalmente, pero no creo que se le ocurra a ningún hombre por poco que piense y sepa la etimología griega de la palabra. Por eso no hablaría nunca de anarquismo más que como de tendencia hacia la libertad óptima, pero cuadran más con nuestros objetivos políticos expresiones tales como comunismo libertario y para mi gusto: comunitarismo (fórmula que explicaba en un manifiesto de 1956 propuesto a varios amigos y que fundaba en un tratamiento de la sociedad paralelo al del individuo: economía-cuerpo: estrictamente ordenado/gobierno-espíritu: lo más abierto a la creación posible y lo más garantizado contra toda manipulación exterior). Suprimida esa retórica de que hablo, creo que quedaría **ipso facto** suprimida toda esa ineficacia que tanto y con tantos recursos de mala fe se han achacado a los anarquistas organizados (no hablemos ya de los seguidores de Max Stirner ** para quienes, como cualquier otra clase de secuaces de cualquier cerrado individualismo, no tengo el más mínimo aprecio).

Me agrada lo que se desprende de mis anteriores respuestas: en primer lugar el **respeto** a la base, llámese pueblo a asamblea general, carencia que me ha dolido siempre entre los comunistas hasta hoy; segundo el fundar una sociedad sobre la solidaridad a partir de una acción directa —tan nefastamente sufrida la experiencia contraria de los socialdemócratas y demás marxistas que entretengan la revolución con el compromiso y la componenda politiquera (¡ Blum, Guy Mollet, Wilson, Llopis, Brandt !). Como he vivido el trabajo en común en las colectividades agrarias de Aragón y la cogestión y participación a parte entera de todos en una empresa decidida por asamblea general, recuerdo con nostalgia esa vía que creo ha de ser una de las más fructíferas para mantener la tensión del interés colectivo y por lo tanto del progreso y felicidad de una sociedad.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa?

Inmejorable.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria?

Pésimo. Y no porque le faltaran condiciones prerrevolucionarias ni arrestos para llevar a cabo una revolución ejemplar, sino porque le faltó cabeza. Cuando vino la revolución no supo aprovecharla y se la escamotearon. (Tal vez si hubiese vivido Ascaso...)

* Anselmo Lorenzo, tipógrafo, fundador en 1870 de la Federación regional española de la Primera Internacional. Autor de un libro fundamental para el movimiento libertario español: *El proletariado militante*. Ricardo Mella, topógrafo, quizá el mejor teórico anarquista español; moriría distanciado de las organizaciones anarquistas españolas a causa de las querellas internas que la desgarrarían vísperas de la dictadura de Primo de Rivera. (Véase la entrevista con J. Peirats, p. 231.) Francisco Ferrer, fundador de La Escuela Moderna, fusilado en 1909, acusado de ser el instigador del atentado de Mateo Morral contra Alfonso XIII. Su sistema educativo tendría una influencia considerable en la formación de los anarquistas españoles. Sobre Felipe Alaiz, véase lo que

dice el propio Carrasquer en las páginas 344-345. Autor, entre otros libros, de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*. Federico Urales, escritor anarquista de mucho influjo en los años que precedieron a la segunda república. Director del periódico *El Luchador*, animador de « La novela ideal » y, con su mujer —Soledad Gustavo— y su hija —Federica Montseny— la célebre *Revista Blanca*. Sobre Salvador Seguí, véase p. 283. El gaditano Salvochea es una de las figuras más relevantes del anarquismo español, Alcalde de Cádiz en 1869, participó en movimiento cantonalista; gran propagandista y organizador del movimiento libertario en Andalucía.

** Autor de *El único y su propiedad*, libro que influyó considerablemente a los anarquistas intransigentes españoles.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

- 1) Colectivizaciones,
- 2) Acción militar,
- 3) Participación en organismos estatales,
- 4) Encuadramiento y educación política de las masas?

Y algunas de las realizaciones anarquistas durante la guerra, como las colectivizaciones, consejos de industria, autogestión, etc., ¿crees que siguen siendo soluciones?

No creo demasiado en esa división entre CNT y FAI. De hecho, todos eran los mismos, más o menos. Y en este **menos** pongo a la FAI que, de ser algo, a mi modo de ver, no fue más que un estorbo, un agente de confusiónismo. Y esto en el interior, que en el exterior el mal que nos hizo es infinito, dados los precedentes terroristas que acarrearba (exagerados por la reacción, naturalmente, pero que no influían menos por eso en la opinión internacional)*.

La actuación de la CNT-FAI en España durante la guerra fue mejor de lo que podía esperarse en la preguerra. La CNT era, como se ha dicho tantas veces y con sobrada razón, un gigante con los pies de barro, pero para mí lo de los pies no tiene tanta importancia como lo de la cabeza: la CNT no tenía ni **quería** tener cabeza. Eso era lo más grave. No consentía que se levantara una cabeza una pulgada más que las otras y si sobresalía la cortaba o la hundía al nivel. Un caso antes de la guerra y otros en la raya de la misma bastarán: Angel Pestaña **, con su talento político no pudo prosperar por miedo a que se hiciese líder oficial (porque líder lo era, como tantos otros); Ramón J. Sender, por sus pruritos de independencia y sus recientes coqueteos con el Partido Comunista no se le quiso dar plataforma en la CNT y se perdió un poco para todos; pero una cabeza clara que podía haber dado mucho juego político y en el que **a posteriori** [sic] habría puesto una confianza inmensa fue Francisco Ascaso, muerto al tomar el cuartel de Atarazanas de Barcelona. A este hombre no debería habérsele consentido coger el fusil y ponerse en primera línea. Es algo que sólo se concibe en la CNT de entonces. Cualquier partido u organización habría mimado y resguardado un hombre así. En cambio se salvó García Oliver, la personificación del retoricismo que antes denunciaba. Con Federica Montseny *** componían precisamente lo contrario de lo que la CNT tenía que haber dado ministrablemente en aquella ocasión. Y aun menos mal que el secretario general, Mariano Vázquez ****, era otra cabeza clara pero, ay, ¡cuánto menos cultivada y universal que la de Francisco Ascaso!

Para mí la enseñanza más relevante del anarquismo en la guerra civil es la de las colectivizaciones, sobre todo como experiencia socialista. La acción militar, en todo caso en su derivación guerrillera. En cuanto al tercer punto, es obvio que no se merece más que un suspenso. Y respecto al último, más bien podría recaer el acento sobre lo segundo, educación, pero con la reserva de que —a falta de tiempo para digerir y asimilar— se produjera una indigestión de las peores consecuencias para enfrentarse con toda una guerra civil. Por lo que al otro aspecto se refiere: el encuadramiento de masas, contra lo que podría esperarse, seguramente gracias al activismo tremendo y a la agitación exorbitante que se desplegó en aquellos años de la República, puede hablarse de encuadramiento, en efecto, pero que debido a la referida indigestión «educativa», no dio los resultados de eficacia revolucionaria y reestructuración economicopolítica apetecidos.

¿Qué duda cabe que siguen siendo buenas soluciones las colectividades, los consejos de industria y la autogestión en el camino hacia la democracia total? La prueba es que cada día están más en el favor de los economistas y sociólogos progresistas estas soluciones y que en las comunas y agrupaciones estudiantiles de todo el mundo están a la orden del día.

* Sobre este punto —para nosotros esencial— remitimos una vez más a la respuesta de José Campos, p. 169.

** Véase p. 302.

*** Federica Montseny es la más popular figura femenina del anarquismo español. Animadora de la *Revista Blanca*. Autora

de varias obras literarias (*Tres vidas de mujer*). Ministro de Sanidad en 1936-1937 en el gobierno de Largo Caballero. En el exilio, su participación ha sido determinante en los organismos libertarios. Actualmente dirige el periódico *Espoir*.

**** Véase p. 238.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

Creo que es la fuente de inspiración más importante para rectificar los errores de política revolucionaria sufridos en las grandes experiencias del siglo: Rusia, China, Cuba, Checoslovaquia y Chile. La inspiración marxista ha fallado por excesivo enfoque sobre la eficacia y descuido del hombre concreto. Con la abertura libertarista entramos en consideraciones sociológicas susceptibles de adaptarse mejor a las necesidades del hombre en sociedad. Pero todo lo hasta aquí lanzado por el anarquismo hay que reelaborarlo y fundamentarlo con una perspectiva realista, más científica y artística a la vez.

En este mismo orden de ideas, ¿cómo te explicas el actual repunte del anarquismo en España y en el mundo?

El «repunte» de que he sido personalmente testigo tiene más carácter intelectual que obrerista. He visto recientemente un súbito y generalizado interés por el anarquismo especialmente entre los profesores e investigadores jóvenes hispanistas, primero, y entre los intelectuales y periodistas pensadores de todo el mundo después. Tal vez en éstos haya influido la propaganda indirecta de un Herbert Read o un Noam Chomsky, por no nombrar más que dos ejemplos desiguales. Pero en España y en todas partes, este renacer del interés por el anarquismo es algo de cajón si se sabe que todos los marxismos están en entredicho y que desde mayo de 1968, no sólo en París, sino en todos los medios estudiantiles, ha habido una arrolladora marea de verdadera democratización desde la base. ¿Y qué es «democratización desde la base» sino anarquismo? El desencanto de las experiencias comunistas (con golpes tan tremendamente asestados como los de 1956 en Hungría y de 1968 en Checoslovaquia) ha provocado un viraje en el mundo intelectual progresista que le ha hecho poner ante el interrogante: «¿Se puede ser comunista por decreto y vale la pena vivir en una sociedad comunista no regida por el común, sino por un aparato?»

¿Qué opinión te merecen en general los viejos anarquistas?

Injusto es siempre hablar en general, pero si he dicho que hay que **desretorizar** y someter a una reelaboración al anarquismo clásico, de ahí se desprende ya que a los viejos anarquistas que continúan siendo «viejos» no les concedo audiencia alguna.

¿Qué opinión te merecen los jóvenes anarquistas. ¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los mismos: jipismo, libertad erótica, etc.?

Sobre estos últimos aspectos no tengo nada que decir, y menos ante un fenómeno de moda como el hipismo, si bien arrastra muchas otras connotaciones sicosociales. Todos estos fenómenos de superficie han venido a levantar costras en la mentalidad general, y por lo tanto son salubres. Ahora bien; los jóvenes anarquistas de verdad tienen la ventaja de poder aprovecharse de largas y duras experiencias y por lo tanto es natural que adopten actitudes de más sabiduría y mayor lucidez. Mas por otra parte, no han logrado formar una atmósfera con la suficiente tensión como para originar grupos de comunión revolucionaria y sin esa alta tensión no hay movilización de las masas posible, y sin esta movilización (o «efervescencia» como llama Gurvitch) toda esperanza de revolución es vana.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las «izquierdas» españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

Si es mínima o más que mínima habrá que verlo sobre la marcha. Malo es partir en estos casos de cálculos o ideas preconcebidas. Afortunadamente, las personas son más móviles que los intereses. Creo en posibilidades de entendimiento entre la CNT y la UGT. Pero la incógnita está en saber qué será la CNT e incluso si será, simplemente. De cualquier modo que sea hay que ir al entendimiento entre socialistas, comunistas y libertarios. Por ahora, veo lo más fácil, como digo, que se lleguen a entender los ugetistas con los cenetistas, sobre todo si he de creer en algunos núcleos radicalizados que están muy empeñados en hacer de la UGT y del PSOE una sindical y un partido más revolucionarios que lo han sido en el pasado activo español.

¿Piensas que las posiciones marxistas y las anarquistas son irreconciliables?

Las posiciones marxistas y anarquistas no deberían ser irreconciliables desde el momento en que hubo un tiempo de cooperación entre los fundadores de la primera y la segunda Internacional. De todos modos, ha pasado demasiado agua bajo los puentes desde entonces, y ahora —si he de limitarme a las posibilidades políticas— no creo en esa reconciliación. Filosóficamente es seguro que la hay. Pero, ¿quién

concibe un congreso internacional para reconciliar las tesis de comunistas y anarquistas después de más de un siglo de combatirse a sangre y fuego (por aquello de que siempre se combaten con más ferocidad los parientes más próximos, a empezar por los hermanos) ?

¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política o de conciencia revolucionaria de las masas españolas actuales ? ¿Qué posibilidades de acción permiten ?

El más bajo de todos los tiempos modernos. No sólo porque no en vano llevan ya 34 años de vacío político, sino porque además llevan el mismo tiempo de intoxicación embrutecedora de esa conciencia : de televisión franquista, por ejemplo, lo que basta para atrofiar generaciones enteras definitivamente. Pero en esa masa enfriada y bajo pesada losa de opresión y de falsas ilusiones, hay focos, gérmenes, fermentos que en un momento dado podrían hincharla y calentarla para explosiones volcánicas trascendentes. Por ejemplo, los núcleos estudiantiles, los grupos de jóvenes maoístas, trotskistas o comunistas ortodoxos, los dispersos restos de libertarios y muchísimos izquierdistas simpatizantes de lo libertario o de lo socialista, amén de los cuadros que los partidos y organizaciones de la oposición tienen un poco por todo. No es gran cosa, recuento hecho, pero podrían ser todos esos grupúsculos los granos del reguero de pólvora, en un momento de suficiente chispazo popular.

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista ? : con un gobierno no militar ultra ; con un gobierno democristiano-liberal ; con un gobierno socialista moderado ; con una dictadura militar naserista, semicomunista...

No veo ninguna clara, por descontado. ¿Hay alguien en el mundo capaz de ver algo en esa maraña de nuestro futuro ? Pero lo más probable es que los libertarios continúen unidos a la UGT, como en principio ya lo están ahora. Pero, insisto, con una UGT que se haya emancipado de su «psoeísmo» clásico y reniegue de todo lo que la socialdemocracia ha significado. Más interesante es la posibilidad de entenderse con grupos marxistas y llevar a cabo eso último de «dictadura semicomunista». En este caso, yo la interpreto a base de la dicotomía que desde hace tiempo propugno para la vida social : dictadura y juego automático de falta/castigo jurídicamente bien fundado para todo lo cualificable en la vida de relación : economía fundada en la no explotación bajo riguroso código contra infracciones, previsión social del mismo modo normatizada estrictamente, etc. Pero libertad en todo lo cualificable, y muy en particular de la información (desde la Universidad al diario), libertad en lo planificable (proyectos que han de ratificarse por los pacientes humanos de lo que se proyecta, etc.) ; y entre el automatismo legalmente articulado de lo cuantificable y la libertad de lo cualificable : las más exageradas garantías contra todo abuso del poder a base de abertura, transparencia, antiseptismo, publicidad y, ante todo, inspiración por la base, por el pueblo, que cuanto más participe éste en lo público menos atropello y más creatividad habrá. Dentro, pues, de este cuadro, me embarcaba con marxistas que cedieran en la confianza al pueblo y se mantuvieran rígidos en la automatización jurídica de la vida económica para dar el margen necesario de libertad al pueblo creador en lo no cuantificable (lo cuantificable es fácil, por otra parte, someterlo al derecho científico).

¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen en esas circunstancias ?

¿Cuál debiera ser la acción anarquista en cada uno de esos casos ?

Por lo que dejo dicho, ya se supone que prefiero lo libertario o lo anarquista y, en el marco de mis preferencias ya expuestas, creo que la revolución libertaria es por ahora imposible y habría que madurar mucho la base libertaria en su proyección hacia el futuro y en la práctica, no sobre el papel como han podido hacerlo algunos teóricos en revistas y folletos. En todo caso, respecto al segundo punto, la acción libertaria habría que acomodarla a los sindicatos existentes, desde los cristianos radicales a los comunistas. Y por ahí, desde los sindicatos, secundar la lucha revolucionaria hacia etapas de socialismo cada vez más abierto y garantizador de la justicia y de la libertad de cada uno y de todos frente al Estado.

De manera general, ¿crees posible una revolución libertaria en España ? En caso afirmativo, ¿a corto

No, repito. No la creo posible. Si tan a largo plazo es, ¿quién sabe ? No hay que perder de vista que las ideologías se diluyen como el azúcar en estos tiempos. Y de lo que ahora llamamos marxista, libertario, socialista no sabemos qué quedará, si queda algo. El espíritu de lo concreto gana el mundo y todo «práctico» de la lucha social parece tender al «posibilismo de lo concreto». Todo el mundo desconfiaba de lo

plazo? ¿A largo plazo? ¿Qué formas adoptaría?

abstracto y de lo universal. En la filosofía hace tiempo que se ha desistido del sistema general, en la planología hace tiempo que se experimentan revases sin cuento por no contar con lo concreto y en situación. En sicología y dentro de las corrientes existencialistas, esta noción de «situación» ha ido adquiriendo mayor importancia cada día, pero es en la vida social donde se constata que la situación es la clave de todo movimiento proyectivo y de toda realidad societaria, a partir precisamente del átomo social: el individuo. Y así como nadie puede vivir el amor universal, así tampoco se entiende el programa, el sistema ni el plan universal. Porque en sociedad, el que vive es el hombre y lo que le importa al hombre es vivir todo lo feliz posible, no en un falso futuro ni en una imposible satisfacción de «conato en pro de la humanidad». Por todo esto no puede saberse qué forma adoptará la acción libertaria en España. Supongo que hará tabla rasa del fárrago individualista y apolítico de la doctrina cenetista y más aún de la faista de los tiempos heroicos. Y por lo tanto, que tratará de engranar con las otras organizaciones que luchan hacia una meta similar o afín. Lo más probable con los socialistas revolucionarios, llámense ugetistas o maoístas.

¿Cuál debe ser a tu entender la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

Vida sindical **constructiva**, como primera providencia, es decir: mucho menos interés por las reivindicaciones que por cambiar las estructuras socioeconómicas y elevar el nivel de la base hasta hacerla participar en todos los niveles de decisión de la vida colectiva. Como medios: la acción directa en los sindicatos, los grupos de acción en los barrios, universidades y escuelas; la huelga general en un caso decisivo y con toda la preparación posible. Pero cambiando de táctica de arriba abajo: en vez de propiciar el terror, la violencia y el odio, dirigir los tiros polémicos a las instituciones y a las estructuras en vez de hacerlo a las personas. Lo que no empece para que la organización (u organizaciones revolucionarias) se haga(n) con todas las armas que puedan para poderse defender en el momento oportuno en que las derechas, o el indeseado **establishment**, se atreva a atacar abiertamente. Ya hemos visto a qué lleva la mística del odio, pero también hemos visto (y bien recientemente en el llorado fin de Allende) a qué conduce el no tener armado el pueblo.

¿Qué formas organizativas más adecuadas son las que consideras para tal acción?

Veo que más arriba he contestado más o menos ya. El sindicato y el sindicato, porque sin los obreros no hay revolución posible; los estudiantes no serán nunca la mayoría. Pero también los estudiantes han de tener su sindicato. En realidad los sindicatos copan toda la población activa de un país. Luego, los grupos de acción, como ya he dicho. Para politizar el sindicato, agilizar la opinión pública y sacudir toda rutina de la vida parlamentaria. Estos grupos los concibo, pues, como grupos de presión extraparlamentaria pero al mismo tiempo actuando en representación espontánea de los sindicatos (de los que forman parte del todo o no, según). No soy partidario de ningún partido político libertario, sino de un Movimiento con esta doble función: la fuerza de base sindical y la dinámica de los grupos mejor preparados para la acción revolucionaria que eventualmente pueden colaborar con uno o más partidos políticos para un determinado fin o por todo un programa si conviene. Esto significa que, como primera providencia, hay que dar a entender a los hombres de los sindicatos (llámense libertarios, anarcosindicalistas o como sea) que **no es posible ser apolítico**, que se es político en cuanto se es hombre en sociedad.

¿Piensas que el ideario anarquista tiene validez frente a la tecnoestructura industrial?

Seguro que sí, pero a condición de hacer que la tecnoestructura industrial se ponga al servicio del comunismo libertario, es decir: que la tecnología se inspire no ya en la explotación de la naturaleza, como han hecho las tecnocracias capitalista y comunista por guiarse con criterios de provecho y eficacia respectivamente, sino de armonizar las necesidades de la naturaleza y del hombre a la vez. Con lo cual se seguiría así modificada a famosa receta anarquista: a todo y a todos según sus necesidades. En esto creo que han sido los **kabouters** holandeses los que mejor han visto el problema con su tecnología **blanca y limpia** *.

* Cuadernos de Rueda Ibérico ha consagrado un número (37-38) a los movimientos «provo» y «kabouter».

¿Cuáles son a tu modo de ver los planteamientos esenciales del anarquismo?

—Esencialmente, el anarquismo tiende a suprimir en lo posible la autoridad, lo que corre parejas con los más recientes movimientos en todos los países de antiautoritarismo (en la Universidad, en la escuela, en la empresa y en el gobierno), o sea, de participación, de derecho a voz y voto, etc.

—El anarquismo sería la máxima expresión de la democracia, si se entiende, naturalmente, que la libertad no es nunca absoluta, etc. Pero, a esa vertiente política, el anarquismo habría de añadir no poco marxismo para integrar en la democracia verdadera una democracia económica, sin la cual no hay, en efecto, verdadera democracia. No quiero decir que los comunistas libertarios hayan descuidado el aspecto económico, sino que no han tenido suficientemente en cuenta los mecanismos económicos para ponerle los límites correspondientes a la libertad relativa y para prever los fallos de la maquinaria económica frente a la (mala) voluntad del hombre obligado a trabajar.

—Por otra parte, el anarquismo tiene un concepto más sano, más humano del trabajo y bajo su inspiración no caeríamos como los marxistas en la explotación a mansalva de la naturaleza bajo pretexto de que el hombre tiene derecho a valerse de lo natural. En este contexto ecológico, tan de moda, interviene el factor tecnología: los comunistas no han sabido crear una nueva tecnología y han copiado y continuado la misma de los capitalistas. China es una parcial excepción. Frente a este hecho deplorable, el pensamiento anarquizante puede curarnos en salud, llevados por el afán de felicidad individual antes que por el de eficacia a todo trance con desprecio de la humana condición.

—En fin, el principio más estimulante y plausible del anarquismo es la solidaridad, derivada del «apoyo mutuo» kropotkiniano. Otra suerte de estímulo que el mecanicista de «los medios de producción», el contabilista de «plusvalía», etc. Pero la problemática del anarquismo, como sociología, es anticipar la plataforma política de su viabilidad, las garantías de su **convivialidad** (para decirlo en términos de Ivan Illich, cuya doctrina aporta mucho a la revisión del anarquismo).

¿El MLE ha hallado su indiscutible fuerza de influencia durante un largo período en las organizaciones que se dio como base o en el impacto de la ideología que las animaba?

En ambas cosas. Porque si a nadie le amarga un sueño bonito, como la utopía anarquista, también influyó el material humano y la manera espontánea de las organizaciones anarquistas, y creo que en mayor medida, porque en la fuerza de presión del grupo y de tensión alta de la masa electrizada se crea el fervor colectivo y se forma la famosa bola de nieve, o la riada arrolladora. La ideología libertaria tenía para las gentes del campo y de la fábrica argumentos simples, directos y valientes muy aptos para ganarse su simpatía y hasta su entrega. Pero me parece más importante como campo de atracción el hecho de que la CNT organizara sus asambleas públicas y que por primera vez el pueblo se sintiera alguien, con voz y voto. El solo hecho de poder hablar en público y ser sinceramente escuchado era ya algo capaz de ganar a un hombre sencillo a la causa libertaria para siempre. Pero luego viene la mitificación, el proceso de admiraciones populares que tantos hombres valientes han provocado, favorecido y exaltado desde la etiqueta de militante libertario: de un **Noi del Sucre*** y de un Durruti, por no citar más que dos ejemplos cumbre. En resumen: la confianza en el pueblo del anarquismo español, su identificación con él y el intercambio entre pueblo y militancia tan intenso y comunal explican más que nada el éxito del MLE. En todo esto no hay nada en absoluto que rectificar. Lo que hay que cambiar es la actitud revolucionaria de la futura militancia libertaria: que no habrá de fundarse en explosiones de machismo y culto a la violencia, sino en la formación técnica, física e intelectual más científica posible con vistas a convertir la sociedad capitalista en una sociedad que permita al máximo la expansión del individuo: en una sociedad favorecedora al máximo de la libertad creadora de sus miembros, **de cada uno** de sus miembros. Pero esto es pura utopía. Lo que no es óbice para que tengamos esa meta como polo de atracción al que aproximarnos más y más.

* Salvador Seguí. Véase p. 283.

Colectivo de jóvenes ácratas españoles

Contesta colectivamente un grupo de jóvenes universitarios, varones y hembras, ácratas independientes. Nacidos entre 1948 y 1951 en diversos lugares de España; todos de familias burguesas de clase media, bachillerato en colegios de pago y ambiente político próximo predominantemente de derechas y moderado. Experiencia comunal conjunta y ya relativamente larga, todos, primeriza en unos casos y proveniente en otros de otras anteriores y dispersas. El grupo lleva sólo unas semanas en Londres en este momento y apenas unos días instalado como comuna en un piso « definitivo ». Razones y proyectos de su traslado a Londres: respirar por algún tiempo algo de aire libre, consolidar y perfeccionar su comuna, aprender lo que las de por acá puedan enseñarles, ir ganándose la vida como se pueda y mientras se vaya pudiendo. [JM-A.]

¿ Cómo os hicisteis anarquistas ?

Por obra de un proceso o, mejor, de una serie de procesos, más bien individuales y muy parecidos, de eliminación de las ideologías revolucionarias con que fuimos tomando contacto; cada cual por su lado, más o menos. En todas esas « otras » ideologías, una tras otra, acabábamos topándonos siempre con unas u otras contradicciones revolucionarias básicas, esenciales.

¿ Algún ejemplo de esas contradicciones básicas ?

Pues las más importantes serán las más conocidas, seguramente. Esos significados, por ejemplo, con que ciertos revolucionarios manejan la palabra libertad, nada menos. Significados y manejos que no sólo contradicen de la manera más descarada, hasta la más elemental noción real de libertad sino que, además, resultan incluso humillantes.

¿ Humillantes ? ¿ Para los libertarios ?

Para todo el mundo, hombre, que es que parece que a quienes cometemos la ingenuidad, libertarios o no, de escucharles alguna vez, los tipos ésos nos toman no sólo por ingenuos sino por tontos encima. Otra contradicción que también salta a la vista enseguida es la incompatibilidad de hecho entre justicia y libertad, que los autoritarios resuelven por las buenas cargándose la libertad. Cosa muy corriente también y que en el fondo no es más que uno de tantos aspectos concretos de esos manejos de la palabra libertad. Todo esto como vicios comunes a todas las ideologías autoritarias en general; luego, dentro ya de las actitudes particulares de cada una, vendrían las definiciones de lo que para cada una es « la Verdad », los dogmas concretos que siempre se trata de imponer a golpe de sectarismo autoritario puro. Todo lo cual nos hizo ir rechazando tales ideologías una tras otra. Hasta que fuimos encontrando que los puntos esenciales del anarquismo coincidían con nuestras ideas y que el anarquismo nos ofrecía un campo ideológico tan amplio como para contener posturas personales tan distintas como el individualismo de Stirner y el colectivismo de Bakunin, para hacernos posible resolver en cada uno de nosotros esas contradicciones, que las otras ideologías revolucionarias trataban de hacernos tragar.

¿ Actividades anarquistas del grupo ?

Fundamentalmente, la experiencia de la convivencia comunal desde hace unos pocos años. Esta finalidad general implica la superación constante, a todo nivel — grupo, posibles « subgrupos », parejas, individuos — y por modos concretos no establecidos, de las muchísimas taras que aún nos baldan a todos, heredadas, claro, no sólo de nuestra educación burguesa sino, también, de la mentalidad general reaccionaria de toda nuestra sociedad patriarcal, monogámica y machista. Esto en cuanto a actividad y actitud principales del grupo; en cuanto a posibles actividades revolucionarias individuales de los miembros del grupo, ya quedamos antes en que no hablaríamos, por sí las moscas, ¿ no ?

Si. ¿ Aspectos concretos más importantes de esa superación de taras reaccionarias ?

Abolición de la propiedad privada: tanto respecto de las cosas (gastos e ingresos, producción y consumo, etc.), como respecto de las personas (liberación frente a toda clase de exclusivismos eróticos, viejos tabús, calificaciones « morales » del sexo, irrogaciones de « derechos » sobre la libertad del prójimo, etc.). Libertad es libertad de hacer y de no hacer y de hacer poco o mucho o según y con uno o con otro y en singular o en plural; libertad absoluta de cada uno o una en cuanto a usos y desusos y semiusos de su propio cuerpo **exclusivamente**, que sobre el cuerpo del otro decide siempre, exclusivamente, el otro. Abolición absoluta, en fin, de todo posible autoritario resabio, insinuación, insidia...

¿Juicio sobre la CNT en el pasado?

Debido a la falta cuidadosa y enorme, en la España de Franco, de información sobre cuanto huele a anarquismo, y a lo desvirtuado y falsificado de lo poco que se pueda recoger al respecto por aquí y por allá, no nos parece que podamos expresar un juicio bastante consistente. Entresacando..., **creemos** que la acción de la CNT, en general, fue... positiva.

Eh, ¿no queda un poco demasiado vaga la respuesta?

Sí, ya venimos notando que a los que vivís fuera os parece más bien insólito, por lo menos, este despiste informativo de los que hemos vivido siempre dentro. Pero a nosotros en cambio, al veros extrañaros tanto ante nuestro despiste, lo que nos parece es que, en cuanto a información sobre imposibilidades informativas en el interior, los despistados sois vosotros. Pero claro, también se comprende que, para quien no vive encerrado allá dentro, resulta inimaginable ese silenciamiento fantástico y eficaz de cuanto sea anarquismo en general y organizaciones anarquistas españolas, sobre todo, en particular. Como que nos parece incluso que hay montones de anarquistas honrados por allá, militando en fábricas y universidades, que aún no tienen ni idea de que lo son; y por ahí andan todos ellos, cada cual por su lado y sin saber qué nombre podrían darles a sus aspiraciones revolucionarias «particulares». Para las masas amorfas de la España de hoy, quienes perdieron la guerra civil no fueron sino los rojos, así, en montón. Para quienes están algo más enteradillos, los únicos que resultan algo más identificables en montón son los peces. De la gente de la CNT y de la FAI lo único que «saben» los que saben algo, es que eran, de «los malos», «los peores». Los más sanguinarios, los que más se ensañaban con la gente más indefensa entonces, como los frailes y las monjas y los burgueses más o menos grises que paseaban las Brigadas del Amanecer. Para la gente, las Brigadas del Amanecer eran cosa típica de anarquistas, ya ves tú.

Aspectos más relevantes de la actuación de la CNT en la guerra: ¿Colectivizaciones, acción militar, participación en organismos estatales, encuadramiento y educación política de masas?

Colectivizaciones.

¿Legado del anarquismo para la actualidad?

Sus puntos esenciales. Plenamente vigentes, puesto que, del pasado al presente, los instrumentos principales de los sistemas de opresión se mantienen plenamente vigentes por su parte (Estado, religión, ejército, etc.). Lo que tiene que variar en cada momento son unas u otras formas concretas de lucha, adaptándose siempre a las variaciones de forma que adoptan dichos sistemas en el ejercicio de la opresión.

¿No podríais adelantar aquí alguna mención concreta en cuanto a los puntos esenciales éstos?

En dos palabras y procurando no pensar en que la cosa habría que pensarla con calma, se podría resumir con aquella vieja cita que venía a decir, definiendo al anarquista: en religión, ateo; en política, antiestatal; en economía, colectivista.

Opinión, en general, sobre los viejos anarquistas.

Son... viejos.

¿Los jóvenes?

Teniendo en cuenta que la juventud española está sólo empezando a descubrir el anarquismo, que hay en el aire un montón de ideas foráneas a él pero con multitud de puntos en común con él y que la falta de información es casi total, el diagnóstico no puede ser, de momento, ni difícil ni sorprendente: confusiónismo.

¿Jipismo, libertad erótica, etc.? Aparte de lo que ya adelantásteis antes sobre lo segundo, claro.

¿Posibilidades de entendimiento entre las izquierdas españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

¿Ninguna posibilidad de coordinación provisional siquiera, para tal o cual acción táctica concreta, exclusivamente, contra el enemigo común? ¿Con nadie?

¿Peces?

¿Conciencia política o revolucionaria de las masas españolas actuales? ¿Posibilidades de acción que permite?

Pues hombre, a mí me parece bastante evidente que sí, y colectiva y llevada hasta el último extremo, hasta la muerte: enfrente y al lado y ajena y propia.

En relación con estas últimas preguntas y ya que la zona de España que mejor conocéis los del grupo en general son las Canarias, ¿podrías darme un par de impresiones sobre cómo andan las cosas por allí?

Frente a una sociedad cada día más y mejor organizada para una represión cada día más inteligente, todas las «novedades» de ese tipo no son otra cosa, fundamentalmente, en principio, que otras tantas formas nuevas de oposición.

Ninguna. Porque se mantienen íntegras las mismas actitudes intransigentes del pasado y, además, porque la mayor parte de la izquierda ya no mantiene ni ofrece ninguna postura realmente revolucionaria.

[División de opiniones. Acuerdo provisional.] En todo caso, y sólo para cada caso concreto y cada vez que se tercié, y sólo por razones tácticas inmediatas y provisionales, se podría considerar sobre la marcha tal o cual alianza, con unos u otros grupos genuinamente revolucionarios: ETA, algunos maoístas y trotskistas, FRAP, la Liga...

¡Ni hablar!

Nula la primera, nulas las segundas. Eso ahora. Pero, ¿llegaron a tener realmente las masas una conciencia clara en 1936?

Sí, la había, esa conciencia. Pero, ¿clara? Y, ¿en las masas? Hablamos de las masas como tales y en su conjunto, no de los grupos y movimientos más definidos e incluso más o menos numerosos dentro de ellas.

Ojalá nos equivoquemos, pero nuestra impresión general es francamente pesimista. El movimiento libertario, como en el resto de España, quedó totalmente aplastado en las Canarias, donde parece ser que también había tenido su importancia. Cuando el río de sangre empezó a decrecer, el PC fue quien empezó a levantar cabeza y a crear una amplia red burocrática en las islas, hasta controlar prácticamente la totalidad de los resortes que podrían poner en marcha algún día una acción de signo revolucionario y más o menos colectivo. Luego, enseguida, empezó la decepción en cadena de la gente hacia el partido, a consecuencia de su perseverante serie de planteamientos seudorrevolucionarios. Enseguida empezaron a aparecer grupos minoritarios, desgajados del PC en su mayor parte, que poco a poco se fueron autobautizando como trotskistas, prochinos, ácratas incluso. En los últimos años, unos y otros jóvenes, sueltos o en grupos, defraudados, como nosotros mismos, por todas las ideologías autoritarias, vuelven los ojos hacia el anarquismo y comienzan a descubrir lo que representó en los viejos tiempos y a pensar en la posibilidad de que aún represente algo sustancial-

mente idéntico en el futuro. Y a encontrarse con viejos libertarios que, empujados otra vez por la necesidad de « hacer algo », van saliendo de su largo silencio impuesto por el terror y por el aislamiento prácticamente total. Uno de los aspectos en que, en los jóvenes, la necesidad de « hacer algo » es éste de la formación de comunas. Desde un punto de vista revolucionario, es evidente que el objetivo que persiguen en general estas comunas libertarias, más o menos modesto pero seguramente tan necesario como el propio de cualquier otra dimensión revolucionaria específica, es la revolución psicológica: superación por los comuneros, de cuanto sea propiedad privada, tanto en lo económico como en lo... sentimental, o erótico; y siempre en función de una búsqueda constante, claro está, de bases reales en que asentar los principios, a todo nivel, de la revolución libertaria. Honradamente, por otra parte, no nos parece que la mayoría de estos grupos hayan salido aún en absoluto de una etapa de mera formación, experimental, fetal aún incluso; ni que sean aún, tampoco, un ejemplo suficientemente sugestivo entre la juventud canaria, ni siquiera, mínimamente conocido. La inmensa mayoría de la juventud canaria es una especie de erial donde no hay nada, absolutamente nada hecho y, quizá, nada que hacer.

¿ Creéis posible una revolución libertaria en España ?

No.

¿ A ningún plazo ?

A ningún plazo razonablemente a la vista. De momento. Hasta donde razonablemente pueda interesar prever. De momento, lo que manda es la falta total de concienciación de las masas. Mientras esa falta subsista no hay plazos que valgan. La concienciación popular es la única base posible para cualquier posibilidad de revolución libertaria.

¿ Qué problemas teóricos fundamentales os parece que tiene planteados el anarquismo hoy en día ?

Para empezar, la revisión del concepto mismo de la producción: una discriminación cuidadosa, en consecuencia, entre lo que hay que abolir y lo que hay que continuar o que desarrollar. Otra cosa: la puesta en cuestión, de raíz, de la gran ciudad moderna como sistema de convivencia, inhumano y monstruoso. Y dejémoslo aquí, pero que conste que esto no sería sino un comienzo de la lista.

¿Cuál os parece la clave de la fuerza y la influencia enormes del movimiento libertario español durante su apogeo, sus organizaciones o su ideología ?

Lo primero que salta a la vista al respecto son las organizaciones, pero enseguida es obvio que lo que las hizo posibles fue la ideología que las sustentaba.

Londres, octubre de 1973

Eugenio Domingo

Eugenio Domingo. Nace en Barcelona, hace 40 años. Desterrado de esa ciudad, en 1939, con su madre y su hermano, reside varios años en San Sebastián y luego en Madrid. Considerado «rojo» desde su más tierna infancia, no le queda más remedio que serlo. Actor, director de empresa, poeta y periodista, pero sobre todo, como dice él mismo, individuo. Relacionado con los anarquistas a partir de 1959, sigue de cerca sus movimientos, interesándose cada vez más por ellos. En 1968 se ve obligado a abandonar España. Prepara para Ruedo Ibérico un libro sobre los trabajadores españoles en Francia y otro sobre el movimiento anarquista español entre 1940 y 1973.

¿Qué opinión te merecen en general los viejos anarquistas?

«Creo que es un concepto equivocado. No hay viejos anarquistas. Lo que sí puede haber, de hecho hay, es individuos que creyeron ser anarquistas en un momento dado, pero que luego no tuvieron la suficiente fuerza para mantener sus ideas, y evolucionar naturalmente, pero dentro de una lucha, que cada vez es más dura.

¿Qué opinión te merecen los jóvenes anarquistas? ¿Qué opinas sobre ciertos aspectos de los mismos: jipismo, libertad erótica, etc.?

A la primera parte, casi podría responder como en el primer caso. El anarquismo es uno, su idea no ha envejecido. Ahora bien, de lo que sí podemos hablar es de la cierta idea que de ser anarquistas se hacen algunos jóvenes. Creo que en el «seudo-anarquismo» de hoy, hay mucho niño de papá disfrazado. Tal vez no sea culpa suya, pero no es de eso de lo que se trata. Reconozcamos que es mucho más fácil, teniendo en cuenta la contrapropaganda que nos han hecho los comunistas —sea cual sea la rama a la que pertenezcan— y los fascistas, es más fácil, digo, motejarse de anarquista, para no mojar el culo. El jipismo, por otra parte, no tiene nada que ver con nosotros, es más bien una forma de cristianismo melancólico, en el que se esconden los que pretenden no querer vivir en la sociedad, pero que para sus atuendos extraños gastan más dinero que el que nunca pudo ganar un trabajador. Respecto a la libertad erótica, estoy persuadido de que es un problema que no se plantea a ningún anarquista. No sólo la erótica, sino cualquier tipo de libertad tiene que estar al alcance del individuo.

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista? con un gobierno militar ultra; con un gobierno democristiano-liberal; con un gobierno socialista moderado; con una dictadura militar naserista, semicomunista...

Para poder ver posibilidades anarcosindicalistas, hay que creer que el sindicalismo es un buen método, yo no lo creo. Y luego, en las cuatro posibilidades de gobiernos que se ofrecen, el único medio que hay para extender el anarquismo es la lucha sistemática contra la superproducción y la obligatoriedad del consumo, ya que todos ellos en sí son regímenes capitalistas.

¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen en esas circunstancias?

¿Cuál debería ser la acción anarquista en cada uno de los casos?

Posibilidades de revolución libertaria nunca ha dejado de haberlas. Pero se lucha contra un clima creado por todas las potencias del mundo desde 1933 hasta hoy. No obstante, yo estoy convencido que estamos en un momento en que no es precisamente España por la que debemos de interesarnos, sino por los países llamados democráticos y que están cayendo en unas claras formas fascizantes, tanto por las acciones del capital como del comunismo a la soviética. Eso conduce a las sociedades a la decadencia, y ahí es donde debemos estar presentes los libertarios. Hoy tenemos ante nosotros el ejemplo LIP en Francia; tenemos también la preconización por el PSU de la autogestión... En el primer caso, los sindicatos no han hecho más que el ridículo; ha sido la fuerza de los trabajadores, que de repente se han dado cuenta, por sí solos, o tal vez porque algunos compañeros han estado muy presentes, de como la colectivización era un medio de vida posible. En el segundo caso, no cabe duda de que Rocard está cada vez más cerca del anarquismo que del partido socialista... Creo que nuestra obligación es la de difundir, dar a conocer, exponer las tesis, las realidades libertarias: Bakunin, Kropotkin y Fourier, puestos al alcance de todos... esa labor no es difícil. Y además, para todo tipo de sistema, sea cual fuere, gentes capacitadas para llevar a cabo acciones inteligentes, y que construyan dudas en las mentes de la opinión pública, destruir su seguridad en los actuales sistemas. Que de pronto se sientan ridículos ante situaciones en las que desean intervenir, si no rompen de forma total con sus convicciones caducas.

¿Tiene hoy planteados el anarquismo problemas teóricos fundamentales?
¿Cuáles?

Sin duda la pregunta, a la que yo quiero responder, es la más complicada del formulario presentado. Si. El anarquismo tiene planteados problemas, no sólo teóricos, sino tácticos. La explicación es más sencilla de lo que puede parecer. Saber ser anarquista, y entonces tienes la seguridad absoluta de estar en lo cierto; o plantearte dudas, y aceptar solamente una parte de lo que realmente eres, y por la otra convivir con una sociedad que te oprime.

Para el primer caso hay que ser muy duro. Estar muy puesto. Ser un hombre. Para el segundo, hay que haber nacido, como la mayoría de los que tenemos hoy 40 años, en un mundo de miedo. Haber aprendido las cosas a fuerza de huevos. Haber podido salir de un lío de ideas, que de una parte y otra te han inculcado. Haber descubierto la idea libertaria. Compartirla. Y lo más difícil de todo es el entregarse a ella por completo. Para eso hay que deshacerse de todos los miedos que llevamos pegados al vientre; y gritar a todos su fe, desprenderse de toda una serie de tabús, que hasta los más teórico-parlantes anarquistas lucen como granos primaverales. Ya se terminaron los apostolados, y eso lo sabemos todos. El anarquismo místico es un recuerdo; hoy, la lucha por la destrucción de la sociedad actual, tiene que hacerse conociendo además de los deseos del hombre, el funcionamiento de la economía, la estructuración urbanística y el aprovechamiento de las máquinas. Es un sistema capitalo-social-comunista el que hay que destruir para ir al verdadero comunismo libertario... Y la única forma de ir a él es deshaciéndose de nuestra mierda, toda la que llevamos dentro, y que sólo de tanto en cuanto evacuamos. El problema más grave que tiene hoy planteado el anarquismo es éste: ¿Hay, de veras, anarquistas? Lo que hace falta es tener honradez para responder que sí; y después hechos para poder demostrar que la respuesta era cierta.

¿Cuáles te parecen ser los aspectos más positivos de la actuación de los libertarios en España en los últimos años? ¿Qué es lo que caracteriza a esa acción?

No hace mucho aparecía en la prensa internacional un despacho en el que de nuevo se hablaba del Movimiento Libertario Internacional, debido a una acción llevada a cabo en Barcelona. Hacía tiempo que los anarquistas estaban olvidados. ¿Por qué? Yo diría que por suerte. Si los anarquistas saben, desde hace más de 35 años, moverse en la clandestinidad, si conocen el arte de callar, es porque, sin duda, su bagaje está cargado de grandes decepciones.

Ser anarquista en España es muy difícil hoy. En primer lugar porque se lucha contra esa temible marea nacionalista en la cual comunistas, socialistas y demócratas cristianos son perfectos bogadores. Tener además de la derecha a la izquierda en contra es, indiscutiblemente, muy duro a digerir. No obstante, y aunque no se trata aquí de hacer un resumen de los hechos realizados por los libertarios en la península, el anarquismo español subsiste. Y su importancia reside esencialmente en la gran mescolanza de sus militantes. Si bien sus bases siguen estando enraizadas, y algún día habrá que profundizar el porqué de ello, en los trabajadores del libro, es decir los impresores, encontramos anarquistas en todas las llamadas «capas sociales» —me refiero a anarquistas activos.

Lo más interesante del movimiento libertario español es su silencio, su seguridad y, a pesar de su gran dispersión, la fuerza de su conjunto. Sin conocernos, nos intuimos, nos olemos... Esto es lo que me decía un joven militante hoy exiliado en Montpellier. Ese darse cuenta de que la lucha no es solamente del otro lado de los Pirineos, sino por todas partes, es fundamental. Un anarquista ignora las patrias, desprecia las nacionalidades, y por ello el lugar donde lleve a cabo sus acciones es indiferente. Cuando en 1968, en Barcelona, los libertarios atacaron con violencia la Universidad Central, llegando casi a la defenestración de decano, inmediatamente los comunistas se apuntaron el tanto... Lo mismo podríamos decir de Asturias, de Bilbao y de Valladolid... Pero, en realidad, ¿qué importancia tiene la publicidad en la vida de un grupo que lucha?

Hoy por Chile, como ayer por España, las masas se conmueven por la suerte de Corvalán, como lo hicieron por Grimau... Pero, ni los Baader, ni la Meinhof, ni Millán, ni García Esterel, ni muchos otros les importan un carajo... Mejor. Si nuestros fusilados, o ejecutados al garrote, porque se nos considera «comunes», no hacen que nadie mueva un dedo, mejor. Pero, si lo de Teruel y lo de Tarragona —dentro de las cárceles

mismas—, ha sucedido, es gracias a que compañeros anarquistas han sabido crear el suficiente malestar para que los «comunes» salten.

Si la huelga de Renault en marzo pasado fue un auténtico éxito y la señal del comienzo de las luchas de los trabajadores inmigrados en Francia, es que compañeros libertarios —de ellos dos españoles— estaban presentes. Esta es sin duda la fuerza del anarquismo. Este saber estar donde hace falta, este saber desenvolverse en todos los medios, saber dar «el cambiao», y no hacerse ver demasiado, pero sí lo suficiente.

La constante acusación de infantilismo por parte de los marxistas, ya no nos afecta. El diálogo con esas gentes, por fin, es despreciado; y precisamente la adquisición de este sentimiento de realidad, de pisar en el suelo, es lo que ha hecho que en Sabadell un grupo de murcianos hayan tenido en jaque la industria textil, el pasado agosto... De esto no se habla, las agencias de prensa no consideran que estas acciones sean importantes. Nadie se ha hecho eco de que la Federación Libertaria Ibérica, que ahora se denomina Movimiento Libertario Internacional, porque para qué dar importancia a unos pocos locos...

Evidentemente, nosotros no estamos incluidos entre los predilectos de los países ávidos de asilar exilados políticos, nosotros cuando salimos de España, lo hacemos con todas sus consecuencias, con la conciencia de que nos vamos a enfrentar con seres exactamente parejos a «los representantes del orden franquista». Ello significa que vaya donde vaya, el militante anarquista es perseguido y señalado. Esta circunstancia, en lugar de desanimar, ha producido el efecto contrario al que deseaban sus propulsores, y en vez de disgregar el MLI lo que han hecho es unificarlo.

Si, en Madrid y Cataluña, los sindicatos han caído en manos de comunistas y socialistas, no sucede lo mismo en Andalucía —donde tres anarquistas dieron su vida no hace mucho tiempo—, en la que la CNT actúa eficazmente. El subproletariado prefiere seguir las consignas de los verdaderos luchadores, y es sin duda dentro de esa clandestinidad que milagrosamente persiste donde se han logrado las victorias más importantes para la clase trabajadora española. Pese al potencial económico del PC y de los grupos JOC —muchos de los cuales disimulan en sus cuadros a compañeros—, pese a que las Comisiones obreras, en las que reina un desconcierto total, debido precisamente a la intencionalidad comunista de afiliarse a todos sus seguidores, bien que los socialistas hayan logrado ampliar sus filas en zonas eminentemente libertarias por principio, como por ejemplo la zona industrial de Sabadell y Tarrasa, los anarquistas españoles están vivos, y ello duele profundamente, porque es difícil silenciar sus acciones. Si los marxistas-leninistas reivindican cualquier acto que crea que le va a proporcionar publicidad, estalinianos y trotskistas hacen lo mismo y, sin embargo, el MLI permanece callado, pero siempre se sabe cuando él está detrás.

La dispersión al final de la guerra española de nuestros grupos, las traiciones evidentes que existieron —traiciones a sí mismos— por parte de muchos compañeros; las dificultades, de las cuales sería ya hasta hoy muy difícil separarse, han hecho de los anarquistas una nueva fuerza, más consciente, más redonda, más segura y lo que es más importante, más realista.

Si observamos los movimientos coordinados del Frente Libertario y de las Juventudes, desde 1940 hasta nuestros días, podremos darnos cuenta de la enorme evolución que, a fuerza de costar vidas a los diferentes grupos, se ha obtenido. Entre 1940 y 1950 está la acción desencadenada, sin una dirección segura, desesperada, pero llena de ardor y de indignación ante los traidores de algo que se perdió, por culpa nuestra sin duda, pero unido a una serie de circunstancias meditadas fríamente, y llevadas a cabo con una total crueldad. La guerrilla urbana, los asaltos en masías y caseríos, desde Cataluña al País vasco, las incursiones en Lérida, Gerona, Barcelona e incluso Zaragoza y Madrid, crean un estado de ánimo que inquieta a Franco, y también a los comunistas, que ya están hilando su red.

A finales de 1944, una columna anarquista está dispuesta a pasar la frontera como sea. Son los estalinianos quienes les enviarán a la muerte con una tranquilidad absoluta. Uno de los pocos supervivientes me escribió en 1953: «No eran solamente los fascistas quienes habrán destruido la libertad en España: algún día se podrá

claramente decir que los comunistas estaban interesados en que se acabase con la fuerza que nosotros [los anarquistas] representábamos, porque teníamos los hombres necesarios para hacer frente a su inmenso potencial económico. ¡Qué lástima que no nos hubiésemos dado cuenta antes! Pero nunca es tarde [...]»

Las acciones son espaciadas, pero tienen su eco, un eco que la prensa española hace que trascienda, y con sus comentarios estúpidos y desprovistos de todo tipo de objetividad, logra en muchos casos el efecto contrario al buscado. Jóvenes que están hartos de soportar el inmovilismo del régimen y de las costumbres, de repente descubren una palabra nueva que les atrae: anarquismo. Y esta circunstancia es aprovechada por los veteranos que, poco a poco y desde la más absoluta clandestinidad, se dedican a instruir a los futuros libertarios y la cosecha será corta, pero importante... En Andalucía, en Aragón, en Extremadura, en León, se empieza a recordar las acciones de aquellos seres que lo daban todo, sin pedir nada a cambio... Y especialmente las viejas, de pronto, se ponen a recordar a los maestros recogidos y que enseñaban a leer y escribir a sus hijos, y de como iban con los hombres a la taberna, y allí les explicaban lo que era la colectivización... [Recuerdos de la madre de un joven anarquista asesinado en 1952, residente en un pueblecillo del Bierzo] Y cuando de pronto; allí donde los franquistas y los comunistas no llegan, porque son pueblecitos sin importancia, otros jóvenes se presentan hablando como aquellos de entonces, se produce un despertar, y a pesar del miedo las gentes empiezan a hablar, a confiarse, a contar todos los horrores de la represión...

Y así nacen en diversos puntos de España las primeras cooperativas agrícolas, bajo el régimen franquista, solicitadas por los propios campesinos. Naturalmente hay que ponerse en contacto con los sindicatos oficiales —verticales—, pero también allí empieza a haber infiltrados, como en Valladolid, Tarragona y Cáceres, entre otros... De 1960 a 1965, hay un enorme movimiento en muchos puntos de España, tanto que Madrid decide crear un servicio de inspección sindical, especialmente para las zonas donde se percibe una mayor actividad... Así, en Valladolid, se opone una fuerte barrera sindical a los deseos de los campesinos de buena parte de Tierra de Campos, para ello se compran los buenos oficios de los curas, que a su vez se unen a los pequeños propietarios que se creen perjudicados por la solución cooperativa... La lucha en un plano político empieza... En su deseo profundo de intervenir cerca del campesinado, el más maltrecho de Europa sin duda, los portavoces del yugo y las flechas organizan los famosos Tele-Clubs, con esto una vez más adormilan a una buena parte de las gentes que mueren de hambre y de inanición...

Cuando el referéndum de la ley orgánica, el Partido Comunista aconseja a sus seguidores que voten... Los anarquistas por el contrario se mueven por la abstención y logran, en zonas como Castilla la Nueva, que se alcance una abstención de más del 15 %, un éxito sin precedentes. Las distintas manifestaciones organizadas para el Primero de Mayo, con una serie de fracasos del PCE, sin embargo en 1968, en Barcelona se declara el estado de excepción y destituyen el capitán general de la región militar, debido a una serie de movimientos circulares llevados a cabo por los libertarios... Es un año que quedará en nuestro recuerdo, pero en el que muchos de los elementos más preparados son descubiertos y encarcelados. El trato que se da en las cárceles españolas a los militantes anarquistas no es el mismo que obtienen los del PCE... Pero los grupos libertarios no quieren salir del anonimato, sus acciones se intuyen, a veces se imaginan... ¿Es una buena táctica? Habida cuenta de que el futuro político español no depende exclusivamente de España; sin duda. Hay que saber esperar, hay que trabajar sin descanso, pero en silencio... Hoy los libertarios son muchos más de los que ellos mismos se suponen, pero menos de los necesarios... España será nuevamente un buen suministrador de hombres que creen en la libertad absoluta, y por qué no, tal vez de aquellos que, cuando sea el momento, sepan saltar sobre la ocasión.

Víctor García

Germinal Gracia. Militante de las Juventudes Libertarias en Cataluña, Víctor García (Germinal Gracia), nacido en Barcelona en 1919, se ha dado principalmente a conocer en el exilio. A raíz de la liberación de Francia, participó en la publicación de *El Rebelde* (París), fue redactor de *Ruta* (Toulouse-París), administrador de *Solidaridad Obrera* (París) y director de *Crisol*. En 1947 actuando clandestinamente en España, fue detenido. Años después, estableció su residencia en Venezuela, donde animó distintas publicaciones, particularmente la revista *Ruta*, que aún sobrevive. Es autor de varios libros: *América hoy*, *Escarceos sobre China*, *Coordenadas sobre América*, *El Japón hoy*, *La Internacional obrera*. Pilotó la edición castellana de la Enciclopedia anarquista, cuyo primer volumen apareció recientemente en México.

¿Cómo te hicistes anarquista?

Tenía yo unos quince años y andaba sumergido obsesionalmente en las lecturas del pseudo-porno-científico Martin de Lucenay cuando un primo mío, mayor que yo, trató de catequizarme para sus toldas —el POUM— prestándome los libros que él estimaba apropiados para tal propósito. Leyendo a Lenin en *La revolución y el Estado* me topé con aquel párrafo en el que, aludiendo a los anarquistas, el autor dice que los marxistas se distinguen de los libertarios porque mientras éstos quieren ir a la abolición del Estado inmediatamente los comunistas llegan a esta finalidad paulatinamente.

Es muy probable que en mi «conversión» al anarquismo han incidido varios factores: mis padres eran republicanos convencidos, habían desafiado las iras del barrio al no casarse por la Iglesia en los mismos días en que Ferrer era fusilado en Montjuich. No bautizaron a ninguno de sus hijos. A tener en cuenta, igualmente, la influencia recibida en el lugar de trabajo, bien que dada mi temprana edad yo acababa de irrumpir en él en aquel entonces.

El 19 de julio, en 1936, yo estaba afiliado en el Sindicato del Fabril y Textil aunque no me sentía atraído por la mecánica del sindicato.

Si debiera circunscribirme a un solo hecho para indicar cómo me hice anarquista tendría que manifestar, todo y sabiendo que estoy forzando la circunstancia, que fue leyendo *La revolución y el Estado* de Lenin.

Resume tu vida sindical, o en grupo anarquista, o en ambos.

Mi militancia sindical es prácticamente inexistente. Cuando estalló la sublevación franquista contaba yo 16 años tan sólo. Recuerdo las esambleas de la fábrica, las del Sindicato, las jiras al campo pero pocas cosas más. Me incorporé a las Juventudes Libertarias de Gracia poco antes del 19 de julio y en el seno de las cuales irrumpo en el vivir del conglomerado anarquista.

Al igual que a tantos jóvenes españoles la revolución me descubrió horizontes nuevos y me volqué a ella dispuesto a darlo todo y a defender la conquista libertaria hasta el último hálito. Estuve, con «Los Aguiluchos»*, en el frente de Huesca hasta que se militarizaron las centurias. Reivindiqué, entonces, mi minoría de edad para dejar el frente. En Barcelona, como parte integrante del grupo juvenil «Quijote del Ideal» colaboré en *El Quijote*, nuestro órgano de expresión creado, principalmente, para combatir la posición colaboracionista de la CNT. *El Quijote* tuvo vida muy efímera —apareció tres veces solamente— debido a la presión y amenaza de los Comités regionales de la CNT y la FAI en Cataluña. Hastiado del ambiente de la Ciudad condal me fui a trabajar como campesino, en la Colectividad de la CNT de Cerviá, en la provincia de Lérida.

Fueron meses de trabajo y actividad creadora. Junto con mis compañeros colaboré en la creación de las Juventudes Libertarias de varias localidades de la comarca de Las Garrigas sin dejar, por ello, de cumplir con mis obligaciones de colectivista.

Tengo el convencimiento absoluto de que, de no haber mediado esta época colectivista, me habría refugiado en un individualismo estéril y egoísta frente al oportunismo de la retaguardia y la actitud politizante de la CNT. El contacto directo y permanente con los hombres de Cerviá me inmunizó de una tendencia aislante que habría terminado por anularme. Nunca se ponderará bastante el esfuerzo de las colectividades surgidas a lo ancho y a lo largo de toda la zona leal. Estos organismos productores, a pesar de encontrarse en las condiciones más críticas —los más capaces, físicamente hablando, en el frente; abiertamente saboteados por las dependencias gubernamentales y por divisiones marxistas interesadas en el fracaso del ensayo comunitario— fueron capaces

* «Los Aguiluchos», columna confederal organizada a finales de julio de 1936 por Juan García Oliver, cuyo mando asumiría

posteriormente Miguel García Vivancos. Véase en este fascículo, p. 303, nota.

de salir airosos de tal difícil prueba y fueron sus excedentes, en gran parte, los que permitieron una tan prolongada resistencia al fascismo internacional. Ahora, cuando se habla de **autogestión**, es obligado remitirse a las colectividades libertarias de la España revolucionaria.

La retirada de Aragón motivó un llamado general para oponerse al avance franquista organizándose, a tal efecto, los llamados « Batallones juveniles » del Movimiento Libertario. Me incorporé a la 26 División hasta que caí herido en un ataque nocturno a la Hermita de Esplugas, cerca de Tremp.

Pasado a Francia en febrero de 1939 se cerraba un capítulo de mi vida que difícilmente volverá a vivirse.

Mi vida en el exilio escapa de la pregunta en sí que, presumo, enfoca solamente el período español. Debo añadir, sin embargo, que por mi edad, la mayor parte de mi actividad, como militante, se ha desarrollado en el exilio donde he continuado defendiendo la actitud anticolaboracionista de la CNT en el seno del conglomerado confederal identificado como « piel roja ».

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria y como organización reivindicativa?

La CNT, en tanto que organización revolucionaria, debe ubicarse en la extremidad izquierda de no importa qué movimiento de masas. Sería miope querer limitar las propuestas de la CNT al campo meramente económico y, dentro de él, del mejoramiento material de los trabajadores a ella afiliados. Ya el inglés G.H.B. Ward escribía, en 1913: « Algunos críticos, acostumbrados al concepto general, pero equivocado, de que los anarquistas son arrojadores de bombas, son incapaces de captar el relevante hecho de que casi todos los centros o secciones anarquistas y aparte, en su conjunto, su propaganda específica, son centros populares para la educación de la clase obrera. »

La CNT se había impuesto una finalidad: el comunismo libertario, y esto sólo entraña ya un compromiso revolucionario que no vemos en otra organización sindical internacional. Las reivindicaciones de tipo salarial pasaban a ser, de forma obligada, como parte de una gimnasia revolucionaria con proyección más alejada que la próxima e inmediata del aumento de la paga. Los ateneos, sostenidos por los sindicatos, escapaban a toda etiqueta de tipo salarial o de reivindicación material obrerista y sus múltiples actividades enfocaban todas las facetas del hombre.

La CNT —todo y señalando la presencia de otras fuerzas no anarquistas en las primeras horas de las jornadas julianas— fue decisiva y sin su actitud vigilante y revolucionaria el paseo militar que los sediciosos se habían imaginado, hubiera sido una triste realidad. Una organización puramente sindical no hubiera podido hacer frente a las huestes uniformadas del fascismo. Esto sólo fue posible porque la CNT era mucho más que una central sindical: era una entidad revolucionaria con militantes preparados a hacerle frente a un ejército moderno y técnicamente equipado.

Algo, sin embargo, falló en las filas confederales. Victoriosas en la calle no supieron, frente a los compañeros transitorios del camino —los partidos políticos leales a la República—, hacer respetar, ya que no imponer, el máximo principio anarquista que es la negación del Estado y, por ende, la colaboración en el mismo.

¿Qué función, a tu juicio, desempeño la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

La creación de la FAI en 1927 no es, a mi modo de ver, más que una continuación de las tácticas de Bakunin y su empeño de proteger, de los políticos profesionales, a la organización genuinamente obrera. Así, de la misma manera que paralelamente a la Internacional, se crea la Alianza de la Democracia Socialista, tan odiada por el Consejo de Londres, en España se llegó a la creación de la FAI, organización específica que debería velar para que la CNT no se « desencaminara » de sus trayectorias libertarias.

En la práctica la FAI, que llevó a cabo un papel muy interesante en el campo de la propaganda y de la acción, nunca logró ejercer una hegemonía, por mínima que fuera, en el seno de la CNT. La potencialidad de la CNT, su capacidad revolucionaria, la presencia en su filas de los que, en dualidad flagrante, también eran miembros de la FAI, no permitía semejante aberración. La función frente a la CNT, como reza la pregunta se puede estimar como nula. La Regional Española hasta 1910 y la Confederación Nacional del Trabajo a partir del Congreso de Bellas Artes, demostró una mayoría

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

de edad evidente hasta 1927. La continuó demostrando después con síntomas bien patentes de que la presencia de la FAI era innecesaria.

Hechos verdaderamente relevantes son la lucha armada y las colectividades. Ya señalo más arriba que sin la CNT no se concibe la resistencia victoriosa al fascismo. Si el resultado final fue negativo esto ya escapa a España. Si en los frentes, en los cielos y en los mares de España no hubieran luchado más que los españoles el resultado final de la contienda hubiera sido otro muy diferente. Con respecto a las colectividades ya he esbozado el hecho más arriba. Bien que el colectivismo no fue una invención de la CNT ni de la revolución española, el ensayo colectivista español, confederal en un ochenta por ciento, es un hecho relevante en el cual todavía se sumergen los estudiosos del mundo.

El Estado continúa siendo el enemigo del hombre. La técnica convierte el Estado en Superestado al tiempo que el hombre tiene que batirse en retirada de todos los campos y todas las actividades sociales, económicas, culturales, religiosas, genéticas y artísticas que las generaciones pasadas le legaran.

El legado del anarquismo consistiría, pues, en la presencia del tábano de la libertad que, picando al hombre, logre mantenerlo despierto y vigilante a fin de que conquiste, poco a poco, menos poco a poco o violentamente, estas libertades perdidas a cambio de los espejismos del bienestar, seguridad y prosperidad que el Estado ha inyectado masivamente a través de sus programas de enseñanza primaria y secundaria.

El anarquismo resulta, de ello, no solamente un régimen político social de condición opcional como el republicano, el comunista, el monárquico, el de matriarcado o el de colegiado. Se convierte, para la actualidad, en una actitud de protesta, de crítica, de lucha, individual y colectiva frente al Estado y sus manifestaciones. El Estado es omnipotente porque el hombre ha dimitido de sus prerrogativas que son las de opinar, discutir, negarse a lo que estima injusto.

Hay un despertar de minorías hacia el anarquismo. Intelectuales de valía lo miran con simpatía —Noam Chomsky, Eric Fromm, Russell, Goodman— y es innegable que el espíritu de rebeldía encarnado por el anarquismo no morirá nunca mientras el hombre exista. El panorama es sombrío pero las reacciones del hombre son imprevisibles también. Mayo de 1968 así lo demuestra. Un revolucionario debe tener varias condiciones y carecer de otras. Hay una, empero, que la debe poseer rigurosamente: la del optimismo. El anarquista es, en consecuencia, un optimista convencido y temperamental. Estima posible la conquista de la libertad, valga la contradicción aparente, por parte del hombre.



Juan García Durán

Juan García Durán. Gallego. Nacido en 1915. Es autor de la primera bibliografía sobre la guerra civil española digna de ese nombre y de un libro, *Por la libertad*, en el que se recoge su experiencia de militante libertario en la inmediata posguerra.

¿Cómo te hiciste anarquista?

Yo nunca fui anarquista; es decir, miembro de la FAI. Empecé siendo miembro de las Juventudes Libertarias, a los 15 años; más tarde, también pertenecí a la CNT. Los no iniciados en nuestros medios suelen llamarnos anarquistas a todos los militantes de la CNT; sin embargo, si un denominador común pudiera englobarnos a todos, creo que éste debiera ser el de «libertario».

He sido invitado muchas veces a hacerme miembro de «la específica», como, con con aire superior, suelen algunos anarquistas llamar a la FAI. Pero, a pesar de que creo ser un hombre bastante específico, nunca me creí a la altura de tal especificidad. No hay nada de jocosos en esto.

Naturalmente, soy un filioanarquista porque el sindicalismo revolucionario, donde yo me situó, no tiene filosofía propia y se alimenta de la anarquista. Creo, para ser más concreto, que los valores humanos y las tácticas de lucha constructiva de los Quintanilla, Peiró y Villaverde siempre han representado más lo que he sido, que los Durruti, Ascaso y García Oliver.

Resume tu vida sindical...

Mi actividad sindical casi se reduce a la clandestinidad. He sido elegido secretario del Comité Regional Galaico, en el primer pleno regional celebrado en La Coruña, después de la guerra. Debí ser hacia finales de 1944, recién salido de la cárcel.

He representado a Galicia en el Comité nacional, en el cual fui secretario político. Representé a la CNT en el Comité Nacional de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, del que fui secretario*.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa?

Como organización reivindicativa la CNT obtuvo muchos y merecidos éxitos. Su táctica de acción directa dio, en general, buenos resultados y permitió, al mismo tiempo, un entrenamiento de tipo revolucionario y una toma de conciencia de clase.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria?

Como organización revolucionaria, la CNT mostró eficiencia, entusiasmo y arrojo en la lucha callejera, facilitada por su acertada táctica y estructura en grupos de defensa. Sin embargo, fue un fracaso, una vez terminada la lucha en las ciudades (me refiero a la guerra civil) y presentada ésta en el campo de batalla. Para esta clase de lucha la CNT no sólo no estaba preparada, sino que su formación mental fue contraproducente, cuando la necesidad ineludible de luchar contra un ejército disciplinado, llevó a oponerse a la militarización. El fracaso de los grupos y las centurias fue tan evidente que, mientras no se llegó a la formación del ejército encuadrando a todas las fuerzas en lucha, Franco, con una retaguardia insegura y un ejército muy pequeño, hizo avances espectaculares. Sin un ejército, la defensa de Madrid, la toma de Teruel y el paso del Ebro hubieran sido imposibles.

En el orden político, fue otro fracaso. La misma necesidad imperiosa que llevó a la militarización, imponía, desde el primer día, la formación de un gobierno integrado por todas las fuerzas en lucha. De cara al interior, por la tremenda ventaja que representa la unidad de acción y la seguridad y confianza política que llevan consigo. De cara al exterior, porque la legalidad republicana sólo estaba representada por su gobierno y, de ninguna manera, por los comités revolucionarios. Más aún, estos comités, en oposición o, paralelamente al gobierno, fueron aún más contraproducentes que la campaña contra la militarización.

Mi conclusión ante estos hechos es que la CNT, como organización revolucionaria, ni supo ni pudo, dada su formación de carácter más bien primitivo, adaptarse a una táctica contra la cual (por falta de visión) habíamos estado desde siempre.

Nuestro primitivismo revolucionario se basa en la creencia de que todas las revoluciones se producen con arreglo a un modelo (el nuestro) y que nuestros famosos «principios, tácticas y finalidades» son inmutables.

* Sobre la CNT y la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, véase en esta misma obra (p. 123) el trabajo del propio García Durán.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil, respecto a la CNT?

La función de la FAI dentro de la CNT tuvo un carácter de formación y empuje hacia la revolución y, en los conflictos sociales, hacia la violencia. Sin embargo, una CNT orientada bajo las directrices de los Salvador Seguí, Pestaña, Quintanilla, Peiró, Villaverde, etc. *, quizá hubiera sido más efectiva, tanto en los conflictos sociales como en la creación del ambiente de violencias que precedió a la guerra civil.

¿Qué aspecto juzgas más relevante en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

El aceptar la militarización y el formar parte del gobierno y todos sus organismos administrativos.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

Creo que el mejor legado del anarquismo es el tremendo deseo de libertad y rebeldía que irradia.

¿Qué opinión te merecen, en general, los viejos anarquistas?

Los viejos anarquistas me resultan admirables por la tremenda fuerza de voluntad que representa el mantener toda una vida un « ideal por el ideal ». Esto me lleva a pasarles por alto su tan frecuente fanatismo e intransigencia. Creo, con la mayor buena fe, que nada hay más antianarquista que este tipo de viejos. Naturalmente, hay otros, los menos, que son verdaderos santos libertarios.

¿Qué opinión te merecen los jóvenes anarquistas: el jipismo...?

Por haber vivido los últimos 22 años en Australia y Estados Unidos, con un intervalo de dos años en Uruguay, no tuve la oportunidad de encontrar alguno, porque no se dan por esos parajes. Sí, encontré uno el pasado año en la universidad de Leiden, Holanda. Vestido completamente de negro, incluso la bufanda, delgaducho, alto como el Quijote, de mirada... contemplativa, hablando muy bajo, en un inglés con un acento británico y con una inocencia *tout à fait* monacal. Más que un anarquista me pareció un enamorado del anarquismo. ¿Qué opinión me mereció? Excelente. Pero un anarquista holandés, con educación universitaria, no creo que sea lo mismo que un anarquista... español. La gran tolerancia y el profundo respeto humano de Holanda « producen » un tipo de hombre diferente al español. Cualquiera que haya estado en Holanda coincidirá con mi apreciación. El jipismo, en sus diferentes formas es, más que una tendencia anarquista, un intento de retorno a la naturaleza (que yo comparto) pero sin filiación. Lo que tienen en común con el anarquismo, es una especie de primitivismo humano.

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista?

Creo que serán muy pocas. Presumo que seguiremos el rumbo de desaparición paulatina que se produjo en Italia, Francia, Argentina, Uruguay, etc. El peor enemigo del anarcosindicalismo es la sociedad moderna, que pretendíamos cambiar, pero que nos está cambiando.

¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen?

Ninguna. Al llegar aquí habrá quien se pregunte, y este García Durán, ¿sigue siendo libertario? Sí, sigo siendo libertario porque **no puedo** ser otra cosa. No son los éxitos o los fracasos quienes rigen mi posición militante. Rigen, eso sí, mis experiencias y mis conclusiones. Para mí, el abuso, la injusticia y el atropello no dejan de serlo porque se cometen en nombre del comunismo, de la democracia, del fascismo o del anarquismo. Por eso, al contestar a las preguntas que anteceden lo hago sin pensar si sirvo o no a tales ideas porque, en este caso, las ideas no me servirían, ni yo serviría a las ideas.

Houston, 23 de septiembre de 1973

* Véanse páginas 283, 159 (nota), 302 (nota) y p. 310.

Miguel García

Miguel García García, Nacido en 1908, en Barcelona. Obrero, de familia obrera y de tradición anarcosindicalista. Militante desde su infancia; actualmente, miembro activo de la CNT en Londres, cofundador de la Cruz Negra, etc. Historial: militancia activa permanente, puestos de mando en varios frentes durante la guerra civil, miembro del grupo guerrillero del Tallón durante la posguerra, detención y 22 años de cárcel en total. Asilado político en Londres desde principios de 1970. Dedicación exclusiva a la propaganda libertaria y proprosos políticos españoles. (Véanse p. 327-338 en esta misma obra.) [JM-A.]

Hubo un momento, estando yo en la cárcel, en que pareció que la represión lograba acabar de una vez por todas con el movimiento libertario español.

El anarcosindicalismo había sido el enemigo número uno de Franco y al terminar la guerra civil la represión fue terrible. Franco quiso terminar con él. En las fábricas, en los talleres, nadie se atrevía a hablar de la CNT y mucho menos de las Juventudes Libertarias o de la FAI. Hacia el año 1966 comenzaron a venir estudiantes de la Universidad de Madrid a la cárcel. Jóvenes que no sabían nada del anarquismo, pero que no querían saber nada del comunismo, que se llamaban ácratas. Esto de animó. Me hizo pensar que no, que el anarcosindicalismo no había muerto.

¿Cuál es tu opinión respecto al movimiento obrero actual en España?

Cuando surgieron las Comisiones obreras, el Partido Comunista creo que invitó a militantes de la CNT a participar en ellas y éstos no aceptaron. Esta actitud de los compañeros que no quisieron participar en ellas no la encuentro ni bien ni mal. Era una posición lógica. Colaborar con el Partido Comunista es imposible. El Partido Comunista es un partido político y ninguno de ellos juega limpio. Pero sí debieron reanimar los comités de fábrica, esos comités que habían sido la base de la organización confederal. Los compañeros no debieron menospreciar las Comisiones obreras.

¿Te parece que con el Partido Comunista no hay posibilidad de colaboración en ningún caso?

Estoy hablando de una cuestión laboral. El Partido Comunista nunca ha tenido sindicatos en España, debido precisamente al arraigo del anarcosindicalismo. Ahora ha tratado de explotar eso en las Comisiones obreras; se ha dado cuenta de que era una manera de llegar.

¿No sería necesaria una coordinación de acción? ¿Para poner en marcha la revolución no es necesario un mínimo acuerdo entre unos u otros grupos revolucionarios, sean o no partidos?

En primer lugar no quisiera que me considerases anticomunista a ultranza, porque soy comunista, comunista libertario, bien entendido, pero comunista al fin. Con el Partido Comunista no hay posibilidad de colaboración en cuestiones laborales, dentro de una fábrica. Es un partido político, no es una organización obrera. Con una organización sindical, como la UGT, sí cabe colaboración, pero no con un partido político. Su trabajo es hacer lo blanco negro y lo negro blanco. No cabe colaboración con un partido político en cuestiones laborales porque los partidos políticos quieren que haya sindicatos para controlar al trabajador. Con los partidos políticos cabe una colaboración in extremis en un momento de apuro como durante la guerra.

Respecto a la política concreta de los comunistas en estos momentos, al Pacto para la libertad, ¿cuál es tu criterio?

Eso es el cuento de María Sarmento; eso es solamente para incautos. ¡La unión hace la fuerza! Yo estaba en eso, pero ¡amigo! una vez que están todos unidos sale una bandera roja con la hoz y el martillo. ¡Todos son comunistas!

Pero, ¿no sería posible hacer una acción común hasta ese momento y dejarles sacar su bandera roja?

Muy difícil. Fijate en la participación de la CNT en el gobierno durante la guerra.

¿Qué opinión te merece el estado de conciencia política o social del pueblo español en este momento? ¿Te parece que hay posibilidad de acción colectiva, revolucionaria a corto plazo?

¿Cuánto te parece que puede durar ese conformismo? ¿Qué posibilidades de actuar sobre él te parece que existe?

¿Qué posibilidades de organización verías en el momento que haya desaparecido Franco? ¿Qué posibilidades ves con un gobierno democristiano, liberal, o algo parecido? ¿O con un gobierno socialdemócrata?

¿Hasta qué punto crees que se puede poner en marcha en España un proceso revolucionario anarcosindicalista?

¿Qué posibilidades hay de que se haga sin violencia?

¿No se podría dar el caso de que un gobierno liberal se atuviese a lo que el pueblo decidiese?

¿Cómo se puede evitar ese miedo?

¿Cómo se puede evitar una parálisis semejante a la que

En primer lugar, como positivo, tenemos una cosa: Franco venció pero no convenció. No ha convencido a nadie. Ahora bien, nadie a podido instruir a sus seguidores. Nosotros, por ejemplo, no hemos podido instruir a la juventud. Por otro lado, España se ha desarrollado y aunque el nivel de vida es más bajo que en otros países, hay un mayor porcentaje de personas que hoy vive mejor que antes. Y luego como hay miedo, hay ignorancia. Esa gente no quiere saber nada, quiere conservar su pequeño bienestar. Porque antes los chicos tenían que ir a recoger boñigos y ahora pueden ir a cortar uva.

Ese conformismo es un cuchillo de dos filos, debido precisamente a la ignorancia. La emigración y el turismo también han sido un cuchillo de dos filos. La gente ha tomado contacto, unos con otros. Ven como viven los otros. Eso ha roto con la tradición de valorar tanto las cosas de España. Cuando una huelga del metro de Barcelona, trajeron gente de Murcia y Almería, como esquirolas; gente que ganaba diez reales de sol a sol, en la ciudad ganaba seis pesetas. La mayoría de ellos se fue a vivir a la Torrassa, que se dio en llamar la Rusia chica. Muchos de ellos fueron después revolucionarios de la CNT. Ahora pasa igual. Cuando pierden el terror...

Confío más en las facilidades que pueda dar un gobierno democristiano que un gobierno socialista. Nosotros lo único que necesitamos, de momento, es la libertad de asociación; que nos permitan organizar sindicatos y asociarnos libremente. Entonces eso sería rápido. El Partido Socialista es un partido de izquierdas; luego mirará por organizar la UGT. En cambio, los democristianos son de derechas todos ellos, católicos, monárquicos, y si organizan algún sindicato será un sindicato católico y eso a la CNT le puede dar más margen.

No soy partidario de la violencia. No creo que ningún anarquista lo sea, por eso no quieren ser ni soldados ni policías que son los verdaderos profesionales de la violencia. Hacer una revolución en España, sin emplear las armas, se ha de hacer influyendo en el pueblo; educándolo para hacer la revolución. Pero sin violencia es muy difícil. Tiene que haber lucha armada en un momento determinado.

Eso ya ha ocurrido en España. La República vino sin derramamiento de sangre, y ¡fíjate la sangre que ha costado! Otro ejemplo. Durante el 19, el 20, el 21 de julio de 1936 en Barcelona la CNT ganó a la revolución. Nosotros, todos en la calle. Companys decía: «Aquí tenéis, hijos míos, haced de mí lo que queráis.» Claro. No había que matarlo, pero sí darle una patada en el culo... Pero no. La CNT pudo haber hecho la revolución, pero tuvo miedo, porque no se estaba preparado. No podemos improvisar. No se puede evitar el miedo a lo desconocido.

Plantear de una manera abierta cómo se puede organizar el país. Los comunistas lo tienen todo previsto, con su disciplina. Nosotros ese punto lo despreciamos un poco... y no, hay que estudiarlo.

Hacer la revolución. Es preferible hacer la revolución, con todas las consecuencias, que hacer una guerra tonta como la que hicimos; sabíamos que si no la ganábamos en tres meses, la teníamos perdida. Al morir Franco el sucesor, el «rey Campana»,

Continuidad en el cambio



Dibujos de L.

inmovilizó en Barcelona a la CNT?

como le llaman por ahí, necesitará apoyo ; los militares tratarán por todos los medios de mantenerlo y vendrá un periodo de represión muy fuerte, que puede dar lugar a una revolución.

Yo no creo más que en la revolución armada. Igualmente que ahora creo que la única forma de reanimar el movimiento anarcosindicalista es la acción : en el interior ; grupos aislados. Que no tienen por que tomar contacto entre si, y deben desde luego desprenderse de todo contacto con el exilio. El exilio está completamente deformado...

Si.

Han sufrido un periodo de treintatrés años ellos de exilio, y aunque son muy, muy buenos compañeros, y... Pero hay que dejarles ; hay que echarles comida aparte ; no es cuestión de reproche ; es un proceso normal. Pero ellos, los nuevos, deben de arreglarse solos : no confiar en el exilio. Mira, muchas cosas te podría decir...

Claro. Pero habria que ir acabando ya por hoy.



José García Pradas

José García Pradas. Nace en 1910 en Quinceños de Yuso, Burgos, de familia de comerciantes pueblerinos apenas despegados de la labranza. Primera formación política recibida de su padre, republicano y liberal en extremo, y de la vida concejil de su pueblo, donde casi todos los servicios eran comunales. En Valencia, conoce a Marín Civera y Max Aub, que le animan a escribir. Corresponsal de **La Tierra**, de Madrid, en Valencia. **El Estado y la revolución**, de Lenin, le cura para siempre de posibles veleidades marxistas y se vincula a la CNT sin ingresar aún en ella. Se traslada a Madrid como redactor de **La Tierra**, ingresa en un grupo clandestino de la FAI con Melchor Rodríguez y Celedonio Pérez, rompe con **La Tierra** por cuestiones ideológicas, se hace peón de albañil e ingresa por fin en la CNT en febrero de 1936. Propugna la alianza obrera con la UGT y, sublevado Franco, participa en los combates de Cuatro Vientos, Guadalajara, Toledo, etc. Redactor y director de CNT, de **Frente Libertario**, en constante colaboración con Eduardo Val y Manuel Salgado. Con ellos y Casado, prepara el golpe del 5 de marzo de 1939 contra los comunistas. Ha escrito y publicado numerosos artículos, poemas y libros. Interesa mencionar aquí entre sus libros: **La traición de Stalin**. Como terminó la guerra en España y **Tres epístolas a Horacio** *. [JM-A.]

El movimiento libertario perdurará en España si se reforma. Primero y principal, debe reconocer de una vez para siempre que eso de cambiar la sociedad por la violencia es un sueño absurdo en los países europeos del siglo XX. El único medio posible, y necesario, por supuesto, es la rebeldía civil. Lo que hay que hacer es dejar de hablar de revolución y fomentar constantemente la rebeldía civil, rebeldía que no siempre es rebelión.

¿Qué opinas en general de los viejos compañeros del movimiento español, dejando aparte tus diferencias personales con ellos?

Que sorí y serán siempre dignos del mayor respeto, por sus sacrificios. Pero de ninguna manera quiere esto decir que haya que venerarlos, ni a ellos ni a nadie, ni tratar de imitarlos porque sí. El modo de honrar verdaderamente a los predecesores consiste en superarlos.

¿Y los jóvenes? ¿Qué te parece ese aspecto jipi, y de libertad erótica y todo lo demás, del movimiento ácrata actual?

Con esos jóvenes no hay nada que hacer. El «jipismo» no es más que confusión, y esa masa de jipis en plena confusión no es más que gente encanallada, con la que no cabe contar para nada sano. Cuando yo era joven, ser anarquista en España era una cosa difícil, que exigía mucha valentía a algunos y muchísima moralidad a todos.

¿Y no te parece a ti que el jipismo pueda ser, de todas formas, un buen agente de la descomposición definitiva de la sociedad burguesa española?

¡Quíá, ni hablar! Ser un jipi no es más que ser un burgués de la peor especie. Para tomar estupefacientes hay que ser estúpido. ¿Para qué quiere estupefacientes quien es estúpido ya? ¡Déjate de cuentos! Si hemos de hacer un mundo nuevo, ese mundo nuevo se ha de basar en una moral superior.

Bueno. Pues a ver, qué pongo ahora sobre eso de las izquierdas españolas en general, posibilidades de acción común, etc.

Tiene que haber posibilidad de entendimiento contra el régimen actual, a corto plazo, con cualquier grupo. A corto plazo, repito. Y siempre, claro, a condición de que jamás nos olvidemos de nuestros propios fines, de nuestras propias características, ni de nuestras propias tácticas. Claro que hay que colaborar, mientras sea conveniente: colaborar sin confundirse ni perder la propia identidad.

* Las Tres epístolas a Horacio estaban dirigidas a Horacio M. Prieto, polemizando contra las posiciones defendidas por

éste en el curso de la guerra civil, posiciones en gran parte adoptadas por la CNT.

Conciencia social de las masas españolas en este momento.

El estado de ánimo de la sociedad española actual queda definido, me parece a mí, por dos deseos muy acusados, principalmente: uno, el de mantener y ampliar lo antes posible las exiguas libertades actuales; y otro, el de mantener y ampliar, también, la prosperidad económica conseguida. Para asegurarse por fin, en una situación de paz, un porvenir que permita desenvolver las posibilidades creadoras de cada individuo y de cada grupo social hacia el bien general y la justicia social. Pero quede bien clara una cosa: este estado de ánimo, el logro de estos deseos, se verá comprometido sin remedio si vuelve a haber intenciones revolucionarias, fatalmente destinadas al fracaso: o sea, contraproducentes.

Violencia aparte, ¿posibilidades revolucionarias?

¡Y dale con la revolución!

Está bien. ¿Posibilidades de acción libertaria en la inminente España posfranquista?

Más o menos posibles, en dos direcciones hay que moverse urgente y necesariamente. Por un lado, hay que reactivar a toda costa el movimiento sindical: esto es lo más necesario. Pero, con todo, el sindicalismo se refiere a un solo aspecto del hombre, al hombre como trabajador. Otro aspecto de igual importancia es el del hombre como ciudadano, como vecino. Y a este aspecto se refiere esa otra segunda tarea urgente: hay que poner en marcha un programa libertario de la vida municipal. El municipio, el municipio. Menos hablar, por ahora, de cosas mal entendidas por la gente. La palabra que entienden y entenderán siempre todos los campesinos de España es la palabra municipio. Que, por otra parte, tampoco es palabra que a ningún régimen político se le ocurrirá prohibir nunca, o considerarla sospechosa siquiera. De municipio hay que hablar, y sin parar. Más y más y más autonomía para el municipio, sin parar: que ése es el camino por donde tiene que venir una organización comunista y libertaria del campo; como sobre ruedas vendrá por ese camino, si nos ponemos a abrirlo como es debido. El municipio, el municipio. Sin municipios libres no hay nación libre. Como sin sindicatos libres no hay sociedad liberada, ni posibilidad de lograrla. Pero siempre de raíz tradicional, siempre nuestras propias instituciones. A nosotros, para hacernos libertarios, no tienen nada que enseñarnos Bakunin, ni Godwin, ni Proudhon, ni nadie. Los españoles tenemos que aprender a liberarnos conociendo a fondo la tradición libertaria de nuestro país, tan rica como cualquier otra, o más. Estudiando bien los ejemplares movimientos de rebeldía a través de nuestra historia: los *aundikis* vascos, los *hermandiños* gallegos, los *payeses* de remensa, las germanías de Valencia y Mallorca, los moriscos de la Alpujarra, los comuneros, las cartas pueblas, las familias de criación...

¿Federalismo?

¡Toma, pues claro! Fundamental. Federalismo, pero conjuntivo, no disyuntivo. El federalismo lo tienen arraigado en lo más hondo la mayoría de los pueblos ibéricos, si es que no todos, en realidad. Y la única cosa de que haya fracasado hasta ahora es que la gente acabó por entenderlo como separatismo. ¿Y qué separatismo creen los separatistas que es posible? Nos lo prohíben la geografía y la historia. No, nada de que las fronteras de Inglaterra lleguen hasta el Miño o las de Francia hasta el Ebro. ¡Pues estaríamos buenos! Federalismo significa reunión solidaria de pueblos libres, no separatismo. Y mientras la gente no lo entienda así, ni habrá pueblos libres ni el federalismo será posible. Bueno, ¿qué más?

Lo del movimiento sindical me parece que lo dejaste un poco demasiado somero.

Reactivarlo, dije. ¿Cómo empezar? En las presentes circunstancias de España, como es obligatorio pertenecer a los sindicatos verticales y hasta ahora no ha sido posible crear otros, lo que habría que hacer es procurar cambiarlos desde dentro, los falsos, convertirlos en baluartes de la resistencia contra el régimen, fomentar continuamente una transformación económica y social por medio de una protesta continua, dentro de los límites de la ley, hasta hacerlos reventar. Y en esta lucha deben participar no sólo los obreros manuales, sino también, y hasta más aún, los trabajadores de profesión liberal y todos los talentos del país, hasta hacer de él una palestra civil y digna,

dispuestos todos a no admitir nunca ninguna injusticia, ni atropello, ni merma de libertades de ningún género.

Lo de la infiltración en las instituciones oficiales para cambiarlas desde dentro es lo que dicen ahora los moderados del Partido Comunista español, ¿no?

¿Y a mí qué me importa que lo que se me ocurre a mí por mi cuenta lo digan por la suya el Partido Comunista o el presidente del Ku-Klux-Klan? Si los comunistas dicen eso, pues de acuerdo con los comunistas en eso, y con quien sea. Sólo que con una diferencia, claro: que el PCE irá siempre hacia sus fines, y el resto de los españoles, hacia los suyos. Y uno de estos fines de los españoles es precisamente, a largo o a corto plazo, tan pronto como se pueda, la eliminación de un Partido Comunista sustancialmente vinculado a Moscú o, en cualquier caso, partidario de la dictadura. Pues cualquier Partido Comunista que siga teniendo una de esas dos características, o las dos, claro, seguirá siendo en todo caso enemigo declarado del país en que actúe.

¿Algo que decir sobre las Comisiones obreras?

Que cualesquiera que sean su origen, su composición y sus aspiraciones, de momento aplaudo sin reservas su oposición al régimen. Y que, por supuesto, pienso que los anarquistas deberían haber estado siempre dentro de ellas, si por desdicha no las crearon ellos mismos.

Bueno, vamos con las posibilidades de coexistencia pacífica del movimiento libertario en España en el futuro.

La progresiva liberación de España demanda una creciente reconciliación de todos los españoles entre ellos, contra los daños hechos por el despótico Estado actual y las instituciones oficiales o particulares protegidas por su fuerza. El movimiento libertario tiene el deber de convivir en paz con todos los españoles, procurando siempre eliminar los elementos nefastos en la organización de la sociedad, naturalmente. Pero en paz. En paz.

Es decir, renunciando a todo uso de la violencia.

¡ Señor, y que nunca aprendamos los hombres a escarmentar en cabeza ajena, ni aún en la propia! ¡ Y que aún tengáis que pasar vosotros, los jóvenes, por lo que pasamos nosotros!

Gracias. Por lo de jóvenes.

¿ Eh? Ah. Mira, vosotros los jóvenes sois como vírgenes y habláis como putas. Escúchame bien esto: cuando se ha tenido que matar a alguien, todo cambia. Todo cambia. Y uno acaba aprendiendo algo que no desmiente ya ni dios: por la violencia no se logra nunca nada, absolutamente nada libertario.

¿ Y la revolución? ¿ Hay que renunciar a la revolución?

Sí, paladinamente, sin engaño posible. Es decir, en la acepción tradicional de la palabra revolución; que además no hay otra, qué narices. Y no sólo es que se pueda renunciar o no, es también que «anarquista» y «revolucionario» son términos incompatibles. Hay que renunciar a la revolución, de una vez para siempre, por dos motivos sin vuelta de hoja: uno, porque la revolución no se puede hacer, porque los pueblos no la pueden ganar nunca; y dos, porque, por mucho que les guste a unos cuantos revolucionarios, la revolución espanta al resto de la sociedad y da lugar, a menudo irreparablemente, a una oposición general contra quienes la intentan: contra el movimiento libertario en este caso. Y aún te añado un tercer motivo: intentar en serio la revolución implica ir a la guerra civil, y la guerra civil significa un conjunto de estragos infinitamente superior a cuanto se llegue a conseguir e incluso a cuanto se intenta conseguir.

Bueno, pero, en principio, revolución no tiene por qué significar necesariamente violencia física de entrada, ¿no?

¿ Con que no, eh? A mí me parece eso, en todo caso, de un optimismo meramente teórico. Pero dejémoslo, hablemos sólo, como te acabo de decir, de la aceptación tradicional de la palabra; que para mí, digamos, es la que prevalece desde la revolución francesa hasta hoy. Una cosa es revolución, otra, evolución, y otra, aún, rebeldía civil. Y esta última, que de ninguna manera hay que confundir con las otras dos, consiste en el derecho y el deber de todo ciudadano a resistir al despotismo, a la tiranía y a cualquier clase de violencia, a cualquiera, venga de donde viniere.

¿ Posibilidades del ideal libertario en el mundo en general?

Me he pasado treinta años reflexionando sobre esto. A diferencia de los partidos políticos, el anarquismo no aspira, ni debe aspirar, a establecer ningún régimen, sino a ser siempre la levadura de la libertad en cualquier régimen. Pienso que se debería

cambiar la definición de que «anarquía» quiere decir «no gobierno» por la de que «anarquía» quiere decir «no violencia». Pues la oposición del anarquismo al gobierno, al Estado, se basa en que éste es el receptáculo y el órgano de la violencia, no en que sea un simple instrumento de administración o gobierno. A mí me parece que las sociedades europeas del siglo XX no se pueden regir sin gobierno alguno. Después, no sé. Respecto a las del siglo XX, para mí ha llenado el momento en que tengo que rendir mis ilusiones ideológicas a las realidades históricas, que ningún sueño puede eliminar. Quien vive entre cien vecinos puede creer en un comunismo libertario sin autoridad de ninguna clase. Pero quien vive en una ciudad de ocho millones de habitantes, o es miembro de una organización de dos millones de trabajadores, sabe muy bien que no se puede prescindir de algún tipo de delegaciones autorizadas. Lo único que cabe es desear que la autoridad de tales delegaciones sea verdaderamente legítima, lícita, libertaria, y no despótica. Autorizada, ya te digo. Autoridad por autorización.

Pero, ¿cómo diferencias eso de la democracia llamada representativa?

¿Y en qué se diferencia la auténtica anarquía del auténtico gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo mismo? ¿En qué difería de la democracia representativa la Comuna de París, generalmente aceptada por revolucionarios marxistas y bakuninistas? Lo importante es la autenticidad de autorización, la libertad del derecho. El ideal libertario no conquistará el pensamiento de las masas del mundo si no se libra de una vez para siempre de la manía revolucionaria, que es radicalmente antianarquista, dictatorial y despótica. Revolución es igual a guerra, y guerra es igual a derrota de los menos poderosos, es decir, de los explotados; siempre, fatal, necesariamente. Mira, en vez de seguir leyendo tanto vosotros las *Reflexiones sobre la violencia**, lo que deberíais leer es los *Materiales para una teoría del derecho proletario*, de Sorel también. Ese es el libro que hay que leer en serio, y no el otro; de éste, y no del otro, tiene que salir el ordenamiento jurídico de la nueva sociedad. Maldita la falta que hace la violencia a estas horas. Mira, si las Trade Unions inglesas se enfrentan con el Estado y dicen «la empresa familiar se fue al garete, pues aquí no hay más empresas que las de acciones; de ahora en adelante, cada obrero tiene que recibir una acción como añadidura de su salario semanal o mensual o lo que sea, y estas acciones serán heredables, como cualquier otro bien de su propiedad, además de dar derecho a intervenir en el control de la empresa», toda la industria británica pasará a manos obreras en una generación. Luego, claro, quedarán por someter los especuladores de la City. Mas toda Inglaterra sabe mejor cada día que han de ser ruinosos para el país, y ha de tender a eliminarlos.

Volviendo a España, para terminar a lo patriótico. La cuestión ésa de si se acabó la guerra civil o no.

Pues, hombre, naturalmente que se acabó la guerra civil. Eso es historia muerta y enterrada. Qué, ¿nos vamos a poner a asarnos a tiros una vez más? No, hombre, no, eso debe quedar terminado para siempre. Ahora estamos en 1973, y no en 1936. No, yo no quiero volver a empezarla, ni que la empiece nadie. ¡Nadie! Pero amigo, si ellos la empiezan otra vez, habrá que ir mucho más lejos de lo que fuimos entonces. Porque una guerra civil es peor que una invasión, y España no es un juguete. ¡Pero no debe serlo para nadie!

* *Reflexiones sobre la violencia* de Georges Sorel ejerció gran influencia en los medios anarcosindicalistas españoles en los años que precedieron a la guerra civil.

Freddy Gómez

Freddy Gómez. Nacido en París en 1950. Hijo de refugiados. Miembro del Comité d'Action Lycéen del Lycée Michel de Vanves en 1968, pasó a militar en los grupos libertarios autónomos franceses y se ocupó luego de modo preferente del Movimiento libertario español. Licenciado en historia, es autor de una memoria titulada *La problemática teórica en la Primera Internacional*. Forma parte actualmente del cuerpo de redacción de *Frente Libertario*.

¿Cuáles son a tu modo de ver los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo?

No hay que considerar el anarquismo como una doctrina definitivamente constituida. Es más bien, a mi juicio, una aportación teórica fundamental para el movimiento obrero, pues no pretende, como el marxismo-leninismo, por ejemplo, abarcar científicamente todos los aspectos teóricos y prácticos de la revolución. El anarquismo enuncia una serie de verdades basadas en unos conceptos claves como son los de antiestatismo, espontaneidad, autonomía y autogestión.

Sin embargo, me parece difícil opinar sobre los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo sin hacer referencia al marxismo. El marxismo y el anarquismo son, en efecto, dos cuerpos teóricos y dos proyectos revolucionarios que han sido y siguen siendo interdependientes. Partiendo de una misma crítica radical de la sociedad burguesa y del modo de producción capitalista, ambas ideologías difieren en lo que se puede llamar la estrategia revolucionaria y la praxis. Cabe plantearse el porqué de esa ruptura.

El marxismo, ya en tiempos del propio Marx, hizo unas críticas muy duras al anarquismo considerándole como un apéndice del idealismo burgués. Cuando Marx lanzaba sus anatemas contra el anarquismo en general, se dirigía en particular a Bakunin, con el cual estuvo en lucha abierta en el seno de la Primera Internacional. Así, pues, las críticas de Marx tienen un valor más subjetivo que objetivo. Convirtiendo el anarquismo en la expresión de la protesta y de la rebeldía de la pequeña burguesía, Marx se autoproclamaba el líder del movimiento obrero internacional y hacía de su teoría el arma ideológica del proletariado. En realidad, si se analiza objetivamente la querrela de la Primera Internacional, ha de llegarse a la conclusión del choque entre dos concepciones del socialismo: la concepción autoritaria y la concepción libertaria. No es cosa de dar una explicación maniquea del conflicto que separe los «buenos» anarquistas de los «malos» marxistas, sino de comprender que, en realidad, desde un punto de vista estrictamente materialista, existen lazos entre la producción teórica de Marx y la práctica autoritaria del marxismo o de los llamados marxistas en el seno del movimiento obrero. El marxismo, pretendiendo ser una teoría totalizante, se convirtió a veces en teoría totalitaria. Sin querer, claro está, hacer de Marx el responsable de la degeneración burocrática del marxismo, se puede decir que el confusiónismo de Marx en lo que atañe a los problemas de la estrategia revolucionaria había de dar cabo a interpretaciones francamente autoritarias por parte de muchos de sus epígonos, en particular de Lenin.

El anarquismo representa, en el movimiento obrero, un anticuerpo con respecto a la degeneración burocrática y a las tendencias autoritarias. Antidogmático por esencia, no pretende imponer dogmas o verdades definitivamente intangibles. «No nos transformemos en jefes de una nueva religión, aunque esta religión sea la de la lógica y la razón», escribía un día Proudhon a Marx. El anarquismo, pues, debe ser considerado como una teoría abierta y capaz de evolucionar a la luz de la práctica revolucionaria. Se ha insistido mucho sobre la falta de homogeneidad del anarquismo y sobre sus contradicciones. Mas, si vamos al fondo de las cosas, nos daremos cuenta que lo que unos llaman «incoherencia» o «heterogeneidad» se explica por ese miedo visceral a la codificación y a la institucionalización que caracteriza, a mi parecer, al anarquismo y le confiere un aspecto original con relación al marxismo.

El anarquismo, especialmente en su periodo bakuninista, es más intuitivo que analítico y se manifiesta por la afirmación de una serie de negaciones: negación del Estado, negación de la colaboración de clases, negación del reformismo social, etc. Mas, esa «teorización de la negación» no deja de ser muy sana en su principio. Parece, por consiguiente, ridículo querer reducir el anarquismo a su aspecto negativo dejando de lado todos sus planteamientos constructivos. Si el anarquismo es la negación clara y radical del proyecto establecido (entiéndase la organización social existente cuyas bases esenciales son la dominación políticoideológica y la explotación económica), se

presenta sobre todo como un proyecto revolucionario histórico cuya finalidad es la sociedad sin clases y sin Estado. En tanto que proyecto revolucionario, el anarquismo se apoya sobre los conceptos esenciales de autonomía y de no participación en el juego institucional.

Formulando la reivindicación de libertad como factor immanente de la acción revolucionaria, el anarquismo define las bases de todo movimiento revolucionario en términos de autoemancipación, autonomía y autogestión. El partido dirigente, la élite, la vanguardia son mitos peligrosos para todo proceso revolucionario. Una organización partidista lleva en sí la jerarquía, el peligro de burocracia y sólo puede engendrar una sociedad basada en la dicotomía entre dirigentes y dirigidos, élite y base, jefes y masas. Hay una indisociabilidad permanente entre los medios y los fines, entre el esquema organizativo y el proyecto revolucionario. Quien pretenda llegar a una sociedad libre y propugne como forma de organización el centralismo « democrático » es un ideólogo mistificador. El anarquismo se presenta, pues, como una concepción de la organización basada en la espontaneidad y rechaza toda estructura que perjudique a esta espontaneidad. Siendo imposible combatir la alienación empleando formas alienadas, la organización es, en la problemática libertaria, el resultado de una necesidad impuesta por la lucha. No pretende dirigir sino suscitar... Así, pues, la idea de autonomía constituye el centro de la teoría libertaria. El militante libertario no adapta su conducta a normas impuestas por un código « revolucionario » o por un aparato dirigente cualquiera; es **autónomo** y se asocia a otros militantes en un grupo **autónomo** que se coordina con otros grupos para formar una organización **autónoma** de lucha, es decir, opuesta a todo tipo de participación en el juego político burgués. El anarquismo hizo suya la fórmula de la Primera Internacional: « La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. » Afirmando la capacidad del proletariado para liberarse sin depositar su destino en manos ajenas, el anarquismo rechaza toda noción de dirección individual o colectiva. Autonomía y autogestión son dos aspectos de una misma concepción antiautoritaria. Se puede decir que el planteamiento esencial del anarquismo es precisamente su oposición rotunda a todo tipo de autoridad, burocracia o lo que constituye una dirección, afirmación de la capacidad revolucionaria que encierran las masas.

Los marxistas-leninistas, en nombre del realismo, acusan al anarquismo de ser utópico porque no se plantea los problemas de la revolución en términos de « toma del poder » o de Estado « obrero ». La significación de una teoría no puede ser comprendida independientemente de la praxis social a que corresponde. El marxismo-leninismo se transforma después de la Revolución rusa en la ideología monopolizadora de la revolución. En su nombre se justificaron las mayores barbaridades contrarrevolucionarias vale decir el estalinismo o la creación de Estados burocráticos y policíacos. Así, pues, si como dice Hegel: « La Historia universal es el Juicio final », la crítica mayor que se puede hacer al marxismo-leninismo es ponerle ante el ejemplo actual de todos esos países que, todo y propugnando una hipotética emancipación de la clase obrera, han creado nuevas formas de opresión y de explotación... Las críticas anarquistas con relación al partidismo, al sectarismo, al dogmatismo y al dirigismo adquieren hoy día un gran valor y una profunda actualidad. La revolución no es la sustitución de un Estado por otro, de un policía por otro, de un cura por otro; es la negación del poder mediante la autogestión generalizada de todos los aspectos de la

¿ Tiene hoy planteados el anarquismo problemas teóricos fundamentales ?
¿ Cuáles ?

En cada momento histórico, el anarquismo tiene que precisar sus tesis, adaptándolas a unas situaciones concretas y confrontándolas a otras tesis que, por no ser anarquistas, no dejan a veces de tener su valor. Dicho de otra manera, el anarquismo, para no fosilizarse como un dogma y caer en un nuevo conformismo, acepta la idea de reexamen constante. El término « revisionismo » está muy desprestigiado debido al sentido que se le dio en los medios socialistas desde que Bernstein operó la revisión de las doctrinas de Marx alterando el valor del conjunto de su obra. A partir de entonces y hasta ahora tratar alguien de revisionista es, en el lenguaje marxista-leninista, un insulto gravísimo que corresponde al de « reaccionario » o de « retrógrado ». Sin embargo, para los libertarios consecuentes con sí mismos, la palabra revisión no es

sinónima de « alteración » o de « desviación » aunque no falten, claro está, sedicentes anarquistas que confunden el revisionismo con el reformismo. El anarquismo, por definición, no sólo permite sino que estimula la experimentación y la investigación. Cuando se habla de revisión, se entiende, como indicamos antes, de reexamen de las tesis y de los planteamientos esenciales del anarquismo a partir de la práctica y de las nuevas aportaciones de las ciencias sociales. Tal reexamen es indispensable para la reactualización de la teoría.

Hay en el anarquismo, como en todas las ideologías, una serie de vaguedades y de conceptos brumosos que suelen ser considerados por los propios adeptos como verdades definitivas. Podemos poner como ejemplo la concepción bakuniniana de la insurrección proletaria. Un poco mesiánicamente, Bakunin concebía la revolución como un fenómeno único y apocalíptico cuyo resultado inmediato significaría el nacimiento de la nueva sociedad. Hoy día, vistos los gigantescos aparatos represivos de que disponen los Estados, la táctica bakuniniana y clásicamente anarquista de la insurrección de masas puede considerarse en cierto modo caduca. El proceso revolucionario se concibe más bien como una acumulación de hechos parciales, avances y retrocesos episódicos cuya culminación o acontecimiento final sería el derrocamiento del Estado no por la simple toma del poder político sino por la del poder real, es decir la autogestión.

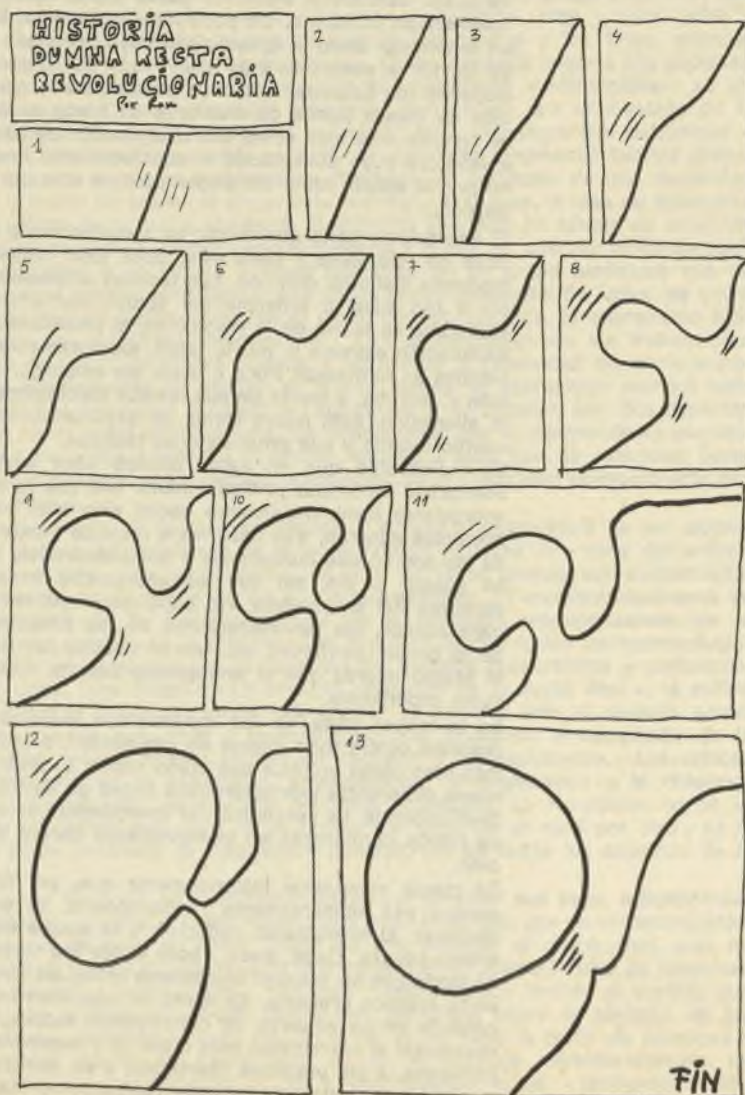
El anarquismo tiene que dirigir su atención hacia el futuro y no hacia el pasado. Este sirve de referencia y nada más, pues todo proyecto revolucionario corresponde a un momento histórico definido. Las tácticas empleadas por el anarquismo del siglo XIX o, sin ir tan lejos, a principio del actual, son a menudo desfasadas. Cuando Bakunin elaboraba su teoría de la revolución, el proletariado se encontraba en una situación de explotación extrema y, por lo tanto, explícitamente excluido de toda participación en el sistema en formación. Poco a poco, sin embargo, aparecieron los canales de la integración y, hoy día, a través de sus medios ideológicos de presión, el capitalismo generaliza la alienación. Esta nueva forma de explotación obliga al anarquismo a reexaminar su cuerpo teórico y sus proposiciones tácticas.

Es indiscutible que en estos últimos años asistimos a un renacer de las teorías libertarias, fenómeno particularmente interesante porque no sólo prueba la validez del anarquismo como movimiento social sino que, paralelamente, ciertos marxistas o ex-marxistas adoptan, tras haberlas a menudo condenado, sus propias prácticas. La crisis de las sociedades industriales o postindustriales, como suelen decir ciertos sociólogos, ha puesto al día, sin que los anarquistas interviniesen en ello para nada, ciertos aspectos del anarquismo. No cabe duda que las huelgas salvajes, la « contestación » generalizada, las reivindicaciones de las minorías oprimidas o colonizadas, la crítica de la familia patriarcal, etc., abren nuevos horizontes al anarquismo. Ahora bien, por el propio interés que el anarquismo suscita, tiene planteado un problema teórico de suma importancia.

En la mayor parte de los movimientos sociales, se manifiesta hoy una especie de reacción contra todo intento de integración, o sea un anarquismo latente que se define más bien como práctica que como teoría. El problema, pues, reside en el logro de una nueva coherencia teórico-práctica capaz de asimilar los nuevos enfoques de la práctica revolucionaria. La perennidad del anarquismo como movimiento original y como elemento de crítica permanente en el movimiento obrero depende de su capacidad de asimilación.

Se puede comprobar históricamente que, por falta de rejuvenecimiento, toda teoría, aunque sea eminentemente revolucionaria, se anquilosa y queda condenada a desaparecer. El anarquismo, reducido a la simple evocación del pasado, podría correr el mismo peligro. Cabe, pues, ahora airear los viejos conceptos, remozarlos y ampliarlos de modo que no resulten únicamente enfoques abstractos sino que puedan ser utilizados en la práctica presente. En suma, el reexamen crítico de los planteamientos libertarios consiste en un esfuerzo de construcción teórica, lo que no quiere decir que debamos abandonar el anarquismo para crear un « neoanarquismo ». Siendo fieles a su substancia intrínseca, a las prácticas libertarias, a su manera de concebir las relaciones humanas y sociales, se trata de integrarlo, mediante un nivel de coherencia teórica, en la realidad

socioeconómica de nuestra época. De tal manera, el reexamen es un intento de vitalizar el anarquismo, es decir, que no quede reducido a la condición de simple curiosidad de museos o de bibliotecas polvorientas, sino que pueda convertirse en una doctrina capaz de desempeñar un papel decisivo en la problemática del movimiento revolucionario.



¿Eres anarquista?

Soy solamente un simpatizante. No un anarquista. Mi actividad de iniciación fue la sindical, pues pertenecí primeramente a la organización sindical y, más tarde, a la juvenil.

¿Qué opinión te merece la CNT como organización reivindicativa? ¿Cómo organización revolucionaria?

Respondo a las dos conjuntamente, pues pienso que están íntimamente ligadas. La CNT fue una organización eminentemente reivindicativa. Creyó tener también acción revolucionaria. Sin negarle el espíritu revolucionario, tuvo un criterio infantil de la revolución. Es decir, que no cumplió exactamente una acción revolucionaria tal como la entendemos hoy. Vista a la luz de aquel tiempo, sí lo fue.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

La FAI pretendió informar de espíritu revolucionario a la CNT, temiendo que quedase tan sólo en una organización reivindicativa. Su criterio y su acción no cumplieron, a mi entender, este objetivo.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

No se puede, ni creo que se deba, juzgar separadamente una actividad de otra. Yo señalaría, entre todo, su criterio de sacrificar hasta el máximo lo que siempre había constituido el norte de su acción. Las colectivizaciones vistas a la luz de hoy, y dado el condicionamiento cultural limitado de los hombres que las pusieron a punto, son de importancia. La acción militar, salvo lo que supone de derroche de vidas, estuvo determinada por la acción comunista y su monopolización del mando militar por imposición del suministro de material ruso. Los organismos estatales de entonces, en general, creo que actuaron en una constante improvisación. La acción del Estado fue entendida como una dominación del aparato estatal por los estalinistas encumbrados. Y contraria, por lo tanto, al sentir del pueblo. El encuadramiento de las masas cenetistas en el orden militar fue importante. Las divisiones que aportó el movimiento libertario a la lucha fue una de las mayores. La educación política no existió como tal, aunque de la actuación surgió una gran experiencia de cuál puede ser una política al uso. No hay que olvidar que todo estuvo dominado por la acción del PC y del resto de partidos que se plegaron servilmente a su acción. Frente a las tesis dictatoriales estuvo siempre la CNT como baluarte. Esto restó necesariamente efectividad a la acción particular y global.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

El legado anarquista es la actualización del sentido de la libertad, la acción crítica. También su aspecto moral destaca sobre el resto de «ismos» que han ejercido, y ejercen, poder y mando. Puede ser una esperanza, si lima aspectos negativos de su praxis.

¿Qué opinión te merecen los viejos anarquistas? ¿Y los jóvenes?

Sobre todo, respeto. ¿Eran tan sólo unos soñadores? Puede ser. Pero fueron ellos los que, en nuestro país, dieron patente a la CNT y todo cuanto ella representó y puede florecer de nuevo. Los jóvenes anarquistas no parecen haber aprendido la lección de la historia. Continúan teniendo un criterio infantil de la revolución. Un hecho violento puede ser necesario. Una cadena de esos hechos es una estupidez a la luz de la revolución. A la larga, se pierde para siempre.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las «izquierdas» españolas?

No veo posibilidad alguna. Porque lo primero que se precisa es no olvidar que tal como están hoy no le dicen nada al país. Están desfasadas. Descartada la acción frontal contra el régimen, ¿qué caminos señalan capaces de ser comprendidos por el español de hoy? Pienso que las llamadas izquierdas españolas son antes que otra cosa socialistas, sindicalistas, republicanas, comunistas, es decir, no tienen ninguno espíritu de unidad entre sí. Mucho menos con las «nuevas» izquierdas, o «neo-izquierdismo». Y esto es necesario para entrar en una nueva fase.

¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política o de conciencia revolucionaria de las masas españolas actuales?

¿Qué posibilidades anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista?

¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen en esas circunstancias?
¿Crees posible una revolución libertaria?

¿Cuál debe ser la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

¿Qué formas organizativas más adecuadas son las que consideras para tal acción?

¿Qué planteamientos ideológicos esenciales tiene el anarquismo?

¿Tiene hoy planteado el anarquismo problemas teóricos fundamentales?

Aquí, como en todo el mundo, el nivel de conciencia política se halla capitidismuido. Si contamos, además, con el efecto de la represión tanto tiempo ejercida, y aún vigente, puede comprenderse fácilmente la situación y ambiente. Esta acción radica más en ciertos niveles intelectuales y en los medios estudiantiles.

Pocas. Muchas, sin embargo, en el campo sindical con cualquier pequeño respiro de libertad que exista. Ahora bien, cualquier tipo de autoritarismo o dictadura, sea del color que sea, nos cerrará el paso. Y, desde luego, no debemos colaborar con él.

No columbro por ahora posibilidades de revolución libertaria. De otra parte, los viejos cuadros que existen han llegado a la conclusión de que vivimos «un mundo compartido». Queda, pues, fuera de lugar la revolución bajo un solo signo que, necesariamente, tendría que ser totalitaria. La lección de García Oliver, en Barcelona, visitando a Companys, cuando éramos dueños de la situación, sigue siendo válida*.

La posición libertaria debe ser la de ir conjuntamente con todos aquellos que respeten en realidad las ideas de los demás. Y que no tengan como objetivo la dictadura. Sea económica o política. La acción libertaria ha de tener como objetivo la sociedad en su conjunto. Pero fundamental y lógicamente, las organizaciones del trabajo.

Los libertarios no deben salirse de sus cauces. La organización sindical es la base de toda la acción libertaria. En ella está el hombre y la producción. De la organización del trabajo y la producción ha de surgir el resto.

Considero que el anarquismo es una actitud moral ante la vida. El resto es política.

Sí, los tiene. Precisamente sentarse tranquilamente y comprobar que nuestros venerables barbudos no pensaron en el progreso técnico, el cual trastoca algunos de sus puntos básicos. De ahí que su acción haya de ser la de una actitud moral.

* Véase en el trabajo de Felipe Orero (p. 247-270) una interpretación de este hecho a partir de puntos de vista diferentes.

José Martín-Artajo

Contesta José Martín-Artajo (Independiente : a medio camino entre jóvenes y viejos), en « diálogo » —demasiado armonioso para ser real— con Ruedo ibérico. Nacido en 1932, de familia burguesa, más bien vasca, « democristiana » y supercatólica, pero no fascista, dice él. Nueve años de « educación » bajo los jesuitas, licenciado en Derecho y diplomático en servicio activo durante siete años. Escritor de desde muy temprano y « socialista liberal » progresivamente radical desde los primeros años 50, en diciembre de 1967 rompe con la carrera diplomática y demás condicionamientos de clase en general y se dedica a publicar desde una postura ya abiertamente libertaria, aunque rigurosamente independiente. Exilado voluntario, trabaja esporádicamente —« Centro Ibérico de Londres », publicaciones diversas, etc.— con Miguel García, Stuart Christie, algún que otro ácrata español.

¿Cómo te hiciste anarquista?

No « me hice » anarquista, es decir, no recuerdo ningún momento concreto en que decidiese arrepentirme serlo de entonces en adelante. Me di cuenta un buen día, solo, hacia 1966, de que ya lo era, cualquiera sabe desde cuándo. Me di cuenta de que el « socialismo liberal » que creía yo venir profesando —desde mis 22 años o por ahí— era ya, cualquiera sabe desde cuándo, demasiado radical para no llamarse comunismo en vez de socialismo y libertario en vez de liberal. Esta pequeña toma de conciencia ayudó a precipitar el momento de mandar a paseo mi ambigua posición en las estructuras de clase de los poderosos y mi demasiado abstracta disponibilidad respecto del socialismo del interior.

Resume tu vida sindical, o en grupo anarquista, o en ambos.

Nunca he tenido ocasión hasta ahora de integrarme en ninguna organización sindical concreta desde donde poder empujar hacia el comunismo libertario. Ni en las del interior, hoy por hoy clandestinas, que es donde creo que debe hacerlo todo español en cuanto tal y donde lo haré yo en su día, ni en las de otros países, que es donde creo que debe hacerlo todo cristo en cuanto residente en el país de que se trate de tales otros, emigrante o exilado o lo que sea. De esa otra especie de organización sindical « en el exilio pero para el interior » que aún pretende ser la vieja CNT, lo que creo que es perfectamente inexistente como organización sindical, cuando ni siquiera ha sabido reconstruirse en serio o masivamente entre los millones de emigrantes económicos españoles actuales.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización reivindicativa y como organización revolucionaria?

Hasta los primeros años 40, lo que se sabe : la CNT fue la más formidable organización sindical revolucionaria de todos los tiempos ; y tanto que su ejemplo constituirá ya siempre, incluso a través de los peores tiempos que tuviesen que venir aún, la más estupenda esperanza de plena realización del comunismo libertario. Durante el resto de la década de los 40, la supervivencia de la CNT en el exilio me parece defendible a secas, en tanto en cuanto la desaparición, por fuerza de los hechos, de su eficacia anterior como organización sindical revolucionaria no me parece que fuese aún razón para su autodisolución inmediata ; quiero decir que la provisionalidad de la situación del régimen en aquellos años era lo bastante aparente como para poder defender, con argumentos suficientemente verosímiles entonces, la tesis de que dicha desaparición de dicha eficacia primitiva podía no pasar tampoco de razonablemente provisional y a la expectativa. De los años 49 y 50 en adelante, tanto semejantes provisionalidades como la pervivencia de la CNT como organización sindical dejaron de ser razonablemente defendibles.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil? ¿Colectivizaciones?

¿Acción militar? ¿Participación en organismos estatales? ¿Encuadramiento y educación política de masas?

De los conceptos dichos, colectivizaciones y encuadramiento y educación política de masas, por supuesto. No lo de política. No, mejor así : encuadramiento, educación y acción de masas en todo aspecto genuinamente revolucionario. Lo de la acción militar y lo de la participación en organismos estatales, como dice el cuestionario, yo preferiría contestártelo referido a otra posible « pregunta de encuesta » bastante corriente en estos días, que no está en tu cuestionario pero que a mí me parece interesante : lo de si opina uno que la guerra civil está ya definitivamente liquidada, como tan a menudo se afirma hoy por ahí con muchas ganas.

Bien: ¿Te parece a ti que la guerra civil está definitivamente liquidada a estas horas? ¿O que se deba hacerlo ya?

Yo no tengo noticia de ningún tratado de paz; ni de una aniquilación realmente completa de la parte provisionalmente aplastada, el pueblo —y, dentro de él, la clase obrera; ni de que haya prescripción posible para la voluntad revolucionaria de un pueblo —o de una clase obrera—, por bien y por definitivamente que se logre amordazarle. Lo que pasa es que no creo que su reanudación armada y generalizada deba volver a ser ya nunca jamás en forma de guerra militar. Creo que la guerra militar es incompatible, por definición conceptual sustancial, con la revolución social, y que su aceptación por los explotados, obviamente provisional y desastrosamente ambigua siempre, no es más que ponérselas al enemigo como a Fernando Séptimo. Por máximo entusiasmo (¡siempre provisional!) que el revolucionario consiga poner en tal aceptación jamás logrará una eficacia militar comparable, ni de lejos, a la del enemigo. Jamás logrará el revolucionario tal calidad para su dedicación militar, ni tal eficacia... a menos que deje de ser genuinamente revolucionario a todo nivel relevante, desde el de las convicciones más profundas. La inmensa cantidad de preparación acumulada por el enemigo a lo largo de todo su largo pasado seguirá siéndole a él, en cambio, para siempre, absolutamente ajena.

Por otra parte, jamás son los pueblos quienes ganan las guerras, sino quienes los mandan, los amos; unos u otros amos. Los pueblos pierden las guerras siempre, en todo caso; las guerras militares, digo. Pero repito: en cualquier caso, me parece absolutamente absurdo de entrada pedir a un revolucionario y, menos, a toda una masa revolucionaria que dejen de ser, «provisionalmente», revolucionarios, mientras van viendo a ver si pueden ganar de una vez una guerra militar «provisional» y de duración indefinida en el mejor de los casos. Si, claro que sigue la guerra civil, y claro que seguirá, hasta la total aniquilación real del enemigo —que a un pueblo obrero entero no lo aniquila ni sandiós. Y claro que debe seguir la guerra civil, fría o caliente o templada, pero ni hablar de guerra militar. Ni hablar. El fracaso espectacular, hasta ahora, de los más indudables genios militares revolucionarios —siempre más o menos provisionales, más o menos improvisados—, de Majno para abajo, a mí me parece inevitable para toda ocasión y más que suficiente como escarmiento definitivo.

¿La guerrilla entonces, sólo?

Caso de guerra caliente, claro —pero tampoco «sólo». Cualquiera sabe cuál pueda ser el caso en cada momento histórico concreto. En el más completo: guerra revolucionaria, que no militar, de todas las temperaturas —caliente, templada o fría— y a todos los niveles —desde la resistencia pasiva y la infiltración hacia la traición a corto plazo, hasta la acción guerrillera; desde la organización sindical y la huelga general hasta el atraco y la destrucción de los Bancos; desde la subversión periódica y cultural en general hasta la ejecución «individual» de los mandos del enemigo...

¿Y todo eso te parece así incluso para el caso en que no se pueda escoger entre guerra militar y guerrilla no militar, para el caso en que la guerra militar esté ya ahí y se imponga de hecho como en el 36 en España?

La guerra militar se impone hasta cierto punto, sólo; creo que integrarse subjetivamente en un hecho o desastre social objetivo es algo que depende de cada uno; creo que, en principio, la actitud de un revolucionario como tal, tanto ante la guerra militar ya en marcha como ante el monopolio más o menos temporal por el gobierno de las posibilidades de acción social a gran escala, debe ser la de escurrir el bulto a todo trance y hasta donde le sea materialmente posible. Escurrir el bulto y luchar a la desesperada en la sombra, al margen: el terrorismo y la guerrilla en el más holgado de los casos, el emboscamiento y la espera en el más sofocado; la clandestinidad siempre. Y la revolución en primer lugar en todo caso. Mira, aquí tengo una cita, para encajártela al respecto, de un editorial reciente de **Frente Libertario**, a propósito de la vieja discusión sobre si se hizo bien o no con aquello de «la guerra primero, la revolución después», y lo que dice lo firmaría yo tan tranquilo hasta la última coma.

A ver,

«Suponer que con la revolución generalizada se hubiera ganado la guerra puede semejar una hipótesis gratuita. Pero para perderla como la perdimos, no cabe duda que hubiera sido preferible llevar la transformación adelante con todas sus consecuencias. No sólo en el mundo actual esa experiencia tendría mayor repercusión, sino

[...] en el propio país, donde las nuevas generaciones no se plantean simplemente el problema de la liquidación del poder, sino el de la transformación de las estructuras [...].

La integración subjetiva en un hecho social objetivo depende en definitiva de uno mismo; y lo mismo, por lo tanto, el color moral, de dicha integración. Con tal de que no se pretenda sacar de quicio dicha actitud del individuo. Que no se pretenda actitud del militante o del revolucionario como tal, sino del individuo y gracias, **aparte** del movimiento en sí —y por supuesto que no necesariamente «contra» él. Es decir, siempre que el movimiento o sus organizaciones no se responsabilicen en absoluto al respecto, no estén detrás, no se consideren comprometidos en absoluto por tal actitud, ni la aconsejen ni la favorezcan ni la reconozcan, más o menos, «oficialmente». Y claro que el individuo podría seguir siendo miembro pleno y a todos los efectos de las organizaciones del movimiento que fuesen: pero como individuo, no como militar o como estadista, que tales actividades serían entonces actividades suyas **ajenas** al movimiento. Sin que esto quitase para que el movimiento por su parte, naturalmente, aceptase los beneficios que se le pudiesen derivar a él de tales actividades; y por supuesto que sin el menor escrúpulo, en tanto en cuanto tales beneficios no llegasen a tener un ápice de «precio» con que se «comprase» tal posible (imposible) compromiso respecto de tales actividades.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

En cuatro palabras: el anarquismo nos ha legado la única receta posible de total compatibilización entre los dos imperativos humanos más perentoriamente categóricos hoy día: comunismo y libertad. Es decir, satisfacción plena y simultánea de dos necesidades universales primarias: la abolición de la sociedad de clases y de la propiedad privada (o «acumulación personal —o minoritaria— de capital», claro está) y el control minoritario de los medios de producción, por un lado; y, por otro, la liberación integral del hombre de toda clase de sujeciones a voluntades que no sean la suya propia, limpia de toda enajenación, y sin más límites que los de la propia definición de libertad, tan gráficamente trazados en la frase anarquista ésa famosa, «la libertad de uno acaba donde empieza la del otro». Y esto, junto con la certeza ya histórica de que la cosa es posible, de que su realización se puede lograr, puesto que ya se ha empezado a lograr unas pocas veces y en proporciones convincentes, por mucho que el enemigo haya logrado limitarla hasta ahora en el tiempo y en el espacio, y por difícil que pueda ser aún. Completada en fin, esta certeza, con la convicción de que hay que ir a por ello, una vez más y un millón de veces más, hasta conseguirlo, por la sencilla razón de que no hay otra salida aceptable.

¿Qué opinión te merecen los viejos anarquistas?

Yo creo que lo mejor es que nos olvidemos los dos de tu prurito de estreñimiento verbal, que, si no, estamos perdidos. Contestar a esa pregunta es meterme de hoz y coze en la polémica actual entre unos y otros sectores anarquistas actuales, en medio del bombardeo crítico que andan hoy día propinándose unos a otros sin contemplaciones. En principio, yo creo que **toda** clase de crítica es cosa absolutamente necesaria para esa otra cosa también absolutamente necesaria que llamamos la revolución perpetua, esto es, la revolución. Toda crítica, externa e interna, y pasando por la detracción más despiadada y hasta llegar sin remilgos hasta el insulto más desaforado. Toda necesaria. Entre otras cosas, como muy posible sublimación de la agresión física. Todo esto ya lo tengo escrito por ahí¹. Revolución es, entre otras cosas, crítica perpetua a todo nivel. A mí me parece fenómeno que, a nivel de anarquismo ibérico, se entretiren todos ellos los trastos de la crítica a la cabeza con toda la furia que les dé la gana, como está pasando ahora. (Peor era cuando, a la chita callando y con muy buenos modales, tal o cual grupo llegaba a barrer del mapa a cual o tal otro compañero por un quitame allá esa táctica concreta.) Lo que no me parece nada fenómeno, en cambio, de lo que está pasando ahora, son unas cuantas cosas que constituyen otros tantos descarrilamientos muy graves, más o menos contrarrevolucionarios, de ciertos grupos y sectores

1. En *Sobre la libertad de ostia* (la omisión de la h no es errata), trabajo escrito para Ruedo Ibérico, que ya aparecerá

por ahí algún mes de éstos. [Notas 1 a 6 de esta entrevista de JM-A.]

respecto de esa crítica revolucionaria de que hablo: la fantástica incapacidad de autoanálisis de tales grupos o sectores, su absoluta sordera hacia las críticas que se les hace a ellos, por fundadas que sean a veces; el carácter no revolucionario, y hasta perfectamente contrarrevolucionario muchas veces, de sus ataques a los otros; su desafortada manía exclusionista, o anatemoarea («Vosotros no sois anarquistas»), de un lado de la medalla, y, del otro, sus delirantes pretensiones ideomonopolistas («Nosotros somos los únicos anarquistas»); y la enloquecedora impotencia en la práctica que resulta a veces de todo esto, la falta insensata y más bien general de unidad de acción en que a menudo se atomiza la iniciativa revolucionaria del movimiento: desde de la organización clandestina en el interior y pasando por el de la formación y concienciación de las masas hasta el de la acción directa en el ejercicio de la violencia. Total, dogmatismo de partido, elitismo, burocratismo, desunión, caos organizado y bastante completa ineficacia final.

¿Te parece, entonces, que el MLE anda metido efectivamente en esa crisis existencial profunda de que hablan algunos?

No. No el movimiento libertario español en sentido amplio, que es el sentido en que yo entiendo ese término, es decir, el conjunto de verdaderos anarquistas españoles, y de simpatizantes, independientemente de su encuadramiento o su no encuadramiento en organizaciones o grupos concretos. Para «ese» MLE la crisis, si la hay, es de crecimiento, que evidente me parece a mí que el tal MLE se ha puesto a crecer en estos años como mozo recién púber. Pero sí creo que todos esos desastres enumerados, sin llegar a crisis existencial, apuntan descaradamente en su dirección, cosa ya bastante grave de por sí. Sobre todo en estos momentos en que cada día se vuelven más y más hacia el comunismo libertario las miradas de los trabajadores, de los estudiantes, de los subproletarios, de los intelectuales, de los desclasados y de todo cristo con madera de revolucionario.

No se te ha escapado ningún nombre concreto, pero apostaría muy tranquilo a que, cuando enumerabas los vicios de la polémica actual, estabas pensando en el Secretariado Intercontinental de la CNT, de un lado, y, del otro, en los viejos expulsados o dimitidos y en los activistas jóvenes o menos viejos. ¿A cuál de esos dos bandos darías tú la razón, grosso modo?

Estoy pensando en esos dos bandos y en varias otras parejas más de ellos, cada una en su correspondiente plano distinto de alineamiento: obreristas contra panclasisistas o anticlasisistas, activistas y violentos contra pacifistas y contemporeizantes, individualistas contra colectivistas, viejos y puritanos contra jóvenes y jipizantes... Y me parece que no le daría la razón entera a ningún bando contra su contrario. Por lo menos, mientras cada uno siguiese teniendo la arrogancia de fulminar contra el otro el anatema correspondiente y en su propio favor la autoinvestidura exclusiva complementaria, ateniéndome al ejemplo concreto que dices tú y ya que quieres que dicen nombres: pienso que la manía expulsionista del SI a partir de Limoges y Burdeos es perfectamente grotesca, por supuesto, pero también que es cosa muy trivial en sí misma. Y en cuanto a los detractores del SI por su parte, creo que encontrar la cosa tan indignante como la encuentran ellos es darle una importancia que no tiene, y que, aunque la tuviera, tampoco son ellos quiénes para decidir que los del SI no son ya verdaderos anarquistas. Siempre he encontrado yo que uno de los aspectos «arquitectónicos» más importantes de la grandeza del movimiento libertario como ideología revolucionaria frente a todo otro movimiento revolucionario posible es, precisamente, su inmensa capacidad de asimilación de actitudes y criterios individuales diferentes y hasta contradictorios, en cuanto no sea cierto mínimo indispensable e intocable de normas y principios básicos. Una grandeza única en su plano, semejante a la que, en el suyo, un estudioso de las metafísicas te predicaría de la hinduista frente a las demás, la posibilidad de contener en su seno lo verdaderamente esencial de cualquiera de todas las demás, asimilándolo como propio y en propio enriquecimiento, indefinidamente.

¿No crees tú que la CNT, lo que sobrevive de sus cuadros, tiene aún un enorme predicamento entre cuanto pueda estar renaciendo del mo-

El predicamento de esos restos de la CNT entre lo que renace del MLE en el interior y en la emigración, no parece que vaya a durar mucho, puesto que no parece verosímil que la gente no acabe de darse cuenta de una vez de que el enorme prestigio histórico de la antigua CNT no es atribuible para nada a ese fantasma actual que se empeña en seguir llamándose CNT; puesto que esa actual CNT de cargos vitalicios y abstractos no tiene ya nada que ver, en realidad, con la antigua CNT, cuyos cuadros constantemente renovados sí que eran un verdadero esqueleto vivo de una verdadera organiza-

vimiento en el interior y en la emigración por lo menos?

ción sindical masiva. La supervivencia de la CNT en el exilio durante 34 años, como «verdadera» organización sindical (¿de qué masas?) es algo tan bizantino como la supervivencia del gobierno republicano (¿de qué pueblo?) en el exilio durante esa misma montaña de años. Esa supervivencia provisional de que hablábamos antes, a la expectativa de un aún posible regreso al país, hubiera sido justificable durante ese tiempo prudencial que decíamos; pero, a partir de entonces, era ya disparate no autodisolverse como tal organización (sin masas), no ver ya que el regreso ya no era posible, o incluso que, de serlo aún, habría sido necesario en cualquier caso un cambio radical previo de mentalidad —y hasta de estructuras, quizá—, ya sustancialmente desfasada respecto de la realidad histórica del país. Después de ese tiempo de expectativa razonable, la actividad revolucionaria de la Organización ha sido, por lo menos, nula. ¿De qué les sirvió la Organización a los activistas que siguieron dando el callo filtrándose una y otra vez Pirineos adentro o quedándose allá metidos hasta que los iban cazando? ¿De qué utilidad les ha sido la Organización a los activistas del exilio que vinieron luego, a los intelectuales y a los jóvenes, a los obreros del interior? ¿Cuál ha sido la integración de la Organización y de sus Organizadores en los movimientos sindicales revolucionarios autóctonos de los países del exilio, su entrega a la revolución mundial a través de los movimientos revolucionarios concretos del país en que ya estaban viviendo en su única realidad vital? Yo no sé hasta qué punto es o sigue siendo un verdadero anarquista, un verdadero revolucionario, quien considera que sólo puede serlo «del todo» en casita y gracias; un revolucionario es revolucionario en todas partes, y plenamente, dondequiera que el destino le haga estar viviendo en cada momento, y no sólo en el «suyo», y menos, claro, a partir del momento en que ya no puede estar en él. Por mucho que sea un lugar común, lo de que el revolucionario no tiene más país «suyo» que el que quiera la revolución mundial; dicho «suyo» significa estrictamente que dicho país no es más que el país que la razón de eficacia le «aconsejaría» en principio al revolucionario como escenario óptimo para sus concretas posibilidades personales de eficacia máxima...

Se me queda por hacerte una última seudopregunta: ¿Cuál ha sido, siquiera, la labor de captación, preparación y organización por parte de la vieja CNT en el exilio entre las masas de los emigrantes económicos ibéricos que la Historia le ha venido sirviendo en bandeja durante estos últimos diez o doce años?

Pues no sé. Tú eres el entrevistado, ¿no?

Claro. Un poquitín habrán hecho de todo eso, quizá, los viejos cenetistas en su exilio, pero, a mi juicio, de ninguna manera hasta el mínimo indispensable, siquiera, para defender la conservación para la CNT del adjetivo «revolucionario». Tienen razón contra la CNT los activistas, jóvenes o menos viejos, en observar también que la CNT sobrevivió más bien como un conjunto burocrático «pararrevolucionario», exclusivamente geográfico que como un dispositivo «actualmente» revolucionario, de validez universal o supergeográfica. Pero no la tienen los tales mozos en pontificar ellos a su vez sobre el no anarquismo o antianarquismo de todos y cada uno de los viejos cenetistas. No cabe ninguna duda de que los viejos cenetistas, como individuos —y sin perjuicio de que su conducta «organizacional» actual se condene o se discuta— merecen y merecerán siempre el mayor respeto y la mayor consideración por parte de todo el mundo. No sólo por lo mucho que hicieron y sacrificaron por el movimiento libertario, y por el impulso histórico que le dieron, que todo eso es ganancia contante y sonante y para siempre que el movimiento libertario tendrá que agradecerles siempre y en todas partes; sino, también, por todo lo que ellos saben aún y que los que vinimos detrás de ellos aún no sabemos, todo lo que ellos aprendieron al pie del cañón, en circunstancias de cierto tipo muy concreto y provechoso de fecundidad revolucionaria que nosotros no hemos conocido. Y aunque sólo fuese por todas esas cosas concretas que ellos saben y nosotros no, pensar que el movimiento libertario actual deba ni incluso pueda prescindir completa y tranquilamente de ellos y de sus opiniones y criterios para toda empresa constructiva actual y hacia el futuro, como si todos ellos estuvieran ya físicamente fiambres, me parece una majadería y más. Nadie, ni el organizador con más pesquis, ni el intelectual con más cacumen, ni el

activista con más pelotas, nadie puede, como algunos hacen, ignorar todo esto, o proceder como si lo ignorasen, sin hacerse reo de mezquina ingratitud o de soberbia cegata o de las dos cosas a un tiempo.

En caso de conflicto y mientras no se demuestre lo contrario, los jóvenes tienen siempre la razón contra los viejos. Hay tres diferencias muy principales entre anarquistas españoles viejos en general y anarquistas españoles jóvenes en general. Se refieren a tres claves actualmente importantes de la concepción libertaria de la vida: el trabajo, el placer y el amor. La actitud de los viejos en general ante estos tres conceptos tiene sus viejas raíces en tres fenómenos históricos en vigor durante los viejos años de la juventud de los viejos: la economía de la escasez, la sacralización del trabajo y la ascética erótica. La actitud de los jóvenes ante esas tres claves brota del movimiento actual hacia la superación histórica definitiva de esas tres antiguallas que hicieron la moral y baldaron la filosofía de los viejos: gozar de la vida. A ultranza, ambos mandamientos opuestos: sacrificio a ultranza contra libertinaje a ultranza. Ninguno de los dos mandamientos es incompatible en sí con la revolución, ni contrarrevolucionario en principio, como cada bando suele pretender del otro; su oposición, tan aparente a primera vista, se trivializa incluso en mera cuestión de perspectiva: el mandamiento de los viejos fue para ellos un medio indiscutible con que hacer la revolución, el mandamiento de los jóvenes es para ellos un fin indiscutible que lograr con la revolución. Cada uno desbarra por su lado en tanto en cuanto se aparta de las necesidades concretas de la revolución en cada momento y en cada lugar. Pero el desbarramiento de los jóvenes puede muy fácilmente no llegar a ser definitivo, mientras que el de los viejos puede muy difícilmente dejar de serlo. Si los viejos no hacen el esfuerzo de amputarse de una vez su puritanismo intolerante, los jóvenes se les van de las manos en masa. Una revolución sin jóvenes es algo tan imposible como una revolución sin obreros. Y como la revolución advendrá para que todo el mundo empiece a pasarlo bien de una puta vez², pues resultará que quienes quedarán situados al margen de ella, si no contra ella, serán los jodidos puritanos, los viejos los que, entre ellos, no sepan curarse mientras tanto de ese puritanismo intolerante. Los viejos pues, al negarse a aceptar que la historia marcha ya en la dirección que apuntan los jóvenes, desbarran de manera cualitativa y esencial; los jóvenes en cambio, cuando no quieren darse cuenta de que hay momentos, lugares y coyunturas en que la historia no anda tan deprisa como para que partes variables de la moral de los viejos no sean aún necesarias desbarran de manera sólo cuantitativa y verosimilmente accidental³. La exageración de los jóvenes en su afirmación de sus principios futuristas es superstición, por prematura, que tiende a quemar en ellos sus posibilidades revolucionarias individuales y que podría llegar a empantanar la revolución en caos e ineficacia durante periodos variables. En general, la exageración de los jóvenes suele a menudo hundirse en nihilismo, muerte moral, la nada; la de los viejos no pasa casi nunca de los prejuicios y los miedos pequeño burgueses, oligofrenia y enanez morales y vitalicias. La cuota de error y peligrosidad de cada una de las dos actitudes es distinta ante cada uno de los tres conceptos-clave dichos. Ante el concepto «trabajo», yo diría que la afirmación exagerada de los viejos tiene, de momento, «más razón» que la negación exagerada de los jóvenes. Ante el concepto «placer», ambas exageraciones se me antojan parecidamente graves, parecidos peligros: el peligro de la repugnancia colectiva hacia una revolución marcada por el ascetismo masoquista de los viejos, el peligro de la destrucción de posibilidades revolucionarias de demasiados individuos o grupos valiosos por posible falta de control del hedonismo de los jóvenes. Y ante el concepto «amor», en fin, creo con mucha convicción que los viejos no tienen

2. Diciéndolo en eslogan: la revolución no se hace para que sigamos todos jodidos (en el mal sentido de la palabra), sino para que todos podamos a empezar a joder como es debido (en el buen sentido de la palabra). [JM-A.]

3. De todo esto también he escrito ya por ahí: un poco, en el trabajo citado en la nota 1, pero, sobre todo, en otro bastante

largo y aún no listo para imprenta, que titulo *Elogio de los cuernos* y que pretendo, entre otras cosas, crítica revolucionaria de la crítica marxista (y similares en puritanismo) de la familia y del erotismo. Y conste que esta nota tampoco va en autopropaganda, sino en disculpa por no razonar aquí bastante, quizá, mis asertos más bien categóricos sobre el tema en trato. [JM-A.]

prácticamente razón en absoluto y que los jóvenes, en principio, la tienen prácticamente toda. La definición de « amor libre » vigente aún entre los viejos es perfectamente reaccionaria, tan pequeño burguesa como la de los marxistas porque es la misma, y no tiene nada de libre ni de libertaria ni de revolucionaria. La definición de « amor libre » que los jóvenes andan denodadamente construyendo ahora, al contrario, es, en principio, según dicha construcción va avanzando, la única que se puede proponer sensatamente por ahora como la definición libertaria, la única que lleva por ahora hasta sus últimas consecuencias lógicas la crítica revolucionaria de la familia y el erotismo. Las únicas salvedades que ese « en principio » podría insinuar serían, fundamentalmente, algún que otro exceso dogmático poco inteligente; esporádico, provisional, por poco inteligente, fácil de denunciar, de subsanar. Esporádicos excesos posibles que podrían redundar en esporádico detrimento de alguna libertad « antierótica » individual; como la de la castidad, por ejemplo, de quien tenga la peregrina ocurrencia de ser casto.

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las « izquierdas » españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

Sin los peces, bastantes, en principio; siquiera a ese nivel que dices de coordinación de acción mínima o, predominantemente, sólo « negativa » a pasiva; no agresión, no interferencia, información de antemano incluso de iniciativas de posible interés general a que a unos u otros grupos o tendencias pueda interesar incorporarse, etc. Con los peces, en cambio, prácticamente ninguna para nada realmente importante o que requiera tomar realmente en serio su palabra en cuanto a su conducta en cualquier futuro. Y esto a pesar, claro, de que ellos anden como andan rabiando desesperadamente en pos de semejantes coordinaciones de acción o pactos o alianzas, como dicen ellos; que es que los pobres, felones compulsivos que ya no pueden ni corregirlo ni disimularlo siquiera, ya no se la dan con queso ni al doctrino más doctrino. Y a pesar, también, de que creo que hasta con los peces hay que volver a intentar una vez más dicho entendimiento mínimo, que a lo mejor, por primera vez en su historia, deciden de pronto dar el cambiao sustancial necesario para ello. Hasta ahí llega la cabezonería de mi cándido optimismo. Que es que un entendimiento mínimo-indispensable entre las izquierdas, por difícil que sea, no hay más remedio que intentarlo a todo trance; y no, no sólo intentarlo, sino lograrlo. Hay que lograrlo de una vez, como las derechas saben lograrlo cuando hace falta. Y hay que lograr a todo trance que la cosa dure **por lo menos** hasta que las derechas estén tan escabechadas, **por lo menos**, como ellas dejaron a las izquierdas a partir de la Gloriosa Escabechina Nacional del 36 y s.⁴

¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política o de conciencia revolucionaria de las masas españolas actuales? ¿Qué posibilidades de acción permiten?

Quizá, haga falta un periodo más o menos largo, a partir de ahora o de ya pronto, de preparación de la revolución y de captación de masas. Es decir, la organización y reorganización de instituciones libertarias, de propaganda, de formación y concienciación del pueblo o de los pueblos. Pacíficamente. Siempre, claro, que la represión violenta no provoque la única contestación revolucionaria posible a la violencia: la violencia.⁵

El entrevistado prefiere contestar a un tiempo a la siguiente serie de preguntas: ¿Qué posibilidades

La revolución estallará, como siempre, cuando las masas de los explotados lo quieran y su violencia dependerá, también como siempre, de la cantidad de violencia que le opongan la reacción y las fuerzas contrarrevolucionarias en general. Si se diese el caso insólito, pero no imposible en sí, de que la reacción y las fuerzas contrarrevolucionarias no se opusiesen con la violencia física, la revolución podría y tendría que ser

4. También sobre el tema de esta pregunta me despaché ya bien a gusto en el trabajo *Sobre la libertad de ostia*, como sobre los temas, aún, de las preguntas 11, 12 y 13, sobre todo, que siguen. Teniendo en cuenta, pues, que siempre podrá acudir algún día a dicho trabajo el curioso lector a quien realmente le interese lo que yo pueda opinar sobre tales temas, renuncio

a explicarme más ahora sobre éste y sobre los de las otras preguntas recién enumeradas. [JM-A.]

5. Véase la nota anterior. En la contestación triple que sigue a la que se acaba de dar, además, hay varios puntos con que poder completar ésta. [JM-A.]

anarcosindicalistas ves en la inminente España posfranquista? Con un gobierno militar ultra, con un gobierno democristiano-liberal, con un gobierno socialista moderado, con una dictadura militar naserista, semicomunista... ¿Qué posibilidades de revolución libertaria existen en esas circunstancias? ¿Cuál debería ser la acción anarquista en cada uno de esos casos? De manera general, ¿crees posible una revolución libertaria en España? En caso afirmativo, ¿a corto plazo? ¿A largo plazo? ¿Qué formas adoptaría?

pacífica. Revolución es sinónimo de violencia en cuanto a contenido y ritmo de cambio social, pero no, en principio, de violencia física en las personas. Me parece bastante posible que durante un primer periodo posfranquista indefinido la mayoría de las masas obreras y campesinas no quieran la revolución. Hasta que la quieran, la violencia de las tentativas y movimientos revolucionarios aún no mayoritarios dependerá, también, de la cantidad de violencia que les opongan los gobiernos de transición, más o menos reaccionarios o más o menos contrarrevolucionarios. Quiero pensar que, en principio, no tiene por qué ser imposible llegar a acuerdos aproximadamente honrados de no agresión física mutua con el poder. Está bien claro que durante todos estos demasiados «años de paz» a sartenazo limpio, semejante cosa ha sido y es perfectamente imposible. Está igualmente claro, de la misma manera, que la única norma de conducta revolucionaria para hoy es, como lo ha venido siendo desde la guerra civil hasta hoy, la violencia: a todo nivel y toda la que se pueda.

El día en que el poder se quedará huérfano de golpe y porrazo del hombrecito carnicero, me parece posible que, en un primer momento de pánico químicamente puro, aún se conserve enterito y como hasta ahora, al conservarse unido de momento el equipo inmediatamente heredero, quizá, por obra y gracia de dicho pánico. La vaciedad, la incoherencia y el anacronismo ideológico totales que definen el legado del poder que pasa de dicho individuo a dicho equipo no significan gran cosa contra la unidad del poder absoluto cuando ésta es la del individuo; pero en el mismo momento en que tal unidad pasa del singular al plural, tales tres negaciones ideológicas pasan a ser pura desintegración en cadena y no parece verosímil que a ese siniestro genio de la chapuza política y de la inmoralidad a todo nivel, de sangre de culebra nada corriente, le vaya a suceder otro semejante a renglón seguido. Reaparecerá automáticamente la necesidad de negociación (o de «diálogo») de cada uno de los nuevos núcleos que logra hacerse con su cacho del poder descuartizado...

Un franquismo sin Franco sería, como digo, una especie de equilibrio inestable necesariamente efímero por conceptualmente absurdo, mero vacío ideológico que se finge apoyado en otro mero vacío, el de su único punto de apoyo posible desaparecido ya para siempre: la persona. Ese posible primer momento en que semejante absurdo consiguiese mantenerse en pie podría significar una de tres: la transición aproximadamente pacífica a un régimen de apariencias convincentemente «democráticas» (monárquico o republicano, eso es lo que menos importa); el golpe de Estado ultra que liquidase enseguida la rebatiña con un nuevo monopolio dictatorial del poder; y total desintegración del poder por obra de una rebatiña demasiado generalizada y caótica. A mi juicio, las posibilidades revolucionarias inmediatas de la primera hipótesis serían bastante nulas, pero quizá compensadas por las posibilidades que la transición podría implicar, de formación y preparación tranquilas, hacia el momento revolucionario oportuno, de las masas. La segunda hipótesis desembocaría a su vez y rápido, por las razones de inestabilidad ya dichas, en otra de dos: o la transición (primera hipótesis dicha) o el titingo general (tercera hipótesis), por pasarse de pronto la rosca del aguante de las masas, y desastre económico mediante, cosa probablemente fácil; las posibilidades inmediatas de esta segunda hipótesis serían pues, alternativamente, las de la primera o las de la tercera. Las posibilidades revolucionarias de la tercera hipótesis, en fin, serían, en principio, máximas, como es obvio.

Pero me gustaría dejar bien clara una cosa: cuanto estamos hablando es todo, ya, pura especulación teórica: muy divertida quizá, quizá útil a posteriori; pero con poquísimas probabilidades a priori de acierto en cualquier caso, que, como se sabe y ya dije, el factor decisivo del nacimiento de la revolución es la decisión súbita de las masas; decisión que, como también se sabe, pilla prácticamente siempre en plena higuera no ya a cualquier aficionado como yo sino incluso al teórico más experimentado.

Entre la gente de la clase media del país, se suele oír con cierta frecuencia que el gobierno constitucional con más probabilidades de ser el primero en la España posfranquista sería un gobierno democristiano. Este tendría frente al socialista moderado (que alguna gente considera como el más probable para el periodo electoral siguiente) una ventaja especial propia en cuanto a probabilidades de revolución pronta o, en

todo caso, en cuanto a captación y preparación rápidas y consistentes de las masas : por muy socializante que consiguiera parecer, tal gobierno democristiano nunca conseguiría, por irremediabilmente burgués, darle el pego a la clase obrera por lo menos, siempre la más sensible y rápida en detectar, en tales gobiernos, su irremediable voluntad intrínseca de perpetuación de la explotación capitalista. Caso de que las masas siguiesen indefinidamente vacilantes en cuanto a poner en pie la revolución social total de una vez, este gobierno burgués tendría también una desventaja y aún otra ventajilla para la experimentación revolucionaria pacífica y aún no mayoritaria de tal momento. La desventaja : lo limitado del margen posible de negociación entre gobierno y revolucionarios sobre no oposición recíproca de la violencia física en cuanto al libre ejercicio de dichos experimentos revolucionarios parciales de los primeros y la total abstención del segundo respecto de tales experimentos. La ventajilla : como la « política » del gobierno y la « política » de los revolucionarios no serían convergentes sino divergentes, las posibilidades de interferencia serían escasas (al revés que en caso de gobierno socialista) ; el crédito que merecerían las promesas abstencionistas del gobierno que se lograsen (que, como digo, siempre serían menos que en caso de gobierno socialista) sería más bien sólido (al revés que en caso de gobierno socialista —para quien las tentaciones de mangoneo de la autogestión, un ejemplo entre tantos, serían siempre máximamente irresistibles). Un gobierno socialista moderado, por su parte, presentaría bastante exactamente invertidas tanto la desventaja y la ventajilla recién vistas.

Recojo el hilo dejado antes sobre posibilidades de coexistencia pacífica entre movimientos revolucionarios aún no mayoritarios y unos u otros gobiernos posfranquistas reaccionarios o contrarrevolucionarios de transición más o menos larga. Creo que por parte de tales movimientos revolucionarios se debe hacer **todo lo posible** por acordar con tales gobiernos la proscripción de la violencia física a cambio de un escrupuloso respeto mutuo en los campos a delimitar por tales acuerdos y sobre la base de no atentar nunca ninguna de ambas partes contra dos de las principales reglas del juego : el ejercicio totalmente libre, por todo el mundo, de toda clase de « derechos humanos » y el compromiso de acudir a arbitraje del pueblo —y de aceptar su veredicto— en cada caso de conflicto hasta ahí irreductible. Todo lo cual viene a implicar de por sí la aparente salvedad : mientras que « la Historia » —o masas explotadas— no mande otra cosa.

Las organizaciones libertarias exigirían de entrada, claro, en sus pactos provisionales con el poder, una abstención **total** de éste en materias de autogestión... en los campos « mínimos », digamos, en que dichos pactos la hagan posible de entrada. ¿Qué campos serían éstos, a grandes trazos ? Caso de gobierno democristiano, la cosa no iría mucho más allá, supongo, del municipio, la comuna agrícola, las empresas estatales y paraestatales en los tres sectores... Y caso de gobierno socialista más o menos moderado, los límites del campo posible de la autogestión se irían ensanchando, en principio, a medida que fuesen avanzando los procesos de la « reforma agraria », la « nacionalización » de la industria y de los servicios, la « autonomía » regional, municipal, etc.

¿ Cuáles son, a tu modo de ver, los planteamientos ideológicos esenciales del anarquismo ?

Se me ocurre proponerte que nos atengamos estrictamente a la descripción de sólo los tres conceptos que insinuarían la definición más telegráfica y perogrullesca posible de anarquismo. Hablo de anarquismo revolucionario, por si a alguien se le ocurre pensar que a lo mejor hay otro. Parto de la identificación escueta del anarquismo como suma de tres sumandos : comunismo + libertad + revolución.

¿ Comunismo ?

Justicia social permanente en base a una organización social estrictamente comunitaria e igualitaria : absolutamente en cuanto a disfrute de bienes de producción, educación, etc. ; relativamente en cuanto a cometido laboral concreto y predominante de cada cual. Abolición de la propiedad privada, en el sentido « científico » en que la cosa se viene entendiendo tradicionalmente por toda clase de comunistas, pero llevándola de entrada hasta sus últimas consecuencias ; destrucción del capitalismo en todas sus

formas; devolución a las masas trabajadoras de toda la producción, proceso y resultados, y de todos sus medios y todo su control; destrucción de la sociedad de clases. Abolición de toda forma de explotación económica, emancipación del hombre respecto de toda forma de alienación económica: autogestión a todo nivel.

¿ Libertad ?

Instauración de un orden social en base a un criterio de espontaneidad, voluntariedad y libertad. Respeto absoluto a la libertad del hombre a todo nivel; decisión directa y por la base siempre, desde el plano individual hasta el colectivo que sea, en cuanto sea de la propia competencia: toda delegación en individuos o grupos « representativos » es siempre provisional y de ella no pueden emanar más que « dictámenes », que jamás serán « dictados » más que por el refrendo directo de la base afectada; federación voluntaria; autogestión a todo nivel y sin el menor control exterior. Abolición permanente de toda forma de autoridad, desde la del mito divino hasta la paterna o marital o « la del más fuerte » en cualquier plano; abolición total de toda institución autoritaria: Estado, nación, clase dominante (nueva o vieja, minoritaria o mayoritaria), Iglesias, ejércitos, partidos políticos, familia, matrimonio (en todas sus formas), etc. Abolición progresiva y permanente de toda forma de violencia y de todo tipo de sujeción forzosa, explotación material o moral, discriminación, etc.; emancipación permanente y progresiva del hombre respecto de toda alienación moral, intensificación y extensión a tal efecto de la educación y de la reconstrucción integral del sentido de responsabilidad...

¿ Revolución ?

Este epígrafe habría que descomponerlo en dos momentos: el de la puesta en marcha, hasta la destrucción de la sociedad de clases; y el del mantenimiento del nuevo orden revolucionario a partir de su implantación.

¿ Puesta en marcha ?

Acelerón espasmódico de la guerra de clases (de la evolución; de su evolución), por explosión de la voluntad súbita y mayoritaria de las clases explotadas, hacia la destrucción inmediata y repentina del « orden » vigente. Destrucción súbita y completa del sistema de explotación que sea, capitalista o/y autoritario; implantación súbita y progresiva de un orden social comunista y libertario. Rigurosa simultaneidad en el tiempo e igualdad jerárquica en todo aspecto de los dos imperativos básicos implicados en dicho orden revolucionario, justicia y libertad...

¿ Mantenimiento del orden nuevo ?

Lentecimiento variable del cambio social sobre el espacio geográfico en que el nuevo orden quede definitivamente establecido. Propagación violenta y permanente de la revolución en el exterior de dicho espacio, hasta lograr su puesta en marcha en todo el planeta. Análisis constante y a todo nivel, propio y ajeno, con vistas a dos objetivos generales principales: el mantenimiento perpetuo de la simultaneidad y la igualdad de los dos imperativos sociales, justicia y libertad; y la renovación organizativa e institucional perpetua, al ritmo que el perfeccionamiento del nuevo orden revolucionario pueda requerir en cada momento...

¿ Tiene hoy planteado el anarquismo problemas teóricos fundamentales ?

¿ Cuáles ?

El anarquismo tiene planteados hoy, como los tuvo siempre y siempre los tendrá, problemas teóricos y prácticos y de todas clases; exactamente igual que cualquier sistema vivo de pensamiento y de vida —mientras esté vivo. Que sean fundamentales o no siempre dependerá, supongo, de los tiempos que corran y del criterio de cada cual. Veamos, limitaciones previas: problemas que, según tu pregunta, sean, pues, al mismo tiempo: predominantemente teóricos; lo más específicos posible del día de hoy (esto es, dejando de lado problemas heredados del pasado cuyo planteamiento, aunque vigente en tantos casos hoy día, no ha experimentado modificaciones sustanciales por acción específica de los tiempos presentes); y los más « fundamentales ». Bien, te propongo dos criterios limitativos más para la lista que salga. No tocar, entre tales problemas actuales, más que los que se refieren bastante directamente a unos u otros temas tratados en esta entrevista y sean bastante directa-

mente encajables en alguno o algunos de otros estos tres conceptos: uno, violencia —y su reverso, posibilidades de coexistencias pacíficas; dos, transición económica —es decir, transición de la economía de la escasez a la economía de la abundancia; y tres, en relación con y complemento de los dos anteriores, puesta al día de la Teoría General de la Revolución propia del movimiento libertario y de su funcionamiento.

¿ Violencia ?

Desarrollo de toda polémica posible sobre el antinomio **guerra militar-guerra revolucionaria**; elaboración, en todo caso, de todo un conjunto estratégico-táctico con que poder intentar, en su caso, ir sustituyendo la guerra militar a nivel regional, nacional, internacional; intensificación de desarrollo e invención de métodos « indirectos » o « laterales » de destrucción de los ejércitos y de sus inmensos recursos materiales actuales, incluyendo entre tales métodos la « corrupción » —sentido amplio— de las jerarquías, la organización de la tropa en infraestructuras secretas internas, etc. Desarrollo de la polémica y posible elaboración de doctrina sobre **infiltración**, a nivel estrictamente individual y con vistas a la destrucción desde dentro a corto plazo, o « participación » en organismos estatales, etc.: parlamento/gobierno, ejército/policía, etc. Elaboración de posibles planes de compromiso de no agresión mutua con gobiernos más o menos transicionales o/y partidos y grupos autoritarios, y de los correspondientes proyectos de oferta de condiciones para unas u otras posibles **coexistencias pacíficas**. Elaboración de doctrina sobre **prioridades entre acción violenta y construcción o reconstrucción sindical**, según diversos casos de mayor o menor imposibilidad provisional de simultaneización (explosivo problema que fue, éste, durante la última posguerra española, por cierto)...

¿ Transición económica ?

Revisión de **antinomios « morales »** trabajo-vagancia, disciplina-indisciplina⁶, sacrificio-placer: nueva valoración de cada término en base a criterios realistas (funcionales-relativos; razón de eficacia y humanismo revolucionario, hasta las últimas consecuencias lógicas de ambos) y no en base a generalizaciones apriorísticas (y absolutas: ni idealistas-masochistas ni nihilistas-hedonistas). Abolición de la **ascética erótica**; destrucción crítica total, hasta las últimas consecuencias lógicas revolucionarias, de la institución de la familia y de todas las instituciones « eróticas » satélites suyas, construcción crítica completa de la definición de « amor libre » y elaboración progresiva de oferta de alternativas libres para crianza de hijos, etc. Revisión de « instituciones » y criterios económicos anarquistas en general para adaptarlos, hasta el presente y hacia el futuro, a la **nueva mentalidad económica de las masas**, y a sus nuevas exigencias, irreversibles en todo caso, desarrolladas a partir de la subida general del nivel de vida y producción, tanto neocapitalista como estatalcapitalista...

¿ Teoría general de la revolución ?

No hay más remedio que tomar definitivamente en serio esto de la Teoría general de la revolución libertaria. En realidad, todos los problemas mencionados en los dos párrafos anteriores a éste son, en tanto en cuanto problemas predominantemente « teóricos », otros tantos objetivos propios de la Teoría general de la revolución ésta que nos ocupa.

Hay que proceder necesariamente a la puesta al día del estudio de la Teoría general de la revolución elaborada al servicio de **ideologías no libertarias**, y de su crítica y de su asimilación, en cuanto tengan de aprovechable (siempre infinitamente más de lo que se suele conceder por chovinismo ideológico y por pereza mental), por el propio movimiento libertario; propagación crítica intensiva de toda esa elaboración teórica de los grandes revolucionarios no libertarios y sus seguidores, fomento de toda discusión posible al respecto. Desarrollo de la **oferta teórico-institucional propia**, tendiendo a hacerla tanto más amplia que las autoritarias cuanto que en ella, a diferencia de las otras, jamás se trata de imponer series de « recetas » únicas, sino de dar a escoger posibilidades a cada cual, con que facilitar la improvisación, el hallazgo propio

6. Hablo siempre y exclusivamente, aquí y antes, de autodisciplina, de disciplina que se pueda imponer o no imponer

exclusivamente a sí mismo el individuo de que se trate. [JM-A.]

sobre la marcha. Dentro de tal desarrollo teórico-institucional general (política, social, cultural, etc.), intensificación especial del de una **Teoría económica** anarquista « suficiente », a partir, sobre todo —como en las demás—, de los puntos concretos en que la crítica marxista viene atascándose y dejando de ser revolucionaria (ejemplo mínimo : previsión « suficiente » de la abolición del dinero y similares a largo plazo siquiera). Revisión del concepto **progreso** parido en su día por el capitalismo liberal y heredado escrupulosamente integro, desde los socialistas soviéticos hasta los fascistas, pasando por toda clase de imitamonos entre los mandamases del « tercer mundo ». **Coordinación a nivel internacional** de esfuerzos e iniciativas a estos respectos y en cuanto a propagación de ideas y formación de masas (publicaciones, cine, radio, TV, etc.) ; creación o refuerzo (¿ Suiza, Suecia ?...) de algunos posibles **centros internacionales** de acumulación de recursos económicos para publicaciones políglotas en los mismos y distribución y publicaciones por todo el mundo ; posible resurrección (a estos efectos y a efectos de información anarquista internacional, pero sin más pretensiones en principio) de **congresos de la Internacional** anarquista, más o menos anuales y limitados, por lo menos en principio, a los centros internacionales recién dichos...

Verano de 1973



Juan Manuel Molina

Juan Manuel Molina (*Juanel*). Nacido en Jumilla (Murcia), en 1901. Secretario, en 1926, de la Federación de grupos anarquistas de lengua española. Entre 1928 y 1930, forma parte con Callejes, Ascaso, Durruti y militantes anarquistas franceses e italianos del Comité de Defensa Anarquista Internacional, que publica *La Voz Libertaria*. Secretario del Comité peninsular de la FAI en 1930-1932. Condenado y encarcelado por desertión. Colaborador de *Solidaridad Obrera* y director de *Tierra y Libertad* y de *Tiempos Nuevos*. Participa activamente en julio de 1936 en el aplastamiento de la sublevación militar en Barcelona. Subsecretario de Defensa de la Generalitat de Catalunya. Comisario de los Cuerpos de ejército X y XI y del Ejército del este. Pasa a Francia, en 1939, con su Cuerpo de Ejército. Contribuye activamente a la reorganización de la CNT en Francia y participa en el Pleno clandestino de la CNT en Mauriac (1943). Regresa clandestinamente a España, en 1946, en calidad de delegado permanente del exterior en el Comité nacional de la CNT. Detenido y condenado a 15 años de cárcel en el mismo año. Liberado condicional, vuelve a Francia clandestinamente. Ha publicado *Noche sobre España. Siete años en las prisiones de Franco*.

¿Cuál es tu juicio sobre la CNT como organización revolucionaria y reivindicativa?

El Movimiento Libertario con diversos nombres, Federación Internacional de los Trabajadores de la Región Española, Pacto de Unión, Solidaridad Obrera, Federación nacional de Campesinos españoles y CNT, ha sido, durante ya más de un siglo, la auténtica organización obrera revolucionaria en sus dos vertientes ideológica y reivindicativa. Ha contribuido a la dignificación del trabajo y de los trabajadores elevándolos a un nivel si no de los más cultos sí de los más combativos y evolucionados del mundo. No hay que olvidar que, entre otras conquistas, la jornada de ocho horas se implantó en España por primera vez.

Los Centros obreros primero, los locales de la CNT, los Ateneos libertarios, sus numerosas publicaciones fueron verdaderos focos de cultura de juventud y de optimismo. Ellos contribuyeron a suprimir los vicios de los obreros y a adecentar la vida nacional.

¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?

Dado el incremento adquirido por las ideas anarquistas a través de todo el país es natural que cristalizara en una organización de carácter peninsular, la FAI. La gran influencia que ejerció muy pronto en el orden social, débese a que tuvo la certera visión de proyectarse en el movimiento obrero, interpretando sus aspiraciones, estando siempre presente a la vanguardia de sus luchas.

La FAI no tuvo que esforzarse por ejercer su influencia en los sindicatos de la CNT. Esta, como sus antecesoras citadas, tuvo en su mayoría carácter libertario. El movimiento sindical y el específico de los anarquistas, aunque sin confundirse, actuaron paralelos.

Corre la leyenda de que la FAI ha interferido, dominado y subordinado a la CNT*. Con seguridad, fui quien más años desempeñé la secretaría de su Comité peninsular en su época de clandestinidad y puedo afirmar que no es cierto. La influencia de la FAI en los sindicatos de la CNT fue moral y se proyectó tanto en la organización sindical como a los ateneos, Juventudes Libertarias, Mujeres Libres y otras agrupaciones de cultura. La FAI, antes de la guerra civil, más que una organización rigurosamente estructurada era, sobre todo, un símbolo, pues la mayoría de los anarquistas aun simpatizando y coincidiendo con ella, no pertenecieron a la misma. Sólo a partir del Pleno peninsular de Regionales de la FAI, celebrado en Valencia los primeros días de julio de 1937, en razón del gran volumen de sus efectivos, dio por terminada la organización de grupos de afinidad y se dio una estructura geográfica a base de federaciones de distrito, locales, comarcales, provinciales y regionales**.

¿Qué aspectos juzgas más relevantes en la actuación de la CNT durante la guerra civil?

Me parece que lo más trascendente y original de la obra de la CNT fueron sus realizaciones revolucionarias en la industria, en la agricultura y en la administración, por la supresión de la propiedad privada y la socialización integral por las colectivizaciones. Por primera vez en la historia, el proletariado operaba una transformación de tan profundas y radicales proyecciones.

* Léase a este respecto la respuesta correspondiente hecha a la misma pregunta por nuestro interlocutor José Campos en

la página 169.

** Sobre la FAI, véase en esta obra las páginas 287-297.

No obstante, no podemos separar esas realizaciones de la acción militar ni de la intervención en organismos administrativos y oficiales, sin cuya intervención no habría sido posible conservar las conquistas sociales, económicas y políticas.

De no ser la guerra civil, las resistencias oficiales y la política sectaria, partidista y de absorción del Partido Comunista, es posible que se hubiese generalizado la práctica del comunismo libertario propiciado por la CNT a base de la socialización integral de la producción, la administración y el consumo.

¿Cuál es el legado del anarquismo?

El éxito de las realizaciones apuntadas en medio del desastre de la guerra civil, con sus subsiguientes penurias y dificultades, demostraron la posibilidad de realización de un sistema libre de convivencia comunitaria, sin propiedad privada, sin explotación económica y sin servidumbre política.

¿Qué opinión te merecen los viejos anarquistas?

Aunque sólo sea por propia estimación, con mis setenta y dos años auestas, los viejos anarquistas me merecen el más profundo respeto al evocar sus muchos sacrificios a través de tantos años de luchas. Los resultados han sido negativos por tantas causas, algunas propias, pero la mayoría ajenas a su voluntad y hasta a la del pueblo español en general. Cumplieron una misión ¡y qué misión! No creo que antes ni después haya otra generación que los supere, ni que haya pagado tan caro tributo.

Hoy esa generación está finiquitada. Muertos ya la mayoría y los supervivientes en los umbrales de la muerte, traumatizados por la derrota. Perdieron la guerra y se estrellaron todos sus esfuerzos por liberar al país de la dictadura fascista. Fueron cayendo una a una todas las esperanzas que habían despertado la desesperada lucha clandestina de los años 1943-1947, sumergidas por el ejército, los consejos de guerra sumarísimos, la policía, la Guardia civil, los pelotones de ejecución, coordinados por uno de los aparatos más cruentos y represivos de la historia. Todo esfuerzo humano tiene un límite y ese límite fue ampliamente rebasado por la Resistencia interior y el régimen de Franco tolerado y ayudado por el capitalismo mundial, demócrata o totalitario, ganó la partida y se estabilizó.

Ese panorama tan poco alentador se agrava por la honda crisis que han producido las querellas y divisiones internas en el Movimiento Libertario —como en todos los movimientos— en el exilio y ya, hasta en el interior, crisis que tiene su origen en el sectarismo y la rutina de sus dirigentes, convertidos en celosos centinelas de la pureza de los sagrados principios, mientras han dilapidado una herencia estimable, en plenos, congresos y propaganda rutinaria que no rebasó nunca el círculo, cada día reducido, de los incondicionales.

Hoy asistimos a una reactivación del anarquismo en el mundo entre las juventudes estudiosas, entre los hombres de ciencia y los intelectuales, defraudados por el fracaso del comunismo autoritario que en vez de liberar al hombre y a la colectividad lo ha esclavizado más con una dictadura impacable y la concentración de poderes en manos de una nueva clase burocrática y monopolizadora.

Por otra parte, una organización anarcosindicalista con más de un siglo de existencia, cerca de dos millones de afiliados, centenares de publicaciones, revistas, diarios, semanarios, editoriales, centenares de grupos anarquistas diseminados por la geografía peninsular no puede desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro. A pesar de la prueba de fuego que ha soportado ha dejado suficiente semilla enterrada que puede renacer en la primera oportunidad.

Pero, los anarquistas habrán de decidirse y elegir. O limitan su interpretación de la anarquía a una filosofía ética, como una superior forma de vida para exclusivo uso individual o aspiran a insertarse en la vida pública, a influir en los acontecimientos y a transformar la sociedad. En ese caso, han de concretar sus aspiraciones en una Carta que establezca un repertorio de soluciones concretas y viables a tono con los cambios profundos que se operan en un mundo cambiante, con los tremendos problemas

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las izquierdas españolas?

que plantea el desarrollo técnico y la ciencia moderna, que pueda ofrecer a la colectividad suficientes garantías de que serán superadas las actuales estructuras y asegurado el correcto funcionamiento de las nuevas instituciones que proponen.

Actualmente ninguna. Con la desaparición de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas * en 1947 se desvaneció la última esperanza de lograr un movimiento serio de oposición que pusiera en peligro el régimen totalitario. La oposición española se ha malogrado en 30 años de luchas estériles y estragadoras, incapaz de coincidir en una acción común que tal vez habría posibilitado la liberación del país. Y la historia nos demuestra que todos los éxitos políticos y económicos que se han conseguido lo fueron siempre gracias a una amplia conjunción de fuerzas: huelga general de 1917; pacto de San Sebastián **, con las formidables huelgas generales desencadenadas por la CNT y que, tanto uno como otras hicieron posible la proclamación de la República; revolución de octubre en Asturias; triunfo del 19 de julio en la mayor parte del territorio nacional. Todos esos movimientos triunfantes fueron coincidente obra colectiva de partidos y organizaciones obreras.

Tarde o temprano —más bien ya tarde—, habrá de llegarse a una coincidencia mínima a base de la aceptación de esa media docena de principios de Derecho que son el fundamento de la democracia y de la libertad. Y lo verdaderamente asombroso es que casi en 30 años no haya sido comprendida y realizada esa idea tan elemental. Sin ella ninguna posibilidad existe de salir del *impasse*, ni para los anarquistas ni para nadie. La estructura del poder en España —Bardavio dixit ***— es suficiente y sobrada para destruir y neutralizar cuantas veces sea necesario una oposición atomizada, sin denominador común.

Lo más urgente, antes, ahora y siempre, sería comenzar por constituir ese frente de oposición sin sectarismos, sin afán de predominio en su seno por parte de todos. No existe otro camino de salvación. De no seguirlo es la extinción irremediable y acelerada a que estamos asistiendo.

* Sobre la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, véase la nota de Juan García Durán que publicamos p. 123.

** Véase nuestra nota en la página 302.

*** La estructura del poder en España.



Jaime Mora. Nacido en Valencia en 1937, de familia obrera y libertaria. Refugiado su padre en Inglaterra al acabar la guerra civil española, él llegó a este país en 1948. Hasta entonces, cuatro años de enseñanza elemental en España; desde entonces, aquí todo el resto de su formación académica. Afiliado «desde siempre» a la FIJL y últimamente a la CNT, de cuya Comisión del exilio de Londres forma parte, como secretario de propaganda. [JM-A.]

¿Escisiones de hoy en día entre comunistas libertarios españoles?

Hay escisión entre la parte de la CNT que pudiéramos llamar oficial y los jóvenes; y otros, ya no tan jóvenes, de la FIJL. Que refleja un contraste marcado de opinión entre los viejos militantes, que por razones equis siguen perteneciendo al movimiento libertario en un estado de, digamos, animación congelada, y los jóvenes, los jóvenes que sienten inquietudes y actúan en consecuencia. Pero es muy posible que este golfo abierto entre las dos tendencias sea una cosa natural y que tenga sus razones, naturales, en los largos años de destierro y de inacción forzosa, etc. Y, además, hay que señalar que todo compañero cabe en nuestro Movimiento, todos: todos los que tengan ganas de hacer algo, pero también los que puedan preferir refugiarse ya en el recuerdo de las campañas gloriosas del pasado. Tenemos que entendernos otra vez entre nosotros. La represión podrá haber silenciado a la organización, en el interior, a base de atropellos y de crímenes. Pero el espíritu de rebeldía, lejos de desaparecer, renace en la juventud: sólo necesitamos la oportunidad de poder expresarnos ante esa juventud para que el movimiento libertario sea de nuevo una fuerza principal dentro de la península. Y es que es cosa natural que la juventud sienta inquietudes, incluso sin tener idea muy precisa, a veces, de hacia dónde va. Lo probable es que esa inquietud de la juventud sea el factor más revitalizante del movimiento libertario. La estructura del mismo yo la encuentra demasiado enredada: demasiados representantes, comités, grupos independientes, afines, etc. Un esfuerzo que tendiese a mancomunar todos estos grupos serviría, a mi juicio, para poder adoptar o precisar planes de maneras más concretas. Se comprende la desintegración dentro de España; pero también en el exterior la padecemos.

¿La izquierda revolucionaria española actual, en general?

Mientras que en nuestra propia casa no seamos capaces de unirnos como es debido, malamente podremos entrar siquiera en ninguna negociación con otros organismos o grupos con miras a coordinar esfuerzos. ¿La izquierda revolucionaria española? Grupos; poco cuantiosos. El mejor organizado, el PC.

¿Posibilidades de entendimiento entre las izquierdas para una coordinación de acción siquiera mínima?

Sería algo magnífico; pero es utópico.

¿Posibilidades de entendimiento entre comunistas libertarios y comunistas autoritarios?

Sin duda que el PC ejerce gran influencia entre la izquierda española. Pero los libertarios, hartas lecciones tenemos sobre hacia dónde van encaminados siempre los del PCE. Y sin embargo... Buenos quilotes que somos, pensamos: En nuestro país nunca tuvieron ellos fuerza numérica bastante; y, puesto que la historia se repite, nunca llegarán a tenerla en el futuro tampoco. Y con esa manera de razonar y con esta esperanza que sacamos de ella nos tranquilizamos: grandísima equivocación.

¿Algún tipo de conciencia revolucionaria en las masas españolas actuales? (Proletariado industrial, campesinado, clase media, estudiantes...)

Habiendo vivido fuera desde niño, no estoy preparado para contestar a este punto. En general, creo que el impulso revolucionario lo llevan adelante los estudiantes; y, hasta cierto punto, la clase media: la misma que en otros días fue la que se enfrentó con el pueblo para implantar el régimen que aún padecemos. El proletariado, desgraciadamente, falto de organizaciones que pudieran encaminarlo, ahí queda: masa amoldable, esperando al primero que llegue y pueda y sepa ganárselo. El proletariado industrial, sin embargo, al aumentar la industrialización, va adquiriendo más conciencia, y más potencia: el obrero industrial siempre posee más facilidad para adentrarse en los problemas sociales y sindicales mejor que el resto de sus semejantes, es decir, campesinos, etcétera.

¿ Posibilidades de la revolución libertaria en la España posfranquista inminente ? ¿ De coexistencia pacífica con unos y otros ? ¿ De colaboración, incluso, o colaboracionismo, con grupos políticos « ajenos », en el poder o en la oposición ?

¿ Más sobre coexistencia pacífica futura ? ¿ Se acabó la guerra civil ?

¿ Organizaciones libertarias españolas en Gran Bretaña ?
¿ Relaciones con la inmigración española ?
¿ Con las masas trabajadoras británicas ?
¿ Con otros núcleos revolucionarios españoles o británicos, libertarios o autoritarios ?
¿ Actividades desde 1939 ?

La revolución libertaria llevaría un gran tiempo de preparación y solamente se podrá conseguir a través de un aparato sindical firmado CNT. Es de suma importancia que nos pongamos de acuerdo sobre la posibilidad de entrar, de encajar, en algún tipo de marco constitucional: tomando como base, por ejemplo, un análisis realista de cuanto la CNT se vio obligada a hacer durante los años de guerra. Pongamos esto entre interrogantes, pero pongámoslo. Durante la guerra y después de ella, el Partido Socialista —en particular, la UGT*— demostró que era posible cooperar en terrenos comunes con el movimiento libertario. Es de esperar que este sentimiento de cooperación se reanude y vuelva a dar buenos frutos en el futuro próximo. En general, los momentos por los que atravesamos son bastante desalentadores para el movimiento libertario. Pero es de esperar que toda la labor llevada a cabo de cara al interior, intensificada últimamente, dé efectivamente resultados prácticos en el futuro inmediato.

Cabe pensar que todavía queden rencillas y cuentas personales que saldar. Pero, a mi juicio, debemos olvidarnos por completo de semejantes pequeñeces; que lo son, aunque duelan. Debemos esforzarnos en olvidar lo pasado y mirar siempre adelante: sólo que sin caer de nuevo en los viejos errores de antaño. Y debemos esforzarnos por encontrar una fórmula de trabajo común con todas aquellas organizaciones y grupos con que sea posible buscarla. ¿ Se acabó la guerra civil ? ¿ Cómo la liquidaremos ? Conformémosnos con barrer del mapa las viejas instituciones que se nos impusieron tiránicamente y que, en fin de cuentas, son las que están llamadas a desaparecer, pero no los instrumentos, las personas. Sólo las instituciones, no las personas.

Aparte de la CNT, que todavía sigue coleteando al cabo de todo este tiempo, pocas otras organizaciones, que puedan contar se pueden contar... No, no hemos sido capaces de despertar la ilusión de los exilados económicos. Y tampoco las actuaciones con otros grupos han sido muchas, aparte de haber mantenido, hasta su disolución, estrecha colaboración con el grupo « Direct Action », a cuyos miembros siempre hubimos de acercarnos más que a los del grupo de « Freedom »... Si, mirando hacia atrás, si que se nos puede acusar de que hicimos poco, o casi nada; y es cierto. Es cierto, pero, dadas las circunstancias, y el ánimo que nos guiaba, también es cierto que podemos decir con justicia que hicimos lo que pudimos, y que lo hicimos lo mejor que pudimos.

* En el curso de la guerra civil, las relaciones entre la CNT y la UGT fueron buenas, en general, no sólo a escala local sino también a nivel nacional. Los problemas planteados, tanto en el plano militar, como en el económico y en el político, impulsaron a las direcciones nacionales de ambas sindicales a iniciar un estrechamiento de sus relaciones que desembocara en la unidad de acción. El 18 de marzo de 1938, la CNT y la UGT firmaban un pacto fundado en un programa de acción común que radicalizaba las posiciones tradicionales de la

UGT y atenuaba las de la CNT. Se constituía un comité de enlace, cuya presidencia era asumida por Horacio M. Prieto (CNT) y la secretaría por Rodríguez Vega (UGT). Después de la guerra civil, las relaciones entre la CNT y la UGT han sido, también en general, formalmente buenas, sin llegar a alcanzar nunca su colaboración y sus pactos resultados relevantes. Citamos, como ejemplo, la constitución de la Alianza Sindical, en 1960 (en la que transitoriamente participó la Solidaridad de Trabajadores Vascos).

Mikel Orrantia

Mikel Orrantia. Nacido en 1947 en Valmaseda, de padre vasco y madre leonesa. Estudia Maestría industrial y dos años de Maquinista naval. Afirma haber pasado del cristianismo militante a una mezcla de cristianismo-nacionalismo-socialismo y, después, al marxismo. Militante ETA (aislado geográfica y políticamente) desde 1967 a 1971; expulsado varias veces por la organización con diferentes «adjetivos calificativos». Se exila. Esta experiencia y el contacto con militantes anarquistas y el estudio de su teoría le llevan a identificarse con el anarquismo. Militante del Grupo Autónomo Anarquista Vasco.

¿Cómo te hiciste anarquista?

Por el estudio crítico de mi propia experiencia y la de aquellos camaradas que había conocido durante mi militancia: primero, en las filas del nacionalismo vasco; más tarde, en el seno del Movimiento obrero sin encuadre orgánico que limitase, por la sujeción a un programa político preestablecido, la búsqueda de nuevos horizontes políticoideológicos y sobre todo prácticos hacia la real emancipación de la clase obrera, explotada en mi comunidad oprimida y negada. El anarquismo apareció como la posibilidad organizada de continuar esa búsqueda de una forma libre y científica (materialista). De plantear problemas y darles su respuesta adecuada, sin mirar el manual del maestro para saber si nos hemos salido o no de la línea «revolucionaria».

Por encontrarme cansado de tener que obedecer órdenes sin sentido y cuando no estaban orientadas al crecimiento político, en caso de éxito del cuadro o líder de turno. Por estar cansado de rendir cuentas a elementos de carne y hueso, como yo, líderes de barro, que al mojarse en la realidad cotidiana se disuelven en el agua de sus propias contradicciones, como yo. Porque al llegar a este punto, me di cuenta que ven más cuatro ojos que dos, y que vale más disolver el poder entre los miembros conscientes de la organización evitando su concentración en pocas manos siempre abusivas, que la dirección del mejor líder y del más sabio de los hombres con un aparato centralizado bajo su dominio. Porque a la libertad es imposible llegar por el sometimiento, sea éste voluntario o no, al partido, jefe u organización. A la libertad sólo se llega con formas libres de organización.

Por estar convencido que los medios condicionan los fines y que un partido político, o no importa qué organización, es en sí el armazón que condicionará el futuro Estado que salga de la revolución. Y el leninismo nos ha dado el capitalismo de Estado ruso, el maoísmo el suyo respectivo y etc. Porque estoy hoy convencido que el marxismo, tal como le desarrollaron Marx y Engels, no puede dar al proletariado otro tipo de resultado que ese capitalismo de Estado sin traicionarse a sí mismo y pasarse a las filas del comunismo libertario (cosa que al menos en sus campañas demagógicas imitan en cuanto a palabrería, hasta los partidos más reaccionarios de «izquierda», en su afán de satisfacer la necesidad de emancipación de las masas explotadas).

¿Qué posibilidades de entendimiento ves entre las «izquierdas» españolas para una coordinación de acción siquiera mínima?

¿Cuál te parece ser el nivel de conciencia política o revolucionaria de las masas españolas actuales? ¿Qué posibilidad de acción permiten?

Creo que el momento actual es de polarización de grupúsculos y de reestructuración de las organizaciones clásicas (socialistas, comunistas marxistas y comunistas libertarios) del movimiento obrero y esto debido al siguiente fenómeno:

El movimiento obrero actual en España es hijo de su propia experiencia. El estudio constante de su práctica diaria le ha permitido evolucionar afirmando un carácter marcadamente antiautoritario, antidirigista; como parte negativa, notamos el largo camino recorrido y las bajas habidas, tanto en miembros como en derrotas desmoralizantes por falta de experiencia, patrimonio ideológico y organización al no poder aprovechar por falta de transmisión las experiencias pasadas.

Hoy nos encontramos en un periodo histórico de enlace entre nuevas experiencias y probadas tradiciones; las posibilidades que se nos abren a los obreros peninsulares son enormes, reflejándose esto en el aumento de la combatividad y la extensión alcanzada por la misma, así como por el carácter marcadamente politizado del movimiento.

La tendencia en la base es unitaria, en las organizaciones persisten los rencores pero,

sobre todo, la desconfianza en los cantos de sirena democráticos y de libertad por la parte de las organizaciones de estructura jerárquica y concepciones dirigistas, autoritarias. Se desarrolla una tendencia marxista con su origen en la oposición obrera al partido bolchevique bajo la batuta de Lenin y Trotski; más tarde bajo Stalin, es el trotskismo. Ciertos grupos marxistas-consejistas de carácter marcadamente democrático y libertario llegan a realizar críticas y trabajos teóricos de gran valor para el movimiento obrero (*Socialisme ou Barbarie*, espartaquistas, Panekoek y su teorización sobre los consejos obreros y otros grupos); el leninismo y su variante (?) trotsquista y estalinista, son blanco de sus críticas y denuncias bien razonadas. Entre estos grupos y las nuevas generaciones de comunistas libertarios o anarquistas cabe un entendimiento bastante profundo y lo creo necesario en la medida que sus desarrollos teóricos se complementan en no pocos casos. Con relación a las grandes centrales sindicales de ayer, que no cabe duda a juzgar por la evolución actual de su resurgimiento, deberán planificar un trabajo mínimo en común si desean conseguir la derrota del fascismo y la construcción del socialismo; la CNT y la UGT debarán marchar de la mano como en sus mejores tiempos. No obstante, colaborar no significa olvidar ni abandonar; el comunismo marxista ha desembocado hasta el presente en el capitalismo de Estado sacajugos de los obreros caídos bajo su égida; el socialismo, que cada vez en Europa es menos marxista, ha caído en un servilismo capitalista feroz, hasta el punto que las leyes más reaccionarias son votadas por el parlamento bajo gobiernos con mayoría socialista (Inglaterra, Alemania, Bélgica). Al movimiento obrero moderno sólo le queda recoger las enseñanzas de base del anarquismo, del anarcosindicalismo y del movimiento de consejos obreros. Intentando al mismo tiempo aprender del notable patrimonio teórico analítico legado por Marx y su compañero en el pasado siglo, esto con espíritu crítico y constructivo al igual que con las otras experiencias y elaboraciones del resto de las corrientes ideológicas del movimiento obrero.

¿Cuál debe ser, a tu entender, la acción que deben desarrollar los libertarios en España en el presente y en el futuro inmediato?

El trabajo que debe realizar el movimiento libertario en España es tema que ha comenzado recientemente a debatirse en la nueva prensa anarquista que está haciendo sus primeras armas (consideramos tiempo material y esfuerzos gastados los realizados por los periódicos clásicos CNT-FAI en el exilio, dedicados a querellas internas o a desarrollos teóricos de baja calidad por su carácter añejo, y esto salvo honrosas excepciones). Entre las actividades inmediatas más importantes se encuentran las editoriales: difusión de textos y estudios deformados por el leninismo y congéneres sobre las experiencias más notables del movimiento obrero, realización de análisis y divulgación ideológica, discusión lo más abierta posible sobre temas de interés para la clase obrera. Afianzar un movimiento dinámico y atrevido, antidogmático, materialista y científico y profundamente libertario. Desarrollar una práctica de proselitismo y estructuración, teniendo bien presente, en España, el problema de las nacionalidades; desarrollando una lucha contra todo tipo de nacionalismo y de manera principal contra el nacionalismo opresor por tener hoy las riendas del poder y poderlas coger mañana bajo otro uniforme, el nacionalismo español.

En la fase actual, es el consejo obrero el que más posibilidades tiene de subsistir en la clandestinidad, por lo tanto ha de ser una organización de consejos obreros federados siguiendo los canales desarrollados por el anarcosindicalismo y en concreto por la CNT. El anarcosindicalismo insuflado por la dinámica y la experiencia consejista puede dar perfecta respuesta a los actuales problemas de descentralización y coordinación, de eficiencia y libertad, de autogestión y federalismo.

Una respuesta a punto de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) se considera necesaria como lugar de discusión y elaboración teórica, columna vertebral armada de la revolución libertaria. Los españoles tendrían que reconocer sin más trabas el derecho de autodirección a las organizaciones obreras que lo desean del resto de las nacionalidades y federarse con ellas a nivel peninsular con espíritu abierto y fraternal, con auténtico espíritu de internacionalismo.

¿Cuál es el legado del anarquismo para la actualidad?

La pregunta me parece limitada, por cuanto el anarquismo no ha sido una ideología separada de la clase obrera española, sino su práctica cotidiana desde 1870 hasta julio de 1936. Mejor sería preguntar por el legado de la revolución española, de preponderante influencia libertaria.

Es cierto que el proletariado español se encontraba en esa época dividido en dos sindicales. Una bajo influencia del Partido Socialista, otra de los anarcosindicalistas o anarquistas a secas. Los métodos de lucha eran distintos. Los propugnados por los socialistas eran legalistas, calcados de los empleados por la socialdemocracia alemana, tendentes a la integración de la clase obrera. Por lo contrario, la sindical de tendencia anarquista, sin descuidar la lucha reivindicativa y el mejoramiento de las condiciones de la vida obrera, no hacía de esa lucha su fin sino un medio de preparación revolucionaria de la clase obrera para ponerla en condiciones para la confrontación armada con las fuerzas sostenedoras de la sociedad de clases. Eran dos métodos de lucha, dos tácticas opuestas, pero por la importancia que el movimiento obrero de tendencia anarcosindicalista tenía, su acción atraía a su órbita a los trabajadores influenciados por el socialismo reformista, quienes se veían obligados a radicalizar sus posiciones, liberándose de la tutela de sus jefes. La concordancia de los trabajadores socialistas y anarquistas en octubre de 1934 en Asturias es una prueba más de los progresos revolucionarios de la base sindical socialista. El levantamiento popular contra el golpe militar fascista que se produjo superó la simple defensa del gobierno republicano para desencadenar en la zona republicana una profunda revolución social directa y espontánea de la clase obrera.

Esta revolución social comienza ahora a cobrar importancia. Hasta hace poco, prevalecía el interés de ocultarla dictado por el estalinismo y por las fuerzas reaccionarias que obraron para evitar el contagio revolucionario en Europa. Rota ya la conspiración del silencio y comenzando una tarea de investigaciones sobre ese pasado, será el impacto de ese pasado sobre la juventud el que permitirá determinar el legado del anarquismo.

La revolución española no está separada del proceso revolucionario abierto por el proletariado francés en 1871. En el proceso que pasa por el 1905 y el 1917 ruso, por el espartaquismo alemán, el Turín italiano, el Shanghai chino, es de un nivel superior porque la clase obrera fue en ella más lejos en la demostración práctica de su capacidad para dirigir todos los aspectos de la vida social.

La radicalización revolucionaria de la clase obrera española provenía de la fuerte influencia anarquista y de su práctica revolucionaria. Su acción se inspiró en esta práctica a la hora de las realizaciones. Conviene precisar que la clase obrera superó en su acción esa práctica. Hay que evitar, pues, un equívoco: el de identificar la acción revolucionaria obrera de 1936 con la línea política seguida por la CNT y la FAI durante el período 1936-1939.

Desde el 19 de julio de 1936 hubo dos revoluciones o, si se quiere, una revolución a dos niveles. Por la cúspide fue una revolución frentepopulista. La base, en desacuerdo con la cúspide, realizó una verdadera revolución social. A partir, pues, del 20 de julio, la revolución española entra en un proceso de revolución y contrarrevolución simultáneas. Los organismos dirigentes de la CNT y de la FAI se sitúan a un nivel de actuación política y como consecuencia de freno a la revolución. Por ellos no hubiese habido revolución social en España, sino un movimiento frentepopulista de apoyo a la amenazada República. En contrapartida, la clase obrera desborda el dirigismo y se lanza en profundidad por la vía revolucionaria.

El legado del anarquismo es lo que representa la acción mancomunada de los obreros del campo y de la ciudad.

José Peirats

José Peirats. Obrero ladrillero en Barcelona, José Peirats, nacido en Vall d'Uixó (Castellón) en 1908, comenzó su vida militante durante los años de clandestinidad bajo la dictadura de Primo de Rivera. Al caer ésta desarrolló intensa actividad y sus primeros artículos fueron publicados en *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera* de Barcelona, pasando años más tarde a formar parte de la redacción de este diario. Actuó también de manera destacada en las Juventudes Libertarias. Desterrado en 1939, vivió algún tiempo en América, cuyas andanzas relató en un libro titulado *Estampas del exilio*. En Francia, ejerció en dos ocasiones el cargo de secretario general de la CNT de España en el exilio, fue director del semanario *CNT* (Toulouse). Es autor, entre otras obras, de dos libros fundamentalísimos sobre el movimiento libertario español: *Los anarquistas en la crisis política española* (Alfa, Uruguay), hoy desgraciadamente agotado y *La CNT en la revolución española*, reeditado por Ruedo ibérico en 1971. Es colaborador asiduo de *Frente Libertario*.

¿Cuál fue tu primera experiencia sindical?

Cumplidos los catorce años me convocaron los militantes ladrilleros. Me recibí un tipo malcarado (que me dio mucho miedo) a causa de no haber sacado el carnet de asociado. En aquella época aquellos militantes se defendían a balazos contra los pistoleros pagados por la patronal barcelonesa. Aquellos hombres eran muy duros y el miedo que me hicieron se transformó en admiración. Raro era el día en que no cayese uno de ellos cosido por las balas de la guardia civil o de los mercenarios. Pero se defendían como fieras.

El poner mis pies en el sindicato vi en la pared pintados unos hombres desnudos arrastrando unos bloques de piedra bajo el látigo que blandían unos tipos feroces uniformados. Me dijeron que aquel era el estado de esclavitud implantado en Rusia antes de la revolución. En la librería vi mano a mano a Lenin y Bakunin. Posiblemente *Dios y el Estado* y *El Estado y la revolución*. Encima de la mesa de prensa llamó mi atención un folleto de Emma Goldman: *Dos años en Rusia* (debió ser un capítulo de este libro). Había en la portada el retrato de la autora que tuve por vieja y fea. Si alguien me hubiera dicho que yo escribiría la biografía de aquella mujer 47 años después lo hubiera tenido por loco. Pero lo más notable era el ambiente de batalla.

¿De qué batalla se trata?

Hubo una huelga contra la patronal que duró ocho meses. Los demás sindicatos nos prestaban solidaridad en especie y así pudimos aguantar, bien que a tiros con los rompehuelgas y la guardia civil que los protegía. Yo no era más que un huelguista entonces. Los más bragados hacían aquello. La huelga la perdimos al proclamarse la dictadura.

¿Cuándo empezaste a actuar seriamente?

Hasta 1930, al caer la dictadura, no hubo verdadera actuación para los novatos. Los sindicatos estaban fuera de la ley y sólo los veteranos actuaban en clandestinidad. Nosotros, los jóvenes, leíamos y discutíamos, hacíamos filosofía barata y nos empollábamos de anarquismo en libros que teníamos por tales que imprimían editoriales burguesas como la Maucci: Zola, Gorki, un poco de Vargas Vila y Nietzsche. Los individualistas Armand y Han Ryner estaban también de moda. Yo me hice devoto del último.

Y los clásicos anarquistas...

Aunque parezca raro he sido un lector mediocre de ellos. Me atraía más el género novelado que la doctrina seca. He leído estrictamente lo indispensable para que no se crea que todo salió de mi mollera. Me fueron repulsivos los exégetas porque se parecen a los doctores escolásticos de la Edad Media. Hay escolásticos incluso entre los anarquistas. Alude a los que no pueden escribir un párrafo o sostener una discusión sin referirse al versículo tantos de Nettlau o Malatesta...

¿Es el anarquismo una filosofía?

No sé, pero la filosofía se me antoja una selva enmarañada, poblada de genios encantadores. Al que se aventura en ella le acomete una suerte de alucinación. Las cosas no tienen allí el mismo sentido que fuera de ella. Los exploradores salen hablando una jerga que ni dios comprende; ignoro si ellos mismos. Tal vez a causa de la embriaguez, y cuando les da por hacer política o sociología después de filosofar cometen los mayores desatinos.

¿ Es el anarquismo una ciencia ?

Si de la ciencia de la causalidad se trata no creo que haya en ella asiento para el anarquismo. No se olvide que el anarquismo es la exaltación de la libertad. La fatalidad y la libertad se repelen.

¿ No hay un anarquismo científico ?

No faltan los anarquistas que creen encontrar confirmación de sus ideas en las leyes naturales. Otros han creído descubrir en la naturaleza una moral. Pero a mi modo de ver ciencia, naturaleza y moral son cosas que no se compaginan siempre. Menos aún en nuestros días. Han fracasado los moralistas científicos al tratar de encontrar finalidades morales en las leyes naturales.

¿ Kropotkin fue uno de ellos ?

Kropotkin iba bien intencionado al exaltar el apoyo mutuo que vio en el mundo animal. Por lo contrario, sus adversarios daban vuelta a la medalla. La otra cara es la lucha por la existencia y la selección (progreso) por el triunfo del más fuerte. Ambos aspectos están en la naturaleza. Kropotkin estaba convencido de que el ser más fuerte es el animal social. De ahí colegía su idea de la moral.

¿ Se equivocó Kropotkin ?

Creo indiferente a la Naturaleza en achaques de moral... Creo que no hay base científica en la moral ni base moral para el espíritu científico. Además buscamos científicamente en la Naturaleza un sentido o una finalidad que tal vez no tiene.

Entonces viene aquello de « apaga y vámonos ».

« Apaga y vámonos » es confiar en que nuestro porvenir está prescrito fatalmente en los movimientos de los átomos y de los astros. Si esto es verdad no hay más que echarse a dormir, ya que nada podrá cambiar el resultado de un partido de fútbol visto en diféré en la pequeña pantalla. La moral la hemos creado los hombres, y a poca o mucha que nos resta es el fruto de su espíritu creador, su rebeldía contra la fatalidad. Por esta rebeldía, por este espíritu creador vivimos despiertos.

¿ Existe entonces coincidencia entre Kropotkin y Marx ?

Kropotkin creía de buena fe en una moral científica basada en el apoyo mutuo o por el apoyo mutuo engendrada. Estaba convencido de la fatalidad del progreso social como todos los intelectuales no carcas del siglo pasado. Pero no desdeñaba la importancia del individuo ni la necesidad de la acción revolucionaria. Platón enseñaba que nuestras ideas nos venían de otro mundo ; del mundo de las ideas, un mundo trascendental. Pero un comentarista escribe : « ¿ Ustedes creen que Platón creía eso ? ¡ Qué va ! Lo que hacía Platón era contarnos un cuento, una parábola, para mejor ilustrar sus lecciones. » También el fatalismo económico es un cuento marxista. Cuando dejan de filosofar los marxistas de todo pelaje exaltan el poder personal, y la « dictadura del proletariado » es un cuento que ellos mismos no creen. Saben bien que en la dictadura del proletariado, u otra, desaparece el proletariado y queda la dictadura que ejerce una persona... Cuando uno piensa que Hitler estuvo a punto de ganar la guerra ; cuando uno piensa que a la sombra de los cohetes intercontinentales con cono atómico el equilibrio entre la vida social y el caos antisocial es tan precario que todo puede ocurrir en cualquier momento, hay sobrados motivos para dudar si nos encaminamos fatalmente por la buena vía o estaremos ya en *le point de non retour*, la imposible vuelta atrás.

Las ideas de Marx y Engels gozan de más crédito que las de Proudhon entre los intelectuales modernos. ¿ Por qué ?

Marx y Engels no escribieron para los trabajadores sino para los intelectuales. En su época los intelectuales eran burgueses de casta. Ellos mismos, Marx y Engels, lo eran. En el fondo despreciaban a los trabajadores. Sus diatribas contra el socialismo utópico que les había abierto los ojos es clasista. Motejaron a Proudhon de pequeño burgués y a Bakunin de aristócrata... Los teóricos anarquistas escribieron para el pueblo y emplearon un lenguaje que el pueblo comprendía y comprende. El marxismo continúa teniendo cátedra entre los intelectuales, los intelectualillos y los intelectuales, porque viste mucho y se trata de gente atildada. Además es una doctrina para dirigentes, para cuadros de mando. Y como no se puede mandar si nadie obedece, el marxismo es también una escuela de servidumbre más o menos voluntaria. El anarquismo se distingue por el crédito que presta al individuo y por la eclosión voluntarista que estimula en él.

¿Cómo explicas la pérdida de terreno del movimiento obrero anarquista desde la primera guerra mundial a esta parte?

El anarquismo específico tampoco ha prosperado.

¿Cuál fue tu actividad en la CNT como militante?

¿Era la CNT una organización anarquista?

¿Por qué pone el anarquismo tanto énfasis en el Estado?

Porque la revolución rusa en manos del marxismo autoritario y absolutista lo ha podrido todo: organizaciones sindicales, partidos de izquierda, movimientos liberales. El espectáculo más vergonzoso fue el de los intelectuales de izquierda que en su mayoría pasaron por el comunismo estalinista. Después, al arrepentirse tras una indigestión de ruedas de molino, pasaron de un comunismo a otro. Les ocurre lo que los curas y los militares, que aun ahorcando la sotana y el uniforme continúan siendo curas y militares. Los socialistas electorales u otros no tienen el valor hoy todavía de andar por sus propias piernas y aceptan los regalos envenenados del partido comunista, que no regala nada a nadie.

Cuesta mucho más ser anarquista convencido que comunista o marxista. Es más difícil tener una personalidad y conservarla que seguir la corriente. Se necesita más valor para emanciparse de la religión política que excusa el esfuerzo, que andar, contra viento y marea, con las propias piernas. Pero con todo eso hay en el mundo más anarquismo de lo que generalmente se cree. Donde hay un hábito de rebeldía, donde se siente la libertad, por breve e insignificante que sea el momento, está vivo el anarquismo. Me refiero al anarquismo que no es propiedad de ninguna escuela, patrimonio exclusivo de ninguna organización, ni siquiera del anarquismo. No hay anarquismo en la libertad concebida como Lenin, « como prejuicio burgués ».

En la CNT he hecho de todo un poco. En el plano orgánico hablé a los trabajadores en asambleas y mítines; formé parte, lo menos posible, de comités, por no ser estas ocupaciones mi fuerte. He asistido a congresos donde representaba más o menos una cierta tendencia integrista. He redactado dictámenes y manifiestos; hice declaraciones de principios y sostuve polémicas. En la lucha sindical tomé parte en la preparación de huelgas y en la calle hice por imponerlas. Los campeones del orden llamaban a eso « coaccionar », mientras reclutaban a los que las traicionaban. Con los rompehuelgas conscientes o inconscientes me he batido algunas veces, dando y recibiendo coscorrones. Cuando la burguesía no daba su brazo a torcer, porque tuviera más medios económicos de resistencia que nosotros, o por tener a su servicio a la policía, a la Guardia civil y a todo el aparato judicial y penitenciario, entonces empleábamos el sabotaje. Ello implica ir con una pistola en el bolsillo o con una bomba artesana debajo el brazo. En el plano oral son incontables los mítines y conferencias que he pronunciado. Repudí por principio el halago demagógico a las multitudes que degrada al que a él recurre como al que lo recibe. Al margen de los sindicatos una de mis obsesiones fue fundar bibliotecas, escuelas y ateneos. También he actuado ardientemente entre los jóvenes cuando se formaron en 1932 las Juventudes Libertarias, tratando de hacer de ellas una escuela de educación anarquista y no meramente organizacionista y de agitación revolucionaria. Mi obra escrita está dispersa en su mayor parte en periódicos y revistas, desde 1928 a nuestros días. He dirigido periódicos anarquistas, fui redactor de *Solidaridad Obrera* de Barcelona y publiqué algunos folletos y libros de crítica e históricos. Escribí, también, mi poco de teatro para aficionados. Estuve preso algunas veces, procesado, aunque nunca condenado.

Era una organización anarcosindicalista o sea obrera de influencia anarquista*. Creo que no es posible una organización anarquista de masas. Tal vez anarquismo y organización sistemática se repelen. Pretender que todos éramos anarquistas en la CNT es absurdo. Ni mucho menos. La CNT era una organización revolucionaria con tácticas y finalidades libertarias. Revolucionaria porque aspiraba a transformar la sociedad capitalista en otra agrícola-industrial asentada en los municipios libres autónomos y en los sindicatos industriales. Su funcionamiento debió ser federalista y autogestionario, como diríamos ahora. Era de inspiración anarquista porque no sólo se proponía derribar el capitalismo sino que también el Estado.

No hay aquí un caso de superstición. El Estado es una realidad fatídica que se alimenta de la superstición, no la superstición anarquista del Estado.

* A este respecto, véase los textos de Salvador Seguí que publicamos en este suplemento, p. 283-285. Véase igualmente los documentos sobre la polémica entre « treintistas » y « faístas » que publicamos en p. 299-315.

¿El Estado o la sociedad, no es acaso el resultado de una división de funciones debida a la necesidad? ¿Llamaría el anarquista Estado al servicio ferroviario, con su organización jerárquica necesaria y muy precisa centrada en un punto de coordinación? ¿Quien dice tráfico ferroviario dice fábrica, municipio, gobierno, sociedad futura, anarquismo...

¿Crees al Estado anterior a la sociedad, posterior o nacido con ella?

Tal vez ha sido fatal la coexistencia entre Estado y sociedad.

¿Dónde ves el pecado original?

La ley de la necesidad está en la base de la sociedad. ¿No obedece a esta misma ley el Estado?

Este sutil argumento ya fue desarrollado por Engels en un famoso escrito. Después fue desarrollado por los leninistas hasta la saciedad. Pero, sin embargo, tanto Engels como Marx empleaban la expresión Estado distintamente de la de sociedad socialista, cuando les interesaba. Ambos sabían a qué se referían cuando ponían el « acento » en la palabra Estado. En su famoso « manifiesto » pregonaban la necesidad de su destrucción. O, para ser más exactos, creían que por inútil y pernicioso el Estado se marchitaría y caería al suelo como la fruta podrida. ¿Cómo se puede desear la muerte del Estado si se le asimila a la sociedad? ¿Igual al Estado la división de funciones, la administración, la coordinación? En la intuición antiestatal consiste la personalidad del anarquismo. Detrás del sutil sofisma engelsiano se oculta el espectro frío y cruel del Estado. Hay una religión monoteísta del Estado, con sus dogmas, sus ritos y sus teólogos. Hay una superstición por los falsos milagros del Estado como hay un sadismo estatal hecho de opresión nunca saciada, de expansión avasalladora y de voluptuosidad militarista. El Estado no tiene que ver con la función administrativa si bien disimulándose tras ella tiende a invadir, a monopolizar, a matar en la función social la libertad que constituye su substancia vital. Esta invasión pasa por la trituration del individuo que es para el Estado el enemigo mortal, y viceversa.

El orden de los factores importa aquí poco. Es natural que la sombra nazca con el cuerpo que la proyecta. Pero es absurdo (en nuestro caso, monstruoso) que la sombra pretenda substituirse al cuerpo haciendo de éste su sombra. El Estado, sombra de la sociedad, pretende convertirse en sociedad y asigna a ésta el mero papel de sombra.

La necesidad llevó al individuo a desarrollar sus tendencias sociales innatas, concibiendo la sociedad como algo vital a su servicio. La inversión de valores, cuyo proceso histórico importa aquí poco, consumó la supremacía del Estado sobre la sociedad. La sociedad estatizada se define por la acumulación de funciones de la parte a expensas del todo, en forma piramidal. No hay división de funciones sino acumulación. La verdadera distribución de funciones es lo que los ácratas llamamos federalismo, que en economía implica la socialización. La función acumulada no es función sino « poder ». Es como el órgano que reclama para sí toda la sangre, dejando el resto del organismo exangüe. Esta succión es parasitaria, en perjuicio de la sociedad, de los individuos concretos. El Estado malogra las funciones que asume al par que embrutece por acción o por omisión a los ciudadanos, que concibe como meros ejecutantes.

Ya he dicho que el orden cronológico importa poco. Nada nace por generación espontánea. Louis Mumford se ha referido al ejemplo del cazador neolítico. Un miembro de la comunidad de agricultores, ducho en el manejo del arco, se vería asignada la función de vigilar el campamento contra el merodeo de bestias de dos o cuatro patas. Un « golpe de Estado » de ese cazador neolítico, contra su propia tribu, daría nacimiento al Estado. Esta teoría no contradice la hipótesis más verosímil de la guerra de conquista como génesis estatal. Las guerras de conquista empezaron siendo guerras defensivas. Aquí también hubo inversión de valores que todavía permanece. Todos los Estados guerreros se refugian en el argumento sagrado de la defensa. En los pocos casos justificados se pasa con una facilidad alegre de un extremo al otro. La guerra de conquista tiene límites tan imprecisos como la defensiva. Ambas llevan implícito el militarismo *avant ou après la lettre*. El héroe, protector o conquistador, termina por añadir a su cuadro de trofeos el de su propio pueblo encadenado.

El Estado es más bien una enfermedad, un cáncer que le ha salido a la sociedad. El debate entre el organismo social y su cáncer lo apreciamos en todas las edades históricas. La lucha es de vida y muerte en la actualidad. El anarquismo ha diagnosticado certeramente. O la sociedad termina con el Estado o el Estado terminará con la sociedad. Los anarquistas creemos que el Estado ha sufrido una mutación que tiene

sus leyes propias. Ya no se trata de una sociedad con sus achaques naturales, de crecimiento, desarrollo y decadencia. Hay el Estado parásito de la necesidad y la sociedad víctima de su parásito. Esta no podrá nunca civilizar a aquél. Todos los intentos de domesticar al Estado, o de reducirlo a proporciones de tolerancia razonables, han fracasado. Cuantos pretendieron conquistar el Estado para destruirlo dentro fueron conquistados por el Estado o destruidos. Esta constatación es un axioma para el anarquista. La mejor garantía para que el Estado deje de ser un peligro es destruirlo puro y simplemente.

Y, sin embargo, es evidente la existencia del Estado democrático.

En la medida que se le tiene a raya, que se le discute, se le niega, en que se le mata. Tan pronto es relajada esta acción negativa, el Estado recobra sus fueros y petrifica cuanto toca, empezando por las leyes y las instituciones. En este aspecto todas las concesiones son a contrapelo. Las leyes retrógradas caen o evolucionan gracias a la ilegalidad, a la presión de la calle, al cambio en las costumbres y en la mentalidad. El Estado va siempre a remolque de cualquier evolución de este orden. El ideal democrático del Estado es una sociedad de funcionarios uniformados, moviéndose como autómatas según la voz de mando.

¿Cuál era, por ejemplo, la alternativa ofrecida por la CNT al problema del Estado?

La CNT trataba de esbozar en sus propias funciones y estructuras la sociedad federalista, antiestatal o anarquista del futuro. Trataba, en primer lugar, de que su funcionamiento fuese vivo. Ninguna organización de su envergadura había conseguido una cantidad de militantes activistas tan importante*. Esta prodigalidad militancia debíase a la ética anarquista. No había en ella dirigentes burocratizados. Para que no pudiese haberlos los cargos o funciones no eran retribuidos. El secretario de la CNT no podía, además, ostentar el cargo más allá de dos años. La organización funcionaba de abajo hacia arriba con una libertad de promoción absoluta. La oportunidad que encontraba el simple afiliado para convertirse en militante sin tropezar con dominios privados de tipo jerárquico daba su fruto constantemente, haciendo de la CNT un movimiento aparentemente desordenado pero dinámico y siempre vivo. Los vacíos eran llenados fácilmente con abundantes reservas anónimas entrenadas.

¿En qué consistía el federalismo de la CNT?

Era una verdadera participación. Era un rodaje de tantas autonomías como organismos. Las secciones puramente profesionales tenían su propio radio de acción dentro del sindicato de su ramo industrial, el cual lo tenía asimismo dentro de la federación sindical de la localidad; la federación local dentro de la regional y al término del engranaje figuraba el Comité nacional y el congreso. La amplia libertad de crítica facilitaba la autodeterminación y estimulaba la iniciativa de cualquier organismo, sección o individuo. Ello daba a nuestro sindicalismo libertario una fisonomía propia, inconcebible en los otros sectores. Lo más característico en él, lo que le diferenciaba de la sindical socialista u otras, era que la facultad de decisión disminuía a medida que se ascendía desde las secciones técnicas, las federaciones y las confederaciones hasta el Comité nacional. Llamábamos confederaciones a las federaciones regionales de federaciones locales. La CNT era una federación nacional de confederaciones regionales. Los órganos componentes eran tan celosos de su autonomía como solidarios con los otros miembros federativos.

¿En qué consistía la «acción directa»?
¿Tratábase, como se cree comúnmente, de la acción violenta o terrorista?

La acción directa, salvo en los casos extremos, no era propiamente esto. Una buena definición es que representaba la interpretación anarcosindicalista de la lucha de clases. Por la acción directa nos educábamos en considerar los intereses de la clase privilegiada irreconciliables con los de los explotados directamente en los lugares de trabajo. A los patronos y a los gobernantes les interesaba confundir a la gente con patrañas tales como la unión sagrada del Estado, la patria o la nación. A esa unidad sagrada había que sacrificar los intereses particulares. Si ocurría, como era el caso, que la disparidad de intereses eran reales y hasta escandalosos, trataban los políticos de atenuar sus agudezas diciendo que eran formales, transitorios o impuestos por imperativos aleatorios.

* Véase Frank Mintz, en este número, p. 113-122.

Según la doctrina oficial patronos y asalariados eran ante todo trabajadores con funciones diferentes. Pero como la realidad cruda derrumbábase el castillo de naipes había interés en montar tinglados para conseguir con astucia lo que la represión brutal no podía: unos organismos de conciliación con el fin de descebar la bomba y mojar la pólvora, bajo el signo de la colaboración patriótica. Era la colaboración de clases dispensadora de ficciones de justicia social.

¿A qué finalidad apuntaban concretamente?

La finalidad era desarmar a los trabajadores de la única arma que naturalmente tenían a mano: la huelga, que era lo primero que prohibían.

¿Cuál era el papel del Estado en todo esto?

El Estado, por medio de sus funcionarios del ministerio de Trabajo, se aseguraba, a título mirífico de **imparcialidad**, la función de juez y parte en los tales organismos llamados de arbitraje y su voto era decisivo de calidad*.

¿No formaban parte los obreros de los tales organismos?

Sí, con el pérfido fin de reblandecer a sus representantes burocratizándolos, convirtiéndolos en funcionarios de tercera clase. La acción directa ponía término a esta artimaña. Consistía en que en los conflictos entre los obreros y la patronal no mediasen intermediarios.

¿Era siempre eficaz la acción directa?

Representaba un inmenso sacrificio muchas veces y no pocas derrotas. Pero todo no hay que medirlo en términos de eficacia inmediata. Se educaba al pueblo, se despertaba en él el voluntarismo, se denunciaba la supuesta hermandad entre el lobo y el cordero y se ponían a descubierto los «buenos oficios» demasiado interesados.

¿Se excluía, pues, toda posibilidad de diálogo?

El diálogo era de potencia a potencia, entre las partes directamente interesadas. Si se trataba de un problema laboral, con los patronos; si era de tipo político, directamente con los poderes públicos o sus representantes. De la Primera Internacional habíamos aprendido que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

¿La acción directa implicaba, pues, la huelga salvaje elevada a principio?

En aquellos tiempos todas nuestras huelgas eran salvajes. Ahora que no lo son véase como les luce el pelo a los huelguistas civilizados. La civilización en materia de huelga consiste en limitar el derecho de huelga y en amamantar líderes burocráticos sentados en tronos vitalicios. Estos se encargan de pastelear con el «enemigo de clase». Los anarquistas seguimos creyendo que mientras persistan el capitalismo y el Estado, o el Estado sin capitalismo, con la disparidad económica y social que les es consubstancial, no hay lucha de clases económica posible fuera de la huelga salvaje. Los regímenes totalitarios, fascistas o comunistas, proscribieron la lucha de clases sin suprimir la discriminación social, política y económica.

¿Cuál es tu experiencia de la organización específica anarquista española?

De mi doble paso por la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en 1933 y en 1937 dedujo que el anarquismo organizado, en tanto que organización paralela, perdía lo mejor de su contenido ético.

Se ha acusado a la FAI de ejercer una dictadura sobre la CNT**.

Esta acusación es miope. No se puede negar que el exceso de celo llevó a la FAI a un intento parecido. Por lo menos se trataba de hacerlo en su nombre. La responsabilidad de la FAI fue consentirlo. Pero la personalidad de la CNT fue siempre mucho más fuerte y no cuajaron en realidad estos deseos. Los militantes de la FAI procedían

* La Unión General des Trabajadores, sindical subordinada al Partido Socialista Obrero Español, era partidaria de las Comisiones paritarias de arbitraje de conflictos obreros. Este hecho fue siempre un obstáculo serio en todas las tentativas

de alianza entre la CNT y la UGT y opuso a ambas, en ocasiones, con violencia.

** Véase p. 287-297. Véase también la opinión de J. Campos en p. 169-174.

de la CNT y se sentían más cenetistas que faístas. De ahí el equívoco. La misma FAI era más revolucionaria que anarquista. Esta es al menos mi opinión. Por lo tanto brilló poco como escuela filosófica y esto la perjudicó moralmente. El solo atenuante era el ambiente explosivo en que nació y vivió.

La FAI fue fundada en 1927 como eje de la CNT. Tú mismo lo has afirmado.

Hoy podría matizar este aserto a la luz de nuevos documentos. El descubrimiento reciente de un extracto de actas (las actas propiamente dichas se perdieron) de la conferencia fundacional*, revela que la FAI no se propuso pivotear a la CNT sino colaborar estrechamente con ella. Las cosas se enredaron después, cuando estalló la escisión en 1931.

Hay la cuestión de la trabazón**.

La trabazón fue un pacto de enlace por el cual la CNT y la FAI se proponían colaborar fraternalmente. Si hubo lucha de hegemonías no estaba sola la FAI. Habían otros grupos de presión como el grupo «Solidaridad» que fue matriz del «treintismo». Treinta militantes de este grupo, todos en función de cargos muy destacados, lanzaron un manifiesto que al margen de su contenido se consideró beligerante. El pronunciamiento fracasó y la contraofensiva se desencadenó bajo el santo y seña de la FAI***.

En el congreso de la CNT de 1931 los futuros treintistas denunciaron la trabazón como dictatorial.

Entonces ya se estaba en guerra y el ambiente era de histeria de parte y otra. Pero es absurdo atribuir a la sola FAI la pretensión de **leadership** de la CNT.

¿Qué había en el fondo, comprensible para el profano?

La proclamación de la República trajo un periodo de transición objetivo. Republicanos y anarcosindicalistas habían conspirado juntos contra la dictadura y la monarquía. El 14 de abril de 1931 los republicanos llegaron a su meta. La nuestra era el comunismo libertario. Para algunos cenetistas fue reticente el rompimiento y persistieron en una posición ambigua. La ambigüedad aguzó las suspicacias. En el congreso cenetista de aquel año se jugaron las primeras eliminatorias entre los que querían aclimatarse y los que veían en la aclimatación un serio peligro, grave en consecuencias.

¿La FAI planteó la prueba de fuerza?

Estaba ya planteada y los «treinta», con su manifiesto, brindaron el pretexto para las hostilidades. La FAI prestó su bandera contra los «treinta», quienes aunque perdedores llegaron a sumar muchas decenas de miles en toda España. Yo estuve en 1933 bien situado para afirmar que la FAI prestó su bandera. Yo era secretario de los grupos anarquistas de Barcelona en este año y puedo asegurar que como organización teníamos muy poca fuerza aunque figurábamos en la prensa burguesa como monstruos antediluvianos.

¿Qué fue la cruzada contra los «treinta»?

Fue una marea popular que tomó el nombre de FAI porque necesitaba una bandera y había un concepto mítico de la FAI. Algunas personalidades que hablaban constantemente en nombre de la FAI tuvieron más influencia que nosotros mismos que la representábamos oficialmente. Me refiero a Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver. Estos hombres tenían su pequeña FAI en el grupo «Los Solidarios»**** que no controlaba sino muy lánguidamente la Federación Local, por lo menos en mi época de secretario. Había otras personalidades que no pertenecían a este grupo ni eran faístas que pesaron también mucho en la batalla. Me refiero a Felipe Aláiz, Eusebio Carbó, Dionysios**** y la muy influyente **Revista Blanca**. La FAI propiamente dicha ejercía una enorme irradiación por medio de sus ediciones y de **Tierra y Libertad**, su órgano en la prensa.

* Véase p. 287-297.

** Por trabazón se entendía el conjunto de complejas relaciones que unían la CNT y la FAI.

*** Sobre la polémica entre el «treintismo» y la FAI, véase en este suplemento, p. 299-315.

**** Véase notas en la página siguiente.

Según eso no todos los anarquistas pertenecían a la FAI. ¿No se hizo algo en este sentido?

¿Qué piensas de los movimientos revolucionarios de 1933?

En cambio no sucedió esto el 19 de julio de 1936.

¿Por qué no ocurrió lo mismo el 6 de octubre de 1934?

Durante mi gestión hicimos un llamamiento de este tipo y nos trajimos algunas caras nuevas como Abad de Santillán, Jacinto Torhyo, Fidel Miró y Mariano R. Vázquez*.

Del punto de vista estratégico fueron una catástrofe. No hubo plan o lo hubo deficiente. Carecíamos de medios de combate serios y nos limitamos a atacar en las poblaciones. Cuando las perdíamos no había nada preparado para hacer la guerrilla en el campo. Carecimos, salvo en Andalucía, de una verdadera organización campesina. Nos habíamos enemistado con la pequeña burguesía o la asustábamos por falta de sicología de nuestra propaganda. Además, muchos que luchábamos por el comunismo libertario no creíamos en su implantación por un simple golpe de audacia, en frío y a plazo fijo. Muchos nos echamos a la calle por amor propio, no por convicción**.

Entonces no había plazo fijo ni movilización en frío. El enemigo nos hizo el juego al llevar la lucha en nuestro propio terreno: la lucha de calles y de barricadas. Y concurrió el factor psicológico. Iban a por nosotros y nos lo jugábamos todo. No había más remedio que herrar o quitar el banco.

Que se lo pregunten a los socialistas que fueron los padres de la criatura. Donde estuvieron en la calle nos encontraron a nosotros. En Asturias, único sitio donde los socialistas saltaron a la calle, la CNT-FAI estuvo a su lado, en los buenos y en los malos momentos. En Madrid nuestros compañeros estuvieron pendientes de los organizadores del movimiento. Pero por lo visto los socialistas no se propusieron emplearse a fondo. Basta leer *Mis recuerdos*, de Largo Caballero [p. 131 y s.], para darse cuenta, primero, de sus titubeos y disensiones; segundo, que sólo se propusieron una huelga general; tercero, que no contaron para nada con la CNT; que los organizadores del movimiento no tuvieron otra preocupación que esconderse para finalmente dejarse detener en su propio domicilio; que si bien se compraron y distribuyeron armas, unas fueron descubiertas, como el alijo del Turquesa, y otras no fueron utilizadas. Es sintomático que las armas fueran utilizadas y hubiese revolución en el único sitio donde los socialistas contaron con la CNT: en Asturias.

* Sobre Ascaso, Durruti y García Oliver, véanse en este suplemento p. 303 y 312. Sobre Felipe Aláiz las alusiones que a él hace Francisco Carrasquer en la p. 345. Fue director de *Solidaridad Obrera*, en 1931, tras la dimisión de Juan Peiró. Véase p. 312. Eusebio C. Carbó, uno de los militantes libertarios más prestigiosos de su generación, fue miembro del Consejo de Economía de Cataluña en representación de la CNT. Dyonisios (Antonio García Birlán) fue animador de la revista *Estudios*. Miembro en 1936 del Consejo de Economía de Cataluña y Consejero de Sanidad y Asistencia social en el gobierno de la Generalitat de Catalunya.

Diego Abad de Santillán es autor de numerosos libros, entre los que destacan *Contribución a la historia del movimiento obrero español* y *Por qué perdimos la guerra*. Antes del advenimiento de la segunda República militó en la central sindical argentina FORA. En los años treinta formaba parte del grupo anarquista «Nervio» de Barcelona. Su acción durante la guerra civil fue importante. Formó parte del Comité de

Milicias antifascistas de Cataluña, del Consejo de Economía y del gobierno de la Generalitat de Cataluña. Torhyo fue destacado periodista confederal. Perteneció al grupo anarquista «A». Miembro en representación de la CNT del Consejo de la Escuela Nueva Unificada de Cataluña. Miró fue secretario general de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias. Fue designado como miembro del Consejo nacional del Movimiento Libertario. Es autor, entre otros libros, de *¿España cuándo? El fracaso político de una emigración*. Mariano Rodríguez Vázquez, «Marianet», puede ser considerado como el último secretario de la CNT. Obrero de la construcción, secretario del Comité regional de la CNT de Cataluña, reemplazaría a Horacio M. Prieto en la secretaría nacional de la CNT en 1936, cargo que ocuparía hasta su muerte, ahogado accidentalmente en Francia, el verano de 1939.

** Sobre los movimientos de 1933, véase en este suplemento la nota en la p. 164. Véase igualmente el ensayo sobre Casas Viejas en p. 17-42.

La CNT-FAI no secundó la huelga general revolucionaria declarada por la Alianza Obrera en Cataluña.

En Barcelona tampoco se contó con la CNT. Peor aún, la «huelga revolucionaria», al decir de uno de los dirigentes de la Alianza Obrera, fue declarada «sin perderle permiso a la CNT». Esta arrogante declaración de Joaquín Maurín* significa que la Alianza Obrera, que formaban los «treintistas», el POUM, los *escamots*** catalanistas y otros grupúsculos, se proponía darle una lección de fuerza y de mayoría de edad a la organización anarcosindicalista que de larga fecha tenía el Gobierno autónomo clausurada. El movimiento del 6 de octubre catalán fue también declarado contra la CNT. Fue decretado oficialmente y la policía intervino para asegurar el paro en las fábricas barcelonesas. Destacados militantes anarquistas como Buenaventura Durruti fueron detenidos y encarcelados la víspera como medida de precaución, y el día de la insurrección fueron asaltados por la policía los locales del diario confederal **Solidaridad Obrera** al mismo tiempo que se oponía por la fuerza a que los sindicatos clausurados fueran reabiertos por nuestros compañeros. Yo me encontraba solo en la redacción de **Solidaridad Obrera** cuando la policía de la Generalidad y los guardias de Asalto irrumpieron brutalmente en ella llegando incluso a disparar sus armas. De esta manera querían convencernos de que se habían insurgido contra el gobierno de Lleroux-Gil Robles.

¿Cuál es el balance de la CNT-FAI durante la guerra?

El triunfo del anarcosindicalismo en Barcelona pudo haber sido decisivo para todo el antifascismo ibero de no haber jugado a *posteriori* tantos intereses en contra de la revolución.

Sin embargo se perdió la guerra... Tal vez en los primeros días.

La perdió el gobierno por odio visceral a la revolución. Por miedo al pueblo más que a los fascistas dio a los gobernadores civiles consignas antipopulares que los facciosos supieron capitalizar.

¿No crees que hubo también fallas por vuestra parte?

Las hubo. En Zaragoza, debilitada la militancia por la insurrección de diciembre de 1933, el anarquismo no dio de sí lo que se esperaba. En Andalucía también ocurrió algo extraño. Y en Asturias todos se echan la culpa sobre el craso error de haber fiado en la palabra de honor de Aranda. Pero la obsesión antipopular del gobierno y su disposición a abdicar ante el general Mola hizo que se perdiera un tiempo precioso que benefició al bando que tenía meditado el ataque de larga fecha. Nunca recobraríamos la iniciativa, a pesar de que en términos estadísticos la guerra la teníamos ganada sobre el papel el 19 ó 20 de julio.

¿No fue también error vuestro planteamiento revolucionario frente a las realidades de la guerra?

Ahora, con todas las cartas boca arriba, es fácil darnos lecciones. Pero situémonos en aquellos momentos, con el fascismo a tambor batiente en Italia, Portugal y Alemania y que, de repente, se nos planta en España. Tengamos en cuenta que las democracias, con sus contemplaciones y sus paños calientes, le habían alfombrado el camino. La reacción revolucionaria es, pues, de todo punto objetiva. Por otra parte, el que haya vivido aquellos intensos momentos de euforia popular sabe bien lo que el triunfo sobre los odiados militares y sus cómplices clericales, banqueros y capitanes de industria significaba para nosotros. Estaba en la atmósfera que éramos los protagonistas de un gran acontecimiento histórico, tal vez decisivo. Éramos el primer pueblo en parar en seco la carrera de triunfos del fascismo, desde la marcha sobre Roma y el triunfo vergonzoso del hitlerismo. El fascismo no sólo significaba la reacción más negra sino la guerra apocalíptica. Nuestra réplica había sido viril, con los solos argumentos que el fascismo entiende. Había que cortar por lo sano. No podíamos pararnos a medio camino. La heroica medida no podía ser más que la revolución. Fiar

* Joaquín Maurín fue uno de los fundadores del POUM. Había militado en la CNT. Fue redactor de **Solidaridad Obrera** y miembro del Comité regional de la CNT de Cataluña en 1921. Pasó toda la guerra civil encarcelado en la zona franquista. Ruedo ibérico ha reeditado su libro **Revolución y**

contrarrevolución en España, obra valiosísima para el conocimiento de la historia de España en los años treinta.

** Los *escamots* eran la fuerza de choque del partido Estat Català de Dencàs.

en las democracias, otorgarles de nuevo la confianza equivalía a que empezara otra vez el ciclo tal vez después de una espantosa e incierta guerra. Es ni más ni menos lo que ha ocurrido. Teníamos el ejemplo delante de los ojos. La República, dura con los que queríamos *brûler les étapes* hacia una transformación a fondo, y blanda con las viejas fuerzas de la reacción, había alfombrado el camino a los insurrectos y el presidente del Consejo, Martínez Barrio, en plena insurrección militar, ofrecía el Ministerio de la Guerra al general Mola, estratega del golpe de Estado.

¿No os dabais cuenta de que estabais solos con vuestras quimeras?

Los que no han vivido aquellos momentos de apoteosis triunfal, viendo al odioso minotauro a sus pies vencido, y viéndose el pueblo por primera vez en la historia de España dueño de sus destinos, quienes no hayan vivido aquello no podrán jamás comprender nuestras reacciones. Pensábamos que contagiáramos con nuestro entusiasmo a todo el mundo, que provocaríamos una reacción internacional en el mundo obrero, en los intelectuales, y que los gobiernos democráticos, haciendo autocrítica, no tendrían más remedio que marcar el paso. La gran guerra hubiera sido evitada, el fascismo derrotado y el comunismo dictatorial, gran beneficiario de esas carroñas, hubiera tenido, también, que cambiar de rumbo. Pero nuestro sueño no se produjo. El mundo continuó amedrentado, y salvo los pocos que vinieron a luchar y morir a nuestro lado, la inmensa mayoría continuó aplaudiendo o silbando como en el teatro.

¿Cómo pasó la revolución del aspecto destructivo al constructivo?

Después del hecho anecdótico de barricadas hubo que pensar en poner en marcha la producción. La huelga general ya no se justificaba. Al regresar a sus labores los trabajadores encontraron las fábricas desiertas de patronos, directores y grandes técnicos. Algunos habían huido al extranjero por temor a justificadas represalias; algunos no tuvieron tiempo de huir o de ocultarse, otros se prestaron a colaborar.

¿Fue muy sangrienta la represión anarquista?

Menos seguramente que la que desencadenaron los fascistas en su zona y que la que llevaron a cabo comunistas y socialistas en la nuestra. Pero, como dijo Octavio Mirbeau, el anarquismo tiene las espaldas muy anchas. Tan sanguinarios fuimos que hasta fusilamos a gente nuestra de un cierto relieve por haberse conducido bellacamente pretendiéndose justicieros.

La incautación de centros de producción, según parece, fue un hecho obligado.

No en todos los lugares ocurrió lo mismo pero la desertión de los dirigentes de empresa actuaba de invitación. Lo prueba el que la colectivización se realiza espontáneamente, sin consignas emanantes de los comités. Más bien fueron a remolque. También es cierto que nuestros militantes no necesitaban consignas y estaban ya preparados para la primera fase constructiva*.

¿Cómo se propagó la colectivización?

Al empezar a escasear los víveres en Barcelona se formaron los llamados comités de Abastos, los cuales se impusieron la tarea de dar de comer a todo el mundo. Por su parte, cada sección sindical, o los trabajadores de cada centro de producción, tendió a constituirse en empresa colectivizada con iguales derechos y deberes. La fiebre colectivista se propagó de la ciudad al campo y viceversa, así como de una a otra región. Sus campeones, naturalmente, fuimos los anarquistas. En el campo se tomó por pretexto el absentismo de los grandes propietarios y se ocuparon y pusieron en cultivo, en comunidad, sus dominios. Donde no había latifundios que ocupar, como en Cataluña, se ocupaban los medianos dominios; y donde ni esto existía los pequeños propietarios pusieron a disposición de la comunidad sus parcelas y aperos. La próxima etapa fue la socialización.

¿Qué se entendía por socialización?

Se entendía por socialización la colectivización a más grande escala como los servicios, transporte, luz, electricidad, agua, higiene. Cuando se advirtió que la colectivización empresarial corría el riesgo de reino de taifas y de que hubieran colectividades ricas y colectividades pobres se tendió a formar grandes colectividades que llamábamos

* Véase en este suplemento, Frank Mintz, p. 113-122.

¿Cómo se resolvían las fricciones entre colectivistas y no colectivistas?

¿Vale decir que la coexistencia se averaba imposible?

¿Cuál de las dos tendencias prevaleció?

¿Dieron razón los colectivistas al socialismo autoritario o soviético?

Según parece los colectivistas ganaron la partida a los comunistas libertarios en la práctica aunque la perdieran en la polémica.

Este sistema, ¿era compatible con los que se obstinaban en no formar parte de la colectividad?

Industrias Socializadas. Como ejemplo puedo citar en Barcelona la industria de la Panificación y la de la Madera. En el campo los congresos de colectivistas dieron nacimiento a federaciones regionales y comarcales de colectividades para la distribución de los productos de sus cooperativas, por comercio o por simple intercambio, y para la adquisición de maquinaria y fertilizantes. El principio de la socialización era el mejor rendimiento económico y la solidaridad y apoyo mutuo.

A veces por coexistencia comercial pacífica. Pero muchas veces de mala manera. Sobre todo a medida en que el Estado fue recobrando sus fueros y volvía por el camino trillado. Las viejas instituciones económico-sociales chocaban, con ayuda del gobierno y los partidos políticos, con las conquistas revolucionarias y viceversa.

Hubiera sido posible dado que el **colectivismo** según lo definieron algunos de nuestros teóricos, entre ellos Mella, no es un sistema cerrado sino que permite la libre experimentación hasta el infinito. Las ideas de Ricardo Mella fueron causantes de un intenso debate entre los anarquistas del siglo pasado. Unos eran partidarios acérrimos del **comunismo libertario**: es decir, de un sistema determinado. El colectivismo era una fórmula más dúctil; frente a la fórmula «de cada uno según sus fuerzas a cada uno según sus necesidades», los **colectivistas** proponían «a cada uno el producto íntegro de su trabajo» y la libre experiencia en la libertad.

Prevaleció la comunista libertaria en la polémica porque nuestra gente vio en ella la plena realización de la justicia social. Pero en la realidad triunfó más bien el **colectivismo**. Según los comunistas libertarios no es justo que cada cual reciba el producto íntegro de su trabajo pues todos no estamos en condiciones de dar el mismo rendimiento. Los más capaces de rendimiento por sus condiciones físicas o intelectuales podrían llegar a constituir una casta privilegiada. Por su parte los **colectivistas** objetaban que para «la toma del montón» era imprescindible que hubiera «montón», es decir, abundancia. No habiendo abundancia habría peligro de abuso por los faltos de escrúpulos.

Ya quedó dicho que los colectivistas libertarios eran partidarios de la libre experimentación y que no insistían en un sistema cerrado aunque al margen siempre del Estado.

Así creo yo. El 19 de julio de 1936 los pocos ensayos de comunismo libertario integral que se produjeron, mayormente en el campo, encontraron tantas dificultades a consecuencia del contexto socio-económico-político, que se fueron adaptando a una gama de fórmulas colectivistas. Por ejemplo, tuvieron que transigir con una fórmula varia de salario, ir de la supresión pura y simple de la moneda a una moneda local, después a la moneda oficial, y del salario individual al salario familiar basado en las necesidades familiares*.

En el campo, en los buenos tiempos en que el Estado y su nube de organismos y funcionarios no se habían todavía repuesto del choque revolucionario, un sistema mixto funcionó. Los que llamábamos **individualistas** podían trabajar en régimen familiar de propiedad privada a condición de no emplear mano de obra asalariada, a condición de no explotar al ajeno. Podían surtir en los almacenes o cooperativas de la **colectividad** o hacer intercambios con ella. Podían beneficiarse de la escuela, la barbería o el cine colectivos. Hasta que el Estado renaciera y sus agentes no emprendieron su bajo trabajo de intoxicación política todo marchaba sobre carriles. Pero la siembra de odios no tardó en producir su fruto venenoso. Los inconvenientes y los defectos del sistema fueron explotados y también el proceder poco ortodoxo de algunos colectivistas que aunque en menor cuantía de todo hubo en la viña del señor.

* Véase F. Mintz, p. 113-122.

¿No iban las colectividades a contrapelo de las necesidades de la guerra?

Parece que hubo este dilema: o guerra o revolución.

Pero estas fuerzas llegaron a emplearse también en los frentes, en los momentos difíciles.

La diversidad de mandos y la caprichosa heterogeneidad de las primeras columnas organizadas por los partidos no era un ejército a la altura del adversario.

¿No había que dar al mundo la impresión de que se tenía un ejército regular, genuinamente republicano?

La colectivización, ¿fue obra exclusiva de los anarquistas?

Las colectividades se desvivían por abastecer los frentes de productos de la tierra gratuitamente después de haberse privado de su mano de obra joven ofreciéndola a las trincheras. Tampoco debe olvidarse que uno de los milagros de la retaguardia revolucionaria en Cataluña fue la creación de una importante industria de guerra. Necesitaríamos muchas páginas para explicar este milagro en sus enormes proporciones.

Si los que lo pregonaban hubieran dado el ejemplo tal vez se hubieran apuntado un tanto ante la historia. Pero en realidad el Estado y los partidos políticos, traumatizados en su orgullo por la revolución popular, no hicieron nunca una verdadera política de guerra a ultranza. Utilizaron esa consigna para atacar, con toda clase de medios, lo único que les preocupaba: la revolución. Debieron darse cuenta de que lo más dinámico y capaz de la población combatía en la guerra bajo el impulso de la revolución y que aplastada ésta su guerra carecía de alicente. Una prueba irrefutable de que la guerra en el frente era cuestión secundaria para la coalición gubernamental fue la creación de un poderoso ejército de retaguardia con las armas y los hombres que lógicamente debieron destinarse a los frentes de vanguardia, donde tanta falta hicieron siempre. Sin contar a copiosas unidades de guardias de Asalto, Negrín, jefe del gobierno, llegó a controlar personalmente un ejército de carabineros, «los cien mil hijos de Negrín», el mejor pertrechado.

Cierto, pero como habían sido reclutadas para actuar en la retaguardia con mentalidad mercenaria, su utilidad fue de lo más deplorable frente al verdadero enemigo.

Se ha calumniado mucho a las primeras columnas olvidando que fueron ellas las que salvaron la situación en los primeros momentos y que todos los partidos y todas las organizaciones las tuvieron. Cuando se trató de poner en pie un ejército a la medida del del adversario ese particularismo político que se achacaba a las primeras columnas autónomas se desarrolló en grande por el propio Estado. También se necesitarían aquí muchas páginas para hacer el detalle del sabotaje oficial a ciertas unidades y sectores de marchamo revolucionario y de su escandaloso partidismo o proselitismo que dejaba hacer o hacía, importándole poco que la indignación y la desmoralización que tal política ocasionaba fueran los mejores aliados del enemigo que todos teníamos enfrente.

Seguramente es por esto por lo que nuestro ejército fue construido según el modelo del militarismo ruso, con comisarios de guerra, bajo el signo de la estrella roja, que saludaba con el puño en alto y que estaba nucleado por «técnicos» soviéticos tras los cuales se disimulaban la policía política de Stalin y su servicio occidental de espionaje. Para hacer más aparente su republicanismo se hacía desfilar este ejército en paradas ante efigies gigantes de los dioses del Kremlin. La puesta en pie de este ejército de la «victoria», con mando único y la sola guerra por objetivo coincidiría con la interminable serie de descabros militares que culminó con la derrota definitiva.

La colectivización fue iniciativa anarquista cien por cien. Los otros sectores no se ocuparon al principio más que de política. Pero al correr de los días un importante sector socialista se sintió interesado más o menos espontáneamente. Así se constituyeron las colectividades mixtas CNT-UGT y algunas netamente socialistas. En Cataluña teníamos a la UGT comunista que llevó a cabo, bajo consigna estalinista, una intensa campaña de denigración del colectivismo. No obstante esta campaña, en Barcelona, la Industria de la Panificación Socializada fue constituida bajo el signo CNT-UGT, aunque los cenetistas figuraban en aplastante mayoría dentro de aquella colectividad.

¿Qué sectores formaban la revolución además de la CNT-FAI?

La fracción socialista de Largo Caballero, que finalmente quedó absorbida, y que antes de la guerra proclamaba una línea revolucionaria autoritaria o marxista-leninista, aceptando la dictadura del proletariado como fórmula, no se decidió nunca abiertamente a formar bloque revolucionario con los anarquistas ni siquiera en los momentos más críticos para su propia fracción. Esta fue tal vez la causa de su eliminación en el seno del Partido Socialista a favor de la influencia comunista ortodoxa. Esta reticencia selló la marcha de la guerra y de la revolución.

¿El POUM?

El Partido Obrero de Unificación Marxista seguía una línea radical, también de inspiración leninista, frente al comunismo ortodoxo, sin problemas internos. Pero su influencia era muy modesta. No hubo acercamiento con este partido hasta que se produjeron los trágicos acontecimientos de mayo de 1937. Entonces el POUM quedó literalmente eliminado de la escena pública y sus elementos perseguidos tendieron a replegarse en los medios libertarios sin llegar nunca a confundirse. El hecho de proclamarse leninistas y no estalinistas no era una garantía para nosotros. Lenin y Trotski habían aplastado el anarquismo en Rusia en 1921 y esto era un hecho que había que tener en cuenta.

¿Cómo juzgas la intervención política de la CNT-FAI entonces?

Eludir la colaboración política en plena guerra civil era imposible. Pero la CNT-FAI pudieron haber hecho otra cosa que dejarse atrapar en el engranaje del Estado. A partir de este momento, su colaboración, al menos en este aspecto, fue contrarrevolucionaria. Lo fue puesto que acuñaba los golpes del Estado contra la revolución. A cualquiera podía sorprender el giro imprevisto de los acontecimientos menos a los anarquistas. Estos se habían pasado más de medio siglo previéndolos a través del paso de los partidos socialistas por los parlamentos y por los gobiernos. El golpe de gracia fue la experiencia bolchevique. Los anarquistas españoles tomaron parte en los primeros congresos de la Internacional Sindical Roja en nombre de la CNT. El primer delegado de la CNT, Pestaña, llegó a Moscú en 1920, vio y denunció en España el centralismo feroz de los bolcheviques, su dictadura del proletariado, y la burla sarcástica del paraíso proletario. Lenin y sus secuaces habían sido los últimos revolucionarios en usar una fraseología anarquizante. Algunos anarquistas rusos se tragarón el anzuelo y colaboraron como perfectos idiotas útiles, según una expresión cara a Lenin, y no se supo más de ellos. Tal vez se habían propuesto la ingenua utopía de civilizar el Estado bolchevique desde dentro.

Si reconoces que la colaboración política fue inevitable, ¿no crees que la colaboración ministerial fue la consecuencia de esta premisa?

Consecuencia, sí, pero no fatalmente. La CNT pudo muy bien evitar las casacas ministeriales que además de venirle anchas la deshonraron. La prueba es que después de los dramáticos sucesos de mayo de 1937 la CNT no figuró ya prácticamente en el gobierno, pasándose perfectamente sin ella en los gobiernos autónomo y central. El que fue luego único ministro cenetista al lado de Negrín fue más bien un lacayo*.

¿Cuál crees que debió ser el papel de la CNT al margen de los gobiernos?

Eminentemente económico y revolucionario, desde los sindicatos y colectividades. En todo caso desde los municipios. Los municipios habían sido la obsesión de nuestra propaganda. Los municipios libres; es decir, autónomos. Comunismo libertario viene de municipio libre. Al pasar a formar parte de los tinglados ministeriales abandonamos esta posición clásica. Ciertamente también formamos parte de los ayuntamientos. Pero estos fueron autónomos por breve tiempo. Me refiero a los municipios revolucionarios que se constituyeron durante las primeras semanas que siguieron al 19 de julio. Estos tomaron diferentes nombres —comités revolucionarios, comités de defensa locales— atribuyéndose amplias facultades que les habían sido robadas por el Estado avasallador desde principios de la Edad Moderna con la formación de las grandes naciones.

* En el gobierno de Largo Caballero, la CNT tuvo cuatro ministros: Juan García Oliver, Justicia; Juan Peiró, Industria; Juan López, Comercio, y Federica Montseny, Sanidad. En el

último gobierno de Juan Negrín, tuvo un ministro: Segundo Blanco, Instrucción pública.

¿Cómo perdieron este contenido revolucionario?

Al pasar a integrar los gobiernos, los municipios volvieron a ser sus limpiabotas. Un líder anarquista estampó este epitafio en la tumba del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña: «El Comité de Milicias ha dejado de existir porque el Gobierno de la Generalidad ya nos representa a todos.» No es que dicho organismo represente un ejemplo magnífico pero su caso puede evocarse al respecto de los nuevos organismos revolucionarios sacrificados en el altar del viejo Estado renaciente. Como ellos los municipios revolucionarios libres, autónomos, volvieron a ser postergados, sometidos al poder omnímodo del gobernador civil o del ministro de la Gobernación.

Parece que se fue al gobierno para proteger desde arriba las conquistas conseguidas desde la barricada.

Se fue al gobierno porque nos solicitaban. Y nos llamaban al gobierno para desalojarnos de las barricadas. Y como en el gobierno estábamos en minoría se daba carpetazo a todas nuestras sugerencias. Por el mismo motivo no podíamos evitar los decretos y órdenes contrarrevolucionarios. Lo que hacíamos allí era ayudar a que el Estado se recobrara y se fortaleciera. Cuando éste se sintió fuerte, ya que no nos necesitaba y además no nos perdonaba el mal trago que le habíamos administrado, nos echaron a cajas destempladas. A título de misericordia nos concedieron más tarde un ministerio anodino que indignamente aceptamos. Políticamente ya vivíamos entonces de prestado.

¿Cuándo crees que se sitúa la curva de la parábola?

Tal vez a partir del momento en que los soviéticos deciden intervenir en el teatro de España. Pero el clímax lo producen los hechos sangrientos de mayo de 1937. Los soviéticos, detrás del pequeño Partido Comunista de España refuerzan como cuestión de oportunismo la línea contrarrevolucionaria. El mito de la ayuda rusa (porque se pagó con creces, por adelantado y con el oro del Banco de España) crea el gran mito de la Rusia salvadora. El pequeño Partido Comunista hincha sus efectivos a base de ofrecer garantías a todos los agraviados por las medidas revolucionarias, desde los jerarcas de los partidos hasta la pequeña y mediana burguesía. Sus campañas de difamación no tienen límites. A las columnas confederales se les llama «tribus», a los colectivistas «incontrolados», las industrias de guerra revolucionarias son detractadas como competidoras del comercio de armamentos que efectúa Rusia con la España leal en proporciones dosificadas para poder especular políticamente con la angustiosa demanda. Y como secuela de este proceso de descomposición dirigida viene el ataque directo a las conquistas revolucionarias. La respuesta anarquista a la provocación produce los hechos de mayo.

¿Crees que fue una provocación comunista?

Los comunistas son maestros en retorcer los argumentos y en anticiparse a aplicar los calificativos que ellos merecen. El fulminante estalló cuando fueron al asalto de la Telefónica de Barcelona que controlaban los anarquistas y un puñado de los suyos que estaban allí como cuña. Que fueron a la operación a sabiendas de que provocaban un serio conflicto lo ha escrito bien claro el entonces agente soviético general Krivitski en un libro que por rara casualidad no se ha reeditado.

Después de estos hechos, ¿cuáles son los hitos de la vertiente reaccionaria?

La represión contra el POUM según el sistema de las purgas de Moscú; el asesinato de Andrés Nin y de decenas de jóvenes libertarios cuyos cadáveres no pudieron ser identificados; la caída del gobierno de Largo Caballero y la expulsión de los ministros y consejeros anarquistas; la instalación de la GPU en España bajo disfraz del SIM (Servicio de Investigación Militar); el desarme de la retaguardia seguido del rearme de los cuerpos pretorianos; la disolución del Consejo de Aragón; la destrucción *manu militari* de colectividades por la soldadesca del comunista Lister; la instalación progresiva de un Estado extranjero dentro del Estado; la eliminación física de militantes revolucionarios en los frentes so pretexto de desertión frente al enemigo.

¿Crees que fue un error el «alto de fuego» impuesto por los ministros anar-

Lo fue por cuanto pudo haber sido un armisticio en posición de fuerza por llevar los anarquistas ventaja. Esta ventaja se convirtió en abandono, conservando y acrecentando el adversario comunista sus posiciones estratégicas. Como era de esperar el «alto de fuego» estimuló la acción de represalia enumerada más arriba. La ofensiva

guistas en plena batalla de mayo de 1937 ?

¿Qué opinas de la supuesta traición de la Junta de Casado ? Hay quien supone que fue la segunda parte del match de mayo de 1937 entre comunistas y anarquistas.

¿Cuáles serían las intenciones del Kremlin ?

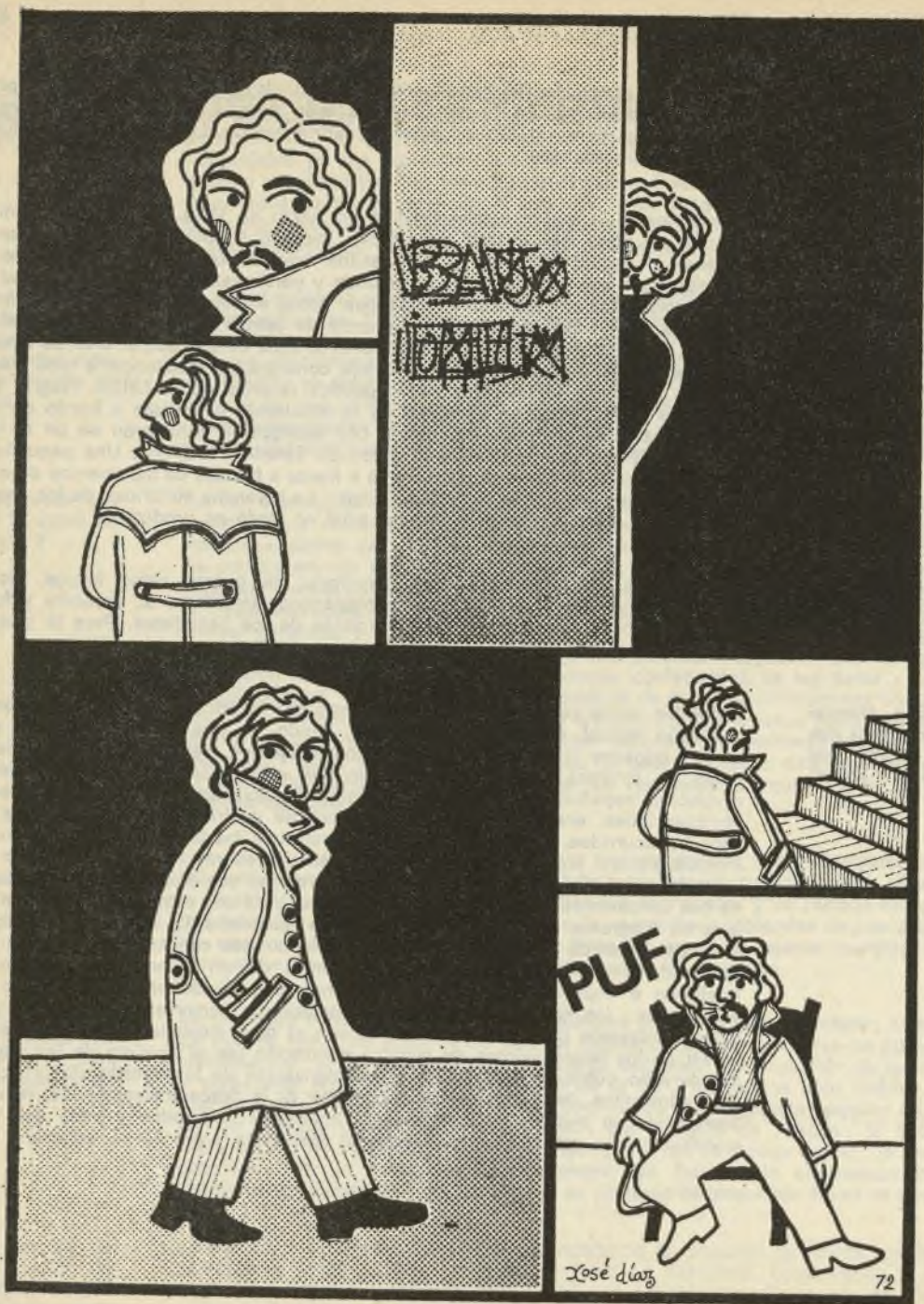
Una última pregunta : ¿Cuál crees que es el legado del anarquismo actualmente ?

enemiga de marzo de 1938 se inscribe en el cuadro de la desmoralización producida en los combatientes. Se perdió entonces todo Aragón y las zonas estratégicas de Cataluña que representaban su potencial hidroeléctrico. La pérdida de Cataluña llevó consigo la derrota total.

Objetivamente la guerra estaba perdida en marzo de 1939. La resistencia sólo podía retardar un poco más el fatal desenlace. Una tregua podía aprovecharse para poner a salvo el capital humano. La sola salida era intentar una paz honorable con el enemigo para que sirviera a todo el mundo y para evacuar la mayor cantidad posible de comprometidos « justiciables ». Franco había alardeado de poseer un millón de fichas de « rojos con las manos manchadas de sangre ». Mientras se intentaba ganar tiempo, el gobierno de la derrota aterrizó en la zona central con el arca de Noé repleta de altos jefes comunistas y con la tronada consigna de resistencia a todo trance. Era de toda evidencia la consigna de la política exterior de la URSS. Negrín trató de copar los altos cargos en beneficio de la tripulación comunista a bordo de su arca. La respuesta fue un golpe por golpe. Los anarquistas estuvieron en un 80 % en el golpe de Estado que desbarató el golpe de Estado comunista. Una pequeña guerra civil dentro de la guerra civil puso frente a frente a fuerzas de los cuerpos de ejército I, II y III (comunistas) contra el IV (anarquista). La revancha victoriosa de los anarquistas fue de corta duración, pues el colapso total no tardó en producirse.

Posiblemente que los comunistas terminaran la guerra como únicos resistentes. ¡ Magnífica cabeza de puente para la propaganda Internacional, presente y futura ! A falta de esto explotaron la supuesta traición de los casadistas. Para la propaganda, como para la razón de Estado, las víctimas no cuentan.

Repetidas veces se ha tenido al anarquismo por muerto y enterrado. Pero es rara la explosión radical, en cualquier parte del mundo, en que el anarquismo no aparezca en los orígenes o a caballo de los acontecimientos. Tanto los hombres de Estado como los jerarcas comunistas tienen un fino olfato para detectar el fenómeno. La revolución española, con su romanticismo revolucionario, sus colectividades y sus socializaciones, enseñanzas a que es imposible sustraerse a pesar de los muchos años transcurridos, a las que no cesan de referirse los libros, así como el mayo-junio francés, colosal impacto en el mundo industrial presente, constituyen piezas de gran valor de este legado. Nadie crea que nos adornamos con plumas ajenas. El anarquismo, no nos cansaremos de repetirlo, no es monopolio de una organización, de una bandera o de un anagrama, sino un estado de toma de conciencia. La alarma del mundo intelectual comprometido actualmente frente a la monstruosa concentración que va tomando el Estado moderno ; la tenebrosa experiencia de un Estado socialista monolítico, totalitario e imperialista en la URSS, denunciado desde el primer vagido por los anarquistas ; las mil y una réplicas de fascismo y comunismo en vigor en todo el mundo, extremos que en realidad se tocan ; el gran movimiento de impugnación universal de los falsos valores de nuestra civilización (en el dominio de las costumbres, del derecho público y privado, de la secularización de lo sagrado, de la iconoclastia contra los mitos, de la objeción de conciencia, de la descentralización, del retorno a las fuentes de un mundo a la medida del individuo) ; en todas y cada una de estas manifestaciones está presente el fermento anarquista y ése es su mensaje.



Felipe Orero **Reflexiones sobre lo libertario**

al margen de una encuesta

Contestar a un cuestionario con el que se está en desacuerdo es arduo, incluso con la mejor voluntad de hacerlo. Al intentar responder a las preguntas del cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, se choca con un grave obstáculo. Es un cuestionario dirigido a anarquistas, a libertarios. Pero sus preguntas están formuladas como si a ellas tuvieran que contestar únicamente los no anarquistas. El cuestionario no podía escapar a la tendencia de todo cuestionario a suscitar una esquematización de las posibles respuestas. Más grave es que sus preguntas se hallen fundadas en supuestos con los que un anarquista no puede estar de acuerdo. Es evidente que el cuestionario no está redactado por anarquistas. Es evidente que está formulado para «buenos chicos» que han aprendido previamente una lección. Es evidente que está concebido para obtener «buenas respuestas». Y me parece verosímil que las respuestas que obtenga tengan con el movimiento libertario español la relación que con el imperio napoleónico tiene una imagen de Epinal, o la de una estampita sulpiciano con el cristianismo. A menos que el interrogado se salte a la torera las preguntas, lo que espero que habrán hecho muchos. Al invitado le quedaba siempre la posibilidad de no contestar, claro está. Otra posibilidad ofrecía la revista: contestar sólo a las preguntas que se quisiera. Pero si se acepta contestar en libertario al cuestionario este, lo primero que hay que hacer es impugnar la propia formulación de cada pregunta.

Lugares comunes

Porque el cuestionario es un reflejo de todos los lugares comunes impuestos a la opinión pública por la literatura no anarquista sobre el movimiento libertario. Sus preguntas son en conjunto una invitación a que cierto número de libertarios contribuyan con sus respuestas a consolidar esos lugares comunes. Esto

desde la primera pregunta —¿Cómo te hiciste anarquista?— que da por supuesto que el ser anarquista está ya definido con el mismo rigor que un poliedro. El invitado ignora si será anarquista de acuerdo con el criterio del encuestador. Al parecer, basta con que éste conozca tal criterio. No se suscita en el invitado el que pueda expresar lo que por anarquismo entiende. Basta con que diga cómo se «hizo» anarquista.

Se podía esperar que una encuesta de *Cuadernos de Ruedo ibérico* sobre el pasado, el presente y el futuro del anarquismo español estuviese dirigida a disipar una imagen vulgar, a reemplazarla por otra más cercana a la realidad. Con su cuestionario, *Cuadernos de Ruedo ibérico* pueden favorecer lo que han pretendido siempre contribuir a destruir: las características del universo político español, en lo que a transmisión de información se refiere, características que favorecen el primado de la «ideología». Aunque en el cuestionario haya una sección titulada presente, mira hacia el pasado, para enviarnos luego hacia el futuro por los aires y sin alas. La ideología subyacente en la mayor parte de los numerosos trabajos consagrados últimamente al anarquismo español emplea tiempos verbales de pasado: fue un fenómeno importante en la historia moderna española; fenómeno hegemónico, portador de potencialidades altamente estimables; fenómeno criticable, incluso condenable (pues también en historia se condena) explicable desde puntos de vista diferentes, opuestos; hay trabajos —pocos— que reivindican el carácter revolucionario, luego realista, de la práctica social de las organizaciones anarquistas; trabajos —muchos— que critican esa práctica atribuyéndole un carácter contrarrevolucionario, retrógrado, incompatible con las exigencias de la sociedad industrial. Pero, con pesadumbre o con satisfacción más o menos evidentes, coinciden en una premisa elemental: el movimiento libertario español «fue». Nada permite afirmar hoy que ello es así.

No contestaré, una por una, a las preguntas formuladas. Transcribo a continuación las reflexiones que han suscitado en mí.

CNT : ¿ Organización reivindicativa ? ¿ Organización revolucionaria ?

Sin pararse a profundizar, se admite hoy que la CNT fue una magnífica organización de masas y que sus éxitos reivindicativos fueron considerables. Es difícil impugnar una organización tan omnipresente en largos periodos sin concederle algo. No atribuirle valor positivo alguno, a partir de cuya admisión poder arremeter contra sus rasgos esenciales, exigiría combatirla en bloque y, por lo tanto, contribuir, aunque negativamente, a afirmar la unidad de ese bloque.

El cuestionario entra en su asunto estableciendo una dicotomía en algo que es un fenómeno unitario: CNT organización reivindicativa—CNT organización revolucionaria. La mayor parte de la historiografía no anarquista contemporánea aplica ese método. Separar unos de otros los diferentes aspectos de la CNT, privilegiar ciertos rasgos a expensas de otros, para mejor combatir su unidad. Porque el carácter reivindicativo y el carácter revolucionario de la CNT son inseparables. Si se estudia objetivamente la historia de la CNT, sin seleccionar hechos para probar una tesis previa, aparece claramente que los éxitos reivindicativos —esta o aquella huelga—, organizativos —la perdurabilidad de su implantación en zonas amplias en el tiempo y en el espacio—, ideológicos —su labor educativa de la clase obrera—, fueron consecuencia del carácter revolucionario que la CNT dio siempre a su acción. La mayor parte de los historiadores reprochan a la CNT su ideología utópica, milenarista, mesiánica. Pero sin esa ideología, profundamente aceptada por buena parte de sus componentes, la CNT no hubiera sido capaz de movilizar los esfuerzos que movilizó en el enfrentamiento clasista, en la lucha contra el fascismo. Sus éxitos inmediatos fueron consecuencia de los fines que se proponía, que de otra forma no hubieran sido posibles —sin salir del marco español, la

experiencia de la UGT está ahí para demostrarlo—; éxitos, pues, de organización revolucionaria, lo que da a aquellos fines una racionalidad que tantos discuten o niegan. Porque organización revolucionaria era la CNT. Se proponía conquistar cambios cualitativos para la sociedad española y a esa conquista subordinaba sus luchas parciales. Al parecer, dos fenómenos prueban el carácter no revolucionario de la CNT. El milenarismo —la irracionalidad— de los fines perseguidos; el no haber alcanzado el poder y construido una sociedad a imagen suya. Cualquier doctrina pareció siempre falsa a sus enemigos. En 1973 no hay razón alguna que permita calificar de más milenaristas los objetivos de la CNT, confirmados en su Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 —el comunismo libertario—, que los que se proponían los revolucionarios bolcheviques en vísperas de 1917. Si aquellos objetivos no se plasmaron en realidades, de lo que se apresuró a darse cuenta el mundo, tampoco los bolcheviques plasmaron en realidad su proclamada pretensión —dar el poder a la clase obrera—, de lo que pocas personas se percataron de manera inmediata y lo que está lejos de ser admitido en forma general contra toda evidencia. El milenarismo de los anarquistas españoles ha costado más barato a la humanidad que la aplicación del esquema « científico » bolchevique, y las realizaciones inspiradas por su milenarismo estuvieron más acordes con el modelo que la construcción de los bolcheviques.

El carácter revolucionario vendría a algunas organizaciones del hecho que otras del mismo nombre conquistaron el poder y, con él, construyeron una sociedad. De esto no puede presumir la CNT y, por ello, con análisis de apariencia científica, sentando sus razonamientos en doctrinas cuya infalibilidad se ha aceptado de una vez para siempre, se le niega el carácter revolucionario. Empero, la CNT supo conquistar el poder, conquistó el poder, ese poder tan añorado por tantos grupos.

Con el poder estatal es posible hacer muchas cosas. Simple evidencia. Pero incluso con el poder del Estado más poderoso no se puede hacer todo. Nada menos cierto que todo tipo de revolución pueda ser impuesto desde el Estado, usando los medios del Estado. Valdría tanto como decir que no importa qué clase

social es capaz de no importa qué revolución. O que no es revolución aquello que no se hace a través del Estado. Ciertos tipos de revolución no se pueden hacer desde el Estado, ciertos impulsos revolucionarios se quiebran cuando sus portadores se apoderan del Estado. Esta afirmación es cada vez más compartida, más probada por los hechos. No me detendré en ella.

La conquista y el ejercicio del poder

La CNT conquistó el poder en el mes de julio de 1936 porque pudo, pero sin proponérselo. Conquistó un poder que no le permitía hacer su revolución, cuyo solo ejercicio por los portadores de la misma la mataba en germen, la hacía imposible, la negaba. Las mismas circunstancias que la llevaron a conquistar el poder —lo que no se proponía—, como secuela inevitable de lo que se proponía en aquel trance —aplantar al fascismo en un momento de carencia más o menos total, en todo caso considerable, del resto de las fuerzas políticas antifascistas españolas—, hacían aberrante el abandonarlo. La CNT resolvió lo que ni siquiera podía plantearse en términos de dilema poder-no poder. Y lo resolvió correctamente invitando a compartir el poder conquistado en la lucha contra los sublevados a las fuerzas frentepopulistas, sin exclusión, incluso de quienes eran sus enemigos no sólo tradicionales sino, por su propia naturaleza clasista o ideológica, enemigos permanentes. Había que escoger entre el abandono del poder conquistado en la calle, haciendo inútil el sacrificio de sus hombres para oponerse al fascismo y dejar el camino libre a éste —formulamos crudamente este miembro de la opción para destruir la opción misma— o había que imponer, en las circunstancias adversas en que se planteó la guerra civil española, lo que ha sido designado por algunos como dictadura anarcobolchevique, negando su propia razón de ser histórica, aniquilando su propia revolución. El dilema guerra-revolución vino después. No fue invención de la CNT. Quizá lo fuera de enemigos de Franco, pero es seguro que no lo fue de amigos de la CNT y estuvo fundamentalmente dirigido contra ella.

No hay razón para calificar el camino escogido como solución mediana, es decir, reformista. Tal camino era impuesto por el contexto global en que se desarrollaba el conflicto. Pero tenía raíces más profundas. El golpe de Estado planteaba el conflicto en coordenadas que sólo permitían una victoria rápida y de signo socialista o una derrota total de la democracia. Las conquistas de las masas en julio de 1936 eran algo inseparable de su victoria sobre los rebeldes, allí donde ésta fue posible. No aceptar esta premisa significaba plantear la opción de salvar la democracia o salvar al capitalismo. Aceptarla exigía que las fuerzas políticas que se oponían a los rebeldes jugaran limpiamente. O que aceptaran una tregua hasta la victoria. La lucha contra el fascismo era ineludible; una lucha general de las fuerzas democráticas contra él permitía predicar con el ejemplo la propia revolución, lo que era imposible con la dictadura confederal. La revolución de que estaban preñadas las masas de la CNT no podía ser una realidad legal, impuesta desde arriba. Sólo podía ser realidad donde hubiese hombres capaces de plasmarla más que de imponerla. Este es el sentido, nudo, profundo de la visita de los hombres de la CNT victoriosos en las calles de Barcelona a Lluís Companys. Se ha calificado a este acto de expresión de la ingenuidad política libertaria. Empero, si se acepta que en la ocasión el objetivo prioritario de las fuerzas socialistas y democráticas no podía ser otro que el aplastamiento del fascismo español, hay que considerarlo realista. Tachar de ingenuos a los hombres de la CNT, lleva en sí la afirmación de que los de aquellas otras fuerzas era unos sinvergüenzas o unos tontos. Entre las organizaciones pretendidamente revolucionarias de aquel entonces, la CNT fue la única que sin ambigüedades adoptó una posición coherente con su historia, que no traicionó la imagen que de sí misma había dado a la opinión. Me refiero a la decisión global. En aplicación hubo rebabas de importancia. Inevitables, porque tal decisión llevaba en sí un peligro inicial: el de revitalizar organizaciones portadoras de ideologías políticas adversas, organizaciones que no iban a perdonar ningún error táctico a los confederales.

La fórmula adoptada por los libertarios españoles se fundaba en que el antifascismo del

conjunto de fuerzas frentepopulistas prevalecería contra toda otra consideración; en que el carácter declaradamente socialista y revolucionario de la mayoría de ellas era sincero, y que el impulso de sus respectivas masas acentuaría con su acción espontánea tal carácter, haciendo posible, por encima de las diferencias políticas, la coexistencia en un proceso que necesariamente debía estar encaminado a dos objetivos prioritarios, excluyentes de cuanto se interpusiera de su camino: vencer al fascismo y avanzar hacia una sociedad socialista.

Esa fórmula contenía el germen de una sociedad socialista democrática —pluralista, se dice ahora— que permitía marchar ya hacia ella en plena guerra civil y ganar ésta. Y al asumirla, la CNT no hacía sino interpretar los anhelos profundos de las masas obreras y campesinas españolas.

El sector mayoritario del Frente Popular (fracción hegemónica en el aparato del PSOE, grupos republicanos burgueses españoles y catalanes, nacionalistas vascos y Partido Comunista) opusieron a ese hecho el dilema políticamente falso de ganar la guerra primero —liquidando previamente para alcanzar tal fin la revolución que había hecho posible la lucha contra el fascismo— para hacer la revolución después: ¿qué revolución?

A lo largo del conflicto, aquel sector se comportó como si una victoria, puerta abierta a un proceso transformador de las estructuras socioeconómicas españolas, fuera más profundamente detestado que la derrota misma.

La victoria sólo era posible a corto plazo. Exigía movilizar todos los recursos humanos del pueblo y, especialmente, las mil toneladas de oro almacenadas en el Banco de España, que en las primeras semanas de guerra hubieran permitido obtener la potencia de fuego necesaria para aplastar a los rebeldes, antes de que el conflicto alcanzase mayores proporciones internacionales. La movilización de las reservas de oro no sólo se inició tardíamente sino que fue saboteada por todos los gobiernos del Frente Popular, incluido —anecdótico aparte— el de Largo Caballero. En los primeros meses del conflicto, tal movilización imponía el reparto equitativo de sus frutos entre las fuerzas sociales que luchaban contra los rebeldes, es decir, la consolidación de la

revolución emprendida por obreros y campesinos, la afirmación del poder de la CNT. Los gobiernos del Frente Popular despilfarraron los primeros meses de guerra en una guerrilla encaminada en fortalecer el poder de las instituciones de la segunda República a expensas de los poderes revolucionarios locales; optaron por la vía que significaba el debilitamiento del amigo indeseable en provecho del enemigo común. Y la movilización del oro español quedó en la entrega de más de la mitad de él a la URSS a cambio de una ayuda tardía pero que los gobiernos estaban en condiciones de canalizar contra la revolución a través del Partido Comunista. Este hecho por sí solo, al convertir la República en juguete de la diplomacia soviética, primaba el aspecto internacional del conflicto; es decir, aseguraba la derrota de la democracia española.

Las ofensivas contra la revolución fueron justificadas siempre por imperativos de política internacional. El llamamiento de la CNT al gobierno es una prueba más de que tales ofensivas tenían en lo esencial significado interno, de que no se trataba de ataques circunstanciales, exigidos por la presión internacional, sino de ataques definitivos. Los nefastos efectos que sobre la lucha del pueblo español contra el fascismo tuvieron las políticas engendradas por el miedo a la revolución social de los gobiernos de las democracias europeas en sus propios países y fuera de ellos, fueron amplificadas por el pronto eco que iban a hallar en algunos de aquellos partidos, no de los menos influyentes. Muchas de esas políticas fueron incluso suscitadas por el conocimiento previo de tal disposición. La complicidad de Franco respecto a la Alemania y la Italia fascistas nadie la discutió nunca. Como tampoco se pone ya en duda la supeditación del PCE a la política exterior de la URSS. Pero a esa lista hay que añadir ya los cómplices objetivos que la política exterior de Francia e Inglaterra halló en la España republicana.

La CNT y la FAI

La función que la FAI desempeñó respecto a la CNT es tema que preocupa a los historiadores no anarquistas. La pregunta no podía faltar

pues en el cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Pero, ¿por qué la pregunta se limita al periodo anterior a la guerra civil? ¿No hubo FAI en la guerra? ¿O es que su papel respecto a la CNT en ese periodo no ofrece la menor duda que merezca recurrir al criterio de los interrogados? ¿No es interesante saber qué fue de la FAI? Historiadores y politólogos recurren con harta facilidad al paralelismo. Por ejemplo, la FAI sería a la CNT lo que el PCF es a la CGT. Una realidad social más próxima, la socialdemocracia española, con su estructura tripartita (una UGT dominada por el PSOE, disponiendo éste de un apéndice juvenil), al igual que el movimiento libertario, también de estructura tripartita (CNT, FAI, FIJL), facilita el paralelo. Empero, en el movimiento libertario español aquel género de relaciones de dependencia orgánica no era concebible. ¿Cabe imaginar un Julián Besteiro presidiendo a la CNT? El papel desempeñado por la ideología común, su reflejo en la vida orgánica, ideología de la que eran elementos esenciales los conceptos de democracia, de autonomía y de federalismo, lo impedían. Institucionalmente, no existía noción alguna de dependencia. Las tres organizaciones contribuían en un plano de igualdad a la creación de la política común, pero en el seno de la CNT. Si la hegemonía recaía en la CNT, en la organización mayoritaria y clasista, y no en la organización minoritaria como sucedía en el conglomerado socialdemócrata, se trataba de un fenómeno normal. La FAI y la FIJL eran órganos defensivos de la CNT, en primer lugar, porque eso era lo que pretendían ser. Ni siquiera los fenómenos de la guerra civil pudieron alterar profundamente aquel sistema de relaciones.

Toda prueba parece ser buena cuando se pretende demostrar que una organización clasista, de masas, no puede ser autónoma, portadora de una ideología militante propia, circunstancia ésta al parecer reservada a los organismos elitistas.

La tendencia de la FAI hacia el centralismo¹, la adopción de una estructura de base geográfica —antes era una confederación de grupos de afinidad— y el aumento de sus efectivos, unidos a otros determinismos imputables a la guerra civil, pueden autorizar la hipótesis de que el sistema de relaciones entre las tres

organizaciones del movimiento libertario se iba transformando, que tal transformación iba en el sentido de un intento de dominio de la CNT por la FAI, que tal intento lograría éxito y la FAI se convertiría en mero partido político; o que tal intento fracasaría, dando lugar a un cisma ideológico; o que la pretensión de la FAI desembocaría en la creación de otra confederación de grupos anarquistas de afinidad que volverían a consagrarse a la defensa de la autonomía de la CNT. Pero todo eso serían hipótesis.

Los responsables del movimiento libertario quizá tuvieran conciencia de tal evolución. Unida a una situación de emergencia, tal toma de conciencia podría explicar la constitución del Consejo general del Movimiento libertario², por órganos no capacitados constitucionalmente para crear un organismo dotado de poderes casi ilimitados, y que por ello mismo era normativamente «ilegal». Era evidente que el futuro previsible en el momento de nacer tal organismo no sería propicio para el pleno juego de la democracia, de la autonomía y del federalismo. Las fuerzas centrifugas del movimiento libertario podrían no ser eficazmente contrarrestadas por las fuerzas centripetas que, contra las apariencias, siempre hallaron su savia en la democracia, la autonomía y el federalismo. Organismo monstruoso, el Consejo general del Movimiento libertario tuvo vida precaria y efímera.

Los reorganizadores del movimiento en Francia en los años 40, en la clandestinidad impuesta por el régimen de Petain y la ocupación alemana, no partirán de tal Consejo sino de las organizaciones espontáneas y autónomas de base. Crean una organización única. Las Juventudes Libertarias serán organizadas tar-

1. [NDR. Véase, en este libro, p. 287.]

2. [NDR. Consejo General del Movimiento libertario, constituido en Francia a principios de 1939, para representar a la CNT, a la FAI y a la FIJL. Su secretario era Mariano R. Vázquez (véase sobre éste nota en p. 238), último secretario nacional de la CNT y un número no conocido de miembros entre los que se contaban Roberto Alfonso, Serafín Allaga, Juan Gallego Crespo, Germinal Esgleas, Pedro Herrera, Francisco Iegleas, Horacio Martínez Prieto, Federica Montseny, Valerio Mas y Germinal de Sousa. En España se constituyó un consejo gemelo, por la fusión de los organismos directores en España de la CNT, la FAI y la FIJL. (Véase César M. Lorenzo: *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo ibérico, París, 1972, p. 268-269.)]

díamente, después de la Liberación de Francia, en forma de hecho consumado, vísperas del Congreso de París³, ya públicamente abierto el proceso de descomposición del movimiento libertario y con el objetivo de incidir en él. La FAI será resucitada más tardíamente aún, con idénticas motivaciones. Se trata de fenómenos internos, producto de la lucha fraccional en la CNT. En la clandestinidad de España, el proceso será idéntico. La organización mayoritaria en el interior (la fracción política) sólo se avendrá a dar paso a la reconstrucción de la FIJL, sin hacer hincapié en su implantación real, para disponer en su lucha por la hegemonía de un órgano semejante al que alinea la organización mayoritaria en el exilio (la fracción apolítica).

Mientras las líneas del cisma cortaban en lo esencial clandestinidad y exilio, fracción política y fracción apolítica, la homogeneidad organizativa de ambos bloques se mantuvo en la práctica. Tras la reunificación, oficial más que de hecho, de ambas fracciones en el Congreso de finales de 1960, la tentación de encarnar las tendencias en organizaciones, en siglas, irá en aumento. La FAI se convertirá en mero instrumento de la fracción esgleísta. Como esta tendencia detentará, salvo breves periodos, el monopolio de la dirección oficial del movimiento libertario, la dualidad orgánica no se manifestará con carácter de cisma en este caso. La función purificadora que se atribuye a las escisiones hasta el Congreso de 1960, la asumirá en la sucesivo la ola de expulsiones.

Fenómeno diferente es el aislamiento de la FIJL, cuyos militantes fueron los principales

ejecutores de la estrategia de Defensa Interior, a la que tendré que referirme algo más adelante. Asumirá autónomamente una acción fundada en aquella estrategia, lo que la llevará a enfrentarse contra la tendencia esgleísta, que en el Congreso de 1963 ha recuperado la dirección de las organizaciones exiladas del movimiento libertario, tendencia a la que los jóvenes libertarios acusan con argumentos válidos de inmovilismo y entreguismo, contra la tendencia partidaria de la Alianza Sindical⁴, acusada también con fundamento de reformismo, y contra la tendencia representada por los militantes madrileños de la CNT que mantienen negociaciones con personalidades de la CNS, a los que acusan de traición sin que a mí se me ocurra paliar tal calificativo. La FIJL reivindicaba la aplicación del dictamen «Acción directa y revolucionaria», elaborado en el Congreso de 1961, por la propia tendencia esgleísta. Las Juventudes Libertarias se pronuncian por la «autonomía de los grupos de acción», abriendo un proceso que llevaría a la constitución del Grupo Primero de Mayo⁵ y a acentuar el carácter internacionalista del anarquismo juvenil español.

3. [NDR. El Congreso de París tuvo lugar del 1 al 12 de mayo de 1945. Era un congreso de Federaciones locales en Francia. La fracción «política» consiguió en él unos 6 000 votos, contra alrededor de 20 000 la fracción «apolítica». La escisión se produciría poco después, con motivo de la participación de la CNT en el gobierno republicano en el exilio del doctor Giral.]

4. [NDR. La Alianza Sindical fue constituida en febrero de 1960 entre la Confederación Nacional del Trabajo, la Unión General de Trabajadores y la Solidaridad de Trabajadores Vascos. Se adhirió a la CIOSL y, a fines de 1969, había desaparecido prácticamente.]

5. [NDR. Para facilitar la comprensión de algunas afirmaciones del autor, recurrimos a textos procedentes de los propios grupos por él aludidos.]

Para una práctica anarquista internacional

1.º Los Estados modernos (totalitarios o democráticos), el capitalismo bajo todas sus formas (privado o de Estado), las ideologías políticas y religiosas en todas sus variantes (partidos e Iglesias), el sindicalismo (simplemente reformista o descaradamente estatal), y en general todos los grupos sociales integrados a la actual sociedad de producción, han establecido, de hecho, una coexistencia que tiende a asegurar —por no importa qué medios— el statu quo (presente) para todas las formas de privilegio, de explotación y de autoidad.

Cada vez más, las contradicciones fundamentales del sistema o de los diferentes sistemas y sociedades, al igual que los conflictos entre las diversas razas y naciones, tienden a «resolverse» por medio de negociaciones y de compromisos que no ponen en peligro la existencia de los sistemas, ni de las clases o castas que disfrutan actualmente de una posición privilegiada. Lo que explica los repugnantes marchandeos entre regímenes que se pretenden irreconciliables (la URSS y los Estados Unidos, Cuba y España, China y Portugal, las «democracias populares» y las «democracias capitalistas» occidentales, etc.).

Las viejas castas dominantes y las nuevas castas burocráticas (de no importa qué color, raza o religión) han perdido sus anteriores prejuicios y olvidado sus escrúpulos; codeándose y apoyándose mutuamente en los organismos internacionales

(Continúa en la página siguiente.)

La CNT y la guerra civil

Formulada la pregunta en los términos que lo hace *Cuadernos de Ruedo ibérico*, la tentación debe ser grande de responder que lo más relevante de la actuación de la CNT durante la guerra civil fueron las colectividades. La respuesta no sería justa, empero. Porque el movimiento colectivista fue una profunda marea que a pesar de las reticencias, de los obstáculos que le opusieron todas las fuerzas pretendidas socialistas, conmovió a las masas obreras y campesinas españolas y no sólo a las confederales. Tal respuesta escamotearía, al mismo tiempo, el fondo de la cuestión.

Lo más relevante de la actuación de la CNT durante la guerra civil es haber logrado permanecer fiel a sí misma, en lo esencial. Haber

logrado seguir siendo una organización de masas antiautoritaria, a pesar del aflujo de elementos extraños, que no compartían sus principios ni su voluntad política; a pesar de la tentación de usar hegemonícamente un poder que hegemonícamente le perteneció durante cierto tiempo; a pesar del peligro de mutación interna favorecido por la parte de poder, de prestigio de función, que el Estado de la segunda República española no tuvo más remedio que delegar en muchos de los líderes naturales de la CNT. Es decir, su considerable éxito en el rechazo del proceso de burocratización orgánica que propiciaban el desarrollo de la guerra civil, la asunción de tareas globales complejas, la presión que sobre ella ejercía el juego de las organizaciones frente-populistas.

La eficacia bélica de la CNT ha sido puesta

y en los intercambios oficiales. Todo a espaldas de los pueblos que las sostienen o las soportan. Al tiempo que constituyen y consolidan los aparatos funcionales y jerárquicos que institucionalizan su posición de cuadros privilegiados de la nación. Y es en este engranaje de conveniencias e intereses que también hay que situar a los dirigentes y a las castas burocráticas del sindicalismo.

2.º Es por esto que hoy toda declaración o ratificación de principios ideológicos no tiene otra significación que una simple referencia demagógica o la fuerza de la costumbre de la que aún no se han separado. No se lucha ya más por la democracia, el socialismo, el comunismo o la revolución, sino por el reconocimiento del poder conquistado en cada zona, por tal a cual grupo, y por «la independencia nacional», que es actualmente el certificado de garantía para justificar y encubrir toda clase de despotismo y para olvidar todo deber de solidaridad revolucionaria internacional. Así en el Vietnam, como en Corea, en Hungría o Cuba. Después del triunfo de la «incognita» castrista, y del asesinato de Che Guevara, la URSS y las «democracias populares» continúan comerciando, manteniendo relaciones y otorgando créditos a esos mismos gobiernos oligárquicos combatidos por los marxistas revolucionarios latinoamericanos...

3.º Desgraciadamente también este fenómeno de abandono de la consecuencia ideológica ha invadido los medios anarquistas internacionales, que no han sabido o querido resistir ante el proceso de desmovilización revolucionaria internacional. Para el anarquismo (organizado o no), esta desmovilización revolucionaria, esta ruptura entre la concepción doctrinal y la actitud práctica consecuente, entre pensamiento y acción, es tanto más grave por cuanto el anarquismo no aspira a la conquista del poder político o económico. De lo que resulta que, si renuncia a su única vocación posible, la lucha por la revolución, queda vacío de todo objetivo finalista e incapaz de movilizar a ningún grupo social...

El anarquismo, para existir realmente, para interesar a los pueblos y para justificar sus pretensiones de ideología revolucionaria consecuente, no demagógica, no sólo debe reafirmar el

antiestatismo como condición determinante para el triunfo de la libertad, sino que a su crítica del autoritarismo debe conjugar una actitud de rebellón permanente...

4.º Sin embargo, como hemos dicho antes, las contradicciones fundamentales de la sociedad capitalista y de la sociedad autoritaria persisten; y en muchos casos sus consecuencias aún son más graves que antes. La integración del proletariado a la sociedad de «gran consumo» lo ha adormecido; pero no ha hecho desaparecer las diferencias de clases ni sus inevitables enfrentamientos. La «coexistencia pacífica internacional» tampoco ha hecho desaparecer —si bien ha logrado limitarlos geográficamente— los conflictos armados y las agresiones bélicas: Vietnam, Oriente medio, África, etc. La discriminación racial, la explotación de las masas trabajadoras, los desmanes de las castas pretorianas, la persecución de los opositores políticos y el terror, siguen siendo aún moneda corriente de todos los días en Occidente y Oriente... Así, tanto para los anarquistas europeos como para los de otros continentes, no son motivos y objetivos de acción los que faltan, ni posibilidades prácticas de testimoniar su presencia y demostrar el camino a seguir.

Particularmente en nuestra Europa, hipócritamente indiferente y cómplice real de los crímenes que dentro de sus fronteras se cometen a diario en España, Grecia y Portugal, todavía quedan posibilidades de demostrar con hechos, con ejemplos evidentes, de qué lado está la razón y la libertad.

5.º Concretamente, pensamos que aún se está a tiempo de definir y poner en marcha una línea de actuación consecuente con los ideales libertarios y revolucionarios que sustentamos; así como una fórmula de organización que evite las nefastas consecuencias del burocratismo. De acuerdo con nuestros efectivos y posibilidades reales. Y aún capaz de proyectar la presencia anarquista en el contexto político social internacional. Aprovechando un momento histórico en el que la crisis del campo marxista se manifiesta más agudamente; particularmente en lo que concierne a la práctica de la acción directa y a la solidaridad revolucionaria...

Grupo Primero de Mayo Internacional. (De Solidaridad Revolucionaria.)

en duda por muchos. Incluso por anarquistas. ¿Se podía esperar mayor esfuerzo y eficacia bélica de los hombres de la CNT, esfuerzo al que se consagró por entero en las primeras semanas y al que no dejó de prestar la mayor atención a lo largo de la guerra? La ineficacia del conjunto de las columnas milicianas fue la razón que dieron el gobierno central y las fuerzas políticas que lo constituían por entonces para fundar la necesidad de un ejército popular (es decir, regular). Orwell ha escrito que donde no llegaron las columnas de milicianos no llegó el ejército popular. Lo que pone el dedo en la llaga. La fuerza bélica libertaria fue combatida por motivos políticos, no por motivos técnicos. Fue entorpecida por motivos políticos. Fue desprestigiada por motivos políticos. Se hizo lo que se pudo para aplastarla por motivos políticos. Porque era la garantía armada de la propia existencia de la CNT, al otro día de la victoria, incluso en momentos en que tal victoria debiera ya haber parecido a los enemigos de la CNT más utópica y milenarista que la ideología anarquista. Al igual que lo fueron las colectividades confederales, fue combatida por motivos políticos y no técnicos como se nos quiere hacer creer todavía. Por motivos técnicos, por exigencias de la guerra, se hubiera intentado reforzarla. Es fácil hallar bibliografía que explique la política del Partido Comunista de España, en el curso de la guerra civil, por los imperativos de la estrategia global de la URSS, por la influencia de la Komintern y sus hombres en España —Antónov, Koltsov, Togliatti, Vidali— ejercieron sobre él. Pocos son los que se refieren a un hecho cuya pista nos da la facilidad con la que el Partido Comunista aceptó tales imperativos e influencias, cuando estaba en condiciones óptimas para darse una ideología y una política nacional-comunista, de la que existían precedentes en el propio partido (Bullejos⁶), de la que manifestarían consecuencias (Quiñones⁶), premonitores de lo que unos llaman titismo y otros maosismo. Se trata del complejo de inferioridad del Partido Comunista respecto a la CNT, complejo de inferioridad compartido en menor grado por otras fuerzas o debilidades marxistas. Las jornadas de julio de 1936 acrecentaron ese sentimiento, viejo en algunas de ellas. Las fuerzas del Frente Popular no fueron vencidas parcialmente sólo

por las tropas rebeldes; lo fueron también por la fuerza confederal ostensiblemente victoriosa. Era victorioso precisamente el rival ignorado por temido.

El movimiento libertario manifestó ser absolutamente alógeno para el Frente popular. En ese contexto —una guerra que las fuerzas frentepopulistas tenían que ganar contra los rebeldes y contra los confederales—, la participación de la CNT en el gobierno de Largo Caballero no podía ser más que un error. No hay contradicción entre esta afirmación y la anterior de que fue correcto que la CNT compartiera el poder con las fuerzas frentepopulistas. Participar en el gobierno de Largo Caballero y antes en el de la Generalitat, no es la lógica consecuencia de su voluntad de compartir el poder real con aquellas fuerzas. La participación gubernamental significó traspasar a los organismos constitucionales de gobierno parte del poder de la calle, del frente, del campo, de la fábrica, donde se hallaba fundamentalmente entonces, reforzando a tales organismos, debilitando al mismo tiempo el poder de los órganos espontáneos que se había dado la revolución provocada por el golpe de Estado fascista. El gobierno llamó a los hombres de la CNT *in articulo mortis* y con hartas reticencias. El gobierno no se hacía obedecer y no sólo por los anarquistas. Que ello tuviera consecuencias negativas sobre la marcha de la guerra no merece siquiera discusión. Que la derrota del gobierno trajera consigo automáticamente la derrota de las fuerzas anarcosindicalistas puede parecer un corrolario justificado. Pero también significaba la derrota de cada una de las fuerzas frentepopulistas.

6. [NDR, José Bullejos, secretario general del PCE en 1927. Consigue la adhesión a su partido de los trabajadores del puerto de Sevilla que pertenecían a la CNT. Bajo su dirección el partido participa en las huelgas de los mineros de Asturias contra el proyecto de creación de la Asamblea nacional del dictador Miguel Primo de Rivera. Se opone a la política de intensificación de lucha de clases adoptada por la Komintern en 1928. Expulsado del PCE, en 1932, tras una estancia forzada en la URSS. (Véase Hermet: *Los comunistas en España*, Ruedo ibérico, París, 1972, p. 16-19.) Heriberto Quiñones reorganiza el PCE en España a partir de 1939, prescindiendo de los dirigentes refugiados en Moscú, a quienes acusa de haber abandonado España. El PCE se abstiene en España, bajo su dirección, de difundir la consigna de «unión nacional de todos los españoles», lanzada en 1941, tras la invasión de la URSS por los alemanes. Quiñones fue detenido por la policía franquista en 1942 y fusilado.]

Planteado así el problema, la posición de fuerza en la negociación la ocupaba la CNT. Y de negociar se trataba. De negociar con enemigos potenciales, con amigos circunstanciales. Y se negoció mal. Se dejó que un poder ficticio —el constitucional— primara sobre un poder real —el de la calle, del frente, del campo, de las fábricas—. Fueron valorados con exceso los medios de presión que al gobierno le quedaban, y le quedaban, y fueron infravalorados los medios de presión de que se disponía, y éstos eran muchos y eficaces. La clave del problema quizá esté en la creencia, ampliamente compartida y propagada, en una victoria republicana y no en la conciencia de lo ineluctable de la derrota tras el primer acto que dejó claro que para los gobiernos del Frente Popular la lucha contra los rebeldes era inseparable de la lucha contra la revolución. La participación gubernamental es la primera derrota de la CNT; perdía la mayor parte de la capacidad de maniobra política que conservaba tras no haber logrado que las fuerzas pretendidamente democráticas y socialistas aceptaran el esquema que hemos expuesto más atrás.

El precio que recibía por la participación era irrisorio.

Con cuatro ministros, la CNT recibía en realidad una sola cartera —la que tenía acceso al Consejo superior de Guerra⁷—. La cuarta fue creada exprofeso (Sanidad). La segunda y la tercera carteras eran el resultado de dividir en dos un solo departamento preexistente (Industria y Comercio). Estas últimas podían ser importantes si se aceptaban globalmente los postulados económicos de la CNT. No era el caso. No hay razón alguna para considerar que el gobierno de Largo Caballero era un colegio de miembros iguales. Aunque así hubiera sido se estaba a cuatro contra catorce. El gobierno de Giral fue una tentativa tardía de salvar las instituciones, es decir de oponerse a lo que pasaba en la calle. El de Largo Caballero era un intento más vertebrado, pero que también fracasa, de hacer frente a lo mismo, es decir a la CNT, a un cierto paso en el camino del socialismo. Sólo así se explica el llamamiento a la participación libertaria. Vistas las cosas con cierta perspectiva, la CNT no recibió nada en cambio. Nada que no tuviera. Ni más armas, ni más mandos militares,

ni más créditos de los que tenía. Armas, mandos, créditos eran necesarios a las fuerzas confederales, a las colectividades confederales; pero no hubieran disminuido más en caso de no participación gubernamental, porque también era necesario al gobierno que la CNT y sus organizaciones militares o económicas no carecieran de ellos más allá de ciertos límites. No obstante, su participación permitió que se fuesen creando instrumentos que servirían para arrancarle trozos de las conquistas de sus masas, incluso mientras tuvo ministros.

La participación gubernamental despojaba a la CNT de la posibilidad de contrarrestar el proceso contrarrevolucionario, abocado a la derrota, puesto en marcha por los gobiernos del Frente Popular. Incluso en tal contexto el apoyo al gobierno de Largo Caballero era exigido por las necesidades bélicas perentorias. Empero, apoyo no significa participación. El apoyo confederal a Largo Caballero debía tener como contrapartida la garantía permanentemente exigida de la integridad de las bases del poder confederal, la garantía de obtener el mismo tratamiento que las fuerzas frentepopulistas en lo que a desarrollo de la potencia bélica, del esfuerzo económico se refiere: proporcionalidad en la atribución de armas, en la concesión de créditos.

El apoyo confederal a un gobierno del Frente Popular estrictamente proporcional a la fuerza en las Cortes⁸ de cada uno de sus componentes —lo que era consecuente con la Constitución de la república burguesa mientras la presencia de ministros anarquistas sin diputados no lo era—, hubiera dado los mismos resultados en lo que al desarrollo de la guerra se refiere. Pero hubiera desfavorecido, tanto en el gobierno central como en el de la Generalitat, al rival más peligroso —el Partido Comunista— y por ende resquebrajaba la unión de todos contra las conquistas de los trabajadores.

7. [NDR. Se trata de Juan García Oliver, ministro de Justicia. El Consejo estaba compuesto por Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Vicente Uribe, Julio Just, Juan García Oliver y Julio Álvarez del Vayo.]

8. [NDR. En las Cortes elegidas en febrero de 1936, el Frente Popular disponía de 257 diputados: 85 socialistas, 76 de Izquierda Republicana, 34 de Unión Republicana, 20 de Esquerra Republicana de Catalunya, 15 comunistas, 5 de la Unió Socialista de Catalunya, 5 de Acció Catalana y 11 diputados de diversas formaciones de menor envergadura.]

Es inútil detenerse en las modalidades que hubiera adoptado un proceso necesariamente complejo, fluctuante.

El modelo extremo de un proceso similar tiene un ejemplo histórico: las relaciones entre el poder de Mao Tse-tung y el poder de Chang Kai-shek a lo largo de la guerra nacional contra el Japón hasta la victoria de las fuerzas que personifica el primero. Nadie puede reprochar a Mao el haber sido un aislacionista o un absentista.

La participación en los organismos gubernamentales debilitó a las organizaciones libertarias exteriormente. Todavía es más grave que las debilitara internamente, volviendo a reactivar las viejas querellas, en un contexto que favorecía a las fracciones más irreductibles de cada una de sus vertientes.

¿ Legado del anarquismo ?

No podía faltar en el cuestionario una invitación a que los propios libertarios enterraran el anarquismo. Preguntar por el legado del anarquismo para la actualidad, no es ni más ni menos que darlo por muerto, un muerto que hubiera dejado a sus herederos algunos bienes que habría que evaluar. Pero, ¿quién podría aceptar un legado de tal índole? Veo mal a un anarquista o a un grupo anarquista en el papel de ejecutor testamentario de una ideología del pasado, en conservador de un museo. De ese papel al de papa media un paso que se da con facilidad. Lo que se tarda en dejar de ser anarquista.

Encierra la pregunta una tentación de mitificar la historia del anarquismo, a triturarla, a dejar sin sentido sus elementos aislados, a separarla de la historia general. La historia del anarquismo —como la del socialismo— es la historia de la humanidad que el anarquista, en tanto que ser social, debe asumir por entero. Por eso el legado del anarquismo para la actualidad es el anarquismo.

¿ Viejos y nuevos anarquistas ?

Del talante compartimentador del cuestionario se halla otro ejemplo a renglón seguido, para no dejar resuelto al encuestado. ¿Viejos

anarquistas? ¿Jóvenes anarquistas? No hay viejos anarquistas ni jóvenes anarquistas. Se puede hablar de viejos bolcheviques, especie biológicamente extinguida, a la que nadie se ocurriría oponer una especie de jóvenes bolcheviques. El cuestionario parte al parecer del supuesto de que hay una manera vieja, arcaica, de concebir el anarquismo, a la que se opondría una manera joven, actual, de concebirlo. A partir de ese postulado cabe construir un arquetipo de viejo anarquista ordenando los rasgos individuales negativos (o positivos) de los anarquistas viejos, para oponerlo a un arquetipo fabricado igualmente con los rasgos positivos (o negativos) de los anarquistas jóvenes. Pienso que es lo que ha tenido en mente quien formuló las preguntas.

Hay anarquistas viejos, anarquistas maduros y anarquistas jóvenes, pues el tiempo no pasa en balde. Existen diferencias que tener en cuenta entre la generalidad de los anarquistas viejos y la generalidad de los anarquistas jóvenes. Diferencias que se acentúan, sin duda, cuando se comparan pretendidos anarquistas viejos con pretendidos anarquistas jóvenes. ¿Quiénes serían, siguiendo el espíritu del cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, los viejos anarquistas españoles? ¿Los que lucharon jóvenes contra la dictadura, maduros hicieron la guerra y reorganizaron en el exilio y en la clandestinidad las organizaciones libertarias y protagonizaron sus actividades, y, viejos ya, continuán aferrándose a los residuos organizativos del movimiento español? Si de éstos se trata, justo es decir que han tenido tiempo de seguir siendo anarquistas y que lo han tenido también de sobra para dejar de serlo.

El Guadiana de los años 1940-1970

El cuestionario deja a los viejos anarquistas en el aire, en un mundo irreal. Ni los sitúa en un contexto histórico ni invita a hacerlo. Hay en las preguntas del cuestionario un bache entre el pasado y el presente del movimiento libertario español tan enorme que espero que algunos de los invitados a responder a ellas habrán reaccionado contra ese hecho. Se pasa de la guerra civil, del « legado del anarquismo para la actualidad », a las « posibilidades

anarcosindicalistas en la inminente España posfranquista». Entre ambos puntos de referencia, hay un Guadiana en el que desaparecen la evolución de problemas antiguos o la gestación de nuevos problemas que el movimiento libertario tendrá que resolver antes de entrar en el periodo posfranquista o con los que a cuestras tendrá que abordar ese periodo. Se nos invita a correr un velo piadoso sobre un periodo de treinta años. Es verdad que se trata de un periodo sombrío que ha dejado en el espíritu de sus protagonistas un regusto amargo. Pero es un periodo de la historia del movimiento libertario español que los anarquistas deben asumir como cualquier otro periodo de la historia. Se trata, además, de un periodo rico en enseñanzas, poco conocido por poco historiado, por poco aventado. Un periodo que todavía dura. En él se han desarrollado tres procesos cuya significación no es desdeñable: la fundación de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas⁹, en la que muchos militantes de las organizaciones libertarias vieron la continuación de la edad de oro que para ellos significa la guerra civil; el gran cisma confederal, en el que otros muchos vieron el origen de todos los males de que adolece el movimiento libertario; y la reunificación en el exilio de las organizaciones de las dos tendencias en que se escindió el movimiento libertario, que de manera casi unánime fue considerada como la panacea de aquellos males.

No nos extenderemos sobre esos procesos. Señalamos su importancia y subrayamos el hecho de que hayan sido ignorados por los redactores de las preguntas del cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Pero hay algo que debe ser señalado antes de lanzarnos a la toma de partido por los viejos o los jóvenes anarquistas a que se nos invita, por tratarse de hechos que tienen consecuencias sociológicas y cuya evidencia sea la que inspiró, quizá sin darse cuenta el encuestador, sus preguntas.

Durante aquel escamoteado periodo de treinta años, el movimiento libertario parece haber sacrificado su desarrollo, su presencia futura a la acción inmediata. O no haber sabido unir ambas exigencias en un proceso único.

La magnitud alcanzada por las organizaciones del anarquismo español en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil y durante

ésta, hicieron posible constituir un exilio, en Francia sobre todo, con verdadero carácter de organización de masas, y reconstruir el movimiento en la clandestinidad en los años 40-50 sobre una base militante difícil de cifrar, pero sin duda considerable. Ambos hechos estimularon el triunfalismo de los años 44-48, el aislacionismo de la década posterior. Entre la militancia libertaria ha estado siempre presente el recuerdo del renacer potente de su movimiento tras un periodo más o menos largo de clandestinidad. La esperanza de un pronto retorno a España animó durante mucho tiempo a los exilados y en el derrumbamiento del régimen franquista creyeron no menos tiempo los militantes que permanecieron dentro de las fronteras. Esos hechos alimentaban indirectamente la creencia que tal renacimiento volvería a repetirse espontáneamente.

Aquellas esperanzas se desvanecieron tarde, pero se desvanecieron. Entre tanto el anarquismo español había pagado un precio muy elevado a la represión. Ciertos tipos de acción puestos en práctica, especialmente por la fracción apolítica, en los años 40-50, trajeron consigo una sangría suicida, precisamente entre militantes pertenecientes a los grupos de edad más jóvenes, con más esperanza de vida militante ante ellos. La práctica política de la fracción política produjo igualmente un desgaste considerable de militantes, en este caso los más conocidos. La guerra civil, la represión, la clandestinidad y el exilio efectuaron una selección negativa en las filas de las organizaciones anarquistas españolas. Los vacíos fueron cubiertos en escasa medida. Si los hombres a que hemos aludido antes o, mejor aún, los hombres que ellos elevaron a la responsabilidad de dirigentes de las organizaciones libertarias, hubieran seguido siendo anarquistas se hubieran opuesto con mayor éxito a los determinismos negativos derivados de esa situación. La primera reacción de un individuo o de un grupo es la de contrarrestar los determinismos que encierran en sí la destrucción del individuo o del grupo en cuestión. En vez de eso, aquellos individuos y los grupos que les habían confiado su direc-

9. [NDR. Véase, en esta obra, el trabajo de García Durán: «La CNT y la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas», p. 123-128.]

ción han vivido de cara a un pasado mitificado, víctimas del complejo, explicable individualmente, pero injustificable políticamente, de considerar el periodo de la guerra civil como la edad de oro del anarquismo español. Desde esa edad de oro, cuando miraban hacia atrás pecaban de inmodestia respecto a sus predecesores, cuando miraban hacia delante desconfiaban gravemente de sus sucesores y enteramente de sí mismos. Referirse reiterativamente, exclusivamente, a lo que se fue capaz de hacer es en sí confesión tácita de que ya no se es capaz de hacer, de que ya no se está dispuesto a hacer. Los procesos de autojustificación han sido más frecuentes en esos hombres que los de autocritica. Triunfalismo estridente y profunda desgana iban de par y han favorecido el desarrollo de la inclinación a la evasión, al recurso a métodos mágicos para volver a la edad de oro aquella —el pacto o el acto terrorista aislado—, la tendencia a negociar o actuar con siglas en la mano y no con triunfos en la mano. Desaparecidas las posibilidades de pactar o de enviar militantes al acto suicida sólo quedó el fetichismo de las siglas. Se refugiaron en la vida «orgánica». Creció con ellos el instinto de propiedad en el sentido más pequeño burgués respecto a la «organización», sentimiento que se exacerbaba a medida que disminuía el predio. Se estrecharon los horizontes de los grupos. Las polémicas degeneraron en querellas de campanario. Textos a veces preteridos, siempre mal digeridos, con frecuencia sin referencia explícita siquiera, fueron elevados a doctrina sagrada, a dogma inmutable. Las organizaciones exiladas fueron reduciéndose a esqueletos de comités manipulados por una gerontocracia cada vez más exigua y con la voluntad aparente de no dejar nada tras ella.

No se trata de caracteres privativos del exilio como muchos pretenden. La clandestinidad da otro talante a la vida «orgánica», pero no fundamentalmente diferente. Aquí son grupos alrededor de algún notable, dependientes en lo esencial de la gerontocracia exilada, aunque esgriman con toda sinceridad el slogan de que la «organización» está en España, slogan utilizado en este o aquel campo, una y otra vez, para seguir en el exilio ocupando los primeros palcos en nombre de organizaciones

en tanto que tales inexistentes ya hace tiempo en la clandestinidad.

El fracaso del proselitismo

Las circunstancias enumeradas antes no favorecían el proselitismo anarquista. Pero es innegable que el talante de quienes tuvieron la responsabilidad de los restos organizativos del movimiento libertario es más responsable que las circunstancias de los magros resultados obtenidos por el proselitismo. Esos restos de organización se han puesto a la defensiva, se han tendido hacia la conservación de unos efectivos y no hacia un proselitismo que hiciese posible la continuidad. Desde hace algunos años se oyen voces que denuncian la existencia en el movimiento libertario de batches «generacionales», la ausencia en sus organizaciones de miembros pertenecientes a los grupos de edad comprendidos, en lo esencial, entre los sesenta y los treinta años, miembros que serían capaces de tender un puente orgánico a los jóvenes que ahora irrumpen en el anarquismo. Sentimiento erróneo, pues no existe incompatibilidad fundamental entre anarquistas viejos y anarquistas jóvenes si unos y otros se hallan inmersos en una misma realidad, en una misma práctica, tendidos hacia unos mismos objetivos. Damos menos importancia al batche «generacional» que a las causas que lo produjeron y que aún persisten. Las generaciones son un hecho sociológico innegable. Pero no existe choque generacional en el anarquismo. Tras esa fórmula se ocultan fenómenos más importantes.

No basta que un viejo se llame anarquista para que lo sea, pero tampoco basta que un joven lo diga para serlo. Algunas formas de rebeldía autojustificativa y autosatisfactoria son toleradas en límites bastante amplios incluso por sociedades poco permisivas. Entre ellas la de llamarse anarquista sin serlo, vale esto para jóvenes y viejos. Ciertas formas de vida, por premonitorias que sean de las de una sociedad más libertaria que la actual, no pueden ser consideradas aisladamente como formas de anarquismo. Esas formas de vida pueden ser incluso ejemplares. Las formas comunitarias de trabajo, de convivencia, de libertad erótica,

son compatibles con el anarquismo de quienes las practiquen hoy, pueden incluso favorecer una toma de conciencia anarquista. Un jipi puede ser anarquista, pero no lo será por ser jipi, sino aun siéndolo. Como puede ser anarquista un naturista, un nudista, un esperantista.

Y si quien se pretende anarquista acepta el clisé que le ofrece la sociedad burguesa y ve ineluctablemente en un jipi un drogado, un degenerado, un egoísta, éste no resultará ser necesariamente por ello un drogado, un degenerado, un egoísta, pero habrá que sospechar gravemente que aquél otro no es un anarquista.

10. [NDR, Sobre el grupo Primero de Mayo, véase nota 6. A continuación, reproducimos un texto programático del Movimiento Ibérico de Liberación y otro de los grupos de acción directa.]

En primer lugar, queremos distinguir el concepto de **agitación armada** del de **lucha armada** o **militar**. Un núcleo de lucha militar no busca planteamientos políticos de lucha de clases sino que se considera a sí mismo como la vanguardia o punta de lanza de la lucha y halla así en sí mismo toda su justificación. En cambio, un núcleo de **agitación armada** no puede admitir que se mistifique su actividad considerándose autosuficientes sino que se define por su relación con la lucha de clases. Es decir, un grupo de **agitación armada** es un grupo de apoyo que sitúa su propia actividad en el seno del conjunto de la lucha de clases del proletariado, que forma parte de dicha lucha de clases.

Esto es muy importante para nosotros ya que implica unos planteamientos políticos prácticos delimitando las posiciones pequeño burguesas o individualistas de las posiciones proletarias o de clase.

—La concepción pequeño burguesa de la actividad revolucionaria es la de un **putsch** o conspiración que se prepara y desarrolla sin la clase. La actividad armada está destinada a sustituir la ofensiva generalizada de las amplias masas y la insurrección final por una lucha siempre minoritaria.

—En cambio, la concepción proletaria considera que el capitalismo avanza hacia su propia destrucción, que engendra desde siempre sus propias contradicciones. El capitalismo ha creado y unificado frente a él, en el proceso de explotación de una clase sobre otra, a sus propios sepultureros, al proletariado.

Esto no quiere decir que las luchas obreras no presenten toda una serie de limitaciones: reivindicaciones muy limitadas, fuerte muro de represión contra el que chocan, debilidad y aislamiento de las luchas. Las luchas obreras han de pasar de la defensiva a la ofensiva, de las reivindicaciones pacíficas a la lucha

Si problema es, éste de las relaciones entre anarquistas viejos y jóvenes, es un problema menor. Quien ha formulado las preguntas quizá haya buscado hallar en las respuestas solución a problemas importantes para él. Pero no los ha planteado a los interrogados. ¿Por qué no ha preguntado qué pensábamos de ciertas formas de acción adoptadas por jóvenes y menos jóvenes anarquistas, provos o kabutters, por ejemplo, de los que *Cuadernos de Ruedo ibérico* habló muy pertinentemente en su último número, o de los grupos autónomos de combate, del Grupo Primero de Mayo o del MIL [Movimiento Ibérico de Liberación]¹⁰, de

violenta y sin cuartel, del estallido espontáneo a la organización de esta espontaneidad. Todo esto no es fácil. Sin embargo, los resultados conseguidos en este sentido son cada vez mayores y la revolución ve confirmadas sus previsiones: la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos.

En resumen, la **agitación armada** se considera a sí misma y constituye efectivamente una de las facetas o aspectos de la lucha de clases del proletariado desde el nivel actual hasta el de la insurrección general al que tiende. Mediante su práctica de acciones necesariamente limitadas, la **agitación armada** muestra que el nivel de violencia en el que se puede actuar aquí y ahora, y en el que por lo tanto debe de actuarse, es muy superior de lo que generalmente se suele creer. La **agitación armada**, como toda otra forma de **agitación**, marca el sentido de la lucha de clases de las amplias masas ayudándolas a orientarse, radicalizarse y avanzar con una dureza cada vez mayor. Al mismo tiempo, los objetivos concretos de dicha **agitación** cubren también una función de apoyo a la lucha de masas.

En el fondo, la simple existencia y funcionamiento eficaz de la **agitación armada** dentro del conjunto de la lucha de clases, así como su previsible generalización de núcleos dedicados a tal tipo de actividad, vienen a apoyar unos planteamientos políticos radicales:

—El de que se ha hablado mucho de «lucha contra la represión» quedándose siempre en posición defensiva y a mitad de camino, sin saber ver que no hay más lucha contra la represión que la insurrección generalizada;

—El de que la verdadera lucha contra el sistema no es el simple putschismo sino la revolución proletaria, cuyo primer paso es el pasar de la defensiva a la ofensiva de manera cada vez más y más generalizada.

(Continúa en la página siguiente.)

los que *Cuadernos de Ruedo Ibérico* no ha hablado? ¿O es que tales formas de acción son inferiores en anarquismo al jipismo o a la comunidad erótica o menos susceptibles de ayudar a diferenciar entre sí sus dos especies de anarquistas? ¿O es que están comprendidas en el etcétera con que finaliza su pregunta?

Defensa Interior

Tras la unificación que de las organizaciones de ambas tendencias del movimiento libertario tuvo lugar, en 1960, el corsé que esas organizaciones residuales imponían al movimiento libertario se hizo más patente para algunos núcleos de militantes. Desaparecía formalmente el problema a que se atribuía la debilidad del movimiento, a cuya solución se habían entregado con exclusividad muchas buenas voluntades. Empieza a abrirse camino la idea de que la acción en el marco de esas organizaciones consigue únicamente embotar las pocas energías de que se dispone, que es necesario desbordar ese marco para hallar la solución a los problemas que plantea la sobrevida de las organizaciones libertarias, la acción libertaria, el desarrollo de las doctrinas. Algunos intentos de tipo parcial se hacen, cuyo rastro habrá que buscar en la memoria de los protago-

nistas, en alguna noticia de prensa sobre esta o aquella acción, sobre este o aquel proceso. Uno de ellos merece atención aquí por su carácter global, por el carácter de síntesis de su estrategia; porque tomando como punto de apoyo las organizaciones residuales del movimiento libertario, está dirigido claramente a conseguir su destrucción. Se trata de lo que fue conocido en los medios libertarios con el nombre de Defensa Interior.

La estrategia de Defensa Interior es global, coherente e independiente de otras fuerzas. Se asienta en tres supuestos. El primero es que los organismos con vida pública, legal, son incompatibles con la acción ilegal. Este postulado amenaza directamente a las organizaciones residuales del movimiento libertario, sobre todo a las instaladas en Francia, y daba la primacía a la implantación en España del movimiento libertario. El segundo supuesto es que, por su ideología revolucionaria y antiestatal, el movimiento libertario sólo puede contar con sus propias fuerzas y las limitadas ayudas que le pueda prestar el movimiento anarquista internacional. Este supuesto amenaza las veleidades pactistas que todavía anidan en ciertas tendencias del movimiento libertario, en especial la tendencia política que defiende la Alianza Sindical con la UGT y el puñado de militantes madrileños que se hallan en contacto con jerarcas

En resumen, para quien tiene una concepción proletaria de la revolución la actividad armada es una actividad de apoyo a la lucha de masas y a su insurrección general. Para las vanguardias militares o políticas, en cambio, la lucha de masas sólo es una actividad de apoyo para sus organizaciones. Movimiento Ibérico de Liberación.

(De Grupos Autónomos de Combate, n.º 1. 1973.)

Podemos terminar esta primera aproximación de análisis con una afirmación clara y lineal de la validez del socialismo revolucionario libertario. Porque los tiempos, las experiencias históricas pasadas y actuales han ido confirmando la concreción de los postulados y de los análisis del anarquismo. Por esto creemos que en línea general, sin exclusivismos ideológicos, se puede afirmar la actualidad del socialismo revolucionario, ya que estamos convencidos que en el socialismo revolucionario se reconocerán muchos que, en otras posturas, no se reconocerían.

No es éste el lugar adecuado para un análisis siquiera muy superficial de los medios y de los fines del

socialismo revolucionario y del socialismo libertario: dos términos que expresan la misma concepción del hombre, de la sociedad y de la revolución. Pero creemos fundamental, desde ahora, la afirmación clara y sin dogmatismos, amplia y sin equilibristismos oportunistas, de una **coherente ideología que nazca y se perfeccione en la lucha de cada día**. De una ideología socialista, revolucionaria, antiautoritaria, que integre las enseñanzas que cada nueva experiencia de lucha popular aporta. Que se exprese en una táctica y en una estrategia en función de las condiciones de lugar y tiempo en que tenemos que insertarnos, aquí y ahora.

Rechazamos lo que no es actual, pero reafirmamos lo que la práctica revolucionaria mundial ha indicado como actual en el pensamiento socialista libertario y en la acción del anarquismo: la **acción directa popular**, en sus múltiples facetas, como método para la lucha anticapitalista y la construcción de la verdadera sociedad socialista autogobernándose por medio

(Continúa en la página siguiente.)

de la CNS. El tercer supuesto es que únicamente radicalizando las protestas populares y las luchas obreras se puede poner en peligro el régimen franquista no sólo dentro de las fronteras españolas sino ante la opinión pública internacional, al obligarle a poner de manifiesto crudamente su auténtico carácter de régimen dictatorial. Este supuesto, al desplazar el centro de gravedad de la actuación al interior de las fronteras españolas, al privilegiar el activismo en el cuadro de los movimientos de masas, amenaza la existencia de la tendencia considerada como intransigente, como apolítica, como depositaria de los principios y de las tácticas confederales tradicionales, pero confinada en el inmovilismo que justifica la situación legal adquirida en Francia.

¿Era descabellada una estrategia fundada en esos tres supuestos?

La actuación de Defensa Interior se desarrolla en un contexto favorable. Algunos de estos aspectos favorables son muy anteriores a su existencia. En ella se concreta una tendencia que ha ido abriéndose camino. Su estrategia se propone fines modestos comparados con el maximalismo formal e intrínsecamente claudicante de la política aliancista —Unión de

Fuerzas Democráticas¹¹, Coloquio de Munich¹², por citar sólo a las que le preceden inmediatamente en el tiempo— llevadas a cabo por ciertas fuerzas de la oposición antifranquista clásica, o intentadas más o menos vanamente por otras —Huelga general política, Pacto por la libertad, por citar aquellas que le son también más cercanas en el tiempo. No se propone ofrecer una « alternativa » al franquismo —imposible, utópica en las circunstancias contemporáneas. Con su acción pretende radicalizar, politizar las luchas de masas que han empezado a tener lugar en España. Trata de elevar la oposición a un nivel superior, depurar—

11. [NDR. Constituida el 24 de junio de 1961 por Acción Nacionalista Vasca, Acolón Republicana Democrática, Izquierda Democrática Cristiana, Partido Nacionalista Vasco, Partido Socialista Obrero Español, Solidaridad de Trabajadores Vascos y Unión General de Trabajadores. La CNT había sido descartada, tras haber participado en los contactos preliminares. La Unión de Fuerzas Democráticas proponía como alternativa al régimen franquista un gobierno sin signo institucional encargado de celebrar elecciones libres que decidieran sobre el régimen político posterior.]

12. [NDR. El Coloquio de Munich reunió, en 1968, 118 personalidades españolas representantes de diversas corrientes ideológicas con exclusión de comunistas y anarquistas. Propugnó la instauración en España de instituciones representativas conformes a las exigidas por el Tratado de Roma para el Ingreso en el Mercado Común.]

de la democracia directa a todos los niveles (comunidades, comités de barrio, de ciudades, de provincias, de regiones y de países; fábricas, ramos de industria, sindicatos, colectividades campesinas, cooperativas de consumo, etc.). La función de los hombres y de los pueblos como elemento de la historia, en contraposición a ilusorios, mecánicos y unilaterales determinismos que reducen el socialismo a un simple desarrollo económico. El rechazo de todo reformismo y burocracia. Las concepciones del socialismo y de la libertad de cualquier tipo de estructuras estatales como dos fases inseparables de un único proceso de liberación humana. La degeneración burocrática y represiva de la revolución rusa, de todos los partidos « revolucionarios » que han llegado al poder, la involución reformista y objetivamente contrarrevolucionaria de todos los partidos comunistas occidentales « oficiales » y de los sindicatos de ellos dependientes. La separación de la lucha económica de la lucha política (distinción entre partido y sindicato).

La experiencia histórica de los últimos tiempos da razón a las proposiciones anarquistas que, desde el siglo pasado, ponen en guardia contra la dictadura centralista, contra el absolutismo estatal como forma de organización del poder revolucionario, demos-

trando que la libertad no es un subproducto de la abundancia material, de la seguridad económica (postulado marxista éste, en la mejor tradición burguesa), ni un prescindible « prejuicio burgués »; que el problema del poder es un problema real, y no preocupación de « utopistas »; que a la vasta experiencia revolucionaria no se la puede tirar de la borda. Esta experiencia, formada por victorias muy contadas y limitadas y por numerosas derrotas, aciertos y errores, tiene que ser asimilada con **crítica selectiva constructiva**. Un movimiento revolucionario no puede ser una secta dedicada a la custodia del « verbo », de los « textos sagrados », donde están contenidas todas las posibles verdades, una vez para siempre. La experiencia práctica, la historia, no van casi nunca de acuerdo con los textos sagrados. Los rótulos doctrinarios llegan, muy a menudo, a unir artificialmente contenidos muy distintos y divergentes.

La ruptura entre el comunismo chino y el comunismo fiel a Moscú, las profundas y graves divergencias, el indecente arrastrarse de los dos en pos de la « amistad » de los capitalistas yanquis, europeos y japoneses, intentando abrirles sus propios mercados, **provocando así el matemático aumento de la explotación**

(Continúa en la página siguiente.)

la de elementos alógenos, hacer posibles alianzas políticas sinceramente antifranquistas, antirrégimen, antisistema, despojar a la práctica política de las fuerzas de oposición de su ambigüedad; trata de establecer un nuevo nexo entre los movimientos de masas y la política global antirrégimen.

La inspiran en un grado o en otro y le son favorables las siguientes circunstancias: bastante alejado en el tiempo, el desencanto provocado por el fracaso reiterado de las estrategias encaminadas a una solución diplomática, externa, automática, sin esfuerzo, del caso español; la desmovilización provocada por la paulatina pérdida de posiciones de las fuerzas de oposición que se apoyan o apoyan a fuerzas ayer integradas en el régimen; la pérdida del poder movilizador del comunismo en sectores cada vez más amplios de la juventud, obrera o intelectual, unido al desprestigio generalizado de la política interna, y sobre todo exterior, de las potencias llamadas socialistas, y la impugnación cada vez más extendida del marxismo dogmático, primero, del marxismo a secas, después. En estrecha relación con esos hechos, está el florecimiento de investigaciones que establecen vínculos históricos continuos entre la política actual de los

países llamados socialistas y la política internacional soviética en los años inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial en lo que directamente afecta a los españoles, especialmente la política soviética relacionada con la guerra civil española, por un lado, y entre el reformismo de que con razón se acusa actualmente al Partido Comunista de España, y su práctica política en el curso del mismo conflicto y en los años que lo siguieron inmediatamente. Paralelamente se disipan muchos de los malentendidos que sobre la participación de otras fuerzas políticas —especialmente sobre el papel desempeñado por los anarquistas y la naturaleza de sus realizaciones en el curso de la guerra civil— que contribuía a mantener en gran manera la literatura oficial del Partido Comunista. Muchas de las falsas interpretaciones sobre momentos esenciales de la guerra civil —papel de las milicias, incompatibilidad entre guerra y revolución, origen, carácter y eficacia de las colectividades, acontecimientos de mayo de 1937, significado e importancia de la ayuda soviética a la república, motivaciones del contragolpe de Estado de Casado en 1939— profundamente hincados en la oposición antifranquista en tanto que análisis marxistas, « científicos », por el Par-

en los respectivos países. Las denuncias y los choques entre los movimientos guerrilleros de Iberoamérica y los partidos comunistas « ortodoxos » paralizados por el dirigismo burocrático abiertamente antirrevolucionario, han propinado un fuerte golpe al movimiento marxista internacional y han determinado una nueva valoración de los peligros que llevan la revolución hacia la senda autoritaria. Peligros ya previstos y claramente denunciados por los teóricos anarquistas.

Consideramos, luego, completamente válidos, y por nuestra parte los reafirmamos, las reivindicaciones y los sentimientos humanistas y el ejercicio pleno de la libertad que el auténtico comunismo, el libertario, contiene. El cual, así concebido, rompe la falsa imagen cerrada, dogmática, carcelaria que del socialismo ha difundido la burguesía y han acuñado los que degeneran el socialismo en la práctica y en la teoría. El socialismo revolucionario se define hoy con dos afirmaciones complementarias, válidas tanto para la lucha contra la propiedad capitalista, como para la construcción de la sociedad comunista: si ellas no son respetadas, la revolución no llevará nunca al comunismo.

La primera afirmación implica un rechazo de todas las vías de integración reformista de la clase trabaja-

dora en la sociedad capitalista, el rechazo de todo tipo de compromiso sindical y político con el Estado burgués y todo partido creado como sustento de la burguesía u ocasional y permanente aliado suyo: ella comporta, por lo tanto, la afirmación de la **acción directa del proletariado**, en su infinita variedad, fuera de todo intento de instrumentalización y de todo dirigismo burocrático, como arma fundamental para el camino revolucionario.

La segunda implica una condena de todas las desviaciones autoritarias que, como se ha visto en las recientes experiencias, transforman a los revolucionarios en policías de la revolución, el rechazo del encuadramiento burocrático de las masas y la afirmación de un más amplio federalismo de base, en la organización y en la estructuración de la sociedad socialista. De esta forma el socialismo revolucionario y libertario se define, no sólo en función de aspiraciones doctrinarias, de postulados teóricos, sino también en función de los resultados concretos de todas las experiencias revolucionarias vividas por la humanidad. Grupos de Acción directa.

(De **Acción Directa**, enero-febrero de 1972.)

tido Comunista español, van siendo desmontados pieza a pieza por investigaciones históricas serias.

Esta situación hacía posible atacar con éxito las posiciones adquiridas por el Partido Comunista en España.

Mayor significación inmediata tenía el acrecentamiento de las luchas parciales de masas, en progresión acelerada. Aspecto al que no podían ser insensibles los animadores de Defensa Interior era el carácter no sólo transitorio, antiburocrático, de las primeras Comisiones obreras, sino el parentesco profundo entre los métodos de lucha aplicados por ellas y la acción directa, tradicional en el movimiento libertario.

De significación más superficial, hay que alinear entre los factores favorables a Defensa Interior los efectos de la reunificación libertaria, por pocas ilusiones que los animadores de Defensa Interior se hicieran respecto a la solidez y duración probable del tal reunificación.

Sobre estos factores incide la aparición de tendencias centrifugas a la luz del día en el seno del régimen franquista, que en ciertos momentos desembocarán en situación de crisis.

Carentes de implantación apreciable no sólo en las estructuras del movimiento libertario en exilio y en la clandestinidad, sino en grado mayor y con consecuencias más negativas, en los núcleos obreros combativos de las fábricas, los animadores de Defensa Interior plantean el comienzo de su actuación en forma de actos susceptibles de inspirar un sentimiento de respeto de las organizaciones de la oposición clásica hacia la fuerza recobrada por el movimiento libertario y que les impulsara la necesidad de tener que volver a contar con él¹³; intentan despertar una corriente de opinión pública internacional de intensidad semejante a la alcanzada por ciertas campañas comunistas (caso Cristino García, caso Grimaud), —corriente de opinión que capitalizarían los libertarios—, objetivo que logran alcanzar en Italia y en España gracias al caso Conill-Montini¹⁴; propician un movimiento de recuperación de militantes y de nuevas adhesiones susceptibles de cambiar en provecho propio la relación de fuerzas existentes en las organi-

zaciones residuales del movimiento libertario. Persiguen ponerse en situación de presentar ante los núcleos activos un caudal de hechos prestigiosos que les permitiera implantarse profundamente en los movimientos de masa.

En circunstancias de ausencia total de las luchas obreras del otro sector con tradición sindical (UGT), todavía lejos el resultado de los intentos de vertebración vertical del movimiento de las Comisiones obreras, y cuyos focos animadores más influyentes carecen de tradición revolucionaria (católicos progresistas), de toda tradición (FLP)¹⁵, o simplemente de tradición sindical (PCE), las posibilidades de alcanzar éxito en el objetivo principal de Defensa Interior no carecían de base lógica. (La táctica de ETA a probado *a posteriori* que una práctica semejante es susceptible de procurar a un movimiento, incipiente en este caso, bases logísticas capaces de perdurar más allá de la desintegración orgánica e ideológica del grupo cuya actuación las hizo posibles.)

El fracaso de la estrategia de Defensa Interior no cabe explicarlo por una simple enumeración de errores cometidos. Las razones de tal fracaso —fracaso parcial o ausencia de éxito a largo plazo— son de orden más grave, que pueden servir para calibrar la potencialidad contenida en Defensa Interior y sobre todo la conciencia que de su peligrosidad suscitó en sus enemigos.

Por su menor importancia, cabe señalar en primer lugar la aversión que despertó en el conjunto de fuerzas de la oposición clásica. Las fuerzas políticas supervivientes de la guerra civil se resignan con dificultad a ver en el movimiento libertario un interlocutor situado en plano de igualdad. No hablemos ya de

13. [NDR. Sobre las actividades suscitadas por Defensa Interior puede ser consultada *España hoy*, Ruedo ibérico, París, 1963, p. 341-381 y 420-439.]

14. [NDR. Contra Jorge Conill Vals pedía un tribunal militar, en septiembre de 1963, la pena de muerte por actividades subversivas y terroristas. El actual papa Pablo VI, entonces cardenal Montini, arzobispo de Milán, solicitó para Conill la clemencia del general Franco, provocando una agria respuesta de Fernando María Castiella, entonces ministro español de Asuntos exteriores, que dio lugar a una agitada campaña de prensa en el mundo. Conill sería condenado a 30 años de cárcel.]

15. [NDR. Frente de Liberación Popular. Sobre la actividad de este movimiento, hoy desaparecido, puede consultarse *España hoy*, op. cit., y Fernández de Castro: *De las Cortes de Cádiz al Plan de desarrollo*, Ruedo ibérico, París, 1968, p. 261-346.]

situación de interlocutor hegemónico, contra la que reaccionaron con intensidad y eficacia enteramente incompatibles con los intereses generales cuando el caso se presentó. Un movimiento libertario modoso, es decir, reducido a fuerza de apoyo, es incluso simpático —su anticomunismo siempre puede ayudar a paliar el complejo de inferioridad que desde la guerra civil padecen todas las fuerzas de oposición, empezando por el PSOE, respecto al PCE, como lo padecieron antes respecto a la CNT. La estrategia de Defensa Interior podía hacer perder los modales al movimiento libertario y además su éxito se saldaría con un barrido general de sus elementos contemporizadores, los buenos chicos en una palabra. Rompía un *statu quo*.

Más gravedad reviste la colaboración en la represión de las autoridades francesas y españolas, colaboración nunca lograda en ese grado con anterioridad; habrá que llegar a la época de apogeo de las actividades de ETA para que se repita. La represión ejercida en Francia contra los militantes de Defensa Interior tiene una faceta claramente política, que pone de manifiesto la conciencia de la peligrosidad que despertó en las autoridades francesas, espontáneamente o inspirada por sus colegas españoles: intento coronado por el éxito de diferenciar, prohibiendo la primera y autorizando el anunciado congreso de la segunda, la FIJL (cantera principal de militantes de Defensa Interior) de la CNT, que alberga en su seno corrientes antiDefensa Interior; favorece el triunfo de éstas, encarcelando a sus enemigos en el seno de esa organización. La simple amenaza de prohibición de la organización legal por parte del gobierno francés bastaba para romper el precario equilibrio de fuerzas favorables a Defensa Interior en las organizaciones residuales del movimiento libertario.

La represión franquista cayó con una dureza ya fuera de uso sobre los militantes de Defensa Interior. Tal dureza fue sido enmascarada por el despliegue de la opinión pública nacional e internacional provocado por la condena y ejecución de Grimaud. Sólo la condena de Conill y el ajusticiamiento a garrote vil de Granados y Delgado¹⁶ lograron destacar entonces en la *grisaille* que cubrió a tal capítulo de la represión franquista. Únicamente la represión contra

el FLP es comparable en esa época a la represión contra los libertarios. En el Congreso de la CNT aludido unas líneas antes, la tendencia apolítica, que en nombre de « los principios y de las tácticas confederales » alimentó la escisión de los políticos con sus actitudes intransigentes, se alió con esos mismos políticos, con los colaboracionistas, en la única ocasión en que el movimiento libertario adopta una estrategia de clara filiación confederal y de acuerdo con « los principios », para apoderarse de la dirección de los organismos residuales libertarios, momentáneamente en manos de los partidarios de tal acción.

El PCE reforzó su campaña contra la acción violenta contra el régimen, acusando a tal acción de permitir al dictador el mantenimiento del clima de guerra civil. A nivel táctico, marcó tantos importantes. Una de las víctimas más conocidas de la represión contra Defensa Interior (Conill) haría pública desde la cárcel su condena de la acción directa y su conversión a la línea del PCE. La intensidad del esfuerzo de penetración del PCE en el movimiento de Comisiones obreras quizá haya sido la consecuencia de mayor alcance que haya provocado la estrategia de Defensa Interior, lo cual si bien constituye una derrota para ésta, también prueba lo justo de las premisas que le servían de base. En los cálculos del PCE debe estar la previsión de que una empresa de características semejantes a Defensa Interior llegue a arraigar en capas obreras, con las consecuencias que en el plano sindical acarrearía tal arraigo. Porque el esfuerzo del PCE en este plano ha dado frutos, pero frutos más vistosos que jugosos.

Defensa Interior ofreció la última ocasión a las organizaciones residuales del movimiento libertario en la clandestinidad y en el exilio de fundirse en la marea ascendente del anarquismo español.

Perduran las circunstancias favorables que hemos señalado en el contexto global en que nació Defensa Interior. Algunas de ellas han

16. [NDR. Francisco Granados Gata y Joaquín Delgado Martínez, militantes de la FIJL, fueron ejecutados a garrote vil; habían sido condenados por terrorismo. Según Elena de la Souchère (France-Observateur, 22-8-1936), Granados y Delgado formaban parte de un equipo encargado de atentar contra el general Franco.]

cobrado mayor importancia relativa. No sólo las tendencias centrífugas en el seno del propio régimen franquista, susceptibles de transformarse en crisis y cuya explotación es posible desde fuera del sistema y que la inmovilidad aliancista permite que se resuelvan sin peligro para el régimen. La pérdida de influencia de los grupos de la oposición clásica ha ido acentuándose. Un número cada vez mayor de miembros de las clases sometidas consideran simples fórmulas de continuidad posfranquista del franquismo las ofertas de alternativa al régimen mediante negociación. Las soluciones maximalistas —revolución inminente, toma del poder...— fundadas en una presunta decrepitud del régimen y del sistema que le sirve de base, constituyen únicamente la ideología de grupúsculos con práctica en contradicción, en muchos casos, con la ideología que les sirve de bandera. Las acciones concretas, para fines concretos, limitados, en el tiempo y en el espacio, se multiplican, reprimidas por el régimen franquista siempre como si de actos globales se tratara. Tal situación exige una estrategia a largo plazo y terminará por imponerla. A la antipatía que entre grandes sectores de la juventud despierta la línea claudicante del PCE y la política exterior del bloque socialista, ya escindiendo, se une la cascada de escisiones y expulsiones en el propio PCE¹⁷. La impugnación teórica del estalinismo, del marxismo-leninismo y de su *sancta sanctorum*, el centralismo democrático, se desarrolla cada vez con mayor profundidad. Los grupos de tendencia ácrata o libertaria —de estudiantes, de estudiantes y obreros, de obreros— se van implantando en toda España, al mismo tiempo que se hunden las organizaciones residuales del movimiento libertario.

La estrategia de Defensa Interior fue aplicada prematuramente, pero las razones que la provocaron siguen siendo válidas, son más válidas que nunca.

¿ Una revolución libertaria?

¿Qué entenderá por revolución libertaria el redactor de la pregunta, cuando dirigiéndose a un anarquista establece la posibilidad de que éste no crea en ella? No lo dice y tampoco nos lo pregunta. Una vez más, da como supuesto un consenso general alrededor de

una definición no expresada, en este caso la de revolución libertaria. Lo importante, al parecer, son los plazos y las formas que adoptaría ésta.

No se nos dice si la pregunta está impuesta por el hecho de hallarse en España abierto un periodo revolucionario en el que cupiera elegir entre diversos tipos de revolución. ¿Por qué no se nos pregunta si creemos posible otro tipo de revolución? Planteada así la pregunta, mucho temo que la mayoría de quienes se hayan prestado a contestar a ella lo hayan hecho negativamente, o que en ciertos casos hayan situado tal revolución a tan largo plazo que la afirmación de la posibilidad de la misma haya perdido todo sentido político.

Si por revolución se entiende la conquista de un cambio cualitativo en las relaciones políticas humanas y en las relaciones de producción establecidas entre los hombres, cambio exigido por el desarrollo de una sociedad, cualquier anarquista tiene que considerar posible una revolución libertaria. Pero quizá la imagen que de tal proceso se haga él no sea la habitual de revolución. Porque si por revolución se entiende el asalto de un Estado para legislar desde él una sociedad con arreglo a un esquema que teóricamente podría ser esto o aquello, pero que en la práctica sería otro Estado, necesariamente al servicio de unos pocos, dominando, o guiando, o inspirando a una sociedad, un anarquista negará la posibilidad de que tal revolución sea una revolución libertaria, en España y en todo lugar, a corto o largo plazo. No es posible negar la ineluctabilidad de este tipo de revolución en determinadas sociedades. Una revolución tiene siempre un sujeto —la fuerza revolucionaria— y

17. [NDR. Entre las numerosas expulsiones efectuadas en el último decenio por el PCE, destacan la de Fernando Claudín y Federico Sánchez (Jorge Semprún), en 1964, y las de Eduardo García y Agustín Gómez, en 1969, a las que seguiría la de Enrique Lister. Es imposible, en los límites de una nota, referirse a las numerosas escisiones que han tenido lugar en ese periodo y que continúan hasta nuestros días. Pueden ser consultados sobre estos fenómenos: Guy Hermet: *Los comunistas en España*, op. cit.; Fernando Claudín: «Dos concepciones de 'la vía española' al socialismo», *Horizonte español* 1968, Ruedo Ibérico, París, 1968; Fernando Claudín: «La crisis del Partido Comunista de España», en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 26-27; «Crisis en el PCE... Erase una vez Checoslovaquia», en *Horizonte español* 1972, tomo 1, Ruedo Ibérico, 1972.]

un objeto —la sociedad en la que aquélla actúa. En una sociedad puede madurar un proceso revolucionario. Pero si esa sociedad no ha producido una fuerza política libertaria su revolución no será libertaria. Antes me he referido al problema de ser o no ser que la conquista del poder no querido planteó a la CNT en 1936. Los anarquistas dueños del Estado se verían obligados, como cualquier otra fuerza minoritaria, a utilizarlo de manera dictatorial, arbitraria, contra la mayoría. Podrían adjetivar de manera diferente al Estado y llamarlo obrero y no burgués, o sustantivar el hecho de otra forma, llamándolo dictadura sindical o dictadura del proletariado. Seguirá siendo un Estado. Es decir, no una simple estructura jurídica sino una realidad sociológica. Y por su propia naturaleza, el Estado tiende a perpetuarse, a aumentar su influencia, su poder; no a abandonar fracciones de las prerrogativas que se ha conferido. Muchos revolucionarios marxistas se han percatado de esta amenaza. Tan sensibles fueron a ese hecho, que se creyeron obligados a teorizar sobre la degeneración del Estado, sobre la revolución permanente, sobre la revolución en la revolución.

Los anarquistas no pueden concebir la revolución libertaria como una explosión desalienante que sea el punto de partida de un proceso de alienación. ¿Hay otra manera de definir brevemente la revolución francesa, o la revolución rusa, o la revolución cubana? Una revolución libertaria no se presta teóricamente a encerrarse en periodos tan cortos como son los necesarios para conquistar un Estado y para instalarse en él.

Si se excluye, pues, la conquista del Estado, de cualquier forma de Estado, para legislar desde él e imponer una organización «libertaria» de la sociedad, ¿en qué queda la revolución libertaria? En una larga lucha por la sociedad libertaria, en dos planos íntimamente imbricados: la lucha contra el Estado histórico y contra la clase social que le sirve de soporte y a su vez lo utiliza, con que se enfrenta la fuerza revolucionaria anarquista; y la organización activa de la sociedad para que se defienda de la invasión estatal, para que se ponga fuera del alcance del Estado. Ambos planos convergen en el objetivo unitario de

destruir el Estado y organizar autónomamente la sociedad.

Esto implica que la acción de los anarquistas haya de tender a modificar permanentemente la relación de fuerzas existente entre el Estado y la sociedad.

Las luchas sociales más significativas de los últimos tiempos en los países de Europa occidental y oriental tienen como rasgo común el que no están encaminadas a obtener del Estado una determinada concesión sino a despojarlo de su poder en un punto determinado. Ponen de manifiesto una voluntad de organizar la actividad del grupo al margen del Estado. Antiburocratismo, antiautoritarismo, autodeterminación, autogestión, autonomía, son las palabras más empleadas por los protagonistas de esas luchas, por los observadores que sobre ellas informan, por los teóricos que sobre ellas teorizan. Se habla de renacimiento de las formas de lucha anarquistas en el periodo que por razones de comodidad, sin duda, se mide a partir del mayo francés de 1968. Ciertamente esas luchas tienen como carácter común el empleo de un método de acción directa que a lo largo de varios decenios caracterizó las luchas del movimiento libertario español.

Esas luchas son predominantemente obreras, pues la clase obrera es el grupo social fundamentalmente oprimido. Pero otros grupos no sólo se suman a ellas sino que logran protagonizarlas. En muchos casos, el aspecto reivindicativo de grupo limitado ha desaparecido o ha sido sumergido por un objetivo de carácter más amplio que ha permitido dar a esas luchas un significado y una resonancia populares. Son todavía ejemplos aislados. No se hallan inscritas en una estrategia global dirigida a un objetivo común. Pero, al igual que las luchas confederales de otras épocas, despiertan oleadas de solidaridad que desbordan ampliamente el marco local, los límites clasistas *strictu sensu*.

La concentración del poder en el Estado clasista autoritario hace inevitable la multiplicación de esas acciones. Y esa multiplicación trae consigo la toma de conciencia de una unidad profunda.

Los libertarios deben estar presentes en todas las luchas de ese tipo que puedan surgir en España, deben esforzarse en dar ese carácter

a cualquier lucha reivindicativa parcial que se manifieste. En el curso de esas luchas podemos ir codo con codo con cuantos en ellas participan, sin perder de vista que el carácter revolucionario de tales acciones reside en primer lugar en que no sean recuperadas en provecho de objetivos que les sean sustancialmente ajenos. Los libertarios deben integrar esas luchas parciales en un contexto global que cubra el territorio del Estado contra el que se lucha y que desborde sus fronteras. Centrar esa acción en España, como hace la pregunta correspondiente del cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, descubre el prejuicio de considerar al movimiento libertario español como algo insólito, aberrante. Significa también despojar esa acción de una de sus perspectivas revolucionarias básicas: el internacionalismo. Nada en el cuestionario incita a plantearse la relación entre anarquismo e internacionalismo. El hecho nacional es importante —puesto que existen Estados nacionales, plurinacionales, pero no un Estado mundial. Empero, pesa también sobre las luchas revolucionarias de manera insoslayable la omnipresente solidaridad interestatal. No es posible concebir un movimiento libertario nacional ajeno a las luchas internacionales, desprovisto de una solidaridad activa hacia ellas, y no confinándose, detrás tal o cual bandera de internacionalismo, en el chauvinismo. Estas son hoy ya las líneas de acción que de manera general se abren ante el movimiento libertario español. Sólo a nivel táctico pueden ser influidas tales líneas de acción por la gradación de gobiernos que teóricamente establece la encuesta en sus preguntas 12 y 13. El cómo hacer las cosas es importante. Pero lo fundamental es el objetivo en que las diferentes acciones hallan su razón de ser. En los anarquistas tal objetivo no puede ser mediatizado por las consideraciones tácticas que, en la inmediatez de la acción, pudieran parecer inevitables. Sólo la mediatización táctica de los objetivos puede mantener la polarización que minó la fuerza de las organizaciones libertarias tras la guerra civil: el espléndido aislamiento de la fracción apolítica, que llevó en pocos años a la extinción de sus mejores cuadros en empresas sin sentido, y la entrega a la tentación pactista en que se encenagó la fracción política hasta

que ya nadie contó con el movimiento libertario en los periódicos renaceros pactistas.

A la lucha contra el Estado franquista han de ir los anarquistas delante, junto o al lado de las otras fuerzas políticas o sociales antifranquistas. Pero no pueden supeditar su lucha contra el Estado, su lucha por la sociedad libertaria, a tácticas dictadas por la voluntad naturalmente ajena de sustituir una forma de Estado por otra, porque tal sacrificio táctico sería inútil. A la tarea de reemplazar el Estado franquista por otro se entregarán con alborozo los portadores de otras ideologías y los representantes de otros grupos sociales, hoy quizá al lado nuestro, pero que hallaremos seguramente frente a nosotros cuando tal sustitución se haya operado. Pero ese hecho no debe provocar inhibición, ni ser causa de desánimo. Ni la lucha de los anarquistas es circunstancial ni estáticos los objetivos que persiguen.

¿ Ideología u organización ?

El cuestionario termina con una pregunta que nos invita una vez más a escindir un fenómeno unitario. Invita a primar como fuente de la fuerza del movimiento libertario español el hecho organizativo o el hecho ideológico. Lo evidente de la potencia de las organizaciones del movimiento libertario español y el general descrédito que ha pesado sobre la ideología anarquista parece dar por sentado que fue el número de afiliados de la CNT lo que dio su fuerza al anarquismo en España y no la impregnación de la ideología anarquista en capas profundas de la sociedad española lo que dio sus afiliados a la CNT. Sin aquella impregnación la CNT era imposible.

Es innegable que uno de los rasgos que distinguen al movimiento libertario español de otros movimientos libertarios europeos es su carácter masivo, el que su influencia se haya encarnado a lo largo de más de medio siglo en organizaciones de masas, el que el anarquismo español no fuese un hecho elitista.

El anarquismo influirá siempre en la sociedad. Lo que importa medir en cada caso es el grado que puede alcanzar tal influencia y, en consecuencia, considerar la naturaleza orgánica de los vehículos sociales del anarquismo.

Todo el mundo está de acuerdo en que organizaciones elitistas de anarquistas son inevitables en España. Lo que se pone en duda, por no deseado, es la posibilidad de que las organizaciones de masas, las organizaciones clasistas libertarias, es decir, la CNT, renazcan en España.

En el pasado hubo en España organizaciones anarquistas de poco calado. Sin embargo nunca merecieron el calificativo de grupusculares. Una organización grupuscular no tiene otro destino que el entrismo en organizaciones más amplias, cuya ideología le es extraña, de las que espera lograr cierta conducta circunstancial y respecto a las que continuará siendo un cuerpo alógeno. Los trotskistas saben mucho de esto. Las organizaciones libertarias españolas específicas, los grupos de la FAI, por ejemplo, estaban abocadas a tareas limitadas (culturales, periodísticas, defensivas, terroristas). Pero su innegable eficacia les vino de que tal acción se realizaba, aunque autónomamente, en el cuadro o con referencia al cuadro de una organización, de ideología militante homogénea con la de ellas, que las englobaba, no siempre de manera « legal ». En el movimiento libertario tal organización era la CNT desde 1910. La CNT era una organización sindical obrera *sui generis*. No era una sindical de tipo occidental, condenada a ser dominada por una fuerza política exterior. Lo que al parecer corresponde a la naturaleza de las cosas. Correa de transmisión llaman a la organización sindical los leninistas. La CNT mera organización sindical es un espectro, como lo es la CNT sindical dominada por la FAI, porque los sindicatos confederados en la CNT no son comparables con los sindicatos que corresponden al arquetipo admitido generalmente. Muchas tareas que los obreros occidentales (y con mayor razón los obreros de los países llamados socialistas) consideran tarea natural de los sindicatos eran desdeñadas por la CNT, aun cuando su vecina UGT se dedicara a ellas, como a ellas ha pretendido dedicarse la CNS franquista. El carácter común de todos esos organismos sindicales es que ven en sus miembros meros obreros, seres condenados sempiternamente a ser obreros (o a ser redimidos de tal situación por el partido), cuya situación de obreros hay que mejorar o pre-

tender mejorar. En nombre de la eficacia reivindicativa y administrativa, esas organizaciones se dividen en dos grupos netamente diferenciados: la burocracia sindical y la masa de los afiliados. En la vida de los sindicatos confederales subyacía el principio de la Primera Internacional: « La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. » Muchas de las tareas abandonadas a los partidos políticos, al Estado, a las confesiones, a otras organizaciones, por los sindicatos que responden al arquetipo reformista o marxista constituyen aspectos esenciales de la vida cotidiana de los sindicatos confederales, aspectos que vinculaban estrechamente al afiliado con su organización. Los sindicatos de la CNT formaban permanentemente militantes revolucionarios y no simplemente militantes sindicales. Eran centros de vida social activa y no simples domicilios burocráticos. Por eso la CNT dispuso siempre de abundancia de militantes propios que no tuvo que ir a pedir prestados a cuerpos extraños. El entrismo fue siempre imposible en la CNT. Nin es un ejemplo significativo en este sentido¹⁸. Ciertas normas orgánicas favorecían la formación y la promoción constante de los militantes, al tiempo que impedían la burocratización de la Confederación. La no retribución de cargos, la limitación temporal del ejercicio de los mismos, son sin duda alguna causa de la gran juventud y de la rápida rotación de los dirigentes nacionales confederales. La complejidad de la vida contemporánea no permitiría aplicar hoy tan estrictamente tales principios. Pero no por eso deben ser arrinconados en el cuarto de los trastos viejos. Como tampoco deben serlo otras características normativas de la CNT. Lo normativo no fue nunca un corsé en la CNT. Era el puente tendido entre las exigencias del presente, de la lucha cotidiana, y el objetivo perseguido a largo término. Las normas internas trataron siempre de ser una prefiguración en el cuadro de las organizaciones confederales de lo que deberían ser las relaciones humanas en la sociedad a que aspiraban¹⁹.

18. [NDR. Véase en este libro, p. 311, nota 13.]

19. [NDR. La CNT estuvo siempre dirigida por militantes muy jóvenes. Sus más célebres secretarios nacionales fueron siempre jóvenes (Boal, Pestaña, Seguí, Horacio M. Prieto, Peiró). El

¿ Continuidad orgánica ?

El movimiento libertario se halla ante un inminente resurgir de caracteres análogos al de su renacimiento en 1930. No es la expresión de un deseo nostálgico afirmar que se encarnará en una organización de masas clasista. En los últimos años, aparecen en la sociedad española grupos que hay que calificar de ácratas, de libertarios, que las organizaciones residuales del movimiento libertario no logran asimilar y con los que en muchos casos ni siquiera establecen contacto. Este hecho es de la mayor importancia. Permite rastrear una corriente libertaria en la sociedad española. Fenómenos superficiales hacen perder de vista con frecuencia esa corriente. Aun estando dispuestos a inspirarse en los principios que impulsaron a la CNT otrora y a aplicar los métodos de lucha que aplicó, algunos de los grupos a que nos referíamos —precisamente aquellos que han alcanzado un mayor conocimiento del dispositivo orgánico « legal » del movimiento libertario español y un mayor conocimiento de la historia de posguerra de éste— manifiestan incluso repugnancia hacia la reconstrucción del movimiento libertario bajo la sigla de la CNT. Se trata de una reacción excesiva, pero explicable. ¿ Quién puede poner en duda que veleidades de unificación « legal » del movimiento libertario son un falso problema y que los esfuerzos que se apliquen

a resolverlo son tiempo perdido ? ¿ Quién puede poner en duda que las organizaciones futuras del movimiento, si es que tienen que responder a la imagen de lo que un día fueron, no serán el resultado del encuadramiento de nuevos llegados por viejos cuadros depositarios de la « legalidad » confederal, no por ser viejos sino porque su actividad no puede pretender al calificativo de anarquista ? ¿ Dónde está su implantación en España ? ¿ En qué lugares de trabajo están presentes ? Aunque las diversas legalidades confederales, los diversos hogares de fuego sagrado, los múltiples sellos decidan unirse en una sola legalidad, en un solo fuego, en un solo sello, la continuidad orgánica puede ser descartada desde ahora. El movimiento libertario se reconstruye en España, donde mayores frutos da el proselitismo en su forma más fecunda : el proselitismo de la acción. Las futuras organizaciones confederales serán el resultado de la conjunción de núcleos dispersos, de grupos sin pretensión de representación global, bajo el denominador común de una acción libertaria²⁰. Tal conjunción debe sentar como premisa básica su autonomía, la autonomía de la clase obrera, respecto a organismos portadores de ideología extrañas, pero también respecto a organizaciones no clasistas que se definan como anarquistas. Debe afirmar de manera permanente su autonomía y su carácter hegemónico respecto a esos organismos. Sólo así puede encarar eficazmente su porvenir.

último de ellos, Mariano R. Vázquez, murió a los 30 años, tras dos de ejercicio. Algunos llegaron a ser secretarios nacionales varias veces (Peiró, Prieto, Pestaña). Los líderes más conocidos durante la guerra civil tenían menos de 40 años. Muchos de ellos viven todavía.]

20. [NDR. En los textos que publicamos a continuación hallará el lector datos que confirmen o impugnen las afirmaciones excesivamente sumarias que sobre el tema de la « continuidad orgánica » formula el autor.]

El sectarismo, el paternalismo y el dirigismo

Nuestra visión del movimiento libertario en España nos preocupa : corrido por una decrepitud probablemente mayor que la de sus competidores antifranquistas ; invadido por una plaga de individualismo jactancioso ; por la presencia de innumerables pequeños autócratas que apadrinan su capilla al tiempo que « critican » ferozmente el sectarismo, el paternalismo y el dirigismo político ; incapaz de superar una crisis

que dura desde 1937 y que se debe en gran parte, creemos nosotros, a la falta de objetivos claros (o a su parcialización cuando han existido), a la carencia de un método de trabajo propio y nuevo, adecuado a las dificultades que nos impone la realidad que atravesamos y con una perspectiva de futuro que supere de una vez para todas la nostalgia de un pasado heroico demasiadas veces evocado para cubrir el actual vacío ; que se debe, en fin, a la falta de visión de la totalidad del mundo a transformar o a la inconsecuencia política en los casos en que esa visión existe y que condiciona toda la serie de localismos, sectarismos, circulismos y dogmatismos, esquematismos y suspicacias absurdas en que venimos cayendo de forma sistemática. Grupos de Acción directa. (Transcripción de Frente Libertario, octubre de 1973.)

La posesión exclusiva de las siglas

Nuestros esfuerzos siempre se han orientado hacia la consecución de la unidad en el ML, negándonos, desde un principio, a fortalecer el enfrentamiento entre tendencias. Por este motivo hemos considerado imprescindible nuestro alejamiento

de de las estructuras mantenidas por el ML histórico, así como la no participación en la lucha desencadenada por la posesión exclusiva de unas siglas.

Una mención especial merece la reciente formación de una Federación local de la CNT en Barcelona. Creemos sinceramente que el anarcosindicalismo español ha conocido, a lo largo de su historia, pocas maniobras tan grotescas y autoritarias como la que ha montado un grupo de burócratas para asegurarse la representación « oficial » de la CNT en Barcelona. Bastarían pocas palabras para demostrar que la supuesta pureza doctrinal de los individuos que han montado la manobra es un simple conglomerado de conceptos reaccionarios. En los números sucesivos de esta publicación intentaremos analizar el hecho concreto con más profundidad. Lo que más sorprende de todo es ver que también existen jóvenes dispuestos a cometer viejos errores, aunque en este caso concreto se adivina la intervención de alguna mano maestra en las artes de maniobrar. La celeridad con que ha intervenido uno de los dos comités regionales para bendecir esta parodia de FL demuestra, sencillamente, la escasa responsabilidad de unos compañeros que a pesar de su avanzada edad y su « experiencia orgánica » han sido incapaces de aprovechar la posibilidad de crear una FL con auténtica base real. Por lo demás esta FL es, a imagen de su creador, una estructura vacía y burocrática, ignorada por todos. Comisión peninsular (provisional) pro-Congreso. El equipo editor. (Transcripción de *Frente Libertario*, octubre de 1973.)

Reconstrucción por la base

Para conseguir la ansiada unidad orgánica en nuestras filas, debemos tener en cuenta que en lo que respecta a Cataluña tenemos actualmente la siguiente situación:

Por una parte una serie de compañeros que se han relacionado con las diferentes tendencias (o Comités regionales) que existen tanto dentro como fuera del país, a su vez relacionados con antiguos « dirigentes » tanto de la CNT como de la FAI y que normalmente, en la mayoría de los casos cuando se celebran discusiones sobre el tema de la reconstrucción del ML, niegan el proceso de reconstrucción orgánica, basándose en el consabido argumento, consistente en afirmar que la Organización ya existe puesto que ellos cotizan y tienen carnet: ¡ Son la legalidad !... cenetista.

Por otra parte, los elementos que no estamos integrados en ninguna de las facciones del ML clásico, tanto del « interior » como del « exterior », así como muchos elementos que se mueven en su marco, creemos en la necesidad de reconstruir, colectivamente, el ML abandonando todas las posiciones secundarias y burocráticas.

Ante esta situación, los militantes del Equipo Durruti creemos que el camino para la reconstrucción del ML, tanto en Cataluña como en el resto de las « Regionales » pasa, en líneas generales, por:

—La reconstrucción, a nivel local y comarcal de las Federaciones locales por todos los militantes que se reclamen de la tendencia libertaria.

—La coordinación de estas Federaciones locales hasta llegar a la formación de Comités regionales, y seguidamente a la

formación de un Comité nacional. Equipo Durruti (Barcelona). (Transcripción de *Frente Libertario*, octubre de 1973.)

Una respuesta « política », « formalista », « jurisdiccional »

Y sin tono reverencial ni matiz rutinario, debemos decirlos que todos los Congresos del ML y confederales, hanse verificado en etapas de relativa libertad política formalista, nunca en periodos de clandestinidad, pues ésta más obstaculiza que facilita la necesaria y amplia exposición de criterios y acuerdos. Y, en nuestro caso, es la clandestinidad una de las motivaciones que más influyen y exacerbaban nuestras diferencias y divisiones, hijas de la incomunicabilidad de los militantes y los jóvenes libertarios, bien que entre vosotros en grado menor por no padecer el cáncer de los personalismos en presencia y ausencia. Por consiguiente, convocar un Congreso en las circunstancias actuales, además de minimizar la participación de los compañeros que aquéllas no permiten, dado que es obvia la imposibilidad de concentración numerosa, podría provocar aún más una atmósfera antagónica, completamente contraria y adversa a los propósitos que se propugnan y a las cotas que se persiguen.

Decís en vuestra convocatoria que, los asistentes a la Conferencia, « ven como necesidad fundamental ir asentando unas bases mínimas, para proyectarlas hacia la convocatoria de un futuro Congreso del que salga la Organización Anarcosindicalista (CNT) que reúna las aspiraciones de todos los grupos adheridos a esta propuesta ». ¿ Es que no existe ya la CNT del Interior, aunque mínima si la comparamos con su potencialidad de antaño, a la cual vosotros pertenecéis ? Entendemos, pues, que todo el contenido programático de la convocatoria, todas sus bases teóricas y reorganizativas pueden muy bien plantearse y acuciarse desde la CNT del Interior como organización sustancialmente aglutinante, alreada desde todos los puntos cardinales, captando e integrando en estrecho haz a jóvenes y maduros.

Aun contando con todos los inconvenientes antes citados, solamente una razón poderosa sería válida para llegar al enfrentamiento congregacionista: el que los compañeros que aquí en el Interior siguen las directrices del Inter y el SI de Toulouse, estuvieran dispuestos a acudir primero a la Conferencia y después al Congreso. Bien sabéis que no es así, y, ellos, podrían aprovechar la ocasión para condenarnos como heterodoxos, condena que en sí misma no tiene para nosotros más que un valor anecdótico, si podría en evidencia en mayor escala las diferencias jurisdiccionales que nos separan. Y conste que seguimos manteniendo, medular y visceralmente, nuestra actitud de autodeterminación, por y para el Interior, sin dejar de escuchar y atender toda clase de sugerencias que del exilio nos vengan.

En definitiva, nuestras objeciones y puntos de vista son más de procedimiento que de contenido, más realistas que teóricas, más de condiciones ambientales que de posibilidades inopertunas. Y, finalmente, que debemos seguir adelante con todo el bagaje dialéctico inmerso en el espíritu que guía a la Conferencia, de amplios horizontes, como motor que impulse al fortalecimiento y profundidad de la CNT y del ML. Por el Comité regional del Interior de la CNT. El secretario. (Transcripción de *Frente Libertario*, octubre de 1973.)

De un modo u otro, consciente o no, en el hoy fugaz que vivimos individualmente está también el ayer que abarca la experiencia personal hecha, la de varias generaciones, el pasado de la comunidad milenaria en que hemos nacido y nos hemos desarrollado, y proliferan más o menos, con más audacia o menos audacia, prefiguraciones del mañana, ya se trate de una nueva ordenación social, política y económica global o de un cambio de los concejales municipales; es decir, en cada momento que vivimos hay un ayer, un hoy y ahora, y un mañana. La ubicación en plenitud en ese proceso y en esa cronología no es uniforme; para unos basta como ambiente vital el pasado, el ayer, el recuerdo de lo vivido; otros se complacen en vivir el día, el ahora, el momento, el hoy, y en disfrutarlo lo mejor que puedan; pero hay también quienes tienen más inclinación a prefigurar, a anticipar lo que puede venir y ya al prefigurar o anticiparlo como un paraíso artificial lo están viviendo y disfrutando. De todo hay en la viña del señor, y no nos cuesta mucho esfuerzo encontrar arquetipos en cuantos nos rodean. Pero vivir en plenitud es vivir el ayer, nutrirse del ayer, considerarse partes del ayer, de la historia, eludiendo el riesgo bastante común de todo unilateralismo y evitando que ese ayer nos atrape y nos deje enterrados en él, anulándonos así para ver las cosas y la vida a nuestro alrededor y para juzgarlas y valorarlas y utilizarlas como materiales de la construcción de un mañana mejor; vivir en plenitud es también vivir la hora que pasa, sus exigencias, sus problemas y es también vivir por anticipado y trabajar y soñar y anhelar un porvenir más justo, más humano, más libre.

Un personaje vinculado a los vencedores de nuestra contienda civil, que era entonces un muchacho, y encumbrado por sus méritos intelectuales, nos decía como teniéndonos lástima:

—Pero vosotros no sois ya una fuerza.

Por la fuerza de la costumbre hablamos de los vencedores de nuestra guerra civil, pero la verdad es que no es tarea fácil señalar quiénes fueron los vencedores y quiénes los vencidos; un día se hará el balance definitivo y las nuevas generaciones juzgarán mejor que nosotros, desapasionadamente, quiénes fueron en definitiva los vencidos y quiénes los vencedores, o en qué medida lo fueron unos y otros.

Respondimos al personaje que nos decía que no éramos ya una fuerza:

—Es verdad, no somos hoy eso que llamáis una fuerza nutrida, porque nos habéis exterminado por todos los medios a vuestro alcance, y eran muchos; no somos una fuerza nutrida de esas que pueden pesar en un plebiscito o en unas elecciones parlamentarias eventuales; pero somos historia. Y eso no lo sois vosotros. Y no nos atrevemos a decir si lo seréis algún día, si seréis historia que informa y anima, historia que crea por su propia gravitación y que llega mucho más allá que los que la vivieron, la crearon o la sufrieron; historia que es como la semilla fecunda que brota de nuevo en condiciones propicias, con buena tierra nutricia, con humedad y con calor.

Queríamos decir con eso que pertenecemos a los que miran al ayer, y los hacen con orgullo; a los que tratan de ahondar en el camino recorrido y extraer de él lecciones, experiencias, sugerencias para enfrentar los problemas presentes y para encontrar mejores rutas para el mañana, para los que vendrán después de nosotros y a los cuales no haríamos ningún bien quedando aprisionados en lo que pasó. Somos historia, sí, pero no historia estática, fría, sino dinámica, que abre horizontes y no los cierra a cal y canto como en un sarcófago; somos historia, pero no queremos quedar en ella contemplativamente como nuevos

Budas, como si hubiese unas columnas de Hérculas que nos anunciaran que no hay más allá. Ya hace muchos años, uno de nuestros grandes —también entre nosotros hay jerarquías, diría Buenaventura Durruti— advertía a los pro-pensos a plantar jalones limitativos: ¡Más allá del ideal hay ideal!

Lo que es esencial y lo que es circunstancial

Por efecto de una formación o deformación mental o de una educación incompleta, fragmentaria, muy a menudo se suele confundir lo que es esencial, básico, y lo que es circunstancial, aleatorio, y no es raro que atribuyamos más significación a lo pasajero, eventual, que a lo que es piedra angular, eje auténtico, cimiento sólido de la personalidad humana o de una orientación, de una concepción que atraviesa los siglos como una estrella de luz. Se da más apego a la letra que al espíritu.

La idea de *an-arquía* es antigua, en el sentido de liberación de dogmas y de tutelas; aparece bastante nítida en todos los tiempos desde los orígenes de las grandes religiones, desde los baluceos de la filosofía y en los sistemas políticos primitivos; se pueden seguir sus huellas en mil manifestaciones intelectuales, morales y experimentales en los filósofos y místicos del Asia antigua y clásica, en la cultura griega, en la propia época de la hegemonía de Roma, a lo largo de la Edad Media, en el Renacimiento, y en los tiempos modernos, en el florecimiento intelectual que abrió el curso a la revolución francesa. El empleo de la voz que puso en circulación P.J. Proudhon es de ayer, de mediados del siglo XIX. Se cometió luego el error de vincular la idea de *an-arquía* con un sistema económico determinado, una vinculación que tiene explicaciones y justificaciones frente a un mundo capitalista, inhumano, opresivo, que yugulaba demasiado peligrosamente la personalidad y la dignidad del hombre. Frente a aquella situación intolerable, si la estructura del sistema de producción y de distribución de los frutos del trabajo se hiciesen en tal o cual forma, muchos de los males que sufría la humanidad no se darían con la crudeza y el horror con que se dieron; si la propiedad de la tierra, de los instrumentos de trabajo no fuesen monopolio y privilegio para unos pocos, todo podría marchar mejor, con más justicia, con más respeto a la libertad.

Grandes masas humanas se extinguían en las fábricas nacientes, que eran prisiones no mucho mejores que las de la esclavitud anterior. El cambio de basamentos económicos era una nobilísima aspiración y era fácil entender su ventaja, su superioridad; fue la hora de aquellos generosos sueños de mañana de lo que se llamó luego despectivamente socialismo utópico. El mal no estaba en propiciar un alivio, por el apartamiento o por el enfrentamiento directo; el mal estuvo en lo que vino después, en la acentuación de lo transitorio como algo esencial. Del mutualismo proudhoniano se pasó al colectivismo de Miguel Bakunin y sus amigos, y luego se juzgó que el colectivismo libertario era incompleto y había que buscar formas más perfectas, como el comunismo kropotkiniano, ideado en los ocios de la prisión de Clairvaux.

Lo que siguió fue una guerra intestina entre colectivistas y comunistas que consumió muchos años, decenios enteros de lucha, de pasión, de condenas, de descalificaciones, de expulsiones, de escisiones.

Se estremece uno al revisar las publicaciones de aquellos años, años de intransigencia, de intolerancia, de antianarquismo en nombre de un sistema económico perfecto. Lo que debió ser un oasis de confraternización fue un campo de

Agramante, y parece increíble que en aquellas condiciones se haya logrado sobrevivir con tan despiadadas persecuciones y sufrimientos por obra de los enemigos de enfrente. Algunos de los portavoces de una de las corrientes económicas calificadas como las más perfectas e intocables murieron sin comprender que no habían adoptado la solución que más respondía a la esencia del anarquismo, que es inseparable de la libertad y de la libre experimentación; otros reconocieron que cabían varias soluciones, que podían coexistir y convivir modalidades económicas diversas, que al fin y al cabo no eran más que hipótesis y no debían ser más que hipótesis. Y fue un español, el ingeniero Fernando Tarrida del Mármol, el que cortó el nudo gordiano al sentar la tesis del anarquismo *sin adjetivos económicos*, aunque la rutina de las frases hechas hizo que todavía persistiera la proclamación del comunismo kropotkiniano como el único camino legítimo y como la suma perfección. Y fuimos nosotros los que reivindicamos el derecho a la disidencia en ese punto.

Ideología y táctica

Y lo que ocurrió en materia de organización y distribución, que es algo aleatorio, algo que dependía de la realidad cambiante y de las posibilidades de esos cambios, ha ocurrido en materia de tácticas a emplear. También fueron presentadas e interpretadas las tácticas como dogmas infalibles, como fundamentos intocables. Las frases hechas, las rutinas consagradas, con razón en un instante o en un periodo dados, lo fueron todo, y cualquier apartamiento fue anatematizado como herejía.

También esa incompreensión nos ha causado daños enormes y ha dejado lesiones profundas y absurdas. Nos olvidemos que la táctica a emplear debe corresponder a las contingencias variables y que lo que en un momento es acertado y conveniente, puede no serlo en otros. Lo que importa es no perder de vista algo más importante: que los cambios sociales, las revoluciones verdaderas son obra de los pueblos, obra de la cabeza, de la conciencia, y también del corazón, si es que del corazón nacen los impulsos de fe, de sacrificio y de esfuerzo para las grandes construcciones.

Han pasado muchos años, y los que no tenemos ningún reparo en reconocer y confesar errores propios y en señalar los ajenos, comprendemos que en algunas circunstancias nos hemos equivocado y en otras hemos acertado con la táctica más conveniente. Cuando en febrero de 1936 optamos por suspender el tradicional boicot a las urnas en España, con el que habíamos derribado en noviembre de 1933 un gobierno miope e inepto como el del socialazañismo, si en el orden interno contamos con la aprobación tácita de casi todo nuestro movimiento, por no decir todo, nuestro silencio ante la convocatoria de elecciones fue interpretado algo así como una invitación táctica a que cada cual obrase según su conciencia y su criterio, y un millón de votos, que hubiesen dado con su abstención el triunfo y el poder al equipo de Gil Robles, que significaba la implantación legal de un régimen fascista, devolvió el poder legal, constitucional, a los republicanos, que prometían en el primer punto de su plataforma una amnistía para los presos por cuestiones sociales. Por ellos hubiésemos vendido el alma al diablo si hubiese habido un diablo que la quisiera comprar. No es culpa nuestra si esos hombres del primer bienio de la República no aprendieron en el que siguió nada nuevo y si reanudaron al día siguiente del triunfo que le hemos dado la misma política suicida que habían practicado antes. Lo que entonces nos

importaba era la liberación de los presos, un motivo de angustia permanente para los que no lo estábamos, o no lo estábamos todavía con sentencias firmas a presidio.

Para explicar a los amigos íntimos nuestra decisión de no reiterar la campaña de 1933, invitamos a una reunión a Francisco Ascaso, a Buenaventura Durruti, a Manuel Villar, a Tomás Herreros, a Pedro Herrera * y a algún otro que no recordamos. La unanimidad fue absoluta; otras reuniones en círculos más amplios dieron el mismo resultado. No invitamos a concurrir a las urnas, y hasta fue llamado al orden Durruti por haberse extralimitado un poco en su apasionado fervor; pero no exhortamos a no concurrir. Fue bastante, y propios y extraños tuvieron que reconocer que fuimos nosotros los que privamos del poder al fascismo legal que nos amenazaba.

¿Había motivos para aquella campaña que se hizo entonces a través de algunos periódicos anarquistas del exterior, y que una revista italiana recordaba recientemente, en la que se nos acusaba de todas las traiciones, de todas las desviaciones? Con algunos de los portavoces de aquella olímpica acusación no hemos podido volver a dialogar como se dialoga entre compañeros y entre amigos. La intemperancia que era norma de algunos de los propagandistas que se decían anarquistas, como si el anarquismo fuese posible sin tolerancia, no hizo ningún bien al anarquismo ni al movimiento anarquista. Los que sobreviven a aquella *traición*, si queda algunos fuera de nosotros, no vacilarían en reiterarla si al mismo precio fuese posible librar nuestro país de un régimen político como el impuesto por la victoria en la guerra civil; aquellos traidores no nos acompañarían hoy en el mismo delito porque cayeron en el camino, y cayeron como héroes consecuentes que han entrado en la historia con todos los honores, por su consecuencia, su integridad y su heroísmo en la lucha y en el ejemplo de su vida.

Naturalmente, lo que queremos decir con esto es que hay algo esencial y algo circunstancial en todo; las tácticas a emplear son circunstanciales, variables, accidentales, y cada momento histórico y cada individuo según su posición y su criterio debe aplicar las que resulten más acertadas y más convenientes.

El anarquismo no es una panacea

Se quiso adscribir al anarquismo, que es la negación de todo dogma, de todo sistema acabado, la posesión de una panacea para curar todos los males, algo como lo que se hace figurar en la plataforma electoral de un partido político en tiempo de elecciones. Y no hubo razonamientos que valiesen contra la propensión de muchos a proclamar la panacea, que se exhibía como un talismán, sin que se advirtiese inclinación alguna a probarla y experimentarla personal y directamente en los hechos, como intentaron probar las suyas el cabetismo o el fourierismo,

* [NDR. Sobre Ascaso y Durruti, véase nota 1 en la p. 303. Manuel Villar fue miembro del Comité de Abastos (surgido del Comité de Milicias) de Barcelona en julio de 1936. Director de *Fragua Social*, órgano de la Confederación regional de Trabajo de Levante en 1937-1939. En la clandestinidad, fue secretario general del Comité nacional de la CNT, detenido y condenado. Pedro Herrera formó parte con Abad de Santillán del grupo de afinidad Nervio de Barcelona. Consejero de Sanidad de la Generalitat de Cataluña en 1936. Secretario general de la FAI y miembro del Consejo del Movimiento Libertario en 1939. Véase nota 2, p. 250.]

para probar la virtualidad y positividad de sus utopías, que no dieron los frutos esperados, porque lo que importaba no era marginarse del mundanal ruido, como quería fray Luis de León, sino ser estímulo a alicente de un sentido de comunidad y de confraternidad para los que nos rodean; lo que importa no es salvarse particularmente, como en un naufragio, sino propiciar, encarnar una salvación colectiva. Como en el escenario de la lucha por la vida y por el bienestar, la solución no hay que buscarla en la prosperidad individual, en el propio enriquecimiento, sino en la prosperidad, el bienestar y el progreso del conjunto, de todos; por algo no es nuestro ideal el capitalista afortunado que se siente feliz y satisfecho con su triunfo y su riqueza en medio de la frustración de los más.

A veces se nos interroga sobre concreciones del anarquismo para curar los males sociales y no vacilamos en responder que el anarquismo no es curandero ni mano santa; que la salud debe ser la obra de todos y de cada uno; que no tenemos ningún sistema ni somos taumaturgos.

En épocas pasadas nos hemos sentido ligados íntimamente, estrechamente, como si hubiésemos hecho nuestra la teoría de la lucha de clases, con los sectores más pobres, más desheredados de la sociedad, y nos hemos sentido solidarios con ellos, les hemos ayudado y enseñado a defenderse, a asociarse para ser fuertes, a sentirse seres humanos con todos los derechos y todos los deberes. No lo hicimos porque el anarquismo fuese en esencia de una clase, clasista, proletario, sino por humanidad. Durante un siglo se hizo por la educación y el ejemplo y la elevación del nivel de vida de esos sectores marginados, menospreciados, oprimidos, lo que ningún otro movimiento, ideología, escuela, partido ha hecho o sabido hacer. Y se pagó en ese apostolado un altísimo precio, y ahí están los resultados; el trabajo organizado es en nuestros días un integrante jurídico, económico y social de la sociedad y no se puede prescindir de él; hay que contar con él. Pero de aquel proletariado al que hemos ayudado y sostenido en sus reivindicaciones y en sus luchas es poco lo que queda; prácticamente, hay más proletariado, en el sentido histórico, en la clase media, que en los trabajadores de oficios. Se había llegado a consolidar algo como una nueva cultura, una nueva ética social, la de los oprimidos y explotados contra la ética de los explotadores y opresores; si hoy recibimos la impresión de que esa cultura se ha debilitado o trasfundido en lo que ayer llamábamos cultura burguesa, mirando retrospectivamente nos sentimos con derecho a un poco de orgullo, o a un mucho de orgullo, por la obra cumplida, y aunque el precio de esa larga batalla ha sido alto, bien pagado está. No estamos arrepentidos, ni siquiera cuando se nos desconoce y se nos ignora por los que disfrutaban de un *status* que no habrían conocido sin nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio.

Fue ésa, en líneas generales, una etapa que pasó, que es ya historia. La mayoría de los llamados proletarios de ayer está mucho más cerca de la pequeña burguesía, es más pequeña burguesía, por el nivel económico y por la mentalidad adquirida en la economía de mercado, que de la condición de que ha partido con nuestra ayuda y nuestra prédica. ¿Arrepentimiento? No, y ojalá no quede un solo vestigio de aquel mundo torvo y cerril en que todavía nos ha tocado vivir y actuar.

Para un trabajador corriente de nuestros días se trata de disponer de un departamento confortable, de un coche para ir al trabajo o al recreo los días festivos, del equipo electromecánico para el hogar, de ver a sus hijos en los altos centros de estudio y regresar de ellos como ingenieros, como doctores. ¿Es algo inmoral? El trecho recorrido en los últimos decenios es enorme y el olvido de lo que un día hicimos en la lucha contra la miseria del pueblo es casi total

o total. Y si aún pretendiésemos obrar como ayer en ese ambiente, en las poderosas organizaciones sindicales institucionalizadas, se nos miraría con recelo y disgusto o se nos cerrarían simplemente las puertas para que no perturbásemos su sosiego. El militante obrero abnegado y sacrificado de ayer ha cumplido su misión y el turno es de la burocracia administrativa y rectora de los grandes conglomerados de obreros y empleados *. Y de poco vale el pataleo, la protesta, la indignación. El militante obrero nuestro, nuestro militante obrero con alma de apóstol, de educador, de sembrador generoso, ha cumplido su misión. El que no renuncie a seguir bregando en ese mundo, nuestro mundo de ayer, tendrá que hacerlo como funcionario rentado, como un funcionario más, como un eslabón más de la cadena burocrática imperante, dominante.

Comprendemos que ese reconocimiento no es fácil ni halagüeño; es el desmoronamiento de un mundo con el que nos habíamos identificado como partes de un todo; para muchos va a resultar imposible la renuncia voluntaria a seguir siendo lo que fueron, carne, sangre, vida de un sector social a cuya defensa lo habíamos sacrificado todo, y que no cuenta ya, por lo menos en los países desarrollados, y reajustarse a una comunidad más amplia, a una sociedad más compleja y con otras exigencias, sin la cual no habrá verdadero progreso, verdadera revolución, verdadero cambio. ¿Es que no hemos contribuido, sin proponérmolo conscientemente, a esa nueva realidad?

Por otra parte, desde las trincheras de un sector social cualquiera, de arriba, de abajo o del medio, se llega insensiblemente a la concepción de un dominio, de un gobierno, de una dictadura del sector, y así se forjó el mito de la llamada dictadura del proletariado, por ejemplo, a través de cualquiera que sea la catástrofe, el arrasamiento de obstáculos para el triunfo, supuestamente proletario, partidista, militar, financiero, burocrático. Pero si el anarquismo es en su esencia igualdad, fraternidad, comunidad de libres y de iguales, lo que ayer buscábamos por mediación de minorías revolucionarias hay que buscarlo hoy por mediación de mayorías, de la totalidad, de la comunidad. No es un camino más largo, sino que es más directo y más seguro.

Decimos hoy con plena convicción lo que ya decíamos ayer, que para nosotros no hay opción entre un Stalin y un Adolf Hitler o sus equivalentes contemporáneos, entre una dictadura en nombre del proletariado o una dictadura en nombre de una raza aria superior. El anarquismo pertenece a la humanidad, a esa humanidad en la que encontramos hoy empresas industriales y financieras multinacionales que son verdaderos imperios o Estados totalitarios de todas las apariencias, hasta democráticos, pero en el fondo siempre autoritarias y absolutistas. A esa humanidad a la que pertenecen esos 50 millones de obreros empleados y técnicos que fabrican armas en todo el mundo; esos guardianes del orden público impuesto de arriba abajo por los que encarnan el mando supremo y esos millones que custodian las cárceles y campos de concentración donde son encerrados algunos pobres delincuentes y algunos insumisos que aspiran a mantener su independencia y su personalidad propias. Y una verdadera liberación del hombre no es concebible sin la liberación de esos millones de fabricantes de armas, de guardianes del orden, de guardiacárceles, de soldados y oficiales de todas las armas.

Como tantos de nuestra generación y de las generaciones que nos antecedieron éramos hombres de trinchera y hemos separado a los seres humanos en buenos y malos; los buenos eran los que estaban en la trinchera; los malos los que estaban en las otras trincheras.

* [NDR. Afirmación que contrasta con la de Orero en p. 268-269.]

Algo han cambiado las cosas en los últimos decenios para que lleguemos honestamente a la convicción de que hay buenos y malos en todas las trincheras y fuera de ellas, y para que procuremos encontrar al hermano, al ser humano en todas partes, hasta en los que fabrican las armas más poderosas de destrucción por un salario seguro y un bienestar pasable, hasta en los que se ganan la vida y mantienen a sus familias a cambio del eventual enfrentamiento contra los intentos de perturbar el orden que conviene a los que se atribuyen la rectoría suprema de una colectividad. Nos rehusamos al aislamiento, a encerrarnos voluntariamente para no contaminarnos, a esconder la cabeza bajo las alas como el avestruz perseguido. Queremos respirar a pleno pulmón la vida que nos circunda, aunque esté viciada, para contribuir a salvarla de tantos peligros mortales como la acechan. Y deploramos que la vida sea tan corta y quede tanto por hacer en beneficio de nuestros semejantes, asalariados o rentistas, jóvenes, niños, adultos, obreros o ejecutivos de empresas. Más que circunscribir nuestro radio de acción posible, hay que reconocer que se ha ensanchado tanto que apenas podemos abarcarlo en su complejidad. Nuestras fuerzas para esa gran tarea son limitadas, y serán más limitadas aun si volvemos la espalda a las exigencias e imperativos de nuestro tiempo, de esta hora.

La revolución catastrófica

Se dice por los estudiosos de los cambios caleidoscópicos del mundo actual que cinco años de nuestra época equivalen a un siglo de los tiempos pasados y es evidente que no se anda muy lejos de la verdad. Un solo hecho, el del crecimiento demográfico, nos muestra con suficiente elocuencia que es así. En muchos países, en muchas zonas del globo terrestre, crece la humanidad numéricamente hasta duplicarse en una treintena de años, y eso indica que los problemas consiguientes se acumulan a un ritmo que hace desesperar de que puedan hallarse soluciones para ellos y se preanuncia una mañana sin suficientes elementos para instalar a los que llegan en proporciones tan desmesuradas, alimentarlos, vestirlos, alojarlos, educarlos, pues el suelo nutricional y habitable no es ilimitado, y los recursos naturales lo son mucho menos, sin hablar de los peligros mortíferos que nos amenazan, sin contar las guerras con armas nucleares, mejor dicho, sin contar con la guerra nuclear, porque no habría perspectiva para varias.

Si para duplicar la población del mundo desde el comienzo de la era cristiana hicieron falta 16 siglos; si hasta fines del siglo XIX todavía era relativamente lento ese crecimiento, desde 1900 a 1950, pese a dos guerras mundiales, el aumento fue ya alarmante, desde 1950 en adelante toda la alarma es poca y se presiente la catástrofe; de ahí la prisa con que se procura limitar la natalidad, propagar medios y normas para poner límite a la presencia de nuevos comensales. En tiempos de Malthus se trataba de un alarmismo todavía injustificado; ahora es distinto, el peligro es palpable y visible en todos los niveles.

En la impotencia para contener el derrumbe de un mundo, que el hombre en su inconciencia puede acelerar, porque tiene el poderío para hacerlo gracias a los avances científicos y tecnológicos, hay propensión a invocar cualquier remedio catastrófico, que lo destruya y arrase todo, para que de los restos y de las cenizas pueda surgir un mundo nuevo y más habitable. Un día Ernest Coeurderoy, el viejo anarquista francés precursor, pedía la revolución por los cosacos y deseaba que invadiesen el occidente europeo y no dejaran piedra sobre piedra.

Algunos indicios de lo que podría ser la revolución por los cosacos, los hemos tenido en nuestros días; los cosacos no llegaron como hordas a caballo, sino como caballería blindada, con tanques de guerra, como en Hungría y en Checoslovaquia; como indicios bastan. En verdad, todas las revoluciones catastróficas que se puedan imaginar como fuerzas de destrucción son inhumanas, antisociales, repudiadas. El remedio sería mil veces peor que la enfermedad*.

Solamente merecen el nombre de revoluciones las que construyen, no las que destruyen vidas y bienes. Si queremos figurar y ser actores y protagonistas de la revolución contra todos los mitos, contra todas las autoridades impuestas de arriba abajo, por la teología, por los intereses industriales y financieros, por las castas militares, por las élites, por las doctrinas y filosofías llamadas de liberación o de opresión, que se equivalen, hay que salir de los caminos trillados. Los que manejan todavía esos conceptos autoritarios y negativos trabajan contra la liberación y por nuevos despotismos, con moderno o antiguo cuño, es lo mismo.

Nos estremece encontrar todavía vestigios de revolucionarios catastróficos por medio de fuertes batallones, brigadas o cuerpos de ejército, o por medio de conmociones sociales violentas, destructoras, avasallantes, como esos ríos que salen de madre y no dejan tras ellos que ruinas y devastación o como esos ciclones y tornadas que en pocos minutos echan abajo el trabajo creador de muchos años, o como los terremotos de la corteza terrestre. El camino que lleva a cambios efectivos no es éste, el de las catástrofes, porque las fuerzas ciegas que arrasan no son fuerzas inteligentes y constructivas, no le fueron nunca.

Un día comentábamos nuestra posición de violencia como intérpretes de las exigencias de una mayoría social depauperada contra una minoría que rebotaba en la abundancia y el ocio; el razonamiento parecía justo y admisible sólo en apariencia, pero había una cierta lógica en ello; pero no la hay cuando no podemos apelar a ninguna mayoría y obrar en nombre de esa mayoría. Lo que antes era mayoritario no lo es ya. Los asalariados que un día integraban las filas del proletariado son bastante menores en número que la clase media, sin contar con la integración, como hemos dicho, de la mayor parte de ese proletariado en la clase media y en la mentalidad burguesa o pequeño burguesa. Hay que buscar y encontrar otras plataformas de sustentación y para nosotros no las hay en la supuesta división de clases, de esas clases que fueron ayer reales, efectivas y que ya no lo son, ni éticamente ni en los intereses ni en las aspiraciones. O hacemos de la comunidad entera el campo de nuestra acción o quedamos atrás, marginados, olvidados, como un lejano recuerdo, si es que quedamos como recuerdo.

Un fenómeno nuevo

Aunque en nuestras filas, y no en furgones de cola, hemos tenido personalidades de verdadera jerarquía intelectual, de todos los orígenes sociales, descendientes de la nobleza, de las clases ricas, de la inteligencia superior, la inmensa mayoría de los que fueron nuestros compañeros procedían de las fábricas, del trabajo manual, eran obreros y campesinos. En los últimos decenios hace su aparición un aporte con el que no hemos contado antes, al menos en tal proporción: el de la juventud universitaria, el del profesorado universitario, es decir una influencia de valores procedente de las capas más ilustradas de la sociedad, científicos,

* [NDR. Nos parece digna de ser señalada la coincidencia en este punto entre la afirmación de Abad de Santillán y la de José García Pradas, p. 201-204.]

investigadores en las distintas ramas del saber. El anarquismo es reivindicado y revalorizado hoy como no lo había sido antes por estudiosos de todo origen, con formación profesional, filosófica, histórica, sociológica, que no todos habíamos alcanzado antes; ha dejado de ser una mala palabra; los que no asimilan o no pueden asimilar esa doctrina y esa actitud ante la vida, la respetan. Se le estudia y se le redescubre como única luz que queda encendida cuando tantas otras se apagan o se apagan y entra en circulación como una gran esperanza. En muchos aspectos esos nuevos adeptos nos superan; en muchos esclarecimientos nos dan lecciones, y eso no nos hace sentir humillados, sino que nos enorgullece y nos halaga.

Hasta en el conocimiento de nuestro historial, son ellos, esos nuevos y brillantes jóvenes de treinta o cuarenta años los que presentan y explican mejor que nosotros lo que fuimos, lo que hemos significado, lo que podemos y debemos significar con vistas al mañana. Para ellos tiene escaso valor un catecismo riguroso, los efímeros achaques de insuficiencia, las pequeñas guerrillas intestinas, los personalismos intrascendentes, las apologías al azar o por sistema de eventuales rebeldías; para ellos lo que importa es lo esencial, lo fundamental, la nueva ética individual y social que animó un largo y penoso martirologio, el firme e instintivo repudio de todo dogmatismo, cualquiera que sea su origen, teológico o político, de casta o de privilegios basamentados en monopolios particulares. Para ellos el anarquismo no es Iglesia, es siempre libertad, dignidad humana; el que proclama como metodología: Haz a los otros lo que quisieras que los otros hagan contigo; no te encierres en trincheras, porque en ellas es sofocada siempre la personalidad propia y se ignora o menosprecia la ajena.

Aunque nunca hemos contado con una pléyade intelectual del valor de la que se fue acercando, si no a nosotros como individuos, a nuestras ideas básicas, no por ello pretende hacer del anarquismo una ciencia exacta o un fruto de las ciencias exactas. El anarquismo es y será, fundamentalmente, lo que fue siempre, fuésemos o no conciencia de ello: una nueva moral, que algunos quieren respaldar en el apoyo mutuo kropotkiniano, y como esos nuevos expositores y estudiosos aparecen espontáneamente en la época en que vivimos, no sienten, no cargan con el lastre de las frases hechas, con el lastre de rigores tácticos, de banderías de ninguna especie, ni con la insuficiencia de la formación intelectual que pesa sobre nosotros, que somos de un ayer distinto, con problemas que si no han sido superados no tienden las trascendencias que un día tuvieron. Esos nuevos simpatizantes e intérpretes están mejor equipados que nosotros para enlazar con el mundo que nos rodea, porque son parte de él, y no sienten, como nosotros, el apego a esqueletos o andamiajes de un ayer con escasas o con ninguna posibilidad de que vuelvan a ser funcionales y vitales.

No es ninguna profecía y ningún gesto de audacia asegurar que sin anudar vínculos íntimos con el mundo en que nos encontramos, especialmente con la juventud que se agita en él, el anarquismo no tiene mañana; su mañana, su porvenir está en el trasplante de lo que haya de vida, de promesa, de esperanza y de fe, en esa juventud que se ha convertido en torrente multitudinario, y que si no encuentra cauces adecuados puede convertirse en el río que sale de madre y lo arrasa todo a su paso. Para ese enlace hacen falta otras fuerzas, otras voces, otros polos de atracción. Y es difícil que los que pertenecemos a un mundo distinto, el que se desvanece o se fue; distinto del que se fue abriendo paso vertiginosamente, podemos tener la vigencia que pudimos tener en otras circunstancias. Lo que queda de aquel movimiento que fue el nuestro, cuenta ya con escasísima juventud; sigue bajo cierta rectoría de los que ya no son jóvenes, ni por fuera ni por dentro, y los que podemos calificar de viejos, de reliquias son

mucho más numerosos que los que no lo son. Si no se altera ese equilibrio, no hay horizontes alentadores. O la juventud toma en sus manos la bandera, como un día la hemos tomado nosotros, o la declinación y la extinción son inevitables *. Seamos modestos, seamos sinceros, seamos honrados.

Antiguamente se mencionaba como inobjetable un proverbio que no se ponía en tela de juicio en cuanto a su razón de ser: *¡de los viejos, el consejo!* Los viejos eran la experiencia, eran la sabiduría práctica, eran los guías. *¡De los viejos, el consejo!* Sí. Pero eso era ayer, cuando el mundo se movía lentamente, no cuando corre y cambia a una velocidad antes inimaginable. Los jóvenes de hoy, con tantos medios de comunicación y de información, se equiparan en experiencia y conocimientos prácticos o teóricos con los de cabello o barba encanecidos, y esa equiparación nos ha hecho exclamar más de una vez, con un poco de escándalo de nuestros amigos: *¡De los viejos, ni el consejo!* No obstruyamos el camino en nombre de las canas; se hace camino al andar. Que así lo hicimos, bien o mal, nosotros en nuestra hora.

Epoca de siembra

Que la juventud haga lo que quiera, lo que sepa, con nuestra anuencia o sin ella, anden los jóvenes, los más jóvenes, y que abran camino, que así lo hicimos, bien con nuestros consejos y contra ellos. Una parte de esa juventud ha encontrado sendas que le llevaron a una concepción anarquista, contra todo dogmatismo, contra toda tutela, la del estatismo, la de las instituciones, la de los imperios económicos y financieros, la del monopolio de los medios de comunicación. Más o menos numerosa, esa juventud no puede hacer hoy nada más provechoso y más promisor que sembrar, esparcer la semilla y confiar en que ha de brotar cuando las condiciones sean favorables. Como aquella brillante generación de la segunda mitad del siglo XVII, la de los Enciclopedistas, que privaron al absolutismo monárquico de todo sostén moral e intelectual y lo debilitaron hasta el punto que el asalto a la Bastilla fue un brote natural, ineludible, inevitable. Precipitarse en aventuras fuera de estación, sería esterilizarse; imaginar que la maduración de la semilla puede acelerarse con remedios heroicos es malograrla. Se avanzará más y mejor marchando despacio, serenos, sin prisas pero sin pausas, con la seguridad del sembrador que siembra y espera. A esta noche obscura de totalitarismos múltiples y concurrentes ha de suceder la luz de auroras luminosas. No es la primera vez que la humanidad se sumerge en tinieblas; la de la Edad Media fue, en general, una de esas épocas de tinieblas, y en lo más denso y tenebroso de esa larga noche perduraron semillas, focos clandestinos o semiclandestinos de esperanza, y advino el Renacimiento.

No somos hoy una fuerza material, y aunque lo fuésemos, no lo seríamos en grado tal como para contener el avance de la inhumanidad imperante, de tantos y tan poderosos factores como son los que atentan simultáneamente contra la personalidad humana, contra su libertad y su dignidad. Pero si nuestra ambición parece más modesta, es mucho más fecunda. Podemos siempre mantener el fuego sagrado en pequeños focos comunitarios, como la brasa bajo la ceniza. Siempre nos quedará algo a qué aferrarnos, en cualesquiera que sean las circuns-

* [NDR. Contra un planteamiento semejante, ha reaccionado contra la formulación de nuestro cuestionario Orero (p. 256). Véanse las afirmaciones de Christie (p. 93-108) y el desarrollo de las implicaciones del conflicto entre viejos y jóvenes que hace Martín-Artajo en sus respuestas al cuestionario (p. 213-217).]

tancias: el ejemplo de nuestra vida, nuestra moral solidaria, nuestra irradiación, con medios de difusión o sin ellos.

Nos encontramos por azar en una parte del mundo en que fuimos un día una fuerza, en número, en proyección, con grandes organizaciones obreras que respondían a nuestro llamado, con una prensa numerosa, diarios, revistas, semanarios, libros, opúsculos a granel. De todo eso queda el recuerdo para los estudiosos, la nostalgia para los que comparan el ayer con el hoy, cuando ni se nos teme ni se forjan leyendas negras sobre nosotros y nuestra acción. Sin embargo, si hemos desaparecido del escenario de la acción colectiva, social, como masa y como fuerza, permanecemos como nunca en vigencia y en el respeto y en la inquietud y en el interés de las nuevas generaciones, que son las que han de empuñar la antorcha más tarde o más temprano.

Somos de un pueblo que ha escrito páginas imborrables de la historia moderna, que puso en marcha la primera y única revolución socialista obrera y campesina del siglo; de un pueblo que supo de la resistencia armada, mal armada, contra un retroceso histórico, político y moral que no se pudo contener a pesar de tantos sacrificios. Se explica psicológicamente que cueste olvidar aquellos años y aquellas gestas y que para algunos sea incómodo no contar como ayer con masas imponentes, con sindicatos poderosos, con unidades combatientes; ¿pero es que nuestra significación era sólo ésa, la de la fuerza sindical y la de la fuerza militar y paramilitar? Si no era más que eso, no hemos perdido nada al perderlas; pero éramos mucho más, y eso lo seguimos siendo: un ejemplo, un recuerdo alentador para los que vengan después, una buena semilla, una luz en las tinieblas, y eso no debemos dejar de serlo.

No se nos ha borrado de la memoria un delegado andaluz al Congreso confederal de Madrid en 1931. Se discutía con pasión, con ciega pasión, en torno a puntos de vista como los de Juan Peiró sobre organización de una nueva estructura interna del sindicalismo con vistas a una aplicación práctica futura*, que podía ser inmediata o estar más próxima de lo que muchos imaginaban. Se corría el riesgo de tener que interrumpir las sesiones del congreso para calmar los ánimos. El delegado andaluz pidió la palabra para decir que no entendía aquel pasionismo exaltado, aquellas sutilezas dialécticas. Ellos eran de Fermín Salvochea**, y eso les bastaba. Y Salvochea no eran algunos artículos de prensa que tal vez sus seguidores no habían leído. Salvochea no eran libros o ensayos eruditos; era un ejemplo, era una vida de sacrificio por la justicia para su pueblo, un apostolado que se impuso a la admiración y al respeto de los que lo conocieron y de los que no lo conocieron y trataron. Valía por cualquier programa; estaba por encima de todo lo pequeño, de todo lo bajo, de todo lo que lastima la dignidad del hombre.

No dejamos como emigración política masiva mucho de positivo, aunque llenemos estanterías de publicaciones. Cuando alguna vez deplorábamos espectáculos que nos dolían en el alma, Rudolf Rocker, que fue nuestro amigo y nuestro maestro, nos replicó que, aficionados a la historia, no teníamos derecho a ignorar que todas las emigraciones políticas de larga duración han terminado en la descomposición material y moral y que nosotros no íbamos a ser una excepción. Fue una lección dura, pero la hemos asimilado y la hemos comprendido. Si como emigración masiva no tenemos motivos para íntimas satisfacciones, en las escasas

* [NDR. Se trata de la polémica sobre las Federaciones Nacionales de Industria. Véase en este libro, p. 307, nota 8.]

** [NDR. Véase nota en p. 178.]

andanzas por Europa y América, y a otros continentes no llegamos, hemos tropezado con ejemplares de compañeros, de combatientes, de esos que contrapesan todo lo que podamos llevar dentro de nosotros de negativo y de destructor y desmoralizador. Hombres arquetipos de honestidad, de integridad, de firmeza moral, que, solos o acompañados, han sabido mantener lo único que en nuestro haber es duradero: una rectitud de vida, un ejemplo admirable. Para nosotros importa poco si dicen esto o aquello, si hay coincidencia o no la hay en eventuales apreciaciones; lo que nos importa es que, como Salvochea, dejan un recuerdo imborrable, el de una hombría de bien, el de una integridad sin mancha. Lo demás puede ser secundario, pero al alcance de muchos están esas cualidades morales, en el seno de la familia, en el grupo afín, en el lugar de trabajo, en la aldea o el barrio de la gran ciudad. Quizás a algunos eso les parezca poco, pero en nuestra opinión es lo más trascendente. Mientras ese recuerdo de un hombre pueda ser transmitido, no hay que temer por la buena salud de una idea de justicia, de libertad, de solidaridad humana. Ese tesoro es nuestro. Lo demás es discutible, está sujeto al examen, a la interpretación y a la apreciación ulterior.

Rendición de cuentas

Los que hemos sido hombres de trinchera estamos y debemos estar sujetos a la rendición de cuentas para que el juicio imparcial, frío, objetivo, falle en definitiva, sobre el bien o el mal que desde ella hayamos causado. La trinchera no es refugio de la razón, sino de la beligerancia, y beligerancia es buena puntería para las flechas arrojadas al que combate en frente, aunque sea con palabras, con frases, con argumentos en favor de la propia causa. Vencidos o vencedores en esos combates de trinchera, lo que triunfa no es lo más razonable, lo más benéfico y provechoso para la causa enarbolada como bandera, como tampoco la victoria de los más fuertes es la que merece la victoria.

Todos aquellos que hemos utilizado nuestra prensa, nuestros impresos, nuestra soltura en el manejo de las armas de trinchera, debemos estar sujetos a la obligación de rendir cuentas de nuestra actuación; quizás hemos causado en esa condición más daño que los que han dilapidado los fondos de una organización destinados a una acción solidaria, porque hemos desviado hacia sentimientos mezquinos, hacia miserias personales, hacia rencores sin vuelo, espacios que se querían consagrados a la exposición y defensa de grandes, nobles y altos ideales humanos y humanistas. Por la parte que nos haya tocado en la militancia de trinchera, nos sentimos responsables y dispuestos a reconocer y confesar nuestras culpas y nuestros yerros. Tal vez no siempre pueda absolvernos la convicción de que estábamos honradamente convencidos de que obrábamos bien, de que lo defendido por nosotros era mejor que lo que defendían los de la trinchera de enfrente.

Por la preeminencia de la mentalidad de trinchera no hay victorias duraderas y conviccentes. Nuestras armas son otras.

La publicación de los dos textos que siguen, escritos por Salvador Seguí, «El Noi del Sucre», hace ya casi sesenta años, nos ha parecido necesaria por múltiples razones. Son poco conocidos hoy. Siguen siendo válidos en sus líneas generales. Contienen, en una síntesis feliz, los elementos —apoliticismo y politicismo, reformismo y revolucionarismo— cuya disyunción envenenó periódicamente la vida interna de las organizaciones obreras españolas de espíritu libertario, antes de la corta vida militante del Noi del Sucre, y después de su asesinato, en 1923, por los pistoleros de la organización patronal catalana. Constituyen una introducción que permitirá comprender mejor los textos relativos a la polémica suscitada en el seno del movimiento libertario español por el Manifiesto de los Treinta, textos que publicamos a continuación (p. 299-315). En la larga historia de las organizaciones libertarias españolas, nadie comprendió mejor que el Noi del Sucre la diversidad de frentes en que debían batirse aquéllas y la existencia de planos diferentes en los que la acción anarquista debía desarrollarse, así como el papel hegemónico que en esa práctica estaba reservado a la organización sindical. Orador de facultades fuera de lo común, el Noi del Sucre luchó sin descanso contra la dicotomía suicida que siempre amenazó al movimiento libertario y más de una vez consiguió dividirlo en dos extremos inconciliables. Los anarquistas intransigentes lanzaron contra Salvador Seguí despiadadas campañas de calumnias. Importa señalar, en nuestro caso, que entre sus más irreductibles opositores figuró entonces durante mucho tiempo Angel Pestaña, anarquista intransigente en aquella época. El «posibilismo libertario» de Seguí se fundaba en una filosofía a la vez simple y rica: «El sindicalismo es la base, la orientación económica del anarquismo [...] La Anarquía no es un ideal de realización inmediata. No lo limita nada [...] Admitiendo que el anarquismo, a través de los tiempos, pudiera ser una realidad [...] dará margen a la creación de otras concepciones [...] nacidas [...] de la primitiva concepción de la idea [...] no llegará a plasmar en realidad su verdadera filosofía. Sería definirlo y limitarlo [...] sindicalismo no es anarquismo. Pero si es una gradación del anarquismo [...] No son los grupos anarquistas, ni los organismos estatales, quienes tienen que organizar y regularizar la producción. Son los sindicatos [...] Distribuirán y normalizarán la producción, el consumo y el cambio [...]» El martirio hizo de Salvador Seguí un mito para los libertarios, pero no por ello su doctrina fue siempre

comprendida; más aún, su doctrina ha sido poco comprendida por los libertarios que le siguieron. La fracción de la tendencia anarquista intransigente que se agrupaba alrededor de La Revista Blanca (Federico Urales, Federica Montseny...) condenaría, un año después de su asesinato, la «labor perturbadora que, con sus propósitos, ejercía [Seguí] dentro de las organizaciones obreras, organizaciones que no pueden ni deben ser políticas* y con las cuales él quería formar un partido del trabajo». A la vista de los textos que publicamos y de la actuación política del Noi del Sucre, la afirmación de La Revista Blanca tiene exclusivamente el aspecto de un proceso de intención, proceso de intención a un muerto. También es verdad que la semántica estaba en aquellos años en sus comienzos y quizá esa circunstancia pueda explicar la facilidad con que se podía caer en la trampa de las palabras, y la no menor con que se podían tender tales trampas. La «resolución política» que para la Conferencia de Zaragoza de 1922 redactó Salvador Seguí, junto con Juan Peiró, Angel Pestaña y Viadú, prueba que la sensibilidad de Seguí captaba ese fenómeno de lenguaje, al proponer que la CNT declare «que siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la acción parlamentaria y colaboracionista con los partidos políticos, es a la vez integral y absolutamente política*, puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores evolutivos de la vida nacional, y, a tal fin, su deber es el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de los dispositivos y manifestaciones de fuerza de la CNT». Combatida por los anarquistas intransigentes, la proposición no prosperó. Pero la historia del movimiento libertario español prueba hasta la saciedad que la acción positiva de la CNT fue siempre consecuencia de la aplicación práctica, espontánea, de los principios expresados en la propuesta de Seguí y sus colegas de ponencia. Otra razón tenemos para publicar estos textos de Seguí: la ejemplar. Pues hoy la semántica ha hecho progresos. Pero la tendencia a poner trampas con el lenguaje, con la resonancia afectiva de ciertas palabras, no ha amainado en el movimiento libertario español. La diferencia estriba en que anda por caminos, por tan trillados en idas y vueltas, ya insignificantes.

* Los subrayados son nuestros.

Salvador Seguí Misión del sindicalismo

El Sindicato no es el fruto de un momento circunstancial que nos sirve sólo para determinados casos; como tampoco es sólo el resultado de una lucha sostenida contra la burguesía; es lo uno y lo otro, pero también es algo más. Si el Sindicato fuera sólo esto desaparecería así que su razón circunstancial hubiera triunfado o simplemente demostrado; pero los hechos no se verifican

así y ello prueba que los sindicatos responden a una misión futura, aunque en realidad no estén bien orientados sobre ella.

Sucede también que hay quien confunde el Sindicato y el sindicalismo con el socialismo marxista o el anarquismo, y hoy, nadie que sea honrado, intelectualmente hablando, puede afirmar en qué forma van a realizarse los nuevos valores que el socialismo trata de establecer como norma de vida, en la conciencia colectiva de los pueblos; lo esencial es saber que los [palabra censurada] ayer sumisos son hoy valores actuantes que ya tienen conciencia de su valer; que sea el sindicato, el colectivismo, el comunismo o el individualismo u otro sistema o procedimiento económico el que se adopte, depende de la capacidad y preparación tenida por los socialistas en el momento del triunfo.

Mientras tanto, bueno será preparar, coordinar y capacitar aquellos órganos, en los cuales nos encontramos representados y que por su naturaleza no hay que temer desviaciones fundamentales, para que cuanto antes sean una garantía de orden, una [línea censurada].

Decíamos anteriormente que el Sindicato no es sólo un resultado de los determinismos económicos a los cuales estamos sujetos, sino que obedece a un propósito de elevación mental y material, sentido por inmensa legión de esclavos del salario.

¿Quién puede negar que el Sindicato (a falta de órganos más apropiados) puede ser por su característica profesional una garantía para asegurar la producción y distribución de los productos al día siguiente del triunfo de la revolución?

Nosotros sostenemos que el Sindicato es el medio que nos puede proporcionar el dominio de nuestra técnica profesional, pero a la vez (y esto es muy importante), acrecentar los grados de nuestra capacitación colectiva para las prácticas del socialismo.

Claro está que el Sindicato no resuelve los problemas de la vida humana; tampoco a él se confían; pero por la misma razón que los valores económicos en la sociedad burguesa quedan siempre equilibrados a su favor, la misión del Sindicato será pugnar constantemente hasta reducir a mínimas proporciones el poder de aquélla, para con más facilidad dar la batalla definitiva.

Según sea la participación de los elementos revolucionarios en la marcha de los Sindicatos, tal será la obra como resultado de los mismos; no obstante, téngase en cuenta que los trabajadores no se han libertado aún de los convencionalismos políticos [línea censurada], en que más de una vez se tendrá que chocar con rancias preocupaciones y ancestrales atavismos; y no sería lógico, ni prudente que en tales casos nos encontráramos divorciados del Sindicato.

Acordémonos cuando ello suceda, que todos los que integramos el Sindicato tenemos algo que nos es común; el ser igualmente explotados.

Considerando el Sindicato como una síntesis de fuerza, donde el proletariado condensa su acción contra la sociedad capitalista, no es lógico ni conveniente apartarnos de su seno, si no queremos desertar de la actuación emancipadora. Considerando el Sindicato como una garantía para contrarrestar la organización sindical burguesa, todo individual apartamiento de aquél por parte de los esclavos del salario, es un refuerzo indirecto que recibe la burguesía consolidando su poder.

Considerando el Sindicato como simple reparador de las condiciones económicas de la vida, haciendo que se establezca el equilibrio para que el salario cubra las más apremiantes necesidades de la misma, entendemos que es lesivo para los productores el no estar integrados en aquél, ya que así, como consecuencia, se acepta la concepción económica de la burguesía.

Considerando posible que el Sindicato se convierta en educador de las multitudes ignoras, queda demostrada la conveniencia de que todos los espíritus rebeldes y todos los que ansían mejores estados de justicia, coadyuven a la obra del Sindicato para que éste realice más pronto y fácilmente su misión renovadora.

No demostrado por nadie que la sola acción de un hombre haya consolidado el progreso material de los pueblos, creemos pueril afirmar que la acción común es indispensable cuando se trata de realizar los nuevos valores que el tiempo y la necesidad aconseje a la conciencia colectiva.

Solidaridad Obrera, 30 de diciembre de 1916

Por qué soy sindicalista

La palabra sindicalismo no es más que la generalización de ciertos procedimientos y recursos que la acción sindical en su lucha contra el capitalismo se ha visto obligada a adoptar; el boycott, el label, el sabotaje y la huelga son hijos de la necesidad y de la lucha y al adaptarse a toda la organización obrera, se le denominará sindicalismo. [Cuatro líneas censuradas.] Poner empeño en contestar afirmativamente la interrogación será ser sindicalista.

Los más autorizados tratadistas del sindicalismo han demostrado (a pesar de las opuestas opiniones al marcar la finalidad del mismo) que la acción sindical es la base para futuras empresas emancipadoras; dichos tratadistas como Sorel, Jaurés, Leone y otros más, de marcada tendencia corporativista y reformista; y Labbri, Lorenzo, Cornelissen, Guillaume y otros de tendencias profundamente revolucionarias, están de acuerdo en reconocer que el sindicalismo puede servir para transmutar los valores económicos de la sociedad burguesa.

Hay quien no ve la posibilidad de lo que afirmamos sin que la organización sindical sea netamente anarquista; no se quiere comprender que la acción obrera no es filosófica ni integral, sino puramente de clase; es más fácil al esclavo del salario darse cuenta de su situación angustiosa y del proceder de la burguesía, que no de la tiranía política [cuatro palabras censuradas], ya que aquélla es la que siente con más intensidad, dado que su salario es insuficiente para cubrir las más apremiantes necesidades de la vida.

El gran Bakounine, en su folleto *La política de la Internacional* expone su opinión tan clara y tan de acuerdo con nosotros que no queremos dejar de reproducir uno de sus pensamientos que dice:

« Pensamos que los fundadores de la Asociación Internacional procedieron con gran prudencia al eliminar de su programa las cuestiones políticas y religiosas. No es que carecieran de opiniones políticas y antirreligiosas concretas, pero se abstuvieron de introducirlas en el programa porque su fin principal era, ante todo, unir a las masas obreras del mundo civilizado en una acción común. »

Lo esencial es que todos los trabajadores se unan para el fin de su liberación económica, después, ya dentro de la lucha y del Sindicato, fácilmente comprenderán cuales son sus enemigos.

Si el sindicalismo, pues, viene a ser el momento consciente y mental de la acción del proletariado, es por ello que soy sindicalista.

En resumen: los hechos nos demuestran que la acción realiza y crea las concepciones del pensamiento; tengamos fuerza y venceremos; pero al contrario, permanezcamos divididos, y seremos arrollados.

Solidaridad Obrera, 5 de enero de 1917

Editions Ruedo ibérico

Maurice Brinton

Los bolcheviques y el control obrero: 1917-1921

El Estado y la contrarrevolución

152 páginas

12 F

León Trotski

Historia de la revolución rusa

Tomo 1. Prólogo. 1. Las características del desarrollo de Rusia. 2. La Rusia zarista y la guerra. 3. El proletariado y los campesinos. 4. El zar y la zarina. 5. La idea de la revolución palaciega. 6. Agonía de la monarquía. 7. Cinco días (23-27 de febrero de 1917). 8. ¿Quién dirigió la insurrección de febrero? 9. La paradoja de la revolución de febrero. 10. El nuevo poder. 11. La dualidad de poderes. 12. El Comité ejecutivo. 13. El ejército y la guerra. 14. Los gobernantes y la guerra. 15. Los bolcheviques y Lenin. 16. Cambio de orientación del partido bolchevique.

304 páginas

24 F

Tomo 2. 17. Las «jornadas de abril». 18. La primera coalición. 19. La ofensiva. 20. Los campesinos. 21. Las masas evolucionan. 22. El Congreso de los soviets y la manifestación de junio. 23. Conclusión. 24. Las «jornadas de julio». Preparación y comienzo. 25. Las «jornadas de julio». El momento culminante y la derrota. 26. ¿Podían los bolcheviques tomar el poder en julio? 27. El mes de la gran calumnia. 28. La contrarrevolución levanta la cabeza. 29. Kerenski y Kornilov (Elementos de bonapartismo en la revolución rusa). 30. La Conferencia nacional de Moscú. 31. El complot de Kerenski. 32. La sublevación de Kornilov.

312 páginas

24 F

Tomo 3. 33. La burguesía mide sus fuerzas con la democracia. 34. El ataque contra las masas. 35. La resaca. 36. Los bolcheviques y los soviets. 37. La última coalición. 38. El campesinado ante Octubre. 39. La cuestión nacional. 40. La salida del Preparlamento y la lucha por el Congreso de los soviets. 41. El Comité militar revolucionario. 42. Lenin llama a la revolución. 43. El arte de la insurrección. 44. La toma de la capital. 45. La toma del palacio de Invierno. 46. La insurrección de Octubre. 47. El Congreso de la dictadura soviética. Conclusión. Apéndice 1. Apéndice 2. Apéndice 3. Índice de nombres.

430 páginas

24 F

Los tres tomos

72 F

¿Qué fue la FAI?

La Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional del Trabajo

Las relaciones entre la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) han sido objeto de diversas interpretaciones. La imagen más extendida de esas relaciones —imagen que desborda el estricto cuadro de la historiografía— es la de una relación semejante a la que unía la Unión General de Trabajadores (UGT) al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), es decir una relación de dominante-dominado. Esta imagen ha dado cuerpo al « mito de la FAI ». Tal esquema de relación sigue siendo alegremente asumido por muchos investigadores hoy, incluso más aún hoy que en el pasado. Remitimos al lector a la respuesta que a la pregunta de nuestro cuestionario sobre « Pasado, presente y futuro del Movimiento libertario español »: ¿Qué función desempeñó la FAI hasta la guerra civil respecto a la CNT?, da José Campos. En los estrechos límites que impone la encuesta, Campos analiza inteligentemente el carácter de aquella relación (« siempre hubo FAI y faísmo en la CNT, antes incluso del nacimiento de la FAI en 1927 [...] el anarquismo era congénito en la CNT »), y la razón profunda de la falsa interpretación que de ella dan muchos « diletantes variopintos » o historiadores, algunos de los cuales cita nominativamente (Velarde Fuertes, Ricardo de la Cierva, Cantarero del Castillo, Termes Ardavol, Balcells, Juglar...): « Todos ellos distinguen a diversos grados entre CNT y FAI, significando con ello contraposición entre anarquismo y cenetismo. De esta manera obtienen la visión de una CNT fantasmal, arreglada a gusto propio, profundamente falseada y cortada de sus raíces históricas. La CNT con que soñaba la reacción española. » Esta es la conclusión a que también llega Orero en su crítica al cuestionario de *Cuadernos de Ruedo ibérico* sobre el movimiento libertario español.

Esa versión halló eco en diversos momentos (véase la polémica entre « treintistas » y « faistas », en este suplemento, p. 299-315) dentro de las organizaciones de la propia Confederación Nacional del Trabajo. A lo largo de medio siglo, el mismo esquema estará permanentemente presente en la literatura oficial y oficiosa del Partido Comunista relacionada con la CNT. Situados en ángulos diferentes y aun opuestos, tienen en común los propagadores del tal versión su repugnancia hacia el hecho de una poderosa organización obrera revolucionaria, decidida a defender su capacidad de autodeterminación contra cualquier empresa encaminada a mediatizarla, a someterla a voluntades externas. Las consideraciones en este

sentido de J. Campos (p. 169-174) y F. Orero (p. 247-270) nos parecen muy pertinentes.

El peculiar desarrollo de todas las organizaciones antifascistas en la zona republicana (afluencia masiva de adherentes, participación a todo nivel en responsabilidades de « gobierno ») fue propicio a un proceso de « burocratización », al que no escaparía la propia FAI. En el Pleno peninsular que tuvo lugar en Valencia en julio de 1937, la FAI renunciaba a su estructura, fundada en « grupos de afinidad », para darse una organización de tipo territorial que acrecentaba de manera notable su grado de centralización. La FAI adquiría caracteres muy distintos a los que hasta entonces habían sido los suyos, cuyos determinismos podrían haber llegado a plantear entre ella y la CNT el tipo de relación a que hemos aludido. Pero incluso en las circunstancias de la guerra civil, propicias sin duda alguna al desarrollo de ese fenómeno, el papel de la FAI dentro del movimiento libertario no llegó a ser hegemónico y, en realidad, fue bastante secundario.

En las páginas siguientes publicamos algunos textos que permitan al lector hacerse por sí mismo una idea del problema planteado por las relaciones entre la CNT y la FAI, problema que consideramos esencial en el Movimiento libertario español. Entre ellos figuran el Extracto del Acta del Pleno de la Federación regional de Grupos anarquistas de Cataluña (marzo de 1927), la Síntesis del Acta de la Conferencia nacional constitutiva de la FAI (julio de 1927)*, y Frank Mintz nos ha comunicado el testimonio de un militante (J.L.), asistente a la Conferencia nacional constitutiva, del que entresacamos, a manera de introducción a los textos antecitados, la mayor parte de sus párrafos**.

Terminamos nuestra selección de textos sobre la FAI con uno de los Grupos Autónomos de Combate que expone la lección que los anarquistas jóvenes hoy deducen de la acción de la FAI.

* Las actas completas no han sido halladas que sepamos.

** A ruego del anónimo testificante no se citan nombres. El propio Mintz señala que el testimonio decepcionará a quienes creen en el « mito cultivado por la burguesía y algunos compañeros para hacer de la FAI un organismo super-eficaz y secreto ». Subraya Mintz que del testimonio se desprende la influencia casi nula del exilio anarquista español en Francia en la constitución de la FAI, la diversidad de actividades, la flexible y federativa organización de la FAI primitiva.

Testimonio de un fundador

Llegué a Barcelona el mismo día en que mataron al verdugo de esta ciudad*. Los sindicatos, entre ellos de Alimentación, al que pertenecía un compañero que quería ver, estaban en la calle del Conde del Asalto. Fui a verle y nos pusimos de acuerdo para volverle a ver en el Ateneo Enciclopédico Popular, donde me dijeron que se había atentado contra el verdugo que vivía en la calle de Riera Alta... Este compañero me puso en relación con los medios revolucionarios y con un grupo que ha jugado un papel muy importante en mi vida: el grupo «Sol y Vida». Tenía como finalidad el excursionismo, pero encubría un grupo de afinidad... A fines de 1924, asistí a la primera reunión que por su carácter y objetivos superaba a las del grupo precedente. No éramos muchos, pero la mayoría estaba fogueada en las luchas sociales. Se trataba de ayudar al compañero Buenacasa**, que en aquel entonces estaba en Blanes y publicaba un semanario titulado **El Productor**, que defendía las tesis anarquistas y por ello se situaba en frente de otro que salía en Barcelona y era redactado por Pestaña. Y en esta reunión se planteó la cuestión de reorganizar [sic] la federación anarquista española... Existían los grupos, pero disimulados; no había conexión con los comités de relación como antes. En esta reunión se nombró de manera provisional el Comité regional de Cataluña y el Comité nacional. Uno tenía misión de organizar los grupos en Cataluña, de darles una contextura orgánica; el otro de organizarlos en toda España. A mí me tocó, no sé por qué, formar parte del Comité nacional. Tanto en un Comité como en otro, estaban los compañeros más jóvenes, más dinámicos. Para el Comité regional se tuvo necesidad de nombrar a otro completamente nuevo, porque de los siete compañeros que se nombraron en aquella ocasión, algunos cayeron presos y otros tuvieron que emigrar a Francia. Entonces todos los compañeros iban allá cuando había peligro. De los catorce que estábamos en esta reunión, hicimos los dos comités. Quedamos otro compañero y yo. Los otros también desaparecieron a causa de la represión.

Gracias a un compañero del Ramo de la Madera de Barcelona, se pudo llegar muy pronto a la reorganización de la regional catalana. En Manresa, donde tuvo que trasladarse a trabajar, se organizaron los grupos de Manresa y Alto Llobregat. Toda aquella región era la más fuerte en la organización de la provincia de Barcelona.

Además había grupos organizados en Sabadell, Tarrasa y los alrededores y muchos de estos compañeros pertenecían a «Sol y Vida», pero con carácter regional. Eso permitía reunirnos fácilmente con otros compañeros de fuera de Barcelona, realizando excursiones en dos o tres localidades. En ellas se escogía un lugar aparte para discutir.

La reunión en que te nombraron para el Comité nacional, ¿cuándo tuvo lugar más o menos?

Creo que sería en el año 1925, sin poder precisar más. Después se celebró una reunión regional de grupos en Rubí, cerca de Tarrasa. Y allí se nombró el Comité ya efectivo de la Regional. Este comité lo formaron los compañeros de dicho lugar, que eran cuatro. Mientras tanto trabajábamos para reorganizar los grupos de España.

Caía ya por su peso la necesidad de una reunión en la que naciera un Comité nacional efectivo. Pero consultados los diversos grupos y regionales con que estábamos en relación se consideró que mejor sería ya hacer una conferencia donde se expusieran las urgencias, los problemas que se hubieran presentado, y entre ellos (no sé quien lo propuso) el de dar carácter peninsular a lo que hasta entonces había tenido un carácter puramente nacional.

* [NDR. 26 de mayo de 1924. Se trataba de Rogelio Pérez Cicerio.]

** [NDR. Manuel Buenacasa fue secretario general de la CNT en 1918. Murió en el exilio en 1964. Es autor de *La CNT, los «Treinta» y la FAI*.]

Me has dicho que recibisteis de Francia el folleto de la Plataforma*.

Antes de la Conferencia, ¿qué relación había con Francia? ¿De dónde partió la iniciativa?

Había relación entre el Comité nacional y Francia, que representaba una regional más. El orden del día se había discutido ya en una conferencia en Cataluña. Previamente, los Comités regionales enviaron propuestas que figuraron en el orden del día de la conferencia. De las reuniones que de antemano celebraron las diferentes regionales surgieron acuerdos que cada delegado, a su vez, presentó a la conferencia. Esto era normativo en nuestra organización. Se confeccionó un orden del día que de antemano había salido de las sugerencias que habían enviado las diversas regionales. De esta forma se llegó a la conferencia de Valencia.

Debo decir que en el orden del día figuraba también la discusión de la Plataforma anarquista* que un grupo de compañeros rusos publicaron en París en forma de folleto. Este folleto llegó a nosotros porque en Francia había un número organizado de grupos anarquistas de lengua española, mucho más fuerte que el que existía en España. Tanto el otro compañero como yo, no conocíamos el francés y tuvimos que acudir a otro compañero que lo conocía. Fuimos a la conferencia teniendo idea de lo que era simplemente por la lectura que este compañero nos hizo. La Conferencia se organizó en contacto con las regionales de Cataluña, Valencia, Andalucía, Centro, Asturias y creo que Aragón. Estas regionales hicieron todas acto de presencia en la conferencia, excepto Asturias y Aragón. Estuvieron presentes también dos compañeros del Comité nacional portugués, llegados de Lisboa.

Por parte de Cataluña asistían el compañero de Manresa con otro compañero del Comité regional; estaba presente, además, el compañero ... delegado directo del Pleno que se celebró en Cataluña para discutir el orden del día. Eran pues tres los compañeros de Cataluña y yo en representación del Comité nacional. De Andalucía, estaban dos compañeros. Del Centro había un compañero. Los compañeros de Francia no vinieron. Tenían conocimiento de lo que se iba a realizar y por asuntos —seguramente— de atravesar la frontera, o por otras razones, no pudieron estar allí.

El núcleo más importante, como es de suponer, eran los compañeros de Valencia. Por lo menos había diez.

La conferencia se hizo en presencia de estas Regionales los días 25 y 26 de julio de 1927 en Valencia. El día 25 tuvo lugar la primera sesión en casa de un compañero de las afueras de la ciudad. Y la del 26 tuvo lugar en una playa, al sur de Valencia, a pocos kilómetros; creo que se llamaba Tremolar**.

El primer día de la reunión, los compañeros de Valencia nos obsequiaron con una paella en casa de un compañero. La comida tuvo lugar en un patio; no había árboles, quizá hubiera flores, simplemente, y allí hicieron fuego en el centro con leña y una sartén que era tan grande que uno no la hubiera podido abarcar. Eramos una veintena o más; teníamos una cuchara cada uno, todos alrededor de la sartén. Habían quitado el fuego, dejando la paella encima de las tres piedras sobre las que la habían cocido. Hacíamos círculo y, cada uno a su turno, se adelantaba, cogía con la cuchara y se retiraba. Así nos comimos la paella.

Al día siguiente, en la playa de Tremolar, fue más serio. La reunión se efectuó en una pinada muy bonita. Por un lado teníamos la playa y por el otro las huertas. Durante la comida, llegó una pareja de guardias civiles a caballo. La vimos llegar por la playa. Estuvimos buen rato sin saber qué consecuencia tendría esto. Tomamos nuestras precauciones por si acaso nos sorprendían; pero la pareja pasó de largo sin darse cuenta de la reunión que allí se hacía.

Tanto en la primera como en la segunda sesión de esta conferencia, reinó una gran comprensión entre los compañeros. Se discutió la estructura que se querían dar los grupos, además de la cuestión clásica del federalismo. Al ir a la federación, cada grupo debía tener ya un objetivo: vamos a dedicarnos a esto. Y los objetivos, como

* [NDR. Plataforma de Archinov, propugnada por los anarquistas rusos refugiados en Francia y cuyo objetivo era contrarrestar la posible influencia del Partido Comunista en las organizaciones anarquistas.]

** [NDR. Otras versiones sobre el lugar: Malvarrosa (Tomás Cano Ruiz, *Confederación*, 8 de agosto de 1937, p. 1); Cabañal (José Peirats: *Los anarquistas en la crisis política española*, p. 276). Se trata de lugares contiguos, situados cerca del Grao de Valencia.]

puede pensarse, eran el sindicalismo y la acción de los anarquistas. En los sindicatos encontraba la federación una trabazón entre los diferentes grupos e individuos que venían a su seno. También había otras actividades que se señalaban como posibilidad de dejar sentir la influencia del anarquismo para que los compañeros que colaboraban tuvieran varias posibilidades de acuerdo con los principios anarquistas. Había las cooperativas. En Barcelona, sobre todo, las cooperativas tenían en su seno varios compañeros... Incluso algunas reuniones las teníamos en locales de cooperativas. Recuerdo, entre otras, la Flor de Maig de Poble Nou que nos daba cobijo de modo discreto, porque algunos de nosotros, de más edad, éramos miembros de la misma.

Como otras actividades estaban las cuestiones culturales que siempre nos han interesado y que después han dado lugar a centros culturales, ateneos libertarios, etc. Gracias a la influencia de diferentes grupos anarquistas que se preocupaban por las cuestiones culturales pudieron formarse bibliotecas.

De las conclusiones, salieron la reorganización de los grupos de afinidad y la formación de la FAI. El punto que trataba de la Plataforma no pudo ser discutido porque los delegados no tenían mandato sobre el particular.

Se nombró el primer Comité de la FAI. La primera propuesta unánime fue que el Comité peninsular pasara a residir en Lisboa. Los compañeros portugueses no aceptaron, porque la situación allí era ya la de la dictadura de Salazar. Habían tenido que hacer esfuerzos (creo que con la regional andaluza) para encontrar las formas de pasar a España. Después se nombró Andalucía. El Comité peninsular pasó a residir en Sevilla. Es decir que la regional andaluza se reunió y nombró a los compañeros del Comité peninsular.

¿Cómo se tomaban las decisiones?

¿Cómo eran las relaciones entre la base y los comités?

¿Cómo se zajaban las diferencias?

¿Cuál era el modo de ingresar en la organización?

La organización específica y los grupos tenían una estructuración clásica a base de federalismo. Los grupos de una localidad estaban federados entre sí y constituían una Federación local. Esta estaba en contacto con el Comité regional que estaba en contacto, a su vez, con todas las federaciones locales y comarcales de una región. El Comité regional estaba en contacto con el Comité peninsular. El nombre del Comité era el de Comité de relaciones, simplemente. Por sí solo no tomaba ninguna especie de iniciativas; sólo transmitía a los demás colaboradores, y las asambleas aprobaban o desechaban.

En cuanto al ingreso del individuo, la mayoría de los que tenían ya una personalidad en los medios anarquistas o sindicales no pertenecían a la organización de grupos, o pertenecían de una manera indirecta. Por ejemplo, el caso de Peiró que no tenía necesidad de intervenir directamente en su grupo de Mataró.

Cuando llegaba un compañero que no estaba adherido al grupo y que tenía simpatía por nosotros, entraba a formar parte del grupo. El grupo se formaba a base de compañeros que tuvieran afinidad.

No hubo en ninguna ocasión necesidad de apelar al voto. Las decisiones se tomaron por unanimidad. Se discutió mucho, pero al fin se llegaba siempre a un resultado unánime. En cambio, en los sindicatos ha sido otra cosa: se ha limitado el tiempo de palabra y después se ha pasado a la votación si no había unanimidad.

En la conferencia los grupos se estructuraron de manera que los problemas sindicales se trataran unificando los diferentes criterios de los anarquistas que pertenecían a la vez a la organización sindical, a las cooperativas, etc. La cuestión sindical predominó en las actividades de los grupos. Es decir, el grupo no se organizaba sino para activar en el seno del sindicato.

¿Cómo funcionaban las relaciones entre las regionales en esa época de clandestinidad?

Por correspondencia siempre. Nunca hubo posibilidad de destacar a un compañero. El comité nacional se destacó varias veces, pero siempre dentro de Cataluña. Después, cuando los medios económicos fueron más importantes, hubo esa posibilidad. Hubiera sido interesante destacar a un compañero a Asturias, porque allí existía una federación de grupos anarquistas. Pero las relaciones con el Comité nacional eran bastante flojas. Una entrevista hubiera sido necesaria, pero muchas veces no teníamos ni para enviar las cartas...

Extracto del acta del Pleno regional de la Federación regional de Grupos anarquistas de Cataluña, celebrado el día 20 de marzo de 1927 *

Extracto del Acta del Pleno regional de la Federación regional de Grupos anarquistas de Cataluña, celebrado el día 20 de marzo de 1927 *.

Asisten delegación de la Intercomarcal de Manresa-Berga, formada por los grupos « Luz », « Temis », « El Reflejo Libertario », « Ni Amo, ni Dios, ni Patria, ni Rey », « La Eterna Llama », « El Fulminante », « El Vencedor » y los de cultura de Puigreig y Navas; de la comarca de Mataró, grupo « Los Eternos Descontentos »; de la comarca del Alto y Bajo Priorato; de la Intercomarcal del Vallés, con los grupos « Acracia » de Tarrasa, « Esperanza y Libertad » y « Renacimiento » de Rubí y los de Sabadell; de la Comarcal del Vendrell; Federación local de Barcelona, con los grupos « Los Iguales », « El Productor », « Verdad », « Gran Bohemia » y otro en formación; Comité de Relaciones anarquistas de Cataluña; Comité de Relaciones anarquistas de España y, con carácter informativo, un delegado de la Confederación regional del Trabajo de Cataluña.

Después de nombrarse la mesa, de hacer presente el delegado de la FNGA [Federación Nacional de Grupos Anarquistas] de España que el cuestionario de la encuesta que se halla incluido en el orden del día no debería discutirse en un simple Pleno y mejor que se juntaran todos los dictámenes de los grupos, a lo que satisface el Comité regional; diciendo que ha sido incluido el cuestionario de la Federación nacional con el fin de aunar criterios, se entra en él

Orden del día.

Punto 1. Presentación de credenciales. Son leídas las presentadas por las delegaciones.

Punto 2. Lectura y discusión de los temas incluidos en el cuestionario de la FNGA de España. Se acuerda se vayan leyendo los dictámenes recibidos de la Región y discutirse por orden de los temas.

Tema 1. ¿Cuáles son, a juicio de los compañeros, los más importantes problemas del anarquismo? Se considera que todos los problemas de la vida son importantes y entre ellos, el de solidaridad, educación, propaganda, fe en el ideal, fe en su realización por la revolución social, fe en nosotros mismos.

Tema 2. Ante el presente estado de dictadura en España y Portugal, ¿se halla el anarquismo militante en condiciones de realizar un esfuerzo internacional o parcial en la península ibérica?

Se entiende se debe trabajar con respecto al pueblo, con el fin de adquirir este grado o condición.

Tema 3. De ser provocada por otros sectores, ¿puede esperarse que la minoría anarquista, por su fuerza e influencia, logre ser el factor determinante de la revolución?

Se decide por desenvolver una intensa campaña de propaganda y agitación para que el pueblo conozca bien nuestra posición y nuestros fines, y en el momento de una revolución, que los agitadores libertarios puedan impulsarla hacia las concepciones anarquistas **.

Tema 4. ¿Existe dentro de nuestro movimiento la capacidad precisa en la posrevolución para una obra seria y constructiva sobre bases antiautoritarias y federalistas?

Después de largas disertaciones, se cree en su existencia y en la necesidad de entenderse y de perfeccionarse, como de salir al paso en el mañana de todo obstáculo nuevo que trate de impedir que el pueblo se organice su vida.

Tema 5. Ante las escuelas naturalistas, esperantistas, etc. ¿Es necesario que los anarquistas formen con individuos de diferente concepción política y condición social en asociaciones diversas o, en cambio, es mejor que se den a la formación de grupos vegetarianos, naturistas, etc., adheridos a la organización anarquista?

Se decide por que el anarquista vaya a estas organizaciones, sean adheridas o no al movimiento anarquista, si lo desea, pero que debe influenciar y atraer cuantos más individuos y agrupaciones mejor a la organización específica del anarquismo.

Tema 6. ¿Es provechoso que la organización específica se relacione con la sindical, o que grupos, con su afinidad de pensamiento y los sindicatos, con su igualdad de profesiones, se traben federativamente formando un solo cuerpo orgánico?

Después de largo debate, se acuerda que el Comité regional invite y trabaje con respecto del Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, a fin que se celebre un pleno de ambas organizaciones en donde se discuta y se decida la proposición presentada por el grupo « El Productor », consistente en que las dos organizaciones complementarias, sindical y de afines se junten, pero federativa y

* [NDR. Tanto el extracto del Acta del Pleno de la Federación regional de Grupos anarquistas de Cataluña como la síntesis del Acta de la Confederación nacional de Valencia estaban destinados a ser hechos públicos. Por ello, su esquematismo como su discreción son extremados. Las actas recogieron sin duda los debates con mayor detalle y su conocimiento aclarará cuando sean halladas— numerosos problemas de carácter ideológico y estratégico que sólo de manera velada se reflejan en los documentos que publicamos.]

** [NDR. Véase el manifiesto de la FGAE de 1927 que figura en p. 295-296.]

autónomamente, formando un organismo de enlace, esto es, federaciones generales, locales, regionales, etc., integradas por elementos representativos de los grupos y las federaciones de éstos, y de los sindicatos y sus federaciones.

Tema 7. ¿Qué acciones son más propias de los sindicatos y qué actividades pueden desarrollarse mejor en los grupos?

Al entender del Pleno, además de que la lucha y la propaganda anarquista en general, es la misma para grupos que para sindicatos, en particular los sindicatos pueden desarrollar mejor la atracción de los asalariados, su lucha contra el patronaje y contra todos los poderes, y la propaganda anarquista entre ellos para completar su definición y la de todas sus acciones; y los grupos, la atracción del elemento estudiantil, femenino, etc., la labor proselitista, anti-militarista y subversiva.

Tema 8. ¿Qué concepto nos merecen la contextura de los grupos y cuál es nuestro criterio sobre la estructura de los sindicatos?

Se entiende está bien la de los grupos de afines, y sobre la de los sindicatos, que cuantas reformas se crean convenientes se presenten en las propias asambleas sindicales.

Tema 9. Ante la unión y afinidad existente entre la Unión portuguesa y la Federación española de grupos, ¿se debe ir a la creación de la Federación ibérica de Grupos anarquistas?

El Pleno acuerdo que se forme la Unión o Federación Anarquista Ibérica entre la Federación portuguesa, la española y la española en Francia, terminando la lectura y aprobación del cuestionario presentado a los grupos por la FNGA de España.

Se suspende la reunión por ser mediodía. Al reanudarse es leída una carta de la Intercomarcal de San Feliu de Guixols en que excusan la no asistencia al Pleno.

Punto 3. ¿Se considera de necesidad un acto al cual concurren los anarquistas organizados? Se acuerda que se haga esta reunión.

Punto 4. Vista la necesidad de la aparición de un boletín, el cual sirva para orientar y al mismo tiempo hacerse cargo de todas las iniciativas de los grupos de la región, para difundirlas e invitarlos a que estudiéis dicho asunto aportando las soluciones que creáis más eficaces.

Se entiende pues que es de gran necesidad la aparición de un boletín de carácter orgánico en nuestra región, como también en las otras regiones de España, invitándose más tarde a todas las regiones por si desean que sea portavoz, en lugar de la Federación regional, de la nacional de Grupos anarquistas.

Punto 5. Lectura del estado de cuentas. Queda dicho este apartado.

Punto 6. Asuntos generales.

Se acuerda entre todos los delegados dar un voto de confianza al Comité nacional, pues se afirma que no hay nada que reprochar sobre la actuación en desempeñar los cargos los camaradas que en la actualidad tienen el Comité provisorio.

Manresa-Berga notifica que en el último Pleno intercomarcal, se presente una propuesta de que el Comité propresos esté integrado por elementos de la FNGA de España y de la Confederación Nacional del Trabajo, presentándole para que se haga asimismo en el Comité propresos regional. Es aprobado presentarlo también a un Pleno de ambos organismos sindical y específico.

Y no habiendo nada más que discutir, se termina el Pleno con la mayor armonía, enviando un saludo fraternal a todos los presos y camaradas del mundo, y por último deseando fe y constancia a las juventudes y a todos aquellos seres que se preocupan por el engrandecimiento y perfección de las ideas de Paz, Amor y Libertad, esto es, por la Anarquía.

(Tiempos Nuevos, París, número 88, 16 de junio de 1927, p. 3.)

Síntesis del acta de la Conferencia nacional celebrada en Valencia en los días 24 y 25 de julio de 1927

Asisten las delegaciones siguientes: Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España (Secretariado de relaciones), Federación Regional de Grupos Anarquistas [GA] de Levante, Federación Regional de GA de Andalucía y Local de GA de Granada, Federación Regional de GA de Cataluña, Federación Provincial de GA de Castellón, Federación Provincial de GA de Alicante y Local de Elda, Federación Local de GA de Sevilla, Federación Local de GA de Madrid, Federación Local de GA de Valencia, Grupos Anarquistas de Valencia « Jóvenes Rebeldes », « Cultura y Acción », « Luz y Vida », « La Antorcha », « Los Inquietos », « El Sagitario », « Los Forjadores de la Idea », « Paso a la Verdad » y algunas individualidades, Unión Anarquista Portuguesa, Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y Confederación Regional del Trabajo de Levante.

Asiste una delegación directa de la organización de Grupos Anarquistas de Cataluña nombrada al efecto en su último Pleno regional y se encuentran representados camaradas del Grupo « Sol y Vida » de Barcelona.

Llega tarde a la Conferencia el representante de los organismos: Federación Regional de Grupos Anarquistas del Sena (París) y Secretariado Anarquista Internacional parisino y telegrafía serle imposible comparecer el delegado de la Federación Local de Grupos Anarquistas de Málaga, que lleva la representación del Grupo Anarquista « Los Forjadores del Porvenir » de Marsella.

No asisten por falta de medios y se adhieren a la Conferencia, la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de lengua española de Francia (Secretariado), Federación Local de Grupos Anarquistas de Zaragoza; A Batalha y Confederación General del Trabajo de Portugal; Asociación Internacional de los Trabajadores de Berlín; Unión Anarquista Comunista y Le Libertaire, París; Internacional Antimilitarista y Bureau Internacional Antimilitarista, Holanda; Federación Regional de GA de los Pirineos Orientales, Aude y Ariège; Federación Local de GA de San Juan de Luz; Grupo Anarquista « Flores Nacientes » de Toulouse; Comité Propresos y Grupos Anarquistas de Vizcaya; los periódicos *Cultura Proletaria* de Nueva York, *Acción Social Obrera* de San Feliu de Guixols, *La Revista Blanca* de Barcelona y los camaradas M.B. de Cataluña¹; E.L. de Toulouse; J.P. de Sevilla; R.O. de La Línea; J.A. de las Baleares² y la compañera A.M. de Cataluña³.

Primera sesión

[Primera parte]

1. Abre la Conferencia el Comité nacional provisorio saludando a los delegados. En un extenso discurso

son saludados los camaradas lusitanos y vieneses que han muerto por la libertad, los compañeros Sacco y Vanzetti y demás condenados y presos del mundo y las delegaciones a la Conferencia.

2. Lectura de las credenciales de los delegados y de las listas de las fuerzas. Son leídas las de los delegados mencionados.

3. Exposición por el CN de los trabajos realizados y del estado presente de la organización. Intervención de los delegados y contestación del CN. Es hecha una detallada exposición, siendo aprobada con un voto de confianza presentado por Cataluña, la actuación del Comité nacional.

4. Fin de la actuación del CN, reintegrándose sus miembros a la Regional catalana. (A partir de este momento la Confederación [sic] se desenvuelve sin CN.)

Así lo hacen por entender que dan a la conferencia una sensación de más libertad.

Es leído y aprobado un informe del grupo « Sol y Vida », propiciando la propaganda e intercomunicación de los pueblos por medio de excursiones campestres.

Segunda parte

1. Nombramiento de mesa. Es formada por la Federación Local de Valencia.

2. Lectura de los dictámenes. Son leídos todos los de los organismos representados y adheridos.

Tema primero. De los problemas importantes del anarquismo y de las características y desarrollo del movimiento anarquista. Es presentado por los delegados de Valencia y rechazada una proposición incidental pidiendo sólo se discutan los temas 3 y 6. Son considerados importantes todos los problemas de la vida y deseado que los grupos no sólo estudien y discutan, que hagan obra de educación, propaganda y agitación, creando y difundiendo la hoja, la revista, la escuela, la biblioteca, el ateneo, etc.

a) Sobre la contextura de los grupos y sus actividades. Es aprobado una proposición de Madrid que establece la libertad de darse cada grupo a la misión o actividades de su agrado, procurándose por la Federación la unidad en la acción y la propaganda.

b) Ante las corrientes lingüísticas, vegetarianas, etc., ¿se deben formar agrupaciones naturistas, esperantistas, etc. dentro del movimiento anarquista? Se resuelve ir a esas agrupaciones y a aceptarlas respetándose a la labor por ellas más preferida, con tal que al adherirse sean ante todo anarquistas.

1. ¿Manuel Buenacasa? [NDE].

2. ¿José Alberola? [NDE].

3. ¿Antonia Maymón? [NDE].

Segunda sesión

Tema segundo. Del cooperativismo.

- a) Posición ante el movimiento cooperativista.
b) ¿Debe propiciarse una organización de cooperativas de consumo, de talleres comunes y de colonias agrícolas unida a la organización de grupos y dentro del movimiento anarquista?

Son discutidos ambos apartados juntos. Es hecha una moción de no oponerse a que se den a estos ensayos y organización cooperativistas aquellos que la consideren buena, pero siempre autónoma, mas no aislada, a fin de evitar toda desviación.

Tema tercero. Del movimiento obrero. a) Posición ante las centrales sindicales CNT y UGT. Se acuerda hay por qué preocuparse por el organismo reformista, y se entra en apartado b).

- b) ¿Debe tenderse a que la organización de sindicatos, como medio también del anarquismo, se trabaje con la organización de grupos conservando cada una su autonomía y sus federaciones, por medio de federaciones y consejos generales, dentro del movimiento anarquista?

Se entiende no ser posible la unidad de clase, que el sindicalismo, persiguiéndola, ha fracasado, y que por ello hay que buscar la unidad anarquista. Que la organización obrera no sólo es por mejorar la clase, que ha de labrar la emancipación, y como ésta es posible en Acracia, debe hacerse medio también del anarquismo.

Que debe volver la organización obrera al anarquismo, tal como lo estuvo antes de disolverse la Federación Regional Española y crearse al margen la organización anarquista por grupos, procediendo a juntarse ambas organizaciones, pues el movimiento ácrata no sólo ha de preocuparse de todos los restantes problemas, desentendiéndose del económico. Se resuelve pagar esto, y que los grupos, sus federaciones y el CN inviten a la organización sindical y al comité de la CNT a la celebración de plenos o asambleas locales, comarcales, regionales y nacionales de ambas organizaciones, proponiendo la inclusión de la organización de sindicatos en el movimiento anarquista y su enlace a la organización de grupos, sin confundirse ni perder sus características, formando federaciones generales que sean la expresión de este amplio movimiento anarquista, con sus Consejos generales, llamados así por ser integrados por representantes de la organización de sindicatos y la de grupos, cuyos consejos se dividan en comisiones de educación, propaganda, agitación y de los demás problemas que interesan por igual a ambas organizaciones.

Tercera sesión

Se acuerda pasar a tratar los temas 6 y 7 por hacerse tarde a la delegación portuguesa.

- a) Ante la afinidad existente entre la Unión Anarquista Portuguesa y la FN de GA de España, ¿se debe constituir definitivamente la Unión o Federación Anarquista Ibérica?

Se acuerda dar constitución firme a la Federación Anarquista Ibérica, compuesta por la Unión Anarquista Portuguesa, la FN de GA de España y la F de GA de lengua española en Francia, que no es provechoso por eso crear nuevo Comité, sino que uno de los tres de estos organismos asuma temporalmente la representación de la Federación Anarquista Ibérica; que el cargo de Comité peninsular se traslade periódicamente de un punto a otro, entre Portugal, Francia y España, y que el Comité de la Unión Anarquista Portuguesa tome ahora a su cargo el Comité peninsular, con el auxilio y la información de los Comités de Francia y España.

Tema 6. De la dictadura.

- a) Ante el presente de dictadura, ¿qué medios hemos de adoptar los anarquistas para provocar un esfuerzo internacional o parcial en la península ibérica?

Se acuerda desarrollar una extensa campaña de agitación constante entre el pueblo a fin de que caldeado el ambiente se produzca un movimiento popular que sea determinado por el espíritu libertario.

- b) De ser provocado por otros sectores, ¿qué medios ha de adoptar la minoría anarquista para lograr ser el factor determinante de revolución?

La Conferencia ratifica el acuerdo recaído en el Congreso de Marsella (mayo de 1926) de no mantener ningún pacto, colaboración ni inteligencia con elementos políticos y sólo estar en inteligencia con la CNT de España.

Se acuerda intervenir en todo pronunciamiento que surja, procurando apartarlo de la dirección política y encauzar la acción popular a destruir todos los poderes y organizar libremente su vida.

Es aprobada una proposición de Alicante de confeccionar un folleto claro y enérgico para que el obrero sepa qué hacer en su acción revolucionaria.

- c) ¿Existe dentro de nuestro movimiento la capacidad precisa para una obra reconstructiva sobre bases antiautoritarias y federalistas?

Se cree en su existencia y en la necesidad de desarrollarlo y organizarnos para que tenga nuestro movimiento la máxima solvencia que le conquiste la voluntad popular.

d) ¿Debe formarse un Comité de Acción por la organización sindical y la de grupos, o sólo por esta última?

Se acuerda lo primero, imitando a Cataluña, y sólo en donde a la organización sindical no le sea posible o se niegue a hacerlo, lo segundo.

Tema 4. De los presos y perseguidos.

a) ¿Deben los CPP [Comités propios] todos estar formados por la organización sindical y la de grupos, cuando esta última no posea sus propios CPP?

Se resuelve trabajar para que los CPP lo integren representantes de las dos organizaciones, invitando a ello a la CN del Trabajo y dándoles autonomía y administración propia.

Tema 8. De las Internacionales.

¿Qué concepto nos merece la Plataforma de Organización de los Anarquistas (proyecto)?

Esperándose, pero no habiéndose podido traducir este proyecto de los anarquistas rusos y ante la falta del exacto conocimiento del mismo, es dejado para la próxima reunión o Conferencia nacional, prometiéndole Madrid que le tendrá traducido.

b) Posición de los organismos internacionales anti-autoritarios AIT, CIA y UA Universal.

La Conferencia se adhiere a los dos (primeras), desconociendo la última, que cree no actúa.

c) ¿Debe trabajarse por la unión de estos organismos en una sola internacional anarquista?

Se resuelve tender a ello por medio de una Conferencia mundial.

Tercera parte

1. Movimiento de mesa. Continúa lo anterior.

2. Residencia del nuevo Comité nacional efectivo. Unánimemente se pide la continuación del CN transitorio, dándole carácter efectivo, pero se niega aduciendo que debe nombrarse otro, pues el CN no debe residir siempre en una parte y fue la crisis y la represión los ha dejado carentes de elementos en los momentos presentes, teniendo necesidad de darse a la organización local.

Después de ser propuestas localidades que no aceptan, se propone a Sevilla, que lo acepta, después de hacerle Barcelona la promesa de poderse encargar de nuevo una vez reorganizada.

Promete el Comité saliente trasladar la documentación a Sevilla una vez despachados todos los asuntos pendientes, y hecha el acta de la Conferencia, encargándose trasitoriamente Sevilla del Comité de acuerdo con Barcelona.

3. Atribuciones, medios y labores de este comité. Se encarece que las delegaciones hagan porque en sus organismos se comprenda que sin el aporte económico voluntario pero continuo, no es posible el buen desenvolvimiento y la precisa labor de este CN.

4. Asuntos generales.

Cataluña propone que se haga un boletín que sea la expresión de la obra de nuestro movimiento anarquista, siendo aprobado.

Se levanta la sesión con un saludo a los presos y perseguidos y al mundo revolucionario.

(De Ruta, julio de 1937.)

La Federación de Grupos Anarquistas de España.

A todos

¿Quiénes somos? Somos los eternos anarquistas. Los eternos enemigos del «orden» burgués y capitalista, ahora y siempre. Los enemigos de la propiedad, del salario, de las leyes, de las religiones, del militarismo, de la estupidez humana y de la iniquidad social.

Somos los que tras cualquier acontecimiento, por muy grave y transcendental que sea, aparecemos siempre inconfundibles.

Se nos ha querido mezclar en los delitos más viles en los más repugnantes crímenes. No negaremos, empero, que algunos miserables se reivindicaron

anarquistas aun en medio de sus execrables felonías. Sin embargo, el anarquista nada tiene que ver ni con los robos ni con los asesinatos elevados a sistema.

Si bien propaga la violencia como una necesidad revolucionaria y justifica el tiranicidio cuando se produce espontáneamente y la expropiación insólita y ocasional cuando el individuo ha agotado todos los medios legales de existencia y se encuentra ante la ineludible necesidad de garantizar su derecho a la vida, no ampara el robo que condena en la sociedad actual, ni la violencia como arma de lucha individual, menos aún de propaganda...

¿Qué queremos? Lo hemos manifestado mil veces. Queremos el establecimiento de una sociedad nueva, donde todos los individuos componentes de la misma tengan satisfechas plenamente sus necesidades materiales, morales e intelectivas. «A cada uno según sus necesidades. De cada uno según sus fuerzas y posibilidades.» Queremos esa sociedad sin ningún amo, sin ningún gobierno, sin ningún principio coactivo. Sin ningún esclavo y sin ninguna víctima de los hombres. Una sociedad libre de hombres libres.

Un progreso sin límites, una perfección infinita también, un bienestar cada vez mayor.

Queremos la emancipación de los hombres, de las mujeres o de los sexos, de las razas. Queremos la integral emancipación dentro de la sociedad fundamentalmente transformada.

Nosotros en la actualidad. Si queriendo todo eso, esperásemos a que llegase por consunción de la mejor máquina social, seríamos unos ilusos.

Cada día propagamos nuestros ideales y buscamos que plasmen en los individuos y en las colectividades. Cada día tratamos de ser más anarquistas y de estar un poco más en concordancia con el anarquismo, el cual a su vez va llenando insensiblemente los nuevos horizontes.

Nosotros no queremos ser ajenos a cuantos acontecimientos concurren al avance del progreso, pero nuestro concurso jamás nos hará perder de vista nuestra finalidad y nuestros principios. Nuestra cooperación en un movimiento de avance no lleva nunca la intención de favorecer a unos en detrimento de otros, sino de empujar hacia nuestras concepciones en la sociedad. No somos refractarios a las nuevas formas políticas y sociales que nos aporten un leve lenitivo a nuestro penoso y trágico desenvolvimiento, pero jamás abandonaremos nuestras concepciones.

El comunismo, el Estado, la política y nosotros. Somos antipolíticos y antiestatales, y cuando decimos antipolíticos queremos decir contra todos los políticos, aunque se llamen marxistas, socialistas o comunistas. Estamos contra el Estado, ya sea aristocrata, burgués o «proletario». Estamos en contra de todas las violencias organizadas.

Tenemos la completa seguridad de que los Estados solamente tienen una misión: la de velar por la iniquidad o por un privilegio. Abolidos aquélla y éste, ¿para qué se quiere el Estado?

¿Ordenación? **¿Dirección?** Muy bien. Pero no de arriba hacia abajo, sino de abajo hacia arriba. Dimanente de las colectividades en absoluta disposición de ordenar, de nombrar y de destituir.

Nosotros y el sindicalismo. El sindicalismo revolucionario adherido a la AIT de Berlín nos es simpático. Como obreros, casi todos militamos en las filas de la

Confederación Nacional del Trabajo. Pero nuestra misión no es del todo militar en el seno del sindicalismo. Somos hombres y algunos no se hallan sujetos al yugo de la explotación burguesa. Por lo tanto, no basta actuar dentro del sindicato. Nuestra misión tiene un complemento más importante. Al margen del sindicalismo, con absoluta independencia, propagamos nuestras teorías, formamos nuestros grupos, preparamos mítines, editamos publicaciones anarquistas y difundimos la semilla del anarquismo a todos los vientos.

Nosotros perseguimos la emancipación integral de todos los seres humanos, sin distinción, ni siquiera de clases. Nuestra lucha es más amplia y más global. Entre nosotros caben todos los que aspiran a una sociedad sin gobierno, cualquiera que sea su visión de la organización social posrevolucionaria (comunista o individualista). En las revoluciones futuras, si es posible, queremos evitar que acontezca lo de Rusia, lo de siempre. Cuando los anarquistas insuflan y animan a la revolución, ésta avanza casi siempre por la vía recta; pero cuando decae la actividad anarquista, la revolución se desvía de su trayectoria y los anarquistas —como en Rusia— son víctimas predilectas de los sempiternos explotadores de revoluciones.

Conclusión. Es, pues, necesario y urgente organizarse en las agrupaciones anarquistas para impregnar la revolución anarquista.

Hemos hablado de la revolución que se avecina. No nos queda duda, la revolución social se avecina a pasos agigantados. La vieja política gangrenada ha quedado arrinconada, desarticulada y absolutamente vencida, pero no por los que ahora gobiernan. Hemos de procurar que no vuelva a incorporarse.

Los del 13 de septiembre, los que en 90 días habían de curar al país, lo han aniquilado por completo. Maura y la reacción gobiernan tras cortina. El directorio solamente es el taparrabos del maurismo y de la más decadente y venal política. Por instinto de conservación, el país ha de sacudir esta gente del poder.

Nosotros nunca hemos supuesto a los principales autores del golpe de Estado animados de buena fe, sino simplemente henchidos de codicia y arribismo. Pero aunque así fuese, no pueden solucionar nada. Menos aun que los políticos.

En consecuencia, la revolución se aproxima. Tratemos los anarquistas de hacer buena figura en ella, de impulsarla cuanto más adelante podamos.

Salud y revolución.

El Comité de Relaciones Anarquistas. El Comité de Relaciones Anarquistas de Cataluña.

Sentido actual de las enseñanzas de la FAI

En nuestros días, la organización formal de la CNT-FAI son sólo fantasmas, una sombra de lo que fueron en su tiempo; fantasmas eficaces cuyo nombre aterroriza aún a la burguesía con el recuerdo de la revolución, pero incapaces para llevar a cabo las tareas indispensables para el avance de la lucha revolucionaria actual.

En cambio, las tareas que exigieron la creación de la FAI hace casi medio siglo conservan plena actualidad en la situación presente:

—Situación de clandestinidad y debilidad organizativa del movimiento obrero, sometido a la represión del Estado y de la patronal;

—Peligro de desviacionismo presente en ciertos sectores del movimiento obrero que se conforman con una perspectiva reformista olvidando las exigencias revolucionarias;

—Necesidad de unificar las tendencias antiautoritarias más radicales del movimiento obrero, para llevar la lucha hasta el umbral de la insurrección. Hoy como hace 50 años queda de nuevo el problema de la organización capaz de garantizar el radicalismo del movimiento revolucionario y su fuerza práctica:

—Por una parte, las organizaciones que se reclaman del anarquismo en España no se plantean esta cuestión en toda su envergadura sino que se conforman con mantener viejas estructuras o con hacer aparecer grupos libertarios marginales a la lucha (por ejemplo, grupos estudiantiles más o menos folklóricos, grupos intelectuales, pacifistas...);

—Por otra parte, las tendencias antiautoritarias en el seno del movimiento obrero forman parte de organizaciones radicales más amplias y se hallan permanentemente ante el dilema de ganar en homogeneidad a

costa de convertirse en grupúsculos cerrados y reducidos o ampliar al máximo la unidad de acción y la posibilidad de generalización de las luchas a costa de avanzar más lentamente en sus planteamientos.

El ejemplo de la fundación de la FAI debe plantear la cuestión de la organización en los siguientes términos:

—El movimiento obrero debe reforzar su organización, intensificar sus luchas y aprender e incorporar en sus luchas la **violencia revolucionaria**;

—Los grupos de vanguardia pueden configurarse como grupos de acción coordinados pero autónomos y plantear mediante su actividad objetivos más avanzados que los que por sí solo puede emprender un amplio movimiento de masas;

—Estos grupos de acción no pueden constituirse en partido ni en dirección del movimiento obrero, sino ser vanguardia en los hechos, en la práctica, en el apoyo concreto aportado a las luchas;

—No pueden ser ajenos o exteriores a la clase obrera sino formar parte de ella;

—Es todo el movimiento de la clase obrera el único que puede realizar los objetivos revolucionarios; una organización de vanguardia sólo puede ser realmente eficaz y positiva si abandona toda pretensión sustituita y hace suyo en la práctica la norma según la cual **la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos**.

Tal es el sentido actual de las enseñanzas de la Federación Anarquista Ibérica.

(Grupos Autónomos de Combate. Por un Movimiento Ibérico de Liberación, n.º 1, 1973.)

Editions Ruedo ibérico

Bartoli

Calibán

De la segunda República a la bomba atómica

208 páginas de texto y dibujos

30 F

Editions Ruedo ibérico

Xavier Domingo

Erótica hispánica

Introducción. 1. La culpa. 2. El castigo. 3. Moros y cristianos. 4. El mejor cliente de la Celestina. 5. Varón de dolores. 6. Carajicomedia. 7. La Celestina. 8. Un renacentista español. 9. Don Juan. 10. ¡Oh!, toque delicado. 11. Diablos enamorados. 12. El caballo raptor. 13. Último capítulo para la edición española. Apéndices: Iconografía. 1. Sadomasoquismo. 2. Fetiches. 3. El sexo débil. 4. La Virgen de la Teta. 5. Culos. 6. Priapos. 7. Kitsch español. 8. El cura. 9. Picasso.

328 páginas

305 ilustraciones

Sobrecubierta ilustrada

75 F

Vázquez de Sola

El general Franquísimo

**o la muerte civil
de un militar moribundo**

120 páginas ilustradas

15 F



«Treintistas» y «faístas»

La polémica entre «treintistas» y «faístas», iniciada mucho antes de la publicación del Manifiesto de los Treinta (en el Congreso del Conservatorio fueron suscitados todos los grandes problemas que serían después debatidos en el curso de la controversia), y que sólo la amenaza de la guerra civil lograría atenuar en el Congreso de Zaragoza, constituye uno de los más significativos momentos de la historia del anarquismo español. Chocan en esa polémica dos tendencias, fuertemente enraizadas en el movimiento libertario español desde los primeros días de la Federación española de la Primera Internacional, tendencias que podrían ser denominadas minimalista y maximalista, que han logrado convivir en el seno de las organizaciones libertarias durante largos periodos, y que ya habían chocado con violencia semejante en otros momentos (crisis de la Federación española en la segunda década de los años 70 del siglo XIX, lucha entre «colectivistas» y «anarcocomunistas» a fines del mismo siglo); tendencias que se opondrán con sordina exigida por la guerra civil, a lo largo de ésta; tendencias que desgarrarán las organizaciones libertarias en el exilio iniciado en 1939 y todavía no concluido, con repercusiones de intensidad semejante en las organizaciones reconstituidas dentro de las fronteras españolas, en un proceso con características de degeneración orgánica e ideológica de tan grave profundidad que lo asemejan a una marcha consciente, querida, hacia la liquidación, hacia el suicidio, y que no logra explicar satisfactoriamente la confluencia de factores externos, tan negativos para el desarrollo del movimiento, como el franquismo y un exilio de más de treinta años.

Es verosímil que ambas tendencias —sea cual sea el nombre que adopten— convivirán y se opondrán mañana, y quizá siempre, en el seno de las organizaciones que se dé el movimiento libertario español, con intensidad y en formas imprevisibles, y no necesariamente negativas a priori para su desarrollo. La coexistencia y la violenta oposición, durante más de un siglo, de esas tendencias, permiten suponer la existencia de una corriente sociológica profunda, subyacente al movimiento libertario y a sus organizaciones de cada momento. Hemos escogido la polémica entre «treintistas» y «faístas» por considerarla la más rica en enseñanzas entre cuantas produjeron las crisis del movimiento libertario español. Tuvo lugar esa polémica en un momento de vertiginoso auge de las organizaciones libertarias (Confederación Nacional del Trabajo, Federación Anarquista Ibérica y Federación Ibérica de Juventudes Libertarias), en el periodo «revolucionario» que abre la caída de la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la segunda República —y lo que más es, provocada directamente por esos hechos. Se desarrolló, con sus secuelas, en el periodo de intensa actividad anarquista que va del Congreso del Conservatorio (1931) al Congreso de Zaragoza (1936). Formalmente centrada en el Manifiesto de los Treinta, abarcó todos los grandes problemas (ideológicos, estratégicos, tácticos y organizativos) que se planteaban entonces —y quizá ahora— al movimiento libertario español. La aparente desproporción que existe entre el contenido intrínseco del manifiesto y las reacciones que provocó son prueba de ello. En la polémica participarían directamente hombres que marcarían con una impronta profunda el desarrollo del movimiento libertario español. Alcanzó un nivel intelectual muy superior a las precedentes polémicas equivalentes, nivel que no cabe poner en ningún tipo de relación con la polémica actual, de la que algún eco podrá hallarse en las páginas de este fascículo de Cuadernos de Ruedo ibérico.

Las consecuencias inmediatas de la polémica fueron múltiples. Señalemos solamente las oleadas de expulsiones (individuales y colectivas) que provocó la creación de los llamados «Sindicatos de Oposición» que agruparon a los partidarios de la fracción treintista, el intento de éstos de constituir una Federación Sindicalista Libertaria para contrarrestar el influjo de los militantes de la FAI, el reforzamiento de las estructuras de la FAI y de la «trabazón» de ésta y la CNT y, finalmente, la creación del Partido Sindicalista de Angel Pestaña —el más conocido entonces de los firmantes del manifiesto—, en abril de 1933. Dividió, también, a

quienes se oponían decididamente a los «treintistas» en anarcosindicalistas y anarquistas puros y pondría de relieve la existencia de una numerosa militancia que si bien no seguiría a los «treintistas» en sus posiciones extremas (Sindicatos de Oposición, Partido Sindicalista), tampoco aceptaría, en el cuadro de las organizaciones mayoritarias, los planteamientos de los «anarcobolcheviques» y de los anarquistas puros. La unidad confederal se obtendría en el Congreso de Zaragoza, en el que los miembros de los «Sindicatos de Oposición» se hallaron en proporción de 1 a 8.

No nos era posible publicar una antología representativa de todos los aspectos de la polémica central y de las polémicas secundarias que convergieron sobre el Manifiesto de los Treinta. Hemos limitado nuestra selección al propio manifiesto y a los documentos, muy cercanos a éste en el tiempo, que hemos considerado esenciales. Está muy lejos de nosotros la pretensión de haber acertado en una selección a la que las dimensiones de este suplemento de Cuadernos de Ruedo ibérico imponían límites muy estrictos.

El manifiesto de los «treinta»

A los camaradas, a los sindicatos, a todos. Un superficial análisis de la situación por que atraviesa nuestro país nos llevará a declarar que España se halla en un momento de intensa propensión revolucionaria, del que van a derivarse profundas perturbaciones colectivas. No cabe negar la trascendencia del momento ni los peligros de este período revolucionario, porque quiérase o no, la fuerza misma de los acontecimientos ha de llevarnos a todos a sufrir las consecuencias de la perturbación. El advenimiento de la República ha abierto un paréntesis en la Historia normal de nuestro país; derrocada la monarquía; expulsado el rey de su trono; proclamada la República por el concierto tácito de grupos, partidos, organizaciones e individuos que habían sufrido las acometidas de la Dictadura y del período represivo de Martínez Anido y de Arlegui, fácil será comprender que toda esa serie de acontecimientos habían de llevarnos a una situación nueva, a un estado de cosas distinto a lo que había sido hasta entonces la vida nacional durante los últimos cincuenta años, desde la Restauración acá. Pero si los hechos citados fueron el aglutinante que nos condujo a destruir una situación política y a tratar de inaugurar un período distinto al pasado, los hechos acaecidos después han venido a demostrar nuestro aserto de que España vive un momento verdaderamente revolucionario. Facilitada la huida del rey y la expatriación de toda la chusma dorada y de «sangre azul», una enorme exportación de capitales se ha operado y se ha empobrecido al país más aún de lo que estaba. A la huida de los plutócratas, banqueros, financieros y caballeros del cupón y del papel de Estado siguió una especulación vergonzosa y descarada, que ha dado lugar a una formidable depreciación de la peseta y una desvalorización de la riqueza del país en un cincuenta por ciento.

A este ataque a los intereses económicos para producir el hambre y la miseria de la mayoría de los españoles siguió la conspiración velada, hipócrita,

de todas las cogullas, de todos los asotnados, de todos los que por triunfar no tienen inconveniente en encender una vela a Dios y otra al diablo. El dominar, sojuzgar y vivir de la explotación de todo un pueblo al que se humilla es lo que se pone por encima de todo. Las consecuencias de esta confabulación de procedimientos criminales son una profunda e intensa paralización de los créditos públicos y, por tanto, un colapso en todas las industrias, que provoca una crisis espantosa, como quizá jamás se había conocido en nuestro país. Talleres que cierran, fábricas que despiden a sus obreros, obras que se paralizan o que ya no comienzan; disminución de pedidos en el comercio, falta de salida de los productos naturales; obreros que pasan semanas y semanas sin colocación; infinidad de industrias limitadas a dos o tres y muy pocas a cuatro días de trabajo. Los obreros que logran la semana entera de trabajo, que pueden acudir a la fábrica o al taller seis días, no exceden del treinta por ciento. El empobrecimiento del país es ya un hecho consumado y aceptado. Al lado de todas estas desventuras que el pueblo sufre, se nota la lenidad, el proceder excesivamente legalista del gobierno. Salidos todos los ministros de la revolución, la han negado apegiándose a la legalidad como el molusco a la roca, y no dan pruebas de energía sino en los casos en que de ametrallar al pueblo se trata. En nombre de la República, para defenderla, según ellos, se utiliza todo el aparato de represión del Estado y se derrama la sangre de los trabajadores cada día. Ya no es en esta o la otra población, es en todas donde el seco detonar de los máuseres ha segado vidas jóvenes y lozanas. Mientras tanto, el gobierno nada ha hecho ni nada hará en el aspecto económico. No ha expropiado a los grandes terratenientes, verdaderos ogros del campesino español; no ha reducido en un céntimo las ganancias de los especuladores de la cosa pública; no ha destruido ningún monopolio; no ha puesto coto a

ningún abuso de los que explotan y medran con el hambre, el dolor y la miseria del pueblo. Se ha colocado en situación contemplativa cuando se ha tratado de mermar privilegios, de destruir injusticias, de evitar latrocinios tan infames como indignos. ¿Cómo extrañarnos, pues, de lo ocurrido? Por un lado altivez, especulación, zancadillas con la cosa pública, con los valores colectivos, con lo que pertenece al común, con los valores sociales. Por otro lado lenidad, tolerancia con los opresores, con los explotadores, con los victimarios del pueblo, mientras a éste se le encarcela y persigue, se le amenaza y extermina.

Y, como digno remate a esto, abajo el pueblo sufriendo, vegetando, pasando hambre y miseria, viendo como le escamotean la revolución que él ha hecho. En los cargos públicos, en los destinos judiciales, allí donde puede traicionarse la revolución, siguen aferrados los que llegaron por favor oficial del rey o por la influencia de los ministros. Esta situación, después de haber destruido un régimen, demuestra que la revolución que ha dejado de hacerse deviene inevitable y necesaria. Todos lo reconocemos así. Los ministros, reconociendo la quiebra del régimen económico; la prensa, constatando la insatisfacción del pueblo, y éste rebelándose contra los atropellos de que es víctima. Todo, pues, viene a confirmar la inminencia de determinaciones que el país habrá de tomar para, salvando la revolución, salvarse.

Una interpretación. Siendo la situación de honda tragedia colectiva; queriendo el pueblo salir del dolor que le atormenta y mata, y no habiendo más que una posibilidad, la revolución, ¿cómo afrontarla? La historia nos dice que las revoluciones las han hecho siempre las minorías audaces que han impulsado al pueblo contra los poderes constituidos. ¿Basta que estas minorías quieran, que se lo propongan, para que en una situación semejante la destrucción del régimen imperante y de las fuerzas defensivas que lo sostienen sea un hecho? Veamos. Estas minorías, provistas de algunos elementos agresivos, en un buen día, o aprovechando una sorpresa, plantan cara a la fuerza pública, se enfrentan con ella y provocan el hecho violento que puede conducirnos a la revolución. Una preparación rudimentaria, unos cuantos elementos de choque para comenzar, y ya es suficiente. Fian el triunfo de la revolución al valor de unos cuantos individuos y a la problemática intervención de las multitudes que les secundarán cuando estén en la calle.

No hace falta prevenir nada, ni contar con nada, ni pensar más que en lanzarse a la calle para vencer a un mastodonte: el Estado. Pensar que éste tiene elementos de defensa formidables, que es difícil destruirle mientras que sus resortes de poder, su

fuerza moral sobre el pueblo, su economía, su justicia, su crédito moral y económico no estén quebrantados por los latrocinios y torpezas, por la inmoralidad e incapacidad de sus dirigentes y por el debilitamiento de sus instituciones; pensar que mientras que esto no ocurra puede destruirse el Estado, es perder el tiempo, olvidar la historia y desconocer la propia psicología humana. Y esto se olvida, se está olvidando actualmente. Y por olvidarlo todo, se olvida hasta la propia moral revolucionaria. Todo se confía al azar, todo se espera de lo imprevisto, se cree en los milagros de la santa revolución, como si la revolución fuera alguna panacea y no un hecho doloroso y cruel que ha de forjar el hombre con el sufrimiento de su cuerpo y el dolor de su mente. Este concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia, patrocinado durante decenas de años por todos los partidos políticos que han intentado y logrado muchas veces asaltar el poder, tiene, aunque parezca paradójico, defensores en nuestros medios y se ha reafirmado en determinados núcleos de militantes. Sin darse cuenta caen ellos en todos los vicios de la demagogia política, en vicios que nos llevarían a dar la revolución, si se hiciera en estas condiciones y se triunfase, al primer partido político que se presentase, o bien a gobernar nosotros, a tomar el poder para gobernar como si fuéramos un partido político cualquiera.

¿Podemos, debemos sumarnos nosotros, puede y debe sumarse la Confederación Nacional del Trabajo a esa concepción catastrófica de la revolución, del hecho, del gesto revolucionario?

Nuestra interpretación. Frente a este concepto simplista, clásico y un tanto pelicularo, de la revolución, que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano, con disfraz de gorro frigio, pero fascismo al fin, se alza otro, el verdadero, el único de sentido práctico y comprensivo, el que puede llevarnos, el que nos llevará indefectiblemente a la consecución de nuestro objetivo final.

Quiere éste que la preparación no sea solamente de elementos agresivos, de combate, sino que se han de tener éstos y además elementos morales, que hoy son los más fuertes, los más destructores y los más difíciles de vencer. No fía la revolución exclusivamente a la audacia de minorías más o menos audaces, sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación, determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución. No cree que la revolución sea únicamente orden, método; esto ha de entrar por mucho en la preparación y en la revolución misma, pero dejando también lugar suficiente para la iniciativa individual, para el gesto y el hecho que corresponde al individuo. Frente al concepto caótico e incoherente de la revolución que tienen los

primeros, se alza el ordenado, previsor y coherente de los segundos. Aquello es jugar al motín, a la algarada, a la revolución; es, en realidad, retardar la verdadera revolución.

Es, pues, la diferencia bien apreciable. A poco que se medite se notarán las ventajas de uno u otro procedimiento. Que cada uno decida cuál de las dos interpretaciones adopta.

Palabras finales. Fácil será pensar a quien nos lea que no hemos escrito y firmado lo que antecede por placer, por el caprichoso deseo de que nuestros nombres aparezcan al pie de un escrito que tiene carácter público y que es doctrinal. Nuestra actitud está fijada, hemos adoptado una posición que apreciamos necesaria a los intereses de la Confederación y que se refleja en la segunda de las interpretaciones sobre la revolución.

Somos revolucionarios, sí; pero no cultivadores del mito de la revolución. Queremos que el capitalismo y el Estado, sea rojo, blanco o negro, desaparezca; pero no para suplantarlo por otro, sino para que hecha la revolución económica por la clase obrera pueda ésta impedir la reinstauración de todo poder, sea cual fuere su color. Queremos una revolución nacida de un hondo sentir del pueblo, como la que hoy se está forjando, y no una revolución que se nos ofrece, que pretenden traer unos cuantos individuos, qui si a ella llegaran, llámese como quieran, fatalmente se convertirían en dictadores al día siguiente de su triunfo. Pero esto lo queremos y lo deseamos nosotros. ¿Lo quiere también así la mayoría de los militantes de la Organización? He aquí lo que interesa dilucidar, lo que hay que poner en claro cuanto antes. La Confederación es una organización revolucionaria, no una organización que cultive la algarada, el motín, que tenga el culto de la violencia por la violencia, de la revolución por la revolución. Consi-

derándolo así, nosotros dirigimos nuestras palabras a los militantes todos, y les recordamos que la hora es grave, y señalamos la responsabilidad que cada uno va a contraer por su acción o por su omisión. Si hoy, mañana, pasado, cuando sea, se les invita a un movimiento revolucionario, no olviden que ellos se deben a la Confederación Nacional del Trabajo, a una organización que tiene el derecho de controlarse a sí misma, de vigilar sus propios movimientos, de actuar por propia iniciativa y de determinarse por propia voluntad. Que la Confederación ha de ser la que, siguiendo sus propios derroteros, debe decir cómo, cuándo y en qué circunstancias ha de obrar; que tiene personalidad y medios propios para hacer lo que deba hacer.

Que todos sientan la responsabilidad de este momento excepcional que todos vivimos. No olviden que así como el hecho revolucionario puede conducir al triunfo, y que cuando no se triunfa se ha de caer con dignidad, todo hecho esporádico de la revolución conduce a la reacción y al triunfo de las demagogias. Ahora que cada cual adopte la posición que mejor entienda. La nuestra ya la conocéis. Y firmes en este propósito la mantendremos en todo momento y lugar, aunque por mantenerla seamos arrollados por la corriente contraria.

Barcelona, agosto de 1931.

Juan López, Agustín Gibanel, Ricardo Fornells, José Girona, Daniel Navarro, Jesús Rodríguez, Antonio Vallabriga, Angel Pestaña, Miguel Portolés, Joaquín Roura, Joaquín Lorente, Progreso Alfaraache, Antonio Peñarroya, Camilo Piñón, Joaquín Cortés, Isidoro Gabín, Pedro Massoni, Francisco Arín, José Cristóbal, Juan Dinarés, Roldán Cortada, Sebastián Clará, Juan Peiró, Ramón Viñas, Federico Uleda, Pedro Cané, Mariano Prat, Espartaco Puig, Narciso Marcó, Jenaro Minguet.*

* [NDR. Nos parece significativa la diferente —y a veces opuesta— trayectoria política de los firmantes del Manifiesto de los Treinta. Esa trayectoria prueba que si algunos de sus firmantes eran meros oportunistas —o peor que eso— y merecían la violenta reacción de sus opositores, en el otro extremo de la gama se hallan hombres que probaron su fidelidad sin concesiones a la CNT. Roldán Cortada, convertido al estalinismo, llegaría a ser dirigente del PSUC, llegando a ser un encarnizado perseguidor de sus antiguos compañeros durante los primeros meses de la guerra civil. Sería asesinado en abril de 1937. Ricardo Fornells y Sebastián Clará se dejarán atraer por las invitaciones falangistas, durante la inmediata posguerra y estarán relacionados con la tentativa de creación de un «Partido Laborista», propiciada por el entonces ministro de Trabajo de Franco, José Antonio Girón. Progreso Alfaraache, que había representado a la CNT ante el Comité revolucionario del Pacto de San Sebastián (1930),

estará implicado en las conversaciones entre dignitarios de la CNS y algunos viejos militantes de la CNT, en 1965, conversaciones condenadas como traición por el conjunto de la militancia confederal. Al igual que Joaquín Cortés. Juan López, ministro de Comercio en el gabinete Largo Caballero, implicado en las mismas conversaciones, iría más lejos todavía en sus artículos publicados en *Índice*. Pestaña, secretario general de la CNT en varias ocasiones, constituiría el Partido Sindicalista y sería diputado a Cortes en 1936. Juan Peiró, secretario general de la CNT en 1922 y 1926, ministro de Industria en el gabinete Largo Caballero, rechazaría las proposiciones falangistas y sería fusilado en 1942. Los «treinta» eran un grupo poco homogéneo, como es fácil deducir de un cotejo entre las declaraciones a Eduardo de Guzmán de Arín y Piñón (p. 308) y de Peiró (p. 310). Pestaña y Peiró se habían enfrentado ásperamente a causa de los Comités paritarios creados por Primo de Rivera, en 1926, para arbitrar los conflictos de trabajo, comités que Pestaña aceptaba y Peiró no.]

Del momento revolucionario español. Buenaventura Durruti contesta, en nombre de la FAI, al manifiesto de los sindicalistas reformistas

La contestación de Buenaventura Durruti¹ al manifiesto de los sindicalistas reformista da a esta transcendental polémica su máximo interés.

La Federación Anarquista Ibérica está integrada por muchachos de un positivo valor intelectual, pero vehementes partidarios de la acción directa. Han venido siendo los sostenedores del extremismo revolucionario dentro de los Sindicatos. Espíritus cultivados y ampliamente generosos en su ideal y su psicología, ha de ser muy difícil luchar con ellos en el terreno de la polémica, surgida precisamente en el momento cumbre en que la acción de los Sindicatos tiene que adoptar en el terreno revolucionario o en la lucha legal su máxima intensidad y una orientación definitiva.

Por un cúmulo de especiales circunstancias y dado el sentido gubernamental adoptado por el socialismo, el sindicalismo ha sido el refugio natural del proletariado por encontrar dentro de los Sindicatos campo adecuado para la lucha en pro de sus reivindicaciones.

El sindicalismo, como fuerza social, es hoy de una importancia decisiva. Es imposible gobernar dentro de la República sin tener en cuenta lo que vale y pesa el sindicalismo. Si éste entra dentro de la legalidad, aprovechándose de ella, para afianzar sus organizaciones, extendiendo su fuerza por toda España, la vida de la República entrará por cauces de normal desenvolvimiento. Si por el contrario, vence el punto de vista extremista, no cabe duda que el periodo revolucionario quedaría abierto, con las naturales e insospechadas violencias.

La nota de los firmantes del manifiesto dirigido a los sindicatos

Los firmantes del manifiesto dirigido a los Sindicatos han redactado la siguiente nota:

« La prensa ha recogido el manifiesto que un puñado de militantes de la Confederación ha lanzado a la publicidad, dando a conocer su pensamiento sobre cuestiones que afectan a su participación en el movimiento sindical; pero la prensa se ha permitido no tan sólo criticar, lo que consideramos natural, sino intercalar títulos, con el que se da un cariz a la hoja que no es el que los firmantes le han dado en su redacción, y a mencionar otros organismos que nada tienen que ver con este asunto. Ni nosotros hemos mencionado a esos organismos ni teníamos por qué. La intención es clara, sino para la inmensa mayoría de los

1. [NDR. Buenaventura Durruti, mecánico ajustador, nacido en León en 1896, militó desde muy temprano en las filas de la CNT y en grupos anarquistas, tanto en España como en diversos países europeos en su prolongado exilio durante la dictadura de Primo de Rivera. Hombre de acción más que teórico, agitador elocuente, formaba parte en la época de la polémica del grupo « Nosotros », continuador del grupo « Los solidarios ». En los días de julio de 1936, iba a ser uno de los artífices de la victoria popular contra los militares sublevados en Barcelona. Organizador de la columna que llevaría su nombre, moriría en la defensa de Madrid, el 20 de noviembre de 1936.

El grupo « Nosotros », como antes de él el grupo « Los solidarios », ejerció gran influencia entre los confederados y el prestigio de algunos de sus miembros los situaba entre los líderes naturales del anarcosindicalismo español. Véase a este respecto, en este mismo número (p. 237), las afirmaciones de José Peirats. Muchos de los miembros de este grupo formaron parte de la tendencia que en 1926 recibiría el nombre de « los treinta ». Por ironía de las cifras, serán algunos de estos « treinta » quienes se opondrán victoriosamente a los « treinta » de 1931. El papel del grupo « Nosotros » durante los primeros días del golpe militar en Barcelona fue decisivo. Su composición merece ser anotada, siguiendo en lo esencial los datos aportados por César Lorenzo (*Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo ibérico, París, 1972). Sobre Durruti, véase *ut supra*. Sobre García Oliver, véase nuestra nota 16, p. 312.

Además de estos dos hombres, militaron en el grupo: Francisco Ascaso, aragonés, camarero, compañero inseparable de exilio de Durruti, uno de los más relevantes componentes del grupo, muerto frente a las Atarazanas, el 20 de julio de 1936; Rafael Torres Escartin, muerto loco a causa de las torturas infligidas por la policía de la dictadura; Aurelio Fernández, mecánico, delegado de la FAI en el Comité de Milicias antifascistas de Cataluña, secretario de la Junta de Seguridad interior de Cataluña; Ricardo Sanz, valenciano, tejedor, sucedería a Durruti en el mando de su columna, teniente coronel del Ejército popular durante la guerra civil; Gregorio Suberviela, navarro, mecánico; Alfonso Miguel, ebanista; Miguel García Vivanco, murciano, pintor de brocha gorda (alcanzaría celebridad en Francia como pintor *naïf* en los años 1950-1960), jefe después de García Oliver de la columna confederal « Los Aguiluchos », teniente coronel del Ejército popular; Manuel Campos, castellano, carpintero; Antonio « El Toto », jornalero; Eusebio Brau, fundidor, matado por la Guardia civil en 1923, en el atraco a mano armada de la sucursal de Gijón del Banco de España; Gregorio Jover, ebanista, jefe de la columna Ascaso, teniente coronel del Ejército popular; Antonio Ortiz, carpintero, jefe de la columna Sur-Ebro, teniente coronel del Ejército popular. De ellos dice César Lorenzo: « Todos estos hombres se distinguían por su valentía sin límite, su energía, su resistencia y su espíritu de aventura. »]

lectores, para los que conocen íntimamente el movimiento sindical y para los que siguen con atención la línea trazada por determinados elementos de la política catalanista. Como estimamos que desvirtúan, en parte, nuestra posición de imparcialidad y la limpieza en nuestro pensamiento, enviamos esta nota a la prensa, en la seguridad de que habrá de acogerla como hizo con el manifiesto.

La hora actual de España es una hora revolucionaria

Los militantes confederales que han firmado la hoja son anarquistas y sindicalistas revolucionarios; consideran que la obra del proletariado está vinculada en la organización de que forma parte, y, por tanto, combaten toda tendencia encaminada a dirigir el organismo desde fuera; es decir, por la impulsión de los partidos, llámese como se llamen. La organización obrera ha de afrontar con todos los deberes que le impone su significación, tanto en las luchas por el mejoramiento económico de la clase trabajadora como en la preparación de la clase para los cumplimientos de nuestros fines históricos y ha de afrontar sus deberes íntegramente, recabando la absoluta responsabilidad que con ellos se contrae. No debe eludir ninguno, entiéndase bien, ninguno; pero esto es objeto de interpretaciones. Hay quienes estiman —los socialistas, los comunistas— que la obra revolucionaria del proletariado debe estar dirigida por un partido político, pero el suyo respectivamente, y en este sentido está enfocada su crítica y su acción. Esta posición podrá ser compartida por elementos de nuestra tendencia, desviándose esencialmente de la corriente de ideas, a la cual aportan su inteligencia y sus actividades.

Los obreros que firmamos el manifiesto consideramos esto como un grave peligro para nuestra idea, la marcha de nuestro movimiento. Estimamos que constituiría una desviación gravísima que nos pondría a nivel de los partidos a quienes combatimos por sus tendencias directoras de la organización sindical. Llamar la atención sobre este hecho, pública y francamente ha sido nuestra única intención. Por eso la prensa ha desfigurado el manifiesto al intercalar títulos sin fundamento y al interpretar torcidamente las razones que se exponen en la hoja.

Mantenemos nuestros conceptos íntegramente. Estimamos que la hora actual de España es una hora revolucionaria. En esto están acordes quienes viven separados de nosotros por sus ideas, por su significación social. El reconocimiento de este hecho destruye las suspicacias levantadas, y, por tanto, consideramos que las decisiones del proletariado han de ser marcadas por nosotros mismos directamente, no por delegaciones en núcleos formados al margen de los Sindicatos.

Después de esta nota creemos que no se continuará interpretando el manifiesto como hasta hoy, interpretaciones que han querido dar la sensación de que en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo existen diferencias substanciales. Nuestra interpretación es clara y acorde fundamentalmente con las ideas y las tácticas de la Confederación, a la que queremos ver triunfante, dueña de sí misma y de los acontecimientos. »

La respuesta de Durruti

Buenaventura Durruti publica en *La Nau* de ayer noche un artículo referente al manifiesto acerca de la actuación anarquista. Y dice :

Los anarquistas responderemos de una manera enérgica, pero noble, al ataque que nos han dirigido algunos de los dirigentes de la Confederación. Espero que se habrá visto que el ataque va directamente contra García Olivares [sic] y contra mí. Esto es natural, porque en cuanto llegué a Barcelona me enfrenté con los dirigentes de la Confederación, y después de una discusión que duró varias horas, fijamos claramente las dos posiciones que ahora se van señalado cada vez más.

Nosotros, los hombres de la FAI², no somos ni de lejos lo que piensa mucha gente. Se ha hecho en torno de nosotros una especie de aureola inmerecida, que hemos de desvanecer

2. [NDR. Sobre la FAI (Federación Anarquista Ibérica), véase en este suplemento, p. 287-297.]

cuanto antes mejor. El anarquismo no es lo que suponen muchos espíritus pusilánimes. En justicia, nuestra idea está mucho más extendida de lo que piensan las clases privilegiadas, y es un serio peligro para el capital, e incluso para los seudodefensores del proletariado que ocupan cargos elevadísimos. Naturalmente que el manifiesto publicado últimamente por Pestaña, Peiró, Arin, Clará, Alfarche y otros ha satisfecho mucho a los gobernantes burgueses y a los sindicalistas de Cataluña; pero la FAI no se hace solidaria de ninguna manera del *mea culpa* de los citados señores y seguirá el camino emprendido, que cree que es el mejor.

¿Cómo quieren que estemos de acuerdo con el gobierno actual, que hace cuatro días ha permitido que fueran asesinados cuatro obreros en las calles de Sevilla, volviendo al sistema infamante inventado por Martínez Anido y ejecutado nuevamente por el ministro de la Gobernación Sr Maura? ¿Cómo quieren que estemos de acuerdo con un gobierno que huye de imponer sanciones a los partidarios de la pasada Dictadura, y les permite que en Lasarte continúen conspirando completamente libres? ¿Cómo quieren que estemos de acuerdo con un gobierno del que forman parte colaboradores de la Dictadura?³

Nosotros somos absolutamente apolíticos, porque estamos convencidos de que la política es un sistema de gobierno artificioso y absolutamente contra natura, en el que muchos hombres claudican para seguir ocupando sus cargos, sacrificando lo que sea, especialmente a las clases humildes.

Lo que ocurre actualmente no es nada más que lo que debía suceder, a causa de que el día 14 de abril se llevó a cabo la revolución. Se tenía que ir mucho más adelante de lo que fue, y ahora los obreros pagamos las consecuencias. Nosotros, los anarquistas, somos los únicos que defendemos los principios de la Confederación, principios libertarios, que parece han olvidado los otros. La prueba de esta afirmación es que abandonó la lucha en el momento que tenía que comenzar más fuerte. Se ve claramente que Pestaña y Peiró han contraído compromisos morales que les dificultan su actuación libertaria.

La actual República española constituye un peligro para las ideas libertarias

La República española, tal como está constituida, es un gran peligro para las ideas libertarias, y necesariamente, si los anarquistas no actúan enérgicamente, caeremos fatalmente en la socialdemocracia. Se ha de hacer la revolución; se ha de hacer, cuanto antes mejor, puesto que la República no ha dado ninguna garantía al pueblo ni económica ni política. No podemos esperar de ninguna manera a que la República se acabe de consolidar tal como está constituida. Ahora mismo el general Sanjurjo⁴ pide ocho mil guardias civiles más. Naturalmente que los republicanos de España han tenido presente el caso de Rusia. Han visto que fatalmente tenía que suceder lo mismo que durante el gobierno Kerensky, que no fue más que temporada de preparación para hacer la verdadera revolución, y esto es lo que quieren evitar.

La cuestión religiosa, por ejemplo, la República no la puede resolver. Los burgueses no se han atrevido a dar la batalla a los obreros; pero han tomado posiciones. Tenían dos caminos a emprender: o la socialdemocracia como en Alemania y Bélgica, o la expropiación por las masas obreras organizadas. Naturalmente han elegido el primero.

Maciá⁵, un hombre de toda bondad, un hombre puro e íntegro, es uno de los culpables de la situación angustiosa que atraviesan hoy los obreros. Si en lugar de situarse, como ha hecho, entre el capital y el trabajo se hubiera inclinado definitivamente hacia el lado obrero, el movimiento libertario de Cataluña se habría extendido por toda España y por toda Europa e incluso hasta en la América latina habría logrado adeptos. Maciá ha querido hacer una Cataluña pequeña, y nosotros habríamos hecho de Barcelona la capital espiritual del mundo.

3. [NDR. Formaban parte de ese gobierno, presidido por Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura (véase nota 17, p. 314), Alejandro Lerroux, Manuel Azafia, Diego Martínez Barrio, Nicolau d'Oliver, Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Fernando de los Ríos y Santiago Casares Quiroga. La alusión se dirige a Largo Caballero,

miembro del Consejo de Estado, nombrado por Primo de Rivera.]

4. [NDR. El general Sanjurjo fue el último Director general de la Guardia civil de la monarquía y el primero de la república.]

5. [NDR. Francesc Maciá, coronel retirado, líder de Esquerra Catalana, fue el primer presidente de la Generalitat de Catalunya.]

Todos los obreros de Europa seguían el movimiento libertario de Cataluña esperando el momento oportuno de conseguir también ellos sus reivindicaciones. Ahora, después de la situación falsa que ha ocupado Maciá, nos teme y no sabe qué hacer.

Hay que resolver el problema del paro obrero

La industria española no puede competir con la extranjera, y en cambio el obrero está mucho más adelantado. Tal como está constituida la industria de España, si se pusiera al corriente, si pudiera competir con la de los otros países, los obreros tendríamos que dar un paso atrás y no estamos dispuestos a ello.

Es necesario, es imprescindible resolver el problema de los obreros parados, que cada día aumenta, y la solución la hemos de dar los obreros. ¿Cómo? Indefectiblemente con la revolución social. Se ha de dar paso a los obreros. La riqueza española, aunque parezca una paradoja, la han de defender los obreros y nada más que los obreros.

Volviendo a hablar del manifiesto, he de insistir que en una de nuestras reuniones propuse a Pestaña y Peiró que fueran ellos los teóricos, y nosotros, los jóvenes, la parte dinámica de la organización. Es decir, que ellos vinieran detrás de nosotros reconstruyendo. Inscritos en la Confederación, los de la FAI tenemos únicamente 2000 afiliados; pero contamos en total con 400 000 hombres, puesto que en la última reunión celebrada, en una votación, obtuvimos 63 votos contra 22. Se trataba de dar o no una respuesta revolucionaria a la primera provocación del actual gobierno.

El domingo se celebrará la primera reunión de la Federación local, y en ella daremos cuenta de nuestra protesta contra el documento publicado. Nosotros, los anarquistas, somos los que tenemos en nuestras manos la dirección verdadera de la organización obrera de Cataluña y de muchas otras regiones españolas. Esto ha sido reconocido por los diputados catalanistas, que hicieron público su miedo ante la organización de la FAI. Sabemos que nuestra organización produce mucho miedo a los burgueses y a los pequeños burgueses de Cataluña; pero no daremos un paso atrás siempre que se trate de las reivindicaciones obreras.

No creo que esta unión, que parece que se ha producido en la Confederación a causa de los fracasos de estos últimos tiempos, pueda ser duradera. Otras veces se han producido reacciones semejantes en el seno de la Confederación, y siempre, ante la opinión de la masa sindicalista, han tenido que seguir la ruta que han señalado los obreros confederados.

La Tierra⁶, 2 de septiembre de 1931

Proceso de formación⁷

Nos parece desquiciado el consuetudinario juego con las palabras y con los calificativos. Está tan resobado ese juego, y tan carentes de autoridad los «jugadores», que ni les concedemos ningún valor, ni nos importan.

Nos referimos al orden de las actividades colectivas, ya que en el plano particular y personal, nos parecen muy respetables todos los criterios y todas las actitudes.

Estamos aquí para cumplimentar todos los acuerdos y las decisiones de la organización, que es la única soberana a quien debemos acatamiento, y por esto recordamos hoy, aunque haya de pesar a muchos, que la CNT no está actualmente en plan de realizaciones revolucionarias y sí iniciando un proceso de formación, de preparación, de estructuración orgánica, lo cual es, en definitiva, lo que ha de permitir esas realizaciones revolucionarias. Porque la

6. [NDR, La Tierra no era un periódico anarquista. Era un periódico independiente, que manifestaba en sus columnas marcada simpatía por el movimiento sindicalista, daba cabida con frecuencia a colaboraciones de destacados militantes de la CNT y, sobre todo, que era muy leído por los afiliados a la

sindical anarcosindicalista.]

7. [NDR. En el momento de ser publicado este editorial, Juan Peiró era director de *Solidaridad Obrera*, órgano de la Confederación regional del Trabajo de Cataluña y el más prestigioso periódico confederal. Véase p. 310.]

CNT, que rechaza toda actuación mesiánica y, por ende, toda suerte de tuteladas exteriores, quiere estar equidistante de todas las demagogias estrafalarias fundamentalmente bolcheviques.

En el Congreso de Madrid⁸, la organización sindical ha reconocido que la realización del comunismo libertario, aspiración ideal de la CNT, será el resultado del proceso de formación orgánica enunciado en aquel comicio nacional. Y es que cuando los problemas son planteados en el plano de la discusión serena, de los razonamientos, sólo puede deducirse una conclusión única: que tiene muchísima más importancia saber a dónde van a parar los movimientos revolucionarios, que la forma por donde empiezan.

Los medios por los cuales toma forma un movimiento revolucionario implican una cuestión meramente accidental. Lo esencial y fundamental de todo movimiento revolucionario es el fin que con el mismo se persigue.

No basta decir: «Vamos a la revolución para ir o llegar hasta allá.» Lo interesante es saber si este «allá» está en sazón para admitir a los que quieren llegar a él.

Este es el problema sobre el cual hay que insistir. Lanzar las masas obreras a la calle a recibir golpes de matracas y metralla, como hacen los comunistas sin comunismo de todos los países, es cosa facilísima; pero quien tal hace, más que ser un revolucionario, es un asesino moral. Lo difícil —y es por esto, quizás, que preocupa a muy pocos— es lanzar las masas con un plan completo que determine concretamente las tres fases de todo movimiento revolucionario. Y por lo mismo que esto es difícil, y cuya dificultad ha sido reconocida por el Congreso extraordinario, ha tratado éste de encontrar los medios de allanar el obstáculo mediante una nueva estructuración orgánica de la CNT, con la cual pueda ésta aceptar la responsabilidad de organizar la máquina económica en la posrevolución. Sin tener la garantía de que se está en condiciones de hacer esto, todo lo demás no pasa de ser un trazado de arabescos verbales en forma de jeroglíficos ininteligibles para las gentes de responsabilidad. El Congreso extraordinario aceptó un plan de organización que se encara con todos los problemas que le plantean a la Confederación Nacional del Trabajo la organización económico-industrial del capitalismo y el proceso politicosocial del sistema capitalista. El Sindicato de fisonomía industrialista y la Federación Nacional de Industria, sobre los cuales no hemos de extendernos, son una de las primeras manifestaciones del proceso de formación que nos ocupa, e insistimos en que ello tiene un sentido tan altamente constructivo como revolucionario.

El criterio catastrófico que durante muchos años ha sido la tónica de las actividades de la CNT, alejó de ésta a los valores intelectuales de las ciencias y de la técnica. El criterio construccionista que renace y se incorpora en y a la CNT, la de rodear a ésta de una aureola de confianza y de esperanzas en ella, de las cuales no podrán sustraerse los valores positivos que hasta ahora le huyeron.

Por aquí se trata —y esto es fundamentalísimo para la verdadera revolución social—, de formar un bloque de trabajadores manuales e intelectuales o técnicos, agrupados por industrias o especialidades, capaz de asegurar la movilización de las actividades industriales y económicas de mañana, y tratase, además, de elevar el nivel medio de las masas obreras con el fin de conseguir que ellas comprendan que la producción no es la finalidad social perseguida por el individuo, sino un medio para llegar a una relativa felicidad de la humana especie.

Es preciso dar a las cosas la verdadera importancia que en sí tienen. El proletariado ha de adquirir la plena conciencia de que, en tanto que medio, la organización de la economía toda

8. [NDR. Congreso nacional de la CNT, conocido como Congreso del Conservatorio, por el lugar en que celebró sus asambleas, celebrado en junio de 1931. En él se impuso la creación de las Federaciones nacionales de Industria. El problema de la creación de tales federaciones, que debían agrupar a escala nacional a todos los sindicatos de la misma rama de industria, marcó durante mucho tiempo la divisoria entre «revisionistas» y «anarquistas» en el seno de la CNT y se halla en el corazón de la polémica suscitada por el manifiesto de los treinta. En el Congreso nacional de 1919, llamado Congreso de la Comedia, la proposición de crear tales federaciones fue

rechazada tras arduas polémicas. Las Federaciones nacionales de Industria, propugnadas a causa de la complejidad alcanzada por la lucha sindical con el desarrollo del capitalismo industrial, introducía en la CNT un elemento «vertical», bien que democrático, que según criterio muy extendido entre la militancia confederal chocaba con la estructura «horizontal» (sindicato, Federación local, Federación comarcal, Federación Provincial de Sindicatos, Confederación regional del Trabajo y Confederación nacional del Trabajo) que se había dado la CNT desde su fundación y amenazaba con provocar la burocratización de la organización confederal.]

es la base fundamental donde ha de apoyarse todo movimiento revolucionario de raíz esencialmente socialista, y en que han de asentarse la libertad política y la igualdad económica y social.

Lo demás, disfrácese con el ropaje que se quiera, es la práctica de formas mesiánicas, bolcheviquistas, siempre tiránicas de forma y de fondo y, por lo mismo, absolutamente incompatibles con las esencias del anarquismo y del sindicalismo revolucionario.

Solidaridad Obrera, editorial, 2 de septiembre de 1931

Después de la huelga general de Barcelona. «Hasta ahora — dicen Piñón y Arín — la CNT no ha hecho más que apoyar movimientos ajenos; hoy tiene que hacer su revolución, la social. Los firmantes del manifiesto de agosto mantienen íntegramente lo que en él se consigna.»

Otra vez en pie, cara al porvenir. Dejando atrás los dolores y violencias de la lucha pasada. Recogiendo únicamente las enseñanzas. La CNT sigue su camino segura del futuro.

Está, sin embargo, en un momento crítico. Ha llegado a su mayoría de edad. Piensa serenamente acerca de la ruta a seguir. Y fruto de esta meditación es la actitud de elementos caracterizados de la organización.

En el mes de agosto un grupo de significados militantes lanzó un célebre manifiesto comentado y discutido en todos los tonos. Ha pasado con posterioridad un hecho de cierta importancia desde el punto de vista sindical: la huelga general de Barcelona. Hemos querido conocer la actitud de los firmantes del manifiesto. Hablamos con Piñón y Arín. Y he aquí, fielmente transcritas, sus palabras:

No creemos en la revolución hecha por una minoría audaz

La huelga general no ha hecho variar en lo más mínimo nuestra manera de pensar, fielmente expuesta en el manifiesto. Nos reafirma, por el contrario, en todo lo que dijimos. Esto es, que sin una estructuración más adecuada de las fuerzas de la Confederación es punto menos que imposible la revolución perseguida. Vivimos un momento revolucionario, y no pretendemos negarlo ni oponernos a él. Deseamos tan sólo prepararnos de forma que se aproveche el instante propicio para hacer un movimiento serio definitivo.

No creemos en la revolución hecha por una minoría audaz, sino en la efectuada por las masas trabajadoras dirigidas por la CNT. La primera, llámese como quieran quienes la realicen, acaba forzosamente en dictadura, al caer en manos de cuatro políticos poco o nada escrupulosos. La segunda es la única eficaz.

La CNT tiene que hacer la revolución social

Hasta ahora —añaden Arín y Piñón— la CNT no ha hecho más que apoyar movimientos ajenos, sin determinar concretamente el hecho revolucionario. Hoy la Confederación ha llegado a su mayoría de edad, y es preciso que se fije claramente el camino a seguir, que sepa desdeñar las pequeñeces del momento para realizar una labor seria de organización revolucionaria, de preparación del futuro movimiento liberador.

Tiene la CNT que realizar su revolución: la social. Y un hecho de esta importancia ha de ser preparado minuciosamente. Los movimientos revolucionarios no son únicamente organización, pero ésta influye decisivamente en el éxito. »

Hay que evitar la repetición de lo ocurrido en Rusia

—¿Creen imprescindibles los técnicos?

—Sí. Es preciso no olvidarlos, porque ellos son el nervio de la producción. Los obreros pueden encargarse del trabajo material. Pero si los técnicos —como sucedió en Rusia— están alejados del hecho revolucionario, sobrevendrá necesariamente un momento de paralización, de caos, de miseria. Esto hay que evitarlo. Para ello necesitamos la colaboración de los intelectuales. La clase media siempre vio con indiferencia el problema social. Hoy, al convencerse de que la República no resuelve su difícil situación económica, va comprendiendo que necesita aliarse con los trabajadores en los Sindicatos revolucionarios para vencer al enemigo común.

Dictaduras, no

—¿Creen posible pasar directamente a un comunismo libertario?

—No, es imprescindible una etapa de sindicalismo, que será como un puente entre el régimen actual y el comunismo libertario. Esa etapa será más o menos larga, según las circunstancias. Nuestro deseo claro y terminante es que sea lo más corta posible.

—Y en ese periodo, ¿sería posible o necesaria una dictadura sindical?

—La dictadura es imposible⁹. Hay dictadura cuando —como en Rusia— una minoría de trabajadores se impone a la mayoría. Pero no cuando es ésta —como será forzosamente en el sindicalismo— quien impone su criterio. El sindicalismo es un régimen de mayorías, dirigidas por asambleas en las que intervienen todos los trabajadores. Claro está que los sindicatos tendrán que asumir un poder ejecutivo en cuanto a la producción y distribución. Pero esto no es dictadura, sino todo lo contrario.

La revolución española

—¿Creen ustedes rápido el proceso revolucionario español?

—Sí. La República —y más aún el Estatuto¹⁰— será un gran desengaño para los obreros cuando vean que no les resuelven sus problemas. La República es sólo un régimen burgués que viene a adormecer los impetus revolucionarios de los trabajadores con falsas ilusiones democráticas. Se pronuncian palabras bonitas y vacías. Se les dice que gobierna el pueblo, cuando en realidad está dominado por cuatro o cinco políticos. Por esto nosotros creemos que el proceso revolucionario español será mucho más rápido de lo que espera la clase dominante.

—¿Qué debe hacer la Confederación en este momento?

—La CNT debe dar sensación de capacidad, de sentido orgánico, para que las clases medias que hoy la desdeñan vean en ella una organización eficiente y acudan a engrosar sus filas. Cuando estos brazos de la burguesía, que son técnicos e intelectuales, formen al lado de los trabajadores, el hecho revolucionario se facilitará. Y podrá pasarse de uno a otro régimen económico sin paralizaciones, miserias ni catástrofes.

Hasta aquí Piñón y Arín. Sus palabras marcan la trayectoria que desearían ver seguir a la CNT. ¿Lo desea también la mayoría de los militantes de la organización? Esto es lo que no sabemos ni sabe nadie. Y lo que, como estos hombres recogieron en su célebre manifiesto de agosto, hay que dilucidar, poner en claro lo antes posible.

Eduardo de Guzmán¹¹. Barcelona, 16 de septiembre de 1931. La Tierra, 17 de septiembre de 1931

9. [NDR. En la página 311 se puede ver que Juan Peiró, otro de los firmantes del manifiesto, considera inevitable la implantación de la dictadura sindical.]

10. [NDR. Estatuto de autonomía concedido por la Constitución de la segunda República a Cataluña.]

11. [NDR. Eduardo de Guzmán fue uno de los mejores periodistas de la CNT. En la época de la polémica era redactor jefe de La Tierra. Durante la guerra civil ocupó la misma función en CNT de Madrid, órgano nacional de la CNT.]

Juan Peiró y el momento revolucionario. «En un par de años hay tiempo sobrado para afrontar con toda probabilidad de éxito la revolución social. La CNT tiene hoy más de 800 000 afiliados.»

Juan Peiró es —hasta sus mismos enemigos lo reconocen— uno de los hombres más capacitados con que cuenta hoy la CNT. Militante activo, enérgico y tenaz, ha sabido crearse un prestigio sólido. Es, además, un caso admirable de *self-made-man*, de hombre que todo se lo debe a sí mismo. Lentamente, a costa de esfuerzos y de trabajos, ha sabido formarse una personalidad inconfundible. Y hoy pasa justamente por ser, no sólo uno de los militantes más inteligentes, sino también de los más cultos.

Peiró es actualmente director dimisionario de **Solidaridad Obrera**. Fue uno de los firmantes del célebre manifiesto de agosto, y es uno de los *leaders* en cuyo torno se agitan con más ímpetu los apasionamientos de las dos tendencias que luchan en el seno de la Confederación. Peiró tiene siempre ideas propias, visión personalista del momento. Hablo con él de la situación nacional y de la actuación del organismo confederal. Y Peiró me dice :

La Confederación debe prepararse para realizar la revolución social

—La misión de la CNT en los momentos actuales puede sintetizarse en una palabra: prepararse. Es preciso un periodo preparatorio para poder realizar la revolución social. Es inútil negar que no estamos preparados. No podíamos estarlo después de los años de terrible reacción que hemos pasado. Las persecuciones incesantes nos han impedido estructurarnos debidamente. Y esto es lo que tenemos que hacer ahora: trabajar intensamente para que la organización pueda hacerse cargo en un momento determinado de la producción y el consumo sin que se produzca el menor trastorno, o al menos, sin que se origine una catástrofe parecida a la rusa.

—¿Calcula usted que ese periodo de organización será muy largo?

—Depende de muchas circunstancias. Pero si entre nosotros hubiera paz completa, si consiguiéramos anular las disensiones, si todos trabajamos para conseguir un fin común, en un par de años hay tiempo sobrado para afrontar, con todas las probabilidades de éxito, una revolución social. Para esto sólo necesitamos que la Confederación marche, como marchó siempre hasta aquí, férreamente unida. Es menester no perder en querellas intestinas un tiempo y unas energías que podrían reportarnos grandes beneficios si las empleáramos contra el enemigo común.

—¿Y cree usted próxima esa unificación de criterios?

—No creo que lleguemos rápidamente, con la velocidad deseable, a la desaparición de toda diferencia. Desgraciadamente, la mayor parte de los extremistas están imbuídos por sentimientos casi iguales a los comunistas.

Yo le Interrumpo.

—¿Pero no son anarquistas?

Peiró replica rápido:

—Se dicen anarquistas, pero toda su actuación se parece extraordinariamente a la de los marxistas. Algunos de ellos han llegado ya incluso a decir que se debe ir hacia una dictadura del proletariado¹².

Los sindicatos, organización revolucionaria

—¿Cuál será la misión de los Sindicatos una vez triunfante la revolución?

—Los Sindicatos se encargarán de todas las cuestiones económicas. Controlarán la pro-

12. [NDR. Señalemos que, en la p. 313, Juan García Oliver considera que la dictadura del proletariado «esteriliza la revolución».]

ducción y el consumo. Serán la base de la organización social. Apoyándose en ellos, se irá a la creación de los municipios —comunidades—, etc., a la realización del sindicalismo revolucionario.

—¿Son los Sindicatos organizaciones revolucionarias?

—Sí. Nin¹³ lo niega; pero él, que ha vivido en nuestros medios, sabe tan bien como nosotros que los Sindicatos son organizaciones profesionales y revolucionarias. Propugnan la lucha de clase y el derrumbamiento del capitalismo de Estado. En el momento de producirse el hecho revolucionario, los Sindicatos se apoderarán de todos los centros de producción. Claro está que para esto necesitamos de los técnicos. Por eso vamos ahora a emprender una campaña de atracción de la que esperamos obtener resultados muy interesantes. También pensamos en la ayuda de los intelectuales. Hoy muchos de ellos no caben dentro de la Confederación, dada la especial contextura de ésta, pero simpatizan con ella. Y estos simpatizantes deben agruparse al margen de la organización para servirla ayudando a la propaganda e ilustrando a los trabajadores.

La dictadura sindical es fatal

—Y una vez triunfante la revolución, ¿será necesaria la dictadura sindical?

—Es fatal que esa dictadura se implante. El día que realicemos la revolución social, los derrotados no serán convencidos, sino únicamente vencidos. Tratarán de recuperar el injusto predominio de que les hemos desposeído y recurrirán a la violencia. Reaccionarán y es preciso hacer frente a esa reacción.

—¿Cómo?

—Por medio del pueblo armado. Nosotros no les haremos frente por medio del Estado y sus defensores a sueldo. Serán los trabajadores en armas quienes impedirán que la burguesía vencida levante cabeza.

La CNT y los pequeños propietarios

—La reforma agraria ha de crear, si se llega a realizar, muchos pequeños propietarios. ¿Podrán pertenecer a la CNT?

—Sí, desde luego, siempre que no exploten obreros. Ya en el Congreso celebrado en Zaragoza el año 22¹⁴ se discutió este asunto de los campesinos, tomándose el acuerdo de que todo individuo independizado del salario, pero que no explote a un segundo, pueda pertenecer a la Confederación.

—¿Qué opina usted de la reforma agraria proyectada?

—Mi opinión es poco satisfactoria. Se trata de crear un buen número de pequeños propietarios que apoyen la República burguesa. Siguen en esto el camino de Francia, aunque con muchos años de retraso.

—¿Qué le parece el proyecto de crear las Federaciones nacionales de industrias?

—Muy interesante. La Federación nacional de industria será de gran utilidad a la Confederación en el momento de producirse el hecho revolucionario. Es un proyecto que va ganando terreno. Ahora, por ejemplo, había ciertas reservas en el Congreso de la Federación local, pero han sido tan terminantes los argumentos aducidos en pro, que todos se han mostrado conformes con él. La Federación nacional de industria será el nexo que una todos los Sindicatos de cada industria, facilitando extraordinariamente la tarea a realizar en el momento del triunfo.

13. [NDR. Andrés Nin, líder político del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) durante la guerra civil. Había militado en las filas de la CNT, fue secretario general de la misma en 1921; excluido por sus maniobras probolcheviques en el desempeño de ese cargo. Asesinado por agentes de la

policía política soviética, destacados en España durante la guerra civil.]

14. [NDR. Se trata de la Conferencia de Zaragoza de junio de 1922. Puede verse sobre esta asamblea César Lorenzo: *Op. cit.*, p. 45.]

El crecimiento numérico de la Organización

—¿Cuántos afiliados tiene hoy la Confederación?

—No puedo decirlo a punto fijo. Yo estoy seguro de que pasan de 800 000. Cuando se celebró el Congreso de Madrid¹⁵ ya eran, oficialmente, más de 600 000, y eso que había gran número de afiliados que no constaban porque aún no tenían carnet. Desde entonces la organización ha seguido un ritmo marcadamente ascendente. Millares de trabajadores, autónomos o afiliados a la UGT, se han pasado en masa a la Confederación.

Nos despedimos ya. Y entonces le pregunto por su marcha de **Solidaridad Obrera** y la reunión de ayer. Peiró replica:

—Yo me voy, desde luego. Ayer insistieron para que continuara al frente del periódico, y yo me negué. El Pleno de Comarcales no resolvió este asunto. Se ha convocado un pleno de Sindicatos, que se celebrará dentro de quince días. Yo insistiré cerca de los compañeros de Redacción para que, si los Sindicatos les ratifican la confianza, continúen; pero yo me marchó, sea cual fuere el acuerdo...

Eduardo de Guzmán, Barcelona, 28 de septiembre de 1931. La Tierra, 29 de septiembre de 1931

La FAI ante el momento español. «La CNT — dice García Oliver — no debe aplazar bajo ningún pretexto su revolución. Todo lo que se puede preparar, está ya preparado.»

García Oliver¹⁶ da una conferencia en un Sindicato de barriada de Clot, ante un público exclusivamente obrero, del paralelismo entre las vidas de Sócrates y Cristo. Habla con serena elocuencia; expone ideas originales; lleva a los trabajadores al conocimiento de la filosofía socrática. Y si es admirable el orador, este muchacho que en horas robadas al sueño y en largos años pasados en presidio ha sabido formarse una cultura excepcional, no lo es menos el auditorio. Silenciosos, pensativos, los oyentes tratan de comprender, de captar toda la profundidad que tras la aparente sencillez informa las palabras del orador.

Cuando termina la conferencia, hablamos. García Oliver es uno de los hombres más destacados de la FAI y representa la máxima oposición —consciente, serena y revolucionaria— a la posición adoptada por los firmantes del célebre manifiesto de agosto. García habla con lógica, sin apasionamientos, lanzando ideas y palabras tras un instante de meditación.

Las discrepancias entre los firmantes del manifiesto y la FAI

«La razón de los ataques a la FAI escapa a los que no viven en nuestros medios. La causa de la indignación que contra nosotros sienten los firmantes del manifiesto, es que los grupos anarquistas han sacudido la tutela que en ciertas épocas llegaron a conseguir sentar. La pugna, en realidad, no es de hoy. Se inició en 1923, cuando los anarquistas vieron que tanto Pestaña como Peiró y la mayor parte de los firmantes del manifiesto no tenían la capacidad necesaria para afrontar los difíciles momentos que vivía España, en cuyo ambiente se respiraba la posibilidad de una dictadura militar. En un Congreso llegamos a señalar que

15. [NDR. Congreso del Conservatorio.]

16. [NDR. Juan García Oliver, Obrero catalán, nacido en 1901. Miembro descolante del grupo «Nosotros» (véase p. 303). Buen orador y organizador. Líder del Comité de Milicias antifascistas de Cataluña en julio de 1936. Organizador de la

columna confederal «Los aguiluchos». Ministro de Justicia y miembro del Consejo superior de Guerra en el gobierno de Largo Caballero, del 4 de noviembre de 1936 al 15 de mayo de 1937. Actualmente, redacta sus memorias para Ruedo ibérico.]

antes de tres meses se daría el golpe de Estado con carácter absolutista, y en efecto y por desgracia se implantó la Dictadura, confirmando nuestros temores.

Esto, la mala dirección de la huelga de transportes y la incapacidad manifiesta para hallar solución al problema del terrorismo, llevó a los anarquistas a iniciar un movimiento que, si bien no tendía a desglose de la CNT, quería conseguir de este organismo que diera una solución revolucionaria a los problemas que España tenía planteados.

Los anarquistas se distanciaron entonces, no de la Confederación —por cuanto siempre han sido los elementos más activos de la misma—, sino de los hombres que como Pestaña, Peiró, etc., influenciaban la organización en un sentido fuera de la realidad.

Hoy pasa igual que entonces. Hace unos meses Pestaña y Peiró interpretaban la realidad republicana de España en el sentido de creer eficaz el Parlamento en materia de legislación social; los anarquistas, en cambio, convencidos de que la caída de la Dictadura se produjo, no por presión de los partidos políticos, sino porque la economía española había alcanzado su máxima elasticidad, discrepábamos de ellos, afirmando que los problemas sociales sólo podrían encontrar solución en un movimiento revolucionario que, al par que destruía las instituciones burguesas, transformara la economía.

El problema revolucionario no es cuestión de preparación, sino de voluntad

Sin precisar fecha —prosigue Oliver— nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estábamos o no preparados para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación y si de voluntad, de quererla hacer, cuando circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución.

Sin despreciar del todo la preparación revolucionaria, nosotros la relegamos a segundo término, porque después del hecho mussoliniano italiano y la experiencia fascista —Hitler— de Alemania queda demostrado que toda ostensible preparación y propaganda del hecho revolucionario crea paralelamente la preparación y el hecho fascista.

Antiguamente se aceptaba por todos los revolucionarios que la revolución, cuando llama a las puertas de un pueblo, triunfa fatalmente, quieran o no los elementos contrarios al régimen imperante. Esto podía creerse hasta el triunfo fascista en Italia, ya que hasta entonces la burguesía creía que su último reducto era el Estado democrático. Pero después del golpe de Estado de Mussolini el capitalismo está convencido de que cuando el Estado democrático fracasa puede encontrar en su organización fuerzas para derrocar al liberalismo y aplastar el movimiento revolucionario.

La FAI, fermento revolucionario

La FAI ha sido tachada por los firmantes del manifiesto de aspirar a realizar una revolución de tipo marxista, confundiendo lamentablemente la técnica revolucionaria —que es igual en todos aquellos que se proponen hacer un movimiento— con los principios básicos —tan dispares— del anarquismo y del marxismo. La FAI, en el momento que vive España, representa el fermento revolucionario, el elemento de descomposición social que necesita nuestro país para llegar a la revolución.

En el orden ideológico la FAI, que es la exaltación del anarquismo, aspira a la realización del comunismo libertario. Y tanto es así, que si después de hecha la revolución en España se implantase un régimen parecido al de Rusia o al sindicalismo dictatorial que preconizan Peiró, Arín y Piñón, la FAI entraría inmediatamente en lucha con esos tipos de sociedad, no para hundirlos en un sentido reaccionario, sino para conseguir de ellos la superación necesaria para implantar el comunismo libertario. »

La dictadura del proletariado esteriliza la revolución

Calla un momento. Hay una pregunta mía. Reflexiona un momento García, y luego, sereno y firme, replica :

« A nosotros no nos gusta prejuzgar sobre incidencias posibles o no del hecho revolucionario,

pues entendemos que quienes se valen de hipótesis para sentar teorías dictatoriales no hacen otra cosa que poner de manifiesto las reservas que en el orden ideológico tuvieron siempre.

Un hecho revolucionario es siempre violento. Pero la dictadura del proletariado tal como la entienden los comunistas y los sindicalistas firmantes del manifiesto, no tiene nada que ver con el hecho violento de la revolución, sino que, en resumidas cuentas, se trata de erigir la violencia en una forma práctica de gobierno. Esta dictadura crea, natural y forzosamente, clases y privilegios. Y como precisamente contra esos privilegios y clases se ha hecho la revolución, el movimiento ha sido inútil. Y es preciso empezar de nuevo. La dictadura del proletariado esteriliza la revolución y es una pérdida de tiempo y energías.

La FAI, en sus aspiraciones revolucionarias, no quiere tener en cuenta la revolución rusa. Queremos hacer una revolución de verdad, y esto es el hecho violento que destroza la costra de los pueblos y pone a flote los valores auténticos de una sociedad. Por eso no prejuzgamos el futuro revolucionario español. De hacerlo, tendríamos que afirmar que el comunismo libertario es posible en España, ya que nuestro pueblo es, en potencia, anarquista, aun cuando carece de ideología.

No hay que olvidar, además, que España y Rusia están situadas en los dos extremos de Europa. Entre ambos países no sólo deben haber diferencias geográficas, sino también psicológicas. Y esto queremos comprobarlo nosotros, haciendo una revolución que no tenga ningún parecido con la rusa. »

Los firmantes del manifiesto no creen en la revolución

Vuelve a quedar pensativo García Oliver, y a otra pregunta mía replica, tras corta meditación :

« Los firmantes del manifiesto no han creído nunca en la posibilidad de la revolución española. Han hecho propaganda revolucionaria en épocas lejanas, pero hoy, cuando ha llegado el momento, se ha quebrado en ellos la ficción que mantenían.

No obstante, los firmantes del manifiesto, al percatarse de que habían sido arrollados por los acontecimientos, hacen ahora afirmaciones revolucionarias, remitiendo la realización del hecho a fechas completamente absurdas de dos y más años, como si eso fuera posible ante la crisis general que la economía burguesa está atravesando. Además, dentro de dos años la revolución sería innecesaria para los trabajadores, porque entre Maura, Galarza¹⁷ y el hambre no dejarán un solo obrero vivo, sin contar con que para aquella fecha, si algún trabajador quedara, estaría oprimido por una dictadura militar, monárquica o republicana, que fatalmente se producirá, visto el fracaso del Parlamento español. »

La CNT no necesita perder tiempo para preparar nada

—¿Cuál es entonces la orientación que, según ustedes, debe seguir la Confederación ?

« La CNT no necesita perder tiempo en preparar el hecho revolucionario en sus dos aspectos de organización destructiva primero y constructiva después. En la vida colectiva de España la CNT es lo único sólido existente, pues en un país en que todo está pulverizado, ella representa una realidad nacional que todos los elementos políticos juntos no podrían rebasar. En el orden constructivo revolucionario la CNT no debe aplazar con ningún pretexto la revolución social, porque todo lo que se puede preparar está ya hecho. Nadie supondrá que después de la revolución las fábricas tengan que funcionar al revés, como tampoco se pretenderá que los campesinos labren cogiendo la esteva con los pies.

Después del hecho revolucionario, todos los trabajadores tienen que hacer lo mismo que el día anterior al movimiento. Una revolución viene a significar, en el fondo, un nuevo concepto del derecho o hacer eficaz el derecho mismo. Después de la revolución los obreros deben tener derecho a vivir según sean sus necesidades, y la sociedad a darles satisfacción de acuerdo con sus posibilidades económicas.

17. [NDR. Miguel Maura, republicano conservador, ministro de la Gobernación por entonces, alcanzaba sombría reputación entre los libertarios españoles que le apodaron « el de los

108 muertos ». Angel Galarza, socialista, creador de la Guardia de Asalto, cuyos miembros eran designados entre los confederados con el mote de « angelitos de Galarza ».]

Para esto no se precisa ninguna preparación. Únicamente se requiere que los revolucionarios de hoy sean sinceros defensores de la clase trabajadora y no pretendan erigirse en tiranuelos, so capa de una dictadura más o menos proletaria. *

Calla García Oliver. Y en sus ojos brilla una fe inquebrantable en el triunfo y una esperanza de que esté próximo ya.

Eduardo de Guzmán. Barcelona, 2 de octubre de 1931. *La Tierra*, 3 de octubre de 1931

José Peirats

**La
CNT
en la revolución
española**

Tomo 1	404 páginas	94 ilustraciones	39 F
Tomo 2	332 páginas	29 ilustraciones	36 F
Tomo 3	384 páginas	17 ilustraciones	33 F

Los tres volúmenes : 100 F

León trotski

La revolución permanente

Sumario

Prólogo: Dos concepciones. Introducción. 1. Carácter obligado de este trabajo y su propósito. 2. La revolución permanente no es el « salto » del proletariado, sino la transformación del país bajo su dirección. 3. Los tres elementos de la « dictadura democrática »: las clases, los objetivos y la mecánica política. 4. ¿ Qué aspecto presenta en la práctica la teoría de la revolución permanente ? 5. ¿ Se ha realizado en nuestro país la dictadura democrática ? ¿ Cuándo ? 6. Sobre el asalto de etapas históricas. 7. ¿ Qué significa actualmente para el Oriente la consigna de la dictadura democrática ? 8. Del marxismo al pacifismo. Epílogo: ¿ Qué es la revolución permanente ? (Tesis fundamentales). Índice de nombres.

148 páginas

15 F

Un libro profético sobre la guerra civil española

Franz Borkenau

El reñidero español

Relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española

Sumario

Prólogo (Gerald Brenan). 1. Trasfondo histórico; la vieja monarquía; la restauración; la dictadura de Primo de Rivera; la segunda República. 2. Un diario de la revolución: 1936. Los frentes del oeste y del sur. 3. El segundo viaje: de nuevo en Barcelona; Valencia; el gobierno central; Málaga; Combate aéreo; Crisis; En la cárcel. La policía del régimen; Partida de España. 4. La batalla de Guadalajara. 5. Conclusiones. Apéndices.

256 páginas

24 F

Carlos da Fonseca

Dos notas de lectura

Indudablemente la Historia social de España y la de su vida obrera en particular sufre desde hace algún tiempo un impulso prodigioso. Para ser más precisos, diremos que se trata más bien de un renacimiento, puesto que, en definitiva, las investigaciones emprendidas por el infatigable M. Netlau, A. Lorenzo, F. Mora y A. Marvaud no han dejado todavía de orientar y a veces de modelar los argumentos de los historiadores contemporáneos. ¿Cómo explicar convenientemente esta frenética actividad de los historiadores españoles o simplemente hispanizantes? Sin duda, la vida política y social de este país, desde las invasiones de Napoleón, ha sido marcada por una tan larga y rica serie de convulsiones que se necesitaba una legión de historiadores para estudiar todo lo que es esencial a aquélla. Sorprendente nación ésta que desde hace más de un siglo no ha dejado de segregar simultánea-

« España nunca hizo suya la manera francesa moderna [...] de comenzar y acabar una revolución en tres días. Las tentativas que España hace en este orden de ideas son más completas y más duraderas. » Karl Marx (New York Tribune, 9-9-1854).

mente las ideologías más conservadoras y las experiencias obreras más atrevidas.

Este país, que fue la última fortaleza obrera a caer bajo la bota de la reacción nazifascista, encuentra a justo título desde hace algunos años un puesto privilegiado en la historiografía internacional: *Minutes* (Primera Internacional), *Recueil, Répertoire, Archives Bakounine, Colloque...*, el proletariado español constituye el objeto de estudios serios y sistemáticos. En lo que concierne a la investigación de lengua española es imposible aquí de trazar un balance, tan impresionante es el número de obras y de autores que han ganado ya la apuesta de la calidad, es decir, de la Historia científica: Lamberet, Rama, Martí, Santillán, Sánchez-Albornoz, Clara E. Lida, Iris Zavala, A. Elorza, G. Tortella, etc.

Varios: **La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura.** Iberama Publishing Co. Inc., Nueva York, 1971.

La feliz iniciativa de Las Américas Publishing Company acaba de reunir en un volumen, **La Revolución de 1868-Historia-Pensamiento-Literatura**, New York, 1970, una serie de artículos sobre uno de los episodios más importantes y menos conocidos del siglo XIX español, la « gloriosa » revolución de 1868. En él se encuentra todo (o casi) sobre las estructuras sociales y económicas: composición de clases y castas, omnipresencia de la Iglesia codo a codo con el ejército y los propietarios agrícolas, los políticos de las Cortes con sus compromisos en el mundo de la especulación financiera, Bancos y compañías de seguros, el clima febril que la construcción de las vías férreas provoca en la alta finanza española e internacional, tan bien ilustrado por G. Tortella...

Más allá de esta encuesta general sobre la sociedad española del 68, el punto culminante de esta obra es sugerir al lector que la « Gloriosa » fue la última etapa de dependencia ideológica del proletariado con respecto a los « progresismos » burgueses, la toma de

conciencia de su autonomía y su enganche a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Y sin embargo, este conjunto de ensayos de diversos autores parece palidecer, dudar, en diversos puntos, o al menos olvidar algunas cuestiones importantes (un ejemplo: las Juntas revolucionarias). ¿No es sorprendente ver la palabra crisis empleada por la casi totalidad de los autores mencionados sin que se haya intentado una explicación de sus orígenes? El tema hubiera exigido apenas algunas páginas de más, que nos habrían llevado al hundimiento del imperio colonial español y al tratado de Utrecht. Hecho esto, el lector no se vería forzado a tomar el tren en marcha.

Es necesario insistir en detenerse con prudencia en la cuestión de la crisis para poder aprehender convenientemente todas sus dimensiones. Así y para caracterizar la debilidad del liberalismo hispánico, afirma G. Tortella: « En cuanto al liberalismo español, en materia económica se trata más de un mito que

de una realidad. España no ha tenido nunca [...] una economía que se aproximase ni de lejos al modelo de libre concurrencia que se estudia en los manuales de economía» (p. 129). El autor establece una comparación entre España **poco-liberal** y ciertos países (Francia, Bélgica, Inglaterra y USA) en los que, según él, había existido este **laissez-faire** de los manuales de economía. Es ésta una afirmación algo dudosa, porque con excepción de Estados Unidos, es hoy sabido cómo los gobiernos de estos países actuaban (sobre todo a través del sistema aduanero) para proteger sus respectivas producciones. A la inversa, el dios oculto del **laissez-faire** no fue sino una ideología al servicio de las potencias industriales para abrir sin dificultades las puertas de las naciones económicamente atrasadas.

El proceso de acumulación capitalista llevado a cabo por el liberalismo no presenta en España ninguna diferencia con el de otros países europeos (salvo, si acaso, por su lentitud). Especulaciones, seudorpartición de

la propiedad agrícola, lenta abolición de los privilegios de castas, entrada «desastrosa» del capitalismo industrial en ciertos sectores de la producción (textil), etc. ¿No se ve, ya en 1836, al proletariado catalán entregarse a escenas de ludismo? Así, desde el punto de vista de las ideologías, las clases de este país acusan comportamientos que no podemos de ninguna manera considerar como retrasados con relación a la mentalidad europea. Constitución liberal de Cádiz (1811), aparición del socialismo utópico con el periódico **El Vapor** (1835), propaganda fourierista, cabetiana y sansimoniana desde 1842 y, paralelamente, la creación de sociedades obreras de resistencia. El artículo **Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución** de Clara E. Lida (p. 49-63) nos muestra que España también estaba afectada por la «modernidad» burguesa europea (mazzinismo, blanquismo, francmasonería, etc.). España vivía así esta ola de agitaciones que desde el 1848 francés, pasando por la Hungría de Kossuth, la Italia de Mazzini y Garibaldi hasta Polonia, se abatía sobre el continente europeo.

Max Nettlau: Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873), Iberama Publishing Co. Inc., Nueva York, 1971.

La reedición de este estudio hace accesible por fin al gran público un instrumento precioso de trabajo. Ya era hora, porque la precedente edición aparecida en Buenos Aires al cargo de **La Protesta** se remonta a 1925 y era imposible encontrarla fuera de las bibliotecas especializadas.

Para aquellos que conocen el texto, el «Estudio preliminar y notas» de Clara E. Lida proporciona un interés suplementario. En efecto, no puede uno sino alegrarse de la seriedad de su trabajo, enriquecido por un suplemento documental en forma de notas que revaloriza el texto de Nettlau. Porque no se trata aquí de ninguna manera de ocultar una atracción bakuniana por estas formas de organización estructuradas en secreto, por este blanquismo a la rusa que encontramos constantemente entre los revolucionarios soviéticos. El aspecto de la rivalidad «marxobakunista» toma pues de golpe otra dimensión en la que ya no se trata de aplastar a uno en provecho del otro. Esto no impide que el estudio preliminar esté todavía algo marcado por la herencia de una historia constantemente deformada. Así es como los conflictos de la Alianza y de la AIT figuran todavía como punto de partida de la decadencia de la Internacional. Sobre este punto pensamos que la crisis de la AIT no fue sino el reflejo de un retroceso de los sentimientos internacionalistas del proletariado europeo. Respecto a aquél no son vanas la estabiliza-

ción europea y las unificaciones italiana y alemana, como lo han subrayado acertadamente Rougerie y Roubel. Cuando el Congreso de La Haya hizo un llamamiento para la formación del partido revolucionario en cada país, no hizo sino reconocer las tendencias «reales» del movimiento hacia el repliegue o, al menos, hacia la **nacionalización** de las luchas de clases.

Grosso modo podríamos aceptar la versión de una AIT atravesada por dos campos rivales: «autoritarios» y «antiautoritarios». Hecho esto uno sentiría la tentación de colocar en el primer grupo a los marxistas y los blanquistas y en el segundo a los bakunistas, proudhonianos, sansimonianos, etc. Semejante paso sería, sino abusivo, por lo menos dudoso, ya que hoy día son bien conocidos los ejemplos de autoritarismo en cada uno de estos bloques. Pero incluso aquí, sería como dar una falsa nota puesto que la experiencia nos muestra que los blanquistas fueron más «autoritarios» que los marxistas y los «libertarios» discípulos de Proudhon hicieron a veces causa común con los partidarios del Consejo central de Londres. El caso portugués es un ejemplo de ello. A pesar pues de estas pequeñas observaciones, el trabajo de Lida es un ejemplo de seriedad que contrasta con el sectarismo tan frecuente en las obras dedicadas a la Primera Internacional.

« Los anarquistas españoles y el poder [1868 - 1969] » de César M. Lorenzo¹

Uno de los rasgos más originales de la historia contemporánea de España ha sido la prolongada y profunda influencia del anarquismo en las masas proletarias. Como muestra el libro de Lorenzo, corroborando lo ya establecido por otros investigadores, en el medio siglo largo que se extiende desde la revolución de septiembre hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera, la fracción del movimiento obrero adscrita a la ideología anarquista —colectivismo bakuniniano y anarcocomunismo kropotkiniano— predomina netamente sobre la fracción influida por el marxismo. Hacia 1920, la CNT cuenta con un millón de miembros, mientras la UGT no llega a los doscientos mil. Más adelante, durante el decenio republicano, esa relación de fuerzas en el campo proletario entre sector marxista y sector anarquista tiende a modificarse y en vísperas de la guerra civil la UGT —una UGT radicalizada, dirigida por el ala izquierda del partido socialista y en la que el partido comunista comienza a tener cierta influencia— sobrepasa numéricamente a la CNT. Pero ésta prevalece de modo aplastante en el proletariado de la región industrial catalana, mientras que en la otra región industrial de España, el norte cantábrico, la hegemonía de la UGT en el proletariado vasco es contrabalanceada por el nacionalismo burgués. El aislamiento en que quedó el norte cantábrico, al iniciarse la guerra civil, respecto al grueso de la zona republicana, y la pronta pérdida de aquella región, dejó a Cataluña como la única base industrial de la España republicana, acrecentando el peso en esta última del anarcosindicalismo. En una palabra, durante setenta años el anarquismo desempeñó un papel fundamental, cuando no decisivo, en el movimiento obrero español.

Ha sido un caso único en el mundo. Parecía como la última supervivencia histórica de una ideología anacrónica en un país donde no escaseaban los anacronismos de toda especie. De ahí que el hundimiento de la España revolucionaria en 1939 pudiera verse como el naufragio definitivo del anarquismo. Pero desde hace unos quince o veinte años se observa en los principales países capitalistas la reactivación de los focos libertarios, la reaparición en el campo ideológico de algunas ideas-fuerza del anarquismo. Más que como corriente autónoma como elemento fecundante de la renovación crítica del marxismo. Por eso el estudio del « caso español » tiene un interés que no es sólo erudito o histórico. Y el libro de César M. Lorenzo es una aportación importante, la más importante después de *La CNT en la revolución española* de Peirats.

El análisis histórico de Lorenzo se estructura —como indica el título del libro— en torno al problema del *poder*. Pero el autor no entra en el examen teórico de la teoría anarquista sobre el Estado y sobre el poder político, en general; se limita a exponer —y a veces comentar— cómo es aplicada en la práctica, a lo

1. César M. Lorenzo : *Les anarchistes espagnols et le pouvoir (1868-1969)*. Seuil, 1969. [Edición castellana de Ruedo ibérico, París, 1973.]

largo del gran periodo histórico más arriba indicado (y luego en treinta años de franquismo y exilio), en el que sobresalen tres grandes crisis del régimen español que han sido otras tantas pruebas cruciales para el anarcosindicalismo: la primera república (1873), la primera gran crisis de la monarquía salida de la restauración (1917-1920), y la segunda república (1931-1939), sobre todo en su fase última de revolución proletaria y guerra civil. A cada una de esas crisis el anarcosindicalismo llegó siendo una poderosa fuerza social y política (aunque se dijera apolítica), de cuya acción dependía en no escasa medida el curso de los acontecimientos. En ninguno de los casos logró que ese curso fuera favorable a los trabajadores. La primera crisis tuvo por desenlace un golpe militar, la restauración monárquica y una larga represión del movimiento obrero. La segunda, otro golpe militar y siete años de dictadura. La tercera desemboca en la sublevación del ejército, la guerra civil, la derrota de la revolución y treinta (¿y cuantos?) años de dictadura ultrarreaccionaria. Toda investigación del anarcosindicalismo español que no sea apologética debe preguntarse si esa gran fuerza proletaria supo actuar, en cada coyuntura, de la manera más conveniente a sus intereses de clase. Lorenzo lo hace muy rápidamente en relación con el primer *test*, no se interroga en relación con el segundo y dedica el grueso de su análisis, bastante crítico en una serie de aspectos, al tercero. Del conjunto de su exposición (dejando aparte el tema del exilio) puede deducirse —aunque el autor no lo haga— que la intervención del anarcosindicalismo en las crisis revolucionarias se caracteriza por unos cuantos rasgos o facetas que podríamos resumir así:

a) Un formidable *empuje inicial* de las masas encuadradas en la organización, con magnífico despliegue de iniciativa, combatividad y solidaridad. Parece indudable la relación de positividad entre la ideología libertaria y estas explosiones de « espontaneísmo ».

b) La pronta aparición, en cuanto la lucha adquiere un carácter prolongado —y sobre todo si interviene un enemigo inteligente, con capacidad de maniobra, operando según un plan y bajo una dirección unificada— de una notoria *insuficiencia organizacional*. Si la ideología libertaria contribuye positivamente a preparar el impulso inicial, su influencia se torna negativa en cuanto las circunstancias imponen el paso a un tipo más complejo de organización.

c) La *carencia de una estrategia propia*, elaborada sobre la base del análisis riguroso de las fuerzas en presencia, capaz de dar continuidad y perspectiva al empuje inicial. (La insuficiencia organizacional está naturalmente ligada a esta carencia estratégica.) Tal vacío se presenta dramáticamente al revelarse, en la práctica, la imposibilidad de acabar « de un solo golpe » con el viejo régimen y la simétrica imposibilidad de instaurar « de un solo golpe » el nuevo régimen (máxime cuando ese nuevo régimen es nada menos que la sociedad igualitaria, pacifista, fraternal, llamada « comunismo libertario »); cuando aparece la inevitabilidad de pasar por determinadas fases y objetivos intermedios. Tal carencia estratégica deriva directamente de la teoría anarquista, de sus postulados sobre la política, el Estado, etc. Lorenzo no lo dice con claridad pero lo demuestra con eficacia.

d) El *recurso a una estrategia ajena*. Falto de una estrategia propia el anarcosindicalismo se vio constreñido con frecuencia a secundar la política de otros. En 1873 hace la descabellada política de los « intransigentes ». (Sin citarla, Lorenzo coincide, en lo esencial, con la crítica de Engels a la intervención de los

bakuninistas en la insurrección del 73, que concluía: « Los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de como *no* debe hacerse una revolución. »².) En 1917, la política indecisa y contemporizadora del partido socialista y de los liberales republicanos. La formidable fuerza que en esos años tiene la Confederación se desgasta en batallas sin objetivo preciso, o en apoyo de objetivos ajenos. Cuando Primo de Rivera se subleva, la clase obrera no se mueve. Y entonces no había Stalin ni Internacional Comunista. En 1936-1939, finalmente, el anarcosindicalismo no ve otra salida que sumarse a la coalición socialista-comunista-republicana.

Es en este último período, como es natural, cuando los rasgos que acabamos de enunciar se manifiestan de manera más acusada, y el libro de Lorenzo constituye una buena ilustración. Terminada la fase inicial de la lucha, en la que la « espontaneidad » revolucionaria de las masas confederales, su ímpetu combativo, desempeñó un papel importante, y en algunos lugares decisivos (Barcelona, etc.), para derrotar a los sublevados, los libertarios se encontraron, como las otras fuerzas antifascistas, ante los problemas de una lucha prolongada contra una fuerza militar que se constituía en Estado y comenzaba a recibir asistencia militar y económica de las potencias fascistas. Se encontraron con una revolución proletaria en la zona republicana que ninguna de las direcciones antifascistas se había propuesto —el libro de Lorenzo viene a confirmar que tampoco la dirección confederal— pero que las masas proletarias, sus organizaciones de base, impulsadas por la dialéctica misma de la lucha y por su propia ideología revolucionaria —anarcosindicalista o marxista— habían llevado a cabo, tomando en sus manos las fábricas y las tierras, creando en todas partes su propio poder. Pero no vamos a detenernos en todos los aspectos de la complejísima y dramática situación creada, que suponemos conocidos del lector. Esta situación podía ser abordada sobre el terreno de la revolución proletaria, lo cual exigía un tipo determinado de poder y de guerra, de política interior y de política exterior, o podía abordarse sobre la base de liquidar la revolución proletaria iniciada, de reconstruir el Estado democrático burgués y realizar un tipo de guerra y un género de política interior e internacional en consonancia con dicho tipo de Estado. La tragedia de la CNT y del anarquismo es que no estaban preparados para ninguna de estas opciones. Todas sus características ideológicas y organizacionales entraban en conflicto agudo con las exigencias objetivas, tanto de una posible guerra de carácter revolucionario como de la guerra que se hizo, destinada a salvar la democracia burguesa republicana. Los mismos dirigentes anarquistas y cenetistas lo han reconocido de una u otra manera muchas veces y el libro de Lorenzo es una nueva demostración convincente. Aunque no cite este elocuente pasaje del informe del Comité Peninsular de la FAI al Movimiento Libertario Internacional, de septiembre de 1937:

« Cara pagamos también la fidelidad a nuestras ideas mantenidas durante tanto tiempo. ¿Acaso las huestes facciosas hubieran podido hacer su carrera desde Sevilla a Badajoz y desde Badajoz a las puertas de Madrid si nosotros no nos hubiésemos opuesto durante tanto tiempo, tan encarnizadamente, a que se organizase el ejército que necesitábamos para la lucha contra el enemigo? Nuestras milicias [...] desordenadas, que celebraban plenos y asambleas antes de hacer las operaciones, que discutían todas las órdenes y que muchas veces se negaban a cumplirlas, no podían hacer frente al formidable aparato militar

2. Engels: « Los bakuninistas en acción », en C. Marx y F. Engels: *Sobre el anarquismo*. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1941.

que facilitaban a los rebeldes Alemania e Italia. Durruti fue el primero que comprendió esto y el primero que dijo: hay que organizar un ejército; la guerra la hacen los soldados, no los anarquistas [...] Cuando nos decidimos a hacer esto, cuando lo acordó el movimiento, hacía ya meses que lo venían reclamando los socialistas y los comunistas, sin el lastre ideal que nosotros llevábamos encima [...] »³

Ese « lastre ideal », que en caso de una victoria proletaria en España no hubiera sido lastre sino un factor positivo contra la degeneración burocrática y estatal del nuevo régimen social, desempeñó efectivamente, en relación con los imperativos concretos de la guerra, una función negativa. Y esa función negativa facilitó su tarea a todas las fuerzas políticas y sociales interesadas, por unas u otras razones, en liquidar los elementos de revolución proletaria y afirmar el orden democrático burgués. Faltos de una política propia los libertarios no pudieron hacer otra cosa que ingresar en la coalición gubernamental —y esforzarse por volver a entrar cuando quedaron excluidos de ella a raíz de la crisis de mayo de 1937—, tratando, ciertamente, de conservar al mismo tiempo la mayor autonomía posible. Pero esta misma voluntad autonómica, como el esfuerzo para conservar las « colectivizaciones » y « socializaciones » en el marco de un Estado con cuya naturaleza entraban en conflicto con las « leyes de la guerra ». Y aunque un núcleo importante de dirigentes anarquistas comprendió pronto la necesidad de adaptarse a esas « leyes » no era posible cambiar en poco tiempo la mentalidad y los hábitos del conjunto de la organización. Cuando en marzo de 1937 el comité de la Columna de Hierro decidió aceptar su conversión en unidad regular no quedaron más que 3 000 ó 4 000 hombres de los 20 000 que la componían. El resto prefirió desertar antes que transformarse en « soldados-robots »⁴. No se trata de un caso especial sino típico.

Lorenzo, como otros autores, se pregunta por qué no hubo guerra de guerrillas, con tanta tradición en la historia de España y tan adecuada, aparentemente, a la formación de los libertarios españoles. Según mi opinión, que he desarrollado en otro lugar⁵, no hubo guerra de guerrillas en escala importante porque era incompatible con la fisonomía que el Estado republicano quería darse ante las potencias y con la propia naturaleza de clase de ese Estado. De todas maneras ese tipo de guerra no hubiera disminuido de un ápice la necesidad de ejército regular, de la guerra con grandes unidades. Y para ser eficaz realmente en la lucha contra una fuerza militar y política como era el franquismo y sus aliados, la guerrilla hubiera requerido también una organización superior, disciplina rigurosa, mandos calificados, coordinación con el ejército regular, etc. Las experiencias yugoslava, china, cubana y vietnamita, por no citar otras, son bien elocuentes al respecto.

La contradicción flagrante entre los postulados básicos de la ideología anarquista y una serie de exigencias de la lucha revolucionaria bajo el capitalismo; la contradicción entre la teoría y la práctica del movimiento libertario, cuando esta práctica intentaba adaptarse a los imperativos de la realidad; esas contradicciones, que la experiencia fue poniendo de manifiesto desde los tiempos de

3. Citado en *Guerra y revolución en España*, Progreso, Moscú, 1966, tomo II, p. 25.

4. César M. Lorenzo: *Op. cit.*, p. 188.

5. *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, 1970, p. 193-194 y en « Le problème militaire de la révolution espagnole », *Que faire ?*, n.º 3, 1970.

la Primera Internacional y aparecieron con particular evidencia cuando el gran auge revolucionario que sigue a la primera guerra mundial desemboca en la dictadura de Primo de Rivera, no podían por menos de provocar la aparición de tendencias revisionistas —de « derecha » e « izquierda »— en el seno del anarcosindicalismo, con la correspondiente lucha interna. El libro de César M. Lorenzo dedica particular atención a este aspecto y vale la pena resumir muy esquemáticamente las características de las tres tendencias que, según su exposición, han tenido mayor importancia desde los primeros años de la CNT.

1. *La tendencia propiamente anarcosindicalista*, cimentada por una ideología sincrética, formada con aportaciones bakuninistas, kropotkinianas y otras fundidas en el crisol de la muy específica situación política, social y cultural de la España de la Restauración. A finales de los años diez esa ideología tiene ya la fisonomía que conservará hasta la guerra civil: apoliticismo y antiparlamentarismo virulentos, oposición a todos los gobiernos y a todos los partidos, incluidos los partidos obreros; antimilitarismo y anticlericalismo a ultranza. Como métodos fundamentales de acción: la huelga insurreccional, el sabotaje, el boicot, el motín. Lorenzo caracteriza la expresión popular de esa ideología, a nivel de los militantes de la CNT en general, con las siguientes máximas, típicas del lenguaje libertario: la política = « arte de engañar a los pueblos »; los partidos = « todos igual »; las elecciones = « superchería »; el parlamento = « lugar de corrupción »; el ejército = « la organización del crimen colectivo »; los policías = « sicarios de la burguesía ». ¿Qué mejor caracterización del sistema político creado por la Restauración?

En lo que concierne a la misma organización obrera, la ideología anarcosindicalista significaba: nada de jefes, guerra a la burocracia, autonomía total de cada comité, libertad completa de discusión y crítica, etc. El horror a la burocracia se traducía en la casi inexistencia de « aparato » —en 1919 se acuerda que sólo sea retribuido el secretario nacional— y la frecuente renovación de los cargos. Durante largo tiempo se rechazará la creación de Federaciones Nacionales de Industria porque pueden engendrar burocracia y limitar la autonomía de las federaciones regionales o locales.

Esta tendencia específicamente anarcosindicalista es la que predomina en la CNT hasta la iniciación de la guerra civil. Los grupos específicamente anarquistas, agrupados a partir de 1927 en la Federación Anarquista Ibérica (FAI), son los guardianes vigilantes de la pureza ideológica, y si la « idea » peligra no vacilan en recurrir a procedimientos poco compatibles con el ideal libertario que se proponen salvaguardar. Pero las heterodoxias salen también de la FAI, cosa lógica puesto que es el *lugar* de la ideología.

2. *La tendencia política reformista*, que preconiza la adaptación a las realidades, la intervención en política (elecciones, parlamento). El comunismo libertario —argumenta— no es para mañana, queda un largo camino a recorrer. No puede prescindirse de las reformas, las etapas, las alianzas. Esta tendencia —cuyo primer representante destacado fue Salvador Seguí— ha revestido dos variantes: a) la CNT misma debe desempeñar una función política, además de sindical (el sueño sindicato-partido), b) la CNT debe confinarse en la acción sindical, la FAI en la ideológica y para la acción política debe crearse un partido de esencia libertaria. El partido sindicalista de Pestaña fue un primer intento, fracasado, de materializar este proyecto.

Durante la guerra civil se impuso la primera variante gracias a que un núcleo

importante de destacados militantes representativos de la tendencia puramente anarcosindicalista llegó a la conclusión de que no había más remedio que participar en el gobierno. Pero vio esta posición como algo excepcional, impuesto por circunstancias extraordinarias, no como una revisión ideológica.

3. *La tendencia de los «anarcobolcheviques»* (así llamados por los faístas ortodoxos) que nace bajo la dictadura de Primo de Rivera, a partir de miembros de los grupos armados creados en los años anteriores de auge revolucionario (con la misión principal de defender los sindicatos, las huelgas, etc.). Como los de la tendencia reformista estos militantes llegan a la conclusión de que el comunismo libertario no se instaurará de un golpe, porque las masas no pierden de la noche a la mañana los hábitos y prejuicios heredados del capitalismo, pero no pasan de ahí a posiciones reformistas sino más bien «bolchevistas». Hace falta —piensan— crear un poder revolucionario que reprima a los reaccionarios, haga frente al caos económico, imponga una disciplina severa, etc. Según Lorenzo, sería un poder de tipo sindical, una especie de «dictadura del proletariado» democrática, libertaria, que exaltaría la libertad popular e invitaría a participar a las otras organizaciones de izquierda. Ahora bien, para llegar a ese poder había que liquidar la lamentable indisciplina de la CNT y organizar una milicia sindical —un «ejército revolucionario»— centralizada y dotada de un Estado Mayor con autoridad. De esta tendencia salieron los principales artífices del aplastamiento de la rebelión militar en Barcelona, así como los más destacados jefes militares de la CNT (Durruti, Jover, Sanz, Vivancos, etc.). A ella pertenecía García Oliver, partidario en los primeros días de la guerra de que la CNT tomara el poder en Cataluña, y promotor en 1938 de un plan de reorganización del movimiento libertario calificado por algunos de intento de «bolchevización». Se trataba, en esencia, de crear un comité ejecutivo con poderes absolutos, bajo cuyo control estuviera la prensa confederal, las fuerzas armadas y las actividades económicas controladas por cenetistas, y autorizado a excluir afiliados, sindicatos y federaciones que no se sometiesen a sus decisiones.

La lucha de tendencias y grupos llegó a un punto extremo de confusión en los últimos meses y días de la guerra. Según César M. Lorenzo, la dirección de la federación del centro de la CNT se lanzó al complot casadista sin consultar con los dirigentes nacionales de la CNT y de la FAI. (Nuestro autor intenta justificar este golpe artero a los combatientes de la última resistencia, pero no puede por menos de reconocer que con tal acto los anarquistas cargaron con «la vergüenza de la capitulación».)

En el periodo 1939-1969, al que están dedicados los dos últimos capítulos del libro, la lucha interna desemboca en la escisión (1945) entre «políticos» y «apolíticos». Los primeros reagrupan las organizaciones del interior de España y parte de los exilados, tanto los «políticos» de tendencia reformista como los de tendencia «anarcobolchevique». Los segundos representan la prolongación de la tendencia histórica puramente anarcosindicalista, a la que vuelven muchos de los que durante la guerra civil apoyaron la colaboración gubernamental como una medida de circunstancias. En los años siguientes la fracción «política» sufre una descomposición creciente, jalonada por la participación en los gobiernos exilados y turbias relaciones de militantes responsables del interior con monárquicos y falangistas. La descomposición de la fracción «política» —carente de toda consistencia ideológica, movida casi exclusivamente por motivaciones tácticas— facilita que en 1960 se realice una reunificación en torno a la fracción «apolítica», que al menos tiene la «seguridad» y estabilidad que

le dan los textos clásicos del anarquismo. Para vegetar en el exilio esto es suficiente, y en efecto el movimiento libertario oficial vegeta desde entonces con bases en varios continentes pero muy pocas bases en España. Esta débil —debilísima— presencia del anarcosindicalismo en la actual lucha antifranquista, y en particular en el nuevo movimiento obrero, es la impresión principal que dejan los dos últimos capítulos del libro de Lorenzo.

¿Quiere decirse que el balance histórico del anarcosindicalismo es esencialmente negativo y su escasa presencia actual en España la consecuencia lógica de tal balance? El libro de Lorenzo deja, evidentemente, una impresión general de fracaso, pese al esfuerzo argumental que despliega en sus conclusiones finales para perfilar una perspectiva optimista, aunque lejana. Pero en realidad no todo es negativo en el balance histórico del anarcosindicalismo español, como no lo es en el del socialismo o el del comunismo, pese a que todos han de cargar con sus responsabilidades específicas por las sucesivas derrotas del proletariado español.

En lo que respecta concretamente al anarcosindicalismo, puesto que de él estamos tratando, si la experiencia española puso de manifiesto los fallos de su ideología y su práctica en relación con determinadas exigencias de la lucha revolucionaria, particularmente en las condiciones de guerra, en cambio mostró que el anarcosindicalismo había contribuido poderosamente a formar en los trabajadores una conciencia comunista, a facilitarles la comprensión de su papel en la transformación revolucionaria de las estructuras sociales sobre bases colectivas, solidarias e igualitarias. La rapidez, la inventiva y la inteligencia con que cientos de miles de obreros industriales y agrícolas, educados en la CNT, se lanzaron de la noche a la mañana a tomar posesión de las fábricas y las tierras, y a organizar la producción, no fue el fruto de un «espontaneísmo» caído del cielo sino el resultado de varias generaciones proletarias educadas en un ambiente ideológico y en un modo de vida societaria que estaban orientados —en mucho mayor grado que las organizaciones socialdemócratas, sindicales o políticas, y que luego en los partidos comunistas— a preparar la creación de la futura sociedad. Aunque los sucesivos proyectos de «comunismo libertario» debatidos en el seno de la CNT (el último en vísperas de la sublevación militar) contenían no pocos elementos con escaso o nulo fundamento, su núcleo más racional y básico, la idea de la autogestión de la producción y de toda la vida social por los trabajadores mismos, había calado hondamente en miles de militantes de la CNT. Y ese núcleo racional fue el que tuvo un comienzo de aplicación concreta en la España revolucionaria de 1936-1939. César M. Lorenzo subraya, como prueba de la vitalidad de la economía autogestionada, el hecho de que pudiera mantenerse a lo largo de la guerra civil, pese a las condiciones desfavorables que ésta creaba a su funcionamiento y pese a la política de los comunistas, socialistas de derecha y otros grupos encaminada a liquidarla.

Es evidente que la autogestión española padecía enormes insuficiencias, que en numerosos casos degeneró bajo la presión del egoísmo de grupo, de elementos burocráticos o corrompidos, de la ignorancia o la incapacidad. ¿Podía ser de otra manera en una experiencia que daba sus primeros pasos y concitaba tantas hostilidades? Para perfeccionarse y convertirse en la más sólida base del esfuerzo de guerra se hubiera requerido un Estado también proletario, construido de abajo arriba sobre la base de los órganos de autogestión creados espontáneamente por los trabajadores y sus organizaciones. En los primeros meses de la guerra tal Estado era posible si hubieran coincidido en su creación anarco-

sindicalistas, comunistas y caballeristas. Luego, todo intento de crearlo significaba la guerra civil en el interior del campo republicano. Es decir, significaba servir la victoria en bandeja al fascismo.

La autogestión era incompatible, como ya hemos dicho, con el Estado democrático burgués, y para los comunistas era incompatible, además, con el tipo de socialismo —de seudosocialismo— que les servía de prototipo en aquellos tiempos. Su hostilidad a las « colectivizaciones » se basaba en razones de coyuntura (el contexto internacional), en razones de táctica (atracción de las capas medias) y en razones de principio (la autogestión era una utopía anarquista).

Pero a medida que se aleja más la guerra civil y la revolución de 1936-1939 lo más importante de su legado histórico, lo que conserva mayor actualidad e interés teórico en la lucha actual para el comunismo, es el intento autogestionario realizado por el proletariado español, bajo el impulso y la iniciativa, en la mayor parte de los casos, de los anarcosindicalistas.

Todos los intentos de revolución proletaria han puesto de manifiesto, hasta ahora, la unilateralidad de las concepciones y las organizaciones que pretendieron representar al proletariado, servirle de vanguardia. El anarcosindicalismo ha revelado su inadecuación para la revolución, en tanto ésta implica la lucha contra un enemigo organizado en Estado, que dispone de un poderoso aparato represivo, militar, ideológico, político; lucha que impone al proletariado, por tanto, la necesidad de un alto grado de organización y disciplina, de una estrategia elaborada sobre la base de un análisis científico de la realidad, etc. Desde este punto de vista la experiencia española ha confirmado una y otra vez la conclusión de Engels en 1873: « Los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo no debe hacerse una revolución. » Pero el bolchevismo ha demostrado también su unilateralidad. Si respondía, en las condiciones concretas de Rusia, a las exigencias de la lucha que acabamos de enunciar y demostró, por ello, su eficacia en la lucha contra la autocracia zarista y en la lucha por el poder, identificándose con las aspiraciones del proletariado y de los campesinos de febrero a octubre; si mostró —contrariamente a los anarquistas— su preparación para afrontar victoriosamente una guerra civil en condiciones extremadamente desfavorables, por otro lado esas mismas características hicieron posible que se convirtiera —y degenerara al convertirse— en instrumento de un nuevo sistema social de dominación y explotación de los trabajadores. Y en este sentido el viejo Kropotkin podía decir, poco antes de morir en Moscú (febrero de 1921), que la experiencia bolchevique mostraba « cómo no hay que hacer la revolución »⁶.

Pero, ¿ cómo hacerla de manera que los medios puestos en práctica para liquidar la vieja sociedad no se conviertan en otros tantos obstáculos a la evolución hacia la sociedad comunista ?

Tal es el gran problema de nuestra época, y el adquirir conciencia de él es la primera condición, el primer paso, para resolverlo.

6. Citado por Daniel Guérin en *L'anarchisme*, Gallimard, 1965, p. 97.

Veintidós años en las cárceles de Franco

Miguel García García. *Franco's Prisoner*
Rupert Hart-Davis, Londres, junio de 1972
Autores de esta versión inglesa: Miguel García
García y Albert Meltzer

Primer impacto, síntomas

1) Reseñas críticas bastante largas, y con-
siguientes cartas a los editores, etc., en todos
los periódicos británicos de importancia, revis-
tas, algún programa en TV de la BBC. Prepara-
ciones, a los 20 días de aparecida la primera
edición cara del libro, para pronto lanzamiento
de primera edición de bolsillo, reproducción
en USA, etc.

2) Habla el Gran Cocoroco de la crítica lite-
raria británica, Míster Cyril Connolly (con
varias siglas por delante y por detrás del
nombre, indicando distinciones oficiales y
mucho importancia en general): en *The*
(*Sunday*) *Times*, el 4 de junio de 1972.
Leamos cómo.

Pretexto de introito: En marzo pasado, al día
siguiente de volver yo de España, vi un pro-
grama en la televisión de aquí sobre la guerra
española.

Evoca: Las desenfundadas esperanzas, las
batallas horrendas, los bombardeos, la pobreza
del precioso país, las ideologías terroristas
—«Viva la muerte»— las matanzas en ambos
lados, los desastres sufridos, la caída de Irún,
Guernica, la negra farsa de la no intervención,
las grescas sangrientas entre anarquistas y
comunistas en Barcelona, los moros y los
italianos, el arrobado de las tropas de Franco
cuando corrían a chapuzarse en el mar...

Deduce: ... para que el país llegase a una paz
en que poder disfrutar la actual orgía del
hormigón, la victoria total del petróleo, del
cemento y del asfalto.

Recuenta a punto y seguido: Murieron: Lorca,
José Antonio Primo de Rivera, defensores del
Alcázar, Durruti y Ascaso, carlistas y comu-
nistas, Cornford y Bell...

Concluye de momento: ... para acondicionar
un suelo bien firme para los rascacielos y unos
mares bien cómodos para nadar en ellos los
turistas: la revolución ha triunfado..., la «revo-
lución industrial».

Se acerca a nuestro tema: últimos libros a
estos propósitos: [Que aún] aparecen estos
libros [...] escritos por hombres literalmente
perdidos para el mundo en sus mocedades y
que ahora resulta que vuelven a levantar
cabeza, viejos y derrengados, pero mante-
niendo sus principios en toda su integridad.

Acaba yendo a nuestro grano: Miguel García,
un anarquista militante, luchó treintaydós
meses en el frente de Madrid, y allí habría
seguido aguantando si el coronel Casado no
se hubiera rendido: «—Desaparecer como
podáis— les dije a los chavales que habían
estado luchando conmigo.» Y él fue a unirse
a los guerrilleros que pasaban por los montes
a los aviadores aliados o a los judíos europeos,
y fue instruido por agentes secretos británicos
en el arte de la falsificación de documentos, y
se incorporó, en ejercicio de tal especialidad,
a uno de los grupos anarquistas de entonces,
el Talión. García saca a la luz otro recoveco
poco conocido de la historia, la resistencia
anarquista de los años cuarenta y cincuenta.
Las bandas fueron desintegradas alrededor de
1952 y a García, con un grupo de diez más, se
le condenó a muerte. Conmutándosele a él la
pena, pasó [otros] veinte años en varias
cárceles antes de lograr contacto con el
anarquismo internacional [al hacerse amigo de
Stuart Christie], con que reponer la desapari-
ción de todos sus compañeros de armas. El
libro es emocionante y ameno y brinda el
[auto]retrato de un verdadero revolucionario,
temerario, intransigente y peligroso, sempiter-
namente empeñado en fugarse y en no rendirse
jamás.

Oye viejas palabras de Durruti en boca de todo hombre de este temple: «Ese nuevo mundo lo traemos ya nosotros aquí, en nuestros corazones»...

Y añade: ...el sitio más seguro para él, quizá.

3) Habla el Gran Cocoroco británico de la historia del franquismo, Míster Hugh Thomas (con menos ristras de iniciales en torno al nombre, pero también bien): en *The Observer*, el 25 de junio de 1972. Diciendo:

—Los católicos eran militares autócratas o aristócratas, quienes en los años 20 se rasgaban las vestiduras a cuento de la instalación de una primera red telefónica que, según ellos, incitaría a las gentuzas más indeseables a hablar entre ellas demasiado a menudo.

—Pero, en fin de cuentas, ellos fueron no sólo quienes vencieron en política sino, también, quienes, sorprendentemente, han convertido aquella España fundamentalmente agrícola en un país industrial y manufacturero de, potencialmente, primera magnitud.

—Políticamente, nada ha sucedido desde 1939; económica y socialmente, todo. Pocos han sido los verdaderos hombres políticos de los últimos treinta años, hombres que sobrevivieron a la guerra civil y siguieron empeñándose en desafiar al régimen militar en nombre de viejas o de nuevas ideas, pero que, simplemente, fueron arrollados por los acontecimientos.

—García, un anarquista, a la resistencia anarquista se incorporó, que de 1940 a 1950 siguió haciendo una guerra feroz, aunque olvidada, contra el régimen. En 1949 lo cazaron.

—García relata su larga lucha a través de una inacabable sucesión de cárceles y en compañía de hombres que hubieran acabado sin duda en el poder si las cosas hubieran salido de otra manera en la guerra civil, pero cuyos nombres no conocen ahora más que los otros presos, los guardianes y los directores de las cárceles. Y sin embargo, como observa por cierto uno de estos Hijos de la Tormenta, la cárcel es el único sitio en España donde la discusión política conserva la libertad, la retórica y hasta la duración sin fin de antaño en las Cortes de antaño.

—Las relaciones de García con los servicios secretos británicos en los años 40 son particularmente interesantes (los británicos, se nos

cuenta, favorecían especialmente el robo con escalo como medio de obtener información sobre las potencias del Eje). La descripción de la vida en las distintas cárceles, y de las características de cada una, es, también, fascinante. Innumerables personajes como de novela picaresca sobreflotan (en la narración) sobre la lóbreguez de tales instituciones pululadas de cucarachas: los fuguistas famosos, el tallista de fichas de dominó en miniatura, los traicioneros cornetas de la prisión (que todo el mundo tiene por soplonos), los tipos que se beben botellas de dos litros de alcohol de quemar, los curas vascos a quienes hay que acabar enviando a una cárcel especial para clérigos en Zamora...

—La historia de España está plagada de paradojas. Una más podría ser que el que la era franquista se hubiera de recordar en el futuro a través de testimonios literarios como éstos. Tan atípicos de la época, por un lado, pero, por otro, tan apropiados. Igualmente fuera de lugar les pareció *Don Quijote*, ciertamente, a algunas gentes del siglo XVII.

II. Comentarios menos importantes

1) Habla Rupert Hart-Davis (en las solapas del libro). Resumiendo:

—Miguel García nació en Barcelona en 1908, séptimo de nueve hermanos. A los nueve años vendía periódicos por las calles y a los doce era aprendiz en una imprenta. Desde su infancia es miembro de la CNT.

—El 21 de octubre de 1949 fue [por segunda vez después de la guerra civil] detenido y [más tarde] juzgado y condenado a muerte. Después de treintay ocho días en su celda de condenado a muerte, su sentencia se conmutó por treinta años de cárcel. Cinco de sus compañeros [condenados con él] fueron ejecutados. Veinte años más tarde recobró la libertad: viejo antes de tiempo, enfermo y sin familia, pero con el espíritu intacto.

—Durante [más de] cuarenta años viene luchando Miguel García por una serie de libertades que nosotros [aquí fuera] damos por incuestionables.

—*Franco's Prisoner* [el libro, claro] retrata una cara de España que los turistas no ven

nunca, una España cuyas cárceles siguen aún atiborradas de presos políticos. Este libro es una denuncia que levanta ampollas, la denuncia de un Estado policía; pero también es una grande y humana historia de integridad, valentía y supervivencia.

2) Habla Miguel García García [de viva voz] *. Diciendo, sobre poco más o menos:

—Pues hombre, lo que no cuento en el libro, sobre todo, es lo que al editor le ha parecido que había que cortar. Lógico. Con mi consentimiento, claro está. Qué remedio, ¿no? Un montón de páginas. Estarían peor escritas todavía que las que quedaron, digo yo. El sabe más que yo de eso, claro, es su oficio. Es muy competente ese hombre, además. Y yo, pues ya sabes tú muy bien que yo no soy un escritor. Nada de eso.

—Escribo una barbaridad, sí: figúrate tú, si ya casi no hago yo más que eso. Pero sí que me gusta, muchas veces. Cuando se ve cuánto interés se le despierta a la gente en nuestro movimiento, y también cuando se les interesa tanto en ayudar a los compañeros que quedan aún allá, en prisión. Esa es mi obsesión, eso ya lo sabes tú. Hacer todo lo que se pueda, todo lo que se pueda, para ayudar a los compañeros aún presos allá. A todos, claro, que no es humano lo que hacen otros, eso de ayudar sólo a los de su grupo y a los demás que les parta un rayo.

—Pero lo dicho, que hablando en propiedad, pues claro está que yo no soy un escritor. Yo soy un hombre del pueblo, de poca instrucción. Con eso de los puntos y las comas, por ejemplo. La ortografía, en cambio, sí, eso sí se me da bien, en general.

—Mira, una cosa que sí que quiero que digas en la reseña ésa para Ruedo ibérico es esto: que ese libro lo he escrito yo sin la menor pretensión, sin ninguna pretensión. Yo sólo he querido contar las cosas como me salen a mí de dentro, ¿comprendes? Como las puede contar cualquier otro pelanas como yo. Muy bien, eso es lo que yo soy, un hombre de poca cultura. Lo único que me importaba a mí era hacer un libro que se lea sin aburrimiento, que no sea un rollo. Que bastantes rollos hay ya por ahí, ¿no? Un libro para leerlo sin disgusto, y que no hiciese pasar un mal rato a la gente, eso tampoco. Sí que podía yo haber

cargado las tintas, sí, cuando cuento las salvajadas de todos aquellos criminales que son los que mandan ahora en España. Corto me quedaría yo siempre por mucho que intentase exagerar, de eso puedes estar seguro. Pero tampoco se trataba de eso, sino de decir las cosas sin molestar.

—Y sin aburrir, ya te digo. Sin pretensiones. Es decir, que ese libro no es un libro para intelectuales, de ninguna manera, sino para la gente bien intencionada, para la juventud sobre todo; para los obreros y los estudiantes y las gentes del pueblo, tanta gente buena como hay por ahí. Para interesarles en nuestro movimiento, y para interesarles en ese drama de los presos políticos en una dictadura fascista como ésa, esa vergüenza.

—Pero para los intelectuales, ni hablar; para los intelectuales no he escrito yo ese libro. A los intelectuales que les den por el rasca. Es decir, ya sabes tú a qué clase de intelectuales me refiero yo, eso no hay ni que explicarlo. A los intelectuales corrientes ya sabes tú el respeto que les tengo yo, ya sabes tú que para mí los intelectuales son casi seres superiores. Es decir, los intelectuales honrados, los tipos serios que sirven para algo. Naturalmente. Sin los intelectuales de verdad la revolución andaría siempre coja sin remedio, y el movimiento y todo. Claro; no me refiero yo a los intelectuales de verdad, sino a los in-te-lec-tua-les.

—Ya me entiendes. Los buscones. Los que no sirven más que para ponerle pegas a todo, para no encontrar más que defectos por todas partes; para convencer a todo el mundo de que nunca vale la pena intentar nada de nada. Esas ratas, que no tienen más que mala leche, y que no sirven más que para criticar y cargarse las iniciativas del prójimo, y pasarse la vida ellos discutiendo sus chorradas intelectuales que nunca le sirven de nada a nadie. Y que luego, encima, pues son los que no compran el libro en su vida, hay que fastidiarse. Sino que hay que mandárselo *gratis et amore*, y con autógrafo y todo, y enseguidita, y hasta dándoles las gracias encima, si te descuidas. Y pagando uno los portes, claro. Hay que fastidiarse.

* Véanse sus respuestas a la encuesta «Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español», p. 197-200.

—Ah sí, lo de que es lo que no cuento yo en el libro, ¿no? Bueno, pues eso, lo que me cortó el editor. Sí, ya me ha dicho alguien más que habría que rellenarlo un poquillo, de todas formas, el libro. En un par de sitios o tres. Pues luego, ya lo intentaré para cuando vaya a salir en español. Es decir, si lo publican también en español, claro. Arreglaré un poco algunas de esas páginas que sobraron, y al avío. Sí, otra cosa que me suprimió el tío, es decir, el editor, fue los nombres; de los directores de prisión y demás gentuza. Y muchísimas cosas de política. No le interesaban.

—Pues hombre, tampoco cuento en el libro las cosas que no se deben contar. Cosas que tampoco escribí en el manuscrito en español, claro está. Muchas, ya lo creo; y de las más interesantes, algunas. Pero que perjudicarían mucho a unos o a otros si se contasen, ¿comprendes? Mira, un ejemplo: muchos trucos para fugarse, y para hacer mucha clase de trampas en la vida de la prisión. Muchísimas cosas de esas las autoridades no pueden ni imaginárselas, y gracias a eso se pueden seguir haciendo. Lástima que los presos de por todo el mundo no puedan conocer los trucos que se les ocurren a unos y a otros en cada sitio, claro. Pero amigo, ésa es una ciencia que no hay más remedio que aprender y enseñar de boca a oreja. Que cada secreto que pescan las autoridades de cualquier sitio es algo que pierden los presos de ese sitio, que ya lo sabían; pero también los de cualquier otro sitio, que podían haberlo sabido algún día, ¿no?

—Y luego, pues, tantas hazañas de unos y otros. Hazañas y fechorías estupendas, algunas, que las autoridades no descubrieron nunca. O que nunca supieron quién las hizo, en todo caso.

3) Hablan el alfa y la omega del libro. El alfa (o sea: el fantasma del expríncipe Kropotkin, a la cabecera del relato): Que no nos diga nadie que somos una simple pandilla demasiado débil como para alcanzar el espléndido objetivo que hemos decidido alcanzar. Contad y ved cuántos somos los que padecemos injusticia [...] Nosotros somos todos los que sufren y son ultrajados, somos una masa inmensa: nosotros somos el océano que puede tragarse todas las cosas. El día en que nosotros lo queramos de veras, un instante bastará para que la justicia se haga.

La omega (o sea: el expresidario Miguel García, en los últimos renglones del libro): Mejor irme de España ahora. Para no volver ya más que a una España otra vez libre, o con el arma en la mano [...] Aún sigo viéndoles a los carceleros de España, contando; corriendo, recorriendo de cabo a rabo nuestras hileras, contando; siempre contando, siempre en ascuas de ansiedad por saber cuántos somos. Que cuenten, que cuenten los carceleros de la nación, que cuenten y que vean cuántos somos los que hemos padecido injusticia. Que cuenten y que sepan cuántos somos los que estamos listos para levantarnos contra ella. Que cuenten y que les tiemblen las carnes de miedo.

III. Unos botones de muestra

1) Del prólogo

Yo no soy de los que tratan de boicotear el turismo en España. Al fin y al cabo, la apertura del país al turismo le ha brindado al mundo la oportunidad de conocer la verdad acerca de España, las sombras que se hurtan a su sol.

El turismo por un lado, la emigración por otro, son dos amenazas graves para el régimen. Los dirigentes del país lo saben de cierto, pero las exigencias económicas les han compelido a alzar el Telón Ibérico. Ahora ya no hay excusas para la ignorancia [...] Cuando perdimos guerra, muchos de los que la hicimos pasamos a formar la Resistencia. Pero luego, ante los ojos del mundo, los miembros de la Resistencia se nos convirtió en criminales a partir del momento en que Franco se puso a hacer las leyes, a pesar de haber sido él quien optara por violar la legalidad establecida por la Constitución como medio de enfrentarse con sus adversarios políticos; y como a criminales nos sigue mirando el mundo aún. Una vez que se nos encarcela, los liberales dejan de interesarse en nosotros, ya no somos sino «terro-

ristas». Y ya no defenderán sino a los «presos de conciencia», sólo ellos serán los inocentes; los que sufrieron la tiranía, pero sin resistir contra ella [...] Yo me quedé entre los culpables. Luché, caí, sobreviví. Lo último es lo más insólito.

2) De la primera detención y condena (casi dos años). 1939

Esto pasaba en un país que se preciaba de su cristianismo y que estaba en trance de restaurar el poder de la Iglesia católica en todo su esplendor. Cuando se le preguntaba por qué no hacía ella nada por ayudar a los vencidos, la Iglesia no podía contestar sino que ciertamente estaba dispuesta a darles la absolución final en cuanto se le pidiese. Y una y otra vez, en efecto, intentaban los curas convencer a los condenados para que aceptasen esta única ayuda que ellos les podían ofrecer [...]

A causa de la enorme cantidad de presos, a mí no se me pudo meter en la Prisión Central. Para poder tener encerrados aquellos infinitos prisioneros de guerra, a quienes ya se consideraba criminales, se había habilitado tres otros edificios más. El que me tocó a mí había sido un inmenso almacén de cáñamo, en el barrio de Pueblo Nuevo, antigua propiedad del conde de Godó, el dueño de *La Vanguardia*. Había paredes y tejado, pero nada más, ni siquiera suelo, hablando en propiedad. Aquel lugar, que antaño había servido exclusivamente para almacenar balas de cáñamo, servía ahora de la misma manera para hacinar en él carne humana conquistada. Allí teníamos que dormir prensándonos los unos contra los otros sobre el santo suelo, sin espacio bastante ni para respirar, prácticamente. La noche en que me metieron a mí allí dentro, muy tarde ya, no se podía ver más que cuerpos y cuerpos, imposibilitados para todo movimiento, pegados como sardinas en lata [...]

En aquella barraca, de unos 27 metros de largo por unos 7 de ancho, estábamos metidos 420 hombres. Dos agujeros en el suelo servían de letrinas, pero no había más modo de llegar a ellos que andando sin contemplaciones por encima de los cuerpos tirados, y, cuando se llegaba, pues resultaba que estaban tapados por los cuerpos, tumbados por encima de ellos. Y así teníamos que pasar la noche, sofocado cada cual por la peste de tantos cuerpos amontonados.

Durante el día se nos dejaba salir al patio. Allí había ocho agujeros a guisa de letrinas, en el suelo, para dos mil personas. Yo me puse a hacer cola para uno de ellos, a ver si había suerte y llegaba mi turno antes de que la corneta nos llamase a filas para el tazón de café.

El orden lo mantenían unos cuantos «ordenanzas del palo», presos también, a quienes se había conferido tal autoridad, en efecto, en forma de un buen palo por barba. Uno de ellos era un guardia civil que había hecho la guerra del lado de la República; otro, un falangista que, en abuso de su autoridad, había tropezado contra alguna persona de influencia. Los oficiales venían a echar un vistazo de vez en cuando. Se solían divertir inventando castigos [...] No había la menor asistencia médica, por supuesto. Gracias a la miserable alimentación y al hacinamiento constante, casi todos los presos pillaron la sarna. Para tratarla, el director les hacía a los presos alinearse, en cueros, y un par de esbirros recorría entonces las hileras embadurnando a golpe de brocha las desnudeces de los pacientes con un desinfectante para caballos que escaldaba la piel.

En aquella caricatura de campo de concentración irrumpió de pronto la noticia del estallido de la guerra mundial. Los oficiales falangistas exultaban: se veían invencibles. Su talante hacia Inglaterra y Francia era el mismo que hacia sus enemigos reducidos a la impotencia. «¡Ahora nos haremos con Gibraltar!», gritaban.

Y tal grito fue el lema con que el general Franco se imaginó que iba a unificar España [...]

3) De la Resistencia. 1941

De vuelta en Barcelona, el Pepe y yo asumimos inmediatamente la tarea de reorganizar nuestro movimiento [...] Dimos en dividirnos en dos bandos en un momento crítico. En nuestra inmensa mayoría, sobre todo en Cataluña, permanecimos fieles a nuestras convicciones anarquistas. Pero de pronto, y sin poder creerlo de momento más que a duras penas, empezamos a oír que algunos de nuestros compañeros mismos se habían puesto a criticarnos, acusándonos de ser «partidarios de la violencia». ¿Aceptaban nuestros críticos, pues, la legitimidad de la victoria de Franco? De ninguna manera estábamos nosotros mejor dispuestos

a rendirnos en 1945 que en 1939. Ciertamente que ahora nos veíamos obligados a asaltar Bancos y falsificar documentos, pero esto no nos identificaba en absoluto como criminales de derecho común. Hombres que se hicieron con millones de pesetas en los atracos jamás dejaron perderse un solo céntimo en sus propios bolsillos, por más que ellos mismos vivieran en la miseria: hasta el último céntimo se ponía en manos de la organización. ¿A quién diablos le está prohibido en tiempo de guerra saquear el tesoro del enemigo para cubrir las necesidades propias? [...] Y nadie nos tildaba de «banda de gánsteres» con encono más amargo que los comunistas, precisamente [...] ¿Nos habíamos convertido ya en verdaderos criminales? Quizá. Quizá: ni un solo gobierno de por todo el mundo nos ofrecía ya a nosotros el beneficio de su legalidad; ni siquiera aquel pobre gobierno de cartón que era el de la República española en la ciudad de Méjico [...]

José Facerías fue todo un personaje legendario de la Resistencia. El temple de sus nervios despistaba por completo a la policía una y otra vez. De los aprietos más difíciles sabía escurrir el bulto invariablemente y las autoridades hubieran dado millones de pesetas por su captura. Su cara de niño rubito era el disfraz más perfecto posible.

Además de su completa devoción a la causa libertaria, su sentido del humor, mordientemente travieso, era constante leña de más al fuego de la ferocidad con que se le buscaba. Yo estuve con él en aquel famoso atraco a la Casita Blanca [...] [La Casita Blanca] era la casa de citas más cara de la ciudad. En su ambiente de hotel de lujo, los ricos y los poderosos consumaban sus «ligues» extramatrimoniales [...] Una vez ocupada, la mantuvimos en cautividad perfecta durante cuatro horas, concienzudamente dedicadas a limpiar a las damas de todas sus joyas y a los caballeros de sus bien guarnecidas carteras. Para lo cual reunimos primero a los huéspedes en un gran salón que había en el piso bajo. Allí fueron apareciendo todos ellos, malenvueltas en mantas sus sorprendidas desnudeces, temblando de frío y de pánico.

—No tengáis miedo —les decíamos—. Lo único que queremos de vosotros es que paguéis vuestro pequeño tributo a la Resistencia. Evidentemente, vosotros no sois precisamente de los que simpatizan con las cristianas virtudes que predica el Caudillo, ¿no?

Los ecos de nuestro golpe de mano fueron infinitos, gracias a los poderosos políticos, financieros y damas de «alta sociedad» que, reconociéndose unos a otros, coincidieron en nuestra reunión. Entre todos aquellos clientes de la casa, un respetable padre de familia, en medio de su noche libre con su distinguida barragana, pudo descubrir entre la asistencia a su virtuosa hija, menor de edad, con su novio, que también pasaban la noche juntos en su habitación correspondiente. Comparecía asimismo en el gran salón una joven pareja muy de moda, novio y novia tan formales ya que tenían fijada su boda precisamente para el día siguiente —el acontecimiento social del mes, por cierto—, a quienes se les había ocurrido reservar una habitación cada cual por su lado y en compañía cada cual de un amante a quien el otro desconocía hasta la fecha. Y hasta uno de los pilares de la Iglesia patria estaba allí aquella noche, ruborizadísimo pilar que trataba de taparse la cara, también, con la sábana blanca con que se tapaba el resto de su cuerpo [...] Teniendo en cuenta que en España la virginidad prematrimonial y la castidad clerical son mandamientos especialmente sagrados, los acontecimientos de aquella noche tenían todas las condiciones para constituir el banqueteazo que constituyeron, y que duró años, para el chismorreó social.

Facerías ya había efectuado una operación semejante en el incluso más lujoso aún Hotel Pedralbes, que luego volvió a asaltar, por cierto, por segunda vez. Allí se encontró con cierto coronel, notorio perseguidor de nuestro movimiento, lo que son las cosas, contra quien, en circunstancias normales, hubiera disparado de entrada. Pero, sea porque Facerías era incapaz de disparar a sangre fría, sea, sobre todo, porque en aquel momento estaba demasiado ocupado en reírse a carcajada limpia, la cosa es que entonces no le dio al gatillo. Y es que resulta que el pobre coronel, que sabía que estaba en nuestra lista negra, con la mezcla del calentón frustrado, el frío y el miedo no pudo hacer cosa mejor, por lo visto, que vaciarse de tripas abajo sobre el suelo resplandeciente.

4) Del comienzo de la segunda condena (de 20(30) años)

Nueve debíamos morir. Yo era el número nueve de la lista. Me encerraron en mil celda de condenado.

¿Qué era lo que yo sentía? Me es imposible explicarlo bien. Yo ya había vivido demasiado

tiempo en la Prisión Celular, aguardando el juicio, con la certidumbre absoluta de que se me iba a condenar a muerte. El perdón era muy excepcional en aquellos primeros tiempos. « Esta vez se acabó todo », pensé. Porque aunque la administración de la ley puede tardar lo suyo, la muerte en cambio le sigue a toda prisa a la sentencia. Lo que empecé a sentir entonces de golpe, como sacudiéndome, fue la rabia. La rabia de verles a ellos allí sentados, en el lugar de los jueces, ocupándolo ellos por derecho de conquista. ¡ En aquella ciudad, que era nuestra ! Y yo allí dentro, sentenciado a muerte... ¡ por ellos ! [...] —Se te ha conmutado la pena de muerte por la de cadena perpetua.

Lo cual significaba : treinta años. Sentí hundirme en un sentido de alivio inmenso. ¡ Las protestas de la opinión habían tenido que servir de algo !

Me habían llevado al despacho del director de la prisión ; era la madrugada del 13 de marzo de 1952. Treinta y ocho días habían pasado desde que se me había sentenciado a muerte. Yo no quise dejar ver en mi gesto ninguna clase de emoción delante de aquel hombre. Aparte de la ansiedad que se me pudiera notar, al pensar en los demás compañeros, cuando le pregunté :

—¿ A todos nosotros ?

—No estás aquí para hacer preguntas—, replicó él con frialdad, y ordenó que se me devolviese a mi celda.

—¿ A quién más ?—, le pregunté al guardián.

Tampoco él me contestó. En cuanto sonó el portazo con que se me volvía a dejar solo, empecé a golpetear frenéticamente en la pared, hacia mi vecino inmediato, José Corral Martín :

—Me han conmutado. ¿ A quién más ?

—A mí también. A cuatro en total. A los otros cinco los fusilan al amanecer.

—¿ Quiénes son ? ¿ Quiénes son ?

Nuestros golpeteos recorrían la galería de los condenados.

—Yo, conmutado. Treinta años —decía Domingo Ibars Juanies—. Antonio Moreno Alarcón está ahora donde el director. El debe ser el cuarto.

El silencio otra vez, a plomo. No hubo más golpeteos durante un buen rato. En nada se podía pensar, sino en los cinco compañeros marcados por el destino. Hasta que uno de ellos fue quien volvió a romper el silencio. Pedro Adrover Font, el Yayo. Con esperanza aún. Preguntando :

—¿ Sólo conmutan a cuatro ?

—Sólo a cuatro.

Vinieron los carceleros al rato y nos subieron al primer piso a los cuatro que acabábamos de salvar la piel. No dormimos ya. Tirados en el suelo, estirando las orejas para captar cualquier sonido que pudiera venir de abajo. Uno de los oficiales, antiguo funcionario republicano, tuvo la amabilidad de irnos dando noticias cuando los otros carceleros no estaban delante. Entre ronda y ronda, nosotros esperábamos con ansiedad a que le volviese a tocar a él su turno. Oímos entretanto lo último que oiríamos ya directamente de los cinco amigos, cuando los guardianes fueron a por ellos, en medio de la noche cerrada, para llevarlos a la capilla. Voceando sus nombres :

—¡ Adrover !... ¡ Pedrero !...

Hasta que llegaron a Urrea, que se les anticipó. Según se acercaban ellos a su celda, él echó a los aires un grito magnífico :

—¡ Viva la FAI ! ¡ Viva la Resistencia !

Los carceleros empezaron a ordenar silencio a voces. Al grito del compañero, que levantaba los ecos de aquella tiniebla lóbrega a la prisión, también a cuello herido contestamos nosotros :

—¡ Viva la FAI !

Luego los ruidos se fueron apagando en las distancias.

Los llevaron a la capilla, donde los tuvieron durante siete horas aún, chinchándoles los clérigos sin parar para que se confesasen. Ninguno de ellos cedió, nos contó más tarde el oficial de la prisión exrepublicano. El estaba de turno cuando los sacaron de la capilla por fin para llevarlos al Campo de la Bota. Un lugar entreplayas, ya en las afueras, cruzado de maromas que se alargaban al ras de las aguas hasta unas boyas, donde la chiquillería aprendía a nadar. Hogaño, por su apartamento, era lugar de matanzas legales. Los cinco murieron con bravura.

[...] Fue un tiempo de mucha amargura para los que nos quedamos en las celdas. Habíamos vivido tanto tiempo a la sombra de la muerte. Durante tanto tiempo fueron sólo muertes las únicas noticias que nos llegaban de afuera, muertes de los compañeros. Casi todos los comités ya iban desapareciendo, atrapados los hombres en las emboscadas, muertos a tiros frente al pelotón. Mi amigo López por ejemplo, entre tantos otros, el que había sido el delegado por Navarra y la Rioja, acababa también de ser sentenciado por entonces en Vitoria por un tribunal militar, y fusilado.

Por lo que me contaba a mí el oficial de la prisión, a mí me parecía posible que incluso los mismos oficiales del ejército estuvieran empezando ya a sentirse asqueados de verse metidos en plena carnicería de masas [...] En cualquier caso, los fusilamientos de entonces fueron ya los últimos. Desde entonces, a los guerrilleros y obreros de la Resistencia condenados a muerte se les ha venido ya dando garrote vil, dentro de la cárcel y por el verdugo profesional. Ya antes se había recurrido al garrote alguna vez —contra Manuel Sabater por ejemplo, cuyos juicio y matanza se hicieron con las mayores prisas posibles, por miedo a un posible golpe de mano de su hermano Quico, tal vez—, que, al fin y al cabo, es el instrumento de ejecución «normal». También a José Culebra se le había dado garrote. Por mor de la fe que pueda uno tener en la raza de los hombres, buena cosa fuera poder creer que a los oficiales del ejército llegara a asquearles efectivamente lo de seguir haciendo de matarifes sin más (o que los demás hombres condenaran tal cosa en ellos), de modo que no sólo a meras razones políticas se debiera la decisión de volver a relegar esa sucia tarea a ese despreciable desecho de la sociedad que es el verdugo profesional [...]

5) De las atrocidades de los carceleros

Al tipo [un director de prisión llamado la Vieja] lo trasladaron a Ocaña. Al irse, trató de echarnos un discurso, pero ya había perdido todo resto de autoridad. De pie allá delante, pálido de rabia, de ningún modo pudo hacerse oír, anegada su voz por el griterío unánime de toda la prisión en pleno:

—¡ Dos asesinatos ! ¡ Dios te castigará !

[...] El uno [de los dos presos recién muertos] era una maricona de cabeza huera y adorable carácter que se llamaba Corredera. El otro, el Mallorquí, un bujarrón terrible que era su «protector». Corredera era totalmente incapaz de hacer ningún trabajo manual duro, ni de participar en el trabajo ordinario de la prisión; pero todo el mundo había aceptado ya la cosa, incluido el viejo director. Corredera era costurero y zurcidor habilidoso y se le permitía quedarse sentado al aire libre remendando ropas, con lo cual ganaba sus pesetejas. El Mallorquí era una especie de diamante en brutísimo que, inveteradamente celoso, andaba siempre por ahí esgrimiendo una cuchara que había afilado hasta hacerla tan peligrosa como un cuchillo y con la que se pasaba la vida amenazando a cualquier posible rival que pudiera pretender participación alguna en los favores de su amigo.

Una tarde en que Corredera estaba sentado fuera, como siempre, aplicado a sus labores, solo, y canturreando entre dientes según solía, se le acercó uno de los oficiales de la prisión.

—¿ Qué coño estás haciendo tú aquí ?— le espetó.

A Corredera nadie le había puesto aún al corriente de la reciente orden de endurecimiento en cuestión de aplicación de los reglamentos.

—¡ Hála, siete días a pelar patatas !

—No, no, por favor, por favorcito..., pero si es que yo tengo mi permiso para estar aquí..., pero pordió, si yo siempre estoy aquí...

—Ah caramba, y yo que no sabía nada de eso. Bien, en ese caso, quince días.

Con lo cual el oficial, un tal Asencio, se fue de allá riéndose: típico sentido del humor de cuartel de Marruecos. Corredera no podía entenderlo. Se pasaba el día llorando, desde entonces, mientras pelaba patata tras patata.

—Pero, ¿ qué es lo que hice yo ? —gimoteaba— ¿ Por qué me castigó él ? No hay derecho, no hay derecho... En cuanto que le dije que yo tenía mi permiso y todo, pues nada, él fue y me subió el castigo al doble...

Nadie podía explicarle satisfactoriamente la cosa. Decirle que se trataba de un chiste era peor. Asencio en cambio opinaba que la cosa tenía gracia hasta decir basta. Volvía y volvía a ensañarse con Corredera, según estaba él allí sentado, pelando patatas y lloriqueando.

—De modo que la señorita marquesa ya no puede ganarse sus dineritos con su costurita, ¿eh?

Y un día, de repente, Corredera se levantó de un salto y le largó al otro una estocada de fondo, justo donde el corazón, con el cuchillo de pelar las patatas, Asencio se desplomó. El puño de Corredera chorreaba sangre. Salió corriendo, subió de una carrera hasta lo alto de una escalera de hierro que había, chillando:

—¡Asesinos! ¡Ladrones!

Y se puso a bombardearles con unas botellas a los auxiliares que ya se agrupaban al pie de la escalerilla.

Acudió enseguida la Vieja. No se molestó ni en intentar calmar a Corredera, a pesar de que era evidente que estaba en pleno ataque de nervios. Al contrario, empezó a darle gritos zahiriéndole exactamente a la manera de Asencio:

—¡Maricona! ¡Sarasa! ¡Como no bajas aquí ahora mismo te destrozo los cojones para que seas una tía del todo!

Corredera no podía aguantar aquella clase de insultos, se puso a dar alaridos de rabia.

—¡Fuera! ¡Fuera de ahí todo el mundo o salto desde aquí y me mato!

—¡Salta, jodido! —le contestó el director, fuera de sí, también, de rabia—. ¿A quién coño le importa un maricón de menos en la casa? ¿Qué clase de establecimiento te crees tú que dirijo yo aquí? ¿Una casa de putas? ¡Salta de una vez, putona!

El pobre Corredera saltó. Su cabeza reventó contra el suelo. Sonó como un melón estrellándose. Yo estaba entre los que vieron la escena, despavoridos. Y de pronto y ante nuestro asombro, allí apareció Asencio por su propio pie. El cuchillo de Corredera, un cuchillo de pelar, de punta redonda, no había entrado en el pecho del carcelero, sino en el puño del preso. Asencio se había desmayado del shock, al sentir el golpazo sobre su corazón. Y la sangre que chorreaba el puño de Corredera era su propia sangre.

La Vieja no se había molestado en notificarle al pobre hombre que no había matado a nadie, que no hacía maldita la falta que se matase él mismo.

Asencio ahora se sentía en peligro grave frente al Mallorquí y pidió que lo aislasen en celda de castigo, al amante del muerto. El oficial al que le tocó encargarse del Mallorquí, y encerrarlo, era la Atómica. El Mallorquí se puso hecho una fiera cuando fueron a por él para aquel castigo innecesario; y más cuando, después de preguntar y preguntar él el por qué, se le contó por fin, de la manera más brutal, la muerte de su amigo. El le echó la culpa a la Atómica.

—En cuanto te toque estar de guardia uno de estos días, te mataré y me mataré yo—, le dijo.

Un mes entero se pasó el hombre en su celda de castigo. Y un buen día, cuando su enemigo estaba de servicio, se sacó una bombilla del bolsillo, se la enseñó entre sus dedos al guardián, al otro lado de la puerta, se la metió en la boca y empezó a comérsela, haciendo unas muecas y unas contorsiones horribles.

—¡No, no, no!... —protestaba la Atómica.

Pero para cuando pudo abrir la puerta de la celda, el Mallorquí se había zampado la bombilla entera. Y luego, ante la estupefacción de todo el mundo, pues resultó que semejante merienda no tuvo el menor efecto dañino para el organismo de aquel hombre. Sino que —milagro tal vez de su inveterado alcoholismo, cualquiera sabe— los indigeribles elementos de la bombilla fueron saliendo a su tiempo, con toda normalidad, por la puerta de salida normal.

Cuando le volvió a tocar a la Atómica su turno de servicio, el Mallorquí se ahorcó, colgándose de la ventana de su celda.

6) De la segunda mitad de la condena, primeros tiempos. 1959

No todos los presos participaron en nuestro motín [...]. A los presos comunistas, naturalmente, les faltó tiempo para ir a decirle al oficial-jefe que ellos no tenían nada que ver con aquello. Salvo uno, que sí que estuvo con nosotros, todos ellos tenían demasiado miedo de que les inhabilitasen temporadas para la redención de penas. Dijeron que aquello era una rebelión de criminales de derecho común, que a ellos no les concernía.

[...] El carcelero me llamó a voces:

—¡García! ¡Se te acusa de haber intentado fugarte!

[...]

—Me ha decepcionado usted —berreó [el oficial-jefe]—. Pretende usted ser un preso político, pero es usted el peor de todos.

Yo me encogí de hombros.

—¿Y por qué le he tenido que decepcionar? ¿Espera usted que un preso no intente fugarse nunca? ¿Nos paga a nosotros un salario el Estado, acaso, para que queramos quedarnos aquí dentro? ¿Y para qué cree usted que le pagan a usted el suyo, para estar ahí sentado leyendo novelas del oeste?

[...] Me llevaron ante el director, que tenía al cura con él. El cura aquél era de un cavernicolismo increíble, no hubiera desentonado en la corte de Fernando e Isabel. Dándome a mí la sorpresa padre, se puso a hablar en mi favor:

—A pesar de ser un anarquista es un hombre bueno y la salvación de su alma está al alcance [...]

—Oh, seguro —se burló el director—. Un preso modelo que, cuando está haciendo un plan de fuga, por ejemplo, no quiere que se armen follones en la iglesia [...]

—No somos nosotros quiénes para juzgar los medios de que se vale el Señor para atraer a los pecadores hacia los caminos de su gracia: sus designios son inescrutables—, soltó el cura. El director no quiso enfrentarse con semejantes teologías. Se puso a hostigarme, en cambio:

—¡Se da usted los aires de un profesor de universidad y es más ignorante que un paleta!

—gritaba—. ¡Con cincuenta años que tiene usted ya, aún anda soñando en echarse al monte con Sabater! Pues bien, aquí tengo yo una noticia para usted, pedazo de necio.

Levantó unos periódicos doblados con la mano (a los presos nos estaban prohibidos los periódicos) y con un golpe furioso los volvió a dejar sobre su mesa.

—¡Tu querido Quico estiró la pata por fin! ¡Asado a tiros en la calle por la Guardia civil, como un bandolero que era! A ver, ¿sabes leer?

Yo me mordí los labios, en posición de firmes.

—El último guerrillero —gruñía el director—. ¡El futuro de España es Franco! Escúchame esto: ni en la clandestinidad queda ya nada de vuestro movimiento. Los mismos comunistas os darán sopas con ondas a vosotros toda la vida, porque ellos saben lo que es disciplina y vosotros no tenéis ni idea. Mira los de Eldueso: éstos son gente educada, que sabe cómo hay que comportarse en la prisión. Pero lo que tú, a tus años, tú no entiendes nada, tú no sabes nada de nada.

—Pues así será, pero no se me ocurrirá a mí ponerme yo a aprender nada que tenga usted que enseñarme —le largué yo—. Y en lo de la disciplina tendrá usted razón o no, pero el caso es que cuando el que tiene usted aquí delante es un comunista, lo que le dice usted en cambio es que los anarquistas podremos ser unos bandoleros, pero que por lo menos somos bandoleros españoles, y no rusos como ellos.

El cura, que creía que los comunistas eran el mismísimo Satanás en persona sobre la Tierra, me daba la razón.

—Más vale ser un bandido español que un bandido ruso —le dijo al director—. Aquí estamos en un país cristiano. Hasta al más duro de corazón le pueden alcanzar algunas migajas del banquete de la gracia sin dificultades. Pero en Rusia, ¿hacia dónde puede volver los ojos el pobre criminal en busca de arrepentimiento? ¿Hacia los predicadores del ateísmo?

Yo me puse a darle gritos al director otra vez:

—¡El día que los comunistas se hagan con el poder aquí, por supuesto que a usted no le faltará el trabajo! Pero nosotros lo que queremos es acabar con las cárceles. ¡Sólo cuando no haya nadie que quiera ser carcelero, ni policía, ni militar, ni verdugo, sólo ese día podremos empezar a presumir de civilizados!

Si no llega a ser por el cura, el director me mete otros cuarenta días más de castigo. Cuando me echó de allí a voces, por fin, el cura se quedó explicándole que el gobierno es una señal de la benevolencia divina. Parecía que se refería a España. Por lo menos. Nunca supe si el hombre acabaría refiriéndose a Rusia también.

1962

[...] También al Quico le habían acabado desbordándole tantos años de lucha solitaria. España se hacía más chica, las carreteras se llenaban de ajetreo, la policía tenía radioteléfonos y coches cada vez más rápidos. Cada día era más imposible la guerrilla, ya no servía para

respaldar eficazmente los movimientos revolucionarios y los sindicatos de verdad. Aún había guerrilleros que seguían hostigando al régimen, pero, cada día más reducidos a un aislamiento desesperado, cada día se diferenciaban menos, a los ojos de la gente, de los bandoleros corrientes y molientes [...] Pero tampoco era tan fácil tranquilizar a España [...] La Interpol hizo un verdadero esfuerzo para barrer de Francia y de Bélgica a los terroristas del grupo Primero de Mayo. Su éxito rebasó con creces los optimismos más desatinados posibles de las policías interesadas, incluida la española: sólo que se les pasó de rosca y se les convirtió en victoria pírrica, puesto que lo que lograron fue que los del Primero de Mayo se volvieran a meter dentro de España por su propio pie, que era muy aproximadamente lo último que el gobierno español quería. Que lo que esperaba era recibirlos en los puestos fronterizos como es debido, cargados de cadenas y, desde luego, no en condiciones de ponerse a dinamitar edificios y monumentos oficiales.

La aparición del grupo Primero de Mayo nos trajo un estremecimiento al espíritu de los presos libertarios españoles: el anarquismo internacional, aún pequeño como reaparecía, ya le devolvía algunos golpes al fascismo otra vez por nuestra causa. Aunque los casos políticos empezaron a remitirse otra vez a los tribunales militares en lugar de los de Orden público, la campaña tenía ya unos ímpetus que nadie iba ya a ahogar tan fácilmente. Y es que el grupo Primero de Mayo no se trata de un equipo reducido y superorganizado de conspiradores. ¿Cómo exigir de las cabezas cuadradas de los detectives una acción basada en el poético supuesto de que el motor del enemigo no es sino el clima de la conquista y de la frustración y de la represión, y que lo que se pide es sólo algo tan intangible como la libertad? [...] Se organizó un atentado contra Franco en Valencia. Se logró colocar una bomba en un balcón desde el que él iba a hablar, pero el mecanismo de relojería se atrasó y la explosión tuvo lugar... un mes más tarde. En materia de bombas, parece que a ese hombre le protege algún hechizo. Con tantas como se le han preparado en su vida, siempre había algo que fallaba en el último momento. Se le organizó otro atentado el 19 de agosto. (Sólo la semana anterior, el grupo Primero de Mayo había hecho explotar con éxito una bomba en la basílica del Valle de los Caídos.) En esta ocasión se colocó nada menos que veinte kilos de plástico a la entrada del palacio de Arzobispado, en San Sebastián, con control electrónico. Pues no sé qué pequeña crisis política le hizo al hombre posponer su viaje por unos pocos días: los suficientes para que las baterías del artefacto se gastaran solas. Pero en fin, la causa es que los autores de estos dos atentados tampoco pasaban de aficionados [...]

y 7) De los últimos tiempos y del fin de la condena. 1965-1966

Pronto empezó nuestro traslado a Soria [...] La cárcel se había construido recientemente [...] [Pintiparada para] la reciente decisión de encerrar juntos a todos los presos políticos. La Administración, de todas formas, nunca fue capaz de saber del todo si lo que había que hacer era seguir negando que hubiese en España presos políticos en absoluto o admitirlo de alguna manera, puesto que se nos separaba ahora, en efecto, del resto de la población penal. En cualquier caso, semejante distinción no le confería a uno el menor privilegio, sino que le marcaba para que se le tratase peor. Con todo, el gobierno procuraba seguir negando que encarcelaba a sus adversarios.

—¡ Con esta gente no se puede discutir! —declaraba el Inspector general de Prisiones—. No se puede razonar con ellos. ¡Y, además, tampoco los hemos metido en la cárcel para reformarlos, sino para aplastarlos! [...] Empezaron a llegar muchos comunistas, de las Comisiones obreras la mayor parte de ellos. Llegaban ya también numerosos Testigos de Jehová, a quienes más tarde se decidiría concentrar como presos militares en el fuerte de Santa Catalina, en Cádiz. Y también empezaron a llegar los vascos: militantes de ETA, una clase de nacionalistas muy sustancialmente distinta del antiguo movimiento separatista vasco ya moribundo en el exilio. Estos otros sí que eran estupendos revolucionarios, infatigables, empeñados por cierto en una línea de acción fundamentalmente igual que la tradicionalmente propia de nuestro propio movimiento [...] Al mismo tiempo que los vascos, empezaron a llegar los estudiantes. En primera vanguardia de la protesta estudiantil mundial estalló la española, poniendo de sopetón al régimen en un aprieto inédito hasta entonces: ¿Qué diablos hacer con todos aquellos rebeldes hijos e hijas de «familias bien» cuyos padres eran en gran parte antiguos hombres del régimen? A ninguno de los cuales, por cierto,

encandilaba en absoluto la idea de que a tales ovejas negras de su propia sangre, con todo y por feroz que fuera su repulsa de las jóvenes actitudes ideológicas, se les terrorizara, diera de palos y tratara en general como a hez de los pueblos.

1969

[...] Tiempo después, acabándose ya un día más, el cura entró en la enfermería y enseñó sorpresa al verme:

—¿Pero qué haces tú aquí, hijo? ¡Tú tenías que estar ya en la calle, el director recibió ya la orden!

Aquella fue la primera noticia que tuve yo de mi liberación.

A las diez de la noche un auxiliar vino a despertarme. Yo me había echado a dormir temprano, esperando poder largarme de mañanita. Pero él me dijo que yo ya no era un preso, que ya podía ir largándome noche adentro a buscar otro albergue. Se me concedían cinco minutos para desaparecer.

—¿Puedo ir a despedirles a los amigos?

—Esto no es un hotel, tú ya no tienes derecho a estar aquí dentro. ¿O es que te gusta esto tanto que quieres quedarte aquí?

[...] El jefe de policía, entonces, telefoneó a Madrid.

—Dicen que le dé un pasaporte a Miguel García para donde a él le dé la gana. Y que si adonde se quiere ir él es al infierno, que le dé visado y todo, también, y gratis.

—Para el infierno yo no necesito visado —le dije—. Ni pasaporte siquiera. Ya tengo mi tarjeta de residente.

El jefe de policía sonrió. Empezó a tamponazo limpio con mis papeles.

—No te vayas aquí con mala sangre —dijo—. Debemos unirnos todos otra vez. No seas tú como los otros, no te empeñes en seguir viviendo la guerra civil. Las cosas se van arreglando y un día volverás a encontrar un sitio entre todos nosotros otra vez.

—Nosotros no encontraremos jamás nuestro sitio entre ustedes —le dije yo—. El millón que mataron ustedes a tiros después de ganar su guerra civil se interpondrá siempre entre ustedes y nosotros. Y tampoco es cierto que ustedes estén unidos de veras entre ustedes mismos, lo único que les mantiene agrupados es el miedo al pueblo.

El meneó la cabeza como con tristeza.

—Siempre lo mismo... —grufó—. ¡Pero nosotros no queremos ya más violencia!

—¡Espléndido! —grité yo—. ¿Cuándo presenta usted su dimisión?

[...] Todo había cambiado. La represión había idiotizado al pueblo. Todo el poderoso movimiento anarcosindicalista que nosotros habíamos edificado a lo largo de tantos años parecía eliminado por completo.

Aquel viejo amigo mío, paralítico y ya incapaz de hablar hasta para pedir lo que quería, podía pasar por todo un símbolo, el símbolo de nuestro movimiento obrero. Todo parecía perdido.

Pero me equivocaba, me equivocaba dejándome ganar por aquel pesimismo abrumador, por la acumulación de veinte años de amargura. La iniciativa de castigar al régimen, de ponerle en la carne banderillas de fuego para que siguiese corriendo en círculo como un toro rabioso, había pasado ya a las manos de los que habían sufrido menos, o nada, de la guerra civil y de los años de sorda represión que le siguieron. Y ahora eran los estudiantes, por ejemplo, emergiendo de sus confortables ambientes de la clase media, quienes estaban ya preparados para hablar en voz bien alta, manifestarse, montar el ataque. Aun cuando tengan que ser siempre los obreros quienes se encarguen de entrar a matar.

(Londres, junio de 1972)

El gran problema del anarquismo

La plupart Espagnols,
allez savoir pourquoi.

Les Anarchistes de Léo Ferré.

Tengo ante mí dos libros leídos últimamente de muy distinta calidad y de los que voy a hablar de pasada pero que me dan pie para tratar sobre el gran problema del anarquismo: la violencia. El primero es *La guerrilla urbana en España. Sabaté*, de Antonio Téllez¹. Título demasiado prometedor, porque si el lector cree encontrar en él alguna teoría, análisis, investigación o estudio serio sobre la guerrilla urbana, ha de apagar esa creencia al acabarlo, ya que ni siquiera hay una descripción de tipo empírico sobre esta clase de guerrilla. El título debería haberse escrito al revés, en todo caso. Pero es un detalle de poca monta. Peor es que ande tan escasa en todo el libro la capacidad dialéctica del autor y no nos presente más que una sola cara del biografiado (porque esto es el libro: una biografía somera y unilateral), favorecida además, como las fotografías retocadas de provincias en los tiempos del trípode y el paño negro. Verdad es que Téllez menciona como sobre ascuas algunas objeciones que se le han hecho a su héroe desde el doble ángulo moral de individuo en sociedad y de confederal o libertario, pero no elabora esas objeciones. El autor nos presenta, pues, una defensa a ultranza y —lo más grave— superficial e ingenua del «Quico», sin haber logrado convencernos ni con razones psicológicas, ni con teorías políticas, ni con argumentos estratégicos o sociohistóricos, de la validez de las acciones de Francisco Sabaté. Si al menos hubiera sabido cantárnoslo como a un héroe, pero tampoco se salva el libro por sus virtudes literarias. Pocos méritos tiene, en suma, este volumen, si no son los de información anecdótica, pero indirectamente nos replantea con gran agudeza el problema número uno del anarquismo en cuanto movimiento susceptible de llevar en su entraña a la más sublime o inefable colección de caracteres puros y conductas abnega-

das y al mismo tiempo a los más inestables y energuménicos temperamentos (desequilibrados asimilables en términos vulgares al tipo del criminal y que como tales habrían sido rechazados o expulsados de cualquier otro movimiento o agrupación con estatutos idealistas públicos —que dirían los Brenan, Borkenau y demás *connaisseurs* amigos de España).

Pero antes de entrar en esta difícil materia, pongamos al lado del de Téllez otro libro también recientemente publicado que nos puede arrojar alguna luz en nuestro examen sobre el problema que nos proponemos ventilar. Me refiero al libro de Abel Paz (meridiano seudónimo), titulado *Durruti. Le peuple en armes*², traducido como se ve al francés, un francés algo extraño y a veces defectuoso, por cierto. Es éste un libro muchos codos superior al otro. En éste ocurre lo contrario casi que en el anterior: al ir por delante el nombre propio se espera uno a la glosa biográfica más que nada y, sin embargo, es mucho más que eso. Lo que se le agradece muy de veras al autor. Porque lo que ha hecho es, no una mera biografía de Durruti, sino una crónica de todo el anarquismo militante español desde principios de siglo hasta el 1936 inclusive. Son 550 páginas de información documentada sazónada de comentarios de mayor altura intelectual que las 211 de Antonio Téllez. Claro que también los biografiados son muy distintos y no se presta lo mismo un Sabaté que un

1. Bellabasté, La Hormiga, París, 1972. [NDR. Ediciones Ruedo ibérico publicarán, en el primer semestre de 1974, otro volumen de A. Téllez: *La guerrilla urbana. Facerías*, en la apreciación del cual su comité de lectura no ha llegado a las conclusiones que formula aquí sobre el primer libro de A. Téllez nuestro amigo F. Carrasquer. Véanse las respuestas de éste a la encuesta «Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español», p. 177-183.

2. Editions de la Tête de Feuilles, Toulouse-Paris, 1972.

Durruti. Pero aunque no puedan compararse, a la lectura de estos dos libros se hace el desnivel entre ambas figuras todavía mayor debido a la cortedad y mal enfoque del autor que nos presenta al « guerrillero » catalán. Puesto que de su libro apenas retenemos otra cosa que la serie de atracos y actos de violencia cometidos por Francisco Sabaté, cuando el biógrafo habría querido sin duda despertar en el lector otra imagen y dejarle un más noble regusto. También habla Abel Paz de los atracos de Durruti, pero ese periodo de atracador — nada menos que a escala internacional — queda completamente eclipsado por la labor de militante y de aguerrido luchador con ideas que defender del héroe leonés. Aquí, como siempre, desempeña una función fundamental la conciencia del rol. Sobre todo desde que estuvo en París detenido y que, con Ascaso, acaparó la atención de la actualidad política internacional en un triángulo tan escaleno como el formado por París-Madrid-Buenos Aires, Durruti se sintió todo un personaje influyente y una cabeza visible. Y ni por asomo se le habría ocurrido después « descender » al atraco. Esto no quiere decir que se volviera arrogante y aun menos megalómano, ni que si la « historia » se lo hubiera exigido no hubiese cometido un robo en grande, como se demuestra por la intentona de apoderarse del oro del Banco de España para comprar armas con que atacar en el frente de Zaragoza y que no se llevó a cabo por haberse « rajado » Diego Abad de Santillán, según dicen. Lo que quiero decir es que Durruti, como Ascaso, tuvo a partir de aquel episodio parisiense conciencia de haber entrado en la historia y se reservaba con toda naturalidad para fines más altos. Porque, dígame lo que se quiera, hay una acomodación de los medios a los fines. Cuando Piet Heijn se apoderaba de la « flota de plata » española lo hacía consciente de su hazaña histórica (y la prueba definitiva para él era que con sus descomunales piraterías pudo financiarse la campaña de la reconquista de Bois-le-Duc y de Breda, por ejemplo, y después ¡ que le echaran un galgo los moralistas ! — que se guardaban muy bien de hacerlo, claro, a pesar de la fama que los calvinistas tienen de puritanos y honrados). Pero el pobre Sabaté no tuvo al parecer esa

conciencia de hacer historia. Y su conducta sólo se explica por resortes irracionales, cuando no simple y sencillamente sicopáticos. Esto aparte, resulta que Sabaté es el último de la serie de los « enemigos públicos número uno » del anarcosindicalismo español, y a raíz de su ejemplo podemos analizar uno de los aspectos de nuestro problema: el pequeño y personal. El otro, el grande y metodológico-organizatorio-colectivo lo trataremos a continuación. Para el primero nos viene que ni pintado Sabaté, y para el segundo Durruti como primer representante que es de la (fracasada) revolución anarquista española. El antedicho primer aspecto podríamos caracterizarlo en dos actos: el atraco y el atentado personal. Pues bien; a poco que se conozca la *organización* (en los medios libertarios se habla siempre de « organización » aludiendo a la CNT [pero sin excluir a la FAI]), se sabrá que no han faltado prácticamente nunca militantes dispuestos a dar de vez en cuando un « golpe » con que salvar una huelga, comprar armas, pagar una imprenta, etc. Dejamos a un lado la eventualidad de que luego se « vicien » o no (de si las razones del golpe se van haciendo falsos pretextos o no). Lo importante es que la organización lo permitiera, admitiera el principio del atraco y del atentado aunque fuese tácitamente o, poniéndolo aún peor, lo fomentara.

Ya sabemos que ha sido expulsado de la organización más de un compañero engolosinado por el atraco que se zafaba a todo control de la local, del ramo o del grupo. Pero es un hecho que no se había tomado nunca muy en serio, o al menos suficientemente en serio, la condena de esos métodos. Y si se quería fiscalizar el uso del dinero robado, ¿ cómo podía esperarse ejercer control alguno sobre actividades por definición incontrolables dado que se efectúan en la clandestinidad y en el más estricto secreto? Ya en el plano ejecutivo vemos, pues, la contradicción flagrante. En una banda es el jefe el que pide cuentas, como en un grupo de resistencia o en la conspiración, ya sea jefe personal o comité, junta, etc.; pero es insensato exigir rendimiento de cuentas de este tipo desde una asamblea, como se pretendía en los medios libertarios. Lo que nos indica que en la práctica no eran los

libertarios lo abiertos y paladinos que deberían haber sido. Aunque lo verdaderamente grave, por supuesto, es lo que esos actos significaban en el plano moral de la conducta de una organización de cara al público que ha de juzgarla inevitablemente para atraérsela o rechazarla, para condenarla o aprobarla. Veamos el problema de más cerca.

Empezando por limitarnos al radio de responsabilidad personal, ¿cómo puede un anarquista aprobar el robo a mano armada o el atentado, actos inequívocos los dos de autoridad absoluta o de absoluta enajenación? (Y no se pretexto restitución de un robo, porque la restitución habría de producirse al nivel colectivo para atenerse a la justicia proudhoniana.) Por otra parte, desde siempre ha sido un gran principio del anarquismo luchar por la revolución sin medios prestados a la burguesía capitalista (dinero, armas, violencia, terror, abuso del poder, etc.). Aunque un principio no menos anarquista ha sido la *acción directa* que parece justificar esos actos de autoritarismo absoluto, puesto que en la lucha sin intermediarios ni compromisarios se echa mano directa e inmediatamente de lo que sea. Pero, ¿es eso cierto?

Si se piensa un poco, la acción directa no entraña ni mucho menos una legitimización del atraco o del atentado, sino más bien todo lo contrario. El atraco y el atentado son actos que se insertan precisamente en la acción indirecta como medios de subversión social mediatos que son, tanto por situarse al nivel individual como por ser medidas previas o que suelen formar parte de preparativos (descartando —lo que fuera peor para el caso— que lo fuesen de planes de venganza, de represalia o de intimidación «disuasoria»). Porque la primera condición de la acción directa es que sea *pública*, y la segunda que sea *colectiva de común acuerdo*, más o menos plebiscitaria, si se quiere. Exactamente lo contrario, por tanto, de lo que ocurre con el atraco y el atentado, actos de terror llevados a cabo tan en secreto y en circunstancias particulares cuando no con las más arbitrarias e inconfesables motivaciones.

Además de ser contrarios al principio de acción directa, el atraco y el atentado son anómalas

excepciones de la regla de anticontaminación tan privativa del anarquismo. Quiero decir: ¿por qué si corrompe el ejercicio del poder no lo hacen el dinero y la violencia, los cuales no son medios menos burgueses ni menos execrados por los anarquistas mismos? Los comunistas no han creído en esa virulencia infecciosa o corruptora del poder y en cambio se han abstenido de aprobar las prácticas del atraco y del atentado como medios revolucionarios o aprovechables para el partido, al menos paladinamente, porque de eso se trata: de lo declarado en público y no desautorizado. Y es que los comunistas, que empiezan por actuar a base de consignas, ukases y «líneas» directrices dimanantes de jefaturas y comités, y no a golpes de asamblea, llevados por el prurito de realismo, han tenido más en cuenta la tradición moral convencionalista y han cuidado mucho más de su reputación y de dar la impresión de gente seria, ordenada, responsable y jerarquizada.

Quizá las señaladas contradicciones entre la teoría y la práctica en el seno de la organización libertaria española se expliquen por razones históricas y por influencias muy ancladas en la tradición del sustrato y hasta en el subconsciente del pueblo español, pero sobre este punto no contamos aún con los datos necesarios científicamente obtenidos. Desde el punto de vista histórico es importante, en primer lugar, constatar el hecho de que haya sido el bakuninismo la corriente que primero arrastró a la conciencia revolucionaria española por cauces de agitación personal y de grupo —no de masas—, con su misticismo mesiánico de la violencia y el gusto bakuniniano por la sociedad secreta, todo eso que podríamos denominar «numantismo» revolucionario y que encaja con muchos actos y proyectos de la historia de España: desesperación y fatalismo juntos muy propicios para abundar aquí en la noción freudiana del «instinto de autodestrucción». Pero esta tendencia que parece hundir sus raíces en los albores de la raza (o crisol de razas) peninsular, viene a agravarla la tradición heroico romántica del bandolero, del salteador de caminos que se toma la justicia (véase muchas veces venganza) por su mano. Y esta tradición de bandolerismo justiciero, copiosa cantera de

mala literatura española de propios y extraños, no se explica tanto por razones de sicología social o etnológica como por determinismos histórico políticos. Porque es el caso que en el pueblo español se ha operado un larguísimo (¿cuatro siglos y pico?) proceso de esquizofrenización política que le ha procurado delirios a escala individual y a escala colectiva (el individuo que se erige en rey y en juez, el grupo que está convencido de ser el guía infalible de todo un pueblo, el pueblo o la comarca que proclama el comunismo libertario *urbi et orbi*, etc.). Pero de esta misma condición alienante en el comercio cívico político se desprenden también modelos de conducta muy positivos, como el de la improvisación de soluciones en casos de apuro (en el que pocos pueblos serían capaces de competir con el nuestro), y no menos positivas alternativas-límite, como el recurso espontáneo de la guerrilla con que los españoles han inspirado a todas las rebeliones populares contra los ejércitos regulares.

De lo que acabamos de exponer se desprenden dos enseñanzas inmediatas, por lo menos. La primera es que el pueblo español, en su proverbial aislamiento, ha perdido la visión de lo político. Y esta pérdida es absolutamente intolerable si se quiere formar un sistema democrático, una sociedad constructiva, justa, libre y creadora. Porque como no hay mejor sociedad que la democrática tampoco hay democracia sin opinión pública, ni hay opinión pública digna de este nombre sin sentido crítico y para que éste se forme hace falta a su vez conocimiento intelectual y afectivo (información, convicción y compromiso). ¿Y cómo se puede conocer y defender algo que se niega o de que se abomina? No, a estas alturas es ya cerril seguir condenando la política, cuando de sobra sabido es que la política lo es todo en sociedad, desde el dominio económico al cultural y en cualquier sistema social por anárquico que se pretenda. Ya no es serio confundir política con politiquería. Se impone, pues, revisar las ideas de lo político en los medios libertarios españoles, primero y principal porque esa negación de lo político es responsable en España de la ausencia de civismo. No se puede tener

conciencia cívica si no se tiene conocimiento político, porque esto no es más que la cara vuelta de lo otro, o mejor: el derecho hecho del que se desprende el derecho haciéndose, o la ley consuetudinaria de lo cívico engendrando la jurisprudencia de lo político. Pero hasta que no funcionen los automatismos de civismo no podrá prestarse la atención colectiva indispensable al arte de la política (como para saber leer andando hay que empezar por saber andar automáticamente, sin prestar atención a esta actividad, y así es cómo se afectúa todo progreso: por una actividad superior montada sobre otra u otras ya automatizadas). Pues bien, en términos generales, al anarquismo español le ha faltado insistir sobre la noción del derecho público (así como al comunismo podríamos decir que le ha faltado insistir sobre el derecho privado). Es tan fundamental para mí la necesidad de reforzar las bases del derecho, que estoy convencido de que no pueden ser otras las bases de todo socialismo verdadero (desde el derecho económico con que se regulen las condiciones de igualdad y justicia distributiva, hasta el derecho de garantía en el ejecución de toda orden, y de creatividad en el dominio de lo que llamamos el espíritu. De modo que si por su aislamiento el pueblo español ha quedado desentrenado en el ejercicio normal de la vida cívica y política (¡y cómo, con los 33 años que lleva ya de vacío o parálisis!), lo que conviene es lanzarlo de lleno a ese ejercicio para que vaya adquiriendo reflejos de civilidad responsable con los que queden eliminados *ipso facto* los actos de terror gratuitos y secretos. Porque si hemos hablado de democracia y derecho es simplemente para ponernos a salvo y en guardia contra toda violencia perpetrada sin previa consulta pública y resolución colectiva mayoritaria. Y con esto hemos llegado a una fórmula englobadora de multitud de enseñanzas por la experiencia más dolorosa que creo hacemos todos nuestra: *Negocio público que se lleva en secreto, mal negocio*.

Yo no digo que sea posible de golpe y porrazo prescindir de todo secreto de empresa, de partido, de organización y de Estado. Lo que digo es que a eso hemos de ir, que no

hemos de parar hasta que no haya secretos, sobre todo secretos de Estado. Porque siempre donde hay secretos hay infaliblemente algo *non sancto*; o se trata de engañar o se trata de traicionar. Hay experiencias a este respecto muy significativas, como el caso de los nombramientos de catedráticos que en algunas universidades europeas se venía haciendo por comisiones en secreto y ahora al hacerse en público se ha visto que aquel principio no sólo era injusto sino absurdo y ridículo. Todas las manipulaciones, intrigas, maniobras y chanchullos se valen del secreto. Luego no esperéis jamás una sociedad sana que no esté del todo abierta.

Volviendo a nuestro tema sobre la legitimidad del atraco y del atentado, tendríamos que concluir que sólo podrían justificarse por decisión pública mayoritaria, sin violar ningún derecho público ni privado. Algo imposible, ¿no?

La segunda enseñanza de lo expuesto más arriba sería ésta: si por un lado hay que politizar y civilizar al pueblo español, por otro hay que hacer de modo que se refuercen sus talentos de improvisación, de independencia natural y espontaneidad creadora, como contrapié frente a la tecnología capitalista y frente a todo centralismo o unitarismo encorsetador. Pero en este juego de estímulos hemos de alertar a nuestro pueblo contra dos peligros que todos hemos constatado de sobra a lo largo de la experiencia de la revolución cenetista. Pues que si bien esta revolución tuvo lugar en condiciones las más exasperadas y precarias, cobró relieve suficiente para indicarnos dos fallos fundamentales en el comportamiento de la base (*in casu* las mayorías cenetistas que hicieron funcionar las colectividades industriales, comerciales y agrarias de Cataluña, Valencia y Aragón). Primer fallo: la intolerancia de la mayoría frente a la minoría, o de la minoría revolucionaria predominante por estar armada o contar con las fuerzas armadas a mano frente a la mayoría reacia o indiferente. Y el segundo fallo fue la falta de responsabilidad cualitativa. Sobre el primer fallo habría mucho que decir porque es el primer problema con que se

enfrenta toda revolución. Pero en el fondo se reduce todo a una cuestión de impaciencia, y con la impaciencia el mal humor, la agresividad, la precipitación y el frangollo. Tras tantas experiencias que nos lo han enseñado así hemos tenido que acabar por creer que la mentalidad hace la estructura y no al revés. Y que a veces erosiona más el humor que la intemperancia o la iracundia. A fin de cuentas, y todo bien considerado, siempre que se ha forzado una situación, y más por la violencia desenfundada o sin derecho, tanto por parte de la mayoría contra la(s) minoría(s) como al revés, hemos tenido que lamentarlo. A la larga todo lo forzado se revuelve contra el forzador. Y hablando de pueblos, toda la historia está ahí para ilustrárnoslo, muy en particular el pueblo del Vietnam que acaba de darnos la gran lección de los siglos. Es siempre la obsesión o el vértigo del poder ostentado lo que engaña al revolucionario (como individuo y como grupo) y le hace creer que su nuevo orden acabará por conformar a los forzados a su doctrina. Y en este error cayeron incluso los enemigos teóricos del poder, los anarquistas colectivistas de la revolución de 1936-1937. Hace falta mucho entrenamiento para adquirir los hábitos de tolerancia y de paciencia con que saber esperar el día de la persuasión y del común acuerdo. Pero no hay otro camino, está bien visto.

El segundo fallo es más difícil de explicar, aunque sea casi privativo de nuestro pueblo; pero no es lo más próximo lo más fácil de entender. Precisamente porque ha sido el más abandonado a su propia suerte, es nuestro pueblo daltoniano para discernir los matices de calidad responsabilizante. Con la expresión de responsabilidad cualitativa queremos englobar hechos tan diversos como la imposibilidad en los medios cenetistas de que se escucharan las voces autorizadas en cada caso, ya fuese por competencia técnica ya por conocimientos específicos, así como la dificultad de establecer grados de responsabilidad al nivel de las decisiones según las atribuciones convenidas o las capacidades profesionales, autoridad científica, etc. Dicho en otros términos: no todo el mundo puede decidir de

todo; sobre la construcción de un puente corresponde decidir a los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, y no a los zapateros, etc. Esa falta de consideración por el saber específico aprendido y, en general, la falta de natural respeto al talento ha podido ser la causa de que la CNT se encontrara tan desamparada de los hombres de ciencia, técnicos, artistas, intelectuales y escritores españoles. Creo que por lo menos la *intelligentsia* española tenía obligación de estar enterada de lo que interpretaba la CNT en el ánimo del pueblo español, y el haber faltado a esa obligación no sólo me parece imperdonable, sino que creo es el pecado más grave y de efectos más infelices que haya cometido la intelectualidad progresista española a lo largo de toda su (breve) historia. Lo que nos advierte de sobra para no caer de nuevo en la misma falta y propiciar la siempre salubre y enriquecedora simbiosis de pueblo e *intelligentsia*, entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales en general. El pueblo necesita oír la voz de sus pensadores y artistas que le van ensanchando el horizonte próximo inmediato y, por su parte, los intelectuales no pueden prescindir del pueblo, que es su suelo natural de labor y su fuente de inspiración inagotable.

Vamos a ver, pues, si sobre esta plataforma de revisión teórica podemos ya lanzarnos al análisis de nuestro tema tomado como un todo: la violencia en el anarquismo, reconsiderado a partir de los dos libros que nos han suscitado esta reflexión.

La guerrilla urbana en España. Sabaté se abre con un epígrafe que me permito transcribir: «Guerra a la violencia: éste es el móvil esencial del anarquismo. Desgraciadamente, con mucha frecuencia, contra la violencia no existe otro medio de defensa que la violencia. Pero, incluso entonces, no es violento el que se defiende, sino el que obliga a los otros a tenerse que defender; no es violento el que recurre al arma homicida contra el usurpador armado que atenta a su vida, a su libertad, a su pan. El asesino es el que pone a otros en la terrible necesidad de matar o morir.

» Es el derecho a la defensa, que se convierte en sacrificio, en sublime holocausto al prin-

cipio de solidaridad humana, cuando el hombre no se defiende a sí mismo, sino que defiende a los otros en su propio perjuicio, afrontando serenamente la esclavitud, la tortura, la muerte.» Errico Malatesta.

El mismo libro se cierra con otra cita (salvo las tres líneas de colofón que la glosan del autor Téllez), mucho más cerca de nosotros ésta por ser de Felipe Alaiz y haberla escrito en 1952, ocho años antes de la muerte de Sabaté. Es evidente que Antonio Téllez ha querido respaldar su texto entre estas dos citas como entre dos puntos de apoyo autorizados para avalarlo. Pero, ¿son verdaderos apoyos éstos que avalen a su biografiado? Veamos el de cierre: «Equivocados o no, impacientes o no, de fama y renombre histórico, tal vez más predispuestos sentimentalmente que dispuestos en frío a un nihilismo cerrado, despreciativos probablemente para la masa pasiva y rebañega por la que se sacrifican y de la que no tienen ni esperan ayuda, con más apego al anonimato en ocasiones que a acumular reverencia de raíz redentorista —pues las religiones se fundan en el sacrificio espectacular de uno solo en favor de la pasividad y de la comodidad del resto— los activistas dan la vida de cara al peligro y pagan con su persona.

» Los insistentes sucumben a manos del Estado terrorista mientras los ideólogos terroristas pero pasivos y las masas creyentes en el terror se conservan a salvo de cualquier peligro aplaudiendo a los combatientes aislados, pero jamás dispuestos los inhibidos a participar ellos mismos en la lucha directa.» Felipe Alaiz³.

Primero el epígrafe de entrada. Las razones de Malatesta se han repetido de mil maneras para justificar la violencia revolucionaria como única réplica a la violencia estatuida y permanente del capitalismo explotador y del Estado opresor. Ultimamente, hasta los curas y obispos han adoptado este lenguaje de Malatesta. Desde luego, la razón de la defensa propia no hay quien la refute. Pero para Téllez puede que tenga más importancia lo que sigue, es decir, la sublime razón que asiste al que «defiende a los otros», porque en esta

3. *Solidaridad Obrera*, 368, París, 15 de marzo de 1952.

gloriosa postura cree que se ha inmolado su héroe. ¿Hay algo más noble y conmovedor que el valiente que se bate por los demás? Lo único que cabe preguntarse aquí es si se da perfecta adecuación entre la frase de Malatesta y la aventura del luchador Sabaté, cosa sobre la que volveremos pronto.

El fragmento de Alaiz es más vulnerable por ser más concreto y tipificado. Así cuando dice «despreciativos probablemente para la masa pasiva y rebañega por la que se sacrifican y de la que no tienen ni esperan ayuda, con más apego al anonimato», etc., se descubre el individualismo a ultranza del escritor, prácticamente el único buen escritor incondicional que ha tenido el Movimiento Libertario. Y, sin embargo, no se podrá decir jamás que Alaiz haya participado en ningún acto violento ni en ningún acto público en nombre de la organización, porque era tan incapaz de violencias como alérgico a las reuniones multitudinarias. Tal vez explique esta manera de ser un rasgo de su carácter que Ramón Sender me formuló así un día: «Era [Alaiz] un hombre de talento y sobre todo de buen gusto. No pudo desarrollarlos plenamente porque tenía prejuicios contra el éxito. Y porque le ahogaba un sentido crítico un poco negativo.» La palabra éxito la ha subrayado el mismo Sender. Creo que es un acierto, sobre todo habiéndolo conocido tan poco y hace ya tanto tiempo (en Zaragoza cuando Sender era un mozo de 17 años y Alaiz un hombre de unos diez años mayor). Yo lo he conocido más, como pariente y por haber vivido juntos primero cuando yo era muy joven en Barcelona y después ya no tan joven en París. Y puedo asegurar que si Alaiz hablaba —y escribía, que tiene un artículo sobre el personaje, recogido en *Tipos españoles*— con visible regodeo sobre «Cucaracha», no por eso era capaz de entender a un Sabaté; que una cosa es el valiente que se echa al monte para hacer su justicia *sin matar a nadie* y se convierte en el terror de los caciques y «pinchos» (como se les llama a los chulos «perdonavidas» en la comarca del Cinca), y otra el obsesionado por los «argumentos» de la pistola sin que se le vea un verdadero argumento con que justificar su actuación de solitario terrorista

y atracador incontrolable. ¿En qué cabeza cabe emprender solo, o casi solo, una guerrilla con pretensiones de resistencia, de «maquis» opositorista o revolucionario? Esa actitud hecha de desplantes no hay quien la justifique, por muy individualista que sea, y Alaiz menos que nadie con sus gustos de hombre recoleto y frugal poco menos que arcádicos. No, creo que Téllez se vale de la cita de Alaiz abusivamente, porque no está escrita pensando en Sabaté, sino en los muchachos de las Juventudes Libertarias, en los activistas de entonces y de todos los tiempos que han unido la acción a la palabra revolucionaria, por oposición a los «terroristas de pico». ¿Era tan impermeable a la fama Sabaté como para incluirlo entre los que tienen «más apego al anonimato»? Por la misma biografía de Téllez vemos que «El Quico» tenía conciencia de ser el «Enemigo Público Número Uno» y hasta que se valía de su fama. No creo que Sabaté fuese de los más arrogantes entre los de la serie de «enemigos públicos número uno» cenetistas, pero en todos ha debido de actuar como acicate la honrilla de la fama. En cambio, es una fama un poco equívoca. Siempre me acordaré del chasco que nos llevamos con aquel «Enemigo Público Número Uno» de muy poco antes de la guerra, un tal Martorell, que en los primeros ataques a Belchite «se cagó por los pantalones» como quien dice. Es un valor ese de los gánsters algo sospechoso. Seguramente responde a unos resortes de agilidad mental pero sobre todo descansa en la seguridad que da la *sorpresa* y la *suerte* (de haberla tenido al primer golpe). Hay en ellos una capacidad desconcertante de apretar el gatillo. Eso es todo.

¿Era Sabaté un activista revolucionario de los aludidos por Alaiz? No, porque de haberlo sido se habría plegado a acciones de conjunto, a las consignas de la organización o al menos a un plan de grupo con un objetivo de lucha social, de sabotaje eficaz, de actos de terrorismo con un objetivo visible y reconocible para toda la oposición antifranquista. Porque, ¿qué sacamos en limpio de toda esa ajetreada vida de Sabaté, de tantos tiros y tantos miles de pesetas sustraídos a Bancos y empresas? En una palabra: ¿de qué le ha servido a

Sabaté « poner su vida en el tablero » durante un cuarto de siglo por su cuenta y riesgo (desde su primer asalto a un Banco, en Gavá, hasta su desesperada muerte en San Celoni, el 5 de enero de 1960 ? Esta conducta delirante es en sí una tragedia personal, pero ha hecho y puede hacer mucho mal al movimiento anarquista si sigue tolerándose, por muy remotamente que sea la actuación en su nombre, de esa clase de violentos esquizoides.

Creo que bastará otra cita del mismo autor para acabar con este punto. Dice Felipe Alaiz en un artículo consagrado a la memoria de Buenaventura Durruti, el 11 de noviembre de 1945, nueve años después de la muerte de este gran luchador: « En nuestros debates surge como apelación celeste el culto al heroísmo. Todas nuestras victorias, sin embargo, se han conseguido por actividad conjunta, en la que no hizo falta el sacrificio heroico de nadie, sino la solidaridad de todos. Cuando se apela al heroísmo y se dice, como un almirante sin escuadra, « a barcos de madera corazones de acero », lo que se quiere es justificar la falta de previsión, equivalente a la falta de eficacia y a la derrota segura. Con una mentalidad semejante se perdieron y se perderán siempre todas las batallas, todas las guerras y todas las revoluciones. Y se perderá el heroísmo, desacreditado ya por los que se tienen por héroes después de hacer la guerra detrás de un tintero. »⁴

Como se da el caso de que estas palabras están dichas rindiendo homenaje a la memoria de Durruti, la cita nos sirve de charnela para pasar al otro libro, no sin antes dar por condeñada toda actuación de héroe francotirador y toda violencia personal.

En Durruti veía, en cambio, Alaiz la más clara personificación del heroísmo anónimo que no se cansaba de reclamar. Aun este heroísmo podría discutirse, sobre todo su viabilidad o posibilidad de hacerlo vivencia consciente. Pero de lo que no cabe duda es de que en la biografía que nos traza Abel Paz de Durruti se nos da por añadidura una lección de recuperación ético revolucionaria de un hombre que podía haber caído en la tentación del terrorismo profesional, pero que supo endere-

zarse por la vía del militante concienzudo y generoso a más no poder. De todas formas, yo siempre he creído que a Durruti le faltó en los momentos más importantes de su vida pública (es decir, durante la guerra) las luces y palancas de su compañero y amigo Francisco Ascaso, quien me parece que veía más en grande y al mismo tiempo con más realismo y con esa lucidez del irónico que también tenía Ascaso⁵.

Durruti demostró ser capaz de mucho y bueno, incluso de dar un puñetazo en la mesa y hacerle bajar la cabeza a Companys, y hasta a Largo Caballero si a mano vino, pero con Ascaso al lado creo que habrían uno y otro bajado la cabeza varias veces en señal de asentimiento, y no sólo una vez como acatamiento ante la fuerza bruta. Eramos muchos los que teníamos más fe en la capacidad política de Ascaso que en la de todos los demás del grupo « Nosotros » juntos. Pero nos queda la tremenda duda del *si*, porque el exceso de valor que le segó prematuramente toda su capacidad virtual podría haberle jugado también más tarde otra mala pasada. ¿ Quién sabe ? En fin, perdón por el inciso. De todos modos, lo que nos dice Alaiz es también de mayor interés para nuestro propósito. Primero eso de que « nuestras victorias se han conseguido por actividad conjunta [...] »

4. Tipos españoles, Obras de Felipe Alaiz, tomo III, p. 176-177.

5. No olvidaré jamás uno de los últimos (sino el último) plenos de la FAI en Barcelona en el que tomó la palabra todo el grupo « Nosotros ». Recuerdo que primero habló Ricardo Sanz, el que le había de suceder a Durruti en la Jefatura de la columna del nombre de éste y luego jefe de la 26 División. A mí no me hizo gran efecto, y creo que a la audiencia en general tampoco. Luego habló García Oliver de las teorías que tenía por entonces de la revolución un poco por sorpresa y a base de actuar muy rápida y fulminantemente. Me pareció algo rocambolesco aunque vibrante, porque a hacer vibrar al auditorio no le ha ganado nadie a García Oliver. (Aun lo estoy viendo en un mitin en el palacio de Deportes cerca de la plaza España, en Barcelona, teniendo en vilo a miles y miles de personas electrizadas por su fogoso verbo y que se habrían lanzado, a la menor alusión suya, al asalto de la próxima Cárcel Modelo.) Después de García Oliver tomó la palabra Durruti. Una arenga más que una argumentación o un análisis. De todos modos, muy buen efecto equilibrador tras la intervención de García Oliver un poco fantasiosa, una puesta a tono cordial, muy humana y de hombría sana. Pero el broche de oro fue la intervención de Francisco Ascaso: planes claros y sencillos, análisis agudos y pertinentes y una fuerza de convicción extraordinaria en sus palabras tan inteligentemente inspiradas como firmemente amasadas de fuerza de voluntad.

por la solidaridad de todos». Esto viene a corroborarnos lo que decíamos a propósito de la acción directa: abierta y colectiva de común acuerdo. Pero aún me parece más importante lo que escribe Felipe Alaiz acto seguido: «Cuando se apela al heroísmo [...] lo que se quiere es justificar la falta de previsión.» Vemos aquí cómo el escritor anarquista, que además pasa por ser individualista acérrimo, tiene que confesar que no hay revolución posible si no es empresa general del pueblo y si no está escrupulosamente preparada. ¡Lástima que tardara tanto en darse cuenta y no hubiera escrito así antes de la guerra ya, que es cuando hacían verdadera falta voces de este tenor!

En torno al problema central de la violencia, podríamos arrimar a nuestra ascua la sardina de una tesis relativamente reciente y sumamente interesante. Me refiero a la que defendió el 29 de noviembre de 1972 el profesor de sociología del derecho Dr. Kees Schuyt, bajo el título *Derecho, orden y desobediencia civil*, en la Universidad de Leiden. La importancia de esta tesis estriba más que nada en lo que tiene de material inspirador y en cuanto resumen de experiencias y teorías que parecen dar la tónica de lo más elaborado y convincente en este terreno a la hora actual. Una de las frases-clave de este trabajo es ésta: «La retórica de la lucha y de la violencia, de las soluciones definitivas, de la muerte y la destrucción ha dejado de tener eco en un clima cultural en que los ciudadanos se han acostumbrado a resolver sus conflictos de otro modo y la relación entre virilidad, heroísmo y violencia palidece y va borrándose en una sociedad semejante.»

Schuyt nos propone considerar la violencia sin ningún *parti pris* ni dogmatismo, y del mismo modo que podríamos enfrentarnos con los pacifistas por sistema y a toda costa, podemos reprocharles a los no violentos fanáticos su actitud negativa en casos en que la resistencia pasiva equivale al suicidio o al autogenocidio. Lo que no impide reconocer que la resistencia pasiva tiene sus ventajas sobre la violencia. «En cuanto técnica apta para solucionar conflictos y operar cambios sociales —nos recuerda Schuyt— la no violencia es relativa-

mente nueva. Hasta nuestros tiempos no ha dejado de ser la violencia indefectiblemente el medio *normal* para cambiar nuestro medio societario. Pero la verdad es que este mecanismo de transformación social nos ha costado siempre muy caro. La no violencia intenta reducir al máximo el precio de estos cambios sin por eso hacer dejación de las propias ideas transformadoras ni dejar por eso de reconocer y atacar el conflicto social que sea. Por lo mismo es la no violencia un medio de presión para uso del ciudadano desobediente que dice y redice no muy convencido y al mismo tiempo quiere decir y seguir diciéndole sí a su prójimo.» Distinción, pues, aquí de toda campaña con sus *objetivos* frente a campañas contra *sujetos*.

Sin querer afirmar que la protesta no violenta es, por definición y en todas las situaciones, superior a la protesta violenta, Schuyt nos expone cuatro ventajas de la no violencia: 1) el diálogo entre las partes en conflicto se mantiene abierto; 2) el diálogo (o interlocución) se mantiene abierto más tiempo; 3) la no violencia es antileitaria, y 4) la no violencia deja al oponente cierto margen de libertad de acción que propicia algún rodeo hacia el acuerdo. Esto aparte, la no violencia tiene sus ventajas meramente tácticas: «La inutilización (o puesta en vía muerta) de los disidentes políticos a base de las violencias de la policía se justifica o legitima con más facilidad si las autoridades pueden referirse a las violencias ejercidas por esos mismos disidentes. En fin, la no violencia le da a la protesta mayores posibilidades de duración y enraizamiento con vistas a un cambio de la mentalidad de base.

Schuyt propone la «desobediencia responsable» de Albert Camus contra la «irresponsable obediencia» de Eichmann. Y entre sus teóricos se encuentra en primer término el sicólogo anarquista E. Fromm y los sociólogos estadounidenses Waskow y Rawls que con tanto detenimiento y aplicación han estudiado —como el mismo Schuyt: de *visu* y de primera mano— los movimientos de protesta racial, estudiantil, antiguerra Vietnam, etc., que se han registrado durante los últimos doce años en los Estados Unidos. Según Schuyt la violen-

cia se ha de usar únicamente conforme a estas dos reglas: 1ª, cuando se hayan agotado los métodos y medios aprontados por la no violencia y hayan fracasado todas las técnicas de la resistencia pasiva o desobediencia civil pacífica; y 2ª, cuando haya una relación directa entre el recurso a la violencia y el fin de una situación injusta.

En nuestro contexto es de lo más interesante la aclaración que establece Schuyt entre dicha relación *directa* y la *indirecta*. «Violencias indirectas como las ejercidas en atentados a modo de avisos, como autoexpresión (protestaria) o venganza, no entran ya en la teoría de la desobediencia civil lícita. El asalto al registro civil de Amsterdam⁶ es un ejemplo de violencia *directa* y el dirigido contra el edificio-sede de administración militar de Minneapolis ejemplo de violencia *indirecta*.

Aboga Schuyt por la desobediencia civil en tres dominios problemáticos: el del tercer mundo, el de la (eventual) tercera guerra mundial y el de la crisis ecológica («ecocidio»), señalándonos además del deber democrático de desobedecer a la ley siempre que se den una o más de estas cuatro circunstancias: 1. Distribución inequitativa de los medios de existencia personal y colectiva; 2. Negación de la libertad subjetiva de uno mismo o de los demás; 3. Reducción de los sujetos de derecho a meros objetivos; y 4. Negligencia o menoscabo de los medios de existencia de todos los ciudadanos tomados en conjunto.

De parecida mentalidad participan los «kabouters» holandeses⁷, no ya fundada en la actividad agresiva, sino en la persuasión con el elemento paradigmático de la alternativa, o sea, predicando con el ejemplo y edificando una sociedad antiautoritaria y limpia de toda explotación del hombre y de la naturaleza por el hombre. Pero esta labor de ejemplificación práctica revolucionaria sólo se puede hacer (a pasos contados) en una sociedad democrática, por lo menos tan fuertemente democrática como la holandesa actual. Aparte de que está por ver el resultado de esta tentativa de los kabouters. Porque como ya dijimos, estos pacíficos anarquistas dan la impresión de andar muy desorganizados y de estar poco motivados científica y filosóficamente. Con lo que desembocamos en el fallo de los fallos

de nuestra época: la falta de una filosofía que nos abra perspectivas de acción fecunda y unánime y de convicción generalizada creadora. En cuanto a nuestro tema, mucho me temo que la época del revolucionarismo violento *per se*, y aun menos terrorista, haya pasado a la historia. Un lento despertar de la clase obrera que reivindica tan sólo cruzándose de brazos y dándose la mano en corronos lo demuestra, como la fuerza revolucionaria que ha probado contener el humor y la información inteligente y veraz. Parece como si la gente hubiera llegado a esta conclusión: con lo difícil que es vivir en sociedad sólo falta que propaguemos la agresión para hacer ya la convivencia imposible.

Y con este pensamiento ponemos fin a nuestras disquisiciones sobre la violencia y el anarquismo: dos cosas a fin de cuentas incompatibles.

6. Se refiere el autor al hispanista Johan Brouwer, figura fascinante que se prendó de la mística española en la cárcel, ha escrito mucho y bueno sobre la cultura española y bajo la ocupación alemana destruyó con otros compañeros las fichas del registro civil de Amsterdam, lo que le valió ser fusilado.

7. Véase Cuadernos de Ruedo Ibérico, 37-38.



INTERCAMBIAMOS Y COMPRAMOS

**toda clase de publicaciones antifranquistas, exiladas
o editadas en España, correspondientes al periodo
1939-1973**

- Colecciones o números sueltos
de periódicos**
- Colecciones o números sueltos
de boletines internos
o destinados al público**
- Folletos**
- Pasquines, hojas, octavillas, etc.**

**El intercambio puede hacerse por el mismo género
de material o por libros de nuestro fondo editorial
o del de las editoriales que distribuimos.**

**Condiciones de intercambio o de compra a discutir
en cada caso.**

**Proponer cita en la administración de
Ediciones Ruedo ibérico**

Novedad Ruedo ibérico

Horizonte español 1972

Tomo 1

432 páginas
35 documentos fotográficos
Numerosas caricaturas
y viñetas
39 F

Luis Ramírez : **Morir en el búnker**

Del franquismo al carreroblanquismo : efemérides políticas correspondientes a los años 1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1971 y 1972

El discurso de fin de año (1971) del general Franco

Tomo 2

296 páginas
30 F

Salvador Giner : **La estructura social de España**

Guillermo Sanz : **La cuestión agraria en el Estado español**

Vicente Peris y Guillem Sorolla : **El País valenciano. Problemas de la revolución socialista**

Txabi : **ETA y la cuestión nacional vasca**

Julio Sanz Oller : **La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía**

Oliverio Gamo : **La información sobre las huelgas en España. Un ejemplo de la manipulación de la noticia por la prensa**

Luis Ramírez y José Ferrán : **El Ministerio de Trabajo y su formación profesional**

Sergio León : **Notas sobre el movimiento estudiantil español**

Davira Formentor : **Universidad, crónica de siete años de lucha**

Fernando Claudín : **Las relaciones soviéticofranquistas (Crónica de una normalización inconclusa)**

José Martín-Artajo : **La discriminación oficial contra los presos políticos**

Tomo 3

226 páginas
30 F

Miguel Viñas : **Franquismo y revolución burguesa**

G.L. : **Entre la colonización y el miedo**

*** : **Rumasa o los mecanismos del crecimiento español**

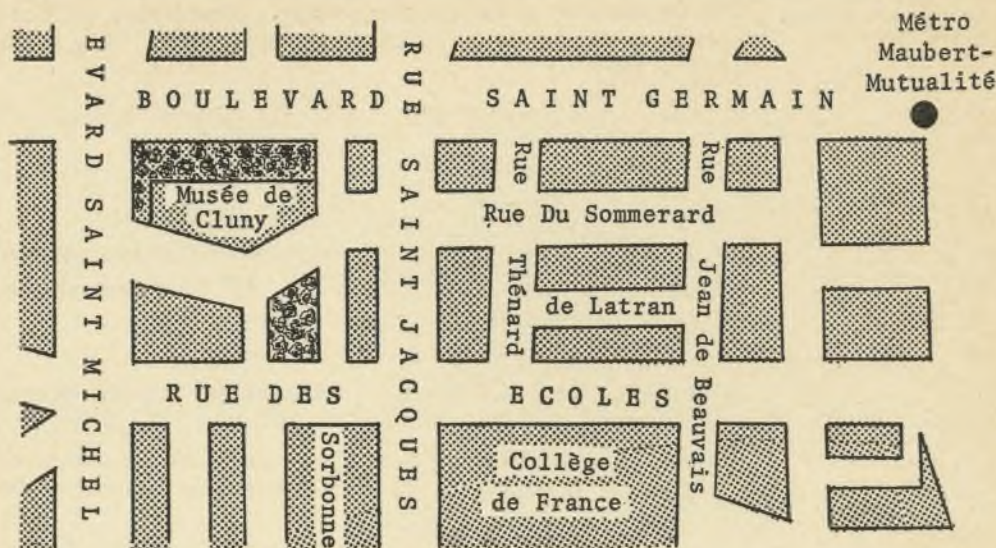
*** : **El asunto Matesa**

*** : **La política fiscal en España**

Para más detalle, solicítese el prospecto especial sobre **Horizonte español 1972**.

ruedo ibérico

Librería



Libros de las Editoriales Grijalbo • Era • Siglo XXI • Oasis • Cajica • Cuadernos Americanos • Joaquín Mortiz • Palestra • Siglo Ilustrado • Distribuidora y Editora Argentina • Granica • Schapire • Tiempo contemporáneo • Siglo XX • Universidad Central de Venezuela • Monte Avila • Instituto del Libro de Cuba • Oveja negra • Ebro • Librairie des Editions Espagnoles • y otras •

6 rue de Latran

Metro : Maubert-Mutualité

75005 Paris

Téléfono : 325 56-49

Editions Ruedo ibérico
Número d'édition : 96
Dépôt légal : premier trimestre 1974
Imprimerie Cary - Colombes
Imprimé en France

Rudolf de Jong : El anarquismo en España ● **G. Brey y J. Maurice** : Casas Viejas : reformismo y anarquismo en Andalucía ● **Noam Chomsky** : Objetividad y cultura liberal. Notas sobre anarquismo. ● **J. Stuart Christie** : Sobre presente y futuro del movimiento libertario español ●●● **Encuesta** : Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español ●● **Felipe Orero** : Consideraciones sobre lo libertario al margen de una encuesta ● **Diego Abad de Santillán** : Ayer, hoy, mañana ●●●● Documentos : **Salvador Seguí** : Misión del sindicalismo. Por qué soy sindicalista ●● ¿Qué fue la FAI? ●● Una polémica : «treintistas» y «faístas» ●●● Notas. Libros. Dibujos.

 **ruedo ibérico**
6 rue de Latran Paris 5